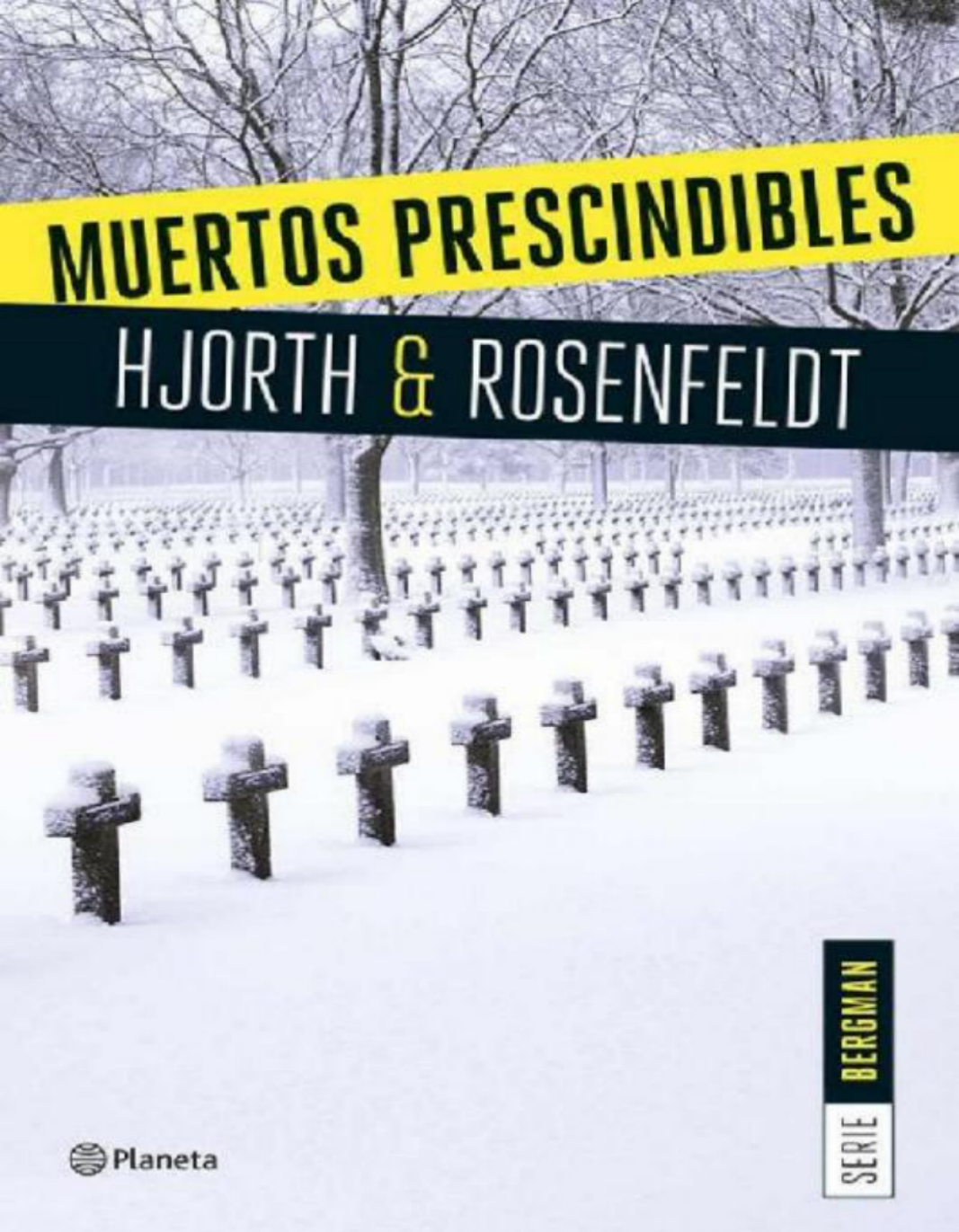
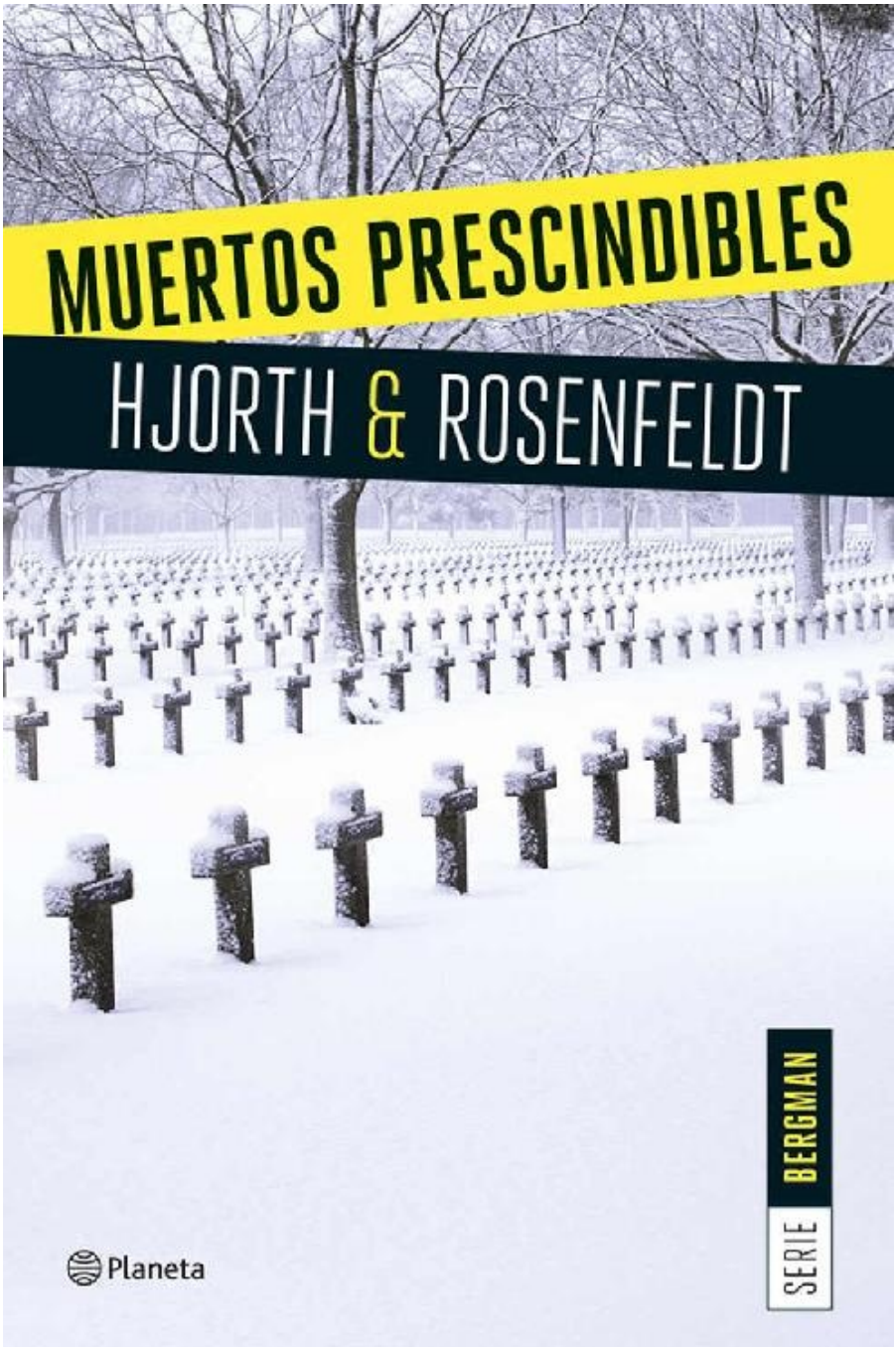
MUERTOS PRESCINDIBLES

HJORTH & ROSENFELDT



SERIE BERGMAN

Planeta


MUERTOS PRESCINDIBLES
HJORTH & ROSENFELDT
Planeta
SERIE BERGMAN

ÍNDICE

PORTADA

2003…

Sintió una ligera sacudida…

Shibeka Khan estaba esperando…

No había sido culpa suya…

Ellinor Bergkvist…

Shibeka iba y venía…

Era el mismo apartamento…

Alexander Söderling…

La llamada llegó…

—Tienes que mudarte…

Shibeka se levantó temprano…

—¿Quieres que te acompañe?…

Lennart Stridh salió…

El avión había despegado…

Lennart iba y venía…

Había anochecido…

Ellinor echó un vistazo…

Sol…

Fue un paseo matutino…

Veronica Ström no tenía tiempo…

En el instante exacto…

Valdemar Lithner se giró…

Después de la reunión…

Lennart llevaba todo el día…

Vanja pasó con el coche…

No le parecía correcto…

Las instrucciones de seguridad…

Por motivos personales…

—Voy a hacer una pausa…

Lennart entró en el bingo…

Pocas cosas inquietaban a Harald Olofsson…

—¿Empezamos por el accidente?…

Fue muy extraño para Vanja…

La rabia le aceleraba el corazón…

Vanja vomitó en los lavabos…

Torkel volvió a ser el último

Sebastian estaba limpiando…

Dejaron a Eyer viendo la televisión…

Billy estaba sentado…

Estaban en el cuarto de estar…

Sebastian había pedido comida…

No se sentía acosado…

Sebastian no podía dormir…

Anitha Lund llegó temprano al trabajo…

—Un día estupendo…

Lennart estaba irritado…

Las dos mochilas eran idénticas…

Shibeka Khan hizo…

Håkan Persson Riddarstolpe…

Anitha había pasado todo el día…

Con un cuarto de hora de retraso…

El corpulento rottweiler…

El vuelo SK071…

Llegaron a primera hora…

Lennart tenía pensado trabajar…

Mehran estaba en la cocina…

En toda Suecia…

Morgan Hansson tenía un regusto…

Mehran iba andando…

La primera de las veintitrés…

Mehran cogió la línea azul…

La segunda de las veintitrés…

Anitha intentaba no llamar…

¡Mierda!…

Valdemar estaba tumbado…

Empezó la reunión….

Su mano era tan cálida…

Esta vez, Vanja tuvo que…

Había pasado el sábado…

Morgan Hansson le había revelado…

Ursula estaba en el sofá…

Lennart iba de camino…

El lunes, cuando el equipo…

Lennart se despertó…

Más o menos una hora después…

Después de darle al periodista…

Vanja dio las gracias y colgó el teléfono…

Mehran se bajó del metro…

Vanja salió del ascensor…

Lennart había ido directamente…

Hospital Karolinska…

LENNART STRIDH MUERE…

Epic fail…

Sentada en el asiento trasero…

Mehran se había bajado en Fridhemsplan…

Sebastian iba detrás de Jennifer y Billy…

Tras la breve conversación con Anitha Lund…

Alexander Söderling abrió la puerta…

Mehran nunca había llegado tan al sur…

—Charles Mikael Cederkvist…

Shibeka lo había llamado tantas veces…

Llevaban puestas las luces azules…

Había regresado…

La vieja caseta de los guardias…

Quedaron atrapados en un atasco…

Mehran oyó los dos disparos…

Noche. Oscuridad…

El policía acababa de marcharse…

Alexander Söderling había tenido…

Billy metió dos rebanadas de pan…

Se alegró mucho de verlo…

Ellinor se desenganchó la tarjeta…

El apartamento estaba inmaculado…

Ursula estaba sentada…

El programa de televisión seguía…

Ellinor marcó el código de la puerta y…

AGRADECIMIENTOS

NOTA

CRÉDITOS

2003

Esta vez se llamaba Patricia.

Patricia Wellton.

Nuevas ciudades, nombre nuevo.

Era lo que más le había costado al principio, tiempo atrás: reaccionar cuando el recepcionista del hotel o el taxista la llamaban.

Pero eso había sido antes. Ahora se adaptaba a la nueva identidad en cuanto tenía la

documentación en la mano. Hasta ese momento, solamente una persona se había dirigido a

ella por su nombre durante el viaje: el empleado de la agencia de alquiler de coches en Östersund, cuando había salido a su encuentro para anunciarle que ya tenía a su disposición el vehículo que había reservado.

Había aterrizado puntualmente, poco después de las cinco de la tarde del miércoles, y

enseguida había cogido el Arlanda Express en dirección al centro de Estocolmo. Era su primera visita a la capital sueca, pero no la prolongó más allá de una cena temprana y bastante mediocre en un restaurante cercano a la estación.

Cuando aún no habían dado las nueve, se embarcó en el tren nocturno que la llevaría a

Östersund. Había reservado un compartimento para ella sola en el coche cama, pero no porque temiera que alguien pudiera descubrirla, ni que unos testigos pudieran describir sus facciones a la policía, sino porque no le gustaba dormir con extraños. No le había gustado nunca.

Ni siquiera en su adolescencia cuando jugaba torneos con el equipo de voleibol.

Ni a lo largo de su formación, ya fuera en la base o sobre el terreno.

Ni durante las misiones.

En cuanto el tren salió de la estación se dirigió al vagón restaurante, compró una botella pequeña de vino blanco y una bolsa de cacahuetes, y volvió a su compartimento para sentarse a leer un libro nuevo, que llevaba por título *Sé lo que estás pensando* y tenía un curioso subtítulo: *Lea el lenguaje corporal como un abogado criminalista.* La mujer que para la ocasión se llamaba Patricia Wellton no sabía que los juristas destacaran particularmente en la interpretación del lenguaje no verbal, o al menos nunca había conocido a ninguno que se distinguiera en ese aspecto, y si bien el libro no le aportó muchos conocimientos nuevos, al menos le resultó ameno. Poco después de la una, se deslizó entre las pulcras sábanas blancas y apagó la luz.

Cinco horas después, se apeó en Östersund y preguntó por un hotel, donde tomó un copioso desayuno antes de ir a la agencia de Avis a buscar el coche que había reservado.

Tuvo que esperar. Le ofrecieron un café de máquina, porque aún estaban limpiando y revisando su vehículo.

Un flamante Toyota Avensis gris.

Después de recorrer unos cien kilómetros de carretera, llegó a Åre. Durante todo el camino procuró respetar los límites de velocidad. No tenía sentido cargarse de multas, aunque en la práctica eso tampoco fuera a cambiar nada. Hasta donde ella sabía, la policía sueca no tenía por costumbre registrar el interior de los vehículos en caso de infracciones leves, e incluso era probable que ni siquiera tuviera derecho a hacerlo. Pero la única amenaza para el éxito de su misión era que descubrieran que iba armada. No tenía ningún

documento que la autorizara a portar armas en Suecia. Si descubrían su Beretta M9, empezarían a investigar y averiguarían que Patricia Wellton no existía en ninguna parte, excepto en ese momento y lugar concretos. Por eso levantó el pie del acelerador al pasar junto a las pistas de hierba y al adentrarse en el pueblo, a orillas del lago.

Dio un paseo corto a pie, eligió un bar cualquiera y pidió un bocadillo y una Coca-Cola light. Mientras comía estudió el mapa. Le quedaban unos cincuenta kilómetros por la E-14, antes de tomar el desvío y seguir otros veinte kilómetros a pie. Miró el reloj. Calculó que si tardaba tres horas en llegar, una hora para hacer su trabajo y otras dos en volver al coche e informar, podría estar en Trondheim a tiempo para coger el vuelo a Oslo y volver el viernes a casa.

Tras otro corto paseo por las calles de Åre, se metió de nuevo en el coche y puso rumbo al oeste. Aunque su trabajo la había llevado a muchos lugares, nunca había recorrido un paisaje semejante: montañas suavemente onduladas, con el límite de los árboles claramente marcado en la ladera y, a sus pies, el reflejo del sol en los lagos del valle. Pensó que en un sitio así podría sentirse a gusto. En la soledad y el silencio. Con un aire tan límpido. Habría podido alquilar una cabaña en un lugar apartado y dar largos paseos, pescar… Disfrutar de la luz en verano, y en otoño leer por las noches junto al fuego.

Quizá en otra ocasión.

Probablemente nunca.

Salió de la E-14 al ver el cartel de Rundhögen con una flecha que apuntaba a la izquierda. Poco después, abandonó el coche de alquiler, se echó la mochila a la espalda, sacó el mapa de la zona y empezó a

correr.

Ciento veintidós minutos más tarde se detuvo. Le faltaba un poco el aliento, pero no

estaba cansada. No se había empleado al máximo, ni mucho menos. Se sentó en una roca y

se puso a beber agua mientras recuperaba rápidamente el ritmo normal de la respiración.

Sacó los prismáticos y los dirigió hacia la pequeña cabaña, a unos trescientos metros de distancia. Había llegado al lugar que buscaba. La casa tenía el mismo aspecto que en las fotografías de su informante.

Por lo que había entendido, en la actualidad habría sido imposible conseguir los permisos necesarios para construir esa casa, justo al pie de la montaña; pero, según le habían dicho, la cabaña databa de los años treinta. Probablemente la habría construido algún empresario con buenos contactos en el gobierno, que necesitaría un lugar donde refugiarse durante las partidas de caza. En honor a la verdad, ni siquiera podía considerarse una casa y a duras penas llegaba a ser una cabaña. ¿Qué superficie tendría?

¿Dieciocho metros cuadrados? ¿Veinte? Paredes de madera, ventanas pequeñas y una delgada chimenea que atravesaba la cubierta de tela asfáltica. Había dos peldaños delante de la entrada y, a unos diez metros, un cobertizo de menor tamaño, que de un lado estaba cerrado y tenía una puerta —probablemente sería el retrete—, y del otro estaba abierto.

Debía de ser la leñera, ya que tenía un tocón delante, con un hacha clavada encima.

Notó un movimiento detrás de la malla mosquitera verde. El hombre estaba en la casa.

Apartó los prismáticos, volvió a meter la mano en la mochila, sacó la Beretta y, con los movimientos rápidos y seguros que confiere la práctica, le ajustó el silenciador. Se puso de pie, se guardó el arma en el bolsillo cosido especialmente con ese fin en la chaqueta y echó a andar. De vez en cuando, se volvía para mirar, pero no notó ningún movimiento extraño. La cabaña estaba un poco apartada del sendero señalizado y a esas alturas del año, a finales de octubre, por la zona no abundaban los excursionistas. Únicamente había visto dos desde que se había bajado del coche.

Cuando sólo le faltaban cincuenta metros para llegar, sacó la pistola del bolsillo, pero la mantuvo pegada al muslo mientras sopesaba las alternativas. Podía llamar a la puerta y dispararle cuando él abriera, o bien entrar sin más y sorprenderlo, ya que probablemente no habría cerrado con llave. Se había decidido ya por la primera opción cuando de repente se abrió la puerta de la casa. Por un segundo se quedó paralizada, pero enseguida reaccionó y se agachó. Un hombre de unos cuarenta años apareció en lo alto de la pequeña escalera. El terreno era abierto y no había ningún lugar donde esconderse. Lo mejor que

podía hacer era quedarse quieta. El menor movimiento podía delatarla. Apretó la pistola

con más fuerza. En caso de que la descubriera, tendría tiempo de levantarse y dispararle al hombre antes de que huyera. Lo tenía a unos cuarenta metros de distancia. Estaba segura

de que podría alcanzarlo e incluso matarlo, pero prefería hacerlo de otra forma. Si solamente lo hería, era posible que entrara otra vez en la cabaña, donde quizá tuviera un arma. Si la veía en ese momento, todo sería mucho más difícil.

Pero no la vio. Cerró la puerta, bajó los dos peldaños, torció a la derecha y se dirigió hacia el cobertizo. Cogió el hacha hincada en el tronco y empezó a cortar leña.

La mujer se incorporó lentamente y se desplazó poco a poco hacia la derecha, para quedar oculta detrás de la casa en caso de que el hombre hiciera una pausa en el trabajo y levantara la vista. Se detuvo y contempló el maravilloso paisaje.

El hacha. ¿Podía ser un problema? Probablemente no. Si todo se desarrollaba según lo

planeado, el hombre no tendría tiempo de considerarla una amenaza, ni menos aún de atacarla con un arma de lucha cuerpo a cuerpo, como era un hacha.

Se quedó un momento escondida detrás de la cabaña, dejó escapar el aire, se tomó unos segundos para concentrarse y finalmente comenzó a andar hacia él.

El hombre pareció bastante sorprendido. Empezó a articular una pregunta, que la mujer interpretó como un intento de averiguar quién era ella, o de saber qué hacía allí, en los solitarios parajes montañosos de Jämtland, o de ofrecerle ayuda.

Pero daba lo mismo.

Ella no entendía el sueco y, de todos modos, tampoco pensaba responder.

El silenciador amortiguó el ruido de un disparo.

Todos los movimientos del hombre se congelaron al instante, como si alguien hubiera

pulsado el botón de pausa en una película. Después, el hacha se le deslizó de las manos, las rodillas se flexionaron a la izquierda y el cuerpo se derrumbó hacia la derecha. Sus ochenta kilos se desplomaron con un golpe seco. Ya estaba muerto, con la bala alojada en el corazón, cuando se estrelló contra el polvo, como si un formidable enemigo lo hubiera arrojado de lado contra el suelo.

La mujer recorrió los pocos pasos que la separaban del cadáver, se situó con una pierna a cada lado del hombre derribado y le apuntó con calma a la cabeza. Le disparó en la sien, a unos tres centímetros del ojo izquierdo. Sabía que estaba muerto, pero aun así le descargó otra bala en la cabeza, a pocos centímetros de la anterior.

Se guardó la Beretta en el bolsillo y se preguntó si debía limpiar la sangre del suelo o dejar que la naturaleza siguiera su curso. Incluso si alguien echaba en falta al difunto y se acercaba a la cabaña a buscarlo —y estaba segura de que así sería—, jamás hallaría el cuerpo. La sangre le indicaría que el hombre había sufrido algún tipo de accidente, pero nada más. Aunque sus allegados sospecharan lo peor, no encontrarían ninguna prueba que

confirmara sus temores. El hombre figuraría para siempre como desaparecido.

—Papá…

La mujer volvió a sacar el arma al mismo tiempo que se giraba. Un solo pensamiento

le cruzó la mente.

Niños. Se suponía que no había ningún niño.

Sintió una ligera sacudida en los hombros y en la cabeza. Era curioso, porque el movimiento no se correspondía con el sueño. ¿De verdad estaba soñando? En esta ocasión

no era el sueño habitual. No sentía ninguna manita en su mano. Ni un fragor ensordecedor que se acercara implacablemente. Ni un catastrófico torbellino. Pero debía estar soñando, porque alguien había dicho su nombre.

Sebastian.

Pero si estaba soñando —algo que sin embargo no podía asegurar—, entonces estaba

solo en el sueño. Solo en la oscuridad.

Abrió los ojos y encontró otra mirada. Unos ojos azules. Encima de ellos, una cabellera negra, corta y despeinada. Debajo, una nariz pequeña y una boca sonriente.

—Buenos días. Perdona, pero quería despertarte antes de irme.

Sebastian se incorporó sobre los codos con cierta fatiga. La mujer que lo había despertado pareció satisfecha con el resultado de sus esfuerzos y enseguida se situó delante de un espejo de cuerpo entero, a los pies de la cama, donde procedió a ponerse unos pendientes que encontró en un estante, junto al espejo.

La somnolencia abandonó de inmediato a Sebastian, reemplazada por el recuerdo del

día anterior.

Gunilla, cuarenta y siete años, enfermera. Se habían visto varias veces en el hospital Karolinska. La víspera, Sebastian había acudido a su última cita ambulatoria y, después, los dos habían salido juntos del hospital para ir al centro y más tarde a la casa de ella. El sexo había sido asombrosamente bueno.

—Te has levantado.

Sebastian se daba cuenta de que estaba diciendo una obviedad, pero se encontraba en

una situación que le resultaba ligeramente incómoda. Seguía acostado y desnudo en una cama extraña, mientras que la mujer que había

pasado parte de la noche con él ya se había levantado y vestido, y estaba lista para comenzar un nuevo día. Le gustaba ser el primero en levantarse y, si podía, prefería no despertar a su ocasional acompañante. Cuanto menos

se viera obligado a hablar antes de marcharse, mejor.

—Tengo que ir a trabajar —informó ella mientras le echaba una breve mirada a través

del espejo.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Ahora, sí. Y ya voy con un poco de retraso.

Sebastian se inclinó a la derecha, para llegar hasta la mesilla de noche, donde había dejado el reloj. Faltaban unos minutos para las ocho y media. Gunilla ya se había puesto los pendientes y se estaba abrochando una cadenita de plata detrás del cuello. Sebastian la miró, incrédulo. Era imposible que una mujer de cuarenta y siete años, residente en el centro de Estocolmo, fuera tan ingenua y confiada.

—¿Estás loca? —le preguntó, sentado en la cama—. Me conociste ayer. ¡Podría

robarte medio apartamento!

Gunilla encontró la mirada de Sebastian en el espejo y esbozó una leve sonrisa.

—¿Piensas robarme medio apartamento?

—No. Pero si lo pensara, tampoco te lo diría.

Gunilla terminó de abrocharse el collar y, tras una última mirada al espejo, volvió a sentarse en la cama junto a Sebastian y le apoyó una mano sobre el pecho.

—No te conocí ayer. Ayer salí contigo por primera vez. Además, en el hospital tenemos todos tus datos. Si te llevaras el televisor, sabría dónde encontrarte.

De repente, a Sebastian le pasó por la mente la imagen de Ellinor, pero enseguida la

rechazó. Muy pronto se vería obligado a dedicarle a ese asunto una

buena cantidad de tiempo y energía, pero todavía no. Gunilla le sonrió. Estaba bromeando. Sebastian recordó la noche anterior.

Recordó que sonreía mucho.

Tenía la risa fácil.

Había pasado una velada muy agradable con ella.

Gunilla se inclinó rápidamente hacia delante y le dio un beso en los labios, antes de que él pudiera reaccionar. Después se puso de pie y, mientras se dirigía hacia la puerta cerrada del dormitorio, le dijo:

—En cualquier caso, Jocke te estará vigilando.

—¿Jocke?

Sebastian rebuscó en la memoria, tratando de recordar quién podía llamarse así y tener

además alguna relación con Gunilla, pero no lo consiguió.

—Joakim. Mi hijo. Puedes desayunar con él si quieres. Ya se ha levantado.

Sebastian se la quedó mirando, sin poder articular una respuesta. ¿Lo decía en serio?

¿Un hijo? ¿Allí mismo? ¿Cuántos años tenía? ¿Cuánto tiempo llevaba en la casa? ¿Toda la

noche? Si no recordaba mal, no habían sido precisamente discretos la noche anterior.

—Pero ahora sí que me tengo que ir. Gracias por una velada estupenda.

—Gracias a ti —logró decir Sebastian antes de que Gunilla saliera del dormitorio y cerrara la puerta.

Después, se deslizó otra vez entre las sábanas y volvió a apoyar la cabeza en la almohada. La oyó despedirse de alguien, probablemente de su hijo. Al cabo de un momento, se cerró otra puerta y el apartamento quedó en silencio.

Se desperezó.

Ya no le dolía.

Hacía varias semanas que no sentía ningún dolor, pero todavía disfrutaba de la experiencia de mover el cuerpo sin sufrir.

Habían transcurrido algo más de dos meses desde que Edward Hinde, psicópata y asesino en serie, lo había apuñalado en la pantorrilla y en el abdomen. Lo operaron de inmediato y las intervenciones habían sido todo un éxito, pero al cabo de un tiempo habían aparecido algunas complicaciones, como un neumotórax que requirió drenaje pleural durante más de una semana. Cuando le retiraron el drenaje, le dijeron que su recuperación sería sólo cuestión de tiempo. Pero entonces se le declaró una neumonía y, poco después, se le encharcaron los pulmones, por lo que tuvieron que volver a drenarlo y coserlo. Lo habían dado de alta con una serie de recomendaciones y normas de conducta, pero eran demasiado trabajosas y aburridas, y quizá por eso sufrió una recaída. Era posible que aún padeciera cierta inflamación en los pulmones, pero se encontraba mejor. La víspera le habían dicho que estaba oficialmente recuperado.

Físicamente estaba curado, pero nunca pasaba mucho tiempo sin que el caso Hinde volviera a atormentarlo, en parte porque el homicida había obrado su venganza asesinando a varias mujeres con las que Sebastian había mantenido relaciones sexuales. No había perpetrado personalmente los asesinatos, porque desde 1996 cumplía condena en el pabellón de máxima seguridad de la cárcel de Lövhaga, donde Sebastian se había encargado de que lo encerraran. Pero con la ayuda de un limpiador de la institución penitenciaria había podido llevar a cabo parte de sus designios.

Cuatro mujeres asesinadas.

Con un único elemento en común: Sebastian Bergman.

La sensación de ser el culpable de la muerte de las cuatro mujeres era irracional, pero

imposible de eludir. Cuando la Unidad de Homicidios capturó al limpiador, Hinde huyó de

la prisión y tomó a Vanja Lithner como rehén.

No lo había hecho por azar, ni porque la joven trabajara con Sebastian en la Unidad de

Homicidios, sino porque, de alguna manera, había averiguado que

Vanja era hija de Sebastian.

Edward Hinde estaba muerto, pero a veces Sebastian pensaba que si Hinde había sido

capaz de descubrir la verdad, otros también podrían hacerlo. Y él no quería que se supiera.

Todo iba bien entre Vanja y él. Mejor que nunca.

Le había salvado la vida en la casa abandonada donde Hinde la tenía prisionera, y eso

explicaba en parte sus buenas relaciones. A Sebastian le daba igual que Vanja lo soportara únicamente porque estaba agradecida. Lo soportaba y eso era lo importante. Incluso hacía algo más que aguantarlo. A lo largo de los últimos meses, había buscado estar con él en

dos ocasiones. Primero había ido a visitarlo al hospital, y después, cuando Sebastian ya estaba en casa y todavía no había sufrido esa neumonía que lo obligó a permanecer varias semanas en cama, le había propuesto salir a tomar un café juntos.

Sebastian aún podía recordar la sensación que le produjo escuchar esa invitación en boca de su hija.

Lo había llamado porque quería verlo.

Apenas recordaba de qué habían hablado. Le habría gustado conservar en la memoria

todos los detalles y hasta el último de los matices, pero la carga emocional del momento había sido abrumadora. La situación fue muy emocionante: una hora y media, sentados los

dos en un café, solos, por iniciativa de ella. Sin palabras duras, ni discusiones. Hacía mucho tiempo, desde la Navidad de 2004, que Sebastian no se sentía tan vivo, ni tan presente. Desde entonces, no dejaba de repasar mentalmente los noventa minutos que habían pasado juntos.

Podían ser más. Seguramente lo serían. Podía volver a trabajar. Le apetecía regresar a

la actividad y a veces incluso se sorprendía anhelando volver al

trabajo, aunque lo más importante era estar cerca de Vanja. Había acabado por aceptar que nunca sería su padre.

Si intentaba sustituir a Valdemar, solamente conseguiría destruirlo todo. No había hecho muchos progresos hasta ese momento: una visita al hospital y noventa minutos en un café.

Pero ya era algo.

Aceptación.

Cierta consideración hacia él.

Quizá incluso el comienzo de una amistad.

Sebastian apartó la manta y se levantó. Encontró los calzoncillos en el suelo y el resto de la ropa en la silla donde la había arrojado nueve horas antes. Tras echar un último vistazo al espejo y pasarse la mano por el pelo, abrió la puerta del dormitorio y salió

sigilosamente hacia el cuarto de estar. Se detuvo un momento al final del pasillo y prestó atención. Oyó ruidos en la cocina, en la otra punta del apartamento: música y el entrechocar de una cuchara contra un plato. Era evidente que Jocke había empezado a desayunar sin esperarlo. Sebastian entró en el cuarto de baño y cerró la puerta con pestillo.

Necesitaba urgentemente una ducha, pero la perspectiva de desnudarse otra vez, con el hijo de Gunilla al otro lado de un delgado tabique, le hizo cambiar de idea. Tiró de la cadena después de usar el váter, se lavó las manos y la cara, y salió del baño.

De camino hacia la puerta, se dio cuenta de que forzosamente tendría que pasar por delante de la cocina. Pero eso sería todo: pasaría de largo. El hijo de Gunilla, que estaba dentro desayunando, le vería solamente la espalda si levantaba la cabeza. Sebastian pasó y salió al vestíbulo. Encontró los zapatos, se los puso, y empezó a buscar la chaqueta entre las prendas colgadas del perchero. No la encontró.

—Tu cazadora está aquí —oyó que le decía una voz de barítono desde la cocina.

Sebastian cerró los ojos y soltó una maldición entre dientes. Ahora lo recordaba. Se había quitado los zapatos al entrar, pero no la chaqueta. Quiso aparentar tener cierta prisa, como si no estuviera seguro de que fuera a quedarse, aunque los dos sabían que se quedaría. Se había

quitado la chaqueta después mientras Gunilla descorchaba una botella

de vino.

Lanzó un suspiro y entró en la cocina, donde encontró a un chico, de unos veinte años,

con un plato con yogur y leyendo un libro electrónico. Sin levantar la vista de la lectura, el joven le indicó con la cabeza la silla al otro lado de la mesa.

—Ahí.

Sebastian se dirigió hacia el lugar señalado y recogió la chaqueta del respaldo de la silla.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Quieres tomar algo?

—No.

—¿Ya has conseguido lo que has venido a buscar?

El muchacho seguía con la vista fija en el libro electrónico, sobre la mesa. Sebastian lo miró. Probablemente lo más sencillo para ambos habría sido pasar por alto el último comentario y que Sebastian se marchara, pero ¿para qué elegir el camino más fácil?

—¿Hay café? —preguntó Sebastian mientras se ponía la chaqueta.

Si el hijo de Gunilla quería que se marchara, entonces se quedaría un rato más. No le

costaba nada. Asombrado, el joven levantó la vista de la pantalla.

—Ahí, en la encimera —dijo, señalando al propio Sebastian, por lo que éste supuso

que el café estaría a sus espaldas y se volvió.

A primera vista, no encontró ninguna cafetera, ni un termo, ni un cazo, ni nada parecido. Pero, tras mirar detenidamente, distinguió un objeto negro y abovedado, semejante a un futurista casco de motociclista, con una especie de rejilla debajo de un grifo. Tenía botones a los lados, remate metálico y tres tazas pequeñas de cristal a un costado, por lo que Sebastian dedujo que debía de dispensar algún

tipo de bebida.

—¿Sabes cómo funciona? —le preguntó el hijo de Gunilla, al ver que Sebastian no hacía ningún ademán de acercarse a la máquina.

—No.

Jocke se levantó de la silla y se acercó a la encimera.

—¿Qué quieres?

—Algo fuerte. Casi no he dormido.

Jocke lo miró con expresión cansada, sacó una cápsula de un soporte junto al aparato,

que Sebastian ni siquiera había visto, abrió la tapa, insertó la cápsula, la cerró, colocó una de las tazas sobre la rejilla y pulsó un botón.

—Por cierto, ¿tú quién eres? —preguntó mientras contemplaba con cara de

aburrimiento a Sebastian.

—Tu nuevo papá.

—Muy gracioso. Tienes mucho sentido del humor. Espero que le dures.

Se dio media vuelta y volvió a la mesa. Sebastian tuvo de repente la sensación de que

Joakim había pasado demasiadas mañanas sentado en esa cocina con demasiados hombres

desconocidos. En silencio, retiró la taza de cristal de la rejilla. El café estaba realmente muy cargado. Y también caliente. Se quemó la lengua, pero se lo terminó sin decir nada.

Dos minutos después salió a la mañana gris de septiembre.

Le llevó unos segundos orientarse para encontrar el camino más directo a su casa, el

apartamento de Grev Magnigatan donde lo esperaba Ellinor Bergkvist,

su inquilina, o como fuera que pudiera llamarla.

Todavía no se explicaba cómo había hecho esa mujer para meterse en su casa.

Se habían conocido por la época en que Hinde empezó a matar a las amantes de Sebastian. Entonces él fue a verla para advertirla del peligro y, de alguna manera, la mujer acabó instalándose en casa de Sebastian. Tendría que haberla puesto de patitas en la calle desde el primer momento, pero ella aún seguía allí.

Sebastian había dedicado mucho tiempo a analizar su relación con Ellinor y podía afirmar varias cosas con toda seguridad.

Sabía que no estaba enamorado de ella, ni mucho menos.

Ni siquiera le gustaba su forma de ser. Pero en cierto modo agradecía el cambio que

había aportado a su vida desde que se había mudado sin ser invitada. Le había conferido

cierta normalidad a su día a día. Contra todo pronóstico, había conseguido que disfrutara de su compañía. Cocinaban juntos, veían la tele tumbados en la cama y follaban con frecuencia. Iba por la casa silbando y se reía por tonterías. Le decía que lo había echado de menos cada vez que regresaba. Aunque Sebastian se negaba a reconocerlo, porque no quería que fuera cierto, la presencia de Ellinor lo había llevado a sentir, por primera vez en muchos años, que su casa era un hogar.

Disfuncional quizá, pero un hogar al fin y al cabo.

¿La estaba utilizando? Totalmente. Le importaba una mierda lo que Ellinor pudiera pensar o sentir. Todo lo que decía le entraba por una oreja y le salía por la otra; era como un fondo musical. Pero había sido fantástico tenerla en casa durante la convalecencia. De hecho, le costaba imaginar cómo habría podido superar sin su ayuda las semanas que pasó

postrado en cama por culpa de la neumonía. Ellinor había gastado sus vacaciones en los

grandes almacenes Åhléns para no separarse ni un momento de su lado. Pero, por mucho

que Sebastian reconociera y apreciara su dedicación, el agradecimiento no era suficiente.

Tener a Ellinor en casa era como tener a una asistenta medio majara, rebosante de admiración por él y dispuesta a cualquier sacrificio, que además se acostaba con él.

Gracias a ella, su vida se había vuelto mucho más sencilla y cómoda en todos los sentidos, pero la situación era insostenible a largo plazo. La normalidad de la vida cotidiana que Ellinor le aportaba era un artificio. Una quimera. Al principio Sebastian había apreciado esa cotidianidad e incluso había llegado a fomentarla, pero ahora estaba seguro de que no quería prolongar más el engaño.

Se había recuperado, estaba más cerca de Vanja que nunca y probablemente tenía un

trabajo. Estaba a punto de comenzar lo que quizá fuera una nueva vida.

Ya no la necesitaba.

Tenía que echarla de su casa.

Y sabía que no sería fácil.

Shibeka Khan estaba esperando, como siempre, sentada junto a la ventana de la cocina, en el tercer piso de uno de los deteriorados bloques de viviendas sociales de Rinkeby. Fuera, las hojas de los árboles empezaban a teñirse de rojo y de gris. En la explanada entre los bloques, los niños del jardín de infancia estaban jugando. Shibeka no recordaba cuántos años hacía que los veía jugar. El apartamento y la ventana eran los mismos, pero los niños cambiaban. El tiempo pasaba con rapidez en el exterior. En la cocina, en cambio, parecía haberse detenido.

Le gustaban esos momentos, cuando sus hijos ya se habían ido y aún no había comenzado la jornada. Era muy activa, tenía muchas amigas, trabajaba de auxiliar en un

hospital, seguía un curso avanzado de sueco y el año anterior había

conseguido plaza para estudiar enfermería. Pero en sus mañanas libres se sentaba un par de horas para contemplar el mundo por la ventana. Era algo así como su otra vida, un momento para expresarle silenciosamente a Hamid su respeto y su amor.

No le habría sido difícil determinar la cantidad exacta de años que llevaba sentada junto a la ventana. Pero no se sentía con fuerzas para calcular, ni tampoco para recordar.

Sus hijos eran la señal más evidente del paso del tiempo. Mehran estaba cursando el último año de secundaria, y Eyer estaba en segundo, dos cursos por detrás de su hermano

y con menos facilidad que él para el estudio. Cuando Hamid desapareció, Eyer tenía cuatro años y Mehran acababa de cumplir los seis. Shibeka recordaba la sonrisa de su hijo cuando su padre le había dado la mochila nueva, negra con dos franjas azules, para que la estrenara al otoño siguiente, cuando empezara la escuela; la alegría en sus ojos oscuros, que brillaban de orgullo porque ya empezaba a hacerse mayor; y el abrazo entre padre e

hijo. Una semana después, Hamid había desaparecido, como si se lo hubiera tragado la tierra. Fue un jueves. Mucho tiempo atrás.

Curiosamente, cuanto más tiempo pasaba, más lo echaba de menos, pero no con la intensidad del principio, sino con más dolor y más pena.

Shibeka se enfadó de repente consigo misma. Ya estaba otra vez con los recuerdos.

Precisamente era eso lo que la agobiaba y no la dejaba vivir, pero a su mente le importaba muy poco lo que ella quisiera. Sus pensamientos eludían los controles con sorprendente facilidad y volvían siempre al pasado: a los amigos que acudieron para acompañarla y ayudarla en la búsqueda; a las preguntas y los llantos de los niños; al mejor traje de Hamid, que había ido a buscar al tinte y que desde entonces lo seguía esperando en vano… Un carrusel de imágenes y momentos, impulsado por la esperanza de descubrir un

detalle que se le hubiera escapado y que de repente lo explicara todo. Pero siempre se llevaba una decepción. Ya había repasado miles de veces todos los pormenores y se había

representado mentalmente todas las caras. No tenía sentido insistir.

Para eludir el torbellino de pensamientos, Shibeka se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Era viernes y sabía que no tardaría en llegar. Después, tendría que esperar otros dos días para que volviera. Ya no esperaba que le trajera nada. Hacía tiempo que habían

dejado de contestarle, pero ella no se daba por vencida y seguía escribiendo. Había mejorado su expresión en sueco y su caligrafía, e incluso había aprendido las fórmulas del lenguaje oficial. Había llegado a ser tan buena en sus misivas a las autoridades que ahora muchas de sus amigas le pedían ayuda en ese aspecto.

Se asomó a la ventana y enseguida vio al cartero. Venía pedaleando por el sendero, como siempre, y empezó la ronda por el portal número 2. A continuación pasaría por el 4

y el 6, y finalmente llegaría al 8, su portal.

Esperó a verlo salir del número 6, después se apartó de la ventana y se dirigió al vestíbulo. Intentó moverse con el mayor sigilo posible, no porque creyera que fuera necesario, sino porque esperaba que de alguna manera el silencio aumentara sus probabilidades.

Era una precaución que hasta ese momento no le había servido de nada.

Se acercó a la puerta del apartamento y aguzó el oído. Al cabo de un momento, oyó el

chasquido metálico de la puerta principal al abrirse. Vio mentalmente al cartero que se dirigía al ascensor y que pulsaba el botón de llamada. Tenía por costumbre subir al piso más alto, para después recorrer todas las plantas, una a una, bajando por la escalera. Era su rutina. La de Shibeka era quedarse en silencio en el vestíbulo, esperando.

Se apoyó contra la puerta y escuchó: dos tipos de ruido, uno lejano, fuera del apartamento, y otro cercano, consistente en su propia respiración y en el zumbido del frigorífico en la cocina. Dos mundos diferentes, separados por una puerta de madera con

un buzón de metal para la correspondencia. Para ella, había algo religioso en esos momentos.

Si Alá lo quería, sucedería, y si no, no pasaría nada.

Así de sencillo.

Con un estruendo que le resultó casi ensordecedor, se abrió la tapa del buzón y varios

folletos comerciales multicolores entraron por la abertura de la puerta y cayeron en el suelo del vestíbulo, a sus pies. Los ruidos y el mundo exterior desaparecieron cuando Shibeka se agachó para examinar los papeles que yacían sobre el felpudo. Bajo las ofertas de la semana del supermercado, distinguió un sobre blanco.

De la SVT, la televisión pública sueca.

Alá lo había querido.

No había sido culpa suya.

O quizá sí, pero había sido un error. Habría podido pasarle a cualquiera. No era razonable que Maria se enfadara. Podía entender que estuviera cansada, pero ¿acaso ella

no lo estaba? No se había desviado adrede.

Había sido un error.

Todo iba bien, a pesar de la lluvia, hasta que sucedió eso.

Maria había cumplido cincuenta años en el mes de julio, y Karin le había regalado una

ruta por las montañas, por lo que se llama el triángulo de Jämtland: Storulvån, Blåhammaren y Sylarna.

Al escuchar esos nombres, tuvo la sensación de que el viaje parecía mucho más lujoso

y exótico de lo que era en realidad. El circuito estaba formado por varios recorridos de senderismo por la montaña, sin excesivas dificultades. Por el día, excursiones asequibles y relativamente breves, y por la noche, una ducha, un rato en la sauna, una cena con un buen vino y una cama confortable en uno de los albergues. Karin había hecho esa misma ruta

con Fredrik muchos años atrás y le había parecido perfecta: una experiencia natural vigorizante, combinada con un poco de lujo y confort.

Con mucho tiempo para hablar y compartir experiencias.

Era un regalo estupendo. Y caro. Sumando el viaje para llegar hasta allí, las cuatro noches de albergue y las cenas para las dos, el precio superaba las diez mil coronas, pero Maria lo merecía. Era la mejor amiga de Karin desde hacía muchos años. La había apoyado cuando otros le habían dado la espalda. El cáncer de mama, el divorcio, la muerte de su madre… Habían pasado juntas por todo eso. También se habían divertido mucho, desde luego, pero nunca habían practicado el senderismo juntas. Maria ni siquiera había estado al norte de Karlstad. Ahora había llegado el momento.

Karin eligió el último fin de semana de apertura de los albergues, a finales de septiembre. Por un lado, para ahorrarse la aglomeración del verano, para que Maria

tuviera tiempo de planificar el viaje y para que pudiera pedir unos días libres en el trabajo, y, por otro, porque esperaba que el otoño ya hubiera empezado y pudieran disfrutar así del aire límpido y de la maravillosa sinfonía de colores de la naturaleza. Deseaba que su querida amiga conociera las montañas del norte en todo su esplendor.

Ni siquiera se le había ocurrido que pudiera llover sin cesar desde el momento en que

se bajaran del tren en Enafors.

Sin embargo, eso fue lo que pasó.

—Pronostican que mejorará a comienzos de la semana que viene —respondió el

conductor del microbús que las esperaba para llevarlas al albergue de Storulvån cuando le preguntaron si tenía información sobre las previsiones del tiempo.

—Entonces ¿seguirá lloviendo todo el fin de semana?

Había cierta resignación en la voz de Maria.

—Eso parece, sí —les confirmó el chófer.

—El tiempo es muy cambiante aquí en la montaña —comentó Karin en tono entusiasta

cuando subieron al autobús—. Ya verás cómo mejora.

Todo había empezado muy bien. Llegaron al albergue; les enseñaron su habitación, que resultó ser sencilla pero agradable; salieron a dar un paseo por los alrededores, echaron una siesta, bajaron a la sauna y, por la noche, cenaron estupendamente en el restaurante. Pidieron vino para acompañar la comida y tomaron el café con una copa de licor.

Por la mañana, se levantaron a las siete y, después de desayunar, se prepararon el almuerzo y un termo con café para llevar en la mochila. Poco antes de las ocho y media,

se pusieron en marcha. El cielo estaba cubierto. Caía una llovizna ligera, pero las dos llevaban impermeable, botas de goma y una muda de ropa por si se mojaban.

Atravesaron el río Storulvån y emprendieron la marcha a lo largo del valle boscoso que, según el mapa del hotel, recibía el nombre de Parken. Se lo tomaron con calma. Iban charlando y de vez en cuando paraban para hacer fotos o simplemente para disfrutar de la naturaleza. No tenían prisa. Había tan sólo doce kilómetros entre Storulvån y Blåhammaren, la siguiente parada. Al cabo de tres kilómetros, dejaron atrás el bosque de abedules y prosiguieron por una meseta abierta hacia el refugio de Ulvåtjärn. Cuando llegaron, casi se habían olvidado de la llovizna. Vieron que después del refugio comenzaba una cuesta larga y empinada, por lo que se tomaron su tiempo para almorzar

con tranquilidad y beber el café. Las dos estuvieron de acuerdo en que las inclemencias del tiempo acabarían siendo un buen recuerdo, del que se reirían más adelante. Quizá tendrían que esperar un tiempo, pero tarde o temprano acabarían bromeando sobre toda esa lluvia. Después de comer, se pusieron en camino. A ratos iban en silencio y otras veces charlaban animadamente.

Un par de horas más tarde, divisaron el albergue de Blåhammaren en lo alto de la montaña. Animadas con la idea de probar la ducha y una sauna, que ambas consideraban

prioritarias, prosiguieron con energías renovadas por el terreno yermo y cenagoso.

Cuando todavía les faltaban un par de kilómetros, hicieron un alto,

sacaron las tazas de plástico y bebieron de un torrente cristalino que bajaba por la ladera. Más adelante, Karin no sabría decir por qué se le ocurrió mirar en ese momento la funda transparente donde guardaba las reservas de los albergues. Había abierto la mochila para sacar una bolsa con pasas y frutos secos, y, por alguna razón que no recordaba, le echó una mirada a los papeles.

Lo que vio la sumió en la más absoluta perplejidad. No lograba comprenderlo. Le echó

otro vistazo, asimiló lo que estaba viendo y entonces deslizó la funda de plástico otra vez hacia el interior de la mochila mientras trataba de encontrar la mejor manera de comunicarle a Maria lo que había descubierto. Al cabo de un momento, llegó a la conclusión de que no había una manera «mejor» o «menos mala» de decirlo. Lo único que

podía hacer era contarle la verdad.

—¡Mierda! —exclamó, para dejar bien claro que ella también estaba profundamente afectada por lo que acababa de averiguar.

—¿Qué pasa? —le preguntó Maria con la boca llena de anacardos—. Si se te ha olvidado algo, tendrás que volver tú sola. Yo ya estoy mentalmente en la sauna, con una

cerveza en la mano.

—No, acabo de mirar las reservas y…

—¿Y…?

Maria volvió a sumergir la taza de plástico amarillo en el torrente, bebió un sorbo de

agua y tiró el resto.

—Nos hemos… desviado un poco del camino.

—¿Qué dices? ¡Si el albergue está allí arriba! ¿Había un camino más corto?

Maria colgó la taza de la mochila y se dispuso a seguir andando mientras Karin se mordía los labios.

—Eso de ahí arriba es Blåhammaren. Pero hoy nos tocaba ir a Sylarna.

Maria se detuvo y la miró sin comprender.

—Todo el tiempo has dicho Blåhammaren. De Storulvån a Blåhammaren, y de allí a

Sylarna. Es lo que has dicho todo el rato.

—Sí, ya lo sé. Es lo que creía. Pero esta noche tenemos la reserva en Sylarna y mañana en Blåhammaren. Está en los papeles.

Maria la seguía mirando, desconcertada. No podía ser. ¿Justo cuando estaban tan

cerca? Tenía que ser una broma. Seguro que Karin le estaba tomando el pelo.

—¿Perdón?

Karin la miró a los ojos, y entonces Maria comprendió que no se trataba de ninguna

broma. Pero quizá no fuera tan mala la situación, después de todo. Se habían desviado un poco del recorrido. Con suerte, sólo tendrían que caminar unos pocos kilómetros más.

—¿A qué distancia estamos de Sylarna?

Durante un momento, Karin titubeó. Por el tono de voz, se daba cuenta de que su amiga se estaba enfadando. Pero no podía responderle que no estaban muy lejos, o que faltaba poco para llegar. Una vez más, solamente podía decirle la verdad.

—A diecinueve kilómetros.

—¡Diecinueve! ¿Estás de broma?

—Entre Blåhammaren y Sylarna hay diecinueve kilómetros. Como todavía no hemos

llegado a Blåhammaren, deben de ser menos. Unos dieciocho, o quizá diecisiete.

—¡Como mínimo cuatro horas más!

—Perdóname, por favor.

—¿Cuánto tiempo de luz crees que nos queda?

—No lo sé.

—¡No, claro que no! ¡Mierda! ¡No vamos a llegar! ¿No podríamos alojarnos ahí arriba

esta noche y mañana en Sylarna? ¿Por qué no intentamos cambiar las reservas? Seguro que se puede hacer.

Por un instante, Karin sintió un alivio enorme. ¡Claro! Ésa era la solución. ¡Qué lista

era su amiga! Convencida de haber superado el problema, sacó de la mochila los papeles

de la reserva y el teléfono móvil.

Pero resultó imposible cambiar las reservas. Todos los albergues estaban completos. El

último fin de semana de la temporada tenía mucha demanda. Aun así, había un barracón

en el albergue, donde podían pasar la noche si llevaban sacos de dormir o colchones inflables. Además, si así lo deseaban, era posible reservar dos plazas para la cena después de las nueve y media. Lamentablemente, eso era todo lo que podía ofrecerles el albergue.

Las dos amigas sopesaron por un momento esa posibilidad, pero enseguida Maria dijo que

no estaba dispuesta a dormir en ningún barracón de mierda, y se echó la mochila a la espalda.

Al principio, Maria no hablaba porque no quería, pero después perdió la capacidad de

hablar, o al menos eso le pareció a Karin. La lluvia y el viento le fustigaban la cara, tenía una palidez grisácea y la piel le colgaba de las mejillas como si no tuviera músculos en el rostro.

Parecía completamente agotada. No respondía a las preguntas. Karin intentaba mantener la moral alta, pero se daba cuenta de que cada vez le resultaba más difícil.

No había sido culpa suya.

O quizá sí, pero había sido sólo una equivocación.

—Espera, hagamos una pausa —propuso tras hora y media de marcha.

—Ni lo sueñes. Si paramos ahora, no llegaremos nunca al puñetero albergue.

—Sí, sentémonos a comer unas nueces, para tener más energía. De todos modos, yo tengo que rellenar la cantimplora.

Señaló con la cabeza el riachuelo que discurría varios metros por debajo de la meseta

que estaban recorriendo.

—No creo que puedas bajar hasta ahí.

—Claro que puedo —replicó Karin.

Lo dijo con más convencimiento del que en realidad sentía, para mantener la actitud positiva y deshacerse del malhumor de Maria. Esperaba que la cena y una noche de sueño

reparador le levantaran el ánimo a su amiga, porque de lo contrario les iba a arruinar toda la excursión. Cuando llegó al borde del desnivel, comprobó que Maria estaba en lo cierto.

No iba a ser fácil bajar. La cuesta era realmente empinada. Pero tampoco parecía imposible.

Dio un paso más y el suelo desapareció bajo sus pies. Gritó al notar que caía y se puso

a agitar desesperadamente los brazos, tratando de agarrarse a cualquier cosa. Consiguió aferrarse a algo con la mano izquierda, pero el punto de agarre cedió y ya nada pudo impedir que se precipitara cuesta abajo, rodando sobre sí misma, en medio de una nube de polvo y piedras. Se dio un golpe en la rodilla derecha, pensó que nada de eso iba a impedirles llegar a Sylarna, y finalmente cayó a pocos metros del torrente. Una cascada de piedrecitas sueltas rodó tras ella.

—¡Dios mío! ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Maria parecía preocupada.

Karin se sentó trabajosamente y empezó a palparse el cuerpo. Tenía el impermeable como si acabara de participar en varios asaltos de lucha sobre el fango, pero no parecía que se hubiera roto nada. Le dolía un poco la rodilla, eso era todo.

—Estoy bien. No me ha pasado nada.

—¿Qué son esos palos que tienes en la mano?

¿Tenía algo en la mano? Karin se miró y enseguida, con un alarido de pánico, arrojó

lejos de ella lo que todavía estaba agarrando.

Era una mano.

El esqueleto de una mano.

Los palos eran los huesos del antebrazo, hasta el codo. Karin levantó la vista hacia la

cuesta por donde había caído. Unos metros por debajo de Maria, sobresalía el resto del brazo y, a un costado, un cráneo incrustado en la arcilla.

De repente, Karin tuvo la clara sensación de que toda la excursión se les había arruinado por completo.

Ellinor Bergkvist.

Valdemar Lithner lanzó un ruidoso suspiro. La mujer se había presentado por primera

vez en su oficina hacía poco más de dos meses. Había llamado a la empresa para pedir una cita y había insistido en que la recibiera él y nadie más. El motivo no había quedado claro, ni tampoco se había esclarecido en los siguientes encuentros: algo referente a una sociedad que pensaba constituir y a sus necesidades de asesoramiento fiscal. Aunque Valdemar la había atendido lo mejor que había podido, no habían llegado a ninguna parte. Ellinor no

estaba más cerca de tener una empresa en funcionamiento que el primer día de su aparición en la oficina. ¿Por qué había pedido que la atendiera Valdemar? Por recomendación de un conocido, le había dicho ella. ¿De quién, concretamente? Pero Ellinor le había respondido una vez más con evasivas. Había una serie de preguntas que

nunca acababa de contestar, como el tipo de empresa que quería constituir o la actividad a la que pensaba dedicarse.

Por fortuna, esa cita sería la última y, a partir de entonces, Valdemar podría olvidarse para siempre de Ellinor Bergkvist. Mientras se dirigía hacia la puerta, se llevó la mano a la zona lumbar, que tenía dolorida, y enderezó la espalda tanto como pudo. Después abrió y

se asomó a la pequeña recepción. La mujer se levantó del sofá negro en cuanto lo vio.

—Hola, Ellinor. Bienvenida.

—Gracias.

Valdemar le estrechó la mano con una sonrisa y la hizo pasar al despacho. Ella se quitó

el abrigo rojo y se sentó delante del escritorio, con el voluminoso bolso sobre las rodillas.

—He traído los papeles que me pidió —empezó a decir mientras los buscaba.

—Ellinor —la interrumpió Valdemar, y quizá por la manera de decir su nombre, ella

dejó inmediatamente de revolver el contenido del bolso para levantar la vista y mirarlo—.

No creo que deba seguir siendo clienta nuestra.

Ellinor quedó paralizada. ¿Sospecharía algo? ¿Habría cometido algún error? ¿Habría

adivinado Valdemar que no había acudido a él en busca de asesoramiento fiscal, sino para…? ¿Para qué? ¿Qué estaba haciendo ahí, después de todo? Al principio solamente quería ver cómo era Valdemar. Saber qué hacía. Había sido emocionante sentarse en esa

oficina, cara a cara con un criminal que había cometido delitos económicos, que además

tenía amenazado a Sebastian y que probablemente estaba involucrado en un caso de asesinato.

Cuando Ellinor se había mudado a casa de su adorado Sebastian,

había encontrado una

bolsa del supermercado Ica llena de papeles. Sebastian se había puesto muy nervioso y le había pedido que la tirara a la basura. Que la hiciera desaparecer.

Pero ella no había hecho nada de eso.

Se había sentado y había leído todos los papeles. En ellos, había reconocido el nombre

de una empresa —Daktea Invest— y había llegado a la conclusión de que Valdemar Lithner era un delincuente. Nadie que tuviera alguna relación con el escándalo de Daktea, del que tanto habían hablado los periódicos varios años atrás, podía ser inocente. A Ellinor no le cabía ninguna duda.

Una vez, mientras Sebastian estaba en cama con neumonía, ella le había mencionado a

Valdemar. No hizo más que preguntarle quién era, pero él se puso como una fiera. Le preguntó de dónde había sacado el nombre y le exigió que le contara todo lo que sabía.

Ella le dijo la verdad. Le confesó que había mirado dentro de aquella bolsa que le había pedido que tirara. Pero a la siguiente pregunta tuvo que mentir.

Le dijo que la había tirado.

En el fondo se alegró. La enérgica reacción de Sebastian le había confirmado que estaba haciendo lo correcto. Sebastian parecía tenerle miedo a Valdemar, y, para ayudarlo, ella quería investigar personalmente a ese hombre para tratar de meterlo en la cárcel. Pero los emocionantes encuentros habían terminado.

—¿Por qué no? ¿Por qué ya no me quiere como clienta? —preguntó Ellinor,

deslizándose ligeramente hacia el borde de la silla, lista para darse a la fuga en caso de que Valdemar intentara recurrir a la violencia.

—No creo que pueda ayudarla. Es la cuarta vez que nos vemos y todavía no ha constituido su empresa.

—Han surgido algunos…

—Le diré lo que haremos. Cuando constituya su empresa y la tenga en marcha, con todos los documentos en regla, vuelva por aquí y veremos lo que podemos hacer por usted.

Para su enorme sorpresa, Ellinor hizo un breve gesto afirmativo y se puso de pie.

—Sí, quizá sea lo mejor.

Valdemar se quedó sentado, sin saber qué hacer. Por alguna razón, había esperado más resistencia. Después de todo, Ellinor había pasado más de seis horas en su despacho, por las que había pagado religiosamente, sin obtener nada a cambio. Esperaba que se opusiera y discutiera. Aunque no sabía muy bien por qué, no le parecía el tipo de persona que se

dejaba expulsar fácilmente de ningún sitio.

Sin embargo, la vio recoger el abrigo del respaldo de la silla y dirigirse hacia la puerta.

—Gracias, de todos modos. He aprendido mucho —dijo ella mientras abría la puerta.

—Me alegro de que así sea. Gracias a usted.

Ellinor le sonrió, salió y cerró la puerta. En la recepción, se puso el abrigo, sintiendo que se le desbocaban los pensamientos. ¿Habría adivinado sus intenciones?

Hizo una inspiración profunda e intentó tranquilizarse y analizar con calma la situación. Seguía empadronada en su domicilio anterior, por lo que no había ninguna manera de relacionarla con Sebastian, a menos que el hombre la hubiera seguido, y le parecía muy poco probable que lo hubiera hecho. Debía de ser verdad lo que decía: no veía ninguna manera de ayudarla. Ellinor no podía insistir más. Había llegado el momento de acudir a los profesionales. No era necesario que Sebastian se enterara nunca de que ella era la responsable de la desaparición de Valdemar Lithner. Sería su secreto, su prueba de amor.

Después de eso, nada más volvería a amenazar su felicidad.

Shibeka iba y venía por el apartamento. Estaba eufórica, pero hacía tanto tiempo que lo esperaba que casi sintió miedo cuando finalmente sucedió. Se sentó y volvió a mirar la carta, que había dejado con mucho cuidado sobre la mesa. El texto ocupaba solamente la

mitad de la hoja. Resultaba sorprendente que algo tan importante pudiera ser tan breve.

Estimada Shibeka:

Ante todo, gracias por su carta y disculpe por haber tardado tanto en responderle.

Aquí en la redacción hemos analizado la información que nos envió y nos gustaría hablar con usted. Lo mejor sería reunirnos, sin ningún compromiso, para evaluar mejor su historia y decidir cómo proceder respecto a la desaparición de su marido.

Espero su respuesta.

Cordialmente,

LENNART STRIDH

Redactor

Investigación criminal

Un poco más abajo había una dirección y un par de números de teléfono, que debían

de corresponder a la redacción del programa. Con mucho cuidado, Shibeka volvió a depositar la carta sobre la mesa. ¿Debía contárselo a sus hijos? No, probablemente no. Ella estaba acostumbrada a que la esperanza se encendiera y volviera a apagarse. Le había pasado varias veces a lo largo de los años. Pero a los niños había que protegerlos. Ya era bastante doloroso para ellos tener que crecer sin un padre. Sin embargo, no estaba segura.

¿Sería capaz de hacerlo sola, sin que nadie la acompañara? Volvió a leer la carta, para ver

si encontraba alguna respuesta, pero no hizo más que plantearse

nuevas preguntas. ¿Qué significaba «sin ningún compromiso»? ¿Sería una manera de eludir toda responsabilidad?

¿De qué modo evaluarían ellos su historia? Era verídica, pero ¿sería suficiente?

¿Realmente se atrevería a reunirse sola con esos hombres? Sus amigos y familiares desaprobarían su conducta, y en principio tendrían razón, pero ella no quería que nadie la acompañara. Si no iba sola, la dejarían en un segundo plano. Sus acompañantes hablarían

por ella y la obligarían a guardar silencio. Entonces todo habría sido en vano, y ella no quería que fuera así. Necesitaba hacerse oír y llevar todo el peso de la conversación. Sus amigos la habían visto luchar y sabían que nunca se había dado por vencida, pero

¿comprenderían que eso era Suecia y que allí una mujer podía reunirse con un hombre sin

necesidad de ir acompañada? Lo dudaba.

Por eso nadie debía saberlo. Salió al vestíbulo y se sentó junto al teléfono inalámbrico, apoyado sobre una mesa auxiliar. Shibeka recordaba el día en que Hamid y ella lo habían

llevado a casa. Un teléfono. Lo habían comprado en la tienda de electrodomésticos del centro comercial que ahora se llamaba Bromma Blocks, donde habían visto tantos televisores que al principio les había resultado difícil de creer. Toda una pared de imágenes en movimiento. Estanterías enteras cargadas de cajas con auriculares y reproductores de DVD. La opulencia… Shibeka había mirado a Hamid y los dos se habían

reído, por haberse creído que tenían mucho dinero cuando en realidad tenían tan poco.

Compraron un teléfono y el televisor más barato que encontraron. Said los llevó a casa

en su coche. Shibeka recordaba que había ido sentada en el asiento trasero y que durante el viaje había acariciado la caja blanca con la imagen de un teléfono. No veía el momento de abrir el paquete y tenerlo en la mano.

Habían pasado muchas noches tratando de comunicarse con sus parientes y amigos en

Kandahar. Siempre era difícil. Los teléfonos móviles de sus familiares no siempre funcionaban y, si por fin conseguían una conexión, la conversación podía interrumpirse en cualquier momento. Sin embargo, Shibeka recordaba aquellos momentos con nostalgia.

La comunicación con los suyos.

La algarabía al fondo.

Casi siempre lo intentaban los dos juntos, Hamid y ella. Mientras él marcaba los números, ella preparaba el té. Ambos compartían la misma esperanza. Casi nunca obtenían

respuesta, pero cuando lo conseguían gritaban de felicidad, y ella se estrechaba contra él, con el oído pegado al teléfono, para escuchar las voces de su tierra. Él se lo permitía. La dejaba escuchar. Le sonreía. Le acariciaba la mano mientras ella permanecía en silencio a su lado.

Hamid. Su marido.

Levantó el auricular y lo miró. Ya no usaba el teléfono con tanta frecuencia. Cuando se

comunicaba con su país solía estar en casa de parientes o amigos, y entonces tenía que

quedarse en la cocina con las otras mujeres mientras los hombres hablaban en el salón. No era lo mismo. Pero ella no podía llamar por teléfono, porque la gente quería hablar con un hombre y no con ella. Así eran las cosas.

Marcó uno de los números que figuraban en la carta. Un número de móvil. Los suecos

solían prestar más atención al móvil. Ella lo sabía y por eso lo marcó primero. Después de dos tonos de llamada, le contestó una voz masculina.

—Aquí Lennart. Diga…

Al principio, no se atrevió a decir nada. Había llamado con la esperanza de que no le

contestara nadie, para poder seguir pensando en la conversación. No esperaba tener que hablar. Pero el hombre al otro lado de la línea esperaba una respuesta.

—¿Hola? Aquí Lennart.

Shibeka se sentía obligada a hablar, pero no tenía fuerzas.

—Hola —dijo por fin—. Soy Shibeka Khan. Recibí una carta.

—Perdón… No la oigo bien.

Shibeka hizo un esfuerzo, porque temía que el hombre se desentendiera de la

conversación.

—Una carta. Usted me envió una carta. Me llamo Shibeka Khan.

Entonces notó que el interés de su interlocutor aumentaba.

—Sí, claro. Me alegro de que haya llamado —respondió el periodista, más

concentrado—. Como le decía en la carta, estamos interesados en la desaparición de su marido —prosiguió—. No puedo prometerle nada, pero pensamos que quizá merezca la pena investigar.

El hombre hablaba con rapidez y ella no conseguía entenderle todo lo que decía, pero

reconoció la palabra «interesados». Decidió seguir fingiendo que entendía todo lo que él le explicaba. Le parecía muy importante hacerle pensar que dominaba mucho mejor el idioma, para que la tomara en serio.

—Muy bien.

—¿Podemos vernos?

—¿Ahora?

—No, ahora no. Pero… —Se hizo un silencio, y Shibeka creyó distinguir el rumor del

pasar las hojas de una agenda—. ¿El lunes a las once le parece bien?

Le estaba preguntando si podía ir a verlo el lunes. Eso lo entendía. Pero de repente se

inquietó.

—No sé.

El hombre al otro lado de la línea guardó silencio un momento y después continuó:

—¿No sabe o no puede?

—No sé, creo… —Shibeka no sabía cómo explicarse. Quería ir, pero no le parecía correcto—. ¿Usted y yo solos? ¿Sin nadie más?

—Sí, a menos que necesite un intérprete. Pero me parece que no hará falta. Habla muy

bien el sueco.

—Gracias. Lo intento.

Dudaba. En el mundo de Lennart Stridh no era raro que una mujer sola se reuniera con

un hombre desconocido. En Suecia no era extraño que pasara algo así y Suecia era el país donde ella vivía. Shibeka hizo una inspiración profunda y reunió coraje.

—¿Dónde?

—Hay una cafetería en la puerta de los grandes almacenes Åhléns, al lado del metro T-

Centralen. Café Bolero se llama.

Una cafetería, claro. Los suecos se citaban en ese tipo de lugares. Shibeka pensó que

habría sido bueno tener papel y bolígrafo a mano para apuntar, pero se dijo que seguramente sería capaz de recordar «café» y una palabra que empezaba con B.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Café Bolero. En Åhléns City.

—Gracias.

—¿A las once?

—A las once. Muy bien.

Se sintió ridícula repitiendo lo que él decía, pero al hombre no pareció importarle.

—Nos vemos —dijo el periodista.

Shibeka se quedó un momento en silencio antes de colgar el teléfono. Le había salido

mucho mejor de lo que esperaba.

Era el mismo apartamento, pero en el fondo era distinto. Todo estaba como antes. Los muebles seguían en el mismo sitio. El suelo de madera de la cocina seguía crujiendo en el mismo punto cuando salía a tomar el desayuno al balcón. Incluso las plantas seguían creciendo en las ventanas como si nada hubiera sucedido. Pero Ursula ya no se sentía en

su casa. Era como vivir en un lugar extraño, aunque se sabía de memoria cada recoveco y

cada centímetro cuadrado del apartamento. Quizá echaba de menos los ruidos, o la chaqueta que ya nadie arrojaba en el sillón marrón, o la cafetera que ya no estaba encendida cuando volvía a casa. No lo sabía. Le resultaba irritante sentirse una extraña en su propia casa, y su mentalidad lógica se rebelaba e intentaba restarle importancia a los sentimientos, para comprender mejor la situación.

Después de todo, no era tan grande la diferencia.

Se decía que la mayor parte de los ruidos habían desaparecido cuando Bella se había

marchado a estudiar a Uppsala, y entonces no le había molestado el silencio. Se repetía que su relación con Mikael llevaba muchos años sin funcionar del todo. Tenía que reconocer que se habían ido distanciando. Los matrimonios discuten, se separan y encuentran nuevas parejas. Pasaba todos los días. Era completamente natural.

Pero toda la lógica del mundo no podía evitarle la dolorosa constatación que la carcomía por dentro. No era la soledad lo que la atormentaba —eso podía sobrellevarlo—,

sino el modo en que se había producido la separación. Le resultaba imposible asimilar que Mikael la hubiera dejado. Lo normal habría sido que luchara por su matrimonio.

Que no se marchara.

Mikael no podía haberle hecho algo así.

Si uno de los dos debía romper, tendría que haber sido ella.

Sin embargo, se había marchado él. Sin intentar siquiera una solución. Aparentemente,

sin rencor. Con una rapidez y una determinación de las que Ursula nunca lo habría creído capaz.

Le contó que había interrumpido su relación con la otra. «Interrumpido», había dicho, y no «terminado». Le dijo que quería hacer una pausa para resolver su situación con Ursula antes de seguir adelante. Pero no era cierto. No quería resolver nada, sino únicamente informarla, tal vez disculparse un poco y después marcharse.

Para irse con la otra.

Con Amanda.

Había sido razonable y benévolo, pero firme. No le había dado a Ursula la menor oportunidad de llegarle otra vez al corazón. Era una puerta cerrada. Cuando se disponía a anunciarle lo inevitable, la cogió de la mano para consolarla. Era como si quisiera eludir los detalles que pudieran hacerle daño, pero al mismo tiempo no tuviera miedo de decir la verdad.

En ese momento, Ursula sintió que lo quería.

O al menos eso le pareció. Era un sentimiento que nunca había experimentado. Intenso

y contradictorio. Como si el alfabeto hubiera adquirido una nueva letra desconocida para ella.

Habría querido gritar, arrojarle cosas. Besarlo. Suplicarle. Pero no hizo nada. El amor, la ira y el desconcierto, combinados de manera absurda, la paralizaron. Se limitó a hacer un gesto afirmativo, le soltó la mano y dijo que lo comprendía, aunque en realidad no entendía nada.

Después de eso, Mikael se había quedado a vivir en la casa unos días más, pero sus cosas fueron desapareciendo y sus visitas se distanciaron y se volvieron más breves, hasta que un día ya no regresó. Se había mudado.

La había dejado.

Habían pasado por muchas dificultades a lo largo de los años. Los problemas de alcoholismo de Mikael y la incapacidad emocional de Ursula para relacionarse con otras

personas habían sido sus principales obstáculos. Pero hasta ese momento siempre lo habían solucionado. Habían hallado el punto que les permitía coincidir y lograr que sus diferencias no fueran más que las piezas de un puzle que era posible hacer encajar.

Pero esta vez no.

Mikael le dijo que se había enamorado.

Por segunda vez en su vida. Y en esta ocasión amaba a una persona capaz de dar y recibir en igual medida.

Ursula no podía competir con eso y lo sabía.

De modo que lo dejó marchar.

Los días que siguieron a la conversación con Micke, Ursula no se movió de su casa.

No tenía fuerzas. Después de la conmoción inicial, tenía muchas preguntas y asuntos que

abordar. Lo que más le preocupaba era cómo y sobre todo quién de los dos debía contarle

a Bella lo sucedido. Cuanto más meditaba al respecto, más se convencía de que debía ser

ella quien se lo anunciara. De lo contrario, era posible que además de perder a su marido se quedara también sin su hija. Bella siempre había estado más cerca de su padre. Los dos tenían una relación fuerte, que habían cultivado con facilidad a lo largo de los años. Ursula también había estado con ellos, desde luego. Pero un poco al margen. Sólo de

vez en cuando.

Cuando no tenía que trabajar.

Cuando ella y su hija no se enzarzaban en una de esas discusiones que con tanta frecuencia las enfrentaban.

Cuando a ella le apetecía y tomaba la iniciativa. Solamente cuando ella quería.

En sus propios términos.

Había tratado de esquivar esos últimos pensamientos tanto como había podido, pero ahora finalmente se habían apoderado de su mente, en la casa desierta que de pronto le resultaba tan extraña.

Comprendió que necesitaba construir una nueva relación con Bella, una de verdad.

Una relación independiente, que no fuera subsidiaria de la que tuviera su hija con Mikael.

Ya no podía seguir apoyándose en él.

Estaba sola.

Darle la noticia a su hija podía ser un buen comienzo, o al menos así se lo pareció.

Llamó a Mikael y le pidió que le permitiera ser la primera en contárselo a Bella. Él aceptó enseguida y le dijo incluso que le parecía una buena idea.

Por eso ahora, a los cincuenta años, tenía ante sí una tarea en la que nunca había destacado.

Hablar con su hija.

Como una madre.

De verdad.

Dejó pasar casi todo el día antes de atreverse a llamar.

Se habían encontrado en una cafetería de Uppsala, a poca distancia de

la universidad.

Bella había elegido el lugar. Era uno de esos sitios modernos de inspiración norteamericana, donde los pasteles son gigantes y el café se sirve en vasos desechables.

Ursula llegó antes de la hora acordada, pidió un café con leche, se sentó y se puso a mirar los coches y la gente que pasaba apresuradamente por la calle. Todavía no era la hora de comer y la cafetería estaba medio vacía. Bebió un sorbo de café caliente e intentó concentrarse, para que sus pensamientos no siguieran volando en todas las direcciones.

Pero cuando lo consiguió, sólo pudo pensar en una cosa. ¿Perdería a Bella? ¿Era culpa suya? ¿Por qué no podía ser como las demás madres? ¿Por qué era incapaz de…?

De repente, Bella apareció delante de ella. Ni siquiera la había visto llegar.

—Hola, mamá.

Ursula intentó sonreír, sin éxito. A Bella le cambió la expresión y se sentó.

—¿Ha pasado algo? Estás pálida.

Ursula se lo contó. Intentó ser ecuánime y no culpar a Mikael. Había sido una decisión

compartida —afirmó—, algo que habían resuelto los dos como personas adultas. La versión no resultaba del todo creíble. Pero a Ursula le pareció la manera más correcta de presentarla. Hacía falta equidad. No quería que Bella se sintiera obligada a escoger un bando. Porque entonces sabía a quién elegiría.

Volvieron a la estación de trenes dando un paseo. Madre e hija. Ursula no recordaba la

última vez que habían paseado juntas. Su pequeña había crecido mucho. Se había convertido en una persona mayor, sensata y dotada de una intensidad emocional que a veces la abrumaba. Olvidó la inquietud que había sentido y se dedicó a disfrutar del momento. Estaba más cercana que nunca a su hija.

La sensación aún perduraba cuando se detuvieron en el andén para

esperar el tren que

la llevaría de regreso a Estocolmo. Al llegar a la estación, Bella le propuso que se quedara a pasar la noche con ella. Podía poner una cama extra en su habitación. Durante un segundo, Ursula consideró la posibilidad de sorprender a su hija y aceptar. Pero se echó atrás. El encuentro había salido mucho mejor de lo esperado y no quería arriesgarse a parecer demasiado invasiva. Le echó la culpa al trabajo, pero prometió volver a verla.

Muy pronto.

—¿Estarás bien? —le preguntó a su hija, reprimiendo el impulso de acariciarle la mejilla.

—Sí, claro.

Bella se adelantó y la abrazó. Ursula tampoco podía recordar cuándo se habían abrazado por última vez. Solamente sabía que había pasado mucho tiempo.

—En realidad, no me ha sorprendido la noticia, aunque tú lo creas —dijo Bella, apartándose.

Ursula se quedó paralizada. Una vocecita en su interior le pedía a gritos que no dijera nada y se limitara a sonreír. Que sonriera y se subiera al tren, para conservar en el recuerdo solamente ese buen momento. Pero no la escuchó.

—¿Por qué lo dices? ¿Por qué dices que no te ha sorprendido?

—Bueno… Yo siempre hablo mucho con papá y…

Bella desvió la vista, evidentemente incómoda con la situación.

Ursula trató de interpretar lo que quería decirle su hija en ese contexto y sólo se le ocurrió una cosa.

—¿Sabías que estaba saliendo con otra?

—No, no sabía nada. De verdad que no.

—Entonces ¿sabías que pensaba dejarme?

—No, no, te prometo que no. No tenía ni idea.

—Sin embargo, has dicho que no te ha sorprendido la noticia. Eso sólo

puede significar que lo esperabas, ¿no?

—Mamá…

—Entiendes que tu padre quiera dejarme, porque soy…, no sé, ¿una persona con la que no se puede vivir?

—No, mamá. Yo no he dicho nada de eso…

Ursula notó que su hija tenía los ojos llenos de lágrimas. Bella le tendió una mano, pero ella, para su propia sorpresa, se apartó, y después, tras una última mirada, se dio media vuelta y echó a andar hacia el tren.

—¡No te vayas! —le gritó Bella—. ¡Quédate a hablar un momento y vete en el siguiente tren!

Pero Ursula no se quedó, ni esperó al siguiente tren. No se atrevió. En algún lugar, oculta en su interior, la misma vocecita de antes le decía que Bella no se equivocaba, que tenía toda la razón.

Siguió yendo a trabajar como siempre, pero no se lo contó a nadie. ¿Qué podía decir?

¿Que su marido la había dejado? ¡Ni pensarlo! Nunca había sido el tipo de persona que comparte con los demás sus problemas y sus pensamientos mientras se toma un café. De

todos sus compañeros de trabajo, el más cercano a ella era Torkel, su jefe y amante, pero no podía contárselo. Lo habría interpretado mal. Habría albergado esperanzas de que su relación de sexo ocasional pudiera convertirse en algo más serio. Mientras Mikael estuviera presente en sus vidas, el propio Torkel se ocuparía de cerrar la puerta a una relación más profunda con ella. Si Mikael desaparecía, ya no vería ningún obstáculo. Por eso no le dijo nada. Fingir que todo seguía como siempre fue más sencillo de lo que

pensaba.

Intentó concentrarse en el trabajo, pero la rutina diaria le resultó más difícil de sobrellevar que de costumbre. El grupo se encontraba en situación de espera entre misiones y, aunque no había mucho que hacer, ella llegaba temprano todos los días.

Ordenaba los papeles, repasaba el material de las investigaciones ya realizadas y clasificaba los documentos. La primera semana lo pudo

soportar, pero después empezó a

sentirse inquieta y vacía.

Normalmente Vanja compartía la frustración de Ursula en ese tipo de situaciones, ya

que no estaba hecha para la vida tranquila y rutinaria de una oficina. Pero acababa de presentar una solicitud para asistir a una formación de tres años sobre perfiles criminales que organizaba el FBI, en Estados Unidos, y pasaba todo el tiempo preparándose para el

durísimo proceso de selección. Ursula prácticamente no la veía en todo el día, y las pocas veces que coincidían la encontraba hincando los codos con un libro o absorta delante de la pantalla del ordenador.

Billy había sido readmitido en el servicio activo, después de la investigación por haber disparado y matado a Edward Hinde, pero casi no se dejaba ver por la oficina. Se rumoreaba que tenía novia.

La salvación de Ursula fue Sven Dahlén, uno de sus antiguos colegas del laboratorio

de Linköping, reclutado para formar parte de la nueva sección de casos sin resolver que acababa de constituirse y que había causado un gran revuelo mediático. Hasta entonces solamente había funcionado una sección similar en la región de Skåne: un grupo compuesto por seis investigadores, entre los cuales figuraba Sven. Pero la dirección de la policía se había propuesto trasladar el éxito de aquella unidad al plano nacional, y Sven había sido el elegido para hacerse cargo de los aspectos técnicos y científicos.

Tenía su despacho un piso por debajo de la Unidad de Homicidios, con la que además

compartía parte del laboratorio.

Desde su llegada, Ursula había empezado a encontrar motivos para ir al piso inferior.

Pasaba casualmente delante del despacho de Sven.

Le preguntaba si le apetecía un café.

Se paraba un momento a charlar.

Se interesaba por los detalles de sus investigaciones y le daba

consejos.

Intentaba dejarse ver con cierta regularidad.

Muy pronto, consiguió que le hiciera la primera pregunta.

Se trataba de un asesinato en Haninge. De ocho años atrás. ¿Podía echarle una mano?

Claro que sí.

Torkel comprendió enseguida lo que se proponía, pero no dijo nada. Una Ursula ocupada era mil veces preferible a una Ursula inquieta como un tigre encerrado en una jaula demasiado pequeña, a la espera de hincarle el diente a cualquier cosa. Por eso no dijo nada cuando su colega, sin pedirle permiso, prácticamente se puso a trabajar en la sección de Sven.

Se quedaba hasta tarde. Llegaba antes que nadie. Todos los días.

Sven le decía que se fuera a casa, a ocuparse de su familia. Pero su familia no era ningún problema para ella, le mentía Ursula.

Vivía solamente con su marido, y Micke la comprendía.

Siempre la había comprendido, añadía con una sonrisa.

Entonces seguía trabajando, perfectamente consciente de que utilizaba el trabajo como

una excusa para dejar de pensar en todo lo demás.

Alexander Söderling se levantó de la silla ergonómica de oficina y se dirigió a la ventana.

Todavía quedaba gente caminando por Drottninggatan, pese a lo avanzado de la hora.

Echó un vistazo al reloj. Los niños estarían durmiendo. Helena también. No los podría ver despiertos.

El día entero había sido una larga sucesión de reuniones. Ahora todo

marchaba sobre

ruedas. Hacía tiempo que las cosas le salían bien. Pero, con el crecimiento de la empresa, también aumentaba su carga de trabajo. Había regresado a la oficina en torno a las seis y, por un momento, había considerado la posibilidad de olvidarse de todo, volver a casa, llevar a Selma a la clase de hípica y quedarse a ver la lección. Después, podría pasar unas horas con Helena antes de acostarse. La idea era tentadora, pero se decantó por una vía intermedia. No haría caso de la pila de papeles que su secretaria le había dejado sobre la mesa antes de marcharse, pero miraría el buzón de correo entrante en el ordenador. Le llevaría una media hora, más o menos. Probablemente se perdería la clase de equitación,

pero podría pasar un rato agradable con su mujer.

Cuarenta y cinco minutos después había terminado. Satisfecho, antes de volver a casa

se dispuso a echar un vistazo a los titulares de la prensa.

Estaba en todas las portadas.

HALLADA FOSA COMÚN EN LAS MONTAÑAS

No había mucha más información en el cuerpo de la noticia. Dos excursionistas habían

encontrado casualmente unos cadáveres enterrados. Eran varios y llevaban mucho tiempo

sepultados. No había más información. Ni quiénes eran, ni cuántos, ni desde cuándo yacían enterrados. Alexander se echó hacia atrás en la silla. Bajó los hombros, que inconscientemente había levantado casi hasta las orejas. Soltó el aire e intentó tranquilizarse y pensar con claridad.

Los habían encontrado.

¿O no?

Sí, tenían que ser ellos. ¿Cuántas fosas comunes podía haber en Jämtland?

Fue a buscar un café. Ya no podía volver a casa. Bebió el café de pie, junto a la ventana, contemplando el movimiento de Drottninggatan, y

después volvió a sentarse delante del ordenador. Al cabo de una hora, consultó una vez más los portales de noticias, para ver si habían ampliado la información, pero no encontró nada nuevo. Supuso que publicarían más datos al día siguiente. ¿Qué hacer a continuación? ¿Llamar por teléfono, informar…? Probablemente ellos ya lo sabrían. Pero, si no daba señales de vida, daría una imagen de falta de compromiso. De descuido. Se dijo que tal vez fuera un error llamar, pero que sería más grave quedarse sin hacer nada.

Se levantó otra vez de la silla y volvió a acercarse a la ventana. Había empezado a llover. Los escasos transeúntes que aún se veían por la calle apretaban el paso y se curvaban la espalda para avanzar contra el viento. Alexander sacó el móvil del bolsillo y marcó un número. Le contestaron al tercer tono. Al fondo se oía música.

—¿Diga?

La voz femenina no dijo nada más. Alexander reconoció la música. Era *Possibility*, de Lykke Li. En la oficina escuchaban a menudo a Lykke Li.

—Soy Alexander —dijo—. Söderling —añadió al cabo de un segundo, para

asegurarse. Hacía tiempo que no hablaban.

—Sí, ya lo sé.

En cualquier otra conversación, Alexander le habría preguntado a su interlocutora qué

tal estaba y cómo le iba la vida. Pero tras la sequedad del intercambio inicial, estaba seguro de que los formalismos no serían bienvenidos. Por lo tanto, fue directo al grano.

—¿Has visto los periódicos?

—¿Qué tenía que haber visto?

—Han hallado una fosa común en las montañas de Jämtland.

—No lo sabía.

—Está en internet.

—Ah.

Alexander guardó silencio mientras miraba las gotas de lluvia, que

formaban en la ventana dibujos semejantes a regueros de sangre. Esperó que la mujer le hiciera alguna consulta —qué había leído en internet, por ejemplo—, pero no le preguntó nada.

—Creo que podemos suponer que son ellos —prosiguió Alexander, aunque

probablemente no habría sido necesario—. Después de todo, ¿cuántas fosas comunes puede haber en las montañas de Jämtland?

—Sí, claro.

No obtuvo ninguna reacción más. Era evidente que la mujer no pensaba prolongar la conversación. Ni siquiera parecía interesada, e incluso se la notaba un poco distraída.

Alexander empezó a sentir que había sido un error llamarla.

—Intentaré averiguar si la policía sabe quiénes son —añadió, para demostrar cierta iniciativa.

—¿Y si lo sabe?

—No creo que sea un gran problema. Todo fue sumamente… profesional.

—¿Qué hacemos ahora? —La mujer al otro lado de la línea hizo una pausa—. O, mejor dicho, ¿qué harás tú?

—De momento nada.

—¿Nada?

—Creo que será lo mejor.

—Entonces ¿para qué has llamado?

—Solamente quería… Me ha parecido necesario informarte de que han encontrado los

cadáveres.

—Quiero que me informes únicamente en caso de que tengamos un problema.

¿Tenemos un problema?

—No —respondió Alexander.

—Entonces no quiero saber nada.

Silencio otra vez. Un silencio absoluto. Hasta la música de Lykke Li había

desaparecido. La conversación había terminado. Alexander se guardó el teléfono y con la

mirada vacía se quedó mirando la calle.

¿Tenían un problema?

Todavía no, pero estaba bastante seguro de que lo tendrían.

La llamada llegó poco después de las siete y media del lunes. Torkel acababa de servirse el primer café del día. Empujó ligeramente el ratón para que la pantalla saliera del reposo, bebió un sorbo de café y cogió el teléfono.

—Aquí Torkel Höglund.

La persona que lo llamaba se identificó como la comisaria Hedvig Hedman. Torkel la

ubicó de inmediato en Jämtland, no porque tuviera presentes los nombres de todos los comisarios de policía del país, sino porque el fiscal general acababa de abrirle un expediente por algo que había dicho acerca de uno de sus subalternos. Probablemente, su

caso acabaría archivado, pero Torkel tenía ese nombre fresco en la memoria.

—¿En qué te puedo ayudar? —preguntó, bebiendo un segundo sorbo de café mientras

se dejaba caer en la silla de oficina.

Varios minutos después, colgó.

Seis cadáveres.

En las montañas.

Por lo visto, llevaban bastante tiempo enterrados.

Hedvig Hedman había iniciado la conversación refiriéndose al hallazgo de una «fosa

común». Torkel no estaba seguro de que seis cadáveres fueran suficientes para dar ese nombre a una tumba, pero los cuatro periódicos de mayor tirada habían empleado la misma expresión, por lo que Torkel decidió utilizarla también.

El detalle no tenía importancia.

En cualquier caso, eran suficientes para que la Unidad de Homicidios fuera a investigar.

Se levantó y salió del despacho. Christel, su secretaria, todavía no había llegado, de modo que le dejó una nota sobre la mesa, para que averiguara cuándo había vuelos a

Östersund y lo llamara lo antes posible.

De regreso en su oficina, se sentó otra vez delante del escritorio y mientras reflexionaba se terminó de beber el café.

Tenía que reunir al equipo.

Pero había dos cosas que era preciso considerar.

La primera era el curso del FBI que Vanja pretendía seguir en Estados Unidos. Había

ido superando las diferentes fases del proceso de selección y ahora figuraba entre los ocho candidatos que aún se disputaban las tres plazas disponibles. Torkel estaba absolutamente seguro de que una de esas plazas sería para ella. Él ya se había ocupado de proporcionarle la mejor carta de recomendación posible, aunque tenía que reconocer que lo había hecho

con sentimientos contradictorios. Apreciaba mucho a Vanja. Era una policía excelente y una parte fundamental del equipo, y merecía que esa oportunidad de formación fuera para

ella, porque podía llegar muy lejos. Pero eso significaba que la perdería.

Pasaría tres años fuera.

Para Torkel serían tres años sin su mejor investigadora.

Ya había empezado a buscarle suplente o sustituto. Que fuera una cosa o la otra dependería de la voluntad de Vanja de volver a trabajar con ellos cuando regresara de Estados Unidos, o bien de emprender otros caminos una vez finalizada su formación. Pero

Torkel no había puesto ningún anuncio, ni había hecho pública su intención de encontrar

un nuevo colaborador, en parte porque aún quedaba una microscópica probabilidad de que

Vanja no consiguiera una de las tres plazas, y en parte porque prefería evitar una larga selección, que en el peor de los casos podía suponer el estudio de cientos de candidaturas.

No pensaba prestar ninguna atención a criterios tales como los años de experiencia, las titulaciones formales o los eventuales derechos adquiridos. Para ello seguramente tendría que contravenir un montón de reglas burocráticas, pero eso tampoco le importaba.

La Unidad de Homicidios era un equipo.

Su equipo.

Pensaba elegir sencillamente a quien él quisiera. Al fin y al cabo, la forma de ser de

una persona le parecía mucho más importante que todo lo que hubiera hecho. Un aspirante

podía ser un policía extraordinario, sí, pero eso no bastaba. Hacía falta otra cosa, algo muy difícil de definir. Por encima de todo, era preciso que el candidato encajara en el equipo.

Torkel conocía personalmente un montón de policías experimentados con cinco, diez o veinte años de oficio a sus espaldas, que con toda probabilidad estarían en condiciones de realizar un trabajo excelente desde el punto de vista meramente policial. Pero era incapaz de imaginarse a ninguno de ellos integrados en su equipo. Además, la mayoría eran hombres, y Torkel estaba bastante seguro de querer una mujer para sustituir a Vanja. Sus preferencias no estaban motivadas por ningún cupo de género, ni por ningún requisito

igualitario, sino porque sabía por experiencia que los grupos de trabajo mixtos funcionan mejor. De pronto comprendió hacia dónde lo llevaban sus reflexiones. Últimamente pensaba a menudo en la solicitud de una joven que acaba de finalizar las prácticas con la policía de Sigtuna.

Jennifer Holmgren.

La mujer le había escrito varias semanas atrás, por iniciativa propia. Le decía en una

carta que su mayor aspiración era trabajar en la Unidad de Homicidios y le exponía sus razones. Había algo en su carta que de inmediato despertó el interés de Torkel. Irradiaba interés y voluntad, pero no de escalar en la organización, ni de obtener reconocimientos oficiales, sino de crecer, desarrollarse y trabajar con los mejores, sencillamente por afán de aprender.

Cuando Vanja le contó que había presentado su candidatura para estudiar en Quantico,

Torkel citó a Jennifer para una breve entrevista. No lo había hecho porque creyera seriamente que pudiera sustituir a Vanja, sino por simple curiosidad.

La joven no lo había defraudado. Era sociable, ambiciosa, llena de energía… Se notaba que le costaba controlar el entusiasmo cuando hablaba de lo que esperaba de su trabajo como policía. A Torkel le recordaba a Vanja cuando la había conocido, y no podía haber mejor recomendación que ésa. En su contra pesaban, evidentemente, su juventud y

su completa falta de experiencia. A Torkel le lloverían las críticas si finalmente se decidía a darle una oportunidad. Pero siempre podría aducir que al menos no estaría habituada a

seguir siempre los mismos caminos trillados y que nunca se opondría a una idea con el argumento de que «siempre se ha hecho así». Tendría una mentalidad abierta y dúctil.

Al cabo de una semana, Vanja recibiría su respuesta. Y en caso de que finalmente la

admitieran en el curso, se marcharía en noviembre. ¿Por qué no incorporar de inmediato a la posible sustituta?

Torkel decidió llamar a la policía de Sigtuna, para preguntar si podían prescindir de Jennifer.

El otro elemento que era preciso considerar era Sebastian.

Sebastian Bergman.

Un caso perdido. Pero brillante.

Había logrado colarse en el equipo durante la investigación de los dos últimos casos.

Nadie lo quería en el grupo, pero las dos veces había hecho un trabajo excelente, de eso no le cabía la menor duda. Sobre todo la última vez.

Le había salvado la vida a Vanja.

Por otra parte, su presencia alimentaba conflictos que afectaban la moral del grupo.

Los casos de asesinato siempre eran difíciles y, con Sebastian de por medio, se volvían

mucho más trabajosos de lo estrictamente necesario. Su arrogancia, su egoísmo y su absoluta falta de interés por el resto de las personas lo convertían en una fuente constante de irritación. Era como un agujero negro, que amenazaba con absorber toda la energía del grupo y desgarrarlo por dentro.

Brillante, pero conflictivo.

Tenía sus pros y sus contras.

¿Debía llamarlo de nuevo?

Decisiones…

Si Vanja no hubiera empezado a aceptarlo, Torkel ni siquiera se lo habría planteado.

Pero las últimas veces que había hablado con ella, la había visto casi ansiosa por volver a trabajar con Sebastian. A Billy le caía bien. A Torkel también, en el fondo, aunque a veces lo sacaba de quicio su rara habilidad para crearse problemas en todas las situaciones posibles. Ursula, por su parte, era capaz de concentrarse en lo esencial, sin prestar atención a las provocaciones. Lo que más la irritaba era que Torkel le presentara los hechos consumados, sin

dejarla participar en las decisiones. Pero si le explicaba lo que pensaba hacer y le exponía sus razones, estaba seguro de que no se opondría.

Seis cuerpos hallados en la montaña no hacían pensar en un primer momento en la especialidad de Sebastian Bergman.

Pero seis cadáveres sepultados en una misma fosa apuntaban a un asesino en serie o,

en cualquier caso, a un asesino múltiple, y nadie en Suecia sabía más al respecto que Sebastian.

Decisiones…

Torkel tomó una resolución.

Primero, llamaría a Sigtuna. Después, bajaría la escalera y procuraría que Ursula se sintiera partícipe en la decisión. A continuación, hablaría con Vanja y con Billy. Y, por último, con Sebastian.

Sería lo mejor.

Alargó la mano hacia el teléfono.

—Tienes que mudarte.

Sebastian hundió el cuchillo en el trozo de mantequilla Bregott, que reposaba sobre la

mesa, y se volvió hacia Ellinor. Ella estaba colocando la taza de café dentro del lavavajillas. Había esperado para decírselo. Los fines de semana Ellinor no trabajaba, y Sebastian no había querido arriesgarse a pasar cuarenta y ocho horas ininterrumpidas de discusiones, reproches, lágrimas y accesos de ira, que quizá lo habrían obligado a ponerla de patitas en la calle. Ahora su inquilina estaba a punto de irse a trabajar y, con tan poco margen, era muy poco probable que se quedara a discutir. Era el tipo de persona que ponía el deber por encima de todo. Sebastian esperaba sólo que hubiera entendido lo que acababa de decirle, aunque no estaba seguro.

—¡Qué gracioso eres! —respondió ella, sin mirarlo siquiera, lo que

confirmó sus peores temores.

—Lo digo en serio. Tienes que irte, porque de lo contrario te echaré yo.

Ellinor cerró el lavavajillas, se incorporó y con una sonrisa traviesa en los labios se volvió para mirarlo.

—Pero, cariño, ¿cómo ibas a arreglártelas tú solo, sin mí?

—Me las arreglaré muy bien, gracias —respondió Sebastian, controlando la incipiente

irritación que ya se le empezaba a notar en la voz.

No podía soportar que lo tratara como si fuera un niño pequeño.

—Eres muy gracioso —repitió ella mientras le hacía una caricia rápida en la mejilla—.

Tienes que afeitarte. Pinchas. —Con una sonrisa, se inclinó hacia él y le dio un beso en los labios—. Hasta luego.

Salió de la cocina y Sebastian oyó que entraba en el baño. La sucesión de sonidos familiares le hizo comprender que se estaba lavando los dientes. Lanzó un prolongado suspiro. Había pasado lo de siempre. ¿Qué otra cosa podía esperar? Cada vez que hablaba

con Ellinor de algo que no fueran trivialidades, se veía atrapado en una conversación en bucle. Nunca lo escuchaba. Jamás prestaba atención a lo que realmente decía. Todo lo interpretaba según su conveniencia. Y cuando era imposible encontrar una interpretación

favorable a sus intereses, sencillamente se negaba a escuchar. Como acababa de suceder.

Tienes que mudarte.

No había nada que interpretar. Era un mensaje inequívoco. Era la realidad.

Pero la realidad no era concreta ni constante en el mundo de Ellinor, sino moldeable a

su voluntad. Sebastian la había dejado salirse con la suya en demasiadas ocasiones. Pero ya no. Esta vez la obligaría a escuchar. Frustrado y con creciente irritación, se levantó de la mesa del

desayuno y se encaminó hacia el cuarto de baño. Abrió la puerta, que ella no había cerrado con pestillo, y la miró. Ellinor le devolvió la mirada a través del espejo.

—¿Quieres saber dónde pasé la noche del jueves? —le preguntó Sebastian.

Ellinor se siguió cepillando los dientes, pero su expresión en el espejo era suficientemente elocuente. No, no quería saberlo.

—¿Quieres saber por qué no volví a casa?

Ellinor escupió la pasta de dientes, colocó el cepillo en el vaso de plástico, encima del estante, y se secó con una de las toallas de rayas que había traído del trabajo.

—Supongo que habrá alguna razón —contestó ella mientras pasaba junto a Sebastian,

hacia el vestíbulo.

—Sí. La razón se llama Gunilla, tiene cuarenta y siete años y es enfermera.

—No te creo.

—¿Por qué no?

—Porque tú no serías capaz de hacerme algo así.

—Claro que sí.

Ellinor negó con la cabeza mientras se ponía el abrigo.

—No, no serías capaz. Porque entonces tendría que pensar que quieres hacerme daño.

Y tú nunca querrías hacerme daño.

Sebastian la vio agacharse para ponerse las botas, con movimientos rápidos y agitados.

El cuero se le resbalaba entre los dedos. Lo intentó de nuevo, con gestos aún más nerviosos. Parecía esforzarse para no perder el control. Sebastian sintió que la irritación disminuía y que algo semejante a la compasión amenazaba con ocupar su lugar. Intentó oponerse. Era importante actuar con firmeza, pero notó con desagrado que su voz

adquiría un tono más amable.

—No quiero hacerte daño. Solamente pretendo que entiendas que ya no puedes seguir

viviendo en esta casa.

—¿Por qué no?

—Fue una equivocación. No tenías que haber venido a vivir conmigo. Cometí un error. Quizá porque me sentía…, no sé…, culpable. Durante un tiempo pensé que yo también lo quería, pero ahora sé que no es así.

Por primera vez desde que había salido al vestíbulo, Ellinor levantó la vista y lo miró a los ojos.

—¿Me pides que renuncie a lo nuestro?

—«Lo nuestro» no existe.

Ellinor recibió la noticia en silencio. Sebastian creyó distinguir lágrimas en sus ojos.

¿Lo habría entendido? Le había dado más explicaciones de lo previsto, pero parecía que

finalmente lo había comprendido. Ahora solamente era preciso asegurarse de no dejar cabos sueltos que Ellinor pudiera interpretar a su manera. El mensaje debía quedar meridianamente claro.

—Para mí eres como una señora de la limpieza que además folla conmigo. No te quiero ni me importas, pero tú estás demasiado pendiente de mí y eso no puede ser sano.

Ellinor no le contestó, pero Sebastian observó un leve cambio en su mirada. Cierto endurecimiento, una frialdad que nunca le había notado. Entonces tuvo la sensación de que otra persona, en alguna otra ocasión, le había dicho ya que no estaba bien de la cabeza. O quizá varias personas, en diferentes ocasiones. Evidentemente, a ella no le había gustado.

—Ya hablaremos de eso por la noche.

En su voz había una dureza que Sebastian tampoco había notado nunca. Pero por una

vez lo estaba escuchando y había que aprovechar la oportunidad.

—No, no tenemos que hablar de nada. Es muy sencillo: tienes que marcharte. Fue un

error que vinieras a vivir conmigo.

—Como ya te he dicho, lo hablaremos esta noche.

Ellinor abrió la puerta y salió al rellano. No le dio un beso de despedida, y eso ya era un adelanto, pero el combate distaba mucho de estar ganado. Sebastian la conocía lo suficiente para saber que esa noche volvería con un regalo de reconciliación, prepararía una cena fantástica y le pediría perdón por haber discutido. Le diría que había sido una tontería reñir. Solamente querría hacer el amor y olvidar.

Existía cierta probabilidad de que se saliera con la suya. De alguna manera, ella siempre conseguía derribar las defensas de Sebastian. Pero esta vez no pensaba darle ninguna oportunidad.

Ellinor se había mudado a su casa con una maleta pequeña. Desde entonces, había vuelto varias veces a la suya para buscar pequeñas cosas que necesitaba, pero aun así no tenía muchas pertenencias en casa de Sebastian. La maleta negra que había traído y una bolsa grande de papel serían suficientes para guardarlo todo. El propio Sebastian se encargaría de hacerle el equipaje.

Satisfecho con su plan, se dirigió al dormitorio, pero se detuvo al oír sonar el móvil. Se palpó los bolsillos de la chaqueta y finalmente lo encontró. Echó un vistazo a la pantalla.

Temía que fuera Ellinor, pero era Torkel. Para su sorpresa, notó que contestaba a la llamada con esperanzada expectación.

Torkel no lo defraudó.

Seis muertos. Storulvån. Dentro de tres horas salían para Östersund.

Mientras preparaba la maleta, sintió como si hubiera retrocedido quince años en el tiempo. Otra vez volvía a guardar apresuradamente lo que pudiera necesitar, sin saber cuánto tiempo estaría fuera de casa, y una vez más lo animaba la esperanza de que lo aguardara un interesante desafío. Hacía muchos años que no pensaba en ello, pero ahora,

mientras iba y venía entre el armario y la maleta abierta sobre la

cama, se dio cuenta.

Había echado de menos esos momentos.

No sólo podría ser útil gracias a sus conocimientos, sino que además trabajaría al lado

de Vanja. Y, por si fuera poco, acababa de poner a Ellinor de patitas en la calle.

Las cosas no podían irle mejor.

Shibeka se levantó temprano, despertó a sus hijos y sirvió el desayuno: *roht* recién horneado —pan de harina de trigo con azúcar, yogur y cardamomo—, té aromatizado con

especias y un plato de albaricoques secos que había comprado en el mercado. Además, puso en la mesa leche y una caja de Frosties, para sus hijos. Cuando todavía eran pequeños, Shibeka había decidido que también debían tomar algo de comida occidental en

el desayuno, y los dos habían elegido los Frosties sin dudarlo ni un momento.

Probablemente habían escogido los cereales porque eran dulces, pero quizá también porque les gustaba el dibujo del tigre en la caja. A lo largo de los años, Shibeka había intentado en varias ocasiones darles otros cereales más nutritivos, pero no tuvo éxito.

Mehran tenía jornada deportiva en la escuela; iba a iniciarse en el deporte de la orientación y tenía que prepararle la mochila con el almuerzo. Eyer se la quedó mirando

con envidia mientras ella llenaba una fiambrera con los restos del *korma* del día anterior.

Enseguida le preguntó si no podía prepararle a él también una fiambrera con su comida predilecta. Shibeka le sonrió. ¡Era tan típico de Eyer! Era el más entusiasta de sus dos hijos, el que siempre intentaba disfrutar a fondo de todas las situaciones. Mehran era más serio, reservado y mucho menos hablador. Shibeka negó con la

cabeza.

—He guardado un poco para ti, pero te lo daré cuando vuelvas del colegio.

Eyer asintió y volvió a concentrarse en sus cereales. Shibeka los miró a los dos. Sus

hijos. Llevaba todo el día angustiada. ¿Debía contárselo? Mehran tenía edad de saberlo y quizá incluso de acompañarla. Podía hablar por ella. Protegerla. Pero ella no quería que fuera así. Quería ser ella quien protegiera a sus hijos. Quería ir sola a ver al periodista.

Nueve años atrás, le habría parecido inconcebible. En su mundo, una mujer no podía actuar como ella lo estaba haciendo en ese momento. Lo que estaba a punto de hacer le resultaba vergonzoso y, al mismo tiempo, liberador. La llenaba de orgullo, aunque el sentimiento de culpa la carcomiera por dentro.

Los niños ya estaban listos para ir a la escuela. Normalmente hacían el camino juntos.

Los besó a los dos en la frente y abrió la puerta. Se fueron escaleras abajo y ella se quedó

en la entrada del apartamento, escuchando sus pasos un poco más tiempo que de costumbre. Tenía dos hijos maravillosos. Eran respetuosos y atentos, no como los hijos de algunas de sus amigas, en quienes el choque entre las costumbres de los dos países provocaba frecuentes conflictos. Le gustaba pensar que eran así gracias a ella, que trataba de guiarlos hacia lo mejor de las dos culturas. No era fácil. Pero lo intentaba.

Entró y se bebió lo que quedaba del té, que ya estaba tibio, y comió un trozo de *roht*, dulce y muy bueno. Después abrió el armario y empezó a vestirse. No pensaba arreglarse

en exceso, pero quería parecer formal. Necesitaba que la tomaran en serio. Eligió un chal negro para cubrirse la cabeza y el pelo. Después de todo, todavía estaba de luto, aunque hubiera pasado mucho tiempo. Iba a llegar antes de la hora acordada, pero estaba demasiado nerviosa para quedarse más tiempo en casa. Cogió el abono del metro y salió.

La estación estaba a diez minutos de su casa. Si se encontraba con algún conocido por

el camino, podía decirle que iba al mercado y esperar que no se ofreciera para acompañarla. Le diría una mentira, sí, pero a veces era necesario mentir.

La línea azul iba directamente a T-Centralen, por lo que no tendría que hacer ningún

transbordo. El tren no iba muy lleno. De pronto, se dio cuenta de que no tenía manera de comunicarse con el periodista en caso de que no encontrara la cafetería. No tenía teléfono móvil. Nunca había pensado que pudiera necesitarlo. Sus hijos tenían uno cada uno. Para

ellos era necesario. En Suecia, todos los niños tenían móvil. Quizá habría sido conveniente pedírselo prestado a uno de ellos. Pero les habría parecido muy raro y le habrían hecho un montón de preguntas que ella prefería no tener que contestar, al menos de momento. Se daba cuenta de que había pasado por alto muchas cosas. Había estado tan concentrada en

conseguir algún tipo de reacción que ahora, después de tanto tiempo, cuando finalmente había logrado su objetivo, sentía que no estaba preparada. Se dijo que si lo que había comenzado tenía algún tipo de continuidad, se compraría un teléfono móvil. A algunas de

sus amigas no les gustaría y menos aún a sus maridos. Pero tampoco les parecería bien lo que estaba a punto de hacer. No les gustaría en absoluto.

—¿Quieres que te acompañe?

My apagó el motor y se volvió hacia Billy, que estaba a su lado, en el asiento del acompañante. Acababan de detenerse delante de la terminal 4 de Arlanda. Billy echó una

mirada rápida al reloj. Faltaban cuarenta y cinco minutos para que saliera el avión.

—No, no hace falta. Además, aquí el aparcamiento cuesta un ojo de la cara.

—Como quieras.

Billy se soltó el cinturón de seguridad, se inclinó hacia ella y le dio un beso.

—Te llamaré cuando sepa cuánto tiempo estaré fuera.

My asintió y entonces Billy abrió la puerta del coche y salió. Acababa de sacar su equipaje del maletero cuando oyó que se abría la puerta del lado del conductor y vio que My salía del vehículo.

—Cuando vuelvas… —empezó ella andando hacia él.

—No sé.

—¿Qué?

—Todavía no sé cuándo volveré —repitió Billy mientras cerraba el maletero—. Te lo

diré en cuanto lo sepa.

—No, no es eso lo que quería decirte —replicó My, acercándose aún más. Cuando estuvo junto a él, lo cogió por un lado de la cazadora desabrochada—. He dicho que cuando vuelvas…

—¿Sí?

—¿Qué te parece si nos vamos a vivir juntos?

Billy habría podido enumerar fácilmente por lo menos veinte preguntas que no lo habrían sorprendido tanto como la que acababa de formularle My. No sabía cómo

responder, pero también se daba cuenta de que el silencio era la peor respuesta imaginable.

Sin embargo, no lograba articular una contestación. La posibilidad de vivir juntos ni siquiera se le había pasado por la cabeza. ¿Cuánto tiempo hacía que salían? Desde la noche de San Juan. ¿Cuánto era eso? Unos tres meses, aproximadamente. ¿No era demasiado pronto? Y si lo era, ¿podía decirlo? En cualquier caso, estaba obligado a pronunciarse.

—No quieres —dijo My, confirmando su sensación de que estaba tardando demasiado

en contestar.

—No, es sólo que me he quedado un poco sorprendido.

—¿Porque hace poco tiempo que nos conocemos?

—Sí, en parte por eso, pero también… —No completó la frase. ¿Qué más podía decir?

No disponía de mejores argumentos que diez segundos antes—. O, mejor dicho, sí. Es por

eso.

—Pero nos llevamos muy bien y prácticamente vivimos juntos, aunque cada uno

conserva su casa.

Era cierto. Habían pasado mucho tiempo juntos desde el principio de su relación y casi

se podía decir que vivían juntos, tal como había señalado My. A veces se quedaban en casa de ella, pero la mayoría de las noches las pasaban en casa de Billy, que llevaba cierto tiempo trabajando muy poco. En las últimas semanas no hubo mucho que hacer en la oficina y, antes de eso, Billy había estado apartado de sus funciones. Le habían abierto una investigación interna por haber matado a Edward Hinde de un disparo. La policía siempre

investigaba los casos en los que un policía disparaba su arma reglamentaria, sobre todo cuando había víctimas mortales. Pero después de varios interrogatorios y de dos visitas a Håkan Persson Riddarstolpe, psicólogo de la dirección general, le habían permitido reintegrarse a su puesto.

Billy observó que My lo miraba con expresión amenazadora. No iba a tener más remedio que darle una respuesta.

—¿Dónde quieres que vivamos? ¿En mi casa? —dijo finalmente.

—Puede ser en la tuya, en la mía o en una casa nueva que compremos… De eso hablaremos más adelante. Ahora lo importante es saber si tú quieres.

—Sí… Sí, claro que quiero —respondió Billy—. De verdad —añadió, esperando que

My prestara más atención a las palabras que al tono titubeante con

que las formulaba.

—Muy bien, lo hablaremos cuando vuelvas. Suerte con la investigación.

Se puso de puntillas y le dio un beso. Bill se quedó detrás del coche, con la maleta en

la mano, mientras ella volvía a ponerse al volante y arrancaba.

Se despidió con la mano y ella le devolvió el saludo.

Mientras cruzaba la calle, un taxi tocó el claxon. Se volvió para mirar y vio a Vanja en el asiento del acompañante.

También Vanja lo saludó con la mano y él la saludó a ella.

Se detuvo para esperarla.

Era un poco extraño, pero no pudo evitar pensar que Vanja y My nunca habían estado

tan cerca la una de la otra como en esos últimos segundos, cada una en un coche diferente.

Nunca habían coincidido. Estaba pensando en irse a vivir con My, y sin embargo Vanja, la más cercana de sus colegas y quizá su mejor amiga —o por lo menos su mejor amiga hasta hacía poco—, ni siquiera conocía a su novia. ¿No era una señal inequívoca de que

estaban yendo demasiado deprisa? ¿O sería simplemente la prueba de su cobardía por no

haberse atrevido a presentarlas? ¿Era por eso que no había querido que My lo acompañara

al interior de la terminal? Estaba bastante seguro de que a Vanja no iba a gustarle My y existía cierto riesgo de que el sentimiento fuera mutuo.

Era un problema.

Pero quizá acabara por resolverse solo. Faltaba poco para que Vanja se marchara a hacer un curso en Estados Unidos. Era casi seguro que una de las tres plazas disponibles sería para ella. Billy ni siquiera se había molestado en presentar la solicitud. Se decía que no quería vivir tres años en el extranjero, que el contenido del curso no era para él y que

ya encontraría otros programas de formación más acordes con sus inquietudes si alguna vez decidía seguir estudiando. Algún curso sobre temas más técnicos. Algo más propio de

su ámbito.

Todo eso era cierto en parte, pero en el fondo Billy sabía que una de las razones por las que no había presentado la solicitud era porque no sabía cuál sería su reacción si Vanja conseguía una plaza y él no.

—¡Hola! ¿Por qué estás tan pensativo? —le preguntó Vanja mientras lo saludaba con

un abrazo.

—¿Pensativo yo? No, para nada.

A raíz de su investigación, de la falta de trabajo en la unidad y de la concentración de Vanja en las pruebas del FBI, prácticamente no se habían visto en los últimos meses.

Ahora Billy se daba cuenta de que la había echado de menos.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Me trajo My en coche.

—Ah, ¿de modo que todavía estás con My?

¿Eran imaginaciones suyas o había un punto de decepción en el tono de Vanja?

—Sí, todavía.

—Me alegro.

No le preguntó cuándo pensaba presentársela.

Él tampoco sacó el tema.

Se encaminaron juntos hacia la terminal.

Billy y Vanja entraron en el vestíbulo y enseguida vieron a Torkel y a Ursula junto a

las pantallas que anunciaban las llegadas y las salidas. A su lado había

una mujer joven, de unos veinticinco años. Alta, bastante más que Vanja, más de metro ochenta. Pelo largo y

castaño, recogido en una sencilla coleta. Rostro huesudo y alargado. Ojos de mirada despierta, de color azul claro, que se volvieron hacia Billy y Vanja cuando Torkel levantó la mano para saludarlos. Después de los abrazos de bienvenida, Torkel se volvió hacia la joven alta y delgada, que hasta ese momento se había mantenido al margen, observándolos

con una sonrisa.

—Ésta es Jennifer, de la que ya os he hablado. Vendrá con nosotros.

Vanja le tendió la mano.

—Encantada. Yo soy Vanja.

—De hecho, ya nos conocemos.

—¿Ah, sí?

—Sí, nos vimos hace unos meses, en una cantera de grava en Bro, cuando encontré un

vehículo quemado que vosotros estabais buscando.

¡Claro! Vanja asintió en silencio. Que no recordara a Jennifer obedecía en parte a que

se trataba de una agente uniformada que le había presentado un informe en algo así como

treinta segundos, y en parte a que ella misma se había esforzado por olvidar aquel día.

Hacía un calor insoportable, estaba enfadada y con resaca, y le había dicho a Billy que se consideraba mejor policía que él, lo que había estado a punto de costarle la relación de amistad entre ambos y de acabar con el grupo. Después, Billy y ella habían hablado al respecto. Lo habían resuelto. Pero a veces tenía la sensación de que no habían logrado recuperar del todo lo que había entre ellos antes de aquel día en la cantera de grava de Bro.

—¿Encontrasteis al chiquillo? —preguntó Billy, después de estrecharle la mano a la recién llegada.

—¿Perdón?

—¿No estabais buscando a un niño desaparecido cuando encontraste el coche

quemado?

—¡Sí, claro que sí! Lukas Ryd. Lo encontramos, sí. Había salido a dar una vuelta y se había perdido.

Jennifer le sonrió a Billy. A diferencia de Vanja, él se acordaba de ella y también de lo que estaba haciendo cuando se habían conocido. Era una persona observadora, que se había fijado en ella. Billy le devolvió la sonrisa.

Vanja retrocedió un paso.

Cuando Torkel le había anunciado su intención de incorporar al grupo a una potencial

sustituta suya, no había pensado que fuera a ser tan joven. Y cuando sonreía, aparentaba menos edad todavía. Se le borraban las líneas duras en torno a los ojos y parecía más relajada. ¿De verdad podía sustituirla una persona tan joven y con tan poca experiencia?

¿En qué estaría pensando Torkel?

¿No valía ella mucho más que eso?

Claro que sí.

De hecho, muy pronto se iría a ampliar su formación en Estados Unidos. Por eso Jennifer estaba ahí. En realidad, Vanja se alegraba de que Torkel ya hubiera elegido una sustituta, porque eso significaba que estaba seguro de que iban a concederle la plaza. Se había visto obligado a asegurar el futuro de su equipo. En honor a la verdad, Vanja también era joven e inexperta cuando Torkel la había contratado —tenía que reconocerlo

—, ¡pero no tanto!

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un comentario de Ursula.

—Bueno, se nos ha acabado la tranquilidad.

Vanja se volvió hacia las puertas giratorias y vio a Sebastian, que se

dirigía hacia ellos con una sonrisa satisfecha y autocomplaciente en los labios, una sonrisa que pocas semanas antes la habría sacado de quicio. Ahora, sin embargo, se limitaba a observarla.

—Me estáis esperando a mí, ¿no? —dijo Sebastian, y dejó la maleta en el suelo y le

dio un abrazo a Vanja—. Me alegro de volver a verte.

—Yo también.

Billy se los quedó mirando. No acababa de entender la relación entre los dos. O, mejor

dicho, sí, la entendía. Vanja había olvidado su rencor hacia Sebastian cuando éste le había ofrecido a Hinde cambiarse por ella, a cambio de que la dejara ir. Eso lo podía entender.

Pero había algo más.

Edward Hinde había dirigido sus asesinatos únicamente contra mujeres que habían mantenido relaciones sexuales con Sebastian, y en una lista de potenciales víctimas, Billy había encontrado el nombre de la madre de Vanja. Así pues, era indudable que Sebastian

se había acostado con Anna Eriksson. Billy había investigado un poco el asunto por su

cuenta mientras estuvo apartado de su puesto, pero no había llegado a ninguna conclusión.

Por un lado, le resultó imposible determinar dónde y cuándo se habían conocido Sebastian y la madre de Vanja, y por otro, le había parecido un poco sucio hurgar en la vida sexual de la madre de una colega. Puede que Anna Eriksson tuviera o hubiera tenido una aventura extramatrimonial con Sebastian, pero en todo caso no era asunto suyo. Desde luego, podía preguntarse si la actitud de Vanja hacia Sebastian habría sido igual de positiva si hubiera sabido la verdad, pero él no pensaba ser quien se lo contara. No quería arriesgarse a que su amistad con Vanja, ya bastante maltrecha, recibiera un nuevo golpe.

—Disculpad la tardanza —dijo Sebastian cuando terminó la ronda de saludos—, pero

tuve que quedarme un rato esperando a un cerrajero.

—¿Te habías dejado la llave dentro de casa? —le preguntó Ursula, con una expresión

que Sebastian interpretó como una mueca de perversa satisfacción.

—No. —Sin añadir nada más, se volvió hacia Jennifer con una cálida sonrisa—. ¿Has

dicho que te llamas Jennifer?

—Sí. Jennifer Holmgren.

Sebastian hizo un gesto afirmativo y repitió su nombre entre dientes. Al notar que Ursula lo miraba con desdén, Torkel se volvió hacia él.

—¿Puedo hablar un momento contigo?

Sin esperar respuesta, lo agarró por un brazo y se lo llevó a unos diez pasos del grupo.

—Ni se te ocurra acostarte con ella —le dijo en voz baja pero firme en cuanto estuvieron fuera del alcance de los oídos de sus colegas.

Sebastian echó un vistazo por encima del hombro de Torkel, en dirección al resto del

grupo. Jennifer estaba distraída hablando con Billy, pero Ursula le devolvió la mirada.

Probablemente había adivinado lo que Torkel le estaba diciendo. Sebastian le sonrió.

—¿Crees que querrá acostarse conmigo? —preguntó, volviendo a concentrarse en

Torkel.

—No, no lo creo. Pero tienes una habilidad asombrosa para llevarte a la cama a todas

las mujeres. Lo único que te digo es que esta vez no lo intentes.

—De acuerdo.

Torkel guardó silencio y miró a Sebastian. ¿De acuerdo? ¿Nada más? Había sido demasiado fácil.

De repente, tuvo la sensación de que acababa de empeorar las cosas. Cuando a Sebastian le decían lo que tenía que hacer, muchas veces reaccionaba haciendo exactamente lo contrario. No podía permitir que nadie decidiera por él. ¿Habría conseguido Torkel que Jennifer se volviera mucho más interesante para él, solamente por

prohibirle que se acostara con ella?

Existía ese riesgo.

Incluso era muy probable que fuera así.

—Te lo digo en serio —añadió, recalcando las palabras—. Si lo intentas, estás en la calle.

Se lo dijo sin quitarle la vista de encima. Esperaba que su alegría por

volver a trabajar en el equipo fuera mayor que su necesidad de oponerse a la autoridad.

—Entendido. No ocurrirá nada.

—Muy bien. De acuerdo.

Torkel se volvió para regresar con los demás y Sebastian lo siguió.

—Por cierto, ¿por qué la has llamado?

—Porque puede que sea la sustituta de Vanja.

Sebastian se detuvo y agarró a Torkel por el brazo, quizá con un poco más de dureza y

brusquedad de lo que habría sido apropiado.

—¿Por qué? —le preguntó cuando Torkel se volvió hacia él con el asombro pintado en

el rostro—. ¿Para qué? ¿Adónde piensa irse Vanja?

—Ha solicitado un cargo en un programa de formación del FBI.

Sebastian reconoció las palabras y comprendió su significado, pero no pudo

asimilarlas del todo. Ni tampoco quiso.

—¿En Estados Unidos? —fue lo único que consiguió articular.

—Allí es donde suelen hacer las cosas los del FBI, sí.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Cuánto dura…?

Sebastian sentía que se le estaba quedando la boca seca. Tuvo la sensación de que su

voz sonaba como un graznido, pero quizá fuera porque le zumbaban los oídos. Torkel no

pareció notarlo.

—¿El curso?

—Sí.

—Tres años. Empieza en enero.

Torkel siguió caminando en dirección a los demás, pero Sebastian se quedó parado, como si tuviera los pies clavados en el suelo.

Tres años.

Tres años sin su hija.

Cuando por fin había conseguido establecer una relación con ella.

Oyó que lo llamaban. Una vez más. Vio que los demás se habían detenido antes de llegar a la escalera que conducía a los controles de seguridad. Lo estaban apremiando para que fuera de una vez con ellos. Recogió la maleta y echó a andar, con el cuerpo a punto de viajar a Jämtland y los pensamientos en un lugar muy lejano.

Lennart Stridh salió del taxi delante de Åhléns, justo enfrente del Café Bolero. Iba con cinco minutos de retraso, por lo que cruzó la calle corriendo antes de que el semáforo cambiara a verde. Un conductor airado le tocó el claxon, pero él ni siquiera se volvió para mirarlo. Prosiguió su apresurada marcha hacia la cafetería, empujó la pesada puerta de cristal y entró. Flotaba en el aire un dulce aroma a café recién hecho y a bollos de canela.

Recorrió con la vista el espacioso local, más concurrido de lo que esperaba. Calculaba que la mujer tendría más de treinta y cinco años, pero menos de cuarenta y cinco. Había leído que tenía dos hijos adolescentes, pero prácticamente no sabía nada más. Un poco más allá, vio que una mujer con la cabeza cubierta por un chal negro se levantaba, se lo quedaba mirando y poco después empezaba a avanzar con timidez hacia él. Era delgada, con los ojos oscuros y la piel más morena que la mayoría de la gente a su alrededor. Tenía que ser ella. Se había sentado a cierta distancia del resto de los clientes, en un rincón donde era difícil distinguirla.

—¿Shibeka?

La mujer hizo un gesto afirmativo y él fue a su encuentro con la mano tendida.

—Hola. Soy Lennart.

Ella volvió a asentir. Era evidente que se sentía incómoda, de pie en medio de la sala.

Estaba nerviosa. A Lennart no le extrañó. La mayor parte de la gente se ponía nerviosa cuando lo conocían.

—Encantado. ¿Le parece bien que nos sentemos aquí?

La mujer habló por primera vez.

—Sí, me parece bien.

Su acento era menos marcado de lo que le había parecido por teléfono. De pronto, tuvo

la impresión de que estaba un poco más relajada, como si el sonido de su propia voz la hubiera tranquilizado.

—¿Le apetece un café?

—Un té, por favor.

Aunque le rehuía la mirada, parecía fuerte y entera. Hablando con ella por teléfono, Lennart se había hecho la idea de que era una mujer mucho más abatida. Se acercó al mostrador y pidió un té, un café y dos bollos de canela. Mientras hacía el pedido, se volvió para mirarla. Otra vez le pareció tensa. Tenía las manos apoyadas sobre las rodillas y la mirada fija en el suelo. Cogió la bandeja con el té y el café, y se dirigió a la mesa. Se sentó frente a ella y le puso delante su taza, decidido a ir directo al grano.

—¿Está nerviosa? No hay ningún motivo para estarlo.

—No estoy acostumbrada a estas cosas.

—Lo entiendo, pero será muy sencillo. Le haré unas preguntas sobre su marido y usted

intentará responder. Todo lo que diga quedará estrictamente entre nosotros.

La mujer asintió con la cabeza y, sin apartar la mirada de la mesa, se atrevió a beber un sorbo de té. Lennart sacó un bloc de notas y un bolígrafo. La grabadora solía poner nerviosos a los entrevistados. Los privaba de la posibilidad de argumentar que el periodista había

tergiversado sus palabras y, a raíz de eso —en opinión de Lennart—, se

volvían mucho más prudentes y se autocensuraban. Y él no quería que eso pasara. Su objetivo era hacerse una idea de Shibeka y evaluar el potencial de su historia. Averiguar si la mujer era digna de confianza y determinar si merecía la pena investigar la desaparición de su marido o si se trataba simplemente de un callejón sin salida. Lennart se había internado por varios callejones sin salida en lo que iba de año y no tenía intención de perder el tiempo con ninguno más.

—Empecemos por usted —dijo, acercando el bolígrafo al bloc—. Tengo entendido

que vino a Suecia con su marido a finales de 2001, ¿es así?

—Sí. Y con los niños, que entonces tenían dos y cuatro años.

—¿De Afganistán?

Shibeka lo miró. El hombre lo decía como si hubiera sido sencillo, como si se hubieran

subido a un avión y al cabo de unas horas hubieran aterrizado en Suecia. Por un segundo, dejó vagar su mente hacia el campamento de Pakistán adonde habían llegado en su huida.

El hedor, el hacinamiento, el miedo y los llantos de los niños, que constantemente resonaban por todas partes. La tienda de campaña, gélida por las noches y agobiante bajo el sol del mediodía. Hamid, que la había convencido de que era preciso marcharse, de que tenían que seguir adelante. El hombre que había aceptado su dinero para llevarlos a Irán.

El terrible trayecto en camión, a través de montañas y desiertos. Los días que pasaban y se convertían en semanas. Y, entre todo eso, la sensación de ir sentada en la plataforma del camión, con la espalda recostada contra la cabina, abrazando con fuerza a sus dos hijos, Mehran y Eyer, sobre sus rodillas. De hecho, la sensación de dolor en los brazos, por

estrechar con todas sus fuerzas a sus hijos, era el único recuerdo inequívoco que conservaba de aquellos días. El resto era un torbellino de imágenes. Pero el dolor era imposible de olvidar. Estiró un poco los brazos, para asegurarse una vez más de que ya no padecía aquel dolor insufrible.

—Sí. Pero primero fuimos a Grecia.

—Entonces ¿Grecia fue su primer país de asilo?

País de asilo. Una de las primeras cosas que había aprendido a decir en sueco. El primer país de la Unión Europea al que llegaba un refugiado, y al que lo devolvían antes de ser enviado de vuelta a su país.

—Y, después de eso, ¿vinieron a Suecia? —prosiguió Lennart, al ver que no obtenía respuesta.

Shibeka asintió.

—Aquí teníamos familia y amigos. Por eso Hamid quiso venir.

—Pero no les concedieron el asilo…

—Al principio, no. Hubo muchos problemas.

Guardó silencio. Lennart se apoyó sobre la mesa. Ahí podía estar la clave para que siguiera adelante con la entrevista o le diera las gracias a su interlocutora y se marchara.

—A Hamid nunca llegaron a concederle el asilo, ¿verdad? Sus hijos y usted lo consiguieron varios años después, cuando su marido ya había desaparecido, ¿no es así?

Shibeka dejó escapar un suspiro. Ya sabía adónde quería llegar el periodista. Adonde

querían llegar todos. A lo que siempre le decían las autoridades suecas. ¡Estaba tan cansada!

—Mi marido no desapareció porque temiera que fueran a deportarlo. Ni tampoco para

que nosotros pudiéramos quedarnos en el país. —Shibeka levantó la voz y, por primera vez desde que había empezado la conversación, buscó la mirada de Lennart—. Siempre me están diciendo que desapareció por eso. ¡Pero no es cierto!

Lennart la miró. No vio ni rastro de la mujercita prudente y dubitativa que había encontrado al llegar. Había fuego en sus ojos. El periodista sintió su fuerza interior y de pronto comprendió su larga lucha por encontrar a su marido. Tenía delante a una mujer que nunca se daba por vencida, por muy formidables que fueran los obstáculos.

—No lo digo yo. Lo dicen la policía y las autoridades de migración. Dicen que Hamid

desapareció después de una reunión con la Dirección de Migración, donde le hicieron saber que probablemente iban a enviar a toda la familia de vuelta a su país.

Shibeka sabía que debía protestar con firmeza. Negó enérgicamente y apretó los puños.

—Esa gente no conoce a Hamid. Él nunca nos habría abandonado. Jamás habría permitido que sus hijos crecieran sin padre. ¡Jamás! Tiene que haberle pasado algo.

Shibeka miró con expresión casi suplicante al periodista, que, al cabo de un breve intervalo de silencio, dejó el bolígrafo sobre la mesa y la miró con sincera curiosidad.

—¿Qué cree usted que pudo ocurrirle?

—No lo sé.

—Pero ¿piensa que aquel hombre pudo tener algo que ver con lo sucedido? Me refiero

al que se presentó en su casa una semana después de la desaparición de Hamid.

—Sí.

—¿Usted creyó que era policía?

—Hablaba como un policía, pero no llevaba uniforme.

—¿Y no le reveló su nombre?

Shibeka se lo quedó mirando, sin entender la pregunta. No conocía todas las palabras.

—¿Reveló…?

—¿No le dijo su nombre?

—No.

—¿Y usted no sabe de dónde venía, ni quién lo enviaba?

Ella sacudió la cabeza.

—Hacía preguntas como un policía.

—¿Qué le preguntó?

Shibeka reflexionó un momento. ¿Por dónde empezar? Le había hecho muchas

preguntas, todas referidas a Hamid y a su primo. Miró al hombre sentado frente a ella y se dio cuenta de que había llegado al momento crítico de la conversación. Era esencial hacerle comprender la importancia del hombre sueco de chaqueta oscura que la había visitado en su casa. Estaba segura de que había ido a buscar alguna cosa, algo que ella no había podido darle por mucho que lo hubiera querido.

—Me preguntó sobre todo por Hamid —dijo en voz baja— y por su primo Said. Si habían dicho adónde iban, si se habían llevado algo, si habían hablado con alguien antes de irse, si habían viajado en las últimas semanas… Y también me preguntó sobre…

sobre…

Se interrumpió en medio de la frase. Sus pensamientos siempre regresaban al otro hombre. Estaba convencida de que tenía algo que ver con la desaparición de Hamid, lo mismo que el sueco de la chaqueta oscura. Lo presentía.

—Y también sobre Joseph.

Lennart cogió el bolígrafo y escribió el nombre.

—¿Quién era Joseph?

—No lo sé. Un conocido de Said.

—¿Said desapareció al mismo tiempo que su marido?

Shibeka hizo un gesto afirmativo.

—Said veía a Joseph bastante a menudo. A Hamid no le gustaba ese hombre. Me lo dijo varias veces.

—Pero ¿usted no conocía personalmente a ese Joseph, ni ha vuelto a saber nada de él?

—No, nada. Lo he intentado, pero no he podido encontrarlo.

Lennart no sabía qué pensar. Su interlocutora le parecía digna de confianza. No veía ninguna razón para que le mintiera. Llevaba mucho tiempo intentando averiguar qué le había ocurrido a su marido, más tiempo del que habría resistido cualquiera que sólo estuviera aparentando una falsa búsqueda. Pero el hecho de que ella realmente ignorara lo sucedido no significaba que pudiera ofrecerle material de interés para su redacción. Había miles de razones posibles para la desaparición y muchas de ellas podían ser tristes y dolorosas para la familia, pero muy poco interesantes para un programa de investigación

periodística y su público.

Sin embargo, había algo en esa mujer que le despertaba curiosidad, algo en su historia

que no acababa de encajar. No dudaba de su exposición de los hechos, que le parecía fidedigna, pero desconfiaba de la reacción de las autoridades. No le extrañaba lo que habían dicho, sino más bien lo que callaban. Lo poco que había investigado desde que había recibido la carta no había aclarado sus dudas, más bien lo contrario. Para empezar, había llamado a la Dirección de Migración y, como de costumbre, lo habían ido pasando

de funcionario en funcionario, hasta que al final había dado con la persona adecuada.

Había podido confirmar así que la desaparición de Hamid se había producido pocos días

después de reunirse con las autoridades y que éstas sospechaban que había sido voluntaria.

No tenían datos recientes. La última anotación en su expediente, con fecha de agosto de

2003, indicaba simplemente que estaban a la espera de los resultados de la investigación policial. Desde entonces no había ocurrido nada más, aparte de que en 2006 la esposa de

Hamid, Shibeka Khan, y sus dos hijos, Eyer y Mehran, habían obtenido el permiso de residencia en Suecia.

Después, Lennart había llamado a la policía. Según le habían dicho, la

pesquisa había

revelado una probable relación entre la desaparición del hombre y una orden de deportación pendiente, pero le indicaron que no podían comentar nada más. Lennart preguntó por qué y le respondieron que todo lo referente al caso estaba clasificado como

secreto. Ésa era la principal razón por la que Lennart Stridh estaba sentado ahí, frente a Shibeka. No recordaba ningún otro caso de denegación de asilo que la policía considerara secreto.

También estaba la historia de Said Balkhi, el primo de Hamid que había desaparecido

al mismo tiempo que él. Said había llegado a Suecia varios años antes y en 2000 había conseguido el permiso de residencia. Era propietario y encargado de un pequeño comercio

en Fridhemsplan, donde Hamid lo ayudaba a veces. La noche de su desaparición, en 2003,

llamó a su casa para decir que ya iba en camino. Cerró la tienda, bajó la persiana y simplemente desapareció. Su mujer estaba embarazada de su primer hijo. No había ninguna razón para que se marchara, ninguna en absoluto. Había algo que no encajaba en

toda la historia, y Lennart lo sentía cada vez con más intensidad.

Decidió confiar en su intuición. La redacción tendría que invertir tiempo y recursos, pero merecía la pena investigar un poco más.

—Shibeka, vamos a seguir estudiando este caso. No le prometo nada, pero

empezaremos a investigar.

El rostro de la mujer se iluminó. Se puso de pie por el entusiasmo y estuvo a punto de

derramar el té.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Ante su felicidad, Lennart no pudo reprimir una sonrisa.

—Pero recuerde que no le prometo nada.

—Ya lo sé, ya lo sé. ¡Pero hacía tanto tiempo que esperaba este momento!

Al notar que la gente empezaba a mirarla, Shibeka se tranquilizó y volvió a sentarse.

Sin embargo, le resultaba muy difícil estarse quieta, por la alegría desbordante que bullía en su interior.

—Muy bien, tenemos mucho trabajo por delante —prosiguió Lennart —. Necesito una

lista de todos sus amigos y conocidos que puedan saber algo. Tendrá que darme copias de

todas las cartas que haya enviado y una autorización formal para que pueda solicitar a las autoridades, en su nombre, toda la documentación disponible. Además, tendremos que hablar largo y tendido, y repasar punto por punto todo lo que recuerde de la época en que su marido desapareció. ¿Está dispuesta a hacer todo eso?

Eran muchas palabras y el hombre hablaba con rapidez. Era difícil seguirlo, pero Shibeka entendió perfectamente la última pregunta. Y sabía muy bien qué debía responderle.

—Sí, estoy dispuesta —dijo, con mirada firme.

Instintivamente, Lennart supo que era verdad.

El avión había despegado puntualmente y se esperaba que aterrizara diez minutos antes de la hora prevista. Sebastian ni siquiera escuchó esa información, sentado en su butaca junto al pasillo. Tampoco prestó atención a las instrucciones de seguridad. No oyó cuánto duraría el vuelo, ni se enteró del estado del tiempo en Östersund. Rechazó con un gesto la bebida caliente y la fajita de carne de ternera que le ofreció el personal de cabina.

Vanja estaría tres años fuera.

No podía quitarse esa idea de la cabeza. No podía ser verdad. Era imposible. ¿Qué iba

a hacer él? Lo sabía muy bien.

Acompañarla.

O, como mínimo, reunirse con ella.

No tenía ningún lazo que lo uniera a Estocolmo ni a Suecia. Nada, excepto Vanja.

Quería estar donde ella estuviera. Pero se daba cuenta de que era imposible. ¿Cómo iba a seguirla a Estados Unidos? Vanja lo tomaría por loco. De hecho, era una locura. Era muy

probable que ella volviera a rechazarlo, que desconfiara de él e incluso que lo odiara. No podía permitirlo.

La vio venir por el pasillo, desde los lavabos. Esperó a que pasara junto a él, le tocó

suavemente el codo y ella se detuvo a su lado.

—Me han dicho que quieres seguir un curso del FBI.

—Así es.

Por un momento, consideró la posibilidad de decirle lo que pensaba y pedirle sinceramente que no fuera. Pero no podía darle ninguna razón que justificara la súplica, ninguna respuesta para su más que probable «¿por qué?».

—¿Hasta dónde has llegado en el proceso de selección? —le preguntó, con la

esperanza de que todavía faltara mucho tiempo para la decisión definitiva y de que aún le quedaran muchas pruebas difíciles y exámenes que quizá no podría superar.

—Ya he hecho las pruebas de tiro y de estado físico, y los exámenes escritos; y el fin de semana pasado fui a ver a Persson Riddarstolpe para el estudio psicológico.

—Riddarstolpe es un imbécil. —Fue la reacción casi automática de Sebastian.

—Ya sabía que no tenías buena opinión de él.

—No es una opinión, sino un hecho. Es la realidad, como decir que la

Tierra es redonda.

Vanja le sonrió.

Sebastian adoraba esa sonrisa.

—En cualquier caso, creo que me ha ido bien. Ahora redactará su informe; después me

hará participar en unos juegos de rol, y creo que ya no tendré que hacer nada más.

¡Claro que le había ido bien! El pequeño resto de esperanza que Sebastian se había empeñado en conservar se agrietó y desapareció. Vanja había superado todas las pruebas,

por supuesto. La admitirían. No le cabía ninguna duda.

Era la mejor.

Era su hija.

—Torkel cree que me aceptarán —prosiguió Vanja—. Por eso ha llamado a Jennifer.

—Sí, me lo ha dicho.

Vanja se quedó quieta un momento en el pasillo, como esperando algo más.

Una felicitación, por ejemplo.

O la expresión de un deseo de buena suerte.

Pero no recibió nada.

La comisaria Hedvig Hedman los estaba esperando en el vestíbulo de llegadas. Tras darles la bienvenida, se disculpó por no poder ofrecerles un tiempo menos inclemente.

Cuando hubieron recuperado el equipaje facturado, la siguieron a paso rápido, en dirección a un minibús que los estaba aguardando. Salieron de Frösön y continuaron por la orilla del lago Stor, hasta entrar en la E-14.

Mientras circulaban hacia Storulvån, Hedvig les expuso lo que sabía, que no era mucho. Una excursionista se había aventurado hasta el borde de una cornisa, que por lo visto estaba socavada por la lluvia. Gran parte de la tierra se había desprendido y había dejado al descubierto un esqueleto. Una vez en el lugar de los hechos, la policía había empezado a cavar alrededor de los restos y había encontrado otro cráneo. Al final, habían

hallado un total de seis cuerpos sepultados unos junto a otros. Hedvig había buceado en todos los registros y archivos imaginables, pero no había encontrado ningún grupo de seis personas cuya desaparición se hubiera denunciado en los últimos cincuenta años.

—¿Sabes cuánto tiempo llevan enterrados? —preguntó Torkel.

—No, no hemos empezado a estudiarlos. Siguen allá arriba. Estábamos esperando a que llegarais vosotros.

Ursula asintió, complacida. En demasiadas ocasiones, el personal de la policía local quería demostrar su valía y se empeñaba en llegar a alguna conclusión sin esperar a la Unidad de Homicidios. Pero parecía que allí actuaban de otra forma. De la manera correcta, según su opinión. Habían comprendido que quizá el caso era demasiado complicado para ellos y de inmediato habían pedido refuerzos, sin esperar a quedar estancados en la investigación.

—¿Se sabe de qué murieron? —preguntó Ursula, cruzando una mirada con Hedvig a

través del espejo retrovisor.

—Todo parece indicar que les dispararon, pero no lo sabremos con seguridad hasta que los examinemos.

Sentada al fondo del vehículo, Jennifer guardaba silencio y se limitaba a disfrutar del

momento. No se podía creer la suerte que había tenido. ¡Estaba sentada en un minibús, con el equipo de la Unidad de Homicidios! Seis cadáveres sepultados en la montaña, muertos por disparos. ¡Qué diferencia con los controles de velocidad en la carretera y las peleas entre borrachos los viernes por la noche! Asesinatos, pistas, una investigación complicada… Persecuciones, emoción… Estaba eufórica. Habría querido contárselo a todo el mundo.

¡Jennifer Holmgren, de la Unidad de Homicidios!

Casi no podía estarse quieta. Billy se volvió hacia ella, y Jennifer se dio cuenta de que estaba sonriendo sin razón aparente, como una tonta, pero no pudo hacer nada para evitarlo.

—¿Por qué estás tan contenta?

Le dijo la verdad.

—Me siento muy feliz de estar aquí.

Vanja miró de soslayo a su sustituta. Casi esperaba que Jennifer acabara la frase añadiendo un «contigo» dedicado a Billy. Su colega y ella se habían caído bien nada más

verse. Se habían sentado juntos en el avión y habían pasado todo el rato riendo y charlando de las cuentas de Twitter que seguían y de otras cosas que a Vanja no le interesaban en lo más mínimo. En pocas horas, Jennifer había conseguido hacerla sentir tremendamente vieja. Volvió a dirigir la vista al frente. Iba a tener que sobreponerse.

Pronto dejaría el grupo y era muy positivo que Billy hiciera buenas migas con su sustituta.

No estaba celosa, pero… era su lugar. Jennifer iba a ocupar su puesto. Ella lo dejaría voluntariamente, pero aun así… Por primera vez desde que había emprendido la aventura

del FBI, sintió que no sólo partía hacia un nuevo destino, sino que dejaba algo atrás. Algo bueno.

Torcieron a la izquierda en Enafors, y después a la derecha, antes de llegar a Handöl,

por un valle donde las montañas tapizadas con los cálidos colores del otoño se erguían a ambos lados de la carretera. El camino se fue estrechando y de forma repentina volvió a

ensancharse en un amplio aparcamiento que marcaba el final del trayecto. Apareció ante

ellos una construcción enorme y alargada, con ampliaciones por todos los flancos. Uno de sus lados acababa en una especie de granero pequeño de planta octogonal. Por todas partes se veían tejados amarillos. A primera vista, era como si el edificio estuviera constituido en un ochenta por ciento por tejados. Sebastian no sabía nada de

arquitectura, pero cuando algo era feo, lo veía. Y esa casa era horrible. Quizá fuera práctica y funcional como albergue de montaña. Pero de bonita tenía muy poco.

Los ocupantes del minibús se apresuraron a entrar en el albergue. En la recepción los

estaban esperando un hombre y una mujer, que se presentaron como Mats y Klara, y que

enseguida procedieron a repartir las llaves y a explicarles las condiciones del alojamiento.

Podrían quedarse en el albergue todo el tiempo que les hiciera falta, aunque en realidad el establecimiento ya había cerrado hasta la primavera. Durante el día, habría varios empleados trabajando en el edificio, con el fin de prepararlo para el invierno. Algunos seguirían pernoctando allí mismo, pero en las dependencias del personal. Todos los días vendría un cocinero para servir la cena, pero el desayuno correría a cargo de los huéspedes, que podrían tomarlo en la cocina. Era posible que acudieran operarios a realizar algunas reparaciones menores, pero trabajarían solamente durante el día y no se quedarían por la noche. Si los huéspedes necesitaban algo más o tenían alguna pregunta,

podían dirigirse a Mats o a Klara, que estarían siempre a su disposición.

Los recién llegados decidieron dejar las maletas en sus respectivas habitaciones, comer

algo deprisa y salir hacia la montaña lo antes posible, mientras hubiera luz. Hedvig tenía dos coches listos para ellos.

En su habitación, Torkel dejó la maleta sobre la cama y se dirigió a la ventana, con vistas al río. Un puente colgante atravesaba la corriente, que bajaba crecida. También se distinguía el sendero que solían utilizar los excursionistas para adentrarse en la montaña.

Torkel se alegraba de estar allí. No podía negar que el viaje le hacía abrigar ciertas esperanzas y no precisamente en el aspecto profesional, o al menos no en primer lugar.

Esperaba poder reanudar su relación con Ursula y quizá incluso llegar un poco más lejos.

Durante mucho tiempo habían respetado las reglas impuestas por Ursula en lo referente a su relación.

Solamente en el trabajo.

Nunca en casa.

Sin planes de futuro.

Eran normas sencillas, que habían respetado durante años. Y todo había funcionado bien, hasta que Ursula las había quebrantado. Se había presentado en su casa. Lo había buscado en Estocolmo, sin esperar a estar de viaje por motivos de trabajo. Habían vulnerado dos de las tres reglas y, en su opinión, la culpa había sido de Ursula. Estaba convencido de que aquella infracción lo había complicado todo. Las pocas veces que se habían visto o hablado desde entonces la había notado cambiada. No mucho, ni en ningún

aspecto demasiado importante, sino en pequeñas cosas. En detalles. Torkel atribuía el cambio al temor que podía sentir Ursula de estar a punto de quebrantar también la tercera regla. Tal vez la intimidara la posibilidad de empezar a contemplar un futuro en común. Él lo deseaba con todas sus fuerzas, pero sabía que no le convenía tomar la iniciativa. Todo debía hacerse según las normas de Ursula. Siempre. Torkel quería avanzar, pero ahora tenía la oportunidad de retroceder.

De dar marcha atrás.

De volver a respetar las reglas.

Antes, todo había sido más sencillo. Torkel esperaba recuperar lo que habían tenido tiempo atrás, para después poder avanzar. Unas cuantas noches de hotel con Ursula, y lejos de su marido. A veces era preciso dar un paso atrás para tomar impulso y seguir adelante.

Era lo que Torkel quería. Lo que esperaba que sucediera.

Lo que pensara Ursula al respecto era, como de costumbre, un completo misterio para

él.

Tras una comida que consistía en sopa de gulash, pan, café y bizcochitos de chocolate,

se reunieron todos delante del edificio del albergue. La lluvia se intensificó y prácticamente se convirtió en diluvio cuando atravesaron el puente colgante para dirigirse a los dos vehículos con tracción en las cuatro ruedas que los esperaban al otro lado del río.

Sebastian detestaba la lluvia. Por mucho que llevara ropa adecuada, al cabo de unos minutos se sentía empapado por dentro. Empapado y helado.

«No existe el mal tiempo, sino la ropa inadecuada», decían algunos.

Pero sólo un puto descerebrado víctima de un amor excesivo por la naturaleza podía repetir semejante idiotez. ¡Claro que existía el mal tiempo! Desde un punto de vista puramente objetivo, lo que estaban padeciendo en ese momento era un tiempo de mierda,

con independencia de la ropa que llevaran puesta. Sebastian consideró por un momento la

posibilidad de dar media vuelta y esperar a los demás en el albergue. De hecho, no tenía ninguna necesidad de ver el lugar del hallazgo. Pero ya habían llegado a los coches y pensó que en interior estaría a salvo del chaparrón. Apartó a Jennifer de un codazo y se metió en uno de los vehículos antes que nadie.

Media hora más tarde llegaron al lugar del hallazgo.

La policía había levantado una tienda blanca sobre la fosa. Unos generadores de gasolina alimentaban los focos encendidos dentro y fuera del recinto, para contrarrestar el incipiente crepúsculo. Hedvig condujo a sus acompañantes hasta el lugar donde los esperaba un hombre de unos cincuenta años, que se presentó como Jan-Erik Kask. Tras los

saludos de rigor, el hombre se encaminó hacia la carpa, a través del terreno enfangado.

—La cornisa cedió bajo el peso de una excursionista y encontramos esto…

Levantó una esquina de la lona y Sebastian agachó la cabeza y se metió sin más en la

carpa. Ursula lo siguió mientras Torkel se detenía delante de la entrada y miraba a su alrededor.

—¿Cabemos todos?

—Sí, creo que sí. Pero no os acerquéis demasiado al borde, porque podríais caeros vosotros también.

Torkel, Billy, Vanja y Jennifer entraron en la tienda. El ambiente en el interior era húmedo y bochornoso. La lluvia y la presencia de los focos creaban dentro de la carpa un ambiente similar al de un invernadero de mariposas. Todos se desabrocharon los abrigos

en cuanto entraron.

En el centro había una excavación rectangular, de unos dos por cinco metros de lado, y

cerca de un metro de profundidad. Los esqueletos yacían más o menos alineados en el fondo del pozo. Dos de ellos eran visiblemente más pequeños que los demás, y había dos

que conservaban retazos de ropa medio desintegrada enredada en las extremidades. El esqueleto más alejado de la entrada tenía un brazo extendido por debajo de la lona de la tienda, como si quisiera comprobar si aún estaba lloviendo. Más abajo se oía el rumor del riachuelo. Jan-Erik entró en la carpa, se agachó junto a la fosa y señaló con la cabeza el cadáver más distante.

—Allí fue donde cedió el terreno. La senderista se agarró a lo primero que encontró y

se llevó consigo una mano y un antebrazo. Los tenemos afuera, en una caja.

Ursula hizo un gesto afirmativo. Destapó el objetivo de la cámara de fotos y el cristal

se empañó enseguida, tal como ya suponía que pasaría. Le pasó la cámara a Billy y se

puso unos guantes de látex, antes de agacharse junto a la excavación, al lado de Jan-Erik.

Sebastian y los demás permanecieron de pie, mirando. Esa parte de la investigación le correspondía a Ursula. Era su especialidad. Ellos no eran más que simples observadores.

—Seis esqueletos en un estado de conservación relativamente bueno.

No fueron

arrojados a la fosa de cualquier manera, sino que alguien se tomó el trabajo de depositarlos ordenadamente, uno junto a otro.

Hablaba en voz alta, tanto para sí misma como para Jan-Erik y el resto del equipo.

—¿Podría significar algo? —preguntó Jennifer en voz baja, sin saber muy bien si podía hablar.

Ursula miró enseguida a Sebastian, para animarlo a responder.

—Quizá sí. Podría señalar, por ejemplo, cierto respeto hacia las víctimas. O tal vez una personalidad muy estructurada y poco emocional.

—¿Cómo los desenterrasteis? —inquirió Ursula, volviéndose hacia Jan-Erik.

—Trajimos una pequeña excavadora.

—¿Llegó a tocarlos la máquina? ¿Los movió?

—No creo, no… Bueno, tal vez los rozó un poco.

Ursula se agachó y, en silencio, se puso a estudiar un fémur. El hueso tenía una coloración marrón grisácea y parecía casi mohoso, con tierra y fango adheridos por todas partes. Pero en medio de la superficie oscura destacaba una muesca clara, casi blanca. La excavadora había hecho algo más que rozar los esqueletos. Probablemente sería fácil distinguir los daños recientes, pero si la policía local hubiera sido más prudente al excavar, ahora no tendrían que perder tiempo y energía en ese tipo de cosas. Ursula volvió a depositar el fémur en su sitio mientras retiraba mentalmente todos los elogios que había podido dedicar a la policía de Jämtland en el camino de ida.

Eran unos chapuceros.

Tendió la mano para pedir la cámara y Billy se la dio. Jan-Erik se puso de pie y se volvió hacia Torkel.

—Al principio, pensamos que serían antiguos. Verdaderamente antiguos —añadió,

para explicarse mejor—. En estas montañas ha muerto mucha gente. Más de tres mil soldados carolinos perecieron de frío en estas

cumbres, en el invierno de 1718 a 1719.

Todavía seguimos encontrando sus restos, aunque muy de cuando en cuando. Ahora llevamos mucho tiempo sin encontrar nada, pero a veces pasa.

—¿No notasteis enseguida que estos cadáveres no tenían trescientos años? —replicó Ursula mientras fotografiaba la fosa desde todos los ángulos posibles—. Los cuerpos presentan orificios de bala en la cabeza.

—Parecen orificios de bala, pero no podíamos descartar que fueran otra cosa.

Ursula bajó la cámara, sorprendida.

—¿Qué otra cosa pueden ser?

—Heridas causadas por algún tipo de arma blanca puntiaguda.

—Encontráis seis cadáveres, cada uno tiene dos orificios circulares en el cráneo, ¿y lo

primero que os viene a la mente son heridas de arma blanca y no de bala? ¿Solamente se

os ocurre pensar en la antigüedad?

—En sentido estricto, los carolinos no pertenecen al período histórico que conocemos

como la Antigüedad.

Ursula prefirió ignorar ese último comentario y concentrarse en las fotografías.

—¿Había muchos carolinos vestidos con prendas de Gore-Tex en el siglo XVIII?

Bajando la cámara, le señaló a Jan-Erik los dos esqueletos envueltos en jirones de ropa

gris y amarilla.

—Ésos fueron los últimos que desenterramos. Son los que están más lejos del borde de

la cornisa.

La voz de Jan-Erik vibraba de cólera contenida. Era evidente que se le estaba agotando

la paciencia. Sebastian contemplaba la situación con interés. No era la primera vez que Ursula tenía diferencias con el personal local, pero en esta ocasión su reacción había sido de una dureza poco habitual. Para Torkel era muy importante que el equipo no se enfrentara nunca con los cuerpos de policía locales. Siempre era muy claro al respecto. La prudencia en ese sentido era uno de los pilares de su éxito, y Ursula lo sabía. Aun así, no había dudado en atacar despiadadamente al pobre hombre.

Sebastian oyó que Torkel, a su lado, se aclaraba la garganta.

—Deja que Billy termine de hacer las fotos y dinos lo que ves. Tenemos que volver al

albergue.

Ursula se puso de pie y miró a Torkel, que dio un pequeño paso al frente y le devolvió

la mirada. Le había hablado en voz baja y modulada, como si le estuviera pidiendo un favor. Pero el levísimo gesto con la cabeza había dejado perfectamente claro que era una orden. Sebastian no pudo evitar sentirse impresionado. La solución había sido típica de Torkel. Había conseguido detener el conflicto, haciéndole sentir a Jan-Erik que estaba de su parte. Pero al poner como excusa la falta de tiempo y solicitar la opinión experta de Ursula, había evitado irritarla a ella y no había tenido que levantar la voz. Billy dio un paso al frente y Ursula le tendió la cámara, y luego volvió a acuclillarse junto a la fosa.

—Para empezar, tenemos cuatro adultos y dos niños. Por las características de los huesos de las pelvis, yo diría que dos de los adultos son mujeres.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí?

—Es difícil saberlo. El suelo es arcilloso, húmedo y poroso, con lluvias frecuentes…

En todo caso, más de cinco años. —Se puso de pie y echó a andar alrededor de la excavación—. Dos de los cuerpos parecen haber sido

sepultados con la ropa puesta, a diferencia de los otros dos adultos y de los niños.

—¿No puede haberse desintegrado la ropa? —preguntó Vanja—. ¿No puede haberse

descompuesto, por estar hecha de un material que se degrade con más rapidez?

—Es posible, pero no ha quedado ni rastro de ninguna prenda alrededor de los cuerpos. No se ven botones, ni cremalleras, ni nada.

—¿No será que estos cuatro cadáveres han permanecido más tiempo sepultados que los otros dos?

—No lo parece. Todos están en el mismo nivel. Los huesos presentan la misma alteración del color y todos los cuerpos están colocados en la misma posición. Creo que

podemos suponer que los seis fueron enterrados al mismo tiempo.

—Pero ¿por qué razón desnudaron solamente cuatro de los cadáveres y no les quitaron

la ropa a los otros dos?

Ursula no respondió. Volvió a agacharse y se inclinó con cuidado hacia dos de los cráneos que aparecían ligeramente ladeados.

—A los cuatro sin ropa también les faltan los dientes —observó—. Y eso no se explica

por haber pasado más tiempo enterrados.

—Pero ¿cómo pueden desaparecer los dientes? —preguntó Jennifer.

—¿En una tumba? De ninguna manera. —Ursula se puso de pie—. Alguien se los tuvo

que arrancar antes de meterlos en la fosa.

—¿Alguien que no quería que fueran identificados? —aventuró Jennifer.

Mientras hablaba, sintió un estremecimiento. Había ingresado en la policía para vivir

momentos de acción y emoción. Era así de sencillo. El trabajo más rutinario también era

gratificante en algunos aspectos, desde luego, pero su sueño era precisamente lo que estaba viviendo en ese momento. Investigar, buscar, acechar a la presa, lanzar el ataque y atraparla. Tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir una sonrisa, ya que sus colegas podían malinterpretarla. El aire en el interior de la tienda era húmedo y agobiante.

—Es una hipótesis —dijo Ursula, como respuesta a su pregunta.

Sebastian había permanecido casi todo el tiempo en silencio. De repente, se decidió a

abandonar la tienda. Tenía que salir. Hacía demasiado calor allí dentro y le costaba respirar. Hasta la lluvia le parecía más tolerable.

Se agachó para pasar por la abertura y salió. Una vez fuera, observó que ya casi no

llovía, pero soplaba un viento gélido del norte. Se cerró la chaqueta e hizo varias inspiraciones profundas.

Seis muertos, dos de ellos niños. Probablemente ejecutados. Durante los años de su colaboración con la Unidad de Homicidios, no habían investigado muchos casos de niños

asesinados, pero habían tenido algunos. Siempre lo afectaban más que otras

investigaciones. Suspiró. No todos los delincuentes eran capaces de disparar a un niño.

Solamente por eso, había que pensar en una clase muy particular de asesino. Pero a estos niños, además, les habían arrancado los dientes…

Las seis personas sepultadas en la montaña no eran las primeras víctimas de ese criminal.

Ni las últimas.

De eso Sebastian estaba seguro.

Lennart iba y venía por el espacio diáfano de oficinas que constituía el corazón de

«Investigación criminal» . La redacción llevaba diez años funcionando en el mismo sitio y tenía más de veinte personas contratadas. No les sobraba el espacio, allí, en la segunda planta del edificio de hormigón de SVT, la televisión pública sueca, en Gärdet. A su lado funcionaba la sección de «Cultura», que disponía de más superficie útil, a pesar de tener menos personal. Algunos de sus redactores incluso tenían despacho propio. Lennart también lo había tenido hasta hacía dos años, cuando habían nombrado director del programa a Sture Liljedahl, que como primera medida había mandado echar abajo todos

los tabiques, para crear un espacio abierto donde «la creatividad y la espontaneidad»

pudieran «fluir libremente». Su objetivo declarado era fomentar la cooperación y el intercambio de ideas dentro del grupo, pero Lennart sabía que su verdadero propósito era concentrar tantos redactores como fuera posible en un espacio mínimo. Ahora trabajaban

todos en una sala grande, con las mesas colocadas frente a frente. Lennart lo detestaba.

Habría querido hablar por teléfono y trabajar en sus textos sin que los demás lo estuvieran interrumpiendo a cada momento. Cuando se había quejado, había tenido que aguantar que

Sture lo llamara conservador y lo animara a ser más sociable. Sin embargo, a Lennart le

parecía normal su deseo de trabajar tranquilo y en silencio. Y no aliviaba su irritación el hecho de que Sture tuviera despacho propio, que además era el resultado de haber fusionado y renovado dos de las antiguas oficinas. Sture incluso había mandado instalar un grueso tabique de cristal y una mesa nueva de reuniones, para poder recibir en privado a sus visitantes y dominar con la vista a todos sus subalternos sin necesidad de escucharlos. Era evidente que los principios del intercambio de ideas, las relaciones sociales y el trabajo en equipo no se aplicaban a todos por igual. Pero claro, Sture era el jefe y para él había otras reglas.

En ese momento, Sture estaba en su despacho, hablando con su mano derecha, Linda

Andersson, una mujer de unos treinta años, muy capaz, que anteriormente había trabajado

para el tabloide *Expressen*. Parecía como si no fueran a terminar nunca. A Lennart le costaba entender que una reunión pudiera durar tanto tiempo. Nada más llegar de Sergels

Torg, casi sin aliento, le había preguntado a Sture si podía hablar con él. Tenía información importante. Claro que sí, le había dicho el jefe.

Pero ahora no.

Más adelante.

Primero tenía un almuerzo de trabajo; después, una reunión con el director de programación, y, por último, tenía que ver el programa que iba a emitirse el miércoles.

En cuanto solucionara todo eso, hablaría con él.

Pero cuando regresó, Linda lo estaba esperando. Secuestró a Sture en cuanto lo vio entrar y aún seguía encerrada con él en la oficina.

Lennart sintió de repente un impulso irrefrenable de fumar un cigarrillo y,

rápidamente, se metió en la boca un chicle de dos miligramos de nicotina, con sabor artificial a frutas. Había dejado de fumar hacía más de dos años, pero aún sentía con frecuencia esa necesidad repentina, sobre todo cuando estaba nervioso o cansado, y ahora sentía las dos cosas. La inquietud y la irritación habían desplazado la poderosa sensación de energía que lo había invadido tras el encuentro con Shibeka. Detrás del tabique de cristal, vio a Linda reír con los comentarios del jefe. Nunca entendería a Sture. Cuando Lennart no lo necesitaba, lo tenía siempre encima, controlando todos sus movimientos; pero en cuanto Lennart quería hablar con él, siempre pasaba lo mismo.

Ahora no.

Más adelante.

Se dejó caer en la silla, enfrente de su escritorio. El café se le había quedado tibio, pero aun así bebió un buen sorbo. Le supo a rayos. Decidió mirar si había mensajes de correo electrónico, para tener algo que hacer. Pero justo cuando estaba encendiendo el ordenador, se

abrió la puerta del despacho de Sture. Parecía que por fin habían terminado.

Linda estaba recogiendo su taza desechable de café y también la de Sture, y reunía todos sus papeles. Desde la puerta, con expresión indolente, Sture le indicó a Lennart que pasara a su oficina. El rey tenía a bien concederle una audiencia. Lennart le respondió con un gesto afirmativo, cambió de sitio unos papeles para parecer ocupado, se puso de pie y se encaminó lentamente hacia el despacho del jefe. No quería transmitir una sensación de excesiva ansiedad, para que Sture no pensara que llevaba todo ese tiempo nervioso, esperando a hablar con él. Nada de eso. Lennart era una persona ocupada. Muy ocupada.

Escupió el chicle por el camino, pero por desgracia no acertó a la papelera y tuvo que

parar un momento y agacharse para recogerlo. Al notar que Sture lo seguía con la mirada, Lennart se dijo que su entrada en los dominios del monarca habría podido ser bastante más digna.

La conversación empezó bien. Sture Liljedahl, sentado frente a él, lo escuchaba con interés. De hecho, no lo interrumpió ni una sola vez. Lennart no podía reprimir cierta sensación de orgullo. Estaba seguro de encontrarse sobre la pista de algo realmente jugoso. Cuando terminó la exposición, Sture se inclinó hacia él y lo miró con atención.

—¿Con qué frecuencia se clasifican como secretos los expedientes de asilo?

—Nunca, según me ha dicho el policía con el que hablé. Al menos en trámites rutinarios.

—Muy bien. Tenemos dos afganos desaparecidos en agosto de 2003 —resumió Sture

—. La policía sospecha que se marcharon por voluntad propia, tras la denegación del asilo. Pero al menos uno de esos hombres no tenía ningún motivo para irse. ¿Cómo se llamaba?

—Said Balkhi. Tenía permiso de residencia desde 2001 y su mujer estaba embarazada.

Sture se acercó a la gran pizarra blanca colgada de la pared a sus espaldas. Aparte del

tabique de cristal, era lo primero que había instalado en su despacho y le encantaba usarla para hacer anotaciones y dibujos con rotulador rojo. En opinión de Lennart, era una manera más de sentirse al mando: garabatear sus notas en una pizarra, para que todo el mundo las viera. Escribió el nombre.

—¿Qué sabemos de Said?

—Casi nada, sólo lo que me ha contado Shibeka. Era primo de Hamid y tenía una tienda en sociedad con dos primos de su mujer. Intentaré hablar con ella.

—¿Antecedentes delictivos?

—Que yo sepa, no.

Sture asintió.

—Muy bien. También tenemos a Shibeka… ¿Así se llama?

—Shibeka. Es mi contacto. Solamente he hablado con ella.

—¿Te parece digna de confianza?

—Mucho. Habla y escribe bastante bien el sueco. Y no creo que tenga razones para mentir. Lleva intentando averiguar lo que le ha ocurrido a su marido desde 2003.

—Y está convencida de que algo no encaja. ¿En qué se basa para creerlo?

—Por un lado, dice que Hamid jamás se habría marchado sin decírselo y, por otro, desconfía de un hombre que fue a verla doce días después de la desaparición, para interrogarla sobre su marido.

—¿Un policía?

—Tal vez, o quizá un enviado de las autoridades.

—¿Iba vestido de paisano?

Lennart afirmó con la cabeza.

—Le hizo un montón de preguntas sobre la familia y los amigos de

Hamid, y otras cosas.

Sture lo miró con cierto escepticismo.

—¿Te ha dado más detalles?

—No. Dice que era un sueco de unos cuarenta años. A ella todos los suecos le parecemos más o menos iguales.

Antes de continuar, Lennart consultó sus notas.

—Por lo visto, preguntó a la policía y le dijeron que ellos no le habían enviado a nadie aquella semana. Ayer hablé con la comisaría de Solna y me lo confirmaron.

Sture lo miró antes de que prosiguiera. Era un buen momento para mostrarse

incrédulo.

—Tal vez ese Hamid estaba involucrado en algo que su mujer ignoraba. Alguna

actividad criminal, algún tipo de red mafiosa… Hay miles de posibilidades.

—Puede ser, sí. Pero en aquella época, a comienzos de siglo, pasaron muchas cosas.

Seguramente recordarás la expulsión de los egipcios en 2002, ¿no?

Sture le lanzó una mirada airada. ¿Por quién lo había tomado Lennart? ¿Lo creía capaz

de olvidar la mayor primicia de la competencia, por la que el canal rival había ganado la codiciada Pala de Oro?

—Es posible que estemos ante algo similar —prosiguió Lennart—. Aquella vez fueron

dos sospechosos de terrorismo, expulsados a Egipto de forma fulminante a instancias de la CIA. Tanto los servicios de inteligencia como el Ministerio de Exteriores estuvieron implicados.

Sture se puso de pie. Era una idea interesante. Quizá no fuera la explicación más probable, pero al menos era posible.

—¿Sugieres entonces que hay algo más detrás de la denegación de asilo?

—Recuerda que han clasificado el expediente como secreto —observó Lennart.

—¿Qué sabemos de ese Joseph que mencionó Shibeka?

Lennart se encogió de hombros.

—Nada, excepto que Shibeka recuerda su nombre. Por lo visto, Hamid se lo mencionó

poco antes de desaparecer. Es lo único que sabe.

Sture escribió «Josef» en la pizarra y le añadió un signo de interrogación. Después, se sentó y se quedó mirando a Lennart mientras reflexionaba.

—Es demasiado poco. Concéntrate en el informe policial. Es lo más concreto que tenemos. Averigua por qué es confidencial.

Lennart asintió y le sonrió. No solía sonreír muy a menudo en las reuniones con Sture.

—Precisamente, pensaba empezar por ahí.

Tal vez dio la impresión de estar demasiado satisfecho, porque enseguida Sture se echó hacia delante y lo miró entrecerrando los ojos.

—Quiero que Linda colabore contigo en esto.

A Lennart se le congeló la sonrisa. Era justo lo que quería evitar: las intromisiones.

—¿No estaba muy ocupada con el asunto del Instituto de Empleo? —replicó, con una

remota esperanza de que le sirviera de algo—. Anders ya me ha estado ayudando un poco.

Si veo que no puedo con todo, le diré que me eche una mano.

—Necesitamos averiguar si la pista es buena, Lennart. Te estoy ofreciendo recursos para que investigues y te aseguro que Linda es muy competente —le dijo Sture con una

sonrisa amistosa.

—Ya lo sé —respondió Lennart—. Pero me gustaría seguir indagando un poco más por mi cuenta. Ya sabes que prefiero trabajar solo.

Sture hizo un gesto afirmativo, pero no dio su brazo a torcer. Era su estilo.

—¿Me dejas que te proponga una solución intermedia? Cuéntale a Linda todo lo que

sepas y deja que te ayude con la investigación, aquí en la oficina. Pero te quedas con el trabajo sobre el terreno y, además, tú mandas. ¿De acuerdo?

Lennart miró a su jefe. «Yo no mando —pensó—. Mandas tú.» Pero ¿qué podía

decirle? Sture era el jefe y en cambio él era totalmente prescindible.

—Me parece bien —dijo Lennart, sonriendo de nuevo.

Pero esta vez su sonrisa tenía algo de artificial.

Había anochecido cuando regresaron al albergue.

Volvieron todos menos Ursula, que se había quedado para terminar los estudios técnicos y dirigir las tareas de traslado de los cuerpos. Torkel se había ofrecido para acompañarla, pero ella había declinado la oferta. Le había dicho que no era mucho lo que podía hacer en el lugar del hallazgo, y era cierto. Sin embargo, había un aspecto en el que las relaciones y los contactos de Torkel dentro de la organización podían resultarle útiles.

Según el protocolo, todos los cadáveres hallados en la región de Jämtland se enviaban al Instituto Forense de Umeå, pero Ursula quería mandarlos a Estocolmo.

Resultó más fácil decirlo que hacerlo. El asunto acabó convirtiéndose en una pequeña

guerra con dos frentes abiertos. El Instituto Forense de Umeå lo consideró una expresión manifiesta de desconfianza, mientras que sus colegas de Estocolmo se apresuraron a aclarar que ellos ya tenían trabajo de sobra. Lo último que necesitaban era que les enviaran seis cadáveres más. Si aun así Torkel conseguía su propósito, no podían asegurarle que fueran a otorgarle un tratamiento prioritario. Por otra parte, sus superiores jerárquicos se preguntaban qué sentido tenía esa solicitud. Después de unas diez llamadas, Torkel se dio cuenta de que los costes de modificar el protocolo podían superar con creces los beneficios. Tendrían que conformarse con Umeå. Se lo diría a Ursula en cuanto regresara. Con suerte, estarían a solas. En su habitación o en la de ella.

Cuando atravesaron el puente en dirección al albergue, divisaron una luz cálida y acogedora en el interior de la construcción octogonal donde se encontraba el comedor.

Mats y Klara los recibieron en la recepción y les preguntaron a qué hora les apetecía cenar.

Todos estuvieron de acuerdo en que querían pasar alrededor de media hora en sus respectivas habitaciones antes de reunirse en el comedor.

Los habían alojado en lo que Mats y Klara llamaban «habitaciones de máximo

confort». En opinión de Torkel, no era mala la denominación si la idea que uno tenía de

«máximo confort» eran unas literas, una alfombra deshilachada, un armario sencillo de madera contrachapada, sin puertas, y un pequeño aseo con ducha. A él le parecían más

bien las habitaciones corrientes de cualquier albergue de montaña.

Después de darse una ducha caliente, sacó la tijera de uñas del neceser, secó el cristal empañado del espejo y se dispuso a luchar contra la proliferación capilar indeseada. La fosa nasal derecha requería una intervención inmediata. Torkel detestaba esos pelos largos que en los últimos años habían empezado a asomarle por sitios donde realmente no quería

tenerlos. Pocas veces se sentía tan viejo como cuando sus hijas, no sin cierto regocijo ante su desgracia, le recordaban que tenía que cortarse de nuevo los pelos de las orejas.

Sonó el teléfono. Salió del baño y cogió la llamada.

Era del periódico *Expressen.* Axel Weber. Había oído que su equipo acababa de desplazarse a Jämtland. ¿Era cierto? Torkel se lo confirmó, sabiendo que la noticia no tardaría en hacerse pública. Weber era un buen periodista, y la implicación de la Unidad de Homicidios atraía automáticamente la atención de la prensa. ¿Por qué estaban allí?, quiso saber Weber. ¿Qué habían encontrado? O, mejor dicho, ¿podía ratificarle Torkel el

hallazgo de la fosa común? Sí, habían hallado varios cadáveres que llevaban mucho tiempo sepultados. ¿Cuánto tiempo, exactamente? Torkel prefería no especular al respecto, ya que todavía carecían de datos concretos. Sólo podía decirle que era mucho tiempo.

En cuanto a edades, sexos, cantidad de cuerpos, eventuales pistas y posibles motivos,

aún no podía divulgar ninguna información. Tras la breve conversación, Weber se había quedado más o menos como antes de llamar.

—Ya sabes que tarde o temprano me voy a enterar de todo, ¿verdad? —dijo antes de

colgar.

Torkel casi podía verlo sonreír al otro lado de la línea.

—Pero no seré yo quien te lo diga —replicó y puso fin a la comunicación.

Probablemente era cierto lo que acababa de decirle Weber. Era evidente que alguien del entorno de Hedvig Hedman había empezado a filtrar información y lo más seguro es

que siguiera haciéndolo. En los últimos tiempos, era prácticamente imposible mantener un mínimo de confidencialidad en los casos de mayor interés mediático. Tendrían que empezar desde ese mismo instante a controlar las comunicaciones. Quizá incluso fuera preciso limitar la información que le transmitían a Hedvig. El expediente que le había abierto el fiscal general hacía dudar de la lealtad de sus subalternos, o incluso de su buen criterio como jefa. Además, había tomado la iniciativa de llamar a la Unidad de Homicidios, y algunos oficiales de la policía local se sentían desplazados cuando llegaban los expertos de Estocolmo. Cada vez eran menos, porque la mayoría

agradecía los conocimientos y los recursos que aportaba la Unidad de Homicidios, pero en todas partes

había uno o varios policías que de algún modo se sentían ofendidos por su presencia.

Tendrían que dar por sentado que la comisaría de Östersund tenía más filtraciones que una tubería vieja y actuar en consecuencia.

Torkel llamó de inmediato a Ursula, para que transmitiera a los agentes destacados en el lugar del hallazgo la orden de extremar la vigilancia. Era poco probable que alguien enviara un fotógrafo en medio de la noche, para tratar de conseguir imágenes de los cuerpos y la fosa, pero tampoco podían descartarlo. Cosas más extrañas se habían visto.

—¿Cómo van los trámites con el Instituto Forense? —preguntó Ursula antes de

despedirse.

—Ya hablaremos de eso cuando vengas —respondió Torkel, sin querer entrar en el tema.

—Los mandarán a Umeå, ¿verdad?

Torkel reflexionó un momento. No ganaba si le mentía diciéndole que aún lo estaba intentando. De todos modos, los mandarían a Umeå.

—Sí. Hice lo que pude, pero no fue posible. ¿Cuándo vienes? —añadió enseguida, cambiando de tema, para no dejarla pensar demasiado en la mala noticia.

—Ya casi he terminado. Dentro de una hora, más o menos.

—Te guardaré la cena.

—Muy bien —respondió Ursula, y colgó sin más.

El hecho de que hubiera olvidado despedirse no significaba que estuviera enfadada.

También podía querer decir que estaba ansiosa por volver al trabajo y que la llamada se lo impedía. Torkel decidió creer lo segundo y se dirigió otra vez al cuarto de baño.

Cazuela de carne de venado, patatas, ensalada y puré de arándanos. Y de postre, *mousse* de chocolate blanco.

Estaban empezando a comer el postre cuando Hedvig Hedman subió por la escalera a

la parte del comedor que denominaban el ático. Tras un breve intercambio de saludos, depositó una carpeta sobre la mesa.

—Creo que hemos identificado a dos de los cadáveres —anunció—. A los que iban vestidos —aclaró.

Torkel abrió el material que tenía delante. Vanja, sentada a su lado, se inclinó para ver mejor. Billy y Jennifer, frente a ellos, se levantaron y rodearon la mesa, para mirar por encima del hombro de Torkel. Sebastian no se movió. No le pareció necesario, porque supuso que Hedvig también les expondría verbalmente las novedades. No se equivocaba.

—En noviembre de 2003, se denunció la desaparición de dos ciudadanos holandeses:

Jan y Framke Bakker, de Róterdam. Según consta en la denuncia, pensaban salir el 27 de

octubre de la localidad noruega de Åsen, para llegar la semana siguiente a Vålådalen. Los

dos eran montañistas y senderistas experimentados. Las labores de búsqueda se prolongaron hasta la primera nevada de aquel año, el 18 de noviembre.

—¿Por qué pensáis que son ellos? —preguntó Torkel, levantando la vista de la carpeta

—. ¿Son los únicos desaparecidos en esta zona?

—No, pero son la única pareja que ha desaparecido en los alrededores. Además, el denunciante señaló que la ropa que llevaban era gris con tonos amarillos.

Hedvig se inclinó para buscar una funda de plástico, que encontró detrás de la última

hoja de la carpeta. En su interior había una fotografía de un hombre y una mujer, ambos de poco menos de treinta años, tomada en una

cumbre nevada, tal vez en los Alpes. Los dos

lucían gafas de sol, tenían la piel bronceada y parecían curtidos por la intemperie. La mujer llevaba la densa cabellera rojiza recogida en una coleta. El hombre era prácticamente calvo. Los dos sonreían a la cámara y hacían la señal de la victoria con los dedos. Vestían prendas de excursionismo de la mejor calidad, de color gris, con detalles amarillos.

—A primera vista, la ropa coincide con los restos hallados en la fosa —dijo Vanja, cuando tuvo ocasión de estudiar la foto.

Torkel estuvo de acuerdo. Ursula tendría que echarle un vistazo a esa carpeta en cuanto regresara.

Dos horas después, estaban todos reunidos en una de las salas del albergue. De no haber sido por la oscuridad de la noche, los ventanales les habrían ofrecido unas vistas fantásticas de las laderas teñidas de suaves colores otoñales. Pero, en esas circunstancias, solamente reflejaban sus propios rostros, iluminados por cuatro potentes fluorescentes que los hacían parecer aún más pálidos y ojerosos de lo que en realidad estaban. El termo de café, las tazas y las botellas de agua mineral sobre la mesa componían una escena muy familiar. Excepto Jennifer, todos habían participado en infinidad de reuniones en muchas salas parecidas. Sin las maravillosas vistas, el local donde se encontraban era una sala como cualquiera de las otras.

Billy había imprimido las fotos de la fosa y las había fijado con imanes sobre la pizarra blanca de la pared.

—Si es cierto que son los holandeses —dijo Torkel—, tenemos una fecha aproximada

para los asesinatos. Pero es preciso asegurarse. Vanja, ponte en contacto con la policía de Holanda y pide fichas odontológicas, radiografías y todo lo que pueda servir para la identificación.

Vanja asintió mientras recogía la carpeta que Torkel le tendía a través de la mesa.

—¿De dónde venían?

Todas las miradas se volvieron hacia Sebastian, que se levantó y se acercó lentamente

a la pizarra donde estaban pegadas las fotografías.

—De Holanda… De Róterdam.

Sebastian miró a Billy con expresión cansada.

—Ya. Los holandeses vienen de Holanda. Muchas gracias, Billy. Nunca lo habría adivinado.

Billy abrió la boca para contestar, pero en el último segundo cambió de idea y volvió a

echarse hacia atrás en la silla.

—Me refiero a estas seis personas —prosiguió Sebastian, golpeando con un dedo una

de las fotografías—. A cuatro de ellas les quitaron la ropa y les arrancaron los dientes. Eso lleva tiempo. ¿Qué hizo después el asesino? ¿Se puso a cavar una fosa de casi un metro de profundidad, con seis cadáveres a la vista, tendidos a su lado?

—Puede que haya cavado la fosa antes —dijo Billy, echándose ligeramente hacia delante, deseoso de reivindicarse.

Sebastian lo miró, con una expresión todavía más cansada que la de antes.

—¿Y los seis esperaron amablemente a que terminara?

—No…

—No, claro que no. No importa en qué orden lo hizo, pero podemos suponer que no

los mató en el mismo lugar donde los sepultó. ¿De dónde los trajo entonces? ¿De dónde

venían?

Todo el grupo asintió. En realidad, todos habían supuesto lo mismo, pero nadie lo había expresado en palabras. La fosa era el lugar del hallazgo, pero era muy poco probable que también fuera el lugar del crimen. Si lograban descubrir el sitio donde se habían cometido los asesinatos, tendrían más probabilidades de encontrar alguna pista. Billy se puso de pie.

—Voy a la recepción, a buscar un mapa.

Salió de la sala a paso rápido mientras Sebastian volvía a su puesto y se sentaba frente a Ursula. Se recostó en el respaldo y la miró. Ella debió de notarlo, porque enseguida levantó la vista hacia él.

—¿Qué pasa?

—¿Estás enfadada?

—No.

—Lo pareces.

—Pues no lo estoy. Al menos de momento —añadió, con una mirada cargada de intención, que Sebastian prefirió ignorar.

—Sin embargo, pareces enfadada y cansada —insistió—. Agotada.

—Sebastian…

El tono de Torkel era inequívoco. Le estaba ordenando que cerrara la boca. Pero Sebastian se volvió hacia él y abrió los brazos en un amplio gesto de desconcierto.

—¿Qué pasa? ¡Es verdad que parece agotada! Es el primer día y tiene aspecto de estar

rendida. Solamente quería asegurarme de que está bien.

—Entonces ¿por qué no me lo preguntas? —intervino Ursula—. ¿Por qué no me

preguntas qué tal estoy, en lugar de decirme que parezco enfadada?

—Disculpa. ¿Qué tal estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

Antes de que Sebastian tuviera tiempo de responder, se abrió la puerta y entró Billy con un detallado plano de los alrededores, que desplegó sobre la mesa. Todos se inclinaron para observarlo, excepto Sebastian. Una vez más, esperaba que sus colegas lo informaran

en voz alta de lo que estaban haciendo mientras lo hacían.

—Los cadáveres se encontraron aquí —dijo Billy, al mismo tiempo que

trazaba una pequeña cruz sobre el plano.

Los demás recorrieron con la vista el mapa, pero ninguno encontró lo que buscaba.

—No hay construcciones, ni refugios, ni bosques. No hay ningún escondite en los alrededores —resumió Vanja, con cierta decepción en el tono de voz.

Todos volvieron a echarse atrás en sus sillas. Billy recogió el mapa de la mesa y fue a

fijarlo en la pared.

—A juzgar por la disposición de los orificios de bala, parece que estamos ante un asesino bastante controlado y eficaz —dijo Ursula—. No se habría expuesto a que lo descubrieran.

—Era el mes de octubre —replicó Billy—. Los albergues estaban cerrados. Había muy

poca gente en la montaña. Quizá consideró poco probable que alguien lo viera.

—Y tal vez se equivocó —intervino Jennifer en voz baja.

Hasta ese momento, había permanecido en silencio, sin hacer nada más que escuchar,

pero llevaba un buen rato pensando. De hecho, le estaba dando vueltas al asunto desde la cena, cuando Hedvig se había presentado con la noticia de los holandeses. Pero no se había atrevido a decir nada. Supuso que si su razonamiento era válido, ya se le ocurriría a alguien más. Sin embargo, hasta ese momento nadie había expuesto ninguna teoría. Volvió

a repasarla mentalmente y se dijo que no era una tontería, por lo que se animó a exponerla.

—Quizá alguien descubrió al asesino —prosiguió, inclinándose hacia delante, con más firmeza en la voz—. Me refiero a los dos cuerpos que aún conservan la ropa, la pareja que probablemente ha sido identificada, los holandeses… Quizá pasaron por allí y lo vieron.

Nadie respondió, pero Torkel notó que Ursula y Vanja asentían en silencio. Miró a Jennifer. No estaba mal su teoría, nada mal. Se sintió

satisfecho. Con Jennifer, pero también consigo mismo. Independientemente de que el razonamiento se correspondiera con la realidad o no, era evidente que la chica tenía cerebro. Y eso a su vez demostraba que Torkel no se había equivocado.

—Si aceptamos por un momento ese supuesto —dijo Torkel, quebrando el silencio—,

entonces los cuatro cuerpos hallados sin ropa son las víctimas originales, en las que debemos concentrar nuestra investigación, ¿no os parece? ¿Sabemos algo más de ellos? —

preguntó, volviéndose hacia Ursula, que negó con la cabeza.

—Solamente que se trata de dos adultos, un hombre y una mujer, y de dos niños cuyo

sexo me ha sido imposible determinar. Si eran de estatura normal, debían de tener entre cinco y ocho años.

Sebastian se frotó los ojos, cansado. Se puso de pie, se dirigió a una de las ventanas y la abrió. Se apoyó en el alféizar e inhaló profundamente una bocanada de aire límpido y

frío. ¿Cómo se sentía? No muy bien, o al menos no tan bien como esperaba.

Había ansiado ese momento.

Lo había anhelado.

Más incluso. Lo había necesitado.

Necesitaba estar junto a Vanja, volver a trabajar con ella, estar a su lado, conocerla mejor. Pero ahora ella iba a marcharse. Lo iba a abandonar. Iba a cortar los frágiles lazos que mantenían unido a Sebastian a algo semejante a una vida decente.

Y, por si fuera poco, esos dos niños muertos…

¡Vaya mierda de viaje de trabajo!

—Hay daños visibles en las costillas de dos de las víctimas, lo que podría significar que primero les dispararon al pecho y después a la cabeza —prosiguió Ursula—. Esto también confirmaría la hipótesis de que el asesino es una persona habituada a manejar armas: primero, la superficie más grande…

Sebastian miró de soslayo a Jennifer. Era por lo menos quince años más joven que cualquiera de sus posibles amantes, pero sin duda podía volverle un poco más agradable la estancia. Por otro lado, un mínimo acercamiento bastaría para que Torkel lo expulsara del grupo. Si lo veía charlando con ella o invitándola a una cerveza, empezaría a vigilarlo. Lo veía capaz de montar guardia en el pasillo, como si estuvieran en un viaje de fin de curso.

—¿Podría ser una familia? —preguntó Billy.

—Parece lógico suponerlo —asintió Ursula—, pero no lo sabemos. Las pruebas de ADN nos darán la respuesta.

Por otro lado, ¿qué podía importarle a Sebastian que Torkel lo mandara de vuelta a casa? ¿Para qué quería quedarse si Vanja se iba a ir? El caso era deprimente y hasta ese momento ni siquiera le parecía interesante.

—Partimos del supuesto de que todos fueron sepultados al mismo tiempo. Hedvig ha

consultado los registros y no ha encontrado ningún otro caso de desaparición en esta zona durante el año 2003. —Torkel levantó la vista de sus papeles—. Nunca se ha denunciado

la desaparición de ningún niño.

—¿Podrías cerrar la ventana? Hace frío.

El comentario sacó a Sebastian de sus reflexiones. Al ver que Vanja lo miraba con expresión apremiante, afirmó con la cabeza, cerró la ventana y volvió a su asiento. Vanja todavía no se había marchado. Seguía ahí, en la misma habitación que él. Se quedaría tres meses más, tres meses durante los cuales podría disfrutar de su compañía. Serían días de un valor incalculable, que no podía poner en peligro por la estupidez de ir detrás de una mujer que probablemente ni siquiera querría acostarse con él. Decidió fingir que le interesaba la conversación que se estaba desarrollando a su alrededor.

—Billy, mira si alguien ha denunciado a algún huésped que se haya ido sin pagar de

alguno de estos albergues, en torno a la fecha de la desaparición de los holandeses —dijo Torkel—. Averigua si fue preciso remolcar algún coche abandonado, o si alguien encontró

material de acampada perdido en la montaña. Puede que nadie haya denunciado la desaparición de las cuatro víctimas, porque todos supusieron que se habían marchado voluntariamente.

Billy asintió.

—Te puedo ayudar si quieres —le ofreció Jennifer.

—Perfecto —respondió Billy con una sonrisa—. Gracias.

Vanja se los quedó mirando con cierta tristeza. ¡Con qué rapidez la reemplazaban! Por

otro lado, le parecía bien. La investigación podía durar meses y probablemente sería la última que realizaría con el equipo. De repente, se sorprendió pensando que se alegraba mucho de dejar atrás todo eso.

La sala, el café, la pizarra, las fotos, las teorías…

Había llegado el momento de seguir adelante.

Dar un paso más y evolucionar.

Pero, de momento, tenía que concentrarse en el caso que tenían entre manos.

—También es posible que nadie supiera que estaban aquí —dijo, antes de hacer una

breve pausa para que los demás le prestaran atención—. Lo que quiero decir es que no tienen por qué haber dejado ninguna pista. Pueden haber venido en tren y acampado en la

montaña. En ese caso, no habría quedado ningún vehículo abandonado, ni ningún registro

de su paso por un hotel.

—Pero igualmente alguien tuvo que denunciar su desaparición —intervino Ursula—.

Alguien tiene que haberlos echado en falta.

—Vanja, busca familias con dos hijos desaparecidas en el otoño de 2003 en cualquier

lugar del país. Mira también en Noruega.

—Muy bien, pero no sabemos si son una familia. Podrían ser dos adultos, cada uno con un hijo. O una madre con su nueva pareja y sus dos hijos. También podría ser que el

padre de los niños fuera un tipo celoso que además iba armado…

Sebastian notó que Vanja miraba casi imperceptiblemente en dirección a Jennifer y sonrió para sus adentros. Jennifer había propuesto la teoría de que los holandeses eran testigos casuales. Una buena teoría. Pero si Jennifer era buena, Vanja tenía que superarla y demostrar que era mejor.

Típico de Vanja.

Típico de una hija suya.

—De acuerdo. Ampliamos la búsqueda a niños, y personas adultas con niños —

sentenció Torkel—. No pueden ser muchos. Empezaremos por el otoño de 2003, partiendo

de la base de que todos fueron sepultados al mismo tiempo.

No había mucho más que pudieran hacer esa noche. Parecía como si hiciera

muchísimo tiempo que habían salido de Estocolmo. Estaban cansados y necesitaban dormir. Torkel recogió sus papeles.

—Digamos que los cuatro, fueran o no una familia, estaban acampados en la montaña.

Alguien llegó y los mató. Cuando los estaba enterrando aparecieron los dos holandeses, y el asesino se vio obligado a dispararles también. ¿Podemos trabajar a partir de ahí?

Todos asintieron y se dispusieron a abandonar la sala. Quizá la teoría propuesta no se

correspondía con la realidad, pero podían utilizarla como base de la investigación. Como siempre, tendrían que adaptar los diferentes elementos y modificarlos a medida que surgieran nuevos datos.

—Sin embargo, hay algo que no cuadra —dijo Billy.

Los miembros del equipo interrumpieron las despedidas y volvieron a ocupar sus puestos.

—¿Qué es lo que no encaja? —preguntó Torkel, incapaz de disimular el cansancio en

la voz.

—¿Por qué ha dejado el asesino que identifiquemos a los holandeses y a los otros no?

—Porque la identidad de los otros cuatro habría podido delatarlo —respondió

Sebastian, en tono casi excesivamente didáctico—. ¡Por el amor de Dios, Billy! ¿Cuánto

hace que eres policía? Nada en este caso sugiere un acto de locura, ni unas víctimas escogidas al azar. Alguien salió en busca de esas cuatro personas y las ajustició. —Se volvió hacia Ursula—. ¿Pistola o fusil?

—Todavía es imposible decirlo. Ya veremos lo que descubren en Umeå.

Al decirlo, le echó una mirada rápida a Torkel, que creyó notar un énfasis exagerado

en la palabra «Umeå». Esa noche no tendría compañía en su habitación. Podía estar bastante seguro. De todos modos, aún tenían que pasar un rato más en la sala.

—Sea como sea —prosiguió Sebastian, poniéndose de pie—, nuestro asesino sabe que

la identificación de esos cuatro cuerpos aumenta considerablemente el riesgo de que lo atrapemos.

—Sí, ya lo sé, pero los holandeses permiten determinar una fecha bastante exacta del

crimen —insistió Billy, que se negaba a renunciar tan fácilmente a su argumento—. Y eso

podría ayudarnos a identificar a los otros cuatro ocupantes de la fosa.

Sebastian consideró rápidamente el razonamiento y tuvo que reconocer que tenía sentido, pero no pensaba dejar que Billy le ganara

en una discusión. Al menos no en ese

momento. Se encogió de hombros, como para restar importancia a lo que acababa de decir

su colega.

—Quizá el asesino haya cometido un error, y en ese caso estamos de suerte, o quizá no

sirva de nada conocer la fecha aproximada de la desaparición.

—Tiene que servir. ¿Cuántos niños desaparecieron en el otoño de 2003? ¿Cuántas familias?

—Por lo que sabemos hasta ahora, ninguna.

—Muy bien, lo dejaremos ahí —dijo Torkel mientras se ponía de pie para confirmar

sus palabras—. Ya no avanzaremos más esta noche, pero mañana tenemos mucho que hacer. —Recorrió con la vista las caras de las otras cinco personas reunidas en la sala—.

Nuestra prioridad es la identificación de los cadáveres. Para resolver este caso, tenemos que averiguar quiénes eran esas cuatro personas.

Ellinor echó un vistazo al reloj mientras abría el portal de Grev Magnigatan. Era tarde.

Más de las once. Esperaba encontrar a Sebastian despierto. Las luces se encendieron automáticamente cuando entró en el vestíbulo. Miró un momento la escalera, pero se decidió por el ascensor. Ya había estado suficientes horas de pie y en movimiento. Había trabajado hasta las nueve. Con frecuencia se preguntaba qué sentido tenía que la tienda estuviera abierta hasta tan tarde, pero ese día habían tenido mucha afluencia de público. A todas horas. La gente acababa de cobrar y todos tenían dinero. Cuando terminó, pasó por

su antiguo apartamento de Västmannagatan. Su antiguo apartamento. Así lo consideraba ella. Porque su casa, el sitio donde vivía, era el piso

de Sebastian.

La preocupación y la rabia que había arrastrado durante todo el día se reavivaron cuando llegó al portal. Esa mañana Sebastian la había tratado con inusual dureza.

No. Más que con dureza, con maldad.

«Una señora de la limpieza que además folla conmigo», le había dicho.

Habían sido palabras muy feas, muy desagradables. Y también le había contado esa historia espantosa acerca de una mujer llamada Gunilla. Por un momento, Ellinor había considerado la posibilidad de volver a casa y mimarlo más que de costumbre. Quitarle el

malhumor a fuerza de besos y caricias. No le gustaba discutir con Sebastian. Pero esta vez había llegado demasiado lejos. Le correspondía a él hacer el esfuerzo de reconciliarse. Era él quien tenía que pedirle perdón, y no ella. Por eso no lo había llamado en todo el día. No estaba acostumbrada a pasar el día entero sin llamarlo y en varias ocasiones había sentido la tentación de marcar su número, pero se había contenido. Tenía que hacerle comprender

que la había ofendido. Su silencio era parte del castigo.

Cerró la reja del ascensor y pulsó el botón del tercer piso.

Había pasado más tiempo de lo previsto en su antiguo apartamento. Se encontró con la

señora Lindell, del tercero, que le preguntó dónde se había metido. Estaba extrañada, porque hacía tiempo que no la veía. En realidad, Ellinor había vuelto únicamente para

regar las plantas y comprobar que la bolsa con los papeles de Valdemar Lithner seguía donde la había dejado. Pero la señora Lindell le insistió para que pasara a tomar una taza de té. Le insistió mucho. Aunque era cierto que no tenía tiempo, Ellinor pensó que sería agradable contarle la historia de su gran amor con el famoso Sebastian Bergman. No tenía intención de mencionar la discusión de esa mañana. Después de todo, ¿qué pareja no discute alguna vez? Ninguna relación es un constante lecho de rosas.

Cuarenta y cinco minutos después, Ellinor abría la puerta de su antiguo apartamento.

Era evidente que la señora Lindell había quedado muy impresionada, por mucho que intentara disimularlo. Incluso había fingido no saber quién era Sebastian Bergman, pero Ellinor no se creyó ni por un momento esa ignorancia. Era la típica envidia de los suecos.

Fue directamente al dormitorio, abrió el armario y vio que la bolsa seguía donde la había dejado. Sin saber muy bien por qué, todo lo referente a Valdemar Lithner le producía inquietud, sobre todo desde que habían interrumpido su relación profesional la semana anterior. La mayor parte del tiempo se tranquilizaba diciéndose que el propio Valdemar había puesto fin a sus encuentros, convencido —con razón — de que no conducían a ninguna parte. Pero de vez en cuando se sentía vulnerable y expuesta, y temía que Valdemar o uno de sus amigos delincuentes entraran en su antiguo apartamento para averiguar quién era ella en realidad y qué sabía de sus negocios sucios. Sin embargo, no parecía que hubiera entrado nadie en su casa. Si hubieran registrado el apartamento, los intrusos no habrían dejado ese material tan comprometedor dentro del armario. De pronto, Ellinor cayó en la cuenta de que había sido una tontería no fotocopiarlo. Pero nada de eso importaba ya. Al día siguiente, pensaba llevarlo a la policía y dejar que la justicia siguiera su curso.

Volvió a cerrar la puerta del armario y se fue a regar las plantas. Se le había hecho tarde, pero no llamó a Sebastian para avisarle. Incluso pensó en quedarse a pasar la noche en su antiguo apartamento. Le estaría bien empleado preocuparse un poco por ella, echarla de menos y sufrir. Aunque, si no volvía a casa, no le daría la oportunidad de suplicarle que lo perdonara. Tendrían que esperar hasta el día siguiente para superar el malentendido que desde la mañana se interponía entre los dos. Por eso había vuelto y estaba subiendo en el ascensor, con la esperanza de encontrar a Sebastian levantado.

Lo primero que vio cuando abrió la puerta del ascensor fue la maleta: su maleta negra

de cabina. ¿Por qué estaba en el rellano, con una bolsa de plástico al lado? Se acercó y miró dentro de la bolsa. Eran sus pertenencias. ¿Le había dejado Sebastian sus cosas en el rellano? ¡Eso ya pasaba de castaño oscuro! Sacó la llave del bolsillo.

Curiosamente, no encajaba en la cerradura.

La miró otra vez. Sí, estaba segura de que era la llave correcta. Volvió a intentarlo, con los mismos resultados. Ni siquiera entraba en la cerradura.

Se apagó la luz de la escalera. Fue hacia el interruptor, que brillaba en el rellano con

un fulgor anaranjado, y volvió a pulsarlo. Se dirigió nuevamente a la puerta y llamó al timbre. No salió nadie a abrir. Volvió a llamar, esta vez durante mucho tiempo y con creciente irritación. Dentro del apartamento no se oía ningún ruido. Se agachó y empujó la pestaña del buzón, para ver si distinguía algo. Silencio absoluto. Llamó una vez más, apoyando todo el peso del cuerpo sobre el timbre, y tampoco sirvió de nada.

Ahora sí que estaba enfadada. ¿Cómo era posible que alguien la tratara así? Podía soportar muchas cosas porque estaba enamorada, pero incluso su paciencia tenía un límite y esta vez Sebastian lo había superado con creces. Sacó el móvil del bolso y buscó

«Amor» entre sus contactos. Lo llamó. Volvió a abrir la pestaña del buzón, para comprobar si sonaba el teléfono dentro del apartamento, pero sólo escuchó los tonos de llamada en su propio móvil. Colgó e hizo una inspiración profunda. ¿Qué podía hacer?

¿Dónde estaba Sebastian y por qué no podía entrar ella en su propia casa? Volvió la vista hacia sus pertenencias y distinguió un sobre blanco, pegado a uno de los costados de la maleta. Con gesto indignado lo arrancó.

La luz del rellano se volvió a apagar.

La encendió una vez más, sacó del interior del sobre la única hoja que había y la desplegó.

Lo dije en serio: tienes que marcharte. He mandado cambiar la cerradura. No estoy

en casa y no volveré hasta dentro de un tiempo, así que no tiene sentido que insistas con el timbre. Si me llamas, no contestaré. No debí permitir que vinieras a vivir conmigo. La culpa fue mía. Lo siento.

SEBASTIAN

Ellinor leyó otra vez las pocas líneas del mensaje. Y las volvió a leer. Después, arrugó el papel y lo arrojó lo más lejos que pudo. Pequeños puntos negros le bailaban delante de los ojos. Dejó escapar un grito.

Fue un lamento de animal herido que arrancó ecos por toda la escalera. Entonces se calmó. Hizo una inspiración profunda y recuperó el control.

¡Sentía tantas cosas a la vez! Furia, asombro, miedo… Tenía que hacer un esfuerzo para pensar con claridad.

Sebastian no podía echarla.

No debía.

De hecho, no la había echado.

Volvió a sacar el llavero y probó una vez más. La llave no encajaba en la cerradura.

Era imposible. Tenía que abrir. ¡Estaba en su casa! Lo intentó otra vez, con más fuerza, pero tampoco funcionó. Empezó a propinarle estocadas a la cerradura con la llave. La luz de la escalera volvió a apagarse, aunque ella casi no lo notó.

Tenía que abrir la puerta. ¡Tenía que entrar en su casa!

Se le resbaló la llave hacia un costado y se hizo daño en el pulgar con el metal de la

cerradura. Se le cayó el llavero al suelo. Entonces se agachó y lo buscó a tientas, pero no lo encontró. Se puso a cuatro patas y empezó a hacer amplios movimientos de barrido con

los brazos, pero cuando por fin tocó las llaves, solamente consiguió empujarlas hacia la puerta del vecino, donde fueron a estrellarse. No tenía fuerzas para levantarse, ni para nada más. Se dejó caer, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Después de permanecer un tiempo indefinido sentada en la oscuridad, llorando, sintió

que todo había terminado. Ya había llorado suficiente. No iba a ganar nada quedándose donde estaba. Con movimientos controlados, se puso de pie y se enjugó las lágrimas de las mejillas. Volvió a encender la luz, sorbiéndose los mocos con inhalaciones breves y enérgicas. Se agachó, recogió el llavero, se lo guardó en el bolsillo y fue a buscar la maleta negra y la bolsa de plástico. Tenía que regresar a Västmannagatan y buscar una solución.

Se dijo que en el fondo no había cambiado nada. Era algo circunstancial. Estaban pasando por una crisis pasajera, pero saldrían adelante. No había ninguna razón para dejarse llevar por el pánico, ni para tomar decisiones precipitadas. Tenía un plan y pensaba seguirlo.

En primer lugar, se ocuparía de Valdemar Lithner.

Después, de Sebastian.

Sol.

Un sol radiante.

Le corría el sudor por el torso desnudo. Sentía el aire húmedo y pegajoso. Habría preferido quedarse a la sombra, leyendo un libro. El calor lo dejaba sin fuerzas. Pero a ella no. Ella era un manojo de pura energía, sentada sobre sus hombros, pidiéndole que caminara más deprisa. Quería llegar al mar cuanto antes, al agua fresca y a los juegos.

Soltó una carcajada cuando él trastabilló levemente, y le apoyó con más fuerza las suaves manitas sobre sus mejillas con barba de pocos días.

—¡Papá, yo quiero uno igual!

Cuando él miró en la dirección que marcaba su dedito, vio una niña que jugaba con un

delfín hinchable.

Llegaron al mar. En cuanto la bajó de sus hombros, sintió que el sol le quemaba la piel. Automáticamente, pensó dos cosas.

Que no se quedarían mucho tiempo en la playa.

Y que se le había olvidado la protección solar.

Echaron a correr. Un chapuzón, risas, gritos en la orilla…

El estruendo.

El muro de agua. Cuando lo vio venir, corrió hacia ella y logró aferrarla. Su manita en

la suya. Tocó en uno de sus deditos el anillo con la mariposa que le había regalado. No podía soltarla. Debía agarrarla con todas sus fuerzas y toda su conciencia, plenamente concentrado. Toda su vida palpitaba en su mano derecha.

Pero, de repente, ya no estaba. Tenía la mano vacía. La había soltado.

Sebastian se despertó enredado en el grueso edredón. Sudoroso, acalorado, sin aliento.

Con un doloroso calambre en la mano derecha que se extendía hasta el antebrazo. Se quitó

de encima las mantas con movimientos bruscos y descoordinados. Estiró los dedos, aún doloridos. Tenía sangre en la palma de la mano.

El sueño.

El maldito sueño.

Tan vívido, tan lleno de detalles.

Era como una película, o incluso más, porque tenía olores y sensaciones táctiles.

Parecía real.

Era la realidad.

No había sido una sucesión de fragmentos inconexos, como en otras ocasiones, cuando

se despertaba con un nivel manejable de angustia y restos persistentes de imágenes, recuerdos y fantasías, que al cabo de un tiempo se esfumaban. Sentía como si lo hubiera

vivido todo otra vez. Hacía muchos años que la pesadilla no lo afectaba tanto. Paralizado, sudoroso y con el corazón desbocado, en silencio se puso a llorar, desesperado.

La culpa la tenían los niños. Los de la puñetera fosa en la montaña. No podía hacer nada que tuviera relación con niños muertos. No lo soportaba. Lo conectaban directamente con Sabine. Lo dirigían al núcleo del dolor y de la culpa, que durante los últimos años había

tratado de aislar en un compartimento hermético. A veces las paredes del compartimento se resquebrajaban y su contenido lo envenenaba lentamente, pero ahora la

cápsula había estallado. Había saltado por los aires y lo había dejado psíquicamente destrozado. La sensación física era la misma que entonces. La que sintió después, cuando volvió en sí tras la catástrofe y se encontró solo.

Al final, logró levantarse. Para su asombro, notó que las piernas aún soportaban su peso. Era lo mismo que había sentido entonces.

Tambaleándose, se acercó a la silla donde había dejado la ropa y se puso una camiseta.

No podía seguir durmiendo ¿Qué hora sería? Las cuatro y veinte. Había dormido poco más de cuatro horas. ¿Cuándo se repetiría el sufrimiento? Tenía miedo de conciliar el sueño, aunque todavía faltaban más de veinte horas para volver a acostarse. No quería pasar ni una noche más en esa cama. No quería estar en esa habitación.

Abrió la puerta y salió al pasillo. El hotel estaba en silencio. Sintió frío y por un momento pensó en ponerse los pantalones, pero decidió que no hacía falta. Descalzo, bajó por el pasillo, pasó por la recepción y entró en el comedor. Se dirigió al frigorífico de las bebidas y sacó una Coca-Cola del estante más alto.

—¿Piensas pagarla?

Sobresaltado, Sebastian estuvo a punto de dejar caer la lata de refresco. Se volvió y vio a Ursula, sentada junto a la ventana, en la otra punta de la sala. Delante de ella, sobre la mesa, había dos botellines de cerveza, uno vacío y otro a medias.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Sebastian mientras iba a su encuentro.

—No podía dormir. ¿Y tú?

—Tuve un sueño.

—¿Una pesadilla?

—Sí.

Sebastian separó una silla de la mesa y se sentó. Abrió la lata y bebió

un sorbo de refresco. Ursula lo miraba con curiosidad.

—¿Fue tan terrible que tuviste que levantarte?

—Sí.

—¿Qué soñaste?

—¿Por qué no podías dormir?

—Yo pregunté primero.

—¿Por qué no podías dormir? —repitió Sebastian, exactamente en el mismo tono que

antes.

Ursula le sostuvo la mirada mientras se llevaba a los labios la botella de cerveza.

Habían tenido muchas conversaciones nocturnas, sentados a la mesa de una cocina, algunas bastante agradables, si la memoria no le fallaba. Se dijo que quizá necesitaba desahogarse. Hablarlo con alguien, como suele decirse. Sebastian era alguien. La conocía, pero no tenía una relación demasiado cercana con ella. Ya no. Además, podía contemplar

el asunto desde cierta distancia, con bienvenida objetividad. No intentaría consolarla con un sentimentalismo vacío, ni pretendería animarla a toda costa. Podía funcionar, pero con una condición.

—Prométeme que no se lo contarás a nadie.

—Soy experto en guardar secretos.

Ursula hizo un gesto afirmativo. No le cabía la menor duda. Sebastian se había estado

acostando con la hermana de Ursula durante todo el tiempo que había durado su relación

con ella. Con su hermana y quién sabe con cuántas mujeres más. Y lo había hecho sin que

ella sospechara nada. Edward Hinde los había obligado a pensar de nuevo en aquella época, y Ursula había descubierto, para su sorpresa, que la rabia alimentada durante tantos años prácticamente había

desaparecido, sustituida por algo mucho más parecido a la tristeza. El hombre que la había traicionado ya no existía. El Sebastian que había vuelto era otra persona. Brillante, egoísta, engreído, irritante e imposible en todos los sentidos.

Pero parecía como si ahora tuviera que esforzarse para hacer lo mismo que antes le salía con naturalidad. Cuando unos minutos antes, sin que él se supiera observado, lo había visto delante de la nevera de los refrescos, descalzo, en camiseta y calzoncillos, le había

parecido un hombre tremendamente solo.

Era lo primero que había pensado.

Un hombre solo.

Y también triste, o como mínimo abatido.

No conocía la causa de su tristeza. El caso de Hinde y su conexión directa con las víctimas tenía que haberlo afectado, pero el Sebastian que ella había conocido se habría levantado y habría seguido adelante con relativa facilidad. En cambio, éste no. Ya no. ¿Por qué? Ursula no lo sabía. Era cierto lo que había dicho. Era un experto en guardar secretos.

Por lo menos los suyos. Esperaba que también supiera guardar los ajenos. Los de Ursula.

—Micke me ha dejado.

Sebastian asintió lentamente con la cabeza. Había supuesto que estaría preocupada por

algún asunto familiar, pero pensaba que se trataría de algo relacionado con Bella. Los altibajos de la relación con su marido nunca la habían afectado demasiado. Micke tenía problemas con la bebida y un trabajo que ella encontraba muy poco interesante. Tenían una hija en común, pero no parecía que compartieran muchas cosas más. Para Sebastian,

aquel matrimonio era un misterio.

—¿Y eso realmente te preocupa?

Ursula lo miró. No sabía muy bien qué respuesta había esperado de Sebastian, pero estaba segura de que no era ésa.

—Bueno, después de veinticinco años mi marido me ha abandonado por otra mujer.

Sí, me preocupa.

—Pensaba que no lo querías —indicó Sebastian mientras se recostaba en la silla con la

Coca-Cola en la mano.

Ursula se dijo que Sebastian no sólo le ofrecía distancia y «bienvenida objetividad», sino una brutal franqueza.

—Habría preferido que no me abandonara —declaró con sinceridad, pero sin comentar

la última observación de Sebastian.

—Preferías ser tú quien lo abandonara a él, ¿no es eso? —Sebastian la miraba con atención en la semioscuridad—. Tu problema no es la separación, sino que te haya dejado.

Querías decidir tú.

—¿Sabes qué? Olvídalo —dijo Ursula con un suspiro mientras apoyaba las palmas de

las manos sobre la mesa, para dejar claro que la conversación había terminado.

Se disponía a volver a la cama, para intentar dormir otra vez, pero Sebastian se inclinó hacia delante y le apoyó una mano sobre una de las suyas.

—No lo he dicho para burlarme de ti. Ya veo que estás afectada, pero no entiendo por

qué. Le has sido infiel durante veinte años.

—Le fui infiel hace veinte años —lo corrigió Ursula.

—Entonces ¿lo de follar con Torkel no cuenta?

Ursula se quedó paralizada. ¿Cómo lo sabía? ¿O solamente lo había adivinado? Se volvió para mirarlo.

—Sí —dijo él—, lo sé. Y no, Torkel no me lo ha contado. Se os nota.

A Ursula se le cortó el aliento y volvió a sentarse. Era cierto lo que había dicho Sebastian. Pero no sobre Torkel. O también sobre Torkel, pero especialmente sobre Micke.

Su marido no era el amor de su vida, pero tampoco lo era ningún otro hombre. Sebastian

habría podido serlo en otra época, pero Ursula había llegado a comprender que era incapaz de amar, al menos de la manera en que las otras personas esperaban ser amadas. Micke lo

había soportado mucho tiempo. Torkel quería intentarlo y ella lo sabía. Estaba dispuesto a aceptarla tal como era, en sus propios términos. Pero Ursula no quería. Solamente deseaba una cosa, algo que desde la separación había cobrado especial importancia, aunque estaba segura de no poder conseguirlo nunca.

El amor de su hija.

Volvió a mirar a Sebastian, que esperaba en silencio una respuesta.

—Tienes razón —admitió Ursula en voz baja—. El problema no es Micke, sino Bella.

—¿Qué le pasa?

—Siempre ha estado muy unida a su padre. Pero mientras estábamos juntos, al menos

una pequeña parte de su amor me llegaba a mí.

Pese a la tenue iluminación, Sebastian notó que a Ursula se le humedecían los ojos. Un

cambio…

Cuando uno no cree en la predestinación, ni piensa que nada de lo que haga puede tener alguna influencia en el curso de las cosas, los cambios siempre le exigen un análisis profundo de sí mismo y de la situación: ¿cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué habría podido

hacer de otra manera? ¿Qué está sucediendo? ¿Qué voy a hacer ahora? Los cambios obligan en cierto modo a mirarse al espejo y a realizar una introspección que no siempre es halagüeña, ni está exenta de dolor.

—¿Cuántas veces crees que vendrá a visitarme ahora que Micke se ha

ido?

Sebastian guardó silencio, sintiendo que la conversación le tocaba cada vez más de cerca. Una hija que se alejaba. El deseo de compartir la vida con ella y el temor a que no fuera posible.

—Ninguna —dijo Ursula, respondiendo a su propia pregunta mientras rechazaba con

un gesto el futuro imaginado—. Al principio me llamará por mi cumpleaños y para

Navidad, y con el tiempo olvidará también los cumpleaños.

—¿Por qué lo crees?

—Nos conocemos muy poco —respondió ella, y enseguida Sebastian comprendió que

Ursula había dedicado mucho tiempo a analizar la relación con su hija —. He mantenido la

distancia. Lo hago siempre, con todo el mundo. Nunca me entrego. Doy pequeños retazos

de mí misma. Pero con los hijos no se puede ser así. Los hijos necesitan una entrega total.

Todo el tiempo.

—¿Se lo has dicho?

—Es demasiado tarde. Bella ya es una mujer.

—No creo que sea tarde —replicó Sebastian, con una mezcla de convicción y

esperanza en la voz—. Espero sinceramente que no lo sea. —Mientras lo decía, notó la reacción asombrada de Ursula ante su desusada muestra de interés—. Lo espero por ti —

añadió al final, para no entrar en terreno resbaladizo.

—Gracias.

Sebastian asintió. Durante unos instantes, permanecieron en silencio. No tenía nada más que añadir y era evidente que ella tampoco tenía

nada más que decir. Tras beber lo que quedaba en la segunda botella de cerveza, Ursula la apartó y apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —preguntó Sebastian.

—¿Qué soñaste?

Sebastian cogió la lata de refresco y se puso a beber mientras repasaba mentalmente las alternativas y los diferentes supuestos. ¿Cuál era su situación dentro del grupo? Vanja había llegado a aceptarlo y Billy le tenía simpatía, a pesar de la pequeña discusión que habían tenido unas horas antes. Torkel era Torkel. Hasta ese momento, Ursula era la única que seguía teniendo reparos. Pero ahora había decidido sincerarse con él. Precisamente con él, y no con cualquiera de sus colegas, con los que en teoría tenía una relación más cercana. Con él, que la había hecho sufrir en el pasado, que le había pedido perdón y no había conseguido que lo perdonara. Y quizá no lo consiguiera nunca. Pensó que tal vez, teniendo en cuenta su historia en común, no habría sido mala idea revelarle la verdad a Ursula.

Pero no se decidió. No quería contársela. Era así de sencillo.

También podía mentirle, por supuesto, pero no era el momento.

—En otra ocasión —dijo por fin, encogiéndose de hombros para desdramatizar la situación, con la esperanza de que ella no insistiera.

No insistió.

En cuanto amaneció, Sebastian salió a dar un paseo. Como no tenía un gran sentido de

la orientación, decidió seguir el curso del río, o del torrente, o como fuera que se llamara ese curso de agua que pasaba junto al albergue. Por un momento había dejado de llover,

pero la niebla había caído sobre el terreno húmedo, y sobre el cielo se extendía una densa cubierta de nubes bajas. Había muy poca visibilidad, y Sebastian apenas distinguía nada entre los árboles nudosos y dispersos, las pocas veces que levantaba la cabeza. El sendero era un fangal sembrado de raíces y otros obstáculos, y tenía que prestar mucha atención para no tropezar.

Después de pasar un rato más con Ursula en el comedor desierto, se había retirado a su

habitación. Antes de despedirse, ella le había recordado su promesa de no contárselo a nadie y él se la había reiterado.

Una vez que llegó a su habitación, se sentó delante de la mesa plegable junto a la ventana y encendió el móvil. Ocho mensajes de voz. Todos de Ellinor. En algunos, argumentaba; en otros, gritaba y lo amenazaba, y en unos pocos, le pedía perdón y le prometía que todo volvería a ser como antes si él daba señales de vida. En el último, le explicaba con serenidad que comprendía la situación y le prometía ocuparse de todo.

Sebastian volvió a apagar el teléfono. Quizá no había solucionado de la mejor manera posible su problema con Ellinor, pero ya haría algo al respecto cuando regresara a Estocolmo. De momento, tenía otras cosas más importantes en qué pensar.

Sentado en la incómoda silla de madera, en la soledad de su habitación, intentó trazar

un plan.

Tomar una decisión.

Pero no lo consiguió. No lograba concentrarse. La pesadilla persistía como un velo que

lo cubría todo. Los recuerdos habían adquirido una presencia casi física. Incesantemente se descubría apretando con fuerza la mano derecha. Se puso de pie y comenzó a ir y venir por la habitación, pero cuanto más caminaba, más crecía su inquietud. Necesitaba salir.

Huir.

El ejercicio, el aire libre, la naturaleza y la soledad fuera de esas cuatro paredes podían ayudarlo a pensar mejor.

Por eso iba andando junto a la corriente torrentosa, con la vista fija en el camino. El

sendero torcía a la izquierda, en dirección a una especie de puente colgante de metal, con doble entablado de madera en el suelo y cables a ambos lados, a modo de barandilla. Al

llegar a la mitad del puente, Sebastian se detuvo.

Un pájaro, cuyo nombre desconocía, daba saltos a su alrededor y cerca del río, donde la corriente había erosionado la orilla, formando una poza de agua relativamente en calma.

Mientras seguía con la vista los movimientos nerviosos y entrecortados del ave, Sebastian dejó volar sus pensamientos.

Del sueño a la conversación con Ursula, y de aquella conversación a Vanja. Siempre

volvía a Vanja.

Todo estaba relacionado.

Iba a marcharse y ya no la vería. Podría visitarla, claro, pero ¿cuántas veces sin que ella sospechara algo raro? ¿Una? ¿Dos? Podría llamarla por teléfono, escribirle mensajes e incluso mantener con ella videoconferencias por Skype si fuera necesario. Pero todas esas cosas eran instrumentos para conservar una relación que ya existía, y no para comenzar una nueva. Habría sido muy extraño hablar con ella a través de la pantalla del ordenador cuando prácticamente no se dirigían la palabra en la vida real. Quizá algo así pudiera funcionar cuando pasaran cinco años, cuando se hubieran hecho amigos y ella deseara tenerlo en su vida, cuando lo apreciara por ser como era y no por haberla salvado de un

asesino.

Pero todavía no había ocurrido nada de eso.

Aún no.

Tenía la oportunidad de acercarse a ella y de crear algo vivo y duradero. Pero solamente si Vanja se quedaba. Si permanecía a su lado.

El ave parecía haber cumplido su cometido junto al agua, porque levantó el vuelo y desapareció entre los árboles que bordeaban la orilla. Sebastian enderezó la espalda.

De hecho, era bastante evidente.

Y muy sencillo.

Estaba mal, por supuesto. Era egoísta y él lo sabía. No había ni pizca

de consideración

paterna en lo que pensaba hacer. Pero no tenía elección.

Volvió sobre sus pasos y, cuando dejó atrás el puente, ya había tomado una decisión.

No sabía cómo, pero impediría que Vanja se marchara.

Haría todo lo que estuviera en su mano para que se quedara en Estocolmo.

A su lado.

Fue un paseo matutino muy tonificante: Barnhusbron, Scheelegatan por delante del ayuntamiento y finalmente a la izquierda, por Hantverkargatan. Ellinor caminaba a paso rápido, con la bolsa del supermercado Ica agarrada en la mano derecha. No pretendía únicamente que se hiciera justicia, sino también salvar su relación con Sebastian.

Se sentía fresca y despierta, pese a no haber pegado ojo en toda la noche. Cuando había llegado a casa el día anterior, más tarde que de costumbre, se le había derrumbado el mundo. Llamó a Sebastian más de una vez, pero sólo había conseguido escuchar la respuesta de su contestador. En cada ocasión ella le había dejado un mensaje. Ya no recordaba muy bien qué le había dicho: habían sido tantas cosas, tantos sentimientos… Al final, se había desplomado sin fuerzas en el sofá del cuarto de estar. No recordaba cuánto tiempo había permanecido allí sentada, inmóvil.

Pero tarde en la noche, o más probablemente temprano en la mañana, había tenido una

inesperada revelación. De repente comprendió todo lo que sucedía y su significado.

No podía entender cómo había tardado tanto en adivinarlo. Después de todo, conocía

bien a Sebastian. Sabía que su fuerza residía en su soledad. Tenía

dificultades para expresar sus sentimientos y para reconocer lo que realmente quería.

Era demasiado obstinado para pedir ayuda.

Demasiado orgulloso para admitir que la necesitaba.

Demasiado atento para cargarla con sus preocupaciones e inquietudes.

Bastaba pensar en el extraño rodeo que había dado para pedirle que se fuera a vivir con él. En lugar de proponérselo directamente, se había presentado en su casa con una rocambolesca historia acerca de un asesino en serie. Le había dicho que estaba en peligro y que tenía que irse a vivir a otro sitio, en lugar de decirle simplemente la verdad: que la quería. Ahora pasaba algo parecido. También en esta ocasión, su conducta ocultaba otra cosa totalmente diferente. Cuanto más pensaba Ellinor al respecto, más se convencía.

Una vez descubierto el mecanismo, todo lo demás le resultó bastante sencillo y

evidente.

¿Qué razón podía tener Sebastian para pedirle que se fuera?

Protegerla a ella.

Se sentía amenazado.

Era natural que quisiera alejarla de su lado. Ellinor lo había visto muchas veces en las series de televisión. Cuando un policía o un abogado se sentían presionados, enviaban lejos a sus seres queridos, para no correr ningún riesgo. Por eso se había marchado Sebastian. Había ido a refugiarse en un lugar seguro. Y por eso mismo no contestaba al teléfono. Estaba dispuesto a renunciar a su amor para que ella estuviera a salvo.

Pero ¿quién lo amenazaba?

La respuesta era evidente: Valdemar Lithner.

En cualquier caso, pensaba empezar por ahí y ver si las cosas cambiaban cuando Lithner ya no pudiera hacerles daño. De no ser así, obligaría a Sebastian a sincerarse con ella y procuraría hacerle comprender que en una relación es preciso compartir las preocupaciones de igual modo que las alegrías. Le demostraría que

podían superar todos

los obstáculos si se mantenían unidos y no tenían secretos el uno para el otro.

Entonces lo había llamado otra vez y, con mucha calma, le había dicho que lo comprendía y le había prometido ocuparse de todo.

A las ocho en punto, se encontraba a las puertas de la Unidad de Delitos Económicos,

en Hantverkargatan. No sabía mucho de arquitectura, pero el edificio de seis plantas de Kungsholmen, con sus ventanas rematadas por placas negras de idéntica altura, le recordaba de algún modo a los años setenta. Nada destacaba especialmente en la fachada,

excepto una banderola con el logo de una de las empresas que ocupaban el enorme inmueble. En la acera de enfrente se extendía un pequeño espacio verde, detrás de una valla de hierro, y al final de la calle, la torre imponente del ayuntamiento. Ya había amanecido y todo hacía pensar en un agradable día de otoño, tras una noche lluviosa.

Ellinor pasó junto a una dama desnuda de bronce, empujó la puerta, contempló el cuadro

que decoraba el vestíbulo y subió por el ascensor hasta el piso indicado.

—¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó el joven que había salido a buscarla a la recepción mientras le señalaba una silla al otro lado de su escritorio.

—Como le he dicho al recepcionista, quiero denunciar un delito.

—¿Un delito económico?

—Sí, un delito económico —respondió ella, repitiendo las palabras con cierto énfasis.

El solo hecho de decirlo le resultaba emocionante. También lo era encontrarse allí.

Emocionante y necesario.

—Muy bien… —El joven se volvió hacia el ordenador, abrió una especie de formulario en la pantalla y apoyó las manos sobre el

teclado—. ¿A quién quiere denunciar y por qué?

—Lo tengo todo aquí —respondió Ellinor, apoyando sobre la mesa la bolsa de plástico

llena de papeles. El policía la miró con cierta desconfianza.

—¿Qué es eso?

—Una investigación. Pruebas. Todo lo que necesitan ustedes.

Por la expresión de su cara, parecía como si el joven pensara exactamente lo contrario.

Separó una de las asas de la bolsa, consideró un momento el contenido y no pudo reprimir un suspiro. Ellinor comprendió que había llegado el momento de añadir más peso a sus palabras.

—Todo está en orden. No me lo he inventado. Lo ha investigado un policía.

El hombre miró otra vez la bolsa, ahora con cierta curiosidad.

—¿Un policía?

—Así es.

—¿Quién?

—Trolle Hermansson es su nombre. O, mejor dicho, era. Ahora está muerto.

El joven detrás del escritorio se limitó a asentir cortésmente. Por su expresión, era evidente que no conocía a ningún policía con ese nombre.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Ellinor.

—Estudiaremos estos documentos —respondió el hombre, señalando la bolsa— y

decidiremos si abrimos una investigación. En tal caso…

—La investigación ya está hecha —lo interrumpió Ellinor—. Todo lo que necesitan está ahí.

—Si finalmente abrimos una investigación —prosiguió el hombre, sin

prestar atención

a la interrupción de Ellinor—, todo será relativamente rápido. Cuando se trata de delitos económicos menores intentamos llegar a una resolución en menos de cincuenta días.

—No sé si esto es un delito menor.

—Eso lo veremos cuando estudiemos los documentos.

Ellinor se quedó inmóvil. ¿Había pasado por alto alguna cosa? Ya había hecho lo que

había ido a hacer. Cincuenta días era mucho tiempo, pero seguramente en esas oficinas estarían muy ocupados. Se puso de pie. El hombre que la atendía también se levantó y le

tendió la mano. Ella se la estrechó, pero no estaba satisfecha del todo. Quizá aún fuera posible convencerlos para que dieran prioridad a su caso.

—Cuanto antes puedan leer esos papeles, mejor. Creo que ese hombre tiene amenazado a mi novio.

—¿Lo cree?

—Sí.

—¿Ha denunciado su novio algún tipo de amenaza?

—No, pero me ha echado de casa. Para protegerme.

Ellinor notó que el hombre asentía discretamente, con una expresión que podía interpretarse como de incredulidad. Sin embargo, debía de estar familiarizado con la situación. Después de todo, era policía. Las amenazas y las presiones que recibían los testigos eran un problema creciente en la sociedad moderna, según había leído.

—Veremos lo que podemos hacer.

—De acuerdo, pero cuanto antes atrapen a ese Valdemar Lithner, mejor para todos.

Ellinor se despidió y se marchó.

Peter Gornack se la quedó mirando.

Había sido muy rápido. La conversación en la recepción, los saludos, las

presentaciones… Todo se había desarrollado como de costumbre. Pero una denuncia corriente realizada por una mujer aparentemente normal se había convertido de repente en una «investigación» metida en una bolsa de plástico, con policías muertos y exnovios amenazados. Desde el instante en que la bolsa del supermercado Ica había aterrizado en su mesa, Peter había tenido la sensación inequívoca de que todo el asunto iba a ser una pérdida de tiempo. Miraría rápidamente los papeles, como era su obligación, y después procedería a archivar el caso. Estaba convencido de que sería así, hasta que la mujer había dicho aquel nombre.

Valdemar Lithner.

Peter había sido compañero de Vanja Lithner en la academia de policía. Incluso habían

salido juntos un tiempo durante el segundo año. Ella había roto su relación al cabo de unos meses, pero sin problemas ni discusiones. Después se habían seguido viendo en la academia, como amigos. Nunca habían trabajado juntos, porque al finalizar los estudios habían elegido caminos diferentes. Peter había oído que ahora trabajaba en la Unidad de

Homicidios. Hacía mucho tiempo que no se veían. ¿Se llamaba Valdemar su padre? Sí, estaba bastante seguro de que se llamaba así. Y el apellido Lithner tampoco era muy común. ¿Sería una denuncia contra el padre de Vanja? Entonces con más razón tenía que

ocuparse del asunto cuanto antes.

Acercó la bolsa, sacó los papeles y las carpetas, y colocó todo el material sobre la mesa. Abrió la primera carpeta y se quedó de una pieza.

Una copia de un informe policial.

Realizado por la Unidad de Delitos Económicos.

Cerró la carpeta y se volvió hacia el ordenador. Tecleó el nombre y enseguida apareció

el resultado en la pantalla. Había una investigación preliminar, de 2008. El fiscal había decidido cerrar el caso por falta de pruebas. Peter

contempló los documentos que acababa de recibir. El informe policial constituía poco menos de la mitad del contenido de la bolsa.

El resto eran otras cosas. Nuevos datos. Pruebas.

Apartó la primera carpeta, colocó el resto de los papeles en el centro de la mesa, se echó atrás en la silla y empezó a leer.

No había pasado un minuto cuando encontró la primera mención a Daktea Invest, un

nombre que todos los investigadores de delitos económicos conocían bien y que lo hizo salir de inmediato para ir a buscar a su superior.

Ingrid Ericsson recordaba a Valdemar Lithner.

Lo recordaba muy bien. No era el mayor de los delincuentes económicos que se les habían escapado, pero tampoco el más pequeño. Una serie de empresas vaciadas justo antes de ir a la quiebra, unos fondos desviados a Panamá, un testaferro que había cargado con la culpa en Suecia y una cuenta en América Latina, en la que había sido imposible determinar de quién era la firma y dónde había ido a parar el dinero. Un par de millones de coronas. La casa de campo, un apartamento para su hija y un coche nuevo. Valdemar se

había gastado los beneficios sin el menor reparo, manifiestamente convencido de que nadie podría relacionarlo con ninguna irregularidad. No se había equivocado, pese a que

Ingrid lo había intentado. Como directora del departamento, había sido la responsable de la investigación preliminar que Peter Gornack acababa de presentarle y que ahora volvía a tener sobre la mesa. Según Peter, se la había traído una mujer, junto con otros documentos.

Lo más interesante de todo el material era el vínculo con Daktea.

Si era cierto que Valdemar Lithner estaba involucrado en ese escándalo, entonces era

uno de los mayores delincuentes económicos que no habían podido atrapar. Pero no por mucho tiempo. Si el material que Ingrid tenía sobre la mesa se correspondía con la realidad, Lithner no se libraría de la cárcel.

Daktea Invest había sido una gran estafa piramidal con apariencia de producto financiero seguro, cuyos responsables se habían esfumado sin dejar rastro en cuanto estalló la burbuja. Miles de pequeños inversores habían perdido todos sus ahorros. La Unidad de Delitos Económicos había dedicado una cantidad ingente de recursos a la investigación, pero los culpables habían ocultado con gran habilidad sus identidades tras una complicada red de adquisiciones cruzadas, a través de *holdings* y de sociedades

anónimas radicadas en paraísos fiscales, como Panamá o las islas Caimán. Ingrid estaba convencida de que Lithner no podía ser uno de los cabecillas de la operación, que se había desarrollado a una escala demasiado grande para él; pero, a juzgar por el nuevo material, había participado en la preparación de la estafa y había manejado una parte del dinero. Eso para ella era suficiente.

Quizá habría sido exagerado decir que sentía como una derrota personal el relativo fracaso de su anterior investigación, pero era indudable que le producía cierto alivio la perspectiva de meter en la cárcel a Valdemar Lithner, de cuya culpabilidad ella estaba totalmente convencida. Por eso actuó con más celeridad que nunca. Habitualmente, su departamento abría una investigación en un plazo de cincuenta días desde la presentación de la denuncia o la observación de alguna irregularidad, pero Ingrid se dijo que en esta ocasión, si de ella dependía, la espera no pasaría de cinco horas.

Llamó a la oficina del fiscal y habló con Stig Wennberg, que había llevado el caso la

vez anterior. Le explicó los motivos por los que quería reabrir la investigación, le envió por fax los nuevos documentos y menos de media hora después le dieron luz verde.

Estaba muy satisfecha. El caso no sólo mejoraría el índice de efectividad de su departamento, sino que atraería la atención de la prensa y enviaría un claro mensaje a todos aquellos que, como Valdemar Lithner, pudieran creerse a salvo de la acción de la justicia. Ahora sabrían que, aunque hubiera pasado mucho tiempo, aunque hubieran transcurrido incluso varios años, la Unidad de Delitos Económicos podía atraparlos en cualquier momento. Nunca podrían sentirse seguros.

Convocó a su equipo y anunció que a partir de ese momento investigarían a fondo el

trabajo, los negocios y las finanzas de Lithner. Gracias a los nuevos datos aportados, sabían mucho mejor que antes lo que tenían que buscar.

Veronica Ström no tenía tiempo.

Ni un minuto.

Tenía miles de cosas que hacer antes de mudarse a Nairobi en febrero. No quería quedarse sentada en una cafetería y fingir que disfrutaba tomando un café mientras esperaba a Alexander Söderling. Con gesto irritado, se puso a hojear la revista que tenía delante.

M-Magasin.

Varias semanas atrás, una de sus periodistas la había llamado para pedirle una entrevista. ¡Había tenido una carrera tan fantástica y era una persona tan inspiradora!, le había dicho la mujer. La suya era justo el tipo de historia que interesaba a sus lectoras.

Si se paraba a pensarlo, Veronica tenía que darle la razón. Tras licenciarse en Economía y Administración de Empresas, había pasado por bancos y periódicos, hasta llegar a la dirección del gabinete de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores. Tres años después, había sido nombrada asesora del ministro y, en 2002, había pasado a ocupar un cargo de nueva creación como coordinadora de las políticas de seguridad del gobierno.

Desde 2008, ocupaba un puesto de responsabilidad en el Ministerio de Defensa, y ahora

estaba a punto de ser nombrada embajadora de Suecia en Kenia.

Cuando recibió la llamada de la periodista, Veronica no sabía cómo era su revista.

Después había buscado en internet y había visto que se trataba de una publicación de reportajes, moda, belleza, salud, viajes, finanzas y consejos para mujeres mayores de cincuenta años. Todavía no había decidido si debía sentirse ofendida, porque solamente tenía cuarenta y nueve, cumplidos en diciembre. En cualquier caso, lo había consultado

con sus colegas y todos habían coincidido en que la aparición en la revista contribuiría a mejorar aún más su imagen. Entonces le había devuelto la llamada a la periodista, que se había alegrado muchísimo de que ella aceptara su propuesta. Se lo agradeció y le dijo que iba a ser estupendo. Quedaron para verse a la semana siguiente.

Pero ahora tenía una cita completamente distinta.

¿Dónde se habría metido ese Söderling?

Su llamada la había sorprendido. Hacía mucho tiempo que no había vuelto a pensar en

los sucesos de Jämtland. Era un capítulo cerrado, y la conversación con Söderling no le había parecido motivo suficiente para empezar a preocuparse. Habían encontrado los cadáveres, sí, pero de ahí a recomponer todo el puzle había un trecho muy largo, y la posibilidad de que alguien lo consiguiera era ínfima. La llamada había sido como una mosca en verano: irritante, pero fácil de ahuyentar y olvidar.

Pero, durante el fin de semana, Söderling había vuelto a llamarla. Quería verla. Eso significaba que habían surgido problemas.

Le echó un vistazo al local que Söderling había elegido para su encuentro, en un antiguo inmueble de Riddargatan. La cafetería ocupaba varias plantas del edificio, unidas por una escalera de piedra y distribuidas en pequeñas salas, que se habían decorado de manera que transmitieran cierta sensación de familiaridad, como si fueran la casa de alguien, con sillas desparejadas, sofás antiguos y mesas tambaleantes. En opinión de Veronica, sin embargo, el ambiente resultaba recargado, polvoriento y rancio, como si hubieran instalado un café en un mercadillo de trastos viejos.

Por fin vio que Söderling venía subiendo la escalera, nervioso, y se ponía a buscar en

las salas adyacentes. No la había visto al entrar y eso era precisamente lo que ella pretendía. No había nada raro ni sospechoso en su cita, pero tampoco era necesario hacerla pública.

Después de los saludos de rigor y de disculparse por haber llegado con retraso, Alexander se sentó, dejó el maletín en el suelo, junto a la silla, y se inclinó sobre la mesa.

—He pensado mucho en… los acontecimientos de los últimos tiempos —dijo en voz

baja, sin preámbulos.

—Yo no —respondió Veronica con frialdad—. Y si te he de ser sincera, espero no tener que pensar tampoco en el futuro.

Alexander levantó la vista.

—Por desgracia, vas a tener que pensar en ello —replicó, en un tono de disculpa que a

ella le pareció sincero—. Necesito ayuda.

Veronica suspiró. No quería ayudarlo. Quería seguir preparando su inminente traslado

y el de su familia. Quería ser embajadora de Suecia y olvidar para siempre el otoño de 2003.

—¿Qué tipo de ayuda? —preguntó sin embargo, consciente de que todo lo que hiciera

Alexander Söderling para protegerse a sí mismo también la protegería a ella.

—¿Recuerdas la denegación de asilo que clasificamos como secreta?

Veronica respondió con un gesto afirmativo. Había sido una de las fases más sencillas de la operación: una llamada telefónica a la persona adecuada y listo. La policía de Solna ya tenía demasiado trabajo sin tener que investigar además a unos inmigrantes que se habían esfumado tras una denegación de asilo, de modo que casi lo agradecieron. No hubo

ninguna reacción.

—Necesitamos eliminar un nombre de ese documento —prosiguió Alexander—. El de

la persona de referencia.

—¿Por qué?

—¡Han encontrado los cuerpos! —dijo él con expresión incrédula, como si le resultara

asombroso que ella no lo hubiera comprendido ya—. El riesgo de que los relacionen es pequeño, pero si lo hacen…

No terminó la frase. No era necesario. Veronica lo había entendido. Las pistas que habían dejado eran enmarañadas, pero aun así era posible seguirlas. Por eso era preciso borrarlas. Y más valía tarde que nunca.

—Yo me ocuparé de todo. ¿Algo más?

—Por ahora no.

—Entonces ¿ya está?

—Espero que sí.

—Muy bien.

Veronica se levantó rápidamente y se marchó, sin mirar ni una vez a Söderling. Nadie

pareció reparar en ella mientras salía. Pensaba hacer esa llamada, asegurarse de que el nombre desapareciera del documento y dejar atrás para siempre esa historia lamentable.

Ése era su plan. Un buen plan.

Por desgracia, algo en su interior le decía que no iba a ser tan fácil.

En el instante exacto en que el minutero del reloj sobre la puerta señaló el doce, Torkel entró en la sala y dio por iniciada la reunión. Los otros ya estaban allí.

Había dicho a las once.

Y llegó a las once en punto.

A la hora precisa. Vanja sabía que tanta exactitud había sido casual, pero no pudo reprimir una sonrisa. Torkel se habría sentido muy satisfecho con su entrada si hubiera reparado en la expresión de su compañera.

—¿Qué tenemos hoy? —dijo mientras se sentaba.

—Hemos repasado las denuncias de octubre de 2003 —empezó Billy

empujando hacia

el centro de la mesa varios juegos de hojas impresas.

Los demás se inclinaron para coger una copia cada uno. Todos, menos Sebastian.

Ursula lo miró con una sonrisa discreta mientras recogía los papeles de Billy. Sebastian le respondió con una ligera inclinación de la cabeza.

En ese momento, Torkel se estaba volviendo hacia Sebastian para preguntarle por qué

no cogía el material de la investigación, pero se contuvo al notar su gesto. Observó que Ursula volvía a recostarse en la silla, con una sonrisa que se había vuelto más ancha después de cruzar una mirada con Sebastian. Por un momento, Torkel sintió el aguijón de

los celos, pero enseguida rechazó la idea.

¿Ursula y Sebastian?

Imposible. Totalmente inconcebible. Ursula era la persona del equipo con peor opinión

de Sebastian. Habían trabajado juntos en los años noventa, y Torkel recordaba que entonces se llevaban bastante bien. Pero en algún momento había pasado algo entre ellos.

Siguieron colaborando en el trabajo, pero sus relaciones se volvieron mucho más tensas y sólo profesionales. La amistad que había entre ellos pareció esfumarse. Después, Sebastian se marchó. Ursula no se quejó nunca, ni dijo nada al respecto. Torkel ignoraba

lo sucedido, pero suponía que Sebastian la había ofendido o le había hecho daño. Era su especialidad, incluso en aquella época. Fuera lo que fuera, había dejado su huella. Las últimas veces que Sebastian había trabajado en la Unidad de Homicidios, Ursula se había

manifestado abiertamente en contra de tenerlo en el equipo. Cuando se había enterado de

que le había salvado la vida a Vanja, había acabado por aceptarlo, pero nada más.

—Nos hemos centrado en la semana en que desaparecieron los

holandeses —prosiguió

Billy, atrayendo una vez más la atención de Torkel—. No hay denuncias de nadie que se

haya marchado sin pagar de ningún hotel, albergue o refugio de montaña de los alrededores.

—Tampoco hemos encontrado informes de vehículos abandonados o que hayan tenido

que ser remolcados, ni de material de acampada perdido en la montaña —intervino Jennifer.

—Y, como ya sabíamos, tampoco desapareció ninguna otra persona en la zona durante

esa semana —terminó Billy.

Vanja los miró. Llevaban veinticuatro horas trabajando juntos y ya se completaban mutuamente las frases, como los sobrinos del Pato Donald. Resultaban muy monos y también un poco irritantes.

—He recibido un informe preliminar de Umeå —dijo Ursula, y Vanja se volvió hacia

ella—. Nueve milímetros. Parece que todas las heridas fueron causadas por una misma arma, probablemente una pistola automática. Pero, como ya os he dicho, es un informe preliminar.

Sebastian asintió. De repente, el caso cobraba mayor interés. Una pistola automática era mucho menos frecuente en esos parajes que una escopeta de caza, el tipo de arma que

la gente suele llevar a la montaña. Todo indicaba que el asesino se había propuesto matar a esas cuatro personas. Sabía dónde estaban y cuándo encontrarlas. Ahora Sebastian estaba

seguro de que las víctimas conocían a su asesino. Cuando las identificaran, estarían mucho más cerca de la resolución del caso.

—He buscado denuncias de familias y niños desaparecidos —comenzó Vanja,

tomando el relevo. Sebastian se echó hacia delante; ahora sí que se ponía interesante la reunión—. De momento, hay tres familias que cumplen los requisitos —prosiguió Vanja

—. Dos adultos y dos niños. Pero ninguna de las tres desapareció en el otoño de 2003.

También ella distribuyó unas hojas impresas y Sebastian se apresuró a aceptar una copia. No podía hacer ningún daño demostrar cierto interés por el trabajo de Vanja.

Esperaba que notara que solamente había cogido los papeles que ella había impreso.

—Como veis, la familia Thorilsen, de Noruega, desapareció durante unas vacaciones

en Trondheim, en el verano del 2000.

—Cerca de la fecha que buscamos —constató Billy en voz baja.

—Si la estimación de Ursula es correcta, los niños tenían las edades adecuadas —

prosiguió Vanja, sin dejarse interrumpir—: Seis y ocho años. No los han encontrado.

—Si son ellos, desaparecieron tres años antes de que los sepultaran en la fosa —dijo

Torkel.

Sabía que todos los presentes estaban pensando lo mismo, pero ninguno quería ser el

primero en señalar el inconveniente de una pista prometedora. Ninguno, excepto Sebastian. Pero él, curiosamente, guardaba silencio. El que habló fue Billy.

—O quizá desaparecieron en el 2000, pero no murieron hasta el 2003.

—¿Y dónde pasaron esos tres años? En la investigación noruega no hay nada que sugiera que la familia se haya marchado por voluntad propia —replicó Vanja rápidamente.

Billy no respondió. Era muy improbable que alguien hubiera mantenido a la familia prisionera durante tres años y después los hubiera matado a todos.

—Continuemos —propuso Torkel mientras pasaba a la siguiente hoja del material

impreso de Vanja.

—La segunda familia son los Hagberg, de Gävle, desaparecidos en 2002, aunque su desaparición se ha relacionado más bien con una huida hacia algún paraíso fiscal. Cuando empezaron a investigar a la familia, descubrieron que el padre Hagberg había cometido un desfalco bastante considerable en la empresa donde trabajaba. En cualquier caso, las edades de los niños también encajan: cinco y ocho años.

Nadie hizo preguntas ni añadió ningún comentario, de modo que Vanja pasó

directamente al siguiente caso.

—La última familia son los Cederkvist, desaparecidos en algún momento después de

febrero de 2004, cuando daban la vuelta al mundo en velero. Habían zarpado de Gotemburgo en noviembre del año anterior. En la primera semana de febrero, el hermano

del padre recibió una postal que se envió desde Zanzíbar y ya no volvió a saber nada más de ellos. No se ha hallado ningún miembro de la familia, ni tampoco ha sido posible encontrar la embarcación.

Vanja guardó silencio. Tampoco en esta ocasión hubo reacciones por parte del resto del grupo. Torkel sabía por qué. Se sentían decepcionados. Ninguna de las tres familias parecía responder a las expectativas. Los noruegos eran los que más se acercaban, pero su caso planteaba demasiados interrogantes para que el equipo pudiera pensar que había llegado a alguna parte.

—En lo que respecta a personas adultas solas con niños, la lista es un poco más larga

—dijo Vanja mientras seguía pasando las hojas—. Pero no mucho más. Tres hombres desaparecieron con sus hijos en 2001, 2003 y 2004. En los tres casos, se sospecha que secuestraron a los niños para llevárselos a su país de origen. Tenéis todos los detalles y las

edades de los niños en el informe. En 2002, desapareció una mujer con su hija en Örebro.

Estaba deprimida y probablemente fue un caso de suicidio. No se ha encontrado ni a la madre ni a la hija. Por último, un niño de cuatro años desapareció de Trollhätan en 2005.

Tampoco lo han encontrado.

Vanja dejó los papeles sobre la mesa.

Otro silencio. Sin embargo, el día anterior había cierta esperanza en el ambiente.

Habían llegado a la conclusión de que con sólo identificar a las víctimas estarían más cerca del asesino. Mucho más cerca. Dos adultos y dos niños. Alguien en algún lugar tenía que haber notado su ausencia. Una familia completa no se esfuma sin más. Sin embargo,

todo parecía indicar que en ese caso nadie los había echado de menos.

—Ampliaremos la búsqueda —dijo Torkel, tras lanzar un sonoro suspiro—.

Contactaremos con Europol y haremos una investigación internacional. Esta zona es bastante turística y recibe gente de todas partes. Vanja, coordínate con Billy y Jennifer para que la búsqueda

sea lo más extensa y eficaz posible.

Vanja hizo un gesto afirmativo y con una sonrisa de satisfacción agrupó sus papeles.

—Las mochilas de los holandeses —indicó Billy, echándose hacia atrás en la silla, con

los dedos entrelazados detrás de la nuca.

—¿Qué pasa con las mochilas? —preguntó Ursula.

—No las hemos encontrado.

—¿Por qué teníamos que encontrarlas?

Billy bajó los brazos, volvió a inclinarse hacia delante y se encogió de hombros.

—Encontramos la ropa. ¿Por qué no las mochilas? —Echó una mirada rápida en

dirección a Sebastian, como si fuera allí donde esperara encontrar oposición—. Iban a pasar toda la semana en la montaña. Debían de ir bastante cargados.

—Quizá se las llevó —añadió Vanja—. Me refiero al asesino —aclaró enseguida.

—¿Por qué? Pesarían bastante.

—No sabemos cómo llegó hasta allí. Quizá disponía de un todoterreno.

—Lo que dice Billy tiene sentido —intervino Ursula—. Las mochilas podrían estar ahí, en algún sitio. —Se volvió hacia Torkel—. Quiero que amplíen las excavaciones alrededor de la fosa.

Torkel volvió a suspirar. Era muy poco habitual en él. No le gustaban los suspiros de

disgusto ni los lamentos en las salas de reuniones. Eran actitudes que restaban energía al grupo y creaban un ambiente negativo que prefería evitar.

—De acuerdo, pero, por lo que he podido oír, ya ha habido protestas. Estamos en un

área natural protegida.

—Estamos investigando un asesinato —replicó Ursula secamente—. Algunas cosas son más importantes que otras, ¿no?

—Díselo a los ecologistas del ayuntamiento.

—Pensaba que eso te correspondía a ti.

Le sonrió y se puso a recoger los papeles que tenía delante. Era evidente que esa mañana no iban a llegar más lejos, por lo que todos empezaron a ponerse de pie.

—Hay una cosa… —La intervención de Jennifer los detuvo—. Algo que encontré

cuando estaba consultando las denuncias de vehículos abandonados…

Todos volvieron a sentarse y la miraron, animándola a que continuara.

—Una mujer fue hallada muerta en esta zona, en el interior de un coche quemado, el

31 de octubre de 2003.

Inconscientemente, todos los presentes se echaron un poco hacia delante. El dato era

interesante, quizá lo más interesante que había surgido hasta ese momento.

Billy se volvió hacia Jennifer, frunciendo el ceño. ¿Por qué no le había mencionado a

la mujer quemada? La irritación empezaba a bullir en su interior. Habían estado trabajando juntos, codo con codo, durante casi una hora el día anterior y durante toda la mañana ese mismo día, hasta justo antes de empezar la reunión. Podía comprender que Jennifer sintiera la necesidad de demostrar su valía y de afianzar un lugar en el equipo. Después de todo, estaba a prueba. Pero, aun así, podía haberle dicho algo. Él le habría permitido que presentara la información y se pusiera todas las medallas. Buscó su mirada, pero ella tenía la vista fija en Torkel. Se sentía inseguro. Había congeniado enseguida con Jennifer. Se llevaban estupendamente y ella le había repetido en varias ocasiones lo mucho que se alegraba de que le hubieran brindado esa oportunidad. Él también se alegraba. No lo habría

reconocido ni siquiera en su fuero interno, pero le gustaba que hubiera una persona nueva, para poder estar por encima de alguien en la jerarquía informal del grupo. Pero, de repente, Jennifer había sacado a relucir una información nueva, un dato importante que le había escamoteado, a pesar de haber estado trabajando juntos todo el tiempo. ¿Por qué?

¿Sería más ambiciosa de lo que parecía? ¿Aspiraría a ser la primera investigadora del equipo? ¿Querría ser la mejor? ¿Sería una nueva Vanja en todos los sentidos?

—No consiguieron identificarla —prosiguió Jennifer, aparentemente sin notar las

miradas apremiantes de Billy—. No encontraron ningún documento. El coche incendiado

se había alquilado el día anterior, en Östersund, a nombre de una tal Patricia Wellton. Pero Patricia Wellton no existe.

—¿Cómo que no existe? —preguntó Vanja.

—Identidad falsa —replicó Jennifer—. Documentos falsos. No ha sido posible

determinar quién era. Según el informe, hablaba inglés y tenía un permiso de conducir

norteamericano.

—Pero ¿en Estados Unidos nadie denunció su desaparición?

Jennifer negó con la cabeza.

—Según el mismo informe, que es extremadamente detallado, tampoco parece que

haya ninguna Patricia Wellton en Estados Unidos con su misma fecha de nacimiento, ni con su número de carnet de conducir.

Para terminar, Jennifer repartió entre los presentes el informe impreso. Todos tendieron la mano para hacerse con una copia, y Torkel se puso a hojear rápidamente el material.

—Comprobadlo todo —dijo, dirigiéndose a Vanja, Jennifer y Billy—. Intentad

averiguar cuándo entró en el país y conseguid todo lo que haya acerca de ese accidente:

fotografías, informe de la autopsia, todo… ¿Cuándo dices que la encontraron?

—En la mañana del 31 de octubre.

—¿Dónde?

Jennifer se puso de pie y se dirigió hacia el mapa fijado a la pared. Cogió uno de los

rotuladores y trazó un pequeño círculo rojo en una zona cercana a la carretera E-14.

—Aquí. Se cree que perdió el control del vehículo y cayó por un barranco.

—¿Y el coche se incendió? —preguntó Vanja.

—Así es.

Vanja siguió estudiando el material en silencio. Era muy poco frecuente que los coches

estallaran o se prendieran fuego en los accidentes con un solo vehículo implicado. En las películas sucedía todo el tiempo, pero en la realidad era más bien poco habitual. Era una circunstancia que volvía el accidente aún más sospechoso.

—Una mujer no identificada, con documentación falsa, muere la misma semana en que probablemente seis personas fueron enterradas en una fosa común en las montañas.

No hizo falta que Torkel dijera nada más. Era posible que no hubiera ninguna relación

entre los dos sucesos, pero las leyes de la probabilidad y la experiencia indicaban que tenía que haber algún vínculo.

De repente, las prioridades del equipo habían cambiado.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Billy abordó a Jennifer justo cuando ella se disponía a marcharse de la sala. Sabía que

los sucesos de la mañana lo seguirían atormentando durante el resto del día y probablemente durante más tiempo. Por eso se dijo que lo mejor sería hablarlo cuanto antes, desahogarse.

—Sí, claro.

Jennifer aún estaba sonriendo, después de todos los elogios recibidos antes de que Torkel pusiera fin a la reunión. Pero, cuando se volvió hacia Billy, notó que su compañero no parecía tan contento como ella.

—¿Por qué no me dijiste nada del coche quemado?

—¿Qué?

Había una nota de asombro sincero en su voz.

—¿Por qué no me mencionaste el coche quemado mientras estábamos trabajando

juntos, antes de la reunión? —insistió Billy.

—Estaba buscando todo lo relacionado con vehículos durante el período que nos interesaba y encontré eso.

—¿Y en ningún momento se te ocurrió contármelo?

—¿Antes que a los demás?

—Claro.

—¿Tenía que haberlo hecho?

—¿Tú qué crees?

Jennifer se encogió de hombros mientras miraba a Billy sorprendida.

—Tú estabas buscando en los hoteles y los albergues. Si hubieras encontrado algo, no

habrías tenido ninguna obligación de contármelo a mí. Lo más importante es que lo sepa

todo el grupo, ¿verdad?

Billy no respondió. En cierto modo, Jennifer tenía razón. El equipo se reunía con frecuencia precisamente por eso. Cada uno trabajaba por su cuenta e informaba al grupo

en las reuniones conjuntas. Justo lo que había hecho ella. ¿Por qué tenía que ponerse tan quisquilloso? Billy empezaba a arrepentirse de habérselo reprochado.

—Si a partir de ahora encuentro algo más, te lo diré a ti primero —dijo Jennifer, deduciendo del silencio de Billy una respuesta negativa —. Ningún problema.

—No, no hace falta —respondió él en voz baja, desviando la vista a un costado, hacia

el pasillo. No era fácil sostenerle la mirada.

—¿Seguro? Si quieres que presentemos juntos todo lo que encontremos, a mí me parece bien.

—No, de verdad te digo que no hace falta.

Billy la miró a los ojos y le sonrió, con la esperanza de compensar la acritud de sus recriminaciones anteriores.

—¿Seguro? —repitió Jennifer, que aún no parecía del todo convencida.

—Sí, seguro. Cometí un error. Perdóname.

—¿Ningún problema, entonces?

—No, ningún problema.

—Me alegro, porque no quiero meter la pata y que alguien se enfade conmigo.

—No has metido la pata. Te lo prometo.

Jennifer le sonrió y se despidió. Billy se quedó atrás, preocupado. ¿Qué demonios le

estaba pasando? ¿Qué estaba haciendo? Se había disgustado porque Jennifer no lo había

informado antes que a los demás. Sólo podía significar que de algún modo se sentía amenazado, y eso a su vez quería decir que la

conversación con Vanja sobre quién de los

dos era mejor policía le había calado más hondo de lo que pensaba. Creía haber dejado atrás todo eso. Y que entre los dos lo habían resuelto. Había vuelto a concentrarse en las cosas que se le daban mejor, consciente de que su función era diferente de la de Vanja pero igualmente importante dentro del equipo. O al menos eso pensaba. Pero se había enfadado

con Jennifer. Y no se había presentado al proceso de selección para el curso del FBI.

Pequeñas señales.

¿Dudaba de su propia capacidad? ¿O se estaba convirtiendo en uno de esos policías amargados que no han podido subir en la jerarquía y sienten que todos los demás trabajan contra ellos? No podía permitirlo. Era joven y le gustaba su trabajo. Quizá necesitaba un cambio. Tal vez lo mejor sería marcharse de la Unidad de Homicidios y buscar nuevos horizontes.

Valdemar Lithner se giró hacia la derecha y consultó el despertador sobre la mesilla de noche. Hora de regresar al trabajo. Había vuelto a casa para almorzar y, después de comer un poco de yogur con copos de avena sentado a la mesa de la cocina, se había echado un

rato en la cama. Estaba agotado y no sabía bien por qué. Dormía tanto y tan profundamente como de costumbre, pero nunca se sentía del todo descansado. Le habían

dicho que tal vez se debiera al exceso de trabajo, pero él no lo creía. Trabajaba lo mismo que antes o quizá incluso menos, y no se sentía particularmente nervioso ni estresado.

Pero cada vez le costaba más esfuerzo trabajar y, además, tenía un dolor constante en la zona lumbar. ¿Habría hecho un mal movimiento? En cualquier caso, no parecía que fuera

una lesión muscular. Salió del dormitorio, y sintió el apartamento vacío y silencioso.

Cuando pasaran unos meses, estaría todavía más silencioso y vacío, porque Vanja se iba a Estados Unidos.

Hacía muchos años que no vivía con ellos, pero los visitaba con frecuencia. Cenaban

juntos todos los jueves, pero el resto de la semana solía pasarse a veces para ver la televisión con ellos, tomar un café o picar algo. En ocasiones, cuando estaba cerca de su oficina, lo llamaba para ir a almorzar con él. Ahora todo eso se terminaría. Vanja se marcharía muy lejos y durante mucho tiempo, y Valdemar perdería lo que más apreciaba

en la vida: el contacto cercano con su hija.

Naturalmente, quería que aprovechara la oportunidad. Estaba muy orgulloso de ella, como siempre. Pero cuando la habían contratado para trabajar en la Unidad de Homicidios, su reacción había sido únicamente de orgullo y alegría, mientras que ahora sus sentimientos se entremezclaban con cierta tristeza, y la añoranza le encogía el corazón cada vez que imaginaba a su hija en un lugar tan lejano, aunque aún faltaran dos o tres meses para la despedida.

No iba a quedarse solo. Tendría amor y compañía. Se llevaba muy bien con Anna, la

quería tanto como al principio y no pensaba nunca en el futuro sin incluirla en sus planes.

Pero su relación con Vanja era muy especial. Siempre había estado muy unido a su hija.

Cuando era pequeña, Valdemar había tenido mucha más paciencia con ella que Anna. Le

gustaba compartir sus juegos, hacer travesuras con ella y estar pendiente de sus deseos, y Anna se lo había agradecido. Cuando algunos de sus compañeros de trabajo y otros hombres que conocía le hablaban de los conflictos que tenían con sus hijas adolescentes y le decían que era como tener a un extraterrestre en casa, él nunca se sentía reflejado en aquellos problemas. Valdemar siempre había podido razonar con su hija, discutir con ella de manera constructiva y llegar a soluciones compartidas. Quizá se debiera a que Vanja siempre había sido muy madura para su edad, pero Valdemar prefería creer que el vínculo

entre ellos era tan importante para ambos que ninguno de los dos estaba dispuesto a ponerlo a prueba con peleas y discusiones. A Anna le había costado mucho más relacionarse con Vanja durante su adolescencia, y por eso había dejado que Valdemar tomara la mayoría de las decisiones y estableciera las normas. Anna había tenido con Vanja una relación mucho más complicada que Valdemar. Nunca se enfrentaban

abiertamente, ni se decían palabras duras, pero no estaban tan unidas como ellos dos.

Vanja siempre había sido la niña de papá. Y ahora iba a irse a vivir muy lejos.

Cuando le había contado sus planes, su primera reacción había sido oponerse a ellos.

Quiso prohibírselo, buscar la manera de que no se fuera. Pero, al final, por primera vez desde que tenía memoria, le había mentido a su hija de manera consciente. Le había dicho que le parecía bien la idea. Durante semanas había tenido que esforzarse para reprimir el deseo de que fracasara en el proceso de selección. Había tenido que convencerse de que

ella lo deseaba y de que la felicidad de Vanja también lo haría feliz a él.

Ahora quería con todo su corazón que lo consiguiera, pero a veces la añoranza se apoderaba de él, antes incluso de que su hija se hubiera marchado. Se preguntaba cómo se sentiría cuando ya estuviera viviendo en Estados Unidos.

Intentó apartar esos pensamientos tristes. Fue a la cocina, se sirvió un vaso de agua y

miró otra vez el reloj. Tenía que ponerse en camino. Dejó el vaso en el lavavajillas y salió al vestíbulo. Entonces sonó el teléfono. Era Annika, su secretaria. Cuando contestó, recibió una larga y precipitada parrafada que no entendió del todo. Annika parecía indignada, y Valdemar esperaba haber interpretado mal lo poco que había entendido. Tuvo

que esforzarse para que no le temblara la voz, cuando le pidió que se calmara y que le repitiera lo que acaba de decirle. Annika hizo una inspiración profunda y enseguida Valdemar pudo constatar que por desgracia lo había interpretado bien la primera vez.

Tenía que volver de inmediato a la oficina, porque la policía estaba allí y quería ver algunos documentos de varios años atrás. Valdemar dijo que ya iba para allá y colgó.

Pero no se movió. Se quedó parado en el vestíbulo, tratando de ordenar los

pensamientos.

Se había salvado.

Había tomado un atajo.

La investigación preliminar se había archivado por falta de pruebas.

Lo había hecho por la familia.

Había sido un error, por supuesto. Había sido fácil, pero no debió hacerlo. Ahora había

quedado atrás. Olvidado. Sepultado en el pasado. La policía estaba en su oficina. Tenía que ser por eso. Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué otra vez?

Una manera fácil de ofrecerles lo que de otra manera no habría podido darles.

Si no creyeran que esta vez podían atraparlo, no habrían regresado. ¿Qué podía haber

pasado? Él no era un delincuente. Pero había sido tan tentador, tan fácil…

Un atajo.

Seguro y sin riesgos.

¿Cómo iba a manejar la situación?

Otro timbrazo quebró el silencio. Valdemar se sobresaltó. Era el timbre de la puerta.

¿Quién podía llamar a esa hora del día, cuando habitualmente no había nadie en casa?

Abrió la puerta, teniendo aún la cabeza en otro sitio, pero enseguida toda su atención se concentró en su visitante.

La reconoció enseguida.

Era Ingrid Ericsson, de la Unidad de Delitos Económicos.

Le estaba sonriendo.

Después de la reunión de la mañana, todos tenían cosas que hacer. La tarea de Billy era

averiguar cuándo había llegado Patricia Wellton a Suecia y por dónde había entrado.

Todos sabían que le llevaría mucho tiempo descubrirlo, si es que lo conseguía. Si Patricia Wellton, o como fuera que se llamara en realidad, había llegado en coche o en tren, no habría dejado ningún rastro de su entrada en el país. Pero, aun así, estaban obligados a intentarlo. Billy le pidió ayuda a Jennifer y ella aceptó encantada. Le aclaró que no era necesario que lo informara de todo lo que descubriera y volvió a pedirle disculpas por los reproches de antes. Ella le dijo que no tenía importancia.

Se sentaron frente a frente en el comedor, aprovechando que estaba vacío, cada uno con su ordenador y su teléfono, y empezaron por el principio. ¿Qué sabían? No mucho. De

hecho, la única información de que disponían era que Patricia Wellton había alquilado un coche en Östersund, en la mañana del 30 de octubre de 2003. No les llevó mucho tiempo

averiguar que el aeropuerto de Östersund no había recibido ningún vuelo directo internacional en esa fecha, ni tampoco ningún chárter. El que más se aproximaba era un vuelo procedente de Ámsterdam, que había aterrizado el día 26. Billy y Jennifer consideraron la posibilidad de que Patricia hubiera pasado cuatro días en Östersund, pero la descartaron de inmediato.

A continuación tenían que buscar en los vuelos nacionales y los trenes. Decidieron empezar por los dos aeropuertos más grandes de Suecia: Jennifer eligió el de Arlanda, y

Billy, el de Landvetter.

Antes de ponerse manos a la obra, fueron a buscar un termo de café a la cocina y sacaron un paquete de galletas de un armario. Después, en la libreta que encontraron sobre el mostrador, apuntaron lo que habían cogido. Era el sistema que les habían propuesto Mats y Klara la noche anterior: «Coged lo que queráis, pero no olvidéis apuntarlo».

De vuelta en el comedor, se sirvieron café y se miraron por encima de la mesa. Billy

suspiró.

—Bueno, ¡empecemos! —exclamó.

Brindaron con las tazas y, para tratar de conseguir las listas de pasajeros, se dispusieron a llamar a todas las aerolíneas que el 30 de octubre de 2003 o la semana anterior habían volado a Estocolmo o a Gotemburgo. Si al final lograban superar todo el

laberinto burocrático y obtenían la información, tendrían que estudiar miles de nombres.

Además, existía el riesgo de que las compañías no hubieran conservado los datos que buscaban.

—Esto parece el trabajo de Sísifo —dijo Jennifer, sonriéndole a Billy por encima del

portátil abierto.

—Sí, y que lo digas —respondió él, también con una sonrisa.

No sabía muy bien quién era Sísifo. Le sonaba algo de la mitología griega, pero no pensaba preguntar.

Torkel tenía que averiguar si desde Estados Unidos podían ayudarlos a identificar a Patricia Wellton. El permiso de conducir que había presentado parecía auténtico, a juzgar por la fotocopia que conservaba la agencia de alquiler de coches. Era una buena falsificación, tan buena que quizá con suerte la hubiera utilizado ya con anterioridad. De ser así, era posible que las autoridades estadounidenses pudieran seguirle la pista hasta determinar su verdadera identidad. Eso, en caso de que fuera norteamericana. También era posible que tuviera otra nacionalidad, pero figurara la estadounidense en su

documentación falsa. Nada era seguro, pero era preciso empezar por

alguna parte.

Torkel tenía muy pocas probabilidades de comunicarse directamente con el

funcionario norteamericano que pudiera ofrecerle la información que buscaba. Por eso se

puso en contacto con la IPO, la unidad de la policía sueca que coordinaba la colaboración internacional con otros cuerpos policiales del mundo. Lo atendió Börje Dahlberg, un colega que Torkel conocía bastante bien. Después de unas cuantas preguntas de cortesía sobre el trabajo y la vida —dos temas que en el caso de Torkel eran por desgracia totalmente coincidentes—, Börje le prometió que investigaría a Patricia Wellton y lo volvería a llamar en cuanto tuviera alguna novedad. Torkel se lo agradeció y colgó. No podía hacer mucho más por el momento. Salió al pasillo y pasó delante del cuarto de Ursula, pero no se detuvo. Sabía que estaba vacío. Ursula había vuelto a la fosa con los cadáveres. El día anterior habían empezado a cribar la tierra desplazada. El trabajo continuaba por la mañana y ella quería estar presente. Antes de llamar a la IPO, Torkel había pedido que ampliaran el área de la excavación, para tratar de localizar las mochilas de los holandeses. Esperaba una oposición bastante firme y estaba dispuesto a imponer su autoridad, pero al final le había resultado sorprendentemente fácil conseguir que volvieran a enviar una excavadora al lugar del hallazgo. Sin embargo, no pensaba contarle esa versión a Ursula. A ella le diría que había tenido que combatir con una horda de burócratas

implacables, ecologistas hostiles y periodistas de pluma afilada, y los había tenido que convencer por el bien de la investigación, pero también por complacerla a ella.

En el comedor, encontró a Jennifer y a Billy sentados frente a frente, cada uno con su

teléfono en la mano, ambos hablando en inglés. Se acercó a la barra, cogió una taza vacía, se sirvió café del termo que encontró sobre la mesa y esperó a que uno de los dos terminara de hablar para preguntarles si podía ayudarlos en algo.

Tras la reunión, Vanja se propuso ir a investigar el vehículo quemado. La agencia de

alquiler de coches de Östersund les había proporcionado todos los datos de que disponía, y el informe policial sobre el accidente era muy bueno. Con una sonrisa, pensó que Ursula

lo habría calificado de «desusadamente bueno». Pero ella confiaba bastante más que su colega en la eficacia de los cuerpos de policía locales, aunque eso tampoco significara mucho. Para tenerles más confianza que Ursula bastaba con considerarlos algo más que ineficaces equipos de aficionados, con el nivel de competencia de una pandilla de niños de seis años.

Vanja decidió ir a Åre. Estaba muy bien disponer de los informes, pero siempre era posible averiguar un poco más hablando personalmente con los autores. Sería necesario ver si aún seguían en la comisaría los mismos empleados que trabajaban allí en 2003.

Cogió una copia del informe que había distribuido Jennifer, se puso el abrigo y se encaminó a la salida.

—¿Adónde vas?

Se volvió y vio a Sebastian, arrellanado en uno de los sillones a la derecha de la entrada. Tenía una revista vieja en la mano y, cuando la apartó, dejó brevemente a la vista un crucigrama a medio resolver. Toda su persona transmitía una sensación casi física de aburrimiento y hastío.

—A Åre —contestó ella.

—¿Por qué?

—Quiero ver si averiguo algo más acerca del coche incendiado.

—¿Puedo ir contigo?

Había esperanza en su voz. Vanja observó también que se lo había preguntado. «Voy

contigo» habría sido más del estilo de Sebastian. Pero después del caso Hinde y de todo lo sucedido, lo notaba cambiado: más amable y menos beligerante, por lo menos con ella. No

tenía nada en contra del cambio, ni tampoco de que la acompañara.

—¿Te aburres? —le preguntó, señalando con un movimiento de cabeza la ajada

revista.

—No. Podría pasarme el día entero intentado recordar cuál es el «dios egipcio de dos letras», pero me gustaría salir un poco.

Vanja asintió.

—Entonces date prisa.

—Estaré listo dentro de dos minutos.

Decir que se aburría habría sido infravalorar la magnitud de su tedio. Conocía una sola

manera de apaciguar la inquietud y el desasosiego que lo abrumaban, pero no tenía a nadie a quien llevarse a la cama. Por un momento había pensado en Klara, pero nunca la había

visto a más de dos pasos del barbudo de su marido y, además, su actitud y su forma de vestir le sugerían un amor y un entusiasmo por la naturaleza y por la vida al aire libre que lo desanimaban. Supuso que un pequeño paseo con Vanja podría remediar en parte su situación. De todos modos, no tenía nada de provecho que hacer en el albergue.

Había seis esqueletos y un coche accidentado.

Nada en lo que pudiera aplicar directamente sus conocimientos. ¿Qué podía hacer?

Aunque había dejado de llover y hacía un bonito día de otoño, no tenía intención de dar un paseo. Había salido media hora por la mañana y había visto el paisaje. Para él ya era suficiente. No entendía a la gente que se emocionaba con la naturaleza. En su opinión, las vastas extensiones solitarias estaban muy sobrevaloradas. ¿Por qué era mejor y más fantástico abarcar varios kilómetros con la vista que unos pocos metros? Sí, por supuesto, las cataratas podían ser impresionantes y las montañas, grandiosas; pero eso a él no lo inspiraba ni le aportaba nada. Durante su estancia en Estados Unidos, había viajado mucho. Había visto el Gran Cañón, las montañas Rocosas y las cataratas del Niágara.

Había oído a mucha gente soltar exclamaciones de admiración y decir que la inmensidad

del paisaje les revelaba la insignificancia humana.

Como si eso fuera algo positivo.

Imbéciles.

Descolgó la chaqueta del gancho junto a la puerta y se dirigió otra vez a la entrada.

Para estar con Vanja.

Hicieron la mayor parte del camino en silencio, pero a Sebastian no le molestó. Había

diferentes tipos de silencio y ése en concreto estaba bien. No era una exclusión hostil, ni una frialdad deliberada, sino un silencio natural entre dos personas que no necesitan ocupar cada minuto con palabras. Alguna vez hacían algún comentario sobre algo que veían. Por lo general era Vanja la que hablaba y casi siempre para referirse a la naturaleza de su alrededor. Dijo que algún día le gustaría hacer una ruta a pie por las montañas. Hacer

todo Kungsleden, el camino real, desde Abisko hasta Hemavan. Sin prisas. Únicamente con la mochila, la tienda y el repelente de mosquitos. Quería vivir toda la experiencia.

Pero tendría que posponer el proyecto ahora que se iba a vivir a Estados Unidos.

Sebastian no mordió el anzuelo. No quería hablar de su partida. Quería disfrutar del momento mientras iban circulando juntos por la carretera, entre las montañas y en mutua

compañía. Además, ya lo había decidido. No iba a permitir que se marchara. Todavía no

sabía cómo lo haría. Solamente tenía el embrión de una idea, pero aún le faltaba mucho para terminar de redondear el plan.

—Kungsleden seguirá ahí cuando vuelvas —le dijo simplemente, y desvió la cara hacia la ventana, por miedo a que algún gesto pudiera traicionar sus pensamientos.

Después de todo, Vanja era una policía con una capacidad casi sobrenatural para detectar por el tono de voz si la gente mentía u ocultaba algo.

—¿Esquías? —le preguntó Vanja cuando estaban cerca de Åre y empezaron a ver a la

izquierda de la carretera los remontes y las pistas de eslalon.

—No, ¿y tú?

—No mucho, ni tampoco muy bien, pero me defiendo.

—¿Te enseñó tu padre?

Vanja giró brevemente la cabeza y lo miró sorprendida. ¿Había tensión en su manera

de decirlo? Sebastian no apartó la vista de la carretera.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —respondió Sebastian encogiéndose de hombros—. Me pareció la típica

cosa que los padres enseñan a sus hijos.

«Como a nadar», pensó y enseguida notó que a su pesar la mano derecha se le cerraba.

Estiró los dedos y apoyó el codo contra la ventana. Iba a tener que extremar las precauciones. Una cosa era el sueño, que no podía controlar, y otra muy distinta sus pensamientos. ¿Por qué había tenido que venirle esa idea a la cabeza justamente en aquel momento, cuando estaba en el coche con Vanja? Por mucho que lo hubieran afectado los

niños muertos en la montaña, Sebastian Bergman siempre controlaba sus pensamientos.

Era parte de su éxito y de su grandeza. Siempre llevaba con mano firme las riendas de su mente. No permitía que su intelecto vagara libremente, sino que lo obligaba a trabajar para él. Su objetivo era el control total, y muchas veces lo conseguía.

—¿Has estado casado? —preguntó Vanja mientras pasaban por Tegelfjäll.

Sebastian quedó paralizado. Aunque pudiera decidir sobre sus pensamientos, era

evidente que no podía controlar la conversación. Repasó rápidamente las posibles respuestas. Decirle a Vanja que no era asunto suyo habría sido una mala solución, porque podía despertar sospechas y la pondría de mal humor. Podía mentirle, decirle simplemente

que no. Pero eso daría pie a más preguntas innecesarias si Vanja descubría que le había mentido. Decidió decir la verdad, al menos en esa ocasión.

—Sí, una vez.

—¿Cuándo?

—Me casé en 1998.

—¿Y cuándo te divorciaste?

Sebastian dudó un momento, pero decidió continuar por el mismo camino. Contarle la

verdad.

—No me divorcié. Mi mujer murió.

Vanja guardó silencio. Sebastian siguió mirando al frente. A Torkel también le había contado hasta esa parte cuando se habían encontrado en Västerås, pero nada más.

Tampoco pensaba seguir hablando en esta ocasión.

Nadie sabía nada más.

Nadie lo sabía todo.

Si Vanja seguía preguntando, empezaría a mentir.

¿O no?

¿Lo contaría por primera vez? ¿Se lo explicaría todo? Sobre Lily y Sabine, su ausencia

y lo mucho que las echaba de menos. Sobre la angustia y lo cerca que había estado de irse completamente a pique. Sobre su sensación de que en gran medida no hacía más que fingir

que estaba vivo.

Probablemente la confesión conseguiría unirlo mucho más a Vanja y volver más

profunda su relación. No podía hacerle ningún mal. Sin embargo, se reafirmó en su decisión de no contarle nada.

No quería.

Se negaba a utilizar a una de sus hijas para acercarse a la otra. Habría sido una maniobra vil. Habría sido aprovecharse de Sabine y de su muerte para obtener un beneficio, utilizarla como instrumento para hacerle chantaje emocional a Vanja y estrechar así la relación entre ambos.

No quería hacerlo así.

No podía.

—Lo siento —dijo Vanja en voz baja.

Sebastian se limitó a hacer un gesto afirmativo. Esperaba que no le preguntara nada más.

—¿Cómo murió?

Sebastian lanzó un suspiro. Tenía que poner fin a la conversación. No podía cambiar

de tema, ni disfrazar la verdad. Tampoco podía decirle que ya se lo contaría en otra ocasión, cualquier otro día. Tenía que cortar de raíz su curiosidad.

De una vez y para siempre.

Se volvió hacia Vanja.

—Murió y ya está. ¿Qué más quieres saber? ¿Necesitas que te enseñe el informe de la

autopsia?

Vanja le lanzó una mirada rápida y enseguida volvió a concentrarse en la conducción y

en la carretera. Había querido demostrarle cierto interés, pero era evidente que se había adentrado en terreno minado. Aunque sus intenciones habían sido buenas, se había excedido.

—Perdóname. Ya sé que no es asunto mío.

—No, no es asunto tuyo.

Vanja no respondió. ¿Qué otra cosa habría podido decir? Sebastian había puesto fin a

la conversación. Siguieron circulando en silencio.

—¿Estás segura de que es aquí? —preguntó Sebastian mientras salía del coche.

Vanja comprendía su escepticismo. El edificio marrón de dos plantas parecía más adecuado para una peluquería o una pizzería pequeña que para una comisaría, pero el GPS

los había llevado hasta allí y además en la fachada había un cartel de la policía, por lo que estaban en el sitio correcto.

—Ni siquiera ocupa toda la finca —observó Sebastian, señalando el logo de una compañía de seguros fijado a la pared—. Esto es una covacha. ¿Cuánta gente trabajará aquí?

—No lo sé —dijo Vanja, empujando la puerta.

Dentro, a la derecha, había un mostrador de recepción, y a la izquierda, varias sillas apoyadas contra la pared, en torno a una mesa donde se amontonaban unos cuantos periódicos y algunas publicaciones de la policía. Justo enfrente de la entrada, otra puerta conducía a una especie de despacho y, a su lado, una escalera subía al primer piso. Vanja y Sebastian se acercaron al mostrador, se presentaron y explicaron lo que querían. La recepcionista asintió con un gesto.

—¡Kenneth! —gritó a pleno pulmón, en dirección a la escalera.

Después se volvió hacia los visitantes, con una cálida sonrisa que Sebastian se apresuró a corresponder.

¿Cuántos años tendría? Cuarenta o cuarenta y cinco. Pelo corto y oscuro, pómulos altos, labios finos y pechos bastante generosos, debajo de la camisa bien planchada del uniforme. Sebastian se inclinó ligeramente sobre el mostrador, para verle las manos, y notó que no llevaba anillo de casada.

—Ahora viene —les dijo la mujer cuando ya se oían pasos en el piso de arriba.

Enseguida apareció un hombre de unos treinta y cinco años, que se presentó como Kenneth Hultin.

—Hemos sacado todo el material que tenemos, para que podáis verlo —dijo mientras

los conducía al piso de arriba.

En la planta alta había tres mesas de escritorio, distribuidas a la derecha de la escalera.

Kenneth les indicó que se dirigieran a la izquierda y los hizo pasar a una especie de cocina, que aparentemente funcionaba como comedor para el personal. En un extremo, había una mesa con mantel de hule amarillo rayado y cuatro sillas plegables y, en el otro, una pequeña encimera y un frigorífico que apenas cabía en su rincón. Sobre la nevera había un horno de microondas, y sobre la encimera, una cafetera y un escurreplatos con varias tazas dentro. En el ambiente flotaba un inconfundible olor a pescado.

—¿Queréis café o alguna cosa? —preguntó Kenneth, señalando con la cabeza la jarra

medio llena de la cafetera.

—¿Qué es «alguna cosa»? —replicó Sebastian.

—¿Perdón?

—«Café o alguna cosa» —repitió Sebastian—. ¿Qué es «alguna cosa»?

—Eh… Té, agua, fruta…

Kenneth señaló con un gesto una fuente con manzanas, sobre la mesa.

—Estamos bien así, gracias —intervino Vanja, lanzándole una mirada a Sebastian, que

para entonces había perdido todo interés en la conversación y contemplaba con expresión

de disgusto un tapiz de grandes dimensiones colgado de la pared.

Kenneth asintió y se marchó. Vanja se sentó, acercó el material

dispuesto sobre la mesa y empezó a leer.

La policía había recibido el aviso a las 8.23 de la mañana del 31 de octubre. A las 8.57, una patrulla se había presentado en el lugar de los hechos y había encontrado una persona muerta en el asiento delantero del coche quemado.

—Oye, me voy a dar una vuelta.

Vanja levantó la vista del informe y vio que Sebastian le señalaba la puerta con la

cabeza.

—Creía que habías venido a ayudar.

—No. He venido para salir de ese lugar tan deprimente perdido en la montaña.

Sebastian se marchó y Vanja, después de lanzar un sonoro suspiro, volvió a enfrascarse

en la lectura.

El cuerpo hallado en el coche estaba en tan mal estado que había sido imposible determinar su sexo o su edad. Por la matrícula, el vehículo había sido identificado como un coche alquilado por una agencia de Östersund a una tal Patricia Wellton, natural de Kentucky, Estados Unidos. Cuando la policía intentó localizar a los allegados de la mujer, consultar sus registros odontológicos o conseguir cualquier otro medio para confirmar su identidad, había averiguado que Patricia Wellton, natural de Kentucky, no existía, ni había existido nunca. El carnet de conducir era falso. La investigación no había pasado de ahí.

Se suponía que la persona que encontraron en el coche debía de ser la mujer que se hacía llamar Patricia Wellton, ya que no había denuncias de otras mujeres desaparecidas, pero era imposible afirmarlo con seguridad. En la carpeta había unas cuantas fotografías del lugar del accidente. Vanja les echó un vistazo y decidió llevárselas. Estaba convencida de que a Ursula le dirían mucho más que a ella.

El coche lo había analizado la policía científica. Vanja hojeó rápidamente el informe.

No había ningún desperfecto mecánico que explicara la pérdida de control del vehículo.

Los frenos y la dirección estaban en perfecto estado.

La investigación del lugar del accidente tampoco había permitido establecer ningún motivo para que el coche se hubiera salido del camino. No había señales de un reventón,

ni del encuentro repentino con un animal. La ausencia de marcas de frenado y de cualquier otro signo de maniobra brusca hacía pensar que quizá la conductora se había dormido o se había sentido indispuesta, y, como consecuencia, se había despeñado.

Vanja volvió a consultar uno de los documentos que ya había leído.

La autopsia no había permitido establecer si la mujer estaba viva o muerta en el momento en que se declaró el incendio en el coche. En teoría, podía haber sufrido un ataque cardíaco.

Vanja pasó nuevamente las hojas, hasta llegar otra vez al informe de la policía técnica.

Al final, había una lista de los objetos hallados en el interior del vehículo. Era muy breve.

El maletero estaba vacío. Vanja reflexionó un momento. No era obligatorio pensar que la

mujer llevara equipaje, aunque podía parecer un poco extraño que no lo tuviera cuando probablemente acababa de viajar a Suecia. Además, cuando había alquilado el vehículo había tenido que identificarse y pagar. Por lo tanto, tenía que llevar un bolso de mano o, como mínimo, una cartera. Sin embargo, nada de eso se halló dentro del vehículo, ni en el cadáver. Vanja sacó una libreta de notas y escribió: «¿Permiso de conducir, dinero?».

Después, volvió a leer todos los documentos desde el principio, con la libreta al lado.

Cuando terminó de estudiar el material por segunda vez, anotando todas sus dudas, llamó

a Kenneth, con la esperanza de que pudiera despejarle por lo menos algunas de ellas.

Veinte minutos después, Vanja había conseguido el nombre de la persona que había avisado del accidente y sabía quién había

remolcado el vehículo siniestrado. Le dio las gracias a Kenneth, reunió todo el material que pensaba llevarse y bajó la escalera.

Sebastian estaba en la recepción. La mujer del mostrador reía de buena gana y estaba

escribiendo algo en el dorso de una tarjeta de visita. Vanja supuso que sería su número de teléfono, sobre todo al ver que la mujer le tendía la tarjeta a Sebastian con un discreto guiño.

—¿Estás listo? —le preguntó Vanja a Sebastian cuando pasó a su lado.

—Yo sí, ¿y tú?

En lugar de contestar, Vanja empujó la puerta y salió. Se puso a inhalar profundamente

el aire fresco del otoño mientras caminaba hacia el coche. Era agradable dejar atrás el aire viciado y el olor a pescado del comedor de la comisaría, pero también le hizo bien hacer unas cuantas inspiraciones profundas, para apaciguar la sensación de creciente irritación.

Se dijo que era una tontería molestarse. Una estupidez. Las aventuras amorosas de Sebastian no eran asunto suyo, pero había algo tremendamente chocante en su necesidad

casi obsesiva de llevarse a la cama a todas las mujeres que conocía. Era desagradable. Casi sentía vergüenza por él, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que su comportamiento

tenía un punto de tristeza. Y también de desesperación. ¿Qué buscaba en esas relaciones

pasajeras? ¿Qué vacío pretendía llenar? Además, Sebastian estaba allí en calidad de miembro de la Unidad de Homicidios y, desde ese punto de vista, su conducta era totalmente inapropiada. Aunque Vanja no pensaba mencionárselo. Se lo diría a Torkel, y

entonces el problema sería de su jefe.

Oyó que la recepcionista volvía a reír y se despedía de Sebastian con un «nos vemos»

mientras éste abría la puerta y salía. Al cabo de unos segundos, Sebastian estaba al lado de Vanja, con una sonrisa en los labios.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó, abriendo la puerta del coche del lado del

acompañante.

—Tengo una dirección —respondió Vanja, rodeando el vehículo.

—¿De quién?

—Del tipo que encontró el coche.

—¿Por qué quieres que vayamos a hablar con él?

—Porque encontró el coche.

Vanja abrió la puerta del lado del conductor y se sentó. Sebastian se puso a repasar mentalmente el breve diálogo que acababan de tener. Vanja estaba irritada. Era posible que Kenneth la hubiera defraudado, pero lo más probable era que el motivo fuera el habitual.

Él. Sebastian.

—¿Es por Bodil? —preguntó mientras esperaban a que dejaran de salir coches del túnel que pasaba por debajo de las pistas de eslalon, para poder girar a la izquierda y entrar en la E-14.

—¿Quién es Bodil?

—La recepcionista. No hace falta que me acueste con ella si tú no quieres.

Vanja salió a la carretera principal y aceleró rápidamente hasta quince kilómetros por

encima del límite de velocidad. Sebastian siempre la desconcertaba. A ella jamás se le habría ocurrido hablar de su vida sexual con un colega. Ni siquiera le habría revelado detalles íntimos a Billy, a quien consideraba un amigo bastante cercano. Tampoco habría

tenido mucho que explicar en ese sentido en los últimos tiempos, pero aun así… Por lo visto, se trataba de otro límite que la gente normal respetaba y que a Sebastian Bergman no le molestaba sobrepasar.

—¿Por qué piensas que puede importarme con quién te acuestes? —preguntó Vanja con cierta dureza.

—Porque pareces enfadada.

—No lo estoy.

Sebastian asintió en silencio. El círculo se había cerrado. Habían dado toda la vuelta,

para llegar al mismo punto que antes. No podían ir más lejos. Vanja subió el volumen de la radio.

La emisora era la radio P4 Jämtland. Estaban diciendo algo sobre un oso.

Y, después, sonó una canción de Roger Pontare.

Siguieron circulando por la carretera, sin hablar.

Lennart llevaba todo el día intentando eludir a Linda Andersson, con resultados más bien mediocres. No lo ayudaba mucho el hecho de trabajar en la misma sala que ella.

Probablemente, Sture le habría dado instrucciones de abordarlo en caso de que él no la llamara, porque poco después de las dos ella se había presentado delante de su mesa.

Lennart había puesto como pretexto una reunión en el centro de Estocolmo y se había largado. En realidad, se había quedado dando vueltas por los pasillos de la SVT, reflexionando sobre la mejor manera de llevar la situación. No tenía ninguna objeción que hacerle a Linda como periodista. Era hábil y muy trabajadora. Pero no le tenía confianza.

Si algo salía mal, Sture se enteraría enseguida, sin que Lennart tuviera tiempo de preparar una estrategia para protegerse. ¿Y si todo iba bien? Sture le había parecido *demasiado* interesado en la historia de Shibeka, y eso no le gustaba. Su jefe tenía una desagradable tendencia a apropiarse de los éxitos ajenos, del mismo modo que se desentendía de los fracasos de sus subalternos. Lo mejor era cuando se interesaba a medias: no lo suficiente para involucrarse en el proyecto, ni tan poco como para impedir que siguiera adelante.

Lennart decidió mantener a Linda alejada del material más sensible. Le pediría que se encargara de investigar en los registros públicos: los

de la policía y los de las autoridades de migración y de Hacienda. Era un trabajo largo y engorroso, que probablemente no daría ningún resultado positivo, pero la mantendría ocupada unos días.

Él, por su parte, se concentraría en los aspectos extraoficiales u ocultos y en las personas implicadas. Si había algo que descubrir, seguramente estaría ahí.

Satisfecho con su plan, se sentó en la pequeña cafetería que había junto a la entrada y

pidió un café, después llamó a Linda. Por la voz, le pareció que se alegraba del encargo, pero también la notó demasiado al corriente de los nombres —incluso pronunció bien el

de Shibeka—, y se dio cuenta de que Sture la había informado a fondo del caso.

Acordaron encontrarse media hora más tarde. Lennart aún no había terminado su reunión

en el centro, según le dijo.

Cortó la comunicación y miró a su alrededor. La cafetería prácticamente desierta, decorada de una manera que pretendía ser moderna y acogedora, con sillones

desparejados, sofás mullidos y papel pintado con dibujos de grandes dimensiones. Por desgracia, la oferta de café con sabor a tanino, sándwiches en envase de plástico y deprimentes almuerzos para calentar en el microondas destruía la sensación creada por la decoración.

Lennart se dijo que quizá lo mejor sería salir de verdad a dar un paseo. Habría sido bastante embarazoso que Linda bajara a tomar un café y se lo encontrara allí sentado.

Salió por las puertas de apertura automática, hacia la rotonda asfaltada que se extendía delante del edificio. El día se había nublado. Esperaba que no empezara a llover, porque solamente llevaba puesto un jersey, pero no podía volver a la redacción a coger la cazadora. Detestaba con toda su alma el espacio diáfano de las oficinas. Prefería pillar un catarro.

Bajó por el sendero hasta Filmhuset, la sede del Instituto del Cine, y se dirigió hacia

Gärdet y sus vastas extensiones de hierba que ya amarilleaban. Sacó el teléfono. Tenía muy pocas fuentes dignas de confianza dentro de la policía. Le habría gustado poder llamar a Trolle Hermansson, que había dejado de ser policía mucho tiempo atrás, pero conservaba buenos contactos y le pasaba información excelente sobre todo tipo de asuntos turbios. Pero Trolle estaba muerto. Habían encontrado su cadáver el verano anterior, dentro del maletero de un coche. Nadie sabía muy bien cómo había llegado hasta allí, pero todo parecía apuntar a que estaba implicado en el caso Hinde, que durante varias semanas de julio había acaparado los titulares de la prensa. ¿Qué había tenido que ver Trolle con el caso? La policía no había podido aclararlo, o no había querido hacerlo, y Lennart sospechaba que la razón de sus respuestas imprecisas era simplemente la ignorancia. Para Lennart había sido una sorpresa mayúscula. Trolle estaba metido en muchas cosas. No sólo trabajaba para él a veces, sino también para programas de TV4, como «Kalla Fakta»,

y para el periódico *Expressen*, pero Lennart no lograba entender qué interés había podido tener Trolle en alguien como Edward Hinde. Al Trolle que Lennart había conocido le interesaba sobre todo el dinero. No lo movía el deseo de atrapar a un asesino, ni de construir un mundo mejor. A todo eso había renunciado mucho tiempo atrás.

Lennart vio el número de teléfono de Trolle, guardado bajo el encabezado «C. P.»

—«contactos con la policía»—, y se dio cuenta de que nunca más volvería a marcarlo.

Pero tampoco quiso borrarlo. Le parecía una medida demasiado drástica e incluso una falta de respeto. Le pasaba lo mismo con el teléfono de su abuelo materno, que había muerto en la Navidad del año anterior. También conservaba su número en la memoria del

teléfono.

Era como tener un recuerdo en la memoria real.

Y querer conservarlo.

Después de un momento de duda, se decidió por el contacto número dos de su lista C.

P., Anitha Lund. En realidad, Anitha era demasiado difícil de manejar y a veces le daba más problemas que soluciones. No la motivaban los sobornos, ni un afán aventurero, sino

el rencor. Por eso a veces resultaba difícil determinar el verdadero valor de sus informaciones, porque podía pasar que estuviera más interesada en una venganza personal

que en revelar la verdad. Pero, en ese momento, Lennart no disponía de muchas alternativas.

Anitha respondió al tercer tono.

Parecía irritada.

—¿Qué quieres?

—Hablar un momento —arriesgó Lennart, en tono desenfadado.

—Estoy trabajando. No quiero que nadie me moleste.

—¿Por qué contestas al teléfono si estás tan ocupada?

—Porque soy una persona amable y educada.

Lennart soltó una carcajada. Había que tener mucho cuidado cuando uno hablaba con

Anitha. La experiencia se lo había enseñado.

—Podría decir muchas cosas de ti, Anitha, pero nunca te describiría como una persona

amable y educada.

—Ya lo sé. Soy una cabrona —replicó ella, sin sombra de ironía en la voz—. Pregunta

a mis jefes o a cualquiera de por aquí. ¿Qué quieres?

—Verte. Hay una cosa que me gustaría contarte.

Anitha respondió enseguida, sin dudarlo.

—Ni lo sueñes. No quiero volver a trabajar para ti. Pagas poco y no saco ningún beneficio.

—No es cierto y lo sabes.

—¿Ah, no? A ver, dime, ¿qué gano yo?

—Te enteras de cosas que no sabe nadie más. Eso te gusta, ¿verdad?

—No. Te gusta a ti. Tú eres el periodista. Yo soy la pringada que tiene que aguantar

que la estés fastidiando.

—Escucha, Anitha —dijo Lennart, bajando la voz para recalcar la seriedad del asunto

—. Creo que esto te va a gustar de verdad.

Se hizo un silencio. Lennart casi podía sentir a través del auricular que su interlocutora se debatía entre la curiosidad y las pocas ganas de ayudarlo. Había logrado conducir la

conversación justo hasta donde él quería.

—Lo pensaré. Te llamaré luego —indicó ella por fin.

Ésa no era la respuesta que esperaba Lennart. No podía aceptarla.

—No, nos vemos dentro de una hora. Si no te gusta lo que tengo, me lo dices. Pero al

menos dame una oportunidad.

La respuesta se hizo esperar tanto que Lennart empezó a pensar en otras alternativas.

Pero no se le ocurrió ninguna. Se dijo que había llegado el momento de ponerse a buscar

un buen sustituto de Trolle Hermansson.

—En el sitio de siempre, después de las tres —dijo finalmente Anitha.

—Muy bien.

Lennart colgó y miró a su alrededor. Sin darse cuenta, había llegado casi hasta Frihamnen. Hacía frío y estaba empezando a lloviznar. Las gotas diminutas le resultaban

casi agradables, pero el cielo tenía un aspecto cada vez más gris y amenazador. Dio media vuelta y apretó el paso. Primero hablaría un momento con Linda y después se iría a la reunión que realmente le importaba.

Pero para entonces llevaría puesta la cazadora.

Vanja pasó con el coche entre dos postes torcidos y siguió las rodadas del sendero fangoso, hasta detenerse junto a una casa solitaria. Apagó el motor y, por un momento, los dos se quedaron en silencio, contemplando el panorama.

A la derecha, en medio de la amplia parcela, se erguía una casa pintada de verde, de

dos plantas, con puertas y ventanas blancas. O al menos habían sido blancas en otra época, porque la pintura se había desconchado y en algunos sitios dejaba ver la madera oscura,

deteriorada por la humedad. También había desconchones en las paredes de madera, que

en varios puntos estaban mohosas. El terreno en torno a la casa parecía un pequeño desguace. Vanja distinguió tres motos de nieve que probablemente estaban en condiciones

para usarse, una furgoneta, un camión pequeño y un Volvo 242 oxidado, aparcados unos

junto a otros, delante de un garaje abierto construido con tablas y lonas, que se estaba viniendo abajo por varios sitios. Entre el garaje y un cobertizo un poco más grande, que también parecía a punto de derrumbarse, había una serie de máquinas distribuidas sin orden ni concierto: una motosierra, una trituradora de madera, un cortacésped, una quitanieves y un objeto informe debajo de una lona verde. Contra una de las paredes del

cobertizo rojo había apoyadas una barrena para nieve y una desbrozadora. Al otro lado de la casa, Vanja divisó una cama elástica cubierta aún por las hojas del otoño anterior, detrás de una pila de leña perfectamente cortada. También había un ciclomotor y una moto

de trial, medio cubiertos por otra lona, entre una variedad de herramientas y maquinaria de jardín, aunque nadie parecía ocuparse de cortar la hierba ni de podar los arbustos. A las puertas del cobertizo, había un perro atado con una cuerda gruesa, que se puso a ladrar en cuanto entraron en la finca.

Vanja y Sebastian se bajaron del coche y se dirigieron hacia la casa. Antes de llegar,

vieron que se abría la puerta y salía un hombre al porche. El pelo largo le asomaba debajo de una gorra con visera y le encuadraba la cara, cubierta por una barba enmarañada que

parecía empezar justo donde terminaban los ojos y hacía difícil calcular la edad del hombre. Vestía camisa de franela de cuadros rojos, pantalones verdes con infinidad de bolsillos y botas de trabajo. Vanja y Sebastian se detuvieron. El hombre bajó los peldaños

del porche, le gritó al perro que dejara de ladrar —sin ningún éxito— y salió al encuentro de sus visitantes.

—¿Qué quieren?

—¿Harald Olofsson?

El hombre hizo un gesto afirmativo.

—¿Y ustedes?

Vanja se identificó, presentó a Sebastian y enseñó la placa de policía. Harald ni siquiera le echó un vistazo.

—Tengo entendido que encontró un Toyota quemado por esta zona, en octubre de 2003. ¿Es así?

—Puede ser.

—Nos gustaría hablar un poco al respecto.

—Muy bien.

Harald escupió hacia un costado, se metió las manos en los bolsillos delanteros y empezó a balancearse adelante y atrás sobre los talones, con la mirada fija en el suelo y los ojos tapados por la visera. No hacía falta ser psicólogo para notar que estaba incómodo con la situación.

—Encontró el vehículo siniestrado la mañana del 31 de octubre —

observó Vanja

mientras sacaba la libreta de notas—. ¿Qué hizo cuando lo vio?

—Llamé a la policía.

—¿No bajó hasta donde estaba el coche?

Harald levantó una mano y se atusó la barba, como para hacerles notar a sus visitantes

que estaba reflexionando. Quería mostrar que comprendía la seriedad del asunto y, al mismo tiempo, hacerles notar que había pasado tanto tiempo que necesitaba hacer memoria. En realidad, se estaba preguntando cuándo tendría que empezar a mentir.

¿Cuánto sabrían? ¿A qué venía esa última pregunta? ¿Lo estarían poniendo a prueba? Ya

había tenido que vérselas con la policía en otras ocasiones. Su estrategia consistía en contestar con monosílabos y evasivas, hasta descubrir cuánto sabían los agentes y qué querían averiguar. A partir de ahí, podía adaptar sin dificultad sus respuestas y su versión de la historia. Pero los dos que tenía delante venían de Estocolmo. De la Unidad de Homicidios, por más señas. ¿Por qué estarían interesados en un accidente de tráfico que tuvo lugar varios años atrás? No lo sabía, ni pensaba preguntárselo. Se mantendría en su papel de tipo huraño del norte, hosco y de pocas palabras. Le bastaría con confirmar los prejuicios sobre la gente de su región que tenían los de Estocolmo. Pensaba responder solamente lo que le preguntaran, con monosílabos y evasivas. Aplicaría la táctica que

tantas veces había utilizado, aunque esta vez los adversarios fueran nuevos. En algún momento tendría que desviarse un poco de la verdad, pero lo haría cuando él mismo lo considerara oportuno.

—Sí —dijo con un leve asentimiento, como si acabara de encontrar la imagen de aquella mañana en las profundidades de su memoria—. Sí, bajé a ver el coche.

—¿Antes de llamar a la policía? —preguntó Vanja.

—Sí.

—¿Por qué?

Harald levantó la vista debajo de la visera y, por primera vez en toda la conversación,

miró a Vanja a los ojos.

—Para ver si había algún herido.

Eso ya era una verdad a medias. Harald se dio cuenta de que se acercaba velozmente al

límite a partir del cual tendría que empezar a mentir.

—¿Tocó alguna cosa del coche?

Un paso más. Ya estaba en la frontera, a punto de traspasarla.

—No creo —respondió con cierta vacilación, como para suavizar la mentira y aplazar

un poco más el momento de cruzar la línea.

—¿Sí o no?

Pero no dio su brazo a torcer.

—Han pasado nueve años —dijo.

—¿Cuántos coches quemados con un cadáver en su interior ha encontrado desde

entonces? —preguntó el hombre mayor que acompañaba a la mujer joven, con evidente irritación en la voz—. Yo diría que ninguno. ¿Me equivoco?

Harald volvió la cabeza y cruzó una mirada con el hombre. ¿Cómo había dicho que se

llamaba? ¿Bergman? Hasta ese momento había guardado silencio. ¿Significaría algo? Su

pregunta no había sido en realidad una pregunta, sino más bien una observación. Harald

tuvo la sensación de que el hombre que tenía delante era capaz de ver más allá de las medias verdades y las cortinas de humo. Tenía que elegir entre una cosa o la otra: la verdad o una mentira convincente. Decidió empezar por lo primero.

—No.

—La mujer estaba achicharrada. No se le ocurriría tomarle el pulso, ¿verdad?

—No.

—Entonces no puede ser tan difícil recordar si tocó algo del coche.

—Supongo que no.

—¿Tocó algo?

Había llegado el momento de mentir.

—No.

—¿Está seguro?

Harald asintió con repentino énfasis, como si de pronto el recuerdo se hubiera materializado en su mente.

—Sí. Di una vuelta alrededor del coche, para ver si alguien había salido despedido, así

que es probable que lo tocara por fuera. Estoy casi seguro. Pero por dentro, no.

Guardó silencio. Sebastian supuso que estaría agotado después de haber articulado una

respuesta larga y coherente. El hombre volvió a escupir y fijó una vez más la vista en el suelo, delante de sus pies.

Vanja lo miraba con curiosidad. La última respuesta, razonada y explicativa, había sido

diferente de las demás. De hecho, el hombre había respondido más de lo que le habían preguntado, casi como si estuviera exponiendo una coartada. Después, había vuelto a bajar la vista. Estaba a punto de preguntarle si tenía armas en su poder y, de ser así, cuáles eran, cuando Sebastian tomó la palabra.

—¿Tiene hijos?

Harald lo miró con auténtica sorpresa.

—No.

—Entonces ¿qué hace eso ahí? —preguntó Sebastian señalando la cama elástica—.

Usted no parece el tipo de persona que se divierta saltando.

—Unos vecinos se cansaron de tenerla —respondió Harald, encogiéndose de hombros

—. Voy a intentar venderla por internet.

Sebastian miró rápidamente a su alrededor. No había ninguna casa a la vista.

—Aquí no hay vecinos —observó.

—Un poco más lejos —dijo Harald, apuntando con un dedo hacia un lugar impreciso,

por encima del hombro de Sebastian.

Sebastian se volvió hacia Vanja, cruzó con ella una mirada y notó que estaba pensando

lo mismo que él.

—Está mintiendo.

Vanja conducía con expresión concentrada por el camino que los alejaba de la casa solitaria, de regreso a la carretera.

—Ya lo sé —respondió Sebastian—, por lo menos en lo que respecta a la cama elástica.

—¿Crees que es robada?

Sebastian se encogió de hombros.

—Quizá no la haya robado él, pero no creo que tenga la factura de todo lo que acumula en esa parcela.

Vanja asintió. Daba lo mismo que fuera un ladrón o un vendedor de mercancía robada.

Había sido el primero en llegar al lugar del accidente y su aparente

flexibilidad en lo tocante a la propiedad privada podía despejar uno de los interrogantes de la investigación.

—No encontraron ningún bolso en el interior del coche —indicó, echando una mirada

rápida en dirección a Sebastian—. Ni tampoco ninguna cartera.

—Pueden haberse quemado.

Por supuesto, era una posibilidad, pero a Vanja no le parecía probable. Por lo que había visto, los investigadores habían hecho un buen trabajo. De haber quedado restos de un bolso o de una cartera, tenía la sensación de que los habrían hallado.

—El informe de la policía de Åre está en el asiento trasero. Mira a ver si encontraron

huellas dactilares que no hayan podido identificar dentro del coche.

Sebastian se giró y, con cierta dificultad, consiguió coger la carpeta que se había deslizado hasta el otro extremo del asiento.

—Billy tendrá que comprobar si el tipo tiene armas —dijo Sebastian mientras se volvía otra vez hacia delante y abría la carpeta.

—¡Por supuesto que las tiene! En estas montañas todos son cazadores.

—Pero no cazan con pistola.

Vanja hizo otro gesto afirmativo. Se alegraba de no haberle preguntado a Harald si tenía armas en casa. Habría podido oponerse al registro, para luego deshacerse de las armas que pudiera tener en cuanto ellos se hubieran marchado. Ahora ni siquiera sabía que estaban buscando un arma. De repente, parecía como si el viaje a Åre fuera a servirles de algo, después de todo.

Sonó el teléfono de Vanja, lo cogió y echó una mirada rápida a la pantalla.

Anna.

Por un instante, consideró la posibilidad de no contestar. Quería seguir hablando del caso con Sebastian y analizar lo que sabían, lo que suponían y lo que aún les quedaba por

averiguar. No le apetecía hablar de intrascendencias con su madre, ni

tampoco tenía tiempo para prestar atención a sus dudas o sus preocupaciones. No quería desconcentrarse.

—¿No vas a contestar? —le preguntó Sebastian, echando un vistazo al teléfono que Vanja tenía en la mano—. Anna es tu madre, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué no quieres hablar con tu madre?

Vanja suspiró. Era la puñetera pregunta de un psicólogo. Como en las películas:

«Hábleme de su infancia». Si la alternativa era que Sebastian se pusiera a adivinar y a arriesgar hipótesis sobre su relación con Anna durante todo el camino de vuelta, entonces lo más sencillo era contestar al teléfono.

—¡Hola! —saludó, con el tono más alegre que pudo.

En cuanto oyó la voz de su madre al otro lado de la línea, supo que había pasado algo.

Algo grave.

—¿Dices que quieres volver a Estocolmo?

La voz de Torkel revelaba inequívocamente que esperaba haber entendido mal. Vanja

se había presentado en la puerta de su habitación y no dejaba de moverse, cambiando el

peso del cuerpo de un pie al otro. Ya estaba suficientemente estresada por el hecho de que su padre estuviera detenido —aunque Anna no había sabido explicarle muy bien las circunstancias—, para que encima Torkel tuviera que cuestionar su decisión y la mirara como si fuera una desertora. Además, deliberadamente o no, la había malinterpretado.

—No, no *quiero* volver. *Tengo* que hacerlo —le respondió ella, con especial énfasis.

—¿Por qué?

Vanja dudó un momento. Se lo contaría más adelante, pasara lo que pasara, pero todavía no. Necesitaba más información. Ni siquiera sabía el grado de sospecha, ni por qué habían detenido a su padre. Si le decía simplemente lo que sabía —que estaba en la

cárcel—, Torkel le haría un montón de preguntas.

¿Por qué?

¿De qué lo acusan?

Y quizá la peor de todas: ¿es culpable?

Necesitaba tener ella misma las respuestas a todas esas preguntas antes de revelar nada

a los demás.

—Un asunto de familia.

La expresión de Torkel cambió y su frustración se transformó de inmediato en preocupación. Al notarlo, Vanja comprendió que lo echaría de menos cuando estuviera en

Estados Unidos. No creía que fuera posible encontrar en ninguna parte un jefe tan bueno

como Torkel.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó él, con sincera inquietud en la voz.

—Lo siento, pero no puedo decirte nada más. Sabes que no me iría si no fuera importante.

Torkel miró a su mejor investigadora. Parecía muy afectada, de eso no le cabía la menor duda. Tenía que haberle pasado algo grave a su padre o a su madre. Hasta donde él

sabía, la familia de Vanja se reducía a ellos tres. Esperaba que Valdemar no hubiera sufrido una recaída de su enfermedad. Poco tiempo atrás, había superado un cáncer de pulmón. ¿Se le habría reproducido? Torkel sabía que Vanja no le mentía. Era una de las personas con mayor sentido del deber que conocía. Nada habría podido interponerse entre

ella y sus obligaciones. En varias ocasiones, a lo largo de los años, había desatendido su vida social o privada para dedicarse de lleno al

trabajo. ¿Cómo no iba a permitirle Torkel que regresara a Estocolmo?

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó, y creyó notar que ella respiraba aliviada.

Seguramente no había sido fácil tomar la decisión de abandonar la investigación. Por

lo tanto, su problema familiar debía de ser muy grave. Torkel habría preferido que ella le confiara sus preocupaciones, pero sabía que era mejor no insistir.

—Al menos de momento, no, gracias —respondió Vanja, negando con la cabeza—.

Lamento mucho causarte esta molestia.

—Nos arreglaremos sin ti. Tú ocúpate de solucionar tus problemas.

Vanja hizo un gesto afirmativo y se volvió para marcharse, pero al llegar a la puerta, se giró otra vez.

—¿Podrías reservarme el billete mientras hago las maletas?

—Claro que sí.

Vanja le sonrió, aunque la sonrisa no llegó a iluminarle los ojos. Parecía atormentada.

«Como un animal acosado», pensó Torkel mientras cogía el teléfono para pedirle a Christel que reservara el billete de avión. Mientras hablaba, vio con el rabillo del ojo una sombra en la puerta de la habitación. Por un momento, pensó que sería Vanja, que había

regresado. Quizá se lo había pensado mejor y había decidido volver para contarle sus problemas. Pero cuando miró vio a Sebastian apoyado contra el marco de la puerta.

—Vanja se marcha, ¿no?

—Sí. ¿Qué pasó cuando saliste con ella?

—No ha sido culpa mía.

La respuesta sorprendió a Torkel, que sin embargo no la encontró tan disparatada después de unos segundos de reflexión. Menos de dos meses atrás, la presencia de Sebastian habría sido una de las pocas

cosas que habría impulsado a Vanja a distanciarse de cualquier investigación en curso.

—No he dicho que fuera culpa tuya.

—Me pareció que sí.

—Se va por un asunto familiar. Pensé que quizá tú sabrías algo al respecto.

Sebastian hizo un gesto negativo.

—La llamó su madre y estuvieron hablando unos minutos. Después me trajo hasta aquí a ciento cuarenta kilómetros por hora, sin decir ni una palabra.

—¿Y no tienes ni idea de lo que pudo haber pasado?

Sebastian volvió a negar con la cabeza y entró en la habitación. Se aclaró la garganta y se preparó para hablar, convencido de que lo que pensaba decir no iba a ser bien recibido.

—Me voy con ella.

Torkel dejó lo que estaba haciendo y levantó la vista hacia Sebastian, con la misma expresión de asombro con que había mirado antes a Vanja. También en esta ocasión esperaba haber entendido mal.

—¿Qué demonios me estás diciendo?

—Quiero acompañarla —respondió Sebastian—. A Estocolmo —añadió, para que

Torkel no interpretara que solamente se ofrecía a llevarla al aeropuerto de Östersund.

—¿Por qué?

Sebastian repasó rápidamente las posibles respuestas. Porque creía que nunca más sería capaz de conciliar el sueño en esa habitación. Porque esa investigación lo afectaba de una manera insoportable y quería tomar distancia. Porque el albergue de montaña era un

aburrimiento, lo mismo que la naturaleza a su alrededor y el caso que estaban investigando. Eligió la versión abreviada.

—Porque quiero perder de vista estas putas montañas.

—¿Por qué? ¿No hay nadie que te puedas follar?

—Eso mismo. Baso todas mis decisiones en la disponibilidad de posibles parejas sexuales.

Cuando hizo ese último comentario, Sebastian se dio cuenta para su sorpresa de que era asombrosamente verídico. Por fortuna, Torkel lo interpretó como la respuesta irónica que en un principio había pretendido ser.

—Perdona —suspiró Torkel—, pero ahora que Vanja tiene que irse, no quiero quedarme también sin ti.

—Con toda sinceridad, ¿te parece que puedo ser de utilidad aquí en la montaña? —le

preguntó Sebastian con franqueza—. Tenemos seis esqueletos en una fosa y yo necesito algo más que eso para llegar a alguna conclusión.

Torkel lo miró. Sabía que su colega tenía razón. Su partida no añadiría ni quitaría nada a la situación en las circunstancias en que se encontraban. Además, era muy probable que acabaran trasladando toda la investigación a Estocolmo si al cabo de unos días no encontraban nada interesante. Dejó escapar un suspiro.

—Le pediré a Christel que te reserve un billete a ti también.

—Si realmente me necesitas, ya sabes que siempre me puedes llamar por teléfono —

dijo Sebastian, antes de salir de la habitación.

Estaba casi eufórico. Era evidente que deseaba marcharse más de lo que él mismo se

habría atrevido a reconocer. Se dijo que lo siguiente era contarle a Vanja que pensaba acompañarla. Incluso era posible que ella se alegrara un poco.

No le parecía correcto.

La taza seguía sobre la mesa, con el café frío y casi intacto, al lado del sándwich de

queso y salchichón, que conservaba la marca de dos bocados en el pan. Apagó la cuarta

colilla en el cenicero mientras exhalaba el humo con algo muy parecido a un suspiro.

Zeppo, tumbado en el suelo junto a la cocina, levantó la cabeza al oír un sonido tan poco habitual. Harald Olofsson no solía suspirar.

Se puso de pie, fue hacia la alfombra de corcho de cuadros rojos y blancos que se extendía al pie de la encimera y se inclinó para abrir la ventana. Los cuatro cigarrillos que había fumado apresuradamente, uno tras otro, habían saturado de humo la cocina. El perro lo seguía con la mirada. Harald abrió la ventana de par en par y permaneció inmóvil un momento, llenándose los pulmones con el aire fresco del exterior. Después fue a abrir el armario oscuro sobre los fogones y sacó un vaso. Lo llenó de agua y bebió a grandes tragos, apoyado contra la encimera.

No le parecía bien.

Ya había tenido que vérselas con la policía en otras ocasiones. En muchas ocasiones.

Por alguna razón, los agentes siempre se daban una vuelta por su casa cuando alguien denunciaba un robo en un garaje o la desaparición de una moto de nieve. Recorrían la parcela, levantaban las lonas protectoras y registraban la casa. Nunca encontraban nada, pero le aseguraban que lo tendrían vigilado. Él les respondía que ya lo sabía y que siempre se alegraba de recibir visitas. Después se marchaban.

Nunca habían hallado nada que fuera robado. Pero no porque él no estuviera

implicado. La mayor parte de las cosas que buscaban ya habían pasado por sus manos cuando llegaba la policía, o estaban a punto de llegar a él. El hecho de que nunca hubieran conseguido imputarle más que pequeñas infracciones obedecía únicamente a su habilidad.

Era hábil, tenaz y paciente. Una de las primeras cosas que había hecho después de comprar la casa, casi veinte años atrás, había sido levantar el suelo del cobertizo y quitar una buena cantidad de tierra con una pequeña excavadora. Debajo del suelo nuevo,

disponía de un espacio de unos ocho metros cuadrados, con la altura de la estatura de un hombre de pie. La trampilla que ocultaba la empinada escalera para bajar a «la cámara del tesoro», como él la llamaba, se encontraba debajo de una alfombra deshilachada con una

quitanieves encima y, hasta ese momento, nadie la había encontrado. Todo lo que llegaba a las manos de Harald acababa en la cámara del tesoro. Una vez allí abajo, podía decidir con calma qué hacer con cada artículo: venderlo tal como estaba, desmontarlo y vender las piezas por separado, o repintarlo y ponerlo a la venta. Había muchas posibilidades y Harald elegía siempre la que le reportaba más beneficios. Las motos de nieve eran la mercancía más rentable, pero también lo obligaban a trabajar mucho para impedir que las

identificaran. Tenía que dedicarles bastante tiempo, pero era factible. Harald era muy bueno en su especialidad: maquinaria, herramientas y vehículos. Nada de obras de arte, ni de joyas. Los chicos noruegos con los que trabajaba le habían llevado la cama elástica unos años atrás. Le habían dicho que era un regalo y que podría venderla por cinco mil coronas como mínimo. Y que además era imposible de identificar, porque todas las camas

elásticas eran iguales. La había aceptado, pero enseguida se había enterado de que su precio en el mercado de segunda mano no llegaba ni a las mil coronas y ni siquiera se había molestado en poner un anuncio. Hasta ese momento, nada de lo que había vendido

le había planteado problemas, ni se había vuelto en su contra. Las visitas de la policía eran una pequeña molestia y nada más. En cuanto se marchaban, ya no volvía a pensar en ello.

Pero esta vez era diferente.

No le parecía correcto.

Se había quedado mirando el coche que se alejaba, antes de entrar y poner la cafetera.

Después había salido a buscar a *Zeppo*, para que le hiciera un poco de compañía. Se había preparado un sándwich y se había servido el café mientras encendía el primer cigarrillo.

Nueve años habían transcurrido desde que aquel coche se había despeñado. Nadie se

había interesado por él en relación con aquella investigación, aparte

de un pequeño interrogatorio al borde del camino, durante el cual había declarado —de manera totalmente veraz— que había visto humo al pasar por la carretera, se había parado y había encontrado el coche quemado al pie del barranco. Nunca había oído la menor insinuación

de que aquello pudiera haber sido algo distinto de un accidente. Pero ahora la Unidad de Homicidios estaba investigando. Y ellos no se molestaban en investigar accidentes, sino asesinatos. ¿Habría matado alguien a la mujer del coche? Era posible. Pero él no podía permitir que lo involucraran en el caso. Seguramente, la policía dedicaría más esfuerzos y recursos a investigar un asesinato que a la desaparición de una moto de nieve cuyo coste quedaría cubierto de todos modos por la compañía de seguros. Si encontraban algo que lo

relacionara con el coche accidentado, o, mejor dicho —se corrigió a sí mismo—, con el asesinato, registrarían hasta el último centímetro cuadrado de su propiedad.

Y entonces sería su fin.

Encontrarían su cámara del tesoro.

Y él se quedaría sin nada.

Por lo tanto, tenía que hacer lo posible para que no encontraran nada. Era así de sencillo.

Pero dudaba.

No le parecía correcto destruir pruebas que quizá pudieran ayudar a la policía a resolver un caso de asesinato. Aunque actuaba en los márgenes de la legalidad, Harald no carecía de moral. Su único delito era comercializar mercancía robada. Nunca encargaba ningún artículo, ni cometía directamente ningún robo. Se limitaba a ganar un poco de dinero cuando el daño ya estaba hecho. Si él no se hubiera ocupado de la mercancía, otro lo habría hecho. Era un negocio. Matar a alguien era otra cosa completamente distinta.

Por otro lado, si llevaban tantos años buscando al asesino de la mujer del coche y todavía no lo habían encontrado, era muy poco probable que algún día lo consiguieran, aunque hallaran los objetos que Harald había sustraído del vehículo incendiado.

De repente, tomó una decisión. Apoyó el vaso sobre la encimera y salió de la cocina.

Sabía exactamente en qué lugar del cobertizo estaban las mochilas y el bolso de mano.

Había llegado el momento de encender una hoguera.

Las instrucciones de seguridad fueron las mismas que en el vuelo anterior. El avión se situó en la cabecera de la pista, aceleró y despegó. Vanja iba sentada del lado de la ventanilla, con la vista fija en la ciudad, que se volvía cada vez más pequeña a medida que tomaban altura. Sebastian la miraba con el rabillo del ojo. Habría sido una exageración decir que Vanja se había alegrado al enterarse de que iba a tener compañía, pero había aceptado que Sebastian fuera con ella a Estocolmo. Había preguntado por qué, por supuesto, pero Sebastian le había repetido lo mismo que le había dicho a Torkel, que quería perder de vista esas putas montañas.

Billy los había llevado a Östersund. Había querido saber por qué se marchaba Vanja, y

ella había aducido una vez más un asunto de familia. Billy había guardado silencio, sin intentar averiguar nada más, pero Sebastian había notado que estaba decepcionado al comprender que Vanja no iba a confiarle sus preocupaciones. En general, Sebastian advertía un cambio en la relación entre Billy y Vanja. Algo había pasado entre los dos mientras trabajaban en el caso Hinde. Sebastian no sabía muy bien qué podía ser, pero, fuera lo que fuese, era evidente que los seguía afectando.

Aunque Vanja le había dicho que no hacía falta, Billy los había acompañado hasta el

vestíbulo de las salidas, y Sebastian había tenido la sensación de que los acompañaba precisamente porque Vanja le había dicho que no lo hiciera. Después de facturar el equipaje, Vanja se había ido al lavabo, y entonces Billy se había vuelto hacia Sebastian.

—¿Por qué te vas con ella?

A Sebastian le sorprendió el tono de desconfianza que impregnaba la pregunta. Por la

manera de formularla, era evidente que Billy relacionaba directamente su partida con la de Vanja. Pensaba que se iban juntos y no solamente que coincidían en el mismo avión.

—No me voy *con ella*, sino en el mismo vuelo.

—¿Por qué?

—Es agradable tener compañía.

Billy lo miró con expresión irritada y lanzó un suspiro, como si estuviera hablando con un niño pequeño.

—Lo que quiero saber es por qué abandonas tú también la investigación si no tiene nada que ver con Vanja.

Sebastian le dio automáticamente la que se había convertido en su respuesta estándar,

aunque dudaba que Billy le creyera.

—¿Te ha dicho algo de lo que ha pasado? —preguntó Billy.

—¿Quién? ¿Vanja?

—Sí.

—No, nada.

Esta vez, Sebastian no tuvo ninguna duda. Billy no le creía. Vanja volvió del lavabo y

los dos se despidieron con un abrazo, que a Sebastian le pareció breve y forzado. Cuando se volvió un momento hacia los controles de seguridad, Billy ya se había marchado.

Ahora ya estaban volando. La advertencia de mantener abrochados los cinturones de

seguridad se apagó, pero ni Vanja ni él se los desataron. Vanja seguía vuelta hacia la ventanilla y Sebastian supuso que pasaría la mayor parte del viaje dándole la espalda si él no hacía nada al respecto.

—¿Qué pasa entre Billy y tú?

El efecto fue inmediato. Vanja se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—Parece que ya no os lleváis tan bien como antes.

—¿Eso crees?

—Sí. ¿Me equivoco?

Vanja guardó silencio. Podía poner punto final a la conversación respondiendo

sencillamente que sí a su pregunta. Antes lo habría hecho. Para hacerlo callar y para no tener que reconocer bajo ninguna circunstancia que Sebastian podía tener razón en alguna cosa. Pero eso había sido antes.

—No —respondió—. Las cosas están un poco tensas entre nosotros.

—¿Por qué?

Vanja volvió a dudar, pero enseguida decidió sincerarse. Se volvió en dirección a Sebastian tanto como se lo permitió el cinturón de seguridad.

—Le dije que soy mejor policía que él.

Sebastian asintió brevemente mientras asimilaba la información. Era indudable que

una aseveración de ese tipo podía volver tensa cualquier relación de trabajo.

—Fue una estupidez, ya lo sé —prosiguió Vanja, como si le hubiera leído el

pensamiento—. No hace falta que lo digas.

—Fue una estupidez —dijo Sebastian, con una sonrisa que para su satisfacción fue correspondida—. Es cierto que eres mejor policía que él, pero fue una estupidez decírselo.

—Ya lo sé…

Vanja suspiró. Era evidente que su desencuentro con Billy la tenía preocupada.

Sebastian se acomodó tanto como pudo en la butaca del avión y se

dispuso a jugar por fin en su terreno. Empezó por explicar que Billy sabía desde siempre que Vanja era mejor policía que él. Le tenía demasiado aprecio para competir con ella, pero era evidente que algo había cambiado. Por alguna razón, ya no se sentía satisfecho con su posición en la escala jerárquica. Había decidido rivalizar con Vanja y, sencillamente, no quería perder.

Vanja quiso saber qué podía hacer ella para mejorar las cosas y Sebastian tuvo que escoger entre una mentira tranquilizadora y la verdad desnuda. Se decidió por lo segundo.

—Nada —repuso—. Tú empezaste el enfrentamiento al decirle que eras mejor que él.

Ahora no puedes desdecirte. Él tiene que asimilarlo y tú tienes que asimilar la nueva situación.

Vanja asintió, cabizbaja. No era la respuesta que esperaba. Como todos los que hablan

de sus problemas con un psicólogo, quería una solución. Esperaba oír las palabras mágicas que lo arreglaran todo. Pero a veces esas palabras no existen. Sebastian la miró con cariño y tuvo que reprimir el impulso de apoyarle una mano sobre el antebrazo, para consolarla.

Tenía que actuar con cautela. Habían tenido una conversación. Habían hablado sobre un tema personal. Aunque fuera un asunto relacionado con el trabajo, era un paso adelante.

Para conseguir algo más, tenía que seguir por la misma senda.

—Si quieres, puedo hablar con él cuando vuelva a Estocolmo —se ofreció.

—Gracias, no creo que haga falta. Pero me alegro de haber podido contárselo a alguien.

Sebastian tuvo que pensar rápidamente. Vanja acababa de abrirle una puerta a su intimidad, le había dado pie para que llegara más lejos y se adentrara en su vida privada.

Quizá estuviera avanzando demasiado deprisa, pero decidió correr el riesgo.

—Tal vez te sentirías mejor si pudieras hablar también de tu problema familiar.

Vanja se sobresaltó. Cruzó una mirada con él, en busca del menor signo de fingimiento

o doblez. Intentó reconocer en esos ojos la intención de encontrar un punto débil que explotar o una debilidad de la cual aprovecharse. Buscó en aquella mirada al antiguo Sebastian, pero no lo encontró.

—Mi padre está detenido —dijo por fin y, para su sorpresa, sintió un leve alivio,

solamente por poder compartir con alguien su inquietud.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No lo sé. Anna tampoco lo sabía.

Sebastian sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

¿Y si fuera por un delito económico?

Estaba convencido de que las autoridades reaccionarían de forma inmediata si cayera

en sus manos el material que Trolle Hermansson había reunido sobre Valdemar varios meses atrás. El propio Sebastian le había encargado esa misión a Trolle, cuando había decidido destruir la relación entre Valdemar y Vanja, costara lo que costase. Después, le había pedido a Ellinor que se deshiciera de toda la documentación, y ella le había asegurado que así lo había hecho. Pero, tratándose de Ellinor, la verdad siempre era relativa.

¿Cabía la posibilidad de que hubiera actuado por su cuenta?

¿Sería por eso que habían detenido a Valdemar?

¿Por qué motivo habría podido Ellinor hacer algo así?

Sencillamente, por ser como era. De repente, nada le parecía imposible. Sebastian recordó que en una ocasión Ellinor le había preguntado por Valdemar. ¿Sabría también algo de Vanja? Intentó hacer memoria. ¿Habría alguna referencia a Vanja en la documentación que Trolle recopiló?

No lo recordaba.

En el mejor de los casos, Ellinor habría enviado el material a la policía de forma anónima. Por correo. O quizá lo habría entregado sin revelar

su nombre.

Eso, en el mejor de los casos.

Pero era Ellinor. En el fondo, Sebastian sabía que no podía hacerse ilusiones.

Tratándose de ella, lo más probable era que no sólo se hubiera identificado al entregar el material, sino que se sintiera bastante orgullosa de lo que había conseguido o pensaba conseguir. De ser así, ¿podía volverse la acción de Ellinor contra él? ¿Se enteraría Vanja?

Probablemente, no. Vanja era policía y, por lo tanto, colega de los que llevaban la investigación. Pero no podían revelarle el nombre de la informante en un caso que afectaba a su padre, porque habrían cometido una grave infracción de todos los protocolos.

—Te has quedado callado…

La voz de Vanja devolvió a Sebastian a la realidad.

—Sí… Estaba pensando de qué manera puedo ayudarte. Tengo muchos contactos en

diferentes departamentos.

—Gracias, pero no quiero que nadie se implique. Tendremos que resolverlo nosotros solos.

Se volvió otra vez hacia la ventanilla, dándole la espalda, y se puso a contemplar el mar de nubes, semejante a un ondulante paisaje de montañas nevadas.

Por motivos personales.

Vanja había abandonado la investigación por motivos personales.

Ursula dio un volantazo hacia la izquierda y se adentró por el pequeño camino asfaltado, que según el GPS debía seguir mil doscientos metros más antes de girar otra vez a la izquierda. Probablemente su irritación era irracional, pero eso no significaba que fuera menos verdadera. Su

marido la había abandonado y su hija se había puesto completamente

del lado de su padre.

¿Ésos no eran motivos personales?

¿No tenía ella problemas graves que resolver?

Claro que sí. Y nadie la habría comprendido mejor que Torkel si lo hubiera sabido.

Pero la diferencia entre Ursula y Vanja era que ella no se lo contaba a nadie, porque quería trabajar. De hecho, no había nada que deseara con más ahínco. Pero no de la forma en que estaba trabajando en ese momento.

Torkel le había pedido que bajara de la montaña, donde estaba colaborando con un equipo local en el registro minucioso de todo el lugar del hallazgo. Habían cribado y analizado la mayor parte de la tierra de la fosa, pero no habían encontrado nada que pudiera hacer avanzar la investigación. Después había llegado a la excavadora y Ursula le había señalado el punto donde convenía empezar a trabajar. A continuación, le había indicado otros tres puntos más, pero tampoco había aparecido nada. Era forzoso reconocer que la fosa se había convertido en el lugar menos productivo para la investigación. Torkel tenía razón en dar prioridad a otros asuntos y asignarle a ella otras tareas, pero eso no impedía que se sintiera irritada. Las visitas a los desguaces para interrogar a sus empleados sobre accidentes de tráfico que habían ocurrido varios años atrás eran responsabilidad de Vanja.

Jennifer y Billy todavía estaban tratando de rastrear el viaje de Wellton a Suecia.

Torkel se ocupaba de los contactos con Europol e Interpol, que seguían buscando en sus

archivos familias u otros grupos compuestos por dos adultos y dos menores que hubieran desaparecido en el otoño de 2003. Hasta ese momento, le habían comunicado a Torkel tres

posibles casos, que sin embargo habían sido descartados tras la correspondiente investigación.

El propio Torkel era un problema para Ursula, que se veía obligada a reconocerlo como un motivo más de irritación. Torkel esperaba recibirla en su habitación y que todo

fuera como antes cuando salían a trabajar fuera de Estocolmo: noches de intimidad, en diferentes habitaciones de hotel de toda Suecia. Él la deseaba, y no sólo físicamente.

Quería algo más, pero en ese momento sus deseos eran molestos y exasperantes para Ursula. Lo más sencillo habría sido complacerlo una noche. Ir a su habitación, acostarse con él y volver a su cama antes del alba. Fingir que todo seguía igual. Hacerlo no le habría exigido ningún gran sacrificio.

Pero no podía.

Ni tampoco quería.

Aunque Torkel no sabía nada de su separación, la abrumaba la idea de complicarse aún

más la vida con un jefe y amante que esperaba formar con ella una familia en un futuro

próximo. Por eso se había propuesto mantener las distancias.

Cuando el GPS la informó de que había llegado a su destino, franqueó la valla metálica y se adentró en los terrenos del desguace, hasta detenerse delante de una construcción gris de una sola planta, con un cartel en lo alto que le sirvió para confirmar que se encontraba en la sede de Hammarén e Hijo, S. A. Apagó el motor, recogió la carpeta con el material que le había dado Torkel, se apeó del vehículo y miró a su alrededor.

Era la primera vez que visitaba un desguace y no sabía muy bien qué esperaba encontrar. Nunca se había parado a pensar en el destino de los coches una vez finalizada su vida útil, pero probablemente había imaginado que los desmontaban para aprovechar las partes útiles, que reciclaban parte de los materiales y que el resto acababa comprimido en un cubo de chatarra.

La imagen de un montón de coches amontonados unos sobre otros, formando largas filas de varios metros de altura, le parecía más propia de una película norteamericana.

Pero ahí estaban. La enorme extensión, rodeada de una alta valla de hierro rematada con

alambre de espino, estaba atestada de vehículos de todos los colores, marcas y modelos.

Fila tras fila de coches apilados, en montones de diez o doce metros de altura. Los de más abajo parecían aplastados por el peso que soportaban. Solamente en las filas más próximas, Ursula contó rápidamente más de un centenar de coches. Y había muchas más.

Miles de vehículos habían encontrado su última morada en los terrenos de Hammarén e Hijo.

El ruido de una puerta que se abría y se cerraba interrumpió sus pensamientos. Cuando

se volvió hacia el edificio de paredes grises, vio que un hombre de unos cincuenta y cinco años venía a su encuentro. El mono amarillo anaranjado parecía a punto de reventarle sobre la barriga cervecera. Debajo de la gorra manchada de aceite, con el nombre de la empresa, sobresalían unos cuantos mechones grises. En la cara, redonda, destacaban unos

ojos azules muy juntos, una nariz ancha y un bigote salpicado de canas, sobre unos labios carnosos y enrojecidos. Cuando el hombre le sonrió, dando los últimos pasos hacia ella, Ursula observó que iba masticando tabaco.

—Buenos días. ¿Qué se le ofrece?

Ursula se presentó y le enseñó la placa. El hombre que seguía sin decirle su nombre ni

siquiera se fijó en la identificación.

—¿Ursula? —preguntó—. ¿No se llamaba así la bruja mala de *La sirenita*, aquella que tenía cuerpo de pulpo?

—Puede ser —respondió Ursula asombrada. No se esperaba semejante inicio de

conversación e ignoraba por completo el nombre de los personajes de *La sirenita*.

—Sí, así se llamaba —prosiguió el hombre, asintiendo enérgicamente con la cabeza a

modo de confirmación—. Mis hijos tenían la edad justa cuando salió la película. La vimos hasta que se nos rompió la cinta. Era la época del VHS.

Ursula consideró por un momento si debía hacerle notar que pocas mujeres —fuera cual fuera su nombre— apreciarían el hecho de ser comparadas con un monstruo con cuerpo de cefalópodo, o si era mejor que pasara directamente al motivo de su visita.

Mientras trataba de decidirlo, el hombre que tenía delante se quitó uno de los guantes de trabajo que llevaba puestos y le tendió la mano para saludarla. Ella se la estrechó.

—Me llamo Arvid Hammarén. Encantado de conocerla. ¿En qué puedo ayudar al

brazo armado de la ley? —preguntó mientras se echaba la gorra un poco hacia atrás, descubriéndose la frente.

Ursula tampoco se esperaba esa reacción. Creía que ya nadie utilizaba esa expresión para referirse a la policía, pero era evidente que Hammarén —¿o sería «e Hijo»?— aún la

tenía en su repertorio. De hecho, Arvid le había hablado con total seriedad y la estaba mirando con sincera atención.

—Estamos investigando un accidente de tráfico que se produjo cerca de Storlien, en el

otoño de 2003. Más concretamente, el 31 de octubre.

—Ah.

—Un solo vehículo implicado. El coche se incendió y su única ocupante murió.

Ursula abrió la carpeta que llevaba y sacó una de las fotos que había tomado la policía

de Åre en el lugar de los hechos. Se la mostró a Arvid.

—Sí, ya veo. Nosotros nos hicimos cargo. El coche era de alquiler, si no recuerdo mal.

—Así es.

—No quisieron recuperarlo —añadió Arvid mientras le devolvía la fotografía a Ursula

—. Cuando la policía terminó su trabajo, lo trajimos aquí.

Ursula volvió la vista hacia las filas de coches apilados y se dijo que quizá quedaba alguna esperanza de que aún se conservara el vehículo, una posibilidad que antes de ver el desguace ni siquiera se habría atrevido a considerar.

—¿Es posible que aún siga aquí?

—Sí, es posible —respondió Arvid mientras se quitaba la gorra y se rascaba la cabeza

—. La pregunta es dónde.

—¿Puede averiguarlo?

—Sí, creo que sí.

Arvid volvió a ponerse la gorra, se giró y se dirigió hacia la oficina gris. Ursula se quedó esperando fuera, tratando de no pensar en el grado de contaminación que debía alcanzar el suelo a su alrededor. Con todos los coches amontonados al aire libre, expuestos a la lluvia y la nieve, la tierra debía de absorber anualmente cantidades ingentes de plomo, mercurio, clorofluorocarbonos y aceite. Si algún día Hammarén e Hijo decidían cerrar el

negocio y marcharse, dejarían tras de sí un auténtico Chernóbil. Una vez más, el ruido de la puerta la sacó de sus pensamientos.

—¡Lo he encontrado! —gritó Arvid Hammarén, con tan evidente satisfacción que

Ursula no pudo reprimir una sonrisa.

Cinco minutos después, estaban los dos delante de los restos de un Toyota gris. Era el

segundo empezando por abajo, en una pila de seis vehículos, y descansaba sobre lo que en otra época había sido un Volvo 242 de carrocería azul celeste. Ursula se adelantó para ver de cerca el trozo de chatarra aplastado, quemado y oxidado.

—Al principio, recuperamos algunas piezas —le explicó Arvid, a sus espaldas—, pero

ahora hace mucho tiempo que no lo tocamos.

—¿Quedaba alguna pieza recuperable? —preguntó Ursula sorprendida.

—Sí. Asombrosamente, el motor estaba intacto. Por lo visto, el fuego había afectado

sobre todo el interior del habitáculo.

Ursula miró a través del deteriorado marco de una de las ventanas y comprobó que Arvid tenía razón. A pesar de que el coche llevaba varios años al aire libre, sin ninguna protección contra el viento o la intemperie, todavía resultaba evidente que su interior se había quemado por completo. Ursula rodeó el vehículo, lo observó tanto como se lo permitió el reducido espacio a su alrededor y a continuación consultó las fotografías de la carpeta. Antes, cuando Torkel se las había entregado, tan sólo les había echado un vistazo rápido; pero ahora, estudiándolas con detenimiento, lo vio con claridad. El fuego había

empezado en el interior del habitáculo y se había extendido a partir de ahí, de manera relativamente contenida. La pintura del capó estaba calcinada solamente hasta un metro de distancia del parabrisas. El resto estaba intacto. El maletero tampoco parecía afectado, lo que no habría sido posible si hubiera estallado el depósito de gasolina, o si se hubiera derramado su contenido.

Ursula fue hacia la parte trasera del vehículo y se agachó, seguida de Arvid, que no perdía detalle de sus movimientos. Se apoyó en el maletero del Volvo azul claro y se inclinó para observar lo mejor que pudo la cara inferior del Toyota. Aunque no consiguió abarcarla en toda su extensión, vio lo suficiente. Se apartó y se incorporó de nuevo.

—El depósito de gasolina está destrozado —afirmó, más que nada para sí misma, mientras regresaba al lugar donde había dejado la carpeta con las fotos.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Arvid con creciente interés, sin dejar de seguirla.

Ursula no le respondió de inmediato. Se puso a contemplar una tras otra las fotografías

del lugar del accidente. Por la posición del vehículo, observó casi de inmediato que si el depósito se hubiera roto al chocar por ejemplo con una piedra mientras el coche se despeñaba, la gasolina se habría derramado hacia el fondo del barranco. Era inconcebible que el fuego se hubiera iniciado como consecuencia del accidente. Todo parecía indicar que alguien había querido impedir la identificación de la mujer que se encontraba en el interior del coche.

Repasó una vez más las fotografías y a pesar de todo sintió cierta satisfacción por haber sido ella y no Vanja quien había encontrado los restos del coche accidentado. Puesto que el vehículo aún seguía ahí, era posible llevar a cabo una investigación de la escena del crimen, aunque fuera con retraso. Examinó con atención las fotografías que tenía delante.

En todas, el maletero estaba abierto. Quizá se hubiera abierto por la fuerza de la colisión, pero Ursula se inclinaba a pensar que alguien había bajado al barranco después de que el coche se hubiera despeñado. Decidió comprobarlo, ya que estaba ahí. Volvió a situarse detrás del Toyota, seguida de Arvid, sumamente interesado en todos los movimientos de

Ursula.

—¿Ha encontrado algo ya? —le preguntó Hammarén con cautela.

—Sí —respondió Ursula observando la puerta del maletero, que seguía abierta tanto como lo permitía el coche que tenía encima.

Después de todo el tiempo que el vehículo había pasado a la intemperie, era difícil verlo con claridad, pero Ursula creyó distinguir unos arañazos alrededor de la cerradura que no se podían explicar por la posición que ocupaba el coche desde el accidente.

Probablemente, alguien había forzado el maletero. Ursula repasó mentalmente el informe

verbal que le había transmitido Torkel y se volvió hacia Arvid.

—¿Conoce a un tal Harald Olofsson?

—El Buitre, sí.

Ursula supuso que no lo llamarían así por su afición a sobrevolar las montañas, pero

aun así, lo preguntó.

—¿A qué viene el apodo?

Notó que Arvid parecía incómodo, como si ya se hubiera excedido en su respuesta.

—No quiero hablar mal de nadie.

—Cuéntemelo, por favor —lo animó Ursula.

—Nunca lo han condenado por ningún delito —dijo el hombre, casi como

disculpándose—. Por eso no quiero acusarlo, pero se rumorea que tiene los dedos ágiles.

—¿Roba? —preguntó Ursula.

—Bueno… —Arvid pareció buscar una descripción más amable de sus actividades,

pero al no encontrar ninguna, se encogió de hombros y asintió—. Sí, roba un poco. Y

también vende objetos robados.

Ursula percibió de pronto el hormigueo en el estómago que siempre sentía cuando hacía algún descubrimiento que podía acercarla a la resolución de un caso. Ahora solamente tenía que averiguar qué había encontrado Harald Olofsson en el maletero del coche quemado.

—Voy a hacer una pausa.

Jennifer levantó la vista de la pantalla del ordenador. Al otro lado de la mesa, Billy empujó la silla hacia atrás y cerró el portátil.

—De acuerdo —dijo ella mientras lo veía salir a paso rápido del comedor del albergue.

A Jennifer tampoco le habría importado tomarse un respiro. No sabía si era más aburrido tratar de contactar con la persona adecuada en una compañía aérea y convencerla para que les enviara las listas de pasajeros, o pasar horas enteras repasando las monótonas listas que al final les enviaban. Antes de que Torkel le propusiera acompañar a la Unidad de Homicidios a Jämtland, Jennifer había supuesto que el equipo dispondría de asistentes para ocuparse de ese tipo de tareas. Pero no había nadie más. Sólo estaban Billy y ella. Y, en ese momento, estaba ella y nadie más.

Echó un vistazo al reloj. Faltaban dos horas para la cena. Habría sido el momento perfecto para una pequeña pausa; pero, si interrumpía el trabajo, no quedaría nadie en el comedor tratando de averiguar cómo había llegado Patricia Wellton a Suecia. ¿Y qué pensaría Torkel si pasaba casualmente por allí?

Billy entró en su habitación y colocó el ordenador sobre la mesa, junto a la ventana.

Tenía un poco de mala conciencia por dejar tanto tiempo sola a Jennifer. Lo había hecho

antes, cuando había llevado a Vanja y Sebastian a Östersund, y ahora otra vez. Pero no podía concentrarse. No dejaba de pensar en lo sucedido.

Vanja había decidido abandonar la investigación.

Por un asunto familiar.

Billy suponía que debía tratarse de algo muy grave, porque de lo contrario Vanja jamás

habría dejado el trabajo para volver a casa. No había querido contar cuál era el problema, y Billy la comprendía perfectamente. Fuera lo que fuese, suponía que primero querría considerar la situación, averiguar todo lo que pudiera y asimilar lo sucedido, antes de decidir si quería revelárselo a sus colegas. Todo eso era comprensible para Billy.

Lo que no acababa de entender era el comportamiento de Sebastian. Cuando Vanja había anunciado que se iba, Sebastian había decidido precipitadamente que se marchaba con ella.

¿Por qué?

Era evidente que a Torkel no le había asombrado demasiado su reacción, ya que Sebastian tenía muy poco que aportar a la investigación tal como se estaba desarrollando.

Eso era verdad. Pero, entonces, ¿por qué no se había marchado antes? ¿Por qué fingía que su partida no tenía nada que ver con la de Vanja? Y más importante aún, ¿por qué tenía que ver?

¿Cuál era la razón?

¿Por qué de pronto Sebastian Bergman, un hombre que no prestaba la menor atención

a la opinión de los demás, mostraba tanto interés por una colega? Cualquiera habría deducido que pretendía llevársela a la cama, pero incluso alguien tan egocéntrico como Sebastian Bergman tenía que haber comprendido que con Vanja no tenía ninguna

oportunidad.

¿Por qué, entonces?

Puede que a Torkel no le pareciera sorprendente su marcha, pero él no sabía lo que Billy había averiguado: la relación entre Vanja y Sebastian. Anna Eriksson, la madre de Vanja, figuraba en la lista de posibles víctimas que había elaborado Edward Hinde.

¿Por qué?

Billy no dejaba de repetirse la misma pregunta y, después de los acontecimientos de la

tarde, sentía que ya no podía pasarla por alto. Sentía que debía dedicarle cierto tiempo para tratar de encontrar una respuesta.

Se sentó a la mesa, abrió el portátil y fijó la vista en la pantalla mientras intentaba estructurar sus pensamientos.

¿Qué sabía?

¿Por dónde debía empezar?

Por el principio, claro.

Todas las mujeres presentes en la lista de Hinde habían mantenido relaciones sexuales

con Sebastian. Por lo tanto, Sebastian y la madre de Vanja habían sido amantes.

¿Cuándo?

Mientras estaban en Västerås, Sebastian le había dado a Billy un sobre, con una dirección que en otra época había sido la de Anna Eriksson: Vasaloppsvägen, 17, en Hägersten. Era el único punto de partida de que disponía Billy. La carta se había devuelto a su remitente: Esther Bergman. Sebastian se había desplazado a Västerås para vaciar la casa

de sus padres y ponerla a la venta, tras la muerte de su madre. ¿De cuándo era la carta? De finales de los años setenta. De diciembre de 1979, si Billy no recordaba mal.

Quizá Anna Eriksson le hubiera escrito en aquella fecha a Esther Bergman por algo referente a la relación que mantenía con su hijo. ¿Por qué había esperado Sebastian más de treinta años para tratar de localizarla? Si en todo ese tiempo no habían tenido ningún contacto, era normal que Sebastian no supiera que Vanja era hija de Anna y que no le pidiera a ella la dirección.

Billy suspiró. En lugar de aportarle respuestas, sus razonamientos le planteaban más preguntas.

¿Por qué quería Sebastian recuperar el contacto?

Hasta donde Billy sabía, Sebastian no necesitaba llamar a sus antiguas conquistas para

tener compañía femenina, sino más bien al contrario. Por lo que Billy había podido observar, Sebastian evitaba a toda costa repetir los encuentros con sus parejas sexuales.

Entonces ¿por qué quería retomar el contacto con Anna Eriksson más de treinta años después?

¿Por qué le había escrito una carta la madre de Sebastian?

Billy había visto solamente el sobre y no el contenido. Pero no conseguía imaginar ninguna razón por la que la madre de Sebastian quisiera mantener correspondencia con una de las antiguas amantes de su hijo, a menos que se hubieran hecho muy amigas. Sin

embargo, le parecía inverosímil que Sebastian le hubiera presentado a una de sus novias a sus padres y que hubiera surgido una buena amistad. El propio Sebastian le había confiado que no se hablaba con sus padres desde los diecinueve años, cuando había interrumpido todo contacto con ellos. Sin embargo, la carta era posterior. Era posible, por lo tanto, que la carta de Esther fuera una respuesta. En ese caso, Anna había sido la primera en escribir a la madre de Sebastian.

Pero ¿por qué?

¿Por qué no le había escrito directamente a Sebastian?

Billy tecleó el nombre de Sebastian en Google y abrió el primer enlace

que apareció.

Wikipedia. Jacob Sebastian Bergman, nacido en 1958. Una breve introducción y, a continuación, una cronología. En noviembre de 1979, se había ido a la Universidad de Carolina del Norte, con una beca Fulbright. En 1983 había regresado a Suecia.

Billy se recostó en el respaldo de la silla. Repasó desde el principio la cadena de indicios, tratando de descubrir un punto débil, pero no lo encontró.

En 1979, o quizá antes, Sebastian mantiene una relación con Anna Eriksson. Poco después, la mujer intenta ponerse en contacto con Sebastian, pero no lo consigue, porque para entonces él se ha ido a Estados Unidos. Le escribe a la madre, Esther. La madre de

Sebastian le contesta, pero el servicio de correo le devuelve la carta. La guarda y Sebastian la encuentra al cabo de muchos años. Por su contenido, Sebastian decide que debe localizar a Anna Eriksson.

¿Por qué?

¿Qué decía la carta?

Tenía que ser algo importante para que Sebastian se tomara el trabajo de buscar a Anna Eriksson treinta años más tarde. ¿La habría localizado? Billy no recordaba que Vanja o Sebastian hubieran mencionado alguna vez ese encuentro.

¿Por qué?

¿Qué le escribe una mujer a un hombre con el que ha mantenido una relación?

¿Le dice que se siente desgraciada y le pide que vuelva?

¿Le dice que se siente muy feliz y espera que se arrepienta de haberla dejado?

¿Habría respondido la madre de Sebastian a ese tipo de cartas? ¿Habría contestado a

cualquier carta que le enviara una exnovia de su hijo? ¿Por qué no se la remitió a Sebastian, a su dirección de Estados Unidos? Por otro lado, si hacía tiempo que no tenía ningún contacto con él, era posible que ella tampoco supiera su dirección.

¿Habría escrito Anna Eriksson para decir que padecía una enfermedad de transmisión

sexual?

¿Para anunciar que estaba embarazada?

Billy se detuvo y se quedó mirando fijamente sus anotaciones. ¿Qué sabía con certeza,

aparte de sus teorías sobre la carta?

Que Sebastian se había ofrecido para cambiarse por Vanja cuando Hinde la tenía secuestrada.

Que había hecho todo cuanto estaba a su alcance para volver a trabajar en la Unidad de

Homicidios.

Que había decidido acompañar a Vanja a Estocolmo en cuanto se había enterado de que tenía un problema.

Y sabía una cosa más. Sabía que Vanja había nacido en julio de 1980.

Se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta. Sin darle tiempo a reaccionar, la puerta

se abrió y apareció Jennifer, con una amplia sonrisa que le iluminaba la cara.

—He encontrado a Patricia Wellton.

Lennart entró en el bingo de Sankt Eriksgatan, que acababa de ser objeto de una profunda reforma. Habían desaparecido los tubos fluorescentes y las mesas de pino cubiertas de quemaduras de cigarrillo que antes dominaban el local. Las paredes estaban recién pintadas y sobre el suelo se extendía una moqueta nueva de diseño agradable y de colores a juego con los modernos muebles de líneas redondeadas de la cafetería. La iluminación

consistía ahora en multitud de pequeños focos, que ponían de relieve el contraste entre las mesas blancas y el tono verde oscuro de las paredes. Más que una sala de juegos de azar

habría parecido un restaurante o un club nocturno de no haber sido por las máquinas tragaperras que se alineaban en largas filas en medio del local. Con las multicolores pantallas iluminadas y los jugadores de expresión reconcentrada sentados delante, en cómodas butacas, el ambiente podía recordar a primera vista a un centro de

telecomunicaciones o tal vez a la sala de control de una serie de ciencia ficción. Pero con personas muy mayores en los mandos. Porque, si bien el local había experimentado una renovación, la clientela seguía siendo la misma de siempre. En ese aspecto no había ninguna novedad. Los clientes parecían incluso más viejos y todavía más encorvados, grises y acartonados que antes. Probablemente, Lennart era la persona más joven de la sala. El único que podía competir con él en ese sentido era el hombre de voz chillona, vestido con polo de punto, que desde el estrado iluminado iba cantando los números a medida que salían las bolas de la máquina. Era poco habitual para él la sensación de ser el más joven. En los cafés y restaurantes de Estocolmo solía sentirse viejo en comparación

con los otros clientes, pero en el bingo le pasaba lo contrario. Allí tenía la sensación de ser cada vez más joven. Sospechaba que precisamente por esa razón a Anitha le gustaba ese

lugar. Porque allí podía sentirse joven otra vez.

Lennart fue a sentarse al fondo del local, que no se veía desde la calle, porque quedaba oculto detrás de un gran panel publicitario que pregonaba el mágico poder del bingo para pasar el tiempo de una manera divertida y con la posibilidad de ganar grandes sumas de

dinero. Miró su cartón y comprobó que si hubiera insertado dinero para que se encendiera la pantalla que tenía delante, habría podido tachar uno de los números que acababan de

cantar.

El veinticuatro.

Dos, cuatro.

Por un momento, consideró la idea de jugar un rato, pero entonces la vio entrar. Vestía

como siempre, falda marrón y jersey de punto demasiado grande. Probablemente para disimular el sobrepeso, supuso Lennart. Llevaba el pelo castaño recogido en un moño e iba bien maquillada, aunque quizá con colores excesivamente fuertes. Intentaba arreglarse con estilo, pero no acababa de conseguirlo. Así era Anitha Lund, descrita en pocas palabras, pensó Lennart. Ambicionaba mucho, pero no sabía cómo lograr sus objetivos.

En otra época había llegado a ser una especie de encargada de recursos humanos de la

Dirección Nacional de la Policía, pero había acabado peleada con todo el mundo. La habían trasladado varias veces, hasta llegar a su actual puesto de directora de formación permanente, un cargo que sonaba bien, pero que en la práctica no tenía ninguna relevancia. Consistía simplemente en recibir solicitudes y remitirlas a las personas que finalmente tomaban las decisiones. Lennart entendía hasta cierto punto su carácter agrio, ya que nada en la vida le había salido tal como ella esperaba. Era la arquetípica amargada, la persona que descarga su resentimiento contra todos los que han tenido más suerte que

ella, la que culpa a los demás de todos los males y ve siempre todos los defectos menos los suyos propios.

Así solían ser la mayoría de los que filtraban información a la prensa. En los comienzos de su carrera periodística, Lennart creía que la gente revelaba las anomalías o injusticias que pudiera haber en el seno de su organización por motivos eminentemente morales. Por desgracia, no era así. La mayoría de sus confidentes actuaban movidos por razones mucho más sencillas: dinero, agravios personales o deseo de venganza. No era justo, pero era la verdad.

Anitha lo vio y Lennart le sonrió cuando ella se sentó a su lado.

—Hola, Anitha.

—Hola.

—¿Puedo preguntarte si también vienes aquí en tu tiempo libre?

Anitha depositó su bolso, de color marrón claro, sobre la mesa, en el reducido espacio

delante de la pantalla, y miró a Lennart.

—A veces. Después de todo, esto se parece un poco a mi trabajo. Me llaman y yo pongo una marca en un papel. Vuelven a llamarme y pongo otra marca. La única diferencia es que aquí puedo obtener alguna ganancia de vez en cuando.

Echó un vistazo a la pantalla apagada que tenía delante, como si pensara jugar.

—Sí, supongo que debería probarlo alguna vez —dijo Lennart, tratando de mantener

el tono distendido. Ella, sin embargo, fue al grano.

—¿Qué es eso tan puñeteramente importante que tienes entre manos?

—Una desaparición tras la denegación de una demanda de asilo se ha clasificado como

confidencial. Dos afganos desaparecidos. Nadie sabe dónde están y no parece que a nadie

le importe.

—A la SÄPO parece que sí le ha importado…

Lennart se volvió hacia ella.

—¿A la Policía de Seguridad? —Ya se le había ocurrido la idea, pero había otras instancias que también podían decretar el secreto de una investigación—. ¿Por qué crees

que han sido ellos?

—¿Quién más podría ser? Si eran afganos, debían de ser musulmanes. Ya sabes que la

SÄPO actúa cuando hay una amenaza para la seguridad nacional.

—No necesito que me cuentes a qué se dedica la SÄPO —replicó Lennart con una sonrisa.

—No, pero me necesitas a mí, ¿verdad? —dijo Anitha, con repentina dureza en la voz

—. Entonces, préstame atención y escucha lo que digo. ¿O no me necesitas?

Se echó hacia atrás en la butaca, para subrayar que tenía el poder.

¡Mierda! ¡Qué complicada era!

—Te prestaré atención y escucharé todo lo que digas —contestó Lennart—.

Perdóname —añadió, por si el tono de disculpa no hubiera sido suficientemente manifiesto.

Anitha volvió a inclinarse hacia delante. Parecía más calmada, pero Lennart sabía que

en cualquier momento podía volver a encresparse.

—¿No tienes nada más concreto? —le preguntó ella con un poco más de suavidad.

Lennart hizo un gesto afirmativo y le puso delante un folio donde había resumido todo

lo que sabía. Ella lo recogió y leyó rápidamente las pocas líneas del texto. Mientras tanto, Lennart miraba al hombre del polo de punto.

El cuarenta y siete.

Cuatro, siete.

El treinta y seis.

Tres, seis.

—¿No vas a cantar bingo? —intentó bromear Anitha mientras dejaba el folio sobre la

mesa.

—Eso depende de ti —respondió Lennart, siguiéndole la broma.

Pero ella no sonrió.

—No sé. No le veo mucho interés. Ya tenemos suficientes inmigrantes, ¿no crees? A

mí me da igual que desaparezcan unos cuantos.

Le devolvió la hoja a Lennart y desvió la mirada.

El diecisiete.

Uno, siete.

—Es un poco raro que hayan clasificado como confidencial una investigación

relacionada con una demanda de asilo. En eso te doy la razón —dijo, tras permanecer un

momento callada—. Pero no es suficiente.

—¿No es suficiente para qué?

—Para que yo me moleste.

—¿Hay alguna manera de conseguir que te intereses? —preguntó Lennart, sintiendo que su esperanza se marchitaba y moría.

—No creo. Ya sabes cómo son las cosas: yo corro el riesgo y tú te llevas todos los honores si descubro algo.

Lennart suspiró. Las cosas no estaban saliendo bien.

El cincuenta y dos.

Cinco, dos.

Una mujer de cabellera gris con permanente y blusa azul cantó bingo dos filas más atrás.

—Ya sé que el dinero que puedo ofrecerte a cambio de tu esfuerzo no es mucho —

declaró Lennart, en un último intento—. Pero quizá pueda darte alguna otra cosa.

—Lo dudo mucho.

Al decirlo, sonrió por primera vez desde que se habían encontrado. Lennart sabía por

qué. Anitha disfrutaba con el poder. Le encantaba sentir que los demás la necesitaban.

—Ni siquiera me has invitado a un café —indicó ella mientras se levantaba—. Vas a

tener que desarrollar un poco más tus dotes de persuasión, señor Investigación criminal .

Anitha cogió el bolso y se levantó.

—Quizá tengas más suerte con el bingo. Hasta pronto.

Irritado, Lennart se dirigió hacia la estación de metro de Fridhemsplan. Si no podía contar con Anitha, se vería obligado a moverse por los canales oficiales. Tendría que amenazar, argumentar e invocar la libertad de información, pero de ese modo llamaría mucho la atención y no le convenía. Si había algo irregular en la desaparición de Hamid y Said, la noticia de su investigación se extendería como un reguero de pólvora dentro de la policía y llegaría a oídos de los implicados. Les daría tiempo para preparar su defensa.

Lennart sabía por experiencia que era preferible empezar a presionar cuando uno ya disponía de pruebas firmes, para poder sacarlas a relucir en cuanto comenzaban las evasivas. Necesitaba pruebas incontrovertibles, que nadie pudiera rebatir, e información que señalara a los culpables y volviera superfluas las excusas. Así se montaba un buen programa de investigación.

Hasta ese momento, lo único que tenía era una solicitud de asilo clasificada como secreta y varios sucesos extraños que habían ocurrido varios años atrás. No era suficiente.

Iba a tener que sonsacarle algo más a Shibeka y, sobre todo, a la mujer de Said. Quizá encontrara algo más si seguía insistiendo. Ahí depositaba todas sus esperanzas. No era mucho, pero era lo que tenía.

Shibeka estaba sentada a la mesa de la cocina, leyendo el manual de instrucciones de

su nuevo teléfono móvil. Páginas y páginas cargadas de información sobre la manera de

guardar números de teléfono, sincronizar contactos, descargar juegos e insertar la tarjeta SIM. En realidad, solamente necesitaba usar un pequeño porcentaje de todas las funciones disponibles. Quería estar localizable y hacer un par de llamadas a sus hijos y a Lennart, el hombre de la televisión. Podía dar su número en el trabajo y a las

amigas de la escuela, pero nada más. A nadie de su entorno inmediato le parecía correcto que una mujer sola tuviera teléfono móvil, y ella lo sabía. Por eso nunca lo había tenido, aunque muchas veces lo había echado de menos. Ya desafiaba demasiados límites, sin necesidad de ir provocando innecesariamente. Aun así, siguió leyendo el grueso manual escrito en doce idiomas. Le resultaba emocionante pensar en todas las posibilidades, aunque supiera que

nunca iba a aprovecharlas.

Sonó el teléfono en el vestíbulo. Era Lennart. Parecía más cansado que antes.

—Hola, Shibeka. ¿Todo bien?

—Sí, gracias.

—He pensado ir a verla si no le parece mal.

Shibeka se quedó paralizada de pánico.

—¿Aquí? ¿En mi casa?

—Sí, es lo que he pensado. Necesito hablar con usted y tal vez con sus hijos, si es posible. Y también me gustaría ponerme en contacto con la mujer de Said.

Shibeka sintió un frío glacial en el estómago. No se lo esperaba.

—No puede ser —respondió, con el automatismo de un reflejo.

—¿Qué es lo que no puede ser?

Lennart parecía desconcertado.

—No sé cómo explicárselo. No me parece correcto —intentó ella débilmente.

—¿Correcto?

Shibeka vaciló un momento. ¿Cómo podía decírselo? ¿Qué hacer para que la

entendiera? El hombre era sueco. Los suecos podían ir a casa de cualquiera siempre que

quisieran.

—No está bien que me quede a solas con usted —dijo finalmente.

Oyó que el periodista lanzaba un suspiro de contrariedad y se dio cuenta de que no había contribuido a mejorar su jornada. Pero había unas reglas, aunque a él le parecieran extrañas.

—De acuerdo, lo comprendo —respondió Lennart, para tranquilidad de Shibeka—.

¿Le parece mejor que nos encontremos en una cafetería?

—Sí, mucho mejor.

—Pero en algún momento tendré que hablar con sus hijos y con la esposa de Said. De

lo contrario, no podremos hacer nada.

Shibeka no supo qué responder. No había previsto las consecuencias de su acción.

Había creído que reunirse una sola vez con él sería suficiente, que no haría falta nada más.

El hombre de la tele se pondría a investigar la desaparición de su marido y encontraría las respuestas como por arte de magia. Ahora comprendía que el recorrido no había hecho más que comenzar.

—Tengo que pensarlo. No creía que fuera necesario. No es lo que yo quería.

—Pero no tenemos elección. Si no hablo con ellos, no puedo seguir adelante.

Seguramente, el hombre de la televisión tenía razón. De repente, Shibeka se sintió cansada y abatida. Se había desvanecido la alegría de haber hecho realidad su sueño, de saber que alguien por fin la había escuchado. Había llegado el momento de ofrecer algo a cambio.

—Mañana hablaremos —dijo por fin—. Yo lo llamaré. Me he comprado un teléfono

móvil.

—¡Perfecto! ¿Me dice el número?

—Todavía no lo he encendido.

—No es necesario encenderlo para saber el número —le indicó Lennart, como si se lo

estuviera explicando a un niño—. Viene en un papel.

—Ya lo sé, pero hay demasiados papeles…

Shibeka oyó que el hombre volvía a suspirar al otro lado de la línea.

—Muy bien. Llámeme cuando pueda, para tener su número. Usted tiene el mío,

¿verdad?

—Sí. Está en la carta que recibí. Yo lo llamaré.

—De acuerdo. Llámeme. —Por la voz, parecía más cansado que ella—. Pero llámeme

mañana como muy tarde.

Ya no dijo nada más. Shibeka se quedó quieta un momento, con el teléfono en la mano, en silencio.

Después volvió a la cocina. Se sentó a la mesa y contempló el móvil nuevo y la caja

azul, que unos minutos antes había sido el símbolo de todas sus posibilidades y ahora ya no tenía ningún valor.

¿Qué había esperado que pasara? Era evidente que antes o después iba a producirse un

choque. De hecho, era lo que necesitaba si quería encontrar respuestas a las preguntas que desde hacía tanto tiempo la atormentaban. Iba a tener que defender su voluntad de averiguar la verdad aunque fuera dolorosa, con independencia de lo que opinara la gente a su alrededor. No le importaba lo que pensaran de ella los demás. Después de todo, había

muchos que ya la consideraban demasiado… sueca. Pero le preocupaban sus hijos. Ellos

admiraban a muchos de los mayores y los consideraban un vínculo con su país y con su

padre. Shibeka no quería que su conducta destruyera esas relaciones.

¿Qué podía hacer?

Intentó imaginar qué le habría aconsejado Hamid. Su marido siempre era muy sensato

y muchas veces le resolvía las dudas. Echaba de menos sus palabras y sus reflexiones.

Sentía que lo necesitaba.

Llamaron al timbre y, un segundo después, oyó la llave en la cerradura. Sabía que era

Mehran. Siempre hacía lo mismo: llamaba al timbre y después abría con su llave. Eyer se

empeñaba en seguir llamando al timbre hasta que ella le abría, pero Mehran no. Era como

si dijera: «Hola, aquí estoy, pero no hace falta que salgas, porque yo me las arreglo solo».

Se fue hacia la puerta y lo miró: alto, delgado y feliz de estar de vuelta en casa. Dejó la mochila en el vestíbulo y se quitó los zapatos.

—¿Ha estado bien la jornada de deportes?

—Más o menos. Levan y yo nos perdimos.

—¿Mucho tiempo?

—Una hora, más o menos. Pero me había dejado la comida en el sitio

donde nos cambiamos, así que pasé bastante hambre.

Le dio un beso a su madre en la mejilla y pasó delante de ella, para ir directamente a la cocina.

—¿Qué es eso? —preguntó cuando vio la caja del teléfono móvil sobre la mesa de la

cocina.

—Un teléfono —respondió Shibeka.

—¿Para quién?

—Para mí.

Mehran le lanzó una mirada que ella no consiguió descifrar del todo y después cogió el

teléfono de la mesa y lo miró. Era barato, de un modelo que se había quedado anticuado.

De inmediato perdió el interés y lo dejó donde estaba.

—Ten cuidado. Fíjate bien dónde lo usas —dijo antes de ir al cuarto de estar y encender el televisor.

Se puso a ver Nickelodeon, como siempre. Shibeka se lo quedó mirando. ¡Cuánto había crecido! Ya era casi un hombre. A veces le daba miedo que el tiempo transcurriera

tan rápido.

—¿Quieres un té? —le preguntó de lejos, levantando la voz.

—Sí, gracias. —Fue la respuesta que le llegó desde el cuarto de estar, mezclada con el

ruido de la televisión.

Shibeka llenó la tetera y, cuando se disponía a ponerla al fuego, se detuvo a mitad del

movimiento. ¿Qué estaba haciendo? Se estaba comportando como una mala persona, como alguien que tenía secretos y actuaba a espaldas de sus seres queridos.

No estaba bien.

Nada bien.

No podía seguir así. Se estaba adentrando por un camino peligroso. Las mentiras no harían más que crecer y, con ellas, aumentaría la distancia que la separaba de sus hijos.

Tomó una decisión. Hizo una inspiración profunda y se dirigió hacia Mehran, que seguía sentado en el sofá. Encontrar las palabras le resultó mucho más fácil de lo que esperaba.

—Estoy haciendo algo y te lo tengo que contar.

El chico la miró con curiosidad y ella se sorprendió una vez más de lo mayor que se

había hecho. Ya no era un niño. Bajó la mirada con respeto, se sentó al lado de Mehran y

lo cogió de la mano. Era preciso que su hijo estuviera al corriente de todo y ella estaba dispuesta a escuchar lo que quisiera responderle.

—Es algo relacionado con tu padre —dijo.

Notó que Mehran se sobresaltaba un poco. No le gustaba hablar de su padre. Durante

mucho tiempo esa renuencia había sido una preocupación para Shibeka, pero al final había comprendido que era su manera de llevar el duelo. Como un hombre.

Hamid.

El hombre que había desaparecido, pero estaba siempre presente.

Shibeka empezó a hablar y lo contó todo.

El televisor seguía encendido, pero ya nadie lo estaba escuchando.

Pocas cosas inquietaban a Harald Olofsson. Era capaz de superar la mayor parte de los obstáculos que se interponían en su camino con

una calma y una actitud metódica que muchos habrían considerado admirables. Pero él nunca se paraba a pensar al respecto. No

necesitaba esforzarse para no perder los nervios, ni para conservar el control. Era reflexivo y sereno por naturaleza. No era frecuente en él tener el pulso acelerado y la respiración agitada. Era una sensación incómoda y poco habitual.

No encontraba las mochilas.

Por su carácter tranquilo y sistemático, era sumamente meticuloso y ordenado en la distribución de sus pertenencias. Aunque su parcela pareciera el escenario de un bombardeo, él sabía exactamente dónde se encontraba cada cosa y de dónde procedía. El

orden era una necesidad en su negocio. Nada de lo que dejaba a la vista podía relacionarse con un propietario anterior, ni tampoco el contenido del cobertizo. Aunque estaba lleno hasta los topes y no parecía obedecer a ningún tipo de disposición predeterminada, también en ese espacio regía un orden minucioso. Los artículos más visibles, situados delante de los demás, eran tan poco comprometedores para Harald como los que tenía expuestos en el resto de la parcela. Cuanto más oculto estuviera un artículo en el cobertizo y cuanto más difícil fuera encontrarlo, mayores eran las probabilidades de que conservara pistas que pudieran conducir a su dueño anterior. Los objetos que bajo ninguna circunstancia podían ser hallados en poder de Harald se encontraban en la cámara del tesoro. Allí habían pasado una temporada las dos mochilas procedentes del coche accidentado, pero con el tiempo Harald las había trasladado. En algún momento, dejó de

incluirlas entre los objetos que era preciso esconder a toda costa, por lo que no debería de ser difícil encontrarlas.

Sin embargo, no las encontraba.

Y eso era un problema.

Había pasado mucho tiempo en el cobertizo, repasando más de una vez todo su contenido, hasta convencerse de que las mochilas no estaban allí. ¿Dónde estaban

entonces? ¿Se habría deshecho ya de ellas? En realidad, no contenían nada de valor, pero tampoco recordaba haberlas tirado o quemado. ¿Dónde estarían? Quizá no tuviera ninguna

importancia que no pudiera hallarlas. Si él no podía encontrarlas, tampoco lo conseguiría la policía en un eventual registro. Ni siquiera estaba seguro de que regresaran. Había respondido a todas sus preguntas, y los dos policías se habían marchado aparentemente satisfechos.

Salió del cobertizo y se volvió hacia el sol poniente, entrecerrando los ojos. *Zeppo* se levantó del lugar donde yacía y se acercó a su amo tanto como se lo permitió la cadena.

Harald anduvo los pocos pasos que lo separaban del perro, le dio unas palmadas en la cabeza y lo soltó. No lo había sacado desde la mañana y ya iba siendo hora de salir de nuevo. Un paseo por el bosque les sentaría bien a los dos. Harald entró en la casa a buscar la correa y le silbó a *Zeppo* cuando volvió a salir. Bajaron juntos hasta el camino de grava y lo recorrieron unos cientos de metros, antes de abandonarlo para adentrarse en el bosque. Al cabo de unos pasos, Harald comenzó a sentir los beneficios de la calma y el silencio a su alrededor. No se oía nada, aparte de los rumores propios del bosque. Hizo un par de inspiraciones profundas y los restos de inquietud que aún lo atormentaban se desvanecieron como por arte de magia. Se había puesto nervioso sin ningún motivo. Tenía

que olvidar el coche accidentado y las malditas mochilas. Sacudió los hombros, como para quitarse físicamente de encima el recuerdo, y dejó escapar un largo suspiro de alivio. No le habría asombrado ver el vaho de su propio aliento, puesto que empezaba a hacer bastante frío. El sol ya no calentaba tanto durante el día. Las lluvias del fin de semana probablemente serían las últimas. Las próximas precipitaciones serían de nieve.

Siguieron andando en el espeso bosque de pinos. De vez en cuando, *Zeppo* se paraba, olfateaba el suelo, seguía un rastro y volvía otra vez con su amo. No era raro que Harald lo perdiera de vista durante sus paseos. Iban juntos, pero prestando cada uno atención a sus cosas, y los dos parecían satisfechos. De repente, Harald se dio cuenta de que faltaba poco para el anochecer. Tenían que regresar.

— *¡Zeppo!*

El perro no vino. Volvió a llamarlo, pero *Zeppo* seguía sin aparecer. Harald se quedó quieto, escuchando, pero solamente oyó el susurro del viento entre las copas de los árboles. Lanzó una maldición entre dientes. A veces el perro encontraba un rastro y se olvidaba de todo lo demás. Se marchaba lejos, donde no podía verlo ni oírlo.

— *¡Zeppo!* —volvió a gritar, con más fuerza que la vez anterior.

Prestó atención, por si distinguía alguna respuesta: un ladrido o un movimiento entre

los arbustos que le anunciara el regreso del perro.

Cuando iba a gritar por tercera vez, de repente lo recordó.

Estaban en el desván.

Las mochilas estaban en el desván.

Recordó exactamente dónde las había guardado, aunque había olvidado por completo

la razón que lo había impulsado a trasladarlas. No era su forma habitual de proceder. De hecho, no formaba parte de sus normas. Si contra todo pronóstico alguien encontraba artículos robados en su cobertizo, Harald podía alegar —al menos teóricamente— que otra

persona los había dejado allí sin su conocimiento. En cambio, si los hallaban dentro de su casa, le habría resultado mucho más difícil defenderse. Y, por esa causa, ningún objeto robado traspasaba el umbral de su puerta, nunca. Pero era probable que las mochilas le hubieran parecido insustanciales. Nadie las había reclamado y, por lo visto, nadie sabía de su existencia. Pero si la Unidad de Homicidios mostraba interés por ellas, era evidente que tenía que sacarlas de su casa cuanto antes. En cuanto encontrara a *Zeppo*.

— *¡Zeppo!* —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Ven aquí, perro del demonio! —añadió, como para hacerle notar la gravedad de la situación.

No hubo ningún ruido, ni ningún movimiento. Harald siguió andando por el bosque unos diez minutos más, llamando al perro a voz en cuello, hasta que por fin oyó un susurro entre los arbustos y poco después vio aparecer a *Zeppo*, que venía meneando el rabo y relamiéndose satisfecho. Por el brillo de sus ojos, se veía que lo había pasado muy bien allí donde hubiera estado.

Cuando estuvieron de vuelta, Harald ató rápidamente a *Zeppo*, entró en su casa y subió al desván. Las dos mochilas ligeramente chamuscadas estaban justo donde su imagen mental le había señalado que estarían.

No le preocupaba el funcionamiento de su cerebro; solamente se alegraba de que hubiera vuelto a responderle como siempre. Ahora tenía que poner fin a todo el problema.

Arrojó las mochilas por la abertura que comunicaba el desván con el vestíbulo, apagó la

luz y bajó. Una de las mochilas se había abierto y parte de su contenido yacía en el suelo, dejando a la vista, entre otras cosas, el bolso de mano carbonizado. ¿Por qué lo había conservado? Daba igual. Pensaba hacerlo desaparecer con todo lo demás. En la cocina, abrió el armario de las escobas y sacó una lata de queroseno y unas cerillas. Después, salió al exterior. Todavía no era noche cerrada, pero el sol ya se había puesto. Harald consideró un momento si debía esperar al día siguiente. ¿Despertaría sospechas un fuego en la oscuridad? Enseguida se dijo que sus temores eran infundados. No había nadie en los alrededores que pudiera ver la hoguera. Pasó delante del cobertizo y fue por el camino hasta el fondo de la parcela, casi en el límite de su propiedad. *Zeppo* lo siguió, lleno de curiosidad, tanto como se lo permitió la cadena. En el lugar donde la grava y el fango del sendero morían en la hierba, dejó las mochilas en el suelo, desenroscó el tapón de la lata de queroseno y regó con el líquido el material plástico rojo y negro. Volvió a enroscar el tapón y encendió una cerilla.

De repente, le pareció que todo ocurría a la vez.

El fuego se encendió con una llamarada mientras *Zeppo* ladraba con todas sus fuerzas.

Al segundo siguiente, Harald se vio atrapado en el haz de luz de unos faros delanteros, que venían hacia él por el sendero. Miró en dirección al vehículo casi sin comprender, bajó la vista hacia las mochilas que ardían a sus pies y después volvió a mirar el coche, que ya había apagado el motor y también los faros. Harald parpadeó y distinguió una figura que

se le estaba aproximando.

—¿Harald Olofsson? —preguntó una voz de mujer, y enseguida apareció una figura empeñada en apagar el fuego.

Zeppo seguía ladrando, Harald retrocedió unos pasos.

¡Cuántas casualidades!

Si la mujer, que probablemente era policía, hubiera llegado quince minutos más tarde,

no habría encontrado más que un montón de cenizas, y entonces Harald habría podido salvarse.

Si Harald no hubiera recordado dónde estaban las mochilas, no lo habrían pillado con

las manos en la masa.

Si el perro hubiera tardado menos en volver, habría tenido tiempo de quemar

completamente las mochilas.

Muchas casualidades combinadas en su contra. Demasiadas.

Se dio cuenta de que no tenía escapatoria.

—¿Empezamos por el accidente?

Torkel miró a Harald Olofsson, sentado al otro lado de la mesa, con aspecto abatido.

Tenía las manos entrelazadas, la cabeza gacha y la mirada fija en el suelo. El hombre asintió con la cabeza.

—A partir de ahora, tendrá que contestar verbalmente —le dijo Torkel, indicando el teléfono móvil que yacía sobre la mesa, entre los dos—. Para la grabación —le explicó al ver que no había prestado atención a su gesto.

Harald volvió a asentir.

Cuando Ursula llamó para informar de lo sucedido y lo hallado, y dijo que pensaba llevarse consigo a Harald Olofsson para someterlo a un interrogatorio, decidieron entre todos que lo más sencillo y directo sería trasladarlo al albergue de montaña. Por eso estaban allí, Harald Olofsson a un lado de la sencilla mesa plegable de la habitación de Torkel, y Torkel y Ursula al otro lado. Ursula habría preferido analizar

de inmediato los restos de las mochilas, antes de enviarlos al laboratorio de la policía científica, pero Torkel había insistido en que estuviera presente durante el interrogatorio. En condiciones normales, Vanja y él se habrían ocupado del asunto, pero en ausencia de Vanja, Torkel quería contar con… ¿Con qué? Tras una breve reflexión, Torkel se dijo que quería contar

con la mejor policía después de Vanja. Jennifer era prometedora y tenía talento, pero acababa de entrar en el equipo y no quería exponerla a una situación que requería una interconexión casi instintiva con la otra persona, y Billy…, Billy era Billy. Funcionaba bien cuando trabajaba con Vanja, pero Torkel quería tener a Ursula a su lado, aunque ella no quisiera estar con él. Se daba cuenta de que tampoco esa noche iba a tener compañía en su habitación, pero por mucho que lo deseara, lo primero para él era la investigación.

—¿Puede decirnos qué sucedió aquella mañana? —preguntó Torkel en un tono de

distendida curiosidad, con el que esperaba transmitir a Harald Olofsson la sensación de que aquello no era un interrogatorio, sino una simple conversación.

Harald se encogió de hombros.

—Venía conduciendo… —dijo en un susurro, con la vista fija aún en el suelo.

—Disculpe —lo interrumpió Torkel—. ¿Podría hablar un poco más alto?

Harald levantó la vista.

—Venía conduciendo —repitió.

—¿De dónde? —preguntó Ursula.

Harald se volvió hacia ella.

—¿Qué?

—¿Dónde había estado antes?

—Conozco a una persona… al otro lado de la frontera con Noruega. A veces me quedo a dormir en su casa.

—¿Una persona?

—Sí.

—¿Una mujer?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Henny. Henny Petersen.

Torkel apuntó, además, su dirección y su teléfono. Pasara lo que pasara, se pondrían en

contacto con ella, aunque era poco probable que recordara si Harald Olofsson había dormido o no en su casa la noche del 30 al 31 de octubre de 2003.

—Iba por la carretera de vuelta a casa —prosiguió Harald, sin necesidad de que se lo

pidieran, cuando Torkel terminó de escribir—. Noté que había humo al fondo del barranco

y paré un momento. Entonces vi el coche.

—¿Qué hizo después? —preguntó Torkel.

Ya lo suponía, pero siempre era mejor dejar que el interrogado lo contara con sus propias palabras y que se extendiera tanto como fuera posible.

—Bajé para ver si había algún herido, pero vi que la persona que había dentro del coche estaba muerta.

—¿Qué hizo después? —inquirió Ursula, como un eco de Torkel.

Harald tragó saliva. La mirada de Ursula era más difícil de soportar que la de Torkel.

Escrutadora. Despiadada. Esa mujer había estado en su casa. Había encontrado las mochilas. Por lo tanto, la pregunta era retórica. Harald estaba seguro de que los dos

policías sabían perfectamente lo que había hecho él a continuación.

—Encontré el bolso de mano de la mujer, o más bien lo que quedaba del bolso. Estaba

junto a la puerta, y la luna había saltado en mil pedazos, de modo que lo cogí.

Ursula asintió sin cambiar de expresión, lo que no hizo más que confirmarle a Harald

que sus interrogadores ya sabían la mayor parte de lo que había ocurrido aquella mañana.

—¿Y después?

Harald dudó un momento. Para demorar un poco la respuesta, bebió un sorbo de agua

del vaso que Torkel había ido a buscar al baño.

—Después subí otra vez hasta mi coche, cogí una palanca y bajé para forzar el maletero del vehículo incendiado. Lo abrí y cogí todo lo que encontré —respondió mientras depositaba con mucho cuidado el vaso sobre la mesa, concentrándose en el movimiento, para no tener que mirar a los ojos a los policías.

Ursula lo escrutó y sintió crecer el desprecio en su interior. Había visto muchas cosas y ya no le sorprendía nada de lo que algunas personas eran capaces de hacer a sus semejantes, pero había algo en el hombre barbudo que tenía delante que la sacaba de sus

casillas. Ese tipo había encontrado un coche incendiado con el cadáver de una mujer dentro y solamente había pensado en su propio beneficio. En el botín. Un botín a pequeña escala, desde luego, pero un botín al fin y al cabo. Desde el punto de vista de Ursula, no había justificación posible para alguien que se aprovechaba y se beneficiaba de esa manera de la desgracia ajena. Ninguna excusa posible.

—¿Qué encontró en el maletero? —preguntó Torkel, que, en caso de albergar los mismos sentimientos que Ursula hacia Harald, sabía disimularlos muy bien.

—Dos mochilas.

—¿Nada más?

—No.

—¿Ninguna tienda de campaña? —intervino Ursula.

—No.

Torkel comprendió adónde quería llegar. Hasta ese momento, no habían podido

establecer dónde se habían alojado los ocupantes de la fosa.

—Creo que ahora las mochilas están un poco quemadas… —prosiguió Torkel.

—Sí. Lo siento. Perdón.

Harald levantó la vista. Su mirada parecía tan sincera como su tono de voz. De no haber sido por sus antecedentes, Ursula se habría apiadado un poco de él.

—¿Había alguna etiqueta con nombres o direcciones en las mochilas cuando las

encontró? —preguntó Torkel.

—No lo sé.

—Piénselo bien. ¿Alguna marca? ¿Alguna bandera? ¿Cualquier detalle que pueda

servir para identificar a sus dueños?

—No lo sé.

Ursula se inclinó un poco hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa y esperó a que

Harald la mirara. El silencio se prolongó varios segundos.

—Las cosas están así —dijo por fin, cuando el hombre la miró—. Los indicios apuntan a que el incendio del vehículo se declaró después del accidente. Parece ser que alguien lo provocó, quizá para ocultar pruebas —añadió, en un tono más explicativo.

Notó que Harald cambiaba de expresión al asimilar el significado de esas palabras. Su

cara pasó rápidamente de la contrición a la alarma.

—O tal vez para silenciar a la mujer que conducía el coche —prosiguió Ursula—, teniendo en cuenta que estaba viva cuando se inició el fuego…

Dejó la frase en suspenso, para que Harald sacara sus propias conclusiones. La estrategia funcionó, porque el interrogado palideció enseguida. Con una mano levemente

temblorosa, volvió a llevarse el vaso de agua a los labios. En realidad, Ursula no tenía ninguna base para afirmar lo último que había dicho. Lo más probable era que la mujer ya hubiera muerto antes de que comenzara el incendio. El informe de la autopsia no mencionaba que la víctima tuviera humo en los pulmones. Pero Harald Olofsson no lo sabía.

—Si estaba viva cuando se declaró el incendio, estamos hablando de un asesinato —

terminó Ursula, antes de echarse otra vez hacia atrás.

—¡Yo no tuve nada que ver! —exclamó Harald, volviéndose instintivamente hacia

Torkel.

Aunque no se habían puesto de acuerdo y ni siquiera se habían parado a pensar al respecto, Ursula y Torkel habían conseguido establecer con Harald una eficaz relación de policía bueno y policía malo, y Ursula parecía firmemente decidida a mantenerla.

—Quizá estaba allí inconsciente y usted empezó a sacar sus cosas del maletero.

Entonces ella se despertó, se dio cuenta de lo que estaba pasando y… usted se dejó vencer por el pánico.

—¡No!

—¿Se llevó alguna otra cosa del coche? —preguntó Torkel con voz serena.

Harald se había prestado a colaborar desde el principio del interrogatorio, pero ahora

además estaba asustado. Había que aprovecharlo.

—¡No, nada! ¡Lo juro! El bolso y las dos mochilas. Después llamé a la policía.

—Vamos a registrar su casa a fondo, la vamos a poner patas arriba, y si nos está mintiendo…

Torkel guardó silencio, pero Harald comprendió lo que quería decir, del mismo modo

que comprendió que todo había terminado. Todo. Encontrarían la cámara del tesoro. Esta

vez no tenía escapatoria, pero no pensaba cargar con un asesinato que no había cometido.

—¡No estoy mintiendo! —Miró a los dos policías, prestando especial atención a Ursula, ya que le parecía la más difícil de convencer—. ¡No me llevé nada más! El bolso y las dos mochilas. Y el coche ya estaba quemado cuando lo encontré.

Torkel y Ursula lo miraban sin decir nada.

—¡Lo juro! —exclamó finalmente Harald, y también guardó silencio.

Los dos le creyeron.

Fue muy extraño para Vanja visitar la cárcel de Kronoberg como familiar de un detenido.

La había frecuentado muchas veces por motivos de trabajo y nunca había imaginado que

algún día franquearía sus puertas en un papel tan diferente. Sentía que se le echaban encima los muros de piedra de la cuidada área de recepción. Parecía que fueran a aplastarla. Cada paso que daba hacia el guardia le resultaba más difícil que el anterior.

Detrás de la ventanilla, estaba Janne Gustavsson, un conocido suyo, que la saludó con una inclinación de la cabeza.

—No sabía que la Unidad de Homicidios tuviera un detenido aquí.

—No tenemos ninguno.

Vanja guardó silencio. Janne la miró sorprendido. ¿Por qué le parecía extraña su voz?

No se expresaba con tanta seguridad como en otras ocasiones. Casi no la reconocía. Tenía que haberle pasado algo.

—Vengo a ver a mi padre —dijo por fin Vanja, con un tono de voz débil—. Creo que

está aquí.

Janne la miró un momento y enseguida cayó en la cuenta.

¡Lithner!

Ni siquiera se lo había planteado, aunque el nombre tenía que haberle llamado la atención desde el principio. Lithner.

¿Cuánta gente tenía ese mismo apellido? Prácticamente nadie, excepto la guapa policía

rubia de la Unidad de Homicidios y el tipo de la celda 23.

Valdemar Lithner.

Había llegado unas horas antes, acompañado por Ingrid Ericsson, de la Unidad de Delitos Económicos, una de las pocas personas que recordaba el nombre de Janne y lo llamaba por su nombre de pila. Se preguntaba si Vanja Lithner también lo recordaría.

Probablemente no.

—¿Valdemar Lithner es tu padre?

Vanja asintió débilmente mientras se arreglaba el pelo con nerviosismo. Janne pensó de pronto que parecía una niña pequeña, una niña perdida, y sintió pena por ella.

—¿Puedo visitarlo?

—Por desgracia, me parece que va a ser difícil —dijo Janne, intentando ser amable, mientras echaba una mirada al reloj—. Son más de las cinco, y no sé muy bien cuál es su

régimen de visitas.

—¿Le han impuesto restricciones?

Janne se puso a buscar entre sus papeles, aunque ya sabía lo que encontraría. Sabía que

Ingrid Ericsson habría marcado todo con un «no».

Llamadas telefónicas: NO.

Cartas: NO.

Acceso a un ordenador: NO.

Visitas: NO.

Así lo hacía siempre Ericsson.

Para asegurarse, Janne siguió mirando en sus documentos y finalmente levantó la vista

y miró a Vanja.

—Sí, lo siento. Está incomunicado.

—¿De verdad crees que mi visita podría poner en peligro la investigación?

—No, pero lo que yo crea no tiene importancia —respondió Janne, en tono de disculpa

—. Yo no decido. Tienes que hablar con Ingrid Ericsson o con el fiscal.

Vio que Vanja miraba desconcertada a su alrededor, casi como si esperara encontrar a

Ericsson o al fiscal en algún lugar de la recepción. Quizá habría sido natural que Janne disfrutara un poco con la situación. ¡Eran tan eficaces, tan perfectos los de la Unidad de Homicidios! No tenían que pasar el día entero detrás de una ventanilla, lidiando con la gente, como él. Pero había algo en la indefensión de Vanja que también lo afectaba a él.

No era una reacción propia de ella y no lo hacía sentirse superior, sino más bien incómodo.

—¿Tienes el teléfono de Ingrid? —le preguntó ella al cabo de unos segundos.

Janne hizo un gesto afirmativo y empezó a escribirlo en una nota adhesiva.

—Te anotaré también el número del fiscal. Se llama Wennberg. Quizá

te resulte más

fácil convencerlo a él que a Ingrid.

Vanja asintió agradecida cuando le tendió la nota.

—Gracias, Janne.

¡Sabía su nombre de pila!

—Suerte —le dijo él con sinceridad. De hecho, iba a necesitarla.

Vanja se giró para marcharse y Janne vio que sacaba el teléfono móvil, después la puerta se cerró tras ella.

Había visto muchas cosas en los diez años que llevaba en el puesto de recepción.

Pero lo que había sucedido en los últimos minutos había sido diferente.

Vanja llamó primero a Ingrid Ericsson, quería empezar por la persona que llevaba la investigación. Pero enseguida saltó el buzón de voz. El teléfono debía de estar apagado.

Dejó un mensaje breve, en el que le pedía a Ingrid que la llamara lo antes posible, sin mencionar el motivo. Probablemente, la investigadora deduciría que se trataba de su padre, pero Vanja no podía dejar grabado en un mensaje lo que quería pedirle. Ya le resultaba bastante insoportable la idea de decírselo por teléfono. Marcó entonces el número de Stig Wennberg, el fiscal. Hasta ese momento, Vanja no había oído hablar nunca

de Ingrid Ericsson, pero el nombre del fiscal Wennberg le resultaba familiar. Tenía buena fama. De hecho, muchos de sus colegas habían lamentado varios años atrás que abandonara el derecho penal y pasara a trabajar en la investigación de delitos económicos.

Wennberg contestó después de tres tonos de llamada. Por el griterío de voces infantiles

que se oía al fondo, Vanja supuso que estaría en su casa. Parecía nervioso, pero su tono se volvió más sosegado cuando ella le dijo que era policía. Probablemente supuso que lo llamaría por un asunto de trabajo, porque enseguida le preguntó en qué podía ayudarla.

Vanja se lo dijo.

El tono distendido del fiscal se esfumó.

—Imposible. Supongo que ya lo sabe.

Había una seriedad en su voz que no tenía cuando había contestado al teléfono. No iba

a ser fácil. Vanja se veía obligada a realizar un delicado acto de equilibrio. Si lo presionaba demasiado, estaría quebrantando las normas éticas de su profesión, y eso era algo que prefería no tener que hacer. Habría querido gritarle que le permitiera ver de inmediato a su padre, fueran cuales fueran las reglas. Pero eso era imposible. Tenía que medir las palabras y cuidar la manera en que planteaba su demanda.

—Ya sé que se trata de una solicitud muy poco frecuente —dijo con cautela—, pero

necesito ver a mi padre.

Un profundo suspiro fue la única respuesta.

—En este momento me encuentro en plena investigación de un caso, el de la fosa común hallada en Jämtland, del que quizá haya oído hablar —prosiguió Vanja, dispuesta a

intentar otra estrategia. Si el fiscal no se apiadaba de una hija, quizá quisiera ayudar a una oficial de la policía—. Necesito averiguar qué ha pasado con mi padre, antes de poder reincorporarme al trabajo.

—¿Trabaja en la Unidad de Homicidios, con Torkel Höglund?

—Sí, formo parte de su equipo.

Notó que Wennberg titubeaba un segundo. Pensó que quizá se le abría una puerta.

—¿Conoce a Torkel? —preguntó Vanja, en un tono de voz que esperaba que fuera neutral.

—Sí, pero eso no va a ayudarla.

La puerta se había cerrado con tanta rapidez como se había abierto. Aun así, Vanja no

pensaba darse por vencida. Se dispuso a manipular una vez más la cerradura con la mayor

delicadeza posible, sin irritar a su interlocutor.

—Puedo visitarlo bajo vigilancia, por supuesto. Estoy dispuesta a aceptar cualquier condición.

—Las restricciones las ha establecido la persona responsable de la investigación. Es ella quien tiene que decidir.

—Evidentemente. Pero muchas veces las restricciones son excesivas. Mi padre no ha

cometido ningún asesinato. Usted, como fiscal responsable del caso, puede autorizar excepciones.

Wennberg no dijo nada, pero tampoco puso fin a la conversación. Ya era algo.

Mientras siguieran hablando, habría una posibilidad.

—Ya sé que le estoy pidiendo algo que se sale de lo corriente, pero sinceramente no

veo qué daño puede hacerle a usted. Si pasa algo, yo pierdo el trabajo. La única que corre algún riesgo soy yo.

Durante un segundo, le vino a la mente el curso del FBI. ¿Habrían disminuido sus probabilidades de conseguir la plaza tras la detención de su padre? Se avergonzó de pensarlo. ¿Por qué se le había ocurrido algo así en ese momento? Tenía cosas más importantes de qué ocuparse. Tenía que pensar en la persona más importante para ella.

Su padre.

Tenía que concentrarse en él y no en sí misma.

Al otro lado de la línea, los niños habían dejado de gritar o tal vez Wennberg se había

trasladado a otra habitación, para poder hablar sin que lo molestaran.

—Dígale a Torkel que me llame y me diga que responde por usted. Es la única manera

—dijo finalmente.

—De acuerdo. —Vanja sintió que las palabras le salían atropelladamente, en un torrente incontenible—. Gracias. Muchas gracias. Lo llamará ahora mismo. Se lo prometo.

Lo llamará enseguida. Gracias.

—Visita vigilada. Diez minutos como máximo.

—Sí, lo que usted diga. De acuerdo. Muchas gracias. Muchísimas gracias.

—Agradézcaselo a Torkel si finalmente lo consigue.

Entonces colgó. Vanja se quedó inmóvil, con el teléfono en la mano. Primer obstáculo,

superado. Lo siguiente era hablar con Torkel. Mentalmente se oyó iniciar una

conversación que nunca habría imaginado que tendría.

Hola, Torkel.

Necesito que me ayudes.

Mi padre está en la cárcel.

Valdemar se había sorprendido al ver que el guardia venía a buscarlo. Pensaba que ya

no pasaría nada más hasta el día siguiente. Pero ¿qué sabía él de las rutinas de la prisión?

Llevaba tanto tiempo sentado en la misma posición sobre la dura superficie de la cama que al dar los primeros pasos sintió las piernas rígidas y entumecidas. El guardia lo llevó por los fríos pasillos de paredes verdes hasta la sala donde lo habían interrogado unas horas antes. Lo hizo sentar en la misma silla, delante de la mesa, y le indicó que esperara. El hormigueo de las piernas se le había pasado, pero ahora notaba un dolor sordo en la zona lumbar. Se sentía viejo, abatido, y, lo que era peor, como si no estuviera allí del todo, como si se encontrara sentado en esa sala y estuviera a la vez en otro sitio. Los pensamientos se le arremolinaban en la cabeza. Todo había sido demasiado rápido: la llegada de la policía, los primeros interrogatorios, la detención…

Y todo parecía indicar que le esperaba un nuevo interrogatorio.

Debía de ser parte de la estrategia de la investigación. Confundirlo.

Estaba funcionando.

Tenía que hacer un esfuerzo de concentración. Era preciso que respondiera a las preguntas sin embarullarse y sin perder el control. Oyó un ruido en el pasillo y enderezó la espalda. Hablaría lo menos posible. Era su táctica. Le había servido la vez anterior y quizá también le fuera útil esta vez.

Cuando se abrió la pesada puerta, creyó distinguir una figura detrás del guardia y Valdemar quedó aterrorizado. No, no era posible. No podía ser verdad. Durante un

segundo, la persona que creía haber reconocido desapareció de su vista, oculta por el cuerpo del guardia. Valdemar deseó con todas sus fuerzas que hubiera sido una ilusión óptica y que no entrara nadie en la sala detrás del guardia. O que lo acompañara la misma mujer policía que se había presentado en su casa. Cualquier otra posibilidad habría sido mejor.

Pero entonces la vio por completo. Comprendió que no había sido una ilusión.

Realmente estaba ahí. Tan pálida y confundida como él. Lo estaba mirando fijamente, con

una expresión que le resultaba imposible de descifrar. Compuso un valiente intento de sonrisa, pero sabía que todo era inútil. Allí donde estaba, en esa sala, las sonrisas no servían de nada.

—Hola, Vanja —dijo, tan despreocupadamente como pudo.

Ella no respondió. En silencio, entró en la habitación y se dirigió hacia la silla libre delante de la mesa, pero permaneció de pie. Durante un segundo, Valdemar se preguntó si

podría negarse a recibirla. Pensó que quizá podría pedirle al guardia que lo llevara de vuelta a su celda. Quizá de ese modo todo sería más fácil.

Más fácil para ella.

Él ya estaba perdido y lo sabía. El atajo que había elegido lo había

conducido a un punto sin retorno. Ya no podía hacer nada. Quizá en el pasado habría podido hacer algo si realmente hubiera intentado explicarlo todo. Pero ¿habría podido explicar lo que ni siquiera él comprendía del todo?

—¿Qué has hecho, papá? —preguntó Vanja de repente.

Valdemar bajó la vista hacia sus propias manos. Viejas, arrugadas y surcadas por gruesas venas azules. Ajadas. Era probable que ella no quisiera tocarlas nunca más.

El guardia cerró la puerta y se acercó a la mesa.

—Tienen diez minutos —ordenó en tono autoritario—. Yo me quedo dentro de la sala.

Vanja hizo un gesto afirmativo. El guardia fue a sentarse en un taburete, en un rincón

de la sala. Apoyó la espalda contra la pared, en actitud relajada, e intentó parecer tan poco interesado en la conversación como le fue posible.

Valdemar miró a su hija, que seguía de pie frente a él. Supuso que habría estado muchas veces en esa misma habitación, pero sabía que nunca había experimentado nada parecido.

—¿Qué has hecho, papá? —repitió ella, con más énfasis.

Valdemar sintió que sólo podía decir la verdad.

—Una tontería, me temo.

Vanja separó la silla de la mesa y se dejó caer pesadamente en el asiento. Después, lo

miró. Le pareció que había envejecido varios años en pocos días. Habría querido decirle muchas cosas. Hacerle muchas preguntas. ¡Era tanto lo que necesitaba saber! Pero con el

guardia en la sala, su padre no podía responder a todas sus dudas. Quizá fuera mejor así.

El encuentro la había afectado mucho más de lo que pensaba. Necesitaba hacerle una o dos preguntas neutras, para tener tiempo de recomponerse.

—¿Tienes abogado?

—No —dijo él—. La oficina quería enviarme uno, pero yo les dije que no.

—¿Por qué?

—No sé. Para que tú no te enteraras. No quería que lo supieras.

Seguía sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Iba a enterarme de todos modos. ¿Qué pensabas? ¿Que ibas a poder mantener todo

esto en secreto? ¡Soy policía!

Valdemar negó con la cabeza. Por supuesto que era posible guardar secretos.

Enterrarlos con la esperanza de que nadie los descubriera. Era una táctica que había utilizado en otras ocasiones, y con buenos resultados.

—Me investigaron hace unos años, pero cerraron el caso. Esperaba que ahora

sucediera lo mismo. Que no fuera necesario que tú lo supieras.

Vanja palideció y Valdemar comprendió que no le había dicho lo que esperaba oír. Al

igual que él, su hija quería que todo volviera a ser como antes, que esa absurda situación no fuera más que un breve paréntesis en sus vidas, un error que tuviera una explicación y se subsanara con tanta rapidez como se había producido. Pero la noticia de que ya había

habido otra investigación policial no contribuyó a alimentar esa ilusión.

—¿Por qué te investigaron aquella vez? —preguntó Vanja con inesperada calma.

Valdemar conocía bien a su hija. Los sentimientos con que había entrado en la sala, fueran cuales fueran, habían empezado a desvanecerse. Estaba cada vez más enfadada.

—Por lo mismo que ahora: malversación, estafa, abuso de confianza,

evasión de impuestos…

—Pero ¿no decías que habían cerrado la investigación?

—Sí, pero parece que ahora han encontrado nuevas pruebas.

Valdemar guardó silencio. No quería decir nada más, pero conocía a su hija y sabía que a continuación le preguntaría cuáles eran esas pruebas. También sabía que tarde o temprano lo averiguaría. Prefirió ser él quien se lo dijera.

—Sobre Daktea —añadió al fin.

Ella se inclinó hacia delante, mirándolo fijamente, como si fuera un extraño, alguien

completamente desconocido. En su mirada había una frialdad que Valdemar no le conocía.

—¿Estuviste implicado en el escándalo de Daktea?

—No conocía el alcance de lo que estaba pasando —respondió él, negando con la cabeza, como si aún no acabara de comprenderlo—. No sabía que era tan grande. Confié

en algunas personas y me equivoqué.

Tendió la mano hacia su hija, pero ella la rechazó. Puede que su mano hubiera envejecido, pero la de Vanja había perdido todo interés en la suya. Miró de soslayo al guardia, que para entonces los observaba con curiosidad. Era preciso dar una explicación, pero se veía obligado a medir muy bien sus palabras.

—Solamente quería daros todo lo que necesitabais.

Se dio cuenta de lo hueca que sonaba la excusa.

Ella también lo notó.

—Ya teníamos todo lo que necesitábamos. —Fue la seca respuesta de Vanja.

Estaba en lo cierto, como siempre. ¿Qué podía faltarles? Cosas materiales. Objetos.

Nada que importara de verdad. Nada que pudiera reemplazar lo que Valdemar estaba a punto de perder en ese momento. Pero él había

ansiado con todas sus fuerzas ser el padre generoso, el hombre capaz de ofrecer a su familia la vida que todos los demás parecían disfrutar, alguien de quien su mujer y su hija pudieran sentirse orgullosas.

—Sí, pero tu madre quería una casa de campo, tú necesitabas un apartamento y…

De repente, Vanja estalló.

—¿El apartamento? ¿Estás tratando de mezclarme en esto? ¿Intentas decir que yo tengo la culpa de que estés preso?

—¡No, Vanja, por favor! No he querido decir nada de eso.

—Entonces ¿qué has querido decir?

Valdemar se quedó abatido bajo su mirada. Se derrumbó. Sintió que no valía nada. Era

un mentiroso, un estafador. Tenía que hacerle entender a su hija lo fácil que había sido.

Fácil y tentador. Había sido como estar borracho. Se había dejado llevar y al final ni siquiera se había parado a pensar si era ilegal. Tenía que decírselo, pero no encontraba las palabras.

—No lo sé. De verdad, no lo sé.

Fue lo único que consiguió articular. Todo era demasiado complicado. Solamente se le

ocurrían respuestas insustanciales.

—Te quiero. Te quiero mucho y lo único que pretendía era… —Hizo una pausa para

enjugarse la lágrima que acababa de derramar—. Quería darte todo lo que quisieras tener.

—Nunca te pedí nada.

La frialdad de su voz era aterradora. Valdemar sentía que le horadaba el pecho como

un trépano de hielo y casi no lo dejaba respirar.

Vanja renegaba de su amor.

¿Cómo era posible? Antes lo había sido todo para ella y él lo sabía. Pero la había traicionado de la peor manera posible. Había actuado a sus espaldas, era una persona completamente distinta de la que ella creía conocer. Le había mentido. Y a Vanja no se le podía mentir. Ella ofrecía y exigía sinceridad ante todo. Así de sencillo. Valdemar lo sabía.

Y también sabía lo que debía hacer para recuperarla. Pero, en lugar de eso, volvió a mentirle.

—No he hecho nada ilegal.

—¿Qué has hecho entonces?

Valdemar sabía que su hija veía la verdad detrás de aquellas mentiras. Toda su culpa

estaba a la vista y, aun así, intentó escabullirse una vez más. Era incapaz de hacer otra cosa.

—Puede que haya cometido algún desliz, que haya ayudado a gente que no lo

merecía…

—Entonces, es verdad que lo hiciste —constató ella, sin la menor emoción en la voz,

como si estuviera hablando del tiempo.

Valdemar guardó silencio y la miró con expresión suplicante. Ella empujó la silla hacia

atrás y se puso de pie.

—Eres culpable de lo que se te acusa, sea lo que sea.

Se giró y fue directamente hacia la puerta.

—Vanja, espera, por favor —le rogó él.

—Ya han pasado los diez minutos.

El guardia miró el reloj y negó con la cabeza.

—No, todavía quedan tres —dijo el hombre.

Vanja se volvió hacia el guardia y Valdemar deseó poder aprovechar esos tres minutos.

Ciento ochenta segundos.

Se pueden hacer muchas cosas en ciento ochenta segundos.

—Gracias, pero ya no quiero hablar más con él.

Tras esas palabras, se marchó. Valdemar hundió la cara entre las manos. Esperaba no

tener que ver nunca más la realidad, una realidad en la que su hija ya no estaba a su lado.

La rabia le aceleraba el corazón a Mehran, que se sentía acalorado y sudoroso. Había dicho todo lo que tenía que decir. Al entrar en la habitación, había dado un portazo tan fuerte que una de las fotografías del pasillo se había descolgado. Ahora estaba tumbado en la cama, mirando al techo. Nunca antes había discutido con su madre, ni siquiera cuando

ella lo había descubierto fumando a escondidas con Levan. Pero esto era diferente. En todos los sentidos. Su madre había actuado en secreto, sin decirles nada a él ni a su hermano Eyer. Decía que lo había hecho por ellos, que quería protegerlos. Pero él sabía que no era cierto.

Memel tenía razón.

«Shibeka está confundida, no sabe qué hacer. Hamid era su columna vertebral. Si te quedas sin columna, te vienes abajo. Tienes que ayudarla, ¿lo entiendes?»

Mehran siempre defendía a su madre cuando el viejo testarudo se empeñaba en decir

que no sabía quedarse en su sitio. Le contaba cuánto luchaba por ellos y todo lo que hacía para que salieran adelante. Le decía que era la mejor madre del mundo y que trabajaba y

estudiaba para que ellos pudieran tener una vida mejor. Le insistía en que aprendía sueco solamente pensando en ellos. Pero ahora se daba cuenta de que Memel tenía razón.

Su madre estaba confundida.

No había otra explicación. Había llegado demasiado lejos. Mehran no había dicho nada cuando ella enviaba una carta tras otra a los servicios sociales, la policía y los periódicos. Se había callado mientras la oía hablar de Hamid con la policía, sabiendo que a nadie le importaba lo que le hubiera pasado a su padre. Para los tipos de uniforme, su madre no era más que una inmigrante de mierda que no paraba de dar la lata. Pero nunca

había dicho nada. Siempre había permanecido al lado de su madre.

Y ella se lo agradecía de esta forma.

Actuando a sus espaldas.

Se dio la vuelta y cogió el reproductor de mp3 que había recibido como regalo de

cumpleaños. Se puso los auriculares. Le gustaba la música house, sobre todo Avicii.

Escogió el tema *Levels* y subió el volumen. La música tenía algo que hacía que todo se volviera más simple y comprensible, y lo ayudaba a manejar la rabia. La vida se convertía en una imagen vista a través de la música y, de ese modo, todo le resultaba menos doloroso. Mehran sabía bien que para ella no era tan fácil. Su madre hacía lo que podía.

Pero estaba confundida.

Lo había demostrado con su última ocurrencia.

Estaba muy bien que aprendiera sueco y se empeñara en hablarlo para ayudarlos a él, a

Eyer y a sus amigas. Pero también en eso había un lado malo, como decía Memel. Porque

no sólo aprendía el idioma. También asimilaba otras cosas que Memel y los otros hombres

mayores no veían con buenos ojos, sino todo lo contrario.

Estaban preocupados.

Temían por sus mujeres.

No querían que también ellas acabaran confundidas.

A Mehran le caía bien Memel. El viejo siempre le pasaba un brazo por los hombros y

le hablaba de su país y de Hamid. Lo llevaba a la mezquita y le enseñaba a lavarse y a prepararse para la oración.

Pero Mehran siempre había defendido a su madre. Y ahora ella había ido a hablar con

un tipo de la televisión. A solas. Con un sueco. Después de todo lo que él la había defendido.

Otra vez lo invadió una rabia que ni siquiera Avicii podía apaciguar. ¡Con un sueco!

Los suecos nunca habían hecho nada por ellos. Al contrario. Tenían toda la culpa. Su padre había desaparecido en Suecia —¡en ese país tan seguro!— y no en el peligroso Afganistán, ni durante el viaje a Europa. No. Había desaparecido en Suecia, donde se suponía que era una suerte que los dejaran vivir. Todo era mentira. No había seguridad en Suecia para la mayor parte de las personas que Mehran conocía. Vivían en la incertidumbre. ¿Podrían quedarse en Suecia o tendrían que marcharse? ¿Los deportarían de un día para otro? O, peor aún, ¿desaparecerían algún día, como su padre? Recordaba al funcionario de inmigración que había querido expulsarlos del país cuando su padre ya había desaparecido. Shibeka había vivido con el terror de que se presentaran un día a buscarlos y los llevaran a la fuerza al aeropuerto.

Todo era mentira, y él detestaba las mentiras.

Y ahora su madre también le había mentido.

Hizo una inspiración profunda y volvió a poner *Levels*. Esperaba recuperar la calma oyendo sin cesar el mismo tema, una y otra vez. Pero, mucho antes de que pudiera conseguirlo, apareció su madre en la puerta. Lo miraba con aquellos ojos castaños, que

parecían enrojecidos. Probablemente había estado llorando.

—Perdóname, Mehran —dijo en voz baja—. ¿Me dejas pasar?

Mehran no le respondió. Simplemente, se la quedó mirando, con la música en los oídos, mientras ella se sentaba a su lado en la cama. La dejó hacer, y ella le apoyó una mano sobre el vientre. Ese afectuoso contacto lo tranquilizó más que la música.

—¿Podrías quitarte los auriculares? —le pidió su madre.

Se lo dijo en pastún. A Mehran le encantaba que le hablara en su lengua. Para la vida

diaria, Shibeka prefería el sueco. Lo hacía por el bien de sus hijos. Era una de sus reglas.

Pero ahora le estaba hablando en pastún y Mehran sabía por qué. Era el idioma que solía

utilizar cuando quería que la entendieran bien. Su voz parecía más suya en pastún. Más verdadera. Más de madre. Mehran se quitó los auriculares con desgana, pero no pudo deshacerse de la rabia.

—Entiendo que estés enfadado —dijo con suavidad—. Pero tienes que comprender

que no he querido hacerte daño. No sabía cómo decírtelo.

Mehran la miró. Cuando abrió la boca para hablar, le salió un tono enfadado.

—¿Por qué no podemos hablar todo el tiempo en pastún?

Su madre pareció asombrada. No se esperaba esa pregunta.

—Me parece bien que hablemos en sueco. Vivimos en Suecia.

—Pero no somos suecos, aunque tú parezcas creerlo.

Shibeka lo cogió de la mano.

—No te enfades, Mehran. Me parece que ese hombre puede ayudarnos.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero tengo que averiguar qué pasó. Tenemos que saberlo.

—Se ha ido, mamá. Nunca más volverá. ¿No puedes entenderlo?

Prácticamente gritó las últimas palabras. Shibeka le apretó la mano con fuerza, aunque

él siguió levantando la voz, a pesar de la presión de los suaves dedos de su madre.

—Las cosas no van a cambiar solamente porque tú no puedas aceptarlas. No haces más que confundirte. Y me confundes también a mí.

—¡Pero no puedo darme por vencida! Yo conocía muy bien a tu padre, y me parece que lo veo cada vez que te miro. Lo recuerdo a cada minuto. ¿No lo entiendes? ¡No puedo

rendirme! Sería como pedirme que dejara de respirar. O que os dejara de querer.

De repente, estalló en lágrimas. Hacía mucho tiempo que Mehran no veía llorar a su

madre. Al principio, tras la desaparición de Hamid, había pasado días enteros llorando,

pero, de un momento a otro, había parado. Era como si se le hubieran agotado las lágrimas. Mehran intentó tranquilizarla. Se sentó en la cama y la miró a los ojos. La quería muchísimo, pero tenía que hacerle entender que no podía seguir por ese camino.

—Yo también lo echo de menos, mamá. Pero todos dicen que tienes que dejar de insistir. Yo siempre les respondo que estás bien y que nunca harías ninguna tontería. ¡Pero has ido a hablar con un sueco sin decirme nada!

—Ese hombre puede ayudarnos.

—Déjalo ya, mamá. Ninguno de ellos nos ha ayudado nunca. ¿Por qué iba a ser diferente este tipo? Si vamos a pedirle ayuda, nos tomará por idiotas. —Hizo una pausa y la miró—. Ya sé que tú no eres ninguna idiota, mamá.

Shibeka hizo un leve gesto afirmativo y soltó la mano de su hijo.

—Tienes razón, Mehran. A partir de ahora, prestaré atención a todo lo que digas. Serás

tú quien decida. Prometo escucharte, como escucharía a tu padre. Pero antes tienes que hablar con ese hombre, con el sueco. Cuando hayas hablado con él, decidirás.

Le estaba hablando en un tono que nunca había usado hasta ese momento. Se dirigía a

su hijo de igual a igual. Y Mehran sabía que tenía que responderle en los mismos términos. La miró con cariño.

—Dile que venga mañana.

—¿Se lo contamos a Eyer?

Mehran negó con la cabeza.

—No. Todavía es pequeño.

—Pero tú no. Ya no.

—No, mamá. Yo ya no soy pequeño.

Shibeka le sonrió con cautela, y después salió de la habitación. Mehran se quedó sentado en la cama. Ya no necesitaba oír música. Se había vuelto mayor en un día. No le

hacía falta ninguna música para comprenderlo. Era una sensación abrumadora.

¿Verdaderamente estaba preparado para aceptar la responsabilidad que su madre le acababa de encomendar? Lo deseaba con todas sus fuerzas, pero también lo atemorizaba

la idea de no poder esconderse nunca más detrás de su edad, de haber dejado de ser un niño.

Salió al pasillo y vio que su madre estaba en la cocina, preparando la cena. Cuando Eyer regresara, encontraría un plato de comida caliente sobre la mesa, como siempre.

Todo seguiría igual. Y, sin embargo, todo había cambiado.

Quizá su madre creyera que Mehran y ella veían las cosas de manera diferente. Tal vez

pensara que él quería olvidar. Pero no era cierto. Simplemente, sus maneras de expresar el

dolor eran distintas. Ella hacía llamadas, escribía cartas, hablaba. Él permanecía en silencio. Ella manifestaba sus sentimientos, mientras que él los llevaba en su interior. Así se comportaban los hombres. El dolor que un hombre lleva por dentro lo vuelve más fuerte.

Las mujeres lloran; los hombres no.

Shibeka se dio la vuelta y le sonrió, y Mehran le devolvió la sonrisa.

Su madre tenía secretos.

Él también. Pero los suyos habían quedado enterrados en la infancia.

¿Tendría que sacarlos a la luz?

¿O podría dejar que siguieran sepultados? No lo sabía.

Pero nunca olvidaría al hombre de la voz áspera y nasal.

El hombre contra el cual su padre lo había prevenido.

Joseph.

Vanja vomitó en los lavabos del personal, en la cárcel. El impulso le llegó sin previo aviso.

Se había sentado en el váter, pero no para usarlo, sino para estar un momento tranquila.

Estaba sentada sobre la tapa cuando de repente el estómago se le había revelado y parte de su contenido había acabado en el suelo, entre sus pies. Se quedó mirando fijamente la pasta amarillenta. La boca le sabía a bilis. Se echó automáticamente hacia delante, por si se le repetían las arcadas. No podía salir del recinto de la prisión sin la compañía del guardia, que a su vez estaba obligado a llevar en primer lugar a Valdemar a su celda.

Tardaría un momento, pero Vanja no tenía ninguna prisa y le importaba muy poco cómo

fuera a quedar el suelo de la cárcel.

Ya nada tenía sentido.

No podía desprenderse de la imagen de su encuentro con Valdemar. Detrás, no había

nada. Solamente lo veía a él, en aquella sala donde nunca habría pensado que pudiera encontrar a su padre. Le parecía imposible y, sin embargo, había pasado. Valdemar no era inocente. Antes lo dudaba, pero ahora lo sabía. Había intentado irse por las ramas, escabullirse. Ella conocía bien ese comportamiento, porque lo veía a menudo en su trabajo.

Un desliz, había dicho.

Él, que siempre caminaba con paso firme.

El sabor acre en la boca le pareció adecuado. Era el sabor perfecto para un día horrendo. Habría querido vaciar por completo el estómago en ese cubículo. Habría querido expulsar todo lo que tenía dentro.

Pero las náuseas habían desaparecido, de modo que se introdujo dos dedos en la garganta. Después volvió a hacerlo, hasta que ya no tuvo nada que vomitar. Se había manchado los zapatos y el borde de los pantalones, pero no le importaba. Al contrario, se sentía liberada, como si hubiera recuperado el control de su cuerpo, como si lo hubiera limpiado de toda la basura que había sentido en su interior. Era una sensación agradable.

Enseguida deseó hartarse de comida, para poder sentir otra vez el alivio de vaciarse.

Hacía mucho que no tenía esa sensación. Toda una eternidad. Pero comprendió por qué la había atraído tanto esa conducta en otra época.

Perder el control y recuperarlo.

Gozar y avergonzarse al mismo tiempo.

Agachó la cabeza y contempló el contenido de su estómago esparcido por el suelo.

Había empezado a los diecisiete años, cuando estudiaba el bachillerato en un colegio

privado de Östermalm. Era inteligente y despierta, y le gustaba estudiar, por lo que los estudios no le planteaban problemas.

Lo malo era todo lo demás.

La vida social.

Todas las chicas de su clase eran ricas, guapas y perfectas. Había infinidad de reglas y códigos no escritos que ella no conocía, ni entendía. Quería tener amigas. Quería tener novio. Quería formar parte de una pandilla. Pero no la aceptaban. Parecía como si todo lo que hacía estuviera mal, hiciera lo que hiciera. Por mucho que lo intentaba, la seguían marginando. Entonces empezó a picotear comida en el camino de vuelta a casa, para consolarse: golosinas, bollitos, patatas de bolsa… Cada vez más. La sal, el azúcar y las grasas se convirtieron en sus amigos, y empezó a depender cada vez más de ese apoyo.

Pero, al mismo tiempo, empezó a darle miedo la cantidad de comida basura que consumía, que, además, la hacía sentirse todavía peor entre las chicas espigadas y soberbias con las que compartía el día a día. Por eso empezó a vomitar de vez en cuando

lo que comía, para no aumentar de peso. Al principio no le pareció peligroso. No lo hacía demasiado a menudo y, además, la combinación le parecía perfecta: podía disfrutar comiendo y deshacerse del sentimiento de culpa unos minutos más tarde.

Pero el problema empeoró. Al cabo de un tiempo, no pensaba nada más que en comer

y en expulsar cuanto antes la comida ingerida. Era lo único que significaba algo para ella.

Un día leyó un artículo sobre trastornos alimentarios en el *Dagens Nyheter*. Trataba sobre la bulimia. Había leído por encima los otros artículos de la serie, pero en ése en concreto se reconoció. Hablaba de los efectos secundarios. Decía que la menstruación podía volverse irregular e incluso desaparecer. Mencionaba los daños en el esmalte de los dientes. Vanja corrió al cuarto de baño y se puso a palparse nerviosamente la cara interior de los incisivos, ya que por lo visto era allí donde comenzaba el deterioro. No notó nada extraño con los dedos ni con la lengua, aunque por otra parte tampoco recordaba cómo era la sensación de unos dientes normales. Lo que sí sabía con certeza era que llevaba tres meses sin que le bajara la regla. Se preparó un par de bocadillos y volvió a leer el artículo, cada vez más convencida de reconocerse en esas líneas. Todo encajaba. Fue al baño a

vomitar y se echó a llorar.

Estaba enferma.

No solamente era una marginada.

También padecía bulimia y, por lo visto, muy pocos conseguían superar solos la enfermedad.

Decidió confiar en Valdemar. Fue a verlo a su oficina. Aún no sabía de dónde había sacado fuerzas para actuar, porque estaba demasiado avergonzada, pero había resuelto decírselo. Su padre se tomó el resto del día libre y salieron juntos a dar un paseo. Vanja estaba al borde del desmayo, pero él consiguió que se lo contara todo. Con paciencia y cautela. Poco a poco. Cuando realmente lo había necesitado, Valdemar había estado ahí, para demostrar que realmente era el padre que ella esperaba. Había sido maravilloso.

Dos semanas después, Valdemar la cambió de colegio. Tuvo que esperar hasta el otoño

siguiente para ingresar en el Instituto Södra Latin, porque el semestre de primavera ya casi había terminado. Pero, hasta ese momento, Valdemar se encargó de todo. En verano, la envió durante dos semanas a una colonia de vacaciones para chicas con bulimia, para que

dispusiera de herramientas que le permitieran superar su trastorno. Le buscó los mejores terapeutas y le permitió cambiarlos si no le gustaban.

Se había curado gracias a Valdemar.

A su cariño y su franqueza.

Pero esa imagen no coincidía con la del hombre que acababa de ver en la estrecha sala

de paredes verdosas. A los diecisiete años, armada de confianza y coraje, Vanja había sido capaz de revelarle un doloroso secreto. ¿Por qué no podía hacer lo mismo Valdemar con

cincuenta y cinco años? Ella se había atrevido a salir de su encierro y sincerarse; pero él, cuando había llegado el momento, había preferido quedarse encerrado.

Y eso le causaba a Vanja una tristeza enorme.

No era una traición, ni una humillación. Era mucho peor.

Se sentía completamente abandonada.

A partir de ese momento, tendría que arreglárselas sola. No tendría a nadie a su lado.

La seguridad de sentir que su padre siempre estaría a su lado cuando lo necesitara se había esfumado.

Su padre.

Ya nunca podría considerarlo de la misma manera.

Nunca más.

Se levantó. Los zapatos se le pegaban a la materia maloliente que cubría el suelo.

Quería marcharse. Todo era repugnante: el lugar donde se encontraba, el hedor y el sabor

que sentía en la boca.

Por un momento, consideró la posibilidad de ir a casa de Anna, pero le pareció demasiado trabajoso. Su madre necesitaba mucho apoyo y le haría demasiadas preguntas,

y Vanja no tenía fuerzas para apoyarla ni para soportar sus preguntas. Anna tenía muchas amigas y se sentía más próxima a ellas que a su hija. Esperaba que las amigas de su madre cuidaran de ella esa noche.

Se lavó y se enjuagó la boca a conciencia. Comprendió en ese momento que Estados

Unidos y la formación que ofrecía el FBI eran más importantes que nunca. Ya no eran simplemente una oportunidad de superación profesional, sino el viaje que necesitaba realizar ahora que estaba sola en el mundo.

Tenía que hacerse mayor de una vez por todas.

Se marcharía en cuanto recibiera la respuesta del Departamento de Formación, antes incluso de que empezaran los cursos. Marcharse era lo único que deseaba. Dejar atrás la

Unidad de Homicidios. Dejarlo todo atrás. Valerse por sí misma.

Ya era hora.

Torkel volvió a ser el último en llegar a la sala de reuniones. Ya empezaba a convertirse en costumbre. En esa ocasión no sólo llegó tarde, sino también cabizbajo y cansado. La llamada de Vanja lo había alarmado, pero no había dudado en acceder a su solicitud y había llamado enseguida al fiscal. Poco después, había recibido otra llamada de Axel Weber. El periodista se había enterado de que había una relación entre el coche quemado y la fosa común descubierta en la montaña. Quería saber cuál era esa relación. Obviamente, aunque Torkel lo hubiera sabido, no se lo habría dicho; pero el mero hecho de que Weber

pareciera estar al corriente de todo lo que hacía su equipo le resultaba irritante. Por otro lado, no parecía que el periodista tuviera noticias de que el coche era alquilado, ni del nombre de la conductora, ni de que la identidad de Patricia Wellton era falsa. Por fortuna, tampoco estaba al corriente de lo que Ursula había encontrado en casa de Olofsson, porque de haberlo sabido la prensa habría estallado en especulaciones. Torkel había intentado hablar con Hedvig Hedman, pero no la había localizado. Independientemente de

lo que pudiera pasar con el expediente abierto por el fiscal general, la comisaria tenía que controlar a sus subalternos, para que dejaran de filtrar información.

—Ursula, empieza tú —dijo, en cuanto se sentó. Había sido un día largo y no tenía tiempo para preámbulos.

—He analizado hasta donde he podido el material hallado en casa de Olofsson, antes

de enviarlo al laboratorio de Linköping —replicó Ursula mientras abría su ordenador portátil—. He dejado el informe en nuestra carpeta compartida y también lo he traído impreso, por si preferís leerlo en papel.

Jennifer y Torkel se inclinaron hacia delante y cogieron una copia

cada uno de la pila

que Ursula había dejado sobre la mesa. Billy abrió el documento en su ordenador.

—Como sabéis, lo más interesante estaba en el bolso de mano. En uno de sus compartimentos encontré los restos de un permiso de conducir expedido a nombre de una

tal «Liz McGo…». El resto del apellido resultaba ilegible.

—¿Habéis averiguado algo sobre ese punto? —intervino Torkel, volviéndose hacia

Billy, que levantó la vista de la pantalla.

—Sí y no. ¿Queréis que os lo cuente ahora?

—No —respondió Torkel—. Esperemos a que Ursula termine.

—Aparte de eso, no había mucho más en el bolso. Estaba dentro del habitáculo del coche y se quemó bastante más que las mochilas. Lo que no ha quedado carbonizado se ha

derretido total o parcialmente a causa del calor. Como podéis ver en el informe, he identificado varios objetos corrientes: artículos de maquillaje, un cepillo para el pelo, llaves y una cartera. Dentro de la cartera, encontré restos de dinero, coronas y dólares, algunas monedas suecas y restos de varias tarjetas que podrían ser de crédito, aunque todas estaban demasiado deterioradas para sacarles alguna información. Es probable que el laboratorio de Linköping pueda decirnos algo más.

—¿Y las mochilas? —preguntó Torkel.

—Como ya sabéis, estaban en el maletero y por lo tanto se han conservado

relativamente intactas. El intento de Harald Olofsson de hacerlas desaparecer tuvo un impacto leve y superficial. Contienen sobre todo ropa. He identificado las prendas de dos adultos, hombre y mujer, y de dos menores, niño y niña. Algunas presentan orificios de bala y restos de sangre. También las de los menores.

—Los cadáveres de la montaña —dijo Jennifer.

Ursula hizo un gesto afirmativo.

—Además, he encontrado sábanas, fundas de almohada, artículos de higiene personal,

juguetes y algunos libros infantiles. En sueco. Nada más.

—¿Huellas dactilares? —preguntó Billy.

Ursula negó con la cabeza.

—Después de tanto tiempo, el componente graso ha desaparecido.

—¿Ningún nombre, ni nada que sirva para identificarlos? —preguntó Torkel, aunque

era evidente que Ursula ya lo habría dicho si hubiera encontrado algo así.

Ursula volvió a hacer un gesto negativo.

—Nada que yo haya visto, pero los colegas del SKL disponen de otros métodos para

analizar los hallazgos. Esperemos que encuentren algo.

—¿Merecerá la pena difundir fotos de la ropa, por si alguien la reconoce?

—Podemos intentarlo, pero ninguna prenda se sale de lo común. Es ropa muy

corriente.

—¿Tampoco la ropa de los niños llevaba etiquetas con los nombres? —preguntó

Jennifer.

—No.

—La gente suele marcar la ropa de los niños con sus nombres, ¿verdad?

Ursula reflexionó unos segundos. Ella nunca había escrito «Bella» en la ropa de su hija. Muchas veces había recibido instrucciones de la escuela o de la guardería para que lo hiciera, pero nunca les había prestado atención. ¿Lo habría hecho Mikael? Creía que no.

Había lavado algunas veces la ropa de su hija y no recordaba haber visto su nombre escrito en ninguna prenda. ¿O sí?

—¿Te has fijado en las etiquetas del cuello?

Ursula interrumpió sus divagaciones sobre su marido y su hija, y se volvió hacia Jennifer. «Es nueva —se recordó—. Nueva y ambiciosa, pero con buenas intenciones.

Tengo que ser amable con ella.»

—Sí, he mirado las etiquetas del cuello —dijo, con afectada calma—. He repasado todas las etiquetas. De hecho, en las prendas de talla adulta he llegado a…

—Las sábanas —la interrumpió Torkel, poniendo fin a la exagerada amabilidad de la

respuesta al mismo tiempo que tomaba nota mentalmente de que debía avisar a Jennifer,

para que no volviera a cuestionar de manera demasiado explícita la capacidad profesional de Ursula—. La gente que va a acampar no lleva sábanas.

—Pero las lleva si va a un albergue —dijo Jennifer.

—Ya hemos comprobado los registros de todos los albergues —intervino Billy.

—Hacedlo de nuevo —ordenó Torkel.

—No llevaban sacos de dormir, ni tienda de campaña, ni material para cocinar. No parece que hayan acampado —resumió Ursula.

Torkel dejó escapar un suspiro. ¿De dónde habían salido esas personas? ¿Dónde habían estado? ¿Qué hacían en la montaña? ¿Dónde murieron? ¿Quiénes eran? Tenía la sensación de que no habían avanzado nada desde el momento de su llegada. Les hizo un

gesto a Jennifer y a Billy, al otro lado de la mesa, con la esperanza de que pudieran aportar algo más.

—Cuando Ursula nos trajo el segundo permiso de conducir, nos repartimos el trabajo

—empezó Billy. Se levantó y se dirigió a la pizarra para desplazar

algunas de las fotografías del lugar del hallazgo y dejar sitio para una línea cronológica—. Jennifer siguió investigando a Patricia Wellton, ya que había encontrado su nombre en las listas de pasajeros —continuó, sin dejar de poner orden en la pizarra—. Podemos empezar por ahí.

Cogió un rotulador negro y se dispuso a escribir. Jennifer fijaba la vista en los papeles que tenía delante.

—Patricia Wellton viajó de Frankfurt a Estocolmo la tarde del 29 de octubre de 2003.

Aterrizó en Arlanda poco después de las cinco. Suponemos que cogió el tren nocturno a Östersund desde la estación central.

—¿Cómo llegó a Frankfurt? —preguntó Torkel.

—Eso no lo sabemos. Pero tenía otro billete reservado: de Trondheim a Oslo, el 31 de

octubre. No llegó a coger el vuelo. Es todo lo que sabemos de ella.

—Buen trabajo —lo elogió Torkel—. Börje Dahlberg, de la IPO, no ha podido

encontrar nada acerca de ninguna Patricia Wellton. El nombre no figura en ningún registro, por lo que podemos suponer que quizá fuera un alias que no se había utilizado previamente.

—Y todo eso nos lleva a «Liz McGo…» —continuó Billy—. Como su carnet de

conducir estaba en el coche de Wellton, supusimos que las dos estarían relacionadas, de modo que empezamos por Frankfurt. Allí encontramos una Liz McGordon que había llegado a la ciudad el 28 de octubre.

Torkel enderezó la espalda. Parecía como si las novedades le hubieran insuflado nuevas energías. Eran muy buenas noticias. Había aparecido otra persona, alguien que había estado en la misma ciudad que una de sus sospechosas y al mismo tiempo. Miró la

pizarra y repasó lo que Billy había escrito.

—Entonces ¿llegó a Frankfurt un día antes de que Patricia Wellton abandonara la ciudad? —preguntó.

—Así es… —Billy parecía preocupado y menos satisfecho de lo que habría cabido esperar—. Pero tendrás que llamar de nuevo a Börje —añadió, casi en tono de disculpa—,

porque Liz McGordon tampoco existe, o por lo menos esta Liz McGordon.

—¡Maldición! —masculló Torkel mientras se hundía otra vez en la silla y trataba de

encontrar sentido a lo que acababa de oír.

Dos mujeres. Dos identidades falsas. Nunca había visto nada parecido. ¿Qué estaba pasando?

—¿De dónde venía? —preguntó Ursula.

—De Washington —respondió Jennifer mientras Billy seguía escribiendo en la pizarra

—. Con Delta Airlines. No tenemos ningún dato que indique que haya continuado el viaje

después de Frankfurt. Pero también tenía un billete de vuelta. Desde Oslo, el 1 de noviembre.

—¿Cómo pensaba llegar hasta allí?

—No lo sabemos.

Torkel trató de quitarse de encima la decepción y el cansancio que por un momento se

había permitido sentir. Se puso de pie y empezó a andar por la sala.

—Tenemos entonces que Liz McGordon viaja de Estados Unidos a Frankfurt el día 28.

Por su parte, Patricia Wellton vuela de Frankfurt a Estocolmo el 29 de octubre y continúa hasta Östersund, donde el día 30 alquila un coche. Tiene un billete reservado de Trondheim a Oslo, para el 31. Liz McGordon, por su parte, dispone de un billete para viajar de Oslo a Washington un día después.

Torkel se detuvo y consultó rápidamente lo que Billy había escrito en la pizarra.

—¡Patricia Wellton y Liz McGordon son la misma persona!

Se hizo un silencio mientras los demás asimilaban lo que Torkel acababa de decir.

—Pero Patricia, o Liz, o como sea que se llame, no llega a Trondheim, porque su coche sufre un accidente y alguien le prende fuego —prosiguió—. Su maletero contiene las mochilas que con toda probabilidad pertenecieron a las cuatro personas que encontramos muertas en la montaña. ¿Qué podemos deducir de todo eso?

—Que ella les disparó —se apresuró a responder Jennifer.

—Que está relacionada de alguna manera con sus muertes —la corrigió Ursula.

—No hallamos ningún arma en el vehículo.

Parecía una aseveración, pero Torkel la formuló mientras miraba a Ursula, que respondió con un gesto negativo.

—Quizá se la llevó el Buitre —propuso Billy.

—Lo habría dicho —opinó Ursula.

—Puede que la mujer se deshiciera del arma antes de subir al coche —sugirió Jennifer

—. Parece que era bastante profesional.

Torkel constató para su alegría que el clima en la sala había cambiado. Todos estaban

más animados, más despiertos. Bullían las ideas, y las respuestas se sucedían con rapidez.

Surgían teorías, que se analizaban y se aceptaban o se descartaban. Puede que Liz McGordon no existiera, pero su aparición había inyectado nueva vida a la investigación.

Ahora simplemente había que perseverar y seguir desenredando la maraña.

—Entonces, si aceptamos la premisa de que Liz y Patricia eran una misma persona, podemos suponer que esa mujer viajó desde Estados Unidos, cambió de identidad en Europa, vino a las montañas de Jämtland y mató a tiros a cuatro personas que aparentemente

formaban parte de un núcleo familiar, y después regresó de inmediato a Estados Unidos. Todo en menos de cinco días. Pasó menos de veinticuatro horas en estas

montañas. Los cuatro miembros de la familia estaban en un lugar perdido y apartado.

¿Cómo hizo para encontrarlos?

—Debía de saber exactamente dónde estaban.

—¿Cómo?

—Quizá los conocía —propuso Jennifer—. Puede que fueran norteamericanos.

—Los libros infantiles de la mochila están en sueco —observó Billy.

—Pero no hay ningún sueco desaparecido.

Todos volvieron a mirar el mapa que Billy había pegado en la pared. El área era enorme. A Jennifer se le ocurrió de repente una idea y tuvo que reprimir el impulso de levantar la mano, como en el colegio.

—Puede que acamparan con otra persona, que le habría comunicado a Patricia dónde

estaban. Incluso es posible que la ayudara a matarlos y a cavar la fosa.

Otra vez se hizo un silencio. Cada teoría alimentaba nuevas ideas. Todos sopesaron lo

que acababa de decir Jennifer, tratando de encontrar los puntos fuertes y los débiles de esa hipótesis.

Más de un asesino.

—Quizá por eso no hemos encontrado la tienda de campaña —prosiguió Jennifer—.

Patricia se llevó las mochilas, y su ayudante, la tienda.

—¿Y qué hizo después? —preguntó Ursula. Había algo en el razonamiento que no terminaba de encajar—. ¿Se marchó a otro sitio?

—Puede que se fueran juntos de la montaña y que empezaran a discutir por algún motivo durante el trayecto a Trondheim. El

ayudante mató a Patricia y siguió solo el viaje.

—En ese caso, habríamos encontrado la tienda dentro del coche. ¿Por qué iba a dejar

solamente las mochilas?

Jennifer guardó silencio. No podía negar que Ursula tenía su parte de razón. Billy tomó el relevo.

—Alguien tuvo que matar a Patricia. De eso estamos bastante seguros. Si no fue la persona que la ayudó en la montaña…

—Si es que la ayudó alguien —intervino Ursula.

—… entonces tiene que haber sido otra —prosiguió Billy, sin prestar atención a la pequeña interrupción.

—¿Un tercer asesino? —inquirió Ursula, sin poder disimular el tono de escepticismo.

La energía que animaba el ambiente se desvaneció con tanta rapidez como había aparecido. Sucedía a veces, cuando todo se volvía demasiado vasto y desordenado, y todas las hipótesis parecían posibles, pero ninguna resultaba del todo creíble. En ese momento, Torkel sintió que echaba de menos a Vanja, porque era la mejor en situaciones como ésa.

Conseguía que el grupo mantuviera la concentración y prestara atención únicamente a los

aspectos más importantes, y dejara de lado todo lo demás. Seguía una línea de investigación y lograba que los demás también lo hicieran. Torkel comprendió entonces la

importancia de Vanja para el equipo. Esperaba de todo corazón que se encontrara bien y que pronto pudiera reincorporarse al trabajo, después de que su padre hubiera demostrado su inocencia.

—Un asesino, dos, tres; una tienda de campaña, ninguna; con armas, sin armas… ¿Por

qué no nos centramos en lo que sabemos con seguridad? —preguntó, intentando

reconducir la conversación por el buen camino.

Un alarmante silencio se apoderó de la sala.

—¿No estamos seguros de nada?

—Sabemos… lo que sabemos —indicó Billy, señalando con un gesto la pizarra—.

Pero no es mucho.

—Yo he recibido un informe preliminar del forense de Umeå —dijo Ursula mientras

separaba un folio de la pila de papeles que tenía delante, sobre la mesa—. Le han enviado las fichas odontológicas de los dos holandeses y parece ser que se confirman nuestras suposiciones. Los cadáveres corresponden a Jan y Framke Bakker.

—Muy bien. ¿Eso es todo?

Torkel no pudo disimular la decepción en su voz y Ursula pareció tomarlo como una

crítica personal.

—Perdona —dijo—. Creí que habías pedido que informáramos sobre lo que sabemos

con relativa seguridad.

—Sí, sí, ya lo sé. Es sólo que…

Torkel dejó la frase inconclusa. Se daba cuenta de que no iban a llegar mucho más lejos, al menos esa noche. Tras un breve repaso de las tareas pendientes para el día siguiente, declaró terminada la reunión.

Cuando estuvo solo en la sala, se sentó a la cabecera de la mesa, unió las dos manos

delante de la cara y apoyó la barbilla sobre los pulgares. Se puso a contemplar la pizarra, las fotografías y los trazos de diferentes colores de la línea cronológica que había dibujado Billy, señalados con palabras clave o frases breves. Sabían con relativa certeza que estaban ante una mujer con dos identidades falsas, una de las cuales —por lo menos— estaba tan

bien hecha que le había permitido acceder a un vuelo internacional procedente de Estados Unidos, dos años después de los atentados del

11 de septiembre. Torkel suspiró. Tenía la sensación de que la investigación había dejado de ser sólo complicada para pasar a ser endiabladamente complicada.

Sebastian estaba limpiando todo lo que le recordaba a Ellinor en su apartamento. Ya había tirado las flores de la mesa y todas las velas extrañas con aroma a fresa o vainilla que su antigua compañera de piso se había empeñado en comprar. Ahora estaba en el cuarto de

estar, recogiendo los tapetes de ganchillo que Ellinor había distribuido sobre todas las superficies horizontales. Quería un espacio limpio y despejado, sin figuritas de porcelana sobre mantelitos hechos a mano. La mayoría de los objetos que recogió los había comprado Ellinor o procedían de su casa, pero algunos le resultaron conocidos. Se dijo que su reciente inquilina debía de haber registrado todos los armarios y los cajones, en búsqueda de objetos para «embellecer» el ambiente. Los más conocidos le recordaban a Lily, que no había sido tan «moderna y sensible al diseño» como Ellinor —ésas fueron las palabras que Ellinor había utilizado—, pero también había intentado poner un toque más

personal y hogareño en la casa.

Sebastian apartó esos pensamientos. Remontarse en el tiempo nunca le aportaba nada

bueno. Volvió a concentrarse en el presente. Lo peor de su preocupación ya había pasado.

Si realmente era Ellinor quien de alguna manera estaba detrás del problema de Valdemar

con la policía, entonces tendrían que salir mal muchas cosas antes de que alguien pudiera relacionarla con él.

Llamaron al timbre. Sebastian, que estaba doblando un gran mantel blanco, se detuvo

de golpe. «Hablando del rey de Roma», pensó. Tenía que ser Ellinor. No había nadie más

que llamara a su puerta a esa hora del día. Tras una breve reflexión, se dijo sencillamente que no había ninguna otra persona que llamara a su puerta, ni a esa hora del día ni a ninguna otra.

Primero consideró la posibilidad de esperar en silencio hasta que se marchara. Era una

buena estrategia a corto plazo, pero no impediría que Ellinor volviera una y mil veces.

Además, tenía un punto de cobardía. Era mejor expresarle claramente que no significaba

nada para él y que no sólo la había echado de su apartamento, sino que la había erradicado de su vida.

Volvió a sonar el timbre. Sebastian no tenía ninguna intención de dejarla pasar, por lo que no iba a poder enseñarle lo poco que quedaba de ella en el apartamento. Tendría que

conformarse con hacerla rabiar a distancia. Le haría notar que estaba en casa, pero que no pensaba abrirle la puerta. Se acercó rápidamente al equipo de audio y lo encendió. La radio estaba sintonizada en Favoritos chill out, la emisora preferida de Ellinor. Sebastian sonrió para sus adentros. Pocas cosas habrían podido irritarla tanto como descubrir que Sebastian estaba en casa y no la dejaba pasar mientras escuchaba su radio favorita. Subió el volumen. Estaba sonando *My Heart Will Go On*, interpretada por Celine Dion. Los dioses estaban de su parte, porque a Ellinor le encantaba esa canción. Giró al máximo el control del volumen. La música retumbaba en todo el apartamento y seguramente también

en la escalera. Celine cantaba a voz en cuello. Sebastian se sentó en el sillón más próximo, se recostó en el respaldo y cerró los ojos. Le habría gustado ser capaz de cerrar también los oídos, porque cada vez que escuchaba canciones estúpidas sentía como si se le estuviera acortando la vida. Ya no oía ningún ruido procedente de la puerta, pero supuso que Ellinor seguiría allí. Era imposible que se diera por vencida al primer intento. Decidió cantar el estribillo, para volver más manifiesta aún su presencia en el apartamento.

Comenzó de manera vacilante, porque no cantaba desde la adolescencia e incluso entonces

lo había hecho muy poco, pero aun así se animó. Seguramente su voz sonaba terrible, pero eso no le importaba. No era la excelencia musical

lo que estaba buscando, sino irritar lo más posible a Ellinor. Se puso a cantar a pleno pulmón.

«Near, far, wherever you *aaaare*…»

Al cabo de unos minutos, la canción terminó. En el silencio que siguió, Sebastian oyó

un nuevo timbrazo en la puerta. ¡Qué bien! ¡Cómo disfrutaba! Empezó otra canción. No la

reconoció, pero esperaba que tratara sobre la nostalgia del amor perdido.

Una nostalgia enorme.

Pero ¿no daría pie de ese modo a una posible malinterpretación? Se incorporó en el sillón. ¿No pensaría ella que él estaba ahí, en la soledad de su apartamento, escuchando sus canciones favoritas y cantándolas a voz en cuello porque la echaba de menos?

¡Mierda! Si pensaba eso, no se marcharía nunca. Era capaz de derribar la puerta.

Irrumpiría en su casa como una agente de protección civil, para rescatarlo de su soledad.

Sebastian se puso de pie tan bruscamente que incluso se mareó un poco, pero de inmediato se sobrepuso y corrió a apagar el equipo de audio.

—Sebastian, ¿qué estás haciendo? —preguntó una voz en el rellano.

Se quedó paralizado. Prestó atención mientras sentía que un frío glacial le paralizaba

las entrañas. No era la voz de Ellinor. Era la de Vanja.

—¡Ya voy! —gritó, y empezó a dirigirse hacia el vestíbulo, pero, con repentina inseguridad, se detuvo justo antes de abrir la puerta.

¿Sería realmente Vanja? ¿No habría oído mal? Después de todo, Celine Dion llevaba

casi tres minutos aporreándole los tímpanos.

—¿Eres tú, Vanja? —dijo con cautela.

—Sí. —Fue la inmediata respuesta.

Era ella. Delante de su puerta. Abrió enseguida, pero la sonrisa se le desdibujó. Era Vanja, sí, pero no lo parecía. Estaba pálida y abatida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él, con auténtica preocupación en la voz, al ver su aspecto lastimoso.

—Necesito hablar con alguien.

Y me has elegido a mí.

—Pasa —replicó Sebastian, apartándose.

Vanja entró en el vestíbulo, con la cara brillante por el sudor.

Necesitabas hablar y, entre todas las personas que hay en el mundo, me has elegido a mí.

Sebastian tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Era evidente que Vanja no apreciaría una sonrisa precisamente en ese momento, y menos aún una sonrisa satisfecha y autocomplaciente. Por lo tanto, compuso una expresión seria y grave.

—Aquí siempre serás bienvenida. ¿Cómo te encuentras?

Vanja lo miró con cierta curiosidad.

—¿Qué estabas haciendo hace un momento, cuando llamé al timbre?

Por un segundo, Sebastian no supo qué decir.

—Estaba…, ejem…, limpiando.

Vanja lo miró fijamente un instante y después sonrió. Puede que las sonrisas no estuvieran proscritas, después de todo.

—¿Cantas cuando limpias la casa?

Sebastian se vio obligado a asentir. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Contarle la verdad?

¿Decirle que lo había hecho para fastidiar a una antigua novia que probablemente era la culpable de que su padre estuviera en la cárcel? Estaba seguro de que a Vanja no la habría hecho feliz su sinceridad.

—Nunca lo habría esperado de ti —dijo ella finalmente, tratando de

mantener un tono

ligero—. Supuse que tendrías una señora de la limpieza. Y que te acostarías con ella.

Sebastian observó que la charla trivial estaba funcionando, porque Vanja parecía más

calmada. Decidió por lo tanto continuar. Estaba dispuesto a cualquier cosa para hacerla sentirse mejor. Para que se quedara. Necesitaba saber qué había ocurrido.

—La música me relaja.

—¿La de Celine Dion?

—Sí, es perfecta para limpiar. —Probó a sonreír un poco—. ¿Tú no tienes ninguna manía de ésas?

Vanja hizo un gesto afirmativo.

—Sí, pero no canto tan fuerte como tú.

Él se encogió de hombros.

—Ya sabes. Así soy yo: siempre me excedo. Ven, pasa.

Se volvió y entró en el piso por delante de ella. Después vio que Vanja había recuperado en parte su color mientras miraba a su alrededor con una curiosidad que Sebastian ya conocía.

—No sabía que vivías en un piso tan grande —comentó ella, sin poder disimular del

todo que estaba bastante impresionada.

—Ya te lo he dicho: siempre me excedo.

—Si puedes permitírtelo, ¿por qué no?

—De hecho, en otra época gané bastante dinero. Podemos sentarnos aquí.

Le señaló el cuarto de estar y el sofá bajo el gran ventanal, que tenía un aspecto realmente acogedor. Sebastian se había negado en un principio a que Ellinor lo trasladara hasta allí, pero ahora se daba cuenta de que era el lugar perfecto. La habitación parecía más

espaciosa con el sofá en esa posición.

—Siéntate mientras preparo café.

Vanja hizo un gesto negativo.

—Con un vaso de agua tendré suficiente.

Se sentó en el sofá y Sebastian se dirigió rápidamente a la cocina. Sacó una jarra grande y la llenó de agua, hielo y varias rodajas de limón. Era otra idea de Ellinor, que de pronto adquiría sentido. Quería hacer la mejor impresión posible. Quería ser una persona a quien fuera agradable visitar todas las veces que uno necesitara hablar con alguien. Cogió la jarra, dos vasos y volvió con Vanja.

La miró cuando estuvo a su lado y se dio cuenta de que parecía pequeña y frágil, con

los brazos cruzados delante del pecho, tensa y seria. La actitud distendida que parecía haber tenido en el vestíbulo había desaparecido. Sebastian se sentó frente a ella e intentó parecer tan comprensivo e interesado como le fue posible. Llenó los dos vasos de agua, bebió un trago del suyo y esperó un momento antes de hablar. Sabía que era lo mejor. En

ese tipo de situaciones, el interlocutor solía interpretar el silencio como sinceridad. Le

hacía pensar que la otra persona tenía tiempo para escuchar y que por lo tanto se tomaría muy en serio lo que le dijera.

—¿Es algo relacionado con Valdemar? —dijo Sebastian por fin.

Vanja asintió débilmente.

—¿Has hablado con él?

Ella solamente movió un poco la cabeza y Sebastian notó que se le empezaban a llenar

los ojos de lágrimas.

—Tómate tu tiempo. Empieza cuando quieras. Tengo todo el tiempo del mundo y hay

un montón de agua en la jarra.

Vanja lo miró agradecida.

—Fui a visitarlo. En la cárcel.

—¿Está preso?

—A la espera de lo que diga el juez.

Sebastian asintió, intentando parecer atento.

—¿De qué lo acusan?

—Malversación, estafa, abuso de confianza… —Vanja se encogió de hombros, como

para expresar que no tenía fuerzas para recitar la lista completa—. Es culpable —añadió, mirando a Sebastian a los ojos.

—¿Estás segura?

Ella asintió con desgana. Era evidente que habría deseado con todo su corazón que no

fuera así.

—Sí, pero no entiendo nada. La Unidad de Delitos Económicos ya lo había

investigado y había cerrado el expediente. Pero ahora han conseguido establecer una conexión con el caso Daktea.

—¿Cómo?

—No lo sé. Nuevas pruebas.

El escalofrío que Sebastian había sentido antes en la columna vertebral regresó con fuerza, acompañado de un leve encogimiento del estómago.

La Unidad de Delitos Económicos.

Nuevas pruebas.

Daktea.

Ellinor. No había otra explicación. No era inevitable que todo acabara apuntando en su

dirección, pero necesitaba tiempo para pensar y en ese momento no lo tenía. Se dio cuenta de que llevaba demasiados segundos sin decir nada. Esperaba que Vanja pensara simplemente que estaba preocupado por ella y no que estaba calibrando el alcance de su

propia responsabilidad dentro del drama.

—Tiene mala pinta —consiguió articular—. ¿Sabes al menos qué han encontrado? —

añadió, con la esperanza de averiguar algún detalle que pudiera exculparlo.

Vanja negó con la cabeza.

—El fiscal se llama Wennberg, y la responsable de la investigación, Ingrid Ericsson.

¿Los conoces?

—He oído hablar de Wennberg —dijo Sebastian en voz baja, poniéndose de pie.

Sus sentimientos eran muy contradictorios. Por un lado, le habría gustado subirse a la

mesa y ponerse a bailar. Por otro, se sentía inquieto y preocupado.

Había contratado a Trolle para que lo ayudara a bajar a Valdemar del pedestal en que

lo había colocado Vanja, y su plan había tenido mucho más éxito del que jamás se había

atrevido a soñar. En cierto sentido, las novedades eran increíblemente buenas, siempre y cuando no saliera a la luz su intervención en el caso. Valdemar caería del pedestal y Sebastian ocuparía su lugar. Lo habría derrotado. Ahora sólo tenía que obrar con cautela, para que el sueño se hiciera realidad. Empezó poco a poco, con sutil gentileza.

—Puede que haya una explicación. Valdemar es asesor económico y fiscal, ¿no?

—Sí.

—Quizá se haya visto envuelto en algún asunto, sin ser completamente consciente de

lo que estaba haciendo. Además, los delitos económicos son difíciles de probar.

No con el material que reunió Trolle.

Él mismo había analizado minuciosamente toda la documentación tiempo atrás; un tiempo que ahora le parecía una eternidad. Había extractos de cuentas en el extranjero, con nombres y fechas; pruebas inequívocas de los sitios adonde había ido a parar el dinero; pagos realizados a testaferros… Absolutamente todo. Valdemar no tenía escapatoria.

Sebastian se inclinó hacia Vanja y le dio el mejor consejo que podía darle.

—Tienes que ayudarlo, más allá de que sea culpable o inocente. Lo sabes bien.

Ella asintió y los ojos se le llenaron de lágrimas. Sebastian podía percibir su dolor.

Él en cambio estaba rebosante de felicidad.

Pero su alegría era inconfesable.

—¿Por qué no dijo nada? ¿Por qué no me lo contó? —preguntó ella de repente.

—No se atrevía.

—¿Por qué no? ¡Es mi padre!

No por mucho tiempo más. No por mucho tiempo.

—Mucha gente habría actuado como él —dijo Sebastian con calma mientras se ponía

de pie para ir a buscar pañuelos de papel—. Probablemente tiene miedo de perderte.

Guardó silencio. ¿Estaría presentando a Valdemar bajo una luz demasiado humana?

¿Estaría siendo demasiado comprensivo con él? Sabía que no podía criticarlo demasiado,

porque Vanja no había dejado de quererlo. Precisamente por lo mucho

que lo quería, se sentía tremendamente decepcionada. Por eso había venido a verlo a su casa. No debía olvidarlo.

Vanja quería mucho a Valdemar.

Sebastian no podía reprobarlo demasiado abiertamente, por mucho que lo hubiera deseado. Pero tampoco podía ser demasiado blando, para no animar a Vanja a perdonarlo.

Estaba obligado a encontrar un equilibrio, teniendo siempre presente su objetivo de aumentar la distancia entre ellos y actuar sobre la grieta abierta en su relación, y así tratar de ensancharla poco a poco. Tendría que echar mano de todo su repertorio para ganarse a

Vanja. En ese instante, era evidente que estaba enfadada y se sentía defraudada, pero habría otros momentos en los que desearía con todas sus fuerzas recuperar a su padre.

Sería entonces cuando Sebastian tendría que conseguir que lo eligiera a él y no a Valdemar.

—No entiendo por qué no me dijo nada —insistió Vanja, entre sollozos—. Es lo que

me duele más. Que me haya mentido.

Sebastian le tendió una caja de pañuelos de papel que había encontrado en un cajón.

Vanja se secó las mejillas y se sonó ruidosamente la nariz. Sebastian se sentó en el sofá, a su lado. Junto a ella. Necesitaba despersonalizar a Valdemar y transformarlo poco a poco en un símbolo. Es más sencillo odiar a los símbolos que a las personas reales. Ahí reside todo el secreto de las generalizaciones políticas, que abarcan grupos enteros de la población. Los grupos sin rostro son más fáciles de aborrecer que los individuos concretos: gitanos, homosexuales, judíos y también… delincuentes. Sebastian tenía que conseguir que Vanja viera a Valdemar simplemente como un delincuente y dejara de considerarlo su padre. No sería sencillo. Sin embargo, si alguien podía conseguirlo, ese alguien era Sebastian Bergman, y él lo sabía. Pero antes tenía que intimar un poco más con Vanja y volverse cada vez más humano a sus ojos a medida que Valdemar se

despersonalizaba. Hizo una inspiración profunda.

—Yo tuve una hija —dijo de repente.

—¿Qué?

Vanja levantó la vista y lo miró sorprendida, con los ojos enrojecidos por el llanto.

—Con Lily, la mujer con la que estuve casado. Nunca se lo he contado a nadie.

Vanja se lo quedó mirando.

—¿Qué le pasó?

—Murió en el tsunami de Tailandia. Tenía cuatro años.

—Dios mío.

—Le aferré la mano cuando vino la ola, pero la perdí. Se me escapó. —La miró con

toda la calidez de que fue capaz—. Por eso sé lo que significa perder a alguien.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

Sebastian la cogió de la mano y ella no la retiró.

Al llegar a esa casa, Vanja había encontrado a un colega.

Ahora lo veía como un padre afligido.

Era un paso en la buena dirección.

Dejaron a Eyer viendo la televisión y le dijeron que tenían que salir un momento. Eyer les preguntó adónde iban y después dijo que quería acompañarlos, pero Mehran había sido inflexible. Tenía que quedarse en casa, porque mamá y él necesitaban salir para hacer una cosa.

Ellos dos solos.

Shibeka se sorprendió tanto como Eyer del tono de Mehran, firme e

implacable de una

forma que no conocían. Pero funcionó, porque Eyer se acurrucó en el sofá sin hacer más

preguntas. Mehran se volvió entonces hacia su madre, que lo miraba asombrada.

—Vamos —dijo, dirigiéndose a la puerta del piso.

Ella ni siquiera tuvo tiempo de responder; simplemente lo siguió. En realidad, le habría gustado ir sola a hablar con Melika, la mujer de Said, ya que la conversación no iba a ser fácil. Pero cuando le dijo a Mehran que necesitaba hablar con Melika para pedirle que se reuniera con Lennart, su hijo se había mostrado tan inflexible con ella como hacía un momento con Eyer. En lo sucesivo —le había dicho— lo harían todo juntos. Quería estar presente en todo lo que hiciera su madre, al menos en lo que guardara relación con Hamid y el periodista sueco. No había nada que discutir. Ahora tratarían ese asunto entre los dos. Shibeka estaba orgullosa de que su hijo hubiera dado un paso adelante para asumir toda la responsabilidad, pero al mismo tiempo sentía que Mehran ya no confiaba

en ella. Era muy desgraciada. Su único propósito había sido buscar una respuesta y averiguar qué había sido de Hamid, y lo había hecho tanto por ella como por sus hijos.

Anduvieron en silencio en la fría noche de otoño. La temperatura había bajado mucho

desde la puesta de sol. Todavía faltaban un par de meses para el invierno, pero daba la impresión de que el frío iba a adelantarse. Torcieron a la izquierda y tomaron un atajo, a través de las colinas que se levantaban entre los grandes bloques de apartamentos. Melika vivía con su hijo en la otra punta del barrio de Rinkeby, por lo que tardarían unos quince minutos en llegar andando. Shibeka ya no la veía con frecuencia. Al principio, cuando sus maridos acababan de desaparecer, pasaban mucho tiempo juntas, pero ahora parecía como

si cada una le recordara demasiado a la otra lo que habían perdido. El apoyo que al principio se habían ofrecido mutuamente se había ido convirtiendo en constantes discusiones sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal. Melika no había recibido la visita de ningún sueco después de la desaparición, aparte de los agentes uniformados, y cuando

Shibeka se lo había hecho ver, estalló su primera discusión. Melika creía que Shibeka veía detalles sospechosos y conspiraciones en cada esquina, mientras que Shibeka, por su parte, opinaba que Melika se negaba a ver las diversas vías de investigación que se abrían ante ellas.

Las dos habían reaccionado de forma diferente a la pérdida. Melika culpaba de todo al

nuevo país donde vivían, y por eso se había encerrado en sí misma y había abrazado más

que nunca los valores y la cultura de su tierra de origen. A Shibeka le había pasado lo contrario. La necesidad de encontrar respuestas la había vuelto más activa. Había intentado aprender mejor el sueco y conseguir un trabajo, y en cuanto lo había conseguido, se había puesto a escribir cartas y a llamar por teléfono a las autoridades. No necesitaba encerrarse en su casa, sino averiguar lo que había pasado. Pero, en el fondo, Melika y Shibeka no eran tan distintas. Las dos eran mujeres que nunca se daban por vencidas.

Quizá por eso se habían distanciado. Habían elegido caminos diferentes y defendían sus decisiones a brazo partido, quizá con demasiado empeño, o al menos eso sentía Shibeka

en algunas ocasiones.

Cuando al cabo de un rato divisaron el edificio azul grisáceo donde vivía Melika, Shibeka sintió que se le encogía el estómago. ¿Podía salir bien lo que iban a hacer? ¿No sería mejor pedirle a Mehran que esperara fuera? En todo caso, sería más sencillo. Ya estaban delante del portal. Mehran se volvió hacia ella, la miró y le señaló unos columpios solitarios, en el parque infantil que se extendía a la izquierda del bloque de viviendas.

—Papá me estuvo columpiando ahí unos días antes de desaparecer.

—Sí, lo sé.

—Por eso no vengo casi nunca.

Shibeka asintió. Después, levantó la vista hacia el edificio. Había luz en la mayoría de las ventanas.

—No va a gustarle —dijo Mehran, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Ya lo sé.

—Quiere olvidar, como todos nosotros —precisó Mehran con cautela, y de repente pareció inmensamente triste.

—No, Mehran. Ella no quiere olvidar. Quiere que todo vuelva a ser como antes. Es lo

mismo que quiero yo. Pero hemos elegido diferentes caminos para conseguirlo.

Mehran la cogió de la mano y la miró. Sus hermosos ojos oscuros reflejaban un dolor

que su madre no había visto nunca.

—Pero, mamá, es imposible que todo vuelva a ser como antes.

Ella asintió.

—Eres muy sensato, Mehran. A partir de ahora, siempre te escucharé. Te lo prometo.

De repente, Mehran la abrazó. Fue muy bonito. Shibeka llevaba toda la tarde

queriendo abrazarlo y, por la forma en que él la estrechó, se dio cuenta de que a su hijo le había pasado lo mismo.

Ahora estaban juntos. Eran ellos dos.

Ella y su hijo mayor.

Hamid seguía vivo en él.

Billy estaba sentado en la terraza del albergue. Una enorme luna llena de un blanco amarillento brillaba junto a la montaña más próxima, difundiendo una luz fría sobre el torrente oscuro y el cercano ralo bosque de nudosos abedules. No se oía más que el ruido de la corriente impetuosa y, de vez en cuando, el grito de un ave de presa cuyo nombre Billy ignoraba. Nada más. El frío y el silencio resultaban

agradables. Billy no había mirado el termómetro antes de salir, pero calculaba que debía de marcar unos pocos grados sobre cero. No le preocupaba. Estaba bien abrigado. En realidad, había salido para llamar a My. Fuera del edificio había mejor cobertura, pero además le gustaba la sensación de poder moverse libremente, sin que nadie lo molestara, mientras hablaba con ella.

Habían pasado unos quince minutos desde la conversación. Le había contado a My todo lo que podía acerca de la investigación y ella lo había puesto al día sobre lo que había hecho desde que él se había marchado de Estocolmo. Lo echaba de menos. Todo le parecía

vacío y aburrido sin él, y quería saber si tenía una fecha aproximada de regreso. Billy le había contestado que no, pero le había asegurado que él también la echaba de menos. Tras decirse mutuamente lo mucho que se añoraban, Billy pensó que My sacaría a relucir de nuevo su proyecto de irse a vivir juntos, pero no dijo nada al respecto. Por un momento, Billy pensó que quizá se lo habría propuesto llevada por un impulso pasajero, cuando él

estaba a punto de irse de viaje. Tal vez ya se había arrepentido de haberlo dicho. Quizá había empezado a distanciarse de la idea en cuanto volvió a su casa. Cuando Billy se dio cuenta de que realmente esperaba que fuera así, sintió un poco de mala conciencia. Pero

fue como si ella lo notara, porque de repente le dijo:

—¿Has pensado un poco sobre lo que hablamos en el aeropuerto?

—No, en realidad no he tenido tiempo…

—Yo sí que he estado pensando.

Por supuesto que sí.

—Quiero que vivamos en tu casa.

—¿En mi casa?

—Me gusta la zona de Söder para vivir.

—A mí también.

Evidentemente satisfecha por haberlo dicho y por la respuesta recibida, My cambió de

tema. Billy se dio cuenta de que su «a mí también» podía interpretarse

como un «de acuerdo, entonces queda decidido», y no como un «bueno, ya veremos», que era lo que había querido expresar. Después, habían seguido hablando varios minutos más, se habían

repetido lo mucho que se echaban de menos y se habían despedido.

Ahora Billy estaba sentado en la terraza, mirando la luna. Llevaba un buen rato dejando vagar los pensamientos, pero siempre volvía al mismo tema, un tema que no era

precisamente la perspectiva de vivir con My.

Oyó pasos en la grava y se volvió. Jennifer venía hacia él, con una cerveza y dos tazas

de té sobre una bandeja, y un par de mantas bajo el brazo.

—Hola. Vi que estabas sentado aquí fuera. ¿Molesto?

—No.

—Te he traído cerveza y té, porque no sabía cuál de las dos cosas preferías —dijo mientras apoyaba la bandeja sobre la mesa.

—Cerveza, gracias.

—¿Una manta?

Le tendió dos mantas bastas, de color marrón oscuro, llenas de pelusas y con el logo

de la Asociación Sueca de Turismo impreso en letras de un amarillo sucio. Billy tuvo la

sensación de que las mantas eran más viejas que él. Bastante más. Aceptó una y se la echó sobre los hombros. Jennifer hizo lo mismo con la suya y se sentó. Billy bebió un trago de cerveza, Jennifer hizo lo propio con su té y dejó escapar un suspiro. Su aliento se convirtió en una nubecilla de vapor.

—¿Qué haces aquí fuera? —le preguntó a Billy, después de pasar un rato en silencio.

—Nada. Estoy aquí sentado, pensando.

—¿En la investigación?

—No.

—¿Ah, no?

—No. Cuando no estoy trabajando, desconecto totalmente. Me parece necesario

desconectar.

Jennifer asintió, para expresar que estaba de acuerdo. La filosofía de dejar el trabajo en el trabajo no era ninguna novedad, pero no por eso resultaba menos verdadera. Ella, por su

parte, no podía pensar nada más que en el caso desde que se habían embarcado en el avión para Jämtland. Había intentado dormir después de la última reunión de la tarde, había tratado de relajarse, pero fue imposible. Entonces había subido a la cocina a prepararse una bebida caliente y había visto a Billy en la terraza. Y ahora estaba ahí.

Bebió otro sorbo de té. Se le estaba enfriando.

—Parecías muy concentrado.

Billy asintió. Había estado pensando en el asunto que últimamente lo obsesionaba y que en muchos sentidos le parecía más importante incluso que el caso que estaban investigando.

¿Sería posible que Sebastian Bergman fuera el padre de Vanja?

No había tenido tiempo de analizar de nuevo todos los datos. Quería estudiar detenidamente la información: lo que sabía y lo que suponía, las aparentes pruebas a favor y las pruebas en contra. Repasar otra vez los lugares, las fechas y las hipótesis. Tenía pensado hacerlo esa misma noche, pero había salido para hablar con My y se había quedado sentado en la terraza. No era inconcebible que Sebastian fuera el padre de Vanja.

Era una posibilidad, aunque la teoría reposaba sobre bases más bien endebles: cartas que no había leído y premisas que no podía verificar. Aun así, la idea había ido arraigando en su cabeza. Solamente podía estar seguro de una cosa: si era verdad, Sebastian era el único que lo sabía. Si Vanja lo hubiera sabido, Billy lo habría notado. Vanja adoraba a su padre, o al menos a quien creía que era su padre.

—Tú le disparaste a Edward Hinde.

Billy regresó sobresaltado a la realidad iluminada por la luz de la luna. Se volvió hacia Jennifer, pero casi no pudo verla. Se había puesto la capucha de la cazadora y sostenía el té delante de la boca. Hablaba por encima del borde de la taza.

—¿Qué? Ah, sí.

—Supongo que te lo habrán preguntado muchas veces, pero ¿qué se siente?

Era lo primero que había pensado Jennifer cuando se encontraron en Arlanda y dedujo

quién era Billy. Ella nunca había desenfundado la pistola, pero en su fuero interno se había visto muchas veces con el arma en la mano.

Acción. Decisiones rápidas. La emoción de la persecución.

Aunque en todas sus fantasías sobre ese aspecto de su profesión, que verdaderamente

esperaba poder experimentar alguna vez, los malhechores siempre se rendían, por estar en inferioridad numérica o porque se sentían vencidos, derrotados. En sus fantasías, Jennifer nunca disparaba un tiro, ni menos aún mataba a nadie. A veces se preguntaba si sería capaz de hacerlo si en algún momento se veía obligada.

Se volvió hacia Billy, que guardaba silencio. Intentó interpretar si se había molestado,

o si simplemente estaba meditando la respuesta. Probablemente era lo primero. Ella misma se daba cuenta de lo mal que debía haberle sonado su pregunta.

«¿Qué se siente?»

Era la típica idiotez que preguntan los periodistas deportivos.

—Me parece que me he expresado mal —se disculpó ella—. Lo que quería decir es cómo se sobrelleva algo así. ¿Cómo has podido superarlo?

Billy se puso a pensar. No tenía ninguna respuesta preparada, porque, hasta donde podía recordar, nadie se lo había preguntado. Nadie del equipo, ni siquiera Torkel. Todos se habían preocupado por su bienestar, desde luego. Le habían asegurado que muy pronto

podría reincorporarse al trabajo y que estaba claro que no había podido actuar de otra manera. Que no había tenido opción. Pero nadie le había preguntado cómo se sentía.

Nadie se lo había preguntado de verdad, más allá de los habituales «¿qué tal estás?» o

«¿estás bien?» expresados en un tono de voz que dejaba bastante claro que nadie esperaba una respuesta demasiado profunda, ni demasiado sincera. Aunque todos tenían formación

especial para tratar con personas traumatizadas o en estado de choque, cuando el afectado era uno de ellos, parecía como si todos pensaran que lo mejor era no hablar del asunto.

Para eso estaban los psicólogos. De hecho, ni siquiera My se lo había preguntado, ahora

que lo pensaba. Habían hablado mucho del asunto, pero se habían centrado en la necesidad de utilizar la experiencia para su crecimiento personal, en lugar de cuestionar de manera destructiva su elección de profesión o su valía personal.

—El tipo iba a matar a Vanja —dijo Billy, encogiéndose de hombros —. Por eso he podido superarlo. Sebastian estaba herido y Hinde iba a matar a Vanja. No me dejó otra alternativa.

—Que fuera lo correcto no significa que fuera sencillo.

Billy se volvió hacia ella. Le acababa de decir que no había tenido elección. La mayoría de la gente se habría contentado con esa respuesta. Había hecho lo único que podía hacer. Si no había otra opción, tampoco tenía auténtica responsabilidad. Pero, por lo visto, eso no era suficiente para Jennifer. Billy creyó ver verdadero interés y empatía en su mirada. Merecía algo más.

—No me paro a pensarlo —apuntó Billy, sinceramente—. Nunca pienso en eso.

—¿Y es bueno no pensar?

—No lo sé. A mí me funciona.

Billy se volvió hacia la luna. Jennifer parecía haberse dado por satisfecha, porque ya

no le preguntó nada más. Se bebió lo que le quedaba de té y dejó la taza sobre la bandeja.

Probablemente, las dos últimas respuestas de Billy le habían hecho pensar que su colega

no quería hablar del tema, pero no era así. Billy quería hablar. Jennifer le caía bien.

Parecía deseosa de saber y de llegar un poco más allá del sensacionalismo y la atracción por la violencia. Parecía interesada en conocerlo mejor. Muy poca gente se interesaba en él. Habría sido una tontería desaprovechar la ocasión.

—Me gustó —dijo por fin, en voz tan baja que Jennifer tuvo que inclinarse un poco

hacia delante para oírlo—. Me sentí bien cuando lo maté. Por eso no pienso nunca al respecto.

No la miraba a ella. Tenía la vista fija en la luna. Más que hablar con Jennifer, parecía estar hablando consigo mismo. Ella no dijo nada. Ni siquiera se movió. Tenía la sensación de que, si hubiera hecho cualquier ruido, él habría tomado conciencia bruscamente de que ella estaba allí y habría dejado de hablar.

—El tipo lo merecía y estaba a punto de matar a Vanja, pero no debí sentirme bien.

Nunca pensé que yo fuera ese tipo de persona. No quiero serlo. Me da miedo la idea y por eso prefiero no pensar.

Jennifer no sabía qué decir. Esperaba que no fuera necesario decir nada más. Billy seguía mirando la luna. Si hubiera sido una película de Hollywood, lo habría cogido de la mano para consolarlo. Pero, como no era ninguna película, se quedó quieta, sin hacer nada.

Estaban en el cuarto de estar. Melika se había sorprendido al verlos ante su puerta a una hora tan avanzada, pero enseguida los hizo pasar. Preparó té rojo y los invitó a sentarse en el enorme sofá de cuero negro del que Said se había sentido tan orgulloso en otro tiempo.

Al cabo de un momento, regresó de la cocina, con una tetera y tres tazas sobre una bandeja y unos trozos de *baklava* dispuestos en un plato.

—Tendréis que perdonarme, pero es lo único que tengo.

—Es más que suficiente. No te preocupes —le respondió Shibeka con una sonrisa.

Melika observó con curiosidad a sus visitantes mientras les ponía delante las tazas y les servía el té humeante con la bonita tetera. Solamente se oía el chorro del té al chocar contra la porcelana. Después de unos instantes, cuando Shibeka se disponía a hablar, Mehran se le adelantó.

—Mamá tiene algo que decirte.

Shibeka le hizo un gesto de agradecimiento e intentó parecer tranquila y distendida a

los ojos de Melika mientras se preparaba mentalmente para una conversación que no iba a

ser fácil.

—Voy a necesitar tu ayuda.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó Melika, sentándose en una silla, frente a ellos.

No se había servido té. Era una señal.

—He estado hablando con un periodista de la televisión… acerca de Said y Hamid.

Los dos notaron que a Melika se le congelaba la expresión, como si la ligera incomodidad que parecía experimentar desde el principio se hubiera transformado de repente en profundo disgusto. Aun así, Shibeka prosiguió.

—Los sucesos le han parecido tan raros como a mí.

No pudo decir nada más. Melika se levantó bruscamente, se plantó delante de ella y empezó a hablarle de manera atropellada y en tono estridente.

—¡Basta ya, Shibeka! ¡No necesito que venga ningún desconocido a

decirme lo que es

raro y lo que no lo es!

—No es eso lo que he querido decirte.

—¡Sí que lo es! Te crees que eres la única en el mundo que sufre y ahora has ido corriendo a ver a un extraño, para que te diga que tienes razón. ¡Pero a mí no vas a enredarme en ninguna de tus locuras!

—No he ido corriendo a ver a nadie —replicó Shibeka, esforzándose por mantener la

compostura—. Escribí muchas cartas, hice muchas llamadas y ese periodista es el único que me ha contestado.

—¿Un hombre? ¿Un sueco? ¿Un desconocido?

Shibeka asintió débilmente. Melika iba y venía, sin poder estarse quieta. No parecía probable que volviera a sentarse mientras ellos estuvieran en su casa.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa, Shibeka? —Hablaba precipitadamente—.

¿Cuántas veces has hablado con él? ¿Lo has visto a solas?

Shibeka bajó la vista un momento. La conversación se había convertido en una pesadilla y no veía ninguna manera de eludir la catástrofe. De pronto, comprendió que había sido una tonta. Tenía que haber previsto esa reacción por parte de Melika, que ya estaba gritando.

—¿Lo has visto a solas? ¿No será por eso que está tan interesado?

Hizo la última pregunta en un tono malicioso, con la mirada fija en Shibeka, que estaba a punto de perder los estribos, pero sabía que era preciso conservar el control. No debía caer en la provocación. Si respondía con el primer exabrupto que le pasara por la mente, la situación empeoraría todavía más.

—Claro que no —dijo de pronto Mehran en tono sereno—. Yo estaba con ella. Mi madre sabe comportarse.

Por un instante, Shibeka no pudo ocultar su desconcierto. Jamás se habría esperado esa

respuesta por parte de su hijo. De hecho, casi había olvidado que Mehran seguía sentado a su lado. Sin embargo, el muchacho parecía impasible, y siguió mintiendo con total desparpajo, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

—Creo que merece la pena escuchar a ese hombre —prosiguió tranquilamente Mehran

con su nuevo timbre de voz, el que tenía desde esa misma tarde.

O tal vez hacía mucho tiempo que tenía una nueva voz, pero Shibeka nunca la había

escuchado antes. Parecía demasiado firme y segura para ser completamente nueva. Puede

que la llevara en su interior desde hacía mucho tiempo, a la espera de que fuera necesario utilizarla.

Shibeka permaneció en silencio, impresionada por la conducta de su hijo y a la vez inquieta. Sabía que era preciso decir algo, para que la mentira de Mehran no quedara al descubierto, pero le resultaba difícil orientarse en el nuevo paisaje que su hijo acababa de pintar para ella. Mehran, por su parte, no parecía tener ningún problema con su nuevo papel.

—También quiere hablar contigo —le dijo a Melika—. Mi madre y yo esperamos que

aceptes.

Para entonces Melika se había callado y los miraba a los dos. Al cabo de unos segundos, Shibeka se atrevió a abrir la boca. La calma de su hijo se le había contagiado.

—Melika —señaló—, ya sé que tú piensas que muchas veces me equivoco. Pero esta

vez estoy convencida de tener razón.

La expresión de Melika seguía siendo escéptica, pero incluso así se sentó. También ella parecía haber asimilado la serenidad de Mehran.

—No puedo. Si fuera una mujer, hablaría con ella. Pero, con un hombre, no puedo. Le

debo respeto a Said.

—Te entiendo —dijo Shibeka—. Llamaremos a Lennart y yo hablaré con él.

—¡No! *Yo* hablaré con Lennart —la corrigió Mehran enseguida—. Estoy seguro de que podremos arreglarlo de alguna manera.

Melika respondió con un gesto afirmativo y Mehran le sonrió, para tranquilizarla.

—Gracias, Melika —declaró Shibeka.

—Agradéceselo a tu hijo —replicó ella.

Sebastian había pedido comida al restaurante italiano de la esquina. Le insistió a Vanja para que comiera y sirvió la mesa en la cocina. Los platos eran de un bonito blanco marfil, con un fino reborde de plata. Los pesados cubiertos de aspecto elegante, las copas de cristal y el aroma delicioso de la comida componían un conjunto tan agradable y tentador que Vanja aceptó quedarse a cenar. Acababa de anochecer y Sebastian encendió un par de

velas. Comieron con apetito, charlando en amable intimidad. Si alguien los hubiera visto desde fuera, los habría tomado por dos viejos amigos que disfrutaban de una cena en casa de uno de ellos, como tantas otras veces. Sin embargo, era la primera vez que cenaban juntos. Para Vanja fue liberador, después de todo lo sucedido. Fue como tener de pronto

compañía dentro de la burbuja solitaria en la que se encontraba. No habría querido marcharse de esa cocina. Le habría gustado quedarse para siempre en el piso de Grev Magnigatan, junto al hombre que había demostrado unas cualidades que ella nunca le habría sospechado: la sinceridad con que le había hablado de su espantosa tragedia, su hospitalidad, la atención con que la escuchaba…

Era como si existieran dos Sebastians: el hombre del ego desmesurado, dispuesto a pisotear a todo el mundo a su alrededor sin el menor escrúpulo, y ese otro hombre sincero y amable que tenía delante, que había perdido a toda su familia y aun así seguía luchando.

Vanja se avergonzaba un poco, en parte por haber tenido tan mala opinión de él y haberse regodeado en sus malos sentimientos, y en parte porque nunca le había dado la posibilidad de mostrar ese otro lado. Sebastian le había aportado más perspectiva. Le había hecho ver que en realidad ella no sabía lo que significaba perder a alguien de verdad. La decepción que le había causado Valdemar era superable. Al menos estaba vivo, y eso le daría la oportunidad de seguir adelante y de elegir cómo quería que fuera su vida y si deseaba que Valdemar formara parte de ella. Quizá no estuviera tan sola, después de todo.

Vanja miró la comida que tenía en el plato. La pasta con mariscos estaba exquisita y no

evocaba en ella el impulso irracional que la había invadido antes. Era comida y nada más.

No podía provocarle ninguna dependencia. Era solamente comida. Y estaba muy buena.

¿Debía hablarle a Sebastian de su bulimia?

Él le había revelado su pérdida. Había compartido con ella su secreto. Pero no le pareció correcto. No estaban en un concurso para ver quién de los dos había sufrido más.

Por otro lado, su recaída había sido pasajera, un mecanismo de huida en una situación extrema. Ya se sentía mucho mejor.

Sebastian sacó una botella de vino blanco. Aclaró que él no bebía, pero se lo ofreció a

Vanja. Brindaron. El vino estaba a la temperatura exacta y tenía un sabor fresco y afrutado. Así tenía que ser la vida. Vanja decidió que se lo contaría, pero en otra ocasión.

En ese momento, no.

Le habría gustado saber más acerca de la hija de Sebastian, pero no se atrevió a preguntar. No quería agobiarle, ni hacerle daño. Pero su interés era auténtico y sincero. Se dio cuenta de que le gustaba ese Sebastian sentado a la mesa y de pronto comprendió por

qué tenía tanto éxito con las mujeres.

No era atractivo físicamente. Tenía sobrepeso y se le veía un poco envejecido. Era evidente que no cuidaba mucho su apariencia, pero era atento y sabía escuchar, y sin duda ese rasgo podía resultar seductor. Probablemente era su secreto, supuso Vanja. Hasta ese momento, nunca había pensado en ello. Cada vez que había tenido ocasión de considerar

esa faceta de la personalidad de Sebastian, había reaccionado con airada irritación. En su opinión, no hacía más que aprovecharse de las mujeres. Pero ahora podía comprender que

muchas entraran en su juego a pesar de todo. Sebastian tenía una rara habilidad para decir las palabras justas en el momento adecuado. Seguramente conseguía que sus conquistas se

sintieran interesantes y atractivas. Ése debía de ser su método, un juego que había desarrollado hasta la perfección a lo largo de los años.

Una técnica.

Nada más que un truco, en el fondo.

De repente, le vino a la mente una idea. ¿Y si estaba jugando también con ella? ¿Y si

el vino, la atención y la conversación sobre temas íntimos y personales no eran más que un truco?

¿Sería posible que actuara con tanta frialdad? ¿Sería toda su actitud nada más que un

plan para seducirla? Detuvo el movimiento de llevarse la comida a la boca y soltó los cubiertos. El vino le confirió el valor necesario para ir al grano.

—¿No estarás siendo amable solamente porque quieres acostarte conmigo?

Sebastian también interrumpió lo que estaba haciendo. ¿Fue un leve rubor lo que notó

Vanja en sus mejillas?

—¿Eso crees?

—No lo sé. Es la fama que tienes.

—Por el amor de Dios… ¡Tú y yo trabajamos juntos! Ya sabes que nunca hay que

mezclar los negocios con el placer.

Vanja se lo quedó mirando fijamente. Había algo en esa mirada azul grisácea que no

acababa de entender.

—Necesitaba preguntártelo. Nunca te había visto así.

—¿Así, cómo? —dijo él, inclinándose hacia ella, después de dejar los cubiertos sobre

el plato.

—Normal —respondió Vanja, encogiéndose de hombros—. Amable. Es la primera vez

que te veo así —repitió, y levantó la copa en su dirección.

—No lo hago porque quiera acostarme contigo.

—Me alegro, porque yo tampoco quiero tener nada contigo.

—Muy bien, ahora ya lo sabemos —dijo él con una amplia sonrisa. De repente, volvió

a ponerse serio—: Pero de verdad quiero que seamos amigos.

—Eres mi amigo. Te lo digo en serio. Y no me importaría beber un poco más de vino.

Sebastian volvió a llenarle la copa y Vanja empezó a comer de nuevo. No recordaba

cuánto tiempo hacía que no disfrutaba tanto de una cena. Él no hacía nada. Solamente la

miraba. Amistosamente, casi con amor.

Estaba seguro de que Vanja no había pensado ni una vez en Valdemar desde que se había sentado a la mesa.

Eran las dos de la madrugada y la botella de vino estaba casi vacía. Llevaban un buen

rato hablando de todo lo imaginable. Sebastian había logrado desviar la conversación de

los problemas de ambos, sin abandonar el tono de sencilla intimidad que habían descubierto.

Vanja apoyó pesadamente la cabeza sobre el respaldo del sofá. Sentía como si las cosas terribles que le habían pasado ya no fueran tan graves. El presente tenía más fuerza.

Probablemente el vino tenía su parte de responsabilidad, pero no era sólo el alcohol. Había conseguido quitarse de encima la imagen

agobiante de Valdemar, gracias a la amistad y a

las risas. No quería volver a casa. Cerró los ojos, pero no podía quedarse dormida donde estaba.

Tenía que regresar.

Estaba obligada a volver a su casa.

Pero no le apetecía marcharse. Casi habría sido más sencillo que él intentara seducirla.

No había nada sexual entre ellos. Sebastian no la atraía en ese sentido, pero una

insinuación suya le habría ahorrado la necesidad de decidir. Porque entonces habría podido quedarse en esa casa. Sabía que si sucedía algo entre ellos, sería una catástrofe en todos los sentidos. Pero, en ese momento, casi lo deseaba.

Sin embargo, descartó el pensamiento tan rápido como se presentó. Era una idea absurda y despreciable. No podía acostarse con un hombre para que la dejara quedarse a

dormir en su casa. Había bebido demasiado. Se levantó apresuradamente del sofá. Estaba

enfadada consigo misma y era probable que se le notara.

—Tengo que irme.

Sebastian la miró sorprendido, como si no comprendiera su repentina decisión.

—Por supuesto. ¿Quieres que pida un taxi?

—Sí, gracias.

Un poco más tranquila, Vanja rodeó la mesa baja del cuarto de estar, para dirigirse al

vestíbulo y ponerse los zapatos.

—Perdona —añadió—, pero se ha hecho muy tarde.

—Claro —Sebastian la siguió hasta el vestíbulo y se apoyó en el marco de la puerta—.

Si quieres, puedes quedarte a dormir.

Vanja lo miró frunciendo el ceño, pero él le sonrió una vez más, para tranquilizarla.

—Tengo una habitación de invitados. Hace muchos años que nadie la usa, pero si la quieres, ahí está.

No. Tenía que marcharse a su casa. Lo había decidido y no había nada que discutir. Sin

embargo, sabía lo que le esperaba. La imagen de Valdemar volvería para atormentarla cuando estuviera sola. Estaba segura. Cada vez que se despertara a lo largo de la noche en su pequeño apartamento, Valdemar estaría allí. Y con él, quizá volvería también el impulso de atiborrarse de comida.

—De acuerdo. Gracias —se oyó decir.

Sebastian hizo un gesto de asentimiento y se fue a prepararle la cama.

Vanja se quedó en el vestíbulo, sin comprender muy bien lo que acababa de suceder.

¿Finalmente estaba intentando seducirla?

Entonces ¿por qué no protestaba? ¿Por qué no se iba a su casa?

—¡Voy a ver si tengo un cepillo de dientes nuevo para ti! —le gritó él desde el otro extremo del apartamento.

Porque no quería.

Quería quedarse con Sebastian.

No se sentía acosado. Era más una sensación de estar siendo observado, pero estaba solo

en la habitación desconocida. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Por una puerta, presumiblemente, pero no parecía que hubiera ninguna. Al menos no veía ninguna detrás

de él. Si había una en el otro extremo de la sala, no la distinguía. El espacio era muy grande y había un par de focos que lo deslumbraban. Dio dos o tres pasos por el suelo de baldosas blancas y negras. Sus pasos despertaron ecos en la habitación. Olía a… champú.

Dio varios pasos más, pero no pareció acercarse demasiado al otro extremo de la sala, si es que existía ese otro extremo. Los focos lo cegaban y más allá había solamente tinieblas.

Empezó a sonar un carrillón. Lejos. En la oscuridad. El ruido fue aumentando en intensidad y se fue acercando, aunque él no se movía. Sintió un pinchazo en un costado, a la altura de las costillas, o quizá no fuera un pinchazo, sino más bien un puñetazo. Bajó la vista sorprendido, pero no vio nada. Solamente el suelo de baldosas blancas y negras. Otro golpe, esta vez en el esternón. El carrillón estaba prácticamente a su lado. La melodía le resultaba conocida, pero no lograba localizarla.

—Alexander…

Una voz de mujer.

Un nombre.

El suyo.

Alexander Söderling abrió los ojos. Estaba acostado al lado de Helena, con la cara perdida en su larga melena. A sus espaldas, sonaba su teléfono. Helena le dio un codazo en las costillas.

—Sí, sí, ya estoy despierto… —masculló mientras se volvía para coger el móvil.

La hora se acercaba más a la mañana que a la noche. El número, oculto. Aceptó la llamada.

—Aquí Alexander —dijo con voz ronca, y enseguida se aclaró la garganta.

—¿Alexander Söderling?

Por la manera de pronunciar su nombre, dedujo que su interlocutor era

norteamericano. Se sentó en la cama.

—Sí. O, mejor dicho, *yes*.

El hombre al otro lado de la línea le dijo su apellido y la organización que representaba, con marcado acento del sur de Estados Unidos. Alexander se dio cuenta de

que no quería tener esa conversación a menos de un metro de Helena, aunque todo pareciera indicar que ya había vuelto a dormirse. Se levantó y salió del dormitorio.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó desde el pasillo, y cerró la puerta tras él.

—Parece ser que la policía sueca está investigando la muerte de Liz McGordon.

Alexander volvió a aclararse la garganta, recorriendo descalzo el pasillo largo y estrecho, en dirección a la escalera.

—¿De quién? —preguntó al mismo tiempo que echaba un breve vistazo a la

habitación de Selma, antes de cerrar también su puerta.

—La mujer que murió en accidente de tráfico en el norte de Suecia, hace varios años.

Alexander se detuvo, de camino hacia la habitación de su hijo. Nunca había oído hablar de ninguna Liz McGordon.

—¿Estamos hablando de Patricia Wellton? —preguntó.

Notó cierta vacilación al otro lado de la línea y creyó distinguir un ruido de papeles. Al cabo de unos segundos, el hombre le respondió.

—Sí, puede ser.

—Entonces ¿por qué no me lo dijo?

Alexander sentía crecer la irritación en su interior. No quería tener esa conversación, ni mucho menos hablar de ese tema en su casa y con su teléfono móvil.

—Han encontrado varios cadáveres, según tengo entendido —prosiguió el hombre, sin

la menor señal que dejara traslucir que había oído la última pregunta.

Alexander cerró la puerta de Daniel sin mirar el interior de la

habitación.

—Sí, me he enterado —afirmó.

—Por lo que he podido saber —prosiguió el hombre, cuyo nombre Alexander ya había

olvidado—, han relacionado los cadáveres con Patricia Wellton.

¿Sí? Eso era más de lo que Alexander sabía. No se había conectado a internet desde las

tres de la tarde del día anterior, cuando había salido de la oficina, decidido a pasar el resto del día con la familia. Había llevado a los niños a nadar y después había preparado la cena

con Helena y había elegido el vino. No recordaba cuánto tiempo hacía que no cenaban con vino. Después de la cena, había acostado a los niños y les había leído no un cuento, sino dos. Había visto las noticias con su mujer, se habían terminado la botella de vino y habían subido a acostarse. Antes de dormir, habían hecho el amor, otra cosa que llevaban muchísimo tiempo sin hacer. Cuando por fin lo había invadido el sueño, se sentía casi como un padre de familia normal, alguien que no sabía nada de matanzas ni de norteamericanas muertas en la montaña. Pero eso había sido la noche anterior. Ahora la realidad le hablaba al oído desde la otra orilla del Atlántico y él estaba bajando la escalera para informarse.

—Eso es más de lo que yo sé —dijo con sinceridad mientras recogía el iPad que había

dejado sobre la mesa del cuarto de estar.

—Ha salido en los periódicos.

—Lo estoy mirando ahora.

Alexander buscó rápidamente la web del diario *Expressen* y, un segundo después, tuvo ante sus ojos el motivo de la llamada nocturna.

HALLAN UNA POSIBLE RELACIÓN ENTRE LA VÍCTIMA MORTAL DE UN ACCIDENTE Y LA FOSA

COMÚN DE JÄMTLAND

Leyó el artículo por encima. No había nada que apuntara a la nacionalidad

estadounidense de la mujer, ni a ninguna otra cosa. El texto mencionaba únicamente que la policía había establecido algún tipo de conexión entre el accidente de tráfico y los seis cadáveres descubiertos en la montaña. Pero no decía cuál era esa conexión, ni por qué se había establecido.

—¿Lo ha encontrado ya? —preguntó el hombre, con algo más que una insinuación de

impaciencia en la voz.

—Sí, lo estoy viendo, pero…

—En primer lugar —lo interrumpió el norteamericano—, es muy molesto que esto

haya aparecido ahora.

Alexander sintió que su creciente irritación subía un peldaño y se convertía en rabia.

¿Por qué lo llamaban para quejarse de cosas que no podía controlar? ¿Acaso no sabían que él no podía hacer nada al respecto? Ni entonces ni ahora.

—Verá usted —replicó, sin preocuparse ya por parecer amable—. Si de verdad

hubieran querido que no los encontraran, los habrían enterrado mejor, ¿no le parece?

—En segundo lugar… —prosiguió el hombre del teléfono, en tono sereno y voz

modulada, como si ni siquiera hubiera oído el último comentario.

—Escúcheme un momento —dijo Alexander, convencido de que le había llegado el

turno de interrumpir al otro—. Aquí son las cuatro de la mañana. Si tiene una lista de cosas que decirme, quizá sea mejor que me llame en horas de oficina.

—En segundo lugar… —Por el tono cortante que adquirió de pronto la

voz del

norteamericano, era evidente que el hombre no estaba acostumbrado a que lo

interrumpieran ni lo cuestionaran. Y que las pocas veces que alguien lo hacía, se molestaba mucho—. En segundo lugar, creíamos que la muerte de Patricia había sido un

accidente.

—Sí, ¿y qué?

—Por lo visto, la policía lo está investigando como si se tratara de un asesinato.

¡Mierda! Alexander se quedó paralizado. Enseguida comprendió lo que podía

significar que eso fuera cierto. Pero ¿sería posible que lo fuera?

No podía ser verdad.

Leyó una vez más el artículo relativamente breve. Sí, ahí estaba. El periodista mencionaba, en una frase, que el incendio del coche no parecía haber sido consecuencia

directa del accidente. ¡Mierda, mierda, mierda!

—Yo no sé nada de eso —dijo Alexander, notando para su decepción que la voz le fallaba un poco. Volvió a aclararse la garganta—. Según las informaciones que recibí, fue un accidente.

—Puede que lo hayan informado mal.

—O que el periodista de un diario sensacionalista haya publicado datos erróneos. No

sería la primera vez que pasa.

—Esperemos que sea eso último.

Se hizo un silencio. El hombre dejó la última frase suspendida en el aire, para que Alexander tuviera tiempo de deducir todas sus implicaciones. Lo hizo y sintió un escalofrío que la temperatura ambiente no justificaba. Aunque sólo llevaba puestos unos calzoncillos, en la casa reinaban siempre unos agradables veintiún

grados. La

climatización era solamente uno de los muchos aspectos de la vivienda que los habían convencido cuando habían estado buscando casa unos años antes. Helena había insistido

en marcharse del centro de la ciudad cuando los niños crecieron un poco. Huir del tráfico, disfrutar de un jardín… Entonces compraron esa parcela de tres mil metros cuadrados y esa casa de diseño en lo alto de una colina, con vistas al mar. Alexander se había retirado de las Fuerzas Armadas unos años atrás y había conseguido trabajo en Nuntius, mientras

que Helena escalaba posiciones dentro del Handelsbanken. Ahora tenían una buena vida,

ellos dos y los niños. O al menos la habían tenido hasta ese momento, cuando los

fantasmas del pasado parecían haber vuelto para acosarlo.

—Desde aquí podemos seguir los acontecimientos —prosiguió el norteamericano—,

pero le agradeceremos que dedique cierto tiempo a informarnos cada vez que aparezcan noticias nuevas.

Lo que en realidad quería decir era: «Averigua qué puñetas está pasando e infórmanos

de todas las novedades al instante». Era una orden disfrazada de amable sugerencia.

Alexander prometió que así lo haría y puso fin a la conversación. Dejó el teléfono junto al iPad y se puso a contemplar la oscuridad a través del ventanal. Después se fue a la cocina y abrió el frigorífico Sub-Zero PRO 48, que en su opinión les había salido injustificadamente caro. Dejó vagar un momento la mirada por el interior de la nevera, hasta convencerse de que en realidad no le apetecía nada, por lo que volvió a cerrar la puerta. Pensó en beber al menos un vaso de agua, pero también descartó la idea. Volvió al cuarto de estar con las manos vacías, se sentó en una de las sillas Hans J. Wegner que rodeaban la mesa del comedor y encendió una vez más la pantalla del iPad. Leyó por segunda vez el artículo, escrito por un tal Axel Weber. ¿Debía ponerse en contacto con ese Weber? Desechó casi de inmediato la posibilidad. Teniendo en cuenta sus antecedentes, una llamada no

habría hecho más que empeorar las cosas. En busca de nueva información,

echó un vistazo a la web de *Aftonbladet*, que no daba demasiada importancia a la historia, quizá porque la consideraba propiedad de la competencia. Los periódicos de la mañana habían informado de los cadáveres hallados en la montaña, pero no decían nada del vehículo incendiado, ni de la mujer muerta. Alexander dejó escapar un suspiro, apartó la tableta y se puso a pensar. No tardó en llegar a la conclusión de que hiciera lo que hiciese, y lo viera como lo viese, todas sus reflexiones iban a parar siempre al mismo lugar y a la misma persona. Era necesario decírselo. Coger al toro por los cuernos. Se inclinó hacia delante, cogió el teléfono y marcó un número de memoria. Hacía muchos años que no lo

marcaba y esperaba que todavía funcionara. Oyó varios tonos de llamada. Al cabo de un

momento, respondió un hombre.

—¿Diga?

No parecía que acabara de despertarse.

—Charles, soy Alexander —dijo él—. Söderling —añadió enseguida, para asegurarse.

—¿Qué quieres?

Directo al grano. ¿Por qué no? No había ningún motivo para hablar de

intrascendencias. Alexander no tenía buena opinión del hombre con el que se había visto

obligado a reanudar el contacto y sabía que el sentimiento era mutuo. Decir que tenía miedo habría sido una exageración, pero se sentía incómodo. Había algo en ese hombre que le resultaba particularmente desagradable. Un punto de imprevisibilidad.

—¿Qué pasó realmente en Jämtland? Con Patricia Wellton. Acaban de llamarme los

yanquis.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, ¿qué creías? ¿Que te estoy llamando a las cuatro de la mañana

para hacerte una

broma?

—No, me refiero a lo que has dicho. Los *yanquis.* No sabía que usabas esa expresión.

Hace décadas que no la oía.

Por el tono de voz, Alexander creyó distinguir que Charles estaba sonriendo. Como si

el asunto no fuera grave. Como si no fuera problema suyo. Decidió abreviar la conversación tanto como fuera posible.

—¿Tuviste algo que ver?

—¿En qué?

—En la muerte de Patricia Wellton.

—¿De verdad quieres saberlo?

«No —le gritó a Alexander una voz interior—. No, no quieres saberlo. Mientras no sepas nada, no tendrás que actuar, sino solamente reaccionar. No quieres saber nada.» La voz interior de Alexander tenía razón. No quería saber nada, pero tenía la obligación de averiguarlo.

—Sí, quiero saberlo.

—Entonces puede que tengas que mentirles a… los *yanquis.*

Alexander cerró los ojos. ¿De modo que Patricia Wellton había sido asesinada? La situación había empeorado en cuestión de minutos y estaba a punto de convertirse en catástrofe.

—No pensarás contárselo, ¿verdad? —prosiguió Charles al otro lado de la línea.

Alexander notó que ya no sonreía. En absoluto.

—En realidad, importa muy poco lo que yo pueda contarles —dijo Alexander,

esforzándose para que su tono de voz no pareciera resignado—. Si la policía descubre que fue asesinada, lo sabrán de todos modos.

—Es un problema.

—Así es.

—Pero el problema es tuyo, Alexander. Si me lo colocas a mí, me ocuparé

personalmente de que todos tus problemas se vuelvan todavía más grandes.

Una amenaza más. Ya había oído varias esa madrugada. No tuvo necesidad de pensar

una respuesta, porque el hombre simplemente le colgó sin despedirse.

Alexander dejó el móvil sobre la mesa, se levantó y se quedó un momento de pie, sin moverse. No sabía adónde ir, ni qué hacer. Solamente sabía una cosa: que esa noche ya no volvería a conciliar el sueño.

Sebastian no podía dormir. Le resultaba imposible. Había intentado encontrar una postura cómoda, pero, por mucho que se movía y daba vueltas, no lo conseguía. Aunque todo a su

alrededor estaba quieto y en silencio, parecía como si el apartamento bullera de vida.

Su hija estaba en casa.

Estaba en el dormitorio que Lily se había empeñado en amueblar, por si alguien los visitaba alguna vez.

Su hija.

Gracias, Lily, por insistir hasta salirte con la tuya.

Su cabeza era un torbellino de pensamientos, y por mucho que lo intentaba no lograba

centrarse en ninguno. Eran excesivamente numerosos y desordenados, y los temores se mezclaban con las esperanzas.

A las cuatro y media de la mañana, se dio por vencido y se levantó. Notó que el suelo

de madera chirriaba bastante y tuvo miedo de que el ruido pudiera despertarla. No quería que se despertara. En cuanto abriera los ojos, empezaría a pensar en marcharse. Ya la había notado tensa y en guardia la noche anterior cuando se había ido a la cama, inquieta por la posibilidad de que él acabara demostrando ser el hombre que en realidad era. Pero, a pesar de todo, se había quedado. Sebastian había conectado con ella de una manera que

antes ni siquiera se habría atrevido a soñar. Solamente necesitaban pasar más tiempo juntos, para que esa desconfianza se disipara por completo. Le haría comprender que no

pensaba abordarla nunca de la manera que ella temía. Cuando se sintiera segura a su lado, lo apreciaría todavía más. Lo pondría en un pedestal. Y nunca descubriría por qué Sebastian jamás intentaba llevársela a la cama. No lo sabría nunca.

Intentó andar de puntillas, pero las viejas tablas de madera del suelo crujían por todas partes. Se dio por vencido y las dejó sonar. Fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua.

Prestó atención, pero no la oyó. La noche anterior seguía envuelta para él en una especie de neblina. Aunque no había bebido, se sentía como si se hubiera emborrachado. Era la

embriaguez de las posibilidades que se abrían ante él. El destino había llevado a Vanja a su casa. Ahora le correspondía a él procurar que regresara, que volviera muchas veces, hasta que le resultara tan natural buscarlo como antes le había parecido normal ir en busca de Valdemar.

Se acercó a la habitación donde dormía. Encontró la puerta cerrada y apoyó el oído sobre la madera pintada de blanco. No oyó nada. Volvió a la cocina y llenó un vaso de agua para ella. Probablemente tendría sed cuando se despertara. Había bebido mucho a lo

largo de la noche.

Abrió con cuidado la puerta y entró en el pequeño cuarto de invitados. Estaba oscuro.

La única luz procedía del pasillo, a sus espaldas.

Parecía dormida. Solamente se distinguían los contornos de su cuerpo, bajo el edredón

de color beige, y su pelo sobre la almohada. Tenía la cara vuelta en la otra dirección.

Sebastian cerró la puerta sin hacer ruido y siguió avanzando. El ambiente estaba un poco cargado y olía a sudor y a alcohol, el típico olor de la resaca. Pero también era el olor de un ser humano y le pareció maravilloso. La habitación era muy acogedora, aunque un poco estrecha. Papel pintado azul claro en las paredes, una cómoda y una mesa de escritorio blancas, de estilo rococó, y una cama con cabecero de hierro forjado. Lily lo había comprado todo en una subasta en Norrtälje. Cosas bonitas que combinaban bien, sobre todo cuando había un ser de carne y hueso en la habitación.

Sebastian separó la silla del escritorio sin hacer ruido y se sentó junto a la cama. Los ojos se le habían habituado a la oscuridad y no necesitaba ninguna luz para ver a Vanja. Su respiración era tranquila y regular, y uno de los pies le asomaba por debajo del edredón.

Se había dejado puestos los calcetines blancos, que solamente le llegaban a los tobillos.

Sebastian sonrió entre dientes. De repente, había visto a la niña que Vanja aún llevaba dentro. Le habría gustado arroparla. Se sentía como el padre que nunca había podido ser

para ella.

Como el padre que quería llegar a ser.

Le habría gustado quedarse donde estaba, hasta que el amanecer se filtrara a través de

las persianas y le iluminara la cabellera rubia. Verla despertarse y mirar sorprendida a su alrededor. Pero se dio cuenta de que su presencia podía asustarla. De que incluso habría podido tomarlo por loco. Dejó con mucho cuidado el vaso de agua sobre la mesilla de noche y se recostó en el respaldo de la silla.

De repente, lo asaltó la imagen de Sabine.

No había pasado muchas noches sentado a su lado. En aquella época, no conocía aún

la fragilidad de la vida y todo lo daba por descontado. Pero recordaba una ocasión, cuando Sabine había caído enferma de gastroenteritis. Había tenido una fuerte discusión con Lily, sobre cuál de los dos debía quedarse con ella por la noche. Egoístamente, Sebastian pensaba que Lily exageraba el riesgo de que la niña se asfixiara si vomitaba mientras

dormía, pero al final había dado su brazo a torcer. Se habían dividido la noche entre los dos y a él le había tocado la madrugada.

Como ahora.

Volvía a estar sentado, velando el sueño de su hija. Pero esta vez no estaba irritado.

Ahora comprendía la necesidad de querer mucho a los hijos mientras se tienen cerca.

Y no en un futuro incierto.

El presente lo era todo.

Ahí estaba el secreto.

Sintió un impulso repentino. Se puso de pie sigilosamente, se inclinó hacia delante y,

con mano ligera, le apartó a Vanja el pelo de la cara. El tacto de su piel era cálido y terso.

Le dio en la frente un beso muy suave. No hizo más que rozarla con los labios. Un poco

avergonzado, se apartó. ¿Debía marcharse? Era preciso que tuviera más cuidado, ahora que ella lo había buscado y empezaba a apreciar su compañía. Sí, probablemente debía tener más cuidado. Pero le resultaba muy difícil, casi imposible. No había nada más bonito que una criatura durmiendo. Fue hasta la puerta, la abrió y se volvió otra vez para mirarla.

Ella se movió un poco.

—Sebastian…

—He venido a traerte un poco de agua —susurró él.

No podía haber notado el beso. De haberlo sentido, el tono de su voz

habría sido mucho más áspero.

—¿Qué hora es?

—Casi las cinco. Sigue durmiendo.

—Uf… Hoy será un día importante.

—¿Por qué?

—Hoy me darán la respuesta sobre el curso de Estados Unidos. O tal vez mañana.

Sebastian se quedó paralizado.

—¿Piensas ir de todos modos? ¿Después de lo que ha pasado?

—Precisamente por eso. Buenas noches.

Sebastian le vio la cara durante un instante fugaz, antes de que se diera la vuelta.

—Buenas noches.

Entonces, lo de esa noche tan sólo había sido un sueño. Nunca más volvería a dormir

en su casa.

Se marcharía muy lejos.

Volvería a abandonarlo.

Anitha Lund llegó temprano al trabajo. Siempre llegaba pronto a la oficina, a una hora en que la mayoría de la gente aún no se había sentado a desayunar o tal vez ni siquiera se había levantado. Solía llegar hacia las cinco y media. De ese modo, se libraba de sus compañeros de trabajo por lo menos durante dos horas. De hecho, ni siquiera los consideraba sus compañeros, ya que entre ellos no había ni rastro de compañerismo.

Empezaba la mañana preparándose un café con leche en la cocina

desierta del tercer

piso. Antes, cuando era jefa, había tenido un despacho para ella sola donde beber café.

Pero ahora se veía obligada a compartir la oficina con el resto de los mortales, y solamente desde la cocina podía disfrutar de unas vistas decentes. Se sentaba y contemplaba Kungsholmen a sus pies. Durante mucho tiempo se había colado en el despacho de su nuevo jefe, para tomar el café de la mañana, pero la habían descubierto una vez y ya no se atrevía.

Después del café, hacia las seis, se sentó en su escritorio, para trabajar un rato. Le llevó más o menos media hora clasificar las nuevas solicitudes. De ese modo, con la mayor parte del trabajo del día terminado, pudo dedicarse a lo que más le gustaba: curiosear por internet, buscar mierda en la red, visitar los foros de Flashback y escribir algún post en blogs sobre todo tipo de temas, desde el problema de la inmigración hasta la vida sexual de los famosos. Ése era su auténtico trabajo. El que hacía durante media hora por la mañana y otra media hora por la tarde era su medio de vida, su manera de ganar dinero. Nada más. Al principio, le había parecido humillante tener tan poco que hacer, pero, desde que había descubierto los foros de internet, sus escasas obligaciones laborales se habían convertido en una ventaja.

Cuando pasó por delante del despacho de Joakim —compartido con Viktor, que tenía

demasiado estilo para ser hetero—, notó que el ordenador estaba encendido. Una negligencia por su parte. Según las nuevas directrices, era obligatorio apagar todos los ordenadores una vez finalizada la jornada de trabajo, tanto por seguridad como para ahorrar energía. Era típico de Joakim creerse por encima de las normas. Pero su descuido podía resultarle útil. Echó un vistazo rápido a su alrededor y constató que la oficina seguía

tan desierta como antes. Joakim nunca llegaba antes de las ocho y media, y Viktor asistía a un curso esa semana. Disponía como mínimo de media hora, tiempo de sobra para ver si el

señor Investigación criminal había dado con una pista que realmente mereciera la pena.

Ése había sido su plan desde el principio: no ayudar a Lennart, sino comprobar si los nombres que le había proporcionado conducían a

alguna historia interesante y ver si la información podía beneficiarla a ella de alguna manera.

Se sentó en la silla de Joakim y desplegó el papel que le había dado Lennart. Los nombres eran Hamid Khan y Said Balkhi. Inmigrantes. «Nuevos suecos», como decían en

la televisión pública. También decían que venían a «enriquecer la cultura del país».

¡Siempre tan políticamente correctos los de la SVT! Siempre dispuestos a denunciar las injusticias, pero sin apartarse de los valores establecidos. Decían que estaban de parte de los débiles. Mentira. No querían saber la verdad. Porque la verdad duele. La verdad era que Suecia se estaba viniendo abajo por culpa del aluvión de inmigrantes. Eso era algo de lo que Anitha estaba absolutamente convencida.

Abrió la pantalla de inicio de sesión y consideró durante unos instantes qué nombre utilizar. Tenía cuatro favoritos, todos ellos de antiguos jefes, cuyas contraseñas había averiguado. Se preguntaba cuál de los cuatro llamaría menos la atención. Sabía que había tres cosas que quedaban registradas cuando alguien accedía a la base de datos: la hora, la dirección IP del ordenador y el nombre del usuario.

La hora era la que era y no podía cambiarla. Por otro lado, podía esperar al almuerzo,

cuando había más gente en la oficina. Sin embargo, las otras dos variables no la señalarían a ella, por lo que se sintió segura y decidió arriesgarse. Tras una breve reflexión, eligió a Gunnar Bengtsson, que trabajaba un piso más arriba y también solía llegar a primera hora de la mañana. Quizá pareciera extraño que Gunnar utilizara el ordenador de Joakim, pero

eso a Anitha le daba igual. Llegado el caso, sería él quien tendría que explicarlo.

Según las directrices, tenían que cambiar de contraseña cada noventa días, pero Gunnar se limitaba a cambiar un número al final del nombre de su perra: Molly1, Molly2,

Molly3, y así sucesivamente. A esas alturas, ya iba por Molly14. El sistema aceptó la contraseña y Anitha pudo acceder. Le resultaba muy difícil entender que las contraseñas no fueran dinámicas y que nadie comprobara si la gente realmente las sustituía por otras diferentes, a pesar de lo mucho que hablaban de seguridad y de adoptar nuevas

medidas de protección. Pero no iba a ser ella quien les señalara los puntos débiles del sistema. Se sentía llena de vida, como una niña traviesa. Lo que más le gustaba de todo, en esas circunstancias, era activar la función de búsqueda.

Encontró dos referencias a Hamid Khan y Said Balkhi. La primera remitía a un informe de la policía de Solna, que confirmaba su desaparición el 3 de agosto de 2003 y

señalaba que las autoridades de migración sospechaban que se trataba de una fuga voluntaria para eludir la deportación, tras denegarles de la solicitud de asilo. El informe incluía datos personales de los dos hombres, lo que resultaba perfectamente normal; sin

embargo, no especificaba las diligencias de la investigación, por lo que Anitha no pudo saber qué había hecho la policía para buscar a los desaparecidos, ni con cuánta energía los había buscado. La siguiente referencia era un poco más interesante. Estaba fechada una semana más tarde e indicaba que el caso se había transferido a la SÄPO, los servicios de inteligencia.

Nada más.

Intentó buscar en el archivo el nombre de la persona de referencia, pero no había nada.

Paró un momento y miró a su alrededor. Aunque todo hacía pensar que todavía estaba sola, se acercó a la puerta y aguzó el oído, para cerciorarse. La oficina seguía vacía y silenciosa. Se sentó y volvió a concentrarse en la pantalla. No lograba entenderlo. Según las normas, tenía que figurar al menos el nombre de una persona responsable con quien poder contactar, aun cuando la información sobre el caso tuviera la consideración de secreta o mereciera un tratamiento especial por cualquier otra razón. Pero no veía ningún nombre. Se habían infringido las reglas. El sistema se basaba en la transparencia y en la posibilidad de que todas las personas con derecho a consultarlo pudieran efectuar las búsquedas que consideraran oportunas. Y si les surgían dudas, debían poder contactar con la persona adecuada para despejarlas. Pero, en ese caso concreto, era imposible. Anitha no conocía del todo los protocolos de la SÄPO, por lo que quizá hubiera una explicación completamente lógica. Porque de no ser así, se le ocurría otra explicación más lógica todavía.

Y mucho más probable.

Alguien quería ocultar algo.

Quizá no fuera coincidencia que el señor Investigación criminal estuviera tan

interesado en el asunto.

Volvió al menú principal. Para asegurarse, hizo una nueva búsqueda con los números

de identificación personal de los dos hombres, juntos y por separado, para ver si aparecían otras referencias. No había nada más. Volvieron a aparecer los dos documentos de antes.

Se puso a pensar. No necesitaba nada más para empezar a trabajar. Anotó el nombre de la

persona responsable que aparecía en la primera referencia. Una inspectora de policía: Eva Gransäter, de la policía local de Solna. Probablemente no le diría nada. Anitha ni siquiera sabía muy bien cómo contactarla. Pero era importante proceder de manera sistemática, sobre todo cuando había tan pocos datos disponibles.

Justo cuando estaba a punto de cerrar la sesión, recordó que había otro dato que podía

resultarle útil: las fechas de las actualizaciones. Quizá pudieran ofrecerle alguna clave. El sistema estaba organizado de tal forma que la fecha y hora de cada actualización quedaban registradas automáticamente, tanto si se añadía nueva información como si se modificaba.

Era posible que también quedara algún registro en caso de que se eliminaran datos.

Merecía la pena comprobarlo.

Anitha seleccionó el segundo archivo y marcó la función de la fecha. Una pequeña ventana con varias cifras se abrió en la pantalla. La leyó rápidamente y sonrió. Se felicitó por su talento. Ya podían tratarla como la mierda, pero cuando hacía falta encontrar lo que otros habían escondido, no había nadie como ella.

El segundo archivo —el que se creó el 12 de agosto de 2003 e indicaba que el asunto

había pasado a manos de la SÄPO— había sido modificado hacía apenas veinticuatro horas.

No era posible recuperar los datos eliminados.

Ni tampoco consultar el nombre de la persona que los había borrado.

Pero hacía apenas veinticuatro horas, alguien había creído necesario eliminar

determinados datos de un archivo que había permanecido intacto desde el 12 de agosto de

2003.

No estaba ante un simple caso de desaparición tras una denegación de asilo.

Esto era otra cosa.

Algo mucho más grande.

Anitha disponía de horas enteras para dedicarle al caso. Sería una pequeña tarea más,

entre las muchas pequeñas tareas que le hacían más llevadera la jornada.

Ahora tenía algo que hacer.

Solamente debía decidir cuál sería su siguiente paso.

—Un día estupendo. Frío y despejado.

Así lo había saludado Klara, con su sempiterna sonrisa, cuando se habían cruzado en

el pasillo. Hasta ese momento, Torkel no le había dedicado ni un solo pensamiento al tiempo que hacía fuera del hotel. Ya tenía la cabeza demasiado llena de cosas esa mañana.

Primero lo había llamado Yvonne.

—He visto que estás en las montañas —le había dicho—. ¿Volverás para el fin de semana?

Torkel comprendió de inmediato por qué lo preguntaba. Su exmujer y Kristoffer pensaban hacer una escapada a Finlandia, los dos solos. Viernes y sábado. Un fin de semana romántico. Lo tenían organizado desde agosto y estaba previsto que las niñas se quedaran con él, siempre y cuando no estuviera trabajando en un albergue perdido en medio de las montañas de Jämtland. Se pasó la mano por la cara, con gesto cansado, y notó que necesitaba afeitarse.

—No lo sé, y aunque vuelva a Estocolmo, es probable que tenga que trabajar.

—De acuerdo, ya lo suponía. Buscaré otra solución.

No había resentimiento ni decepción en su voz, sino únicamente la constatación de una

realidad. Tenían un problema práctico y era preciso resolverlo. Yvonne era muy buena, pensó Torkel. Le facilitaba mucho la vida.

—Lo siento.

—Ya lo sé. Las niñas tenían muchas ganas de pasar unos días contigo.

Con esa afirmación no pretendía causarle mala conciencia, ni hacer que se sintiera mal. Torkel lo sabía. Sin embargo, consiguió las dos cosas.

—Hablaré con ellas y veremos si se nos ocurre algo.

—Hazlo, por favor.

Torkel echó una mirada rápida al reloj.

—¿Están en casa?

—No, ya se han ido al colegio.

—Entonces las llamaré esta noche.

—De acuerdo.

Probablemente ya no había más que decir. Los asuntos prácticos estaban solucionados.

Aun así, a Torkel le costaba despedirse.

—Y aparte de eso —dijo en tono ligero—, ¿todo bien en casa?

—Sí, esto está muy animado, con una niña en el ciclo superior y la otra en formación

profesional. Y, además, Elin tiene novio.

—¿De verdad?

—Sí, se llama Erik. Hace un par de semanas que salen. Va a su misma clase.

Su clase era el primer curso del programa de turismo y hostelería del Instituto John Bauer, al que Elin asistía desde agosto, después de matricularse sin consultarlo con su padre. Cuando Torkel se enteró de sus planes, se puso a buscar en internet para saber un poco más y no le gustó mucho lo que encontró. «Cuando termines la formación, podrás trabajar en la recepción de un hotel, en la organización de ferias y congresos, y en todo tipo de establecimientos de restauración», había leído al final de la presentación del plan de estudios. Siempre había esperado que Elin ambicionara algo más que ser recepcionista

o camarera. Aun así, no había dicho ni una palabra contra la decisión de su hija. ¿Qué derecho tenía él de expresar su opinión si nunca participaba en los debates que conducían a las decisiones? Pensaba que la relación con su hija era buena; pero aun así, en los últimos tiempos, cada vez que cuestionaba algo o preguntaba alguna cosa, Elin siempre le respondía que ya lo sabría si les dedicara un poco más de atención. Le dolía esa respuesta de su hija, pero a veces la verdad hace daño. Decidió que su actitud hacia su novio, cuando hablara con ella esa noche, sería totalmente positiva.

—¿Te lo ha presentado? —le preguntó a Yvonne.

—Sí, es un chico muy agradable. Se quedó a dormir el fin de semana pasado.

—¿A dormir?

—Sí, la noche del viernes.

Torkel estuvo a punto de preguntarle dónde había dormido y si disponían de camas extra para que durmieran en habitaciones separadas, pero enseguida se dio cuenta de que

sólo conseguiría parecer un hombre de otra época, como siempre. De hecho, la mayoría de

sus conocidos lo consideraban una especie de dinosaurio, por su manera de pensar y de actuar.

—¿No deberíamos… establecer unas normas? —propuso, en lugar de decir lo que estaba pensando.

—Ya las tenemos. Solamente pueden quedarse a dormir en casa del otro los fines de

semana, y no cuando tengan clase al día siguiente.

Cuando había preguntado por las normas, no lo había hecho para que Yvonne le explicara cuáles eran, sino porque quería participar en su elaboración. Pero sabía bien que, en opinión de Elin, la única con derecho a implantar reglas era su madre, ya que vivía con ella.

—Muy bien —se limitó a comentar.

—Cumplirá diecisiete años dentro de tres meses —dijo Yvonne, que parecía haber deducido de la breve respuesta de Torkel lo que en realidad estaba pensando.

—Ya lo sé. Es sólo que me siento al margen de todo.

—Eso solamente lo puede cambiar una persona.

—Ya lo sé.

—Las chicas lo cuentan todo si se lo preguntas.

—Ya lo sé —repitió una vez más, aunque no estaba muy seguro de que fuera cierto. Ya

no.

Cuanto más crecían sus hijas, más difícil le resultaba formar parte de sus vidas y llegar un poco más allá de las preguntas más simples sobre el colegio y los entrenamientos. No

se atrevía a profundizar en una conversación ni a hacerles preguntas sobre temas importantes: qué pensaban, qué sentían o cuáles eran sus sueños y sus proyectos. Y ellas ya no le contaban espontáneamente lo que hacían, como cuando eran pequeñas y hablaban

tanto que a veces casi tenía que pedirles que se callaran. Paradójicamente, cuanto más tiempo pasaba, parecía que sabía menos de sus hijas. La culpa era suya, desde luego. Para que la comunicación

funcionara, había que ocuparse de mantenerla.

—Lo siento, pero tengo que colgar —le dijo Yvonne, para gran alivio de Torkel.

—Yo también. Tengo que ponerme a trabajar.

—Llama a las chicas esta noche.

—Lo haré. Hasta pronto.

Torkel colgó y se quedó sentado un momento, con el teléfono aún en la mano. Cuando

se levantó para ir al baño a afeitarse, volvió a sonar.

—Soy Börje, de la IPO. ¿Te he despertado? —preguntó una voz en tono animado, cuando Torkel aceptó la llamada.

—No, ya me había levantado. —Torkel se sentó y sacó una libreta de notas—. ¿Has

averiguado algo?

No tenía mucho que decirle, al menos sobre Patricia Wellton. Según las autoridades norteamericanas, no había ninguna mujer con ese nombre, y con la edad adecuada, que tuviera nacionalidad estadounidense y fuera titular de un permiso de conducir expedido en Estados Unidos.

Quizá el nombre fuera un alias que la mujer utilizaba en el extranjero, pensó Torkel mientras Börje proseguía su exposición.

Con Liz McGordon, en cambio, habían tenido más suerte. No abundaba la

información, pero al menos habían encontrado cinco referencias, correspondientes todas a entradas o salidas del país: la primera, de abril de 2001; la segunda, del año siguiente, y la última, de 2003.

—Salió de Estados Unidos el 28 de octubre —explicó Börje—, pero no hay ninguna

constancia de que haya vuelto. Por lo demás, parece como si no existiera. No hay nada acerca de ella, en ningún sitio, aparte de esos viajes.

—Probablemente utilizaba otro nombre en Estados Unidos —dijo Torkel y decidió ser

sincero con Börje. Conocía bien a su colega y sabía que la información quedaría entre ellos—. Creemos que Patricia Wellton y Liz McGordon son la misma persona.

—¿En serio?

—Sí, y la razón por la que no volvió en 2003 es que murió aquí en las montañas, el 31

de octubre.

—¡Vaya! ¿Quieres que siga investigando, a ver si encuentro algo más?

Torkel pensó que no iba a hacer falta. Börje ya había encontrado todo lo que había sobre Patricia y Liz. No creía que fuera a aparecer nada más, a menos que descubrieran una tercera identidad.

—No, no es necesario —respondió—. Pero me gustaría hacerte una pregunta.

—Dime.

—El pasaporte falso con el que viajaba la mujer era suficientemente bueno para superar los controles de seguridad de los aeropuertos norteamericanos, después de los atentados del 11 de septiembre. ¿Quién hace falsificaciones tan buenas?

—¿Qué quieres decir?

Torkel dudó un momento. Era una idea que había tenido por su cuenta y que aún no

había comentado con nadie.

—¿No sería… una especie de funcionaria?

—No te entiendo. ¿A qué te refieres?

—Ya sabes… Una agente…

—¿De la CIA?

—O de otra organización. No lo sé…

—¿Hay algo que te haga pensar que lo era? —preguntó Börje.

Había interés en su voz.

Torkel no le contestó enseguida. Sí, había cosas que se lo hacían pensar: la doble identidad falsa, la perfecta planificación del viaje, la conexión con los cadáveres hallados en las montañas, las heridas de bala hechas por un profesional… Sin embargo, no era más

que una teoría sin demasiado fundamento, una idea que se le había ocurrido durante la noche y que podía tener consecuencias funestas para él si alguien se enteraba de que procedía del jefe de la Unidad de Homicidios.

—No, es una tontería. Olvídalo —le contestó a su colega en tono ligero—. Una simple

ocurrencia. No me hagas caso.

—De acuerdo.

—Gracias por todo.

Cuando puso fin a la llamada, se dio cuenta de que estaba muerto de hambre. Salió de

la habitación, se cruzó por el pasillo con Klara —que le hizo aquel comentario sobre el tiempo— y llegó al comedor. Lo encontró vacío, con la sola excepción de Ursula, que leía sentada a una mesa, en un rincón, con los restos del desayuno delante. La taza humeaba,

por lo que Torkel dedujo que debía de haberse servido más café para terminar de leer el

periódico.

Mientras se servía del bufet, se preguntó si no habría llegado el momento de marcharse

de Jämtland y continuar con la investigación desde Estocolmo. Por la distendida rutina matinal de Ursula, era evidente que tenían muy poco que hacer en la montaña. En cuanto a Jennifer y Billy, ni siquiera sabía dónde estaban. Era posible que no se hubieran levantado aún.

Cogió la bandeja con el desayuno y fue a sentarse con Ursula.

—Hola, ¿has dormido bien?

—Sí, ¿y tú?

—Yo también, gracias.

Se echó un poco de azúcar en el yogur con muesli mientras miraba a su alrededor para

asegurarse de que realmente no había nadie que pudiera oírlos.

—Te echo de menos —dijo en voz baja.

Ursula suspiró. Era justo lo que había temido cuando había visto que Torkel se

acercaba y se había dado cuenta de que estarían solos: que se pusiera íntimo, que sacara a relucir la relación entre ambos y la obligara a tomar algún tipo de decisión. Por eso suspiró. Pero Torkel supuso que suspiraba por el otro hombre que había en su vida.

—¿Es por Micke?

Sí, sin duda era por Micke, más allá de lo que Ursula decidiera contarle finalmente.

Tanto si le decía la verdad a Torkel como si le mentía, tendría que mencionar a Micke.

—Sí —respondió ella por lo tanto, con absoluta sinceridad.

Torkel asintió, comprensivo. Guardó silencio y se concentró en el yogur con muesli.

—¿Cómo…? ¿Cómo va todo entre vosotros? —preguntó por fin, sin levantar la vista

del plato, justo cuando Ursula empezaba a creer que su breve respuesta afirmativa sería suficiente.

Volvió a suspirar. La alternativa era sencilla: decir la verdad o mentir. Separados o casados. Difícil… o todavía más difícil.

—Últimamente estamos cada vez más unidos —contestó, casi en tono de disculpa.

—Entiendo —admitió Torkel.

—Tal como están las cosas, no me parece correcto que tú y yo… —

prosiguió Ursula.

Si iba a mentir, tenía que hacerlo bien—. Por eso he estado un poco esquiva contigo.

Tengo que darle una oportunidad a mi relación con mi marido. Es probable que no tengamos ninguna más.

—Claro que sí. Te entiendo perfectamente. —Torkel se limpió unos restos de yogur de

la barbilla—. Mucha suerte —añadió.

Lo decía de verdad. ¡Qué buena persona era Torkel! Ursula sabía que tarde o temprano

se enteraría de que Micke y ella estaban separados y de que le había mentido, pero de momento no quería pensar en eso. La crisis más aguda había pasado. Torkel mantendría las distancias.

Sonó el teléfono de Ursula.

Cogió la llamada, hizo dos preguntas breves y colgó.

—Era la gente del lugar del hallazgo —le dijo a Torkel—. Han encontrado las mochilas de los holandeses.

Lennart estaba irritado y Linda Andersson, eufórica. Iban en uno de los coches de la televisión pública sueca, en dirección a Rinkeby, pasando por Bromma. Linda conducía, con la radio puesta en un informativo. Shibeka había llamado a Lennart a primera hora de la mañana y le había arruinado el resto del día. Por lo visto, la mujer de Said se negaba a hablar con él, porque era un hombre, pero en cambio aceptaba conversar con una mujer.

Por mucho que Lennart había insistido, no había podido convencerla para que cambiara de

idea. Era la condición que había puesto Melika. Era eso o nada. Como último recurso, Lennart había insinuado que el contratiempo podía poner en peligro toda su colaboración, pero Shibeka ni siquiera había

prestado atención a su velada amenaza, y al final el periodista había tenido que dar su brazo a torcer y había prometido acudir a la cita con una colega suya. Shibeka se lo había agradecido.

Lennart pensó que nadie más le daría las gracias. Linda se alegraría mucho, desde luego, y Sture también, pero era muy poco probable que se lo agradecieran. Se encontraba justo en la situación que había tratado de evitar desde el principio. Su historia se le estaba escapando de las manos para convertirse rápidamente en algo ajeno. Un trabajo en equipo.

Por un momento, consideró la posibilidad de pedirle a Annika Morin que lo acompañara.

Era una periodista *free lance* de su confianza, pero si Sture se enteraba de que había sustituido a Linda por otra colega, se pondría furioso. Sture se daba cuenta más que nadie de que Lennart quería trabajar de manera independiente y brillar con luz propia. Por eso, tuvo que resignarse y tratar de sacar el mejor partido a la situación.

Llamó a Linda Andersson y le explicó brevemente lo que pasaba. Treinta minutos después, Linda ya había recogido el coche y lo estaba esperando. Nadie podía negar su eficiencia.

Lennart le hizo prometer que toda la información quedaría entre ellos y que sería él quien decidiría qué parte del material podrían utilizar. Linda respondió a todo de la manera adecuada. Dijo que sabía que la historia era suya y que estaba dispuesta a actuar a sus órdenes, ocupando únicamente el espacio que él quisiera otorgarle.

Sí, claro, siempre y cuando Sture así lo quisiera. Lennart comprendió que a partir de ese momento tendría que ir siempre un paso por delante. O quizá pudiera permitirse confiar en Linda. Aún no lo había decidido. Una parte de él sentía cansancio por tener que trabajar siempre solo, sin ayuda.

Había un atasco en el tramo norte de la inconclusa autopista de circunvalación de Estocolmo, justo delante de la abovedada sede del Svenska Enskilda Banken, y casi no avanzaban. Lennart lanzó un suspiro y se puso a mirar por la ventanilla. En el coche vecino, la conductora estaba bostezando. Detestaba los atascos. No podía entender que la gente pudiera pasar varias horas al día atrapada en ese infierno. En esas circunstancias, se alegraba de vivir en el centro y de desplazarse sobre todo en taxi y en metro. Contrariado, se metió un chicle de nicotina en la boca. Debía de ser el décimo y el día no había

hecho más que empezar. Linda le sonrió.

—¿Cuánto hace que intentas dejar de fumar?

—Lo dejé hace tres meses —mintió él.

—No estarás libre de la dependencia hasta que no dejes también los chicles.

«Ya lo sé —pensó Lennart—. Por eso no te he dicho que dejé de fumar hace dos años.

Para que no pienses que soy débil y no tengo voluntad.»

—¿Tú también fumabas? —le preguntó.

—No, pero estuve trabajando en un reportaje sobre la industria de los chicles de nicotina, que de repente ha adquirido un peso enorme. La nicotina ha pasado a ser un fármaco, y ahora los fabricantes de chicles consiguen unos beneficios impresionantes a costa de los antiguos fumadores.

Lennart la miró. El tema le parecía profundamente aburrido, pero necesitaba ser amable con ella.

—Qué interesante. —Fue lo único que consiguió articular.

Ni siquiera logró parecer sincero, pero Linda no lo notó.

—Por lo visto, tú y yo somos los únicos que lo encontramos interesante. Sture me rechazó el reportaje.

—Quizá no elegiste el ángulo adecuado. A Sture le gustan las grandes revelaciones, las

noticias que causan sensación…

—¿Como esto de ahora?

—Sí, si finalmente conduce a algún sitio. Me preocupa un poco estar yendo detrás de

un espejismo —dijo con sinceridad—. Tenemos que ganarnos a esas familias.

—Haré lo que pueda. ¿Sabes algo más sobre Melika?

—No, en principio no sé nada. Por eso tu contribución es muy importante.

Intentaba ser amable y demostrarle que era agradecido, pero tampoco quería pasarse de rosca.

—Como ya te he dicho, haré lo que pueda.

El semáforo cambió a verde y pudieron avanzar cuatro o cinco metros más.

Lennart sintió que necesitaba otro chicle.

—Hola, hemos venido a ver a Shibeka. Yo me llamo Lennart y ésta es Linda —le indicó con una amplia sonrisa al chico de quince o dieciséis años que les había abierto la puerta, nada más oír el timbre.

El muchacho hizo un gesto afirmativo, pero no les sonrió. Vestía vaqueros y camisa negra, y llevaba el pelo muy corto, como si acabara de rapárselo para la ocasión. Se los quedó mirando en actitud expectante y con cierta desconfianza.

—Yo soy Mehran Khan. Pasad.

Abrió un poco más la puerta y los hizo pasar al vestíbulo. El apartamento estaba bien

arreglado y olía a jabón. En las paredes había fotografías de la familia —Lennart reconoció a Shibeka en varias—, junto a tapices con arabescos bordados en hilo de oro. En opinión de Lennart, el ambiente era una agradable mezcla del sobrio estilo sueco, condimentado con toques y colores un poco más exóticos. Mehran les señaló en silencio

un perchero para que colgaran los abrigos. Lennart vio a Shibeka en el cuarto de estar, sentada al borde de un voluminoso sofá gris, con el pelo cubierto por un pañuelo negro.

Frente a ella, sentada en un sillón, Lennart distinguió a otra mujer, también tocada con un pañuelo negro, pero con el rostro vuelto en la dirección opuesta. Melika, probablemente.

Lennart saludó a Shibeka con la mano, pero ella desvió la mirada. Mehran lo miró con seriedad. Eso lo dijo todo. Estaban en casa de los Khan y tenían que respetar sus reglas.

Lennart se sintió como un estúpido. Había querido visitarlos para profundizar su relación de confianza. No podía entrar despreocupadamente en el piso, como si estuviera de visita en casa de un amigo.

—Tú quédate ahí sentado mientras nosotros hablamos —dijo el chico secamente,

indicándole a Lennart la luminosa cocina que se extendía pared con pared con el cuarto de estar.

«No le caigo bien —pensó Lennart—. No le gusto nada.»

Dedujo que la noticia de su encuentro con Shibeka en la cafetería no había sido bien

recibida y que tendría que esforzarse por establecer una relación aparte con el chico de mirada decidida.

—Esperaba poder charlar un rato contigo —precisó Lennart, intentándolo con

prudencia, pero Mehran no pareció interesado.

—Quizá más tarde. Ahora me quedaré con las mujeres. —Se volvió hacia Linda—.

Espera aquí un momento —le dijo—. Ahora vuelvo.

Se adelantó y condujo a Lennart a la cocina. Una vez allí, le señaló un taburete.

—Ahí tienes té, por si te apetece —le dijo mientras le señalaba la tetera marrón sobre

la mesa.

A continuación salió para reunirse otra vez con Linda.

Lennart se dejó caer en el taburete. Poco después, vio que Mehran conducía a Linda al

cuarto de estar, sin decir una palabra, y cerraba la puerta tras ellos. Enseguida oyó un murmullo amortiguado procedente de la sala. Daba la impresión de que Melika no entendía el sueco y de que Shibeka tenía que traducirle las preguntas. Por desgracia para Lennart, hablaban en voz baja y no oía nada de lo que decían. Consideró la

posibilidad de acercarse un poco más a la puerta, para oír mejor. Para eso estaba ahí y no para quedarse solo en una cocina bebiendo té. Pero desechó la idea. Mehran no mejoraría la opinión que tenía de él si lo sorprendía espiando. Se sentía marginado, pero no podía hacer nada al respecto.

Oía la voz de Linda en el cuarto de estar.

Parecía alegre, comprometida y llena de energía.

Era normal que estuviera contenta.

Estaba ocupando su lugar.

Las dos mochilas eran idénticas: dos Arc'teryx de sesenta y cinco litros, negras con detalles rojos. Jan y Framke Bakker parecían haber sido el tipo de pareja que, vistiendo de forma idéntica, quiere demostrar al mundo que están muy unidos. Los dos llevaban prendas deportivas grises con tonos amarillos y mochilas negras con detalles rojos. Incluso las botas de senderismo eran de la misma marca y modelo, según creía recordar Ursula. Se los imaginaba a los dos en verano, con idéntica ropa de entrenamiento e idénticas zapatillas Crocs, acampados a orillas de un lago, aunque eso ya no sucedería en el futuro, ni había sucedido nunca, porque las Crocs aún no se habían inventado cuando los dos hicieron un descubrimiento en la montaña que les costó la vida.

Con cuidado, Ursula dio la vuelta a las mochilas. Se conservaban asombrosamente bien a pesar del tiempo que habían pasado sepultadas. Estaban sucias y embarradas, como

era natural, y en varios puntos la humedad y el moho habían carcomido el material hasta

horadarlo, pero, aparte de eso, estaban en buen estado. No eran residuos lo que tenía ante sí, sino mochilas perfectamente conservadas.

Las habían encontrado a una decena de metros de los cadáveres, lo que confirmaba la

teoría de que el asesino o los asesinos no se preocupaban demasiado por la posible identificación de los holandeses. Era curioso, sin embargo, que se hubieran tomado el trabajo de cavar otro pozo al lado de la tumba. Pero a Ursula no le interesaba especular sobre los posibles motivos. No era su trabajo.

Había una tienda atada con doble fijación del fondo de una de las mochilas. Ursula la

desató con cuidado y la dejó por el momento a un costado, junto con un recipiente verde

de plástico que colgaba de un gancho metálico. Después, le dio la vuelta a la mochila sobre la mesa, hasta dejarla boca arriba. En lo alto encontró los restos de una esterilla y un saco de dormir, atados con correas semejantes a las que sostenían la tienda. Separó los dos objetos, los depositó junto a la tienda y el recipiente, e intentó abrir la mochila. Las hebillas de plástico estaban llenas de barro y suciedad, pero se abrieron con relativa facilidad. Cuando levantó la solapa, notó que había algo dentro de los dos bolsillos, por lo que intentó abrir la cremallera para cerciorarse. Por primera vez desde que había recibido

las mochilas en la sala acondicionada para la investigación —el mismo espacio donde había analizado previamente las bolsas halladas en casa de Harald Olofsson—, sintió que

el tiempo que los objetos habían pasado bajo tierra le dificultaba el trabajo. La cremallera no se abría. Cogió un cuchillo pequeño que tenía sobre la mesa y desgarró la tela a ambos lados de los dientes metálicos. En el primer bolsillo, encontró un juego de cuchillo, tenedor y cuchara metálicos; una navaja con varias funciones, que lucía a un costado un

escudo con una cruz blanca sobre fondo rojo; un frasco de repelente para mosquitos; medio paquete de pañuelos de papel, y varios apósitos para heridas. En el otro bolsillo, había una masa difícil de identificar, aunque guiándose por los restos de envoltorios, Ursula consiguió reconocer una bolsa que en otro tiempo había contenido chocolate, nueces, uvas pasas y otros alimentos energéticos.

Después cortó la fina cuerda que cerraba el compartimento interior de la mochila y de

inmediato comprobó que Jan y Framke Bakker le habían facilitado de forma considerable

la tarea. Todo el contenido estaba pulcramente ordenado en bolsas de plástico separadas, que durante todo ese tiempo habían permanecido bien cerradas. En algunas ni siquiera había penetrado la humedad. Extrajo una bolsa tras otra y las fue depositando sobre la mesa, a un costado. Para terminar, abrió los compartimentos exteriores, donde encontró, a un lado, una botella de agua, y al otro, un frasco de alcohol de quemar. Un poco más abajo, había un neceser y una cocinilla portátil Trangia. Cuando terminó de vaciar la mochila, la dejó aparte y empezó a abrir las bolsas de plástico que había sacado de su interior. La mayoría contenían ropa. Tal como había supuesto por la pesada tienda que llevaba atada, era la mochila de Jan. Dentro encontró pantalones cortos, camisetas, un impermeable, un jersey de abrigo y ropa interior. En el neceser había material para afeitarse, jabón, condones, desodorante, unas pastillas que probablemente serían analgésicos, un cepillo y un tubo de pasta de dientes. Se detuvo un momento y contempló

los objetos que había depositado sobre la mesa. La mayoría eran de plástico o habían estado guardados dentro de una bolsa del mismo material, por lo que el paso del tiempo

prácticamente no los había afectado, ni parecía haber dejado huellas visibles. Eran artículos simples y prácticos, como los que suele llevar la gente cuando se va una semana de acampada, una semana que los Bakker debían de haber planificado con atención y esperado ansiosamente. Pero el destino los había puesto en el lugar equivocado, en el peor momento posible.

Con un breve suspiro, Ursula levantó la segunda mochila. Separó la esterilla y el saco

de dormir que también tenía atados en la parte superior, y se dispuso a abrirla. Por el peso, notó una vez más que había algo dentro de los bolsillos de la solapa. Cuando ya había empuñado el cuchillo para abrirlos, sonó el teléfono. Número desconocido. Contestó a la

llamada.

—¿Diga?

—¿Ursula Andersson? —preguntó una voz femenina con acento cantarín del norte.

—Sí —confirmó ella.

Al mismo tiempo se preguntó si no sería conveniente recuperar su

apellido de soltera,

ahora que estaba separada. No tanto por su apellido en sí mismo, ya que le daba lo mismo llamarse Andersson o Lindgren, sino por la constatación de que ya no era una Andersson.

¿O lo era? Hacía mucho tiempo que llevaba ese apellido y era posible que ya fuera definitivamente suyo, aunque no tuviera un Andersson a su lado.

—Soy Renate Grossman, del Instituto de Medicina Forense de Umeå —dijo la mujer a

modo de presentación, interrumpiendo las reflexiones de Ursula—. El motivo de mi llamada son las seis personas halladas en Jämtland. Creo que usted es la responsable, si no he entendido mal.

—En realidad, el responsable de la investigación es Torkel Höglund. Pero puede informarme a mí sobre este asunto.

—En primer lugar, tenemos la causa de los decesos. —Ursula oyó que Renate

tecleaba, quizá para abrir en la pantalla de su ordenador los archivos buscados—. A los seis les dispararon con un arma de nueve milímetros. Cuatro de ellos presentan un impacto de bala en el tórax, pero no podemos determinar si esas heridas fueron la causa de la muerte. Aparte de eso, los seis recibieron dos balazos en la cabeza, disparados desde muy corta distancia, que debieron ser mortales.

—Cuando dice que cuatro de las víctimas presentan un balazo en el pecho, ¿quiere decir que las otras dos no lo presentan o que no es posible saberlo?

—Que no es posible saberlo con seguridad.

—De acuerdo —asintió Ursula—. ¿Algo más?

—Tenemos los resultados preliminares de las pruebas de ADN que solicitaron ustedes

para cuatro de los cadáveres, correspondientes a dos adultos y dos niños.

—¿Y bien?

—Los niños eran hijos de los adultos.

—Entonces, eran una familia.

—Así es.

Ursula guardó silencio. Desde el principio habían barajado la teoría de que fueran una

familia, pero la confirmación le produjo un escalofrío. Ahí fuera, en la montaña, algunos miembros de esa familia habían visto morir a los otros: los padres a los niños, o viceversa.

Solamente pensarlo resultaba horroroso.

—Los cadáveres presentan otras lesiones —prosiguió Renate—. ¿Quiere que se las enumere ahora o prefiere leerlas en el informe que voy a enviarles?

—Con el informe será suficiente, gracias.

Pero enseguida se arrepintió.

—Un momento. ¿Han descubierto algo que pueda servir para identificarlos?

Antes de responder, Renate tecleó unos minutos en silencio.

—No. A todos ellos les faltan los dientes, y no hay ningún tipo de prótesis ni nada que

pueda relacionarse con operaciones o estancias en un hospital. Lo siento.

—Gracias de todos modos.

—Suerte.

Finalizada la conversación, Ursula dejó el teléfono sobre la mesa, reflexionó un momento y volvió a cogerlo. Marcó un número y esperó.

Torkel contestó de inmediato.

—Han llamado de Umeå —dijo Ursula, sin saludar—. Los resultados preliminares de

las pruebas de ADN confirman que se trata de una familia.

—De acuerdo —respondió Torkel—. Así, ahora ya lo sabemos —

añadió enseguida,

para que Ursula no interpretara la brevedad de su respuesta como falta de interés o incluso como enfado por su parte.

—¿Recuerdas las familias que Vanja localizó en los archivos? —continuó Ursula—.

¿Una noruega y dos suecas?

—Sí.

—Me gustaría encontrar parientes cercanos, para comparar muestras de ADN.

—¿De verdad piensas que podría ser una de esas familias? —replicó Torkel con escepticismo en la voz—. Las fechas de desaparición no coinciden.

—Ya lo sé, pero quiero descartarlas definitivamente.

Torkel asintió. No le extrañaba que quisiera asegurarse. Ursula nunca dejaba nada librado al azar. Por eso era la mejor.

—Les pediré a Billy y a Jennifer que busquen a los allegados.

—Muy bien.

—Una cosa más —dijo Torkel, antes de poner fin a la conversación—. Si no

encuentras nada especialmente interesante en las mochilas de los holandeses, volveremos

a Estocolmo esta misma noche.

—Por fin —respondió Ursula y colgó.

Se guardó el teléfono y volvió a concentrar toda su atención en la mochila embarrada

que tenía delante, sobre la mesa. Sacó el cuchillo, desgarró la tela a lo largo de la cremallera y metió la mano en el bolsillo de la solapa. Algo duro. Rectangular. Metido en

una bolsa de plástico. O más bien en una doble protección de plástico, como pudo comprobar cuando extrajo el objeto y empezó a abrir el

envoltorio. Antes incluso de sacarlo de la segunda bolsa, creyó adivinar lo que contenía. Una cámara de fotos. Una cámara digital, pequeña y ligera. La batería se había agotado mucho tiempo atrás, como era de esperar, pero el compartimento de la tarjeta de memoria estaba cerrado y en apariencia intacto. Ursula no sabía qué podía pasarles a las fotografías guardadas en una tarjeta de memoria tras permanecer casi una década enterradas en una bolsa de plástico, en suelo húmedo. Pero sabía a quién podía preguntar. Esta vez no usó el teléfono. Fue directamente a ver a Billy.

Shibeka Khan hizo una muy buena impresión. Hablaba de manera enérgica y clara, y su

dominio del sueco era muy bueno, con un amplio vocabulario. Linda estaba entusiasmada,

sentada en el sofá junto a la mujer de la que tanto le había hablado Lennart. Al otro lado, también en el sofá, estaba el chico que les había abierto la puerta y que por lo visto era el hijo mayor de Shibeka. Había permanecido en silencio desde que se había sentado, pero,

con sus penetrantes ojos oscuros, seguía con interés cada palabra y cada movimiento.

Linda y Shibeka empezaron la conversación con unas cuantas frases de cortesía. Linda les agradeció a los tres la oportunidad de hablar con ellos. Shibeka fue amable y servicial, y dijo que se alegraba de recibir a los dos periodistas en su casa; pero la otra mujer, Melika

—un poco más joven y algo más entrada en carnes que Shibeka—, se mostró claramente

incómoda con la situación. Su desagrado resultaba evidente en su lenguaje corporal y en el tono de las frases breves y entrecortadas que decía de vez en cuando en su idioma. A Linda no le hizo falta conocer la lengua para saber que la entrevista no iba a ser fácil. El hecho de que Melika no entendiera ni una palabra de sueco y de que todas sus intervenciones tuvieran que ser traducidas por Shibeka volvían todavía más difícil para la periodista la tarea de derribar sus defensas y establecer con ella una relación de confianza.

El pastún era un idioma muy agradable al oído, y Linda procuraba mirar a Melika con expresión comprensiva e interesada mientras Shibeka le traducía sus preguntas. Al principio hablaron un poco del tiempo y de si estaban a gusto en Suecia. La conversación pasaba del sueco al pastún, y otra vez al sueco. Al cabo de unos minutos, la expresión de Melika empezó a suavizarse. Era difícil afirmar con seguridad que estaba más distendida, pero al menos sonrió un par de veces y dejó de rehuir la mirada de la periodista.

Para Linda lo importante era que todo saliera bien. Se daba cuenta de que Lennart no

apreciaba su compañía. Era uno de los mejores periodistas de la redacción, pero siempre

trabajaba solo. Por eso la situación era muy especial. Linda se había sentido enormemente orgullosa cuando le había pedido que la acompañara, y se había propuesto demostrarle que podía ser una valiosa colaboradora y no una enemiga.

—¿Cuántos hijos tiene, Melika? —le preguntó.

—Uno de ocho años. —Fue la respuesta que le llegó a través de Shibeka, al cabo de un momento.

—¿Cómo se llama?

—Alí.

Linda asintió.

—¿Eso significa que el niño no conoció a su padre?

Shibeka volvió a traducir, pero Linda entendió la respuesta antes de oírla, al ver el gesto negativo de Melika.

—No. Nació en noviembre de aquel año.

Era muy triste. Melika y ella debían de tener más o menos la misma edad. Ella iba a

cumplir treinta y tres en noviembre. La peor experiencia que había tenido en toda su vida era la muerte de su gato, tres años atrás. Melika, en cambio, había perdido a su marido cuando estaba embarazada y se había visto obligada a criar a su hijo sola. Probablemente tenían la misma edad, pero sus vidas no podían ser

más dispares.

—Tiene que haber sido muy duro —reconoció Linda, con sinceridad —. ¿Puedo

hacerle algunas preguntas acerca de su marido?

—Quiere saber para qué —dijo Shibeka, después de que Melika hiciera un gesto claramente negativo.

—Para ver si podemos ayudarlas a averiguar lo que sucedió. Para eso estamos aquí.

Para ayudarlas.

Shibeka miró a Melika y dijo unas frases breves en su idioma. Melika le respondió, en

tono aparentemente hostil, y Shibeka se volvió hacia Linda, con expresión un poco avergonzada.

—Quiere saber de qué manera podrían ayudarla ustedes.

Linda asintió con gesto comprensivo. Todavía no pensaba darse por vencida. Tenía que

encontrar la manera de superar las barreras que la separaban de esa mujer tan difícil de convencer.

—Intentamos averiguar la verdad.

Linda reforzó su respuesta con una sonrisa, pero no obtuvo ninguna reacción. Shibeka

se volvió hacia ella. Parecía decepcionada.

—Pregunta de qué nos servirá saber la verdad. Dice que la verdad no va a traerlos de

vuelta —tradujo Shibeka, y enseguida añadió un comentario propio—. Lo siento. Su actitud no es positiva.

—La entiendo, no se preocupe. Pero ¿no es mejor saber la verdad que ignorarla?

—Ella no lo cree así.

—¿No quiere saber qué pasó?

—No. Dice que ella ya lo sabe, que su marido vino a Suecia y trabajó mucho. Que era

un buen hombre, un hombre bueno y honrado. Y que, aun así, desapareció.

—Precisamente por eso queremos averiguar qué sucedió. Porque era un buen hombre.

Una vez más, la conversación pasó al pastún. Linda se recostó en el respaldo e intentó

aparentar tranquilidad. No podía mostrar excesiva curiosidad; tenía que parecer reposada y serena. Como no hablaba el idioma, su lenguaje corporal era doblemente importante.

Finalmente, Shibeka dijo algo que pareció funcionar, porque al menos el tono de Melika

se volvió más dulce y menos áspero.

—Dice que puedes preguntarle.

Linda bajó la vista hacia sus notas.

—Said tenía permiso de residencia, ¿verdad?

—Así es.

—¿Era dueño de un comercio?

—En sociedad con dos primos de Melika. Aquella noche, Said se quedó a cerrar la tienda, pero nunca más volvió a casa.

—¿Y sus primos no saben nada?

Shibeka negó con la cabeza.

—Yo he hablado con ellos y se lo he preguntado. Se marcharon unas horas antes.

—Pregúnteselo a Melika —le pidió Linda—. Me gustaría que me lo dijera ella.

Volvieron a hablar en pastún. La respuesta llegó enseguida.

—Dice lo mismo que yo.

—¿Problemas de dinero o de algún otro tipo?

Melika sonrió cuando entendió la pregunta. También Shibeka.

—Bueno, vivimos aquí, o sea, que no somos ricos. Pero las cosas le iban bien a Said

—explicó Shibeka—. De todos nosotros, era uno de los que estaba en mejor situación. Era

un hombre muy inteligente.

Linda les sonrió a las dos, aunque se sentía frustrada. La conversación era agradable,

pero no le estaba reportando nada útil. Tenía que hacer preguntas más concretas si quería llegar a algún sitio.

—¿También vino a verla un hombre unas semanas después, para preguntarle por Said?

¿Como el hombre que fue a verla a usted?

—Dice que no —respondió Shibeka—. No vino nadie.

Linda asintió.

Pero Melika no solamente había dicho que no. Mehran la miró, sintiendo que se le aceleraba el pulso. Llevaba todo el tiempo escuchando en silencio la conversación y podía asegurar que el tono de Melika había cambiado en cuanto las preguntas se habían adentrado por terreno delicado. Su madre también debía de haber notado la diferencia.

Melika estaba mintiendo. Estaba seguro. Alguien había ido a verla a su casa. No le cabía la menor duda. Decidió intervenir en la conversación.

—¿Y Joseph? ¿Te suena ese nombre, Melika? —inquirió en pastún.

Melika se volvió hacia él. Parecía asustada.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Linda a Mehran.

El muchacho no le prestó atención y miró a su madre con expresión

hosca.

—No se lo traduzcas, mamá. Esto tiene que quedar entre nosotros.

Tenía delante a una Melika diferente de la que conocía, una mujer que no quería estar

allí. Le respondió casi gritando.

—¡No! ¡No he oído nunca ese nombre!

Otra vez estaba mintiendo. Mehran lo sabía.

—Yo sé que Said lo conocía. Ahora dinos la verdad. A ella no —añadió, señalando a

Linda con un movimiento de la cabeza—. A nosotros.

Melika negó con furia.

—¡No sé quién es! ¡Ya te lo he dicho!

Se hizo un silencio y Linda los miró desconcertada.

—¿Puede traducirme alguien lo que acaba de decir Melika?

Mehran notó que Shibeka se disponía a decir algo, pero él se le adelantó.

—Dice que no quiere seguir hablando.

Linda se encogió de hombros, perpleja.

—¿Por qué?

—Es lo que ha dicho —respondió Mehran mientras se ponía de pie—. Así que hemos

terminado.

Linda se lo quedó mirando, seguía desconcertada.

—¡Pero si acabamos de empezar!

Mehran comprendía su frustración. La periodista se daba cuenta de que había pasado algo, pero no sabía qué, ni podía averiguarlo.

Pronto conocerían la verdad. Pero no se le manifestaría a la rubia con

quien estaba hablando su madre, ni al hombre sentado en la cocina, sino a él.

Tenía que encontrar a Joseph.

Håkan Persson Riddarstolpe se encontraba en su pequeño despacho del sexto piso de la Dirección General de la Policía, dando los toques finales a los últimos informes, cuando alguien llamó a su puerta abierta. Levantó una mano y, sin darse prisa, terminó de escribir la frase inconclusa, antes de volverse hacia la entrada. Esperaba que su cara expresara que estaba muy ocupado. Pero su precaución fue inútil.

Fuera cual fuera el mensaje que quería transmitir, su cara asumió enseguida una expresión de absoluta perplejidad al reconocer a la persona que se había presentado en su despacho.

Sebastian Bergman.

Håkan Persson Riddarstolpe habría podido enumerar fácilmente al menos un centenar

de personas cuya visita a su oficina le habría sorprendido menos, entre ellos el rey de Suecia y Meg Ryan, de quien esperaba secretamente que algún día llamara a su puerta, desde que en 1989 la había visto en *Cuando Harry encontró a Sally*.

—Hola, ¿cómo va todo? —dijo Sebastian, como si tuviera la costumbre de asomar la

cabeza de vez en cuando para charlar un rato, aunque en realidad hacía años que no se veían. Más de diez, calculaba Håkan.

—¿Qué demonios quieres?

Håkan no logró disimular en su voz el asombro ni el rencor.

—¿Puedo pasar un momento? —preguntó Sebastian y de inmediato entró en la sala, sin esperar el «no» que muy probablemente iba a escuchar. Retiró varias carpetas que encontró apiladas sobre una silla y se sentó.

Håkan Persson Riddarstolpe contempló con una expresión que sólo podía interpretarse

como de disgusto al hombre que había invadido su despacho sin ser invitado.

Típico de él.

Si Sebastian Bergman quería entrar y sentarse, entraba y se sentaba.

Sin pararse a pensar si llegaba en mal momento, si podía molestar o si tal vez Håkan tenía visitas. No había cambiado nada desde la última vez que lo había visto, diez años atrás. Por lo visto, el universo seguía girando en torno a Sebastian Bergman.

En otra época, habían hablado bastante a menudo. Eran más o menos de la misma edad, tenían una formación similar y trabajaban en la misma organización. Habría sido exagerado decir que eran amigos, pero habían tenido una relación de respeto mutuo, o al

menos eso pensaba Håkan.

En 1999, Sebastian estaba en pleno apogeo. Los dos libros sobre Edward Hinde le habían reportado fama y prestigio, que en opinión de Håkan eran merecidos. Se había convertido en una auténtica autoridad en su campo y con frecuencia lo llamaban de los informativos y las tertulias de la radio y la televisión, para que comentara los crímenes más brutales y explicara los rasgos psicológicos de las personas que los cometían. En cuanto Sebastian se retiró de la vida pública, su puesto lo ocupó Leif G. W. Persson, aunque Håkan habría podido ser perfectamente la persona que estuviera en ese lugar, arrojando luz sobre los crímenes más complicados.

Habría podido ser esa persona.

De hecho, lo habría sido si Sebastian Bergman no se hubiera entrometido.

En 1998, Sebastian se había ido a vivir a Alemania —a Colonia, si Håkan no recordaba mal— y había dejado el terreno libre para un sucesor.

Más o menos un mes después, aparecieron los cadáveres de tres chicas en la galería de

una mina, cerca de Sala. El ayuntamiento tenía previsto abrir al público los túneles clausurados desde los años cincuenta y, durante una visita de inspección, se produjo el macabro hallazgo. Los cuerpos de las tres adolescentes yacían entre cojines, animales de peluche y velas consumidas. La autopsia reveló con relativa celeridad que las jóvenes habían muerto tras ingerir oralmente una sustancia tóxica. En el lugar aparecieron también un termo con dibujos de flores, que contenía restos de té envenenado, y tres tazas, una al lado de cada chica.

La ausencia de Sebastian había dejado un vacío mediático que era preciso llenar.

Håkan Persson Riddarstolpe, recién contratado por la Dirección General de la Policía, vio su oportunidad. Habría sido una tontería desaprovecharla. El caso tuvo una repercusión enorme y enseguida se hizo sentir la necesidad de un experto que explicara a toda Suecia por qué tres chicas jóvenes, bastante solitarias y de tendencia aparentemente «alternativa»

habían decidido quitarse la vida en el interior de una mina abandonada.

Håkan era la persona ideal para satisfacer esa necesidad.

No sólo se convirtió de un día para otro en especialista en suicidios colectivos rituales, sino que además, en su calidad de psicólogo, pasó a ser la persona más versada en todo lo referente a la vulnerabilidad de las adolescentes, agobiadas por las crecientes demandas

que les imponía la sociedad. Pronto empezaron a invitarlo a los estudios de radio y televisión, donde no tardó en pontificar sobre la obsesión por la propia apariencia, la perversión de las normas, la presión social y la falta de autoestima. Estaba donde quería estar. Donde siempre había debido estar.

Hasta que Sebastian Bergman decidió volver de Alemania.

Tiempo después, Håkan había tratado de averiguar la razón del regreso de su colega,

pero no parecía que hubiera ninguna, aparte del deseo de ponerlo a él en su sitio.

Y lo consiguió enseguida.

Tras pasar poco más de un día en Sala, Sebastian Bergman anunció que las tres chicas

habían sido asesinadas y, unas horas después, la policía científica le dio la razón. En una repetición de las autopsias, se hallaron signos de violencia para la administración del veneno. Entonces intervino la Unidad de Homicidios y, si bien Sebastian no participó activamente en la investigación, se llevó gran parte de los honores —inmerecidamente, en opinión de Håkan— cuando por fin el asesino cayó en las redes de la policía.

Pero eso no fue lo peor. Mucha gente comete errores, pero después se recupera y tiene

una segunda oportunidad. Lo peor fue que Sebastian apareció en un programa de máxima

audiencia y se ocupó de dejar la reputación de Håkan por los suelos. Dijo que todos aquellos que habían afirmado que se trataba de un suicidio colectivo deberían volver a los bancos del colegio y elegir otra carrera, porque era evidente que la psicología no era lo suyo. Además, en el transcurso del programa había utilizado palabras y expresiones que Håkan empleaba a menudo y que, en boca de Sebastian, resultaban ridículas y totalmente

inadecuadas.

Sí, era posible recuperarse después de cometer un error. Pero cuando el rey de la especialidad lo pulveriza a uno ante los ojos del público y lo relega para siempre a las filas de los inútiles, no hay segunda oportunidad que valga. Håkan podía alegrarse de haber conservado el empleo en la Dirección General de la Policía. De hecho, sabía que después

del incidente de Sala, algunos de sus superiores habían puesto en tela de juicio su valía.

Pese a todo, aún seguía ahí, aunque muy lejos de los focos de la prensa, de los casos mediáticos y de las investigaciones más complicadas. Su área de trabajo eran los recursos humanos. Se ocupaba de la selección del personal, de los tratamientos de apoyo en caso de situaciones traumáticas y de la valoración de los solicitantes de becas o de promociones.

Así estaban las cosas trece años después. Seguía en el mismo despacho, haciendo lo mismo de siempre, lejos de la atención pública

y del dinero. Muy lejos del éxito que había alcanzado el hombre que tenía sentado enfrente.

—¿Qué quieres? —le preguntó otra vez Håkan, de manera más neutral y en un tono de

voz más controlado.

—Un favor —contestó Sebastian, con tanta naturalidad como si le estuviera pidiendo

prestado un bolígrafo.

Håkan se sorprendió una vez más. De todos los motivos que habría podido imaginar para la improbable visita de Sebastian, el de que quisiera pedirle un favor ocupaba el último puesto.

—¿Por qué iba a hacerte yo un favor a ti? —Fue su pregunta, aunque en cuanto lo dijo

se dio cuenta de que quizá habría sido más correcto preguntar cuál era ese favor.

—Porque estás en una posición envidiable para negociar —respondió Sebastian,

devolviéndole con calma la mirada.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Håkan, todavía en guardia.

Tenía la sensación de que era poco probable obtener algún beneficio de un intercambio

de favores con Sebastian Bergman, si es que alguien se había beneficiado alguna vez de

algún trato con él.

—Quiero decir que necesito tu ayuda en un asunto y que a cambio puedes pedirme lo

que quieras.

Håkan observó que su interlocutor lo seguía mirando con expresión tranquila y sincera, y se puso a pensar rápidamente. Sabía que él tampoco le caía bien a Sebastian.

Nunca lo había visitado.

La antipatía era mutua.

Y, sin embargo, estaba en su oficina.

—¿Qué favor es ése? —preguntó por fin.

Sebastian se inclinó hacia delante para explicárselo.

Anitha había pasado todo el día en su escritorio, sumida en el estudio de los manuales del sistema informático: tres gruesas carpetas conservadas en un estante, sobre las fotocopiadoras comunes del departamento. La carpeta número uno, con signos de uso intenso y frecuente, era el manual para el usuario y contenía las respuestas a las preguntas más habituales. Tras una búsqueda breve e infructuosa, Anitha la dejó de lado y se concentró en las carpetas dos y tres. Quería saber cómo funcionaban las copias de seguridad y cómo se recuperaban los archivos después de un fracaso del sistema. Tras varias horas de búsqueda, averiguó que el sistema principal tenía un doble mecanismo para realizar copias de seguridad. El primero —si no lo había entendido mal— era un servidor espejo que cada tres minutos copiaba toda la información del servidor principal.

Era la primera protección del sistema contra la pérdida de datos y funcionaba de manera

completamente automática. El texto no revelaba dónde se encontraba físicamente el servidor espejo, pero Anitha dedujo que la empresa I-tech, que había diseñado e instalado el sistema, y que según el manual se encargaba aún de actualizarlo, debía de ser la responsable.

El otro mecanismo era decididamente anticuado. Consistía en una copia diaria del conjunto de la información, que quedaba almacenada en cintas. El procedimiento exigía la manipulación directa de las cintas, que era preciso cargar, extraer y guardar. El manual no indicaba quién se ocupaba de ese trabajo, pero Anitha supuso que debía de ser competencia del propio Departamento de Informática de la policía, en parte porque asumir internamente las tareas más simples ahorraba dinero, y en parte porque la sección de informática no había

reducido el personal cuando la Dirección General de la Policía le había comprado el sistema a I-tech, algo que indudablemente habría hecho si hubieran desaparecido algunas de sus funciones. Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que

las cintas debían manipularse internamente. Si había algún punto débil en la cadena, tenía que estar en el Departamento de Informática de la policía. En ese sentido, ni siquiera merecía la pena pensar en I-tech, integrada por auténticos profesionales. El software era de origen israelí, aunque formalmente I-tech era una empresa sueca. Los programas se habían

desarrollado para el Mossad, el servicio israelí de inteligencia, y para el Ministerio de Defensa de Israel, y sólo posteriormente se les había dado un uso comercial. Anitha estaba segura de que los israelíes aún seguían controlando I-tech. En su opinión, los judíos sabían mucho de negocios y jamás habrían permitido que un grupo de informáticos suecos se llevara la mayor parte de las ganancias.

Había investigado la empresa a fondo cuando se estaban desarrollando las

negociaciones para comprar el sistema informático e incluso había escrito una carta anónima a la Dirección General de la Policía, en la que llamaba la atención sobre los riesgos de elegir a I-tech, tratándose de una sociedad con evidentes vínculos con el estado sionista. Como era de esperar, su aportación no tuvo la menor influencia sobre la decisión final, como solía suceder con sus cartas anónimas, y al cabo de un tiempo se vio obligada a reconocer que el sistema adquirido era realmente bueno. Era muy estable y las funciones de búsqueda en la colosal base de datos eran muy eficaces. A Anitha no le extrañaba, teniendo en cuenta que los israelíes vivían rodeados de enemigos y estaban obligados a producir sistemas de calidad, no como en Suecia, donde a veces tenía la sensación de que nadie era capaz de producir nada más que tonterías políticamente correctas. Desde su punto de vista, la eficacia era esencial para los judíos, ya que sólo así podían defenderse de musulmanes y otros terroristas.

Siguió estudiando los manuales un rato más, para asegurarse de no haber pasado nada

por alto. Incluso dedicó unos minutos a repasar la lista de errores, por si encontraba algo interesante. Precisamente ahí descubrió la última pista que necesitaba.

Se llamaba «Error 237».

La explicación era larga y estaba escrita en inglés, bajo el encabezamiento: *«Soft write error with backup-exec».*[1] Siguió leyendo, y al pie del texto denso e incomprensible, lleno de términos técnicos y abreviaciones desconocidas, encontró lo que buscaba:

«Póngase en contacto con el Departamento de Informática de la Dirección General». «El

que busca encuentra», pensó. Le había llevado tiempo, pero por fin veía la luz al final del túnel. Todo parecía indicar que el propio departamento se encargaba de las copias de seguridad en soporte de cinta. Teniendo en cuenta que el nombre de la persona de referencia había sido eliminado del archivo de los dos afganos apenas cuatro días antes, era muy posible que el original intacto se conservara aún en las cintas.

Anitha se preguntaba durante cuánto tiempo se guardarían las copias. Estaba

convencida de que las cintas se volvían a utilizar. Habría sido imposible almacenarlas todas, ya que no había espacio suficiente. Pero seguramente las guardarían por lo menos

un mes, así que la probabilidad de que los archivos originales se conservaran todavía entre el mar de ceros y unos era bastante grande.

Sin embargo, ¿era realista al pensar que podría acceder a ese archivo?

No tenía autorización y carecía de los conocimientos técnicos necesarios, por lo que

necesitaba ayuda. Pero creía saber dónde encontrarla.

El hombre pareció sorprendido cuando Anitha llamó a la puerta de su despacho.

Morgan Hansson llevaba una camisa blanca con los botones a punto de reventar a la altura del estómago, gafas de pasta, pelo semilargo, castaño y rizado, y barba. Mucha barba. La barba era lo primero que llamaba la atención en él, como si la mitad de su persona fuera un frondoso arbusto sin podar. Lo segundo eran las sandalias que llevaba siempre. Parecía una caricatura del genio de la informática que era en

realidad. Su despacho era un completo desastre, con papeles por todas partes y estanterías repletas de monitores y de ordenadores amontonados de cualquier manera. En el poco espacio que quedaba libre, se

acumulaban cables, cartuchos de impresora, discos duros y otros materiales descartados.

Todos los elementos informáticos defectuosos de la Dirección General de la Policía parecían haber llegado a su mesa, arrastrados por la marea. Morgan soltó rápidamente los cables que tenía en la mano y se levantó para saludar a Anitha. Tenía la mano caliente y húmeda. Solamente podía ser sudor.

—Hola. ¿Necesitas ayuda? —preguntó.

Anitha se sintió incómoda con el desorden que vio a su alrededor. No sabía cómo exponer su problema.

—No, solamente estoy dando una vuelta.

—¿Por aquí abajo?

—Sí, ya ves. Necesitaba levantar un poco la cabeza del escritorio, perder de vista al jefe…

Morgan se echó a reír con expresión cómplice. Anitha le sonrió y notó que el hombre

casi se sonrojaba por su visita. Retiraba una cajas de la silla de enfrente de su escritorio, para que ella pudiera sentarse.

—Ya está, ya te puedes sentar —le dijo finalmente, señalándole la silla.

Anitha negó con la cabeza.

—No, gracias. Venía a preguntarte si te apetece comer conmigo.

La idea de llevárselo un momento de la oficina se le había ocurrido de repente.

Sospechaba desde hacía tiempo que él la miraba con buenos ojos. Como mínimo había notado que cada vez que llamaba al Departamento de Informática para quejarse de algo era él quien le devolvía la llamada. Además, siempre la saludaba cuando se cruzaban por

los pasillos.

Sus sospechas parecieron fundadas, porque Morgan se ruborizó y su mirada se volvió

más vacilante e insegura. Resultaba bastante mono, a su manera. Estaba un poco rollizo y tenía pelo por todas partes, pero era entrañable, como un cachorro peludo.

—Aunque no sé si tienes tiempo —añadió ella, sin dejar de sonreír.

Morgan levantó la cabeza para mirarla, sorprendido por la pregunta.

—Sí, claro que tengo tiempo.

Miró a su alrededor y descolgó la cazadora beige del respaldo de la silla. Anitha se preguntaba si tendría otra. En cualquier caso, no recordaba haberlo visto nunca con otra prenda que no fuera esa cazadora descolorida, demasiado deportiva y lejanamente inspirada en Ralph Lauren, con solapas de cuero marrón. No lo favorecía. Quizá le habría sentado bien a un jugador de golf o a un contable mayor que quisiera aparentar menos edad, pero no era la prenda más adecuada para un hombre con aspecto de ogro.

—¿Aquí en la oficina o fuera?

—Fuera, ¿no? —respondió ella enseguida.

Lo mejor era salir. Además, en el comedor del personal estarían a la vista de todos y

Anitha prefería evitar que los vieran juntos.

Salieron por Kungsholmsgatan. Había dejado de llover y el sol se esforzaba por asomarse entre las nubes. Morgan se detuvo un momento, frunciendo el ceño.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Anitha hizo un rápido repaso mental de los restaurantes que conocía. Quería evitar los

que estuvieran demasiado cerca del edificio de la policía.

—Hay un restaurante en Sankt Göransgatan que está bastante bien.

¿Te parece que vayamos a ése?

—Sí, perfecto. Yo suelo comer aquí, en el comedor.

«O en el McDonald's», pensó ella.

—Entonces te sentará bien un cambio, ¿no crees? —le dijo Anitha con una sonrisa mientras le daba unas palmaditas en el brazo y lo arrastraba hacia el parque de Kronoberg.

Morgan hizo un gesto afirmativo y los dos emprendieron el camino por la empinada cuesta que conducía al parque. Era un apacible día de otoño, aunque la hierba todavía estaba empapada por la lluvia. Se cruzaron con varias mujeres que empujaban carritos de

bebé. Cuanto más se alejaban del trabajo, más ligeros se volvían sus pasos. Era como si

dejar atrás el colosal edificio de la policía suscitara en ellos una tonificante sensación de libertad. La conversación empezó a fluir mucho más fácilmente de lo que esperaba.

Intentó circunscribirla a Morgan, lo que no le resultó difícil, ya que ella preguntaba y él respondía. Para su sorpresa, descubrió que su acompañante era bastante agradable.

Llegaron a Fridhemsplan y Anitha propuso seguir caminando un poco más, hasta el pabellón a orillas del Mälaren, en Norr Mälarstrand. Todavía estaba abierto y Anitha aún no lo había visitado en lo que iba de año. Morgan, por su parte, no lo conocía, pero dijo que le apetecía mucho comer allí. Anitha estaba segura de que también habría aceptado encantado si le hubiera propuesto ir al McDonald's de Västberga.

Mientras bajaban en dirección al lago, Anitha empezó a pensar cuál sería el momento

más adecuado para sacar a relucir la verdadera razón de que fueran juntos a comer. ¿Debía esperar a estar sentados en el restaurante, hasta después del café o hasta el camino de vuelta? Temía que le resultara más difícil abordar el tema con naturalidad si aplazaba demasiado el momento. Sin embargo, era preciso que Morgan interpretara su pregunta como un signo de que lo estaban pasando muy bien y de la confianza que había surgido

entre ambos. No era fácil. Quizá lo mejor fuera esperar a la

sobremesa.

Como se había quedado en silencio y probablemente su expresión era de

preocupación, Morgan se detuvo un momento y la miró con interés.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó—. Pareces triste.

Ella levantó la vista y decidió pasar a la acción, ya que Morgan acababa de abrirle una

puerta. Si había interpretado que su expresión era de tristeza, lo más conveniente era seguir por ese camino.

—Tengo que confesarte una cosa.

Su tono era de grave seriedad, muy diferente del que había empleado hasta ese momento. A ella misma le pareció perfecto.

—¿Qué te pasa?

—La he liado. Totalmente. No me importa que lo sepas. Después de todo, tiene que ver con el sistema informático. En la oficina.

Morgan se puso pálido y se le transfiguró la cara. Era como si hubiera empezado a llover justo donde él se encontraba.

—¿Qué ha pasado?

Anitha desvió la mirada y se puso a contemplar el lago. La reacción de Morgan había

sido un poco excesiva. Si se inquietaba tanto antes incluso de que se lo contara, ¿cómo iba a tomarse lo que ella quería pedirle? Pero era demasiado tarde para echar el freno. Sólo podía seguir adelante.

—Será mejor que comamos primero. No te he invitado a almorzar para que resuelvas

mis problemas. —Intentó parecer valiente, pero esperaba transmitir al mismo tiempo la sensación de que necesitaba ayuda, más concretamente, la ayuda de Morgan—. Así por lo

menos te habrás quitado un poco el apetito antes de pensar que soy una completa idiota —

añadió, bajando la vista.

—No creo que seas una idiota.

—Todavía no te he contado lo que he hecho.

—Cuéntamelo.

Anitha hizo una inspiración profunda y lo miró con expresión avergonzada. En ese momento, necesitaba parecer débil.

—Tenía que ayudar a una colega a encontrar una cosa en la base de datos, pero apreté

el botón equivocado y el nombre de la persona de referencia que constaba en el archivo se esfumó. Y ahora no puedo encontrarlo.

Morgan estalló en carcajadas y pareció relajarse. No veía ningún problema. Era lógico

que no lo viera, ya que Anitha aún no le había contado la parte más grave.

—¡Eso no es nada! Lo que haya desaparecido se puede recuperar. Te ayudaré después

del almuerzo.

Ella asintió mientras intentaba reunir valor para la pregunta que debía hacerle a continuación. Se alejó unos pasos de Morgan, convencida de que una imagen de preocupación en la soledad sería lo más eficaz en ese momento.

—Pero eso no es todo…

Sintió que su acompañante la seguía y se situaba justo detrás de ella.

—¿Qué más hay?

Anitha se volvió hacia él, bajó lentamente la cabeza y fijó la vista en una colilla tirada en el suelo. No podía entender que la gente siguiera fumando; era increíble. Hitler no fumaba y aborrecía a los fumadores. Anitha lo comprendía.

—Era un archivo secreto.

Se quedó mirando la colilla. El filtro amarillo, aplastado y arrugado; el

papel sucio, que el sol y la humedad estaban desintegrando… Su táctica de alejarse un poco y darle la espalda a Morgan parecía estar funcionando. El hombre aún no se había marchado corriendo. Decidió aplazar lo más posible el momento de volverse para mirarlo a la cara.

Tenía la sensación de que cuanto más tiempo pasara dándole la espalda, más se le acercaría él, tanto física como emocionalmente, como si su nuca tuviera el poder de hacer que se quedara.

—Tranquila. Seguramente tiene remedio —lo oyó decir—. Si no tienes autorización,

no puedes borrar nada de forma permanente. Tiene que estar en alguna parte.

Su voz se había suavizado. Quería ayudarla. Anitha lo notaba. Le rozó un hombro con

una mano. Quizá había llegado el momento de volverse y mirarlo, pero decidió esperar un

poco más. Quería que la situación pareciera todavía más crítica, convertirla en un asunto de vida o muerte. Necesitaba hacerle sentir que toda su vida dependía de él. Porque entonces no podría negarse. Con mucha cautela, susurró en dirección a la colilla:

—Voy a quedarme sin trabajo.

—No, nada de eso.

Sintió que aumentaba la presión de la mano de Morgan sobre su hombro. Era como si

le estuviera diciendo: «Estoy aquí, a tu lado». Decidió volverse y lo miró con cara de abatimiento. Le fastidiaba no ser capaz de llorar a voluntad, porque entonces la actuación habría mejorado considerablemente.

—Sí, me despedirán. Entré en el sistema con el usuario y la contraseña del jefe. Ni siquiera tenía derecho a hacer esa búsqueda. Me pondrán de patitas en la calle.

Morgan palideció y permaneció un momento en silencio. Era como si de pronto

hubiera comprendido todo el alcance de aquella confesión. Solamente

se oía el ruido lejano del tráfico y el rumor del viento entre las hojas, por encima de sus cabezas. A lo lejos, sonó el claxon de un vehículo. Morgan le retiró la mano del hombro y retrocedió un paso. Anitha notó que estaba perdiendo el control de la situación. Lo miró de la manera más implorante que pudo. Necesitaba presentar el caso como un dilema moral en el que

ella apareciera como la buena samaritana, y no como alguien que simplemente se había dedicado a fisgonear después de charlar un rato con un periodista de «Investigación criminal» .

—Sólo pretendía echarle una mano a una colega de la policía de Solna: Eva Gransäter.

¿La conoces?

Morgan negó con la cabeza y Anitha continuó, agradecida por haber conservado en la

memoria el nombre de la responsable.

—Quería ayudarla a averiguar quién era la persona de contacto en la SÄPO, pero apreté la tecla equivocada y borré el nombre. Ahora ha desaparecido.

Morgan la miró. La estrategia parecía estar funcionando. Anitha notó que el hombre dudaba entre marcharse y quedarse a escuchar toda la historia.

Tal vez se había precipitado. Habría sido mejor sentarse a comer y estrechar un poco

más los lazos con él antes de decírselo. Quizá incluso habría sido preferible cultivar su amistad durante una semana. Pero era muy fácil decirlo a posteriori. Volvió a apartar la cara, pero esta vez no se quedó mirando la colilla. Ahora iba en serio. Era su última oportunidad.

Era preciso que Morgan tomara una decisión y se pusiera de su parte.

—Perdóname. No era mi intención involucrarte en este asunto. No hablemos más del

tema. Entiendo que no quieras tener nada que ver en esto. Te pido perdón.

Se apartó unos pasos. Necesitaba ofrecerle una salida, darle la

oportunidad de decir que no. Cuando ya se disponía a marcharse, Morgan dijo algo. Nada más que una palabra.

No fue una declaración tan conmovedora como la que ella en el fondo habría deseado, pero le bastó.

—Espera.

Había decidido.

Con un cuarto de hora de retraso, Vanja empujó la puerta del restaurante Roppongi y entró. No le apetecía mucho el sushi, porque aún tenía un poco de resaca y el cuerpo le pedía alimentos grasos, pero Peter había sugerido ese lugar y a ella no se le había ocurrido ninguna alternativa.

Había bebido demasiado el día anterior, en casa de Sebastian Bergman. Jamás habría

imaginado que alguna vez pudiera hacer algo así. Pero tampoco habría imaginado que su

padre pudiera estar en un calabozo, acusado de diversos delitos económicos. La víspera había sido, en general, un día completamente inesperado. El mundo al revés. Su padre la

había defraudado y Sebastian le había mostrado facetas totalmente desconocidas. Gracias

al vino y a su amabilidad, había podido pasar un rato agradable, sin pensar en Valdemar.

Pero después de un rápido desayuno en casa de Sebastian, todos sus problemas la habían

vuelto a atormentar de manera implacable.

Tenía que saber más.

Tenía que saberlo todo.

Había repasado toda su agenda en busca de alguien que pudiera ayudarla,

preferiblemente en el área de delitos económicos. ¿Tenía algún conocido en ese departamento? ¡Sí, claro que sí! Peter Gornack. Antiguo compañero de estudios y exnovio, del que se había separado sin rencores, según podía recordar. ¿Seguiría trabajando en el mismo sitio? Llamó a la centralita y consiguió hablar con él.

No era tonto. Había comprendido de inmediato lo que ella quería. Hacía años que no

se veían y de pronto lo llamaba para invitarlo a comer, cuando su departamento acababa

de abrirle una investigación a su padre. Pero, aun así, le había dicho que sí, había propuesto el restaurante y la había esperado pacientemente. Vanja llegaba con quince minutos de retraso. Estaba sentado en una silla alta, junto a una de las mesas situadas a lo largo del gran ventanal que daba a Hantverkargatan, y se levantó para saludarla. El lugar le pareció perfecto a Vanja. Las mesas de la sala más grande estaban demasiado juntas entre sí, y no quería que nadie escuchara su conversación.

—Hola, ¡cuánto tiempo! —dijo él, y por un segundo pareció que dudaba entre abrazarla o no. Ella le facilitó las cosas, decantándose por el abrazo.

—Sí, parece mentira —respondió ella mientras colgaba la chaqueta y se encaramaba

en otra silla alta, junto a la de Peter.

—¿Qué tal te va todo?

—He tenido épocas mejores.

—Te entiendo…

Los dos guardaron silencio. Vanja miró la carta y se fijó en el menú del día: *tori katsu* con mayonesa picante. Quizá fuera por la resaca o tal vez por los coletazos de la bulimia que se le había vuelto a manifestar el día anterior, pero la mayonesa picante hizo que el *tori katsu* fuera su elección obligada. Fue lo que pidió, junto con agua mineral, cuando vino la camarera. Peter, por su parte, se decidió por un plato grande de sushi.

—Te agradezco que hayas aceptado venir a verme —le dijo Vanja.

—De nada, pero te advierto que no podemos hablar del caso de tu padre —replicó Peter, mirándola con seriedad.

—Sí, claro. Por lo visto, la investigación anterior se cerró por falta de pruebas —

comentó Vanja, como si no hubiera oído lo que acababa de decirle Peter—. ¿Por qué lo han vuelto a investigar? ¿Qué ha cambiado?

Peter lanzó un suspiro. Cuando Vanja lo había invitado, ya había sospechado de qué quería hablarle. Él era el único culpable de estar ahí. Además, sabía que podía contarle algunas cosas sin infringir el código ético. Solamente tenía que medir las palabras.

—Hay datos nuevos que completan la investigación anterior —dijo, y bebió un sorbo

de la cerveza baja en alcohol que había pedido mientras la estaba esperando.

—¿Qué clase de datos?

¿Qué otra cosa esperaba? Tal vez, que ella le dorara un poco la píldora y empezara por

contarle lo que había hecho en los últimos años, que le preguntara por su vida y su trabajo, y charlara un rato sobre los viejos tiempos. Pero era evidente que no iba a hacer nada de eso. No le sorprendía. La Vanja que había conocido nunca se daba por vencida hasta averiguarlo todo. Y, además, era impaciente.

—No quebrantas ningún código ético si me dices de qué manera se ha completado la

investigación —insistió ella—. De todas formas, si finalmente el caso va a juicio, tendré acceso a toda la investigación preliminar.

Peter volvió a suspirar. Se quedó mirando a Vanja mientras la camarera llegaba con el

agua y la dejaba sobre la mesa, junto con un vaso. No podía negar que su amiga tenía algo de razón. Era bastante seguro que Valdemar tendría que ir a juicio. Decidió avanzar poco a

poco. Si reflexionaba antes de hablar, no tendría ningún problema.

—Vino una mujer y nos dejó una bolsa llena de documentación sobre tu padre —

explicó con cautela—. Dentro de la bolsa encontramos los papeles de la investigación anterior, junto con nuevos datos sobre su implicación en el caso Daktea y algunas otras cosas más —añadió, antes de que Vanja tuviera tiempo de preguntárselo.

—¿Cómo había conseguido el material de la investigación anterior? —dijo Vanja

mientras se servía el agua.

—No lo sabemos. —Peter se encogió de hombros, como para subrayar lo que acababa

de decir—. Pero la mujer mencionó a Trolle Hermansson.

El nombre sobresaltó a Vanja, que derramó parte del agua sobre el mantel.

—¿Lo conoces? —preguntó Peter, al darse cuenta de su reacción.

—Sí. Un policía retirado.

—Parece que murió hace poco —aclaró Peter.

—Ya lo sé. Yo misma encontré su cadáver en el maletero de un coche.

Vanja se levantó para ir a buscar servilletas a la barra. No lo podía entender. Trolle Hermansson, un policía jubilado del que ni siquiera había oído hablar unos meses antes,

aparecía de repente en relación directa con ella en dos circunstancias diferentes. ¿Qué conexión podía tener con Valdemar?

—¿Participó ese Hermansson en la investigación que le hicisteis a mi padre? —

inquirió mientras secaba la mesa.

—¿La primera?

—Sí.

—No, que yo sepa. Pero la mujer que vino a entregarnos el material dijo que lo había

reunido Trolle Hermansson.

Vanja prácticamente no oía las palabras de Peter. De hecho, había llegado a la cita sin

demasiadas expectativas. No esperaba que Peter pudiera o quisiera ayudarla en ningún aspecto importante.

Pero, de pronto, había vuelto a aparecer Trolle Hermansson, junto a una mujer desconocida que aparentemente tenía mucho interés en meter a Valdemar en la cárcel. Era

preciso investigar, y como Hermansson estaba muerto, tenía que empezar por la otra persona.

—¿Sabes quién es? —preguntó Vanja—. Me refiero a la mujer que se presentó en vuestras oficinas —aclaró.

—No, pero tampoco nos ocupamos de averiguarlo. La investigación sobre la muerte

de Hermansson está cerrada.

—¿Cómo se llama?

Vanja se inclinó hacia delante, para no perderse ni una letra del nombre.

Peter esta vez dejó escapar un sonoro suspiro. Ni siquiera necesitaba pensarlo. Era absolutamente inconcebible que fuera a revelarle el nombre a Vanja. Decirle el nombre de una informante a un miembro de la familia del sospechoso iba en contra de todas las reglas existentes, aun cuando la persona en cuestión fuera policía, y aunque a Peter —

tenía que reconocerlo— aún le resultara tremendamente atractiva.

—Por favor, Vanja, no me preguntes eso —replicó—. Sabes muy bien que no puedo

decírtelo.

Vanja asintió. Ya lo sabía, por supuesto. Pero también sabía que no pensaba salir de ese restaurante sin un nombre. Repasó mentalmente las diferentes posibilidades que tenía para conseguirlo. Descartó de inmediato la más evidente —ni siquiera sabía si Peter estaba soltero— y decidió apelar al policía Peter Gornack y presentar el asunto como

un caso que los dos debían resolver.

—Sé que mi padre no es inocente —empezó, mirando a Peter directamente a los ojos

—. Me ocuparé de que tenga un buen abogado; pero, aparte de eso, no pienso hacer nada

más para ayudarlo.

Se inclinó un poco hacia delante, echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie los estuviera oyendo y bajó la voz. Peter también tuvo que estirar el cuello para oír lo que le estaba diciendo.

—Por otro lado, hace pocos meses encontré a Trolle muerto en el interior de un coche,

asesinado por un hombre que actuaba por encargo de Edward Hinde, quien a su vez se fugó de Lövhaga, me secuestró y amenazó con matarme.

Gornack se limitó a asentir. Ya conocía parte de la historia, pero no toda, y no podía

disimular la curiosidad. La fuga y la muerte de Edward Hinde seguían siendo un tema frecuente en las conversaciones de sus colegas, fuera cual fuera su sección o departamento.

—Si Trolle estaba involucrado en la investigación de mi padre —prosiguió Vanja—, es posible que todo esté relacionado. Sería demasiada casualidad que un viejo policía retirado aparezca en poco tiempo en dos investigaciones que me tienen a mí como único

elemento en común, ¿no te parece?

—Bueno, sí, tal vez…

—Te prometo que solamente buscaré datos sobre esa mujer en los registros.

Lo miró implorante, con toda la sinceridad que fue capaz de concentrar en sus grandes

ojos. De repente, le vino a la memoria la imagen del Gato con Botas en las películas de

Shrek y se dijo que era mejor no exagerar.

Desvió la mirada, para comprobar que nadie estuviera escuchando su conversación.

—No me acercaré a ella, ni le hablaré. Y si encuentro algo interesante, te llamaré a ti, para que tú decidas si merece la pena seguir investigando.

Peter se recostó en la silla. Vanja notó que estaba reflexionando. Pero no parecía estar buscando las palabras para decirle de la manera más amable posible que no podía ayudarla. No, nada de eso. Estaba dudando. Repasaba los puntos débiles de su argumento

e intentaba identificar los que podían causarle problemas. Pero no iba a encontrar ninguno.

Lo había convencido.

—Si Hinde y los asesinatos de aquellas mujeres el verano pasado guardan alguna relación con mi padre, tú también querrás saber cuál es la conexión, ¿no es así? —dijo Vanja, para despejar los últimos restos de dudas que aún podía albergar su amigo.

—Ellinor —dijo Peter en voz baja—. Ellinor Bergkvist. Así se llama.

—Gracias.

Vanja le rozó levemente una mano con la suya. Después llegó la camarera con la comida y, mientras Vanja daba buena cuenta del pollo frito con mayonesa picante y le preguntaba a Peter cómo le iba la vida últimamente, él no lograba desprenderse de la desagradable sensación de haber hablado más de la cuenta.

El corpulento rottweiler quería seguir caminando. Inmóvil junto al hombre sentado en el

banco, lo miraba suplicante con sus ojos castaños. Charles notaba la mirada apremiante del perro, consciente de que el paseo no había cumplido con sus expectativas en lo referente a ejercicio. Había salido con el propósito de reflexionar y procesar mentalmente los acontecimientos de las últimas horas mientras paseaba con el perro por el sendero de diez kilómetros que recorría el bosque cercano, pero

las cosas no se habían desarrollado como esperaba. El día era frío y despejado; los árboles que aún resistían los embates del otoño se habían visto obligados a interrumpir el suministro de clorofila a las hojas, y el perro y él eran los únicos que paseaban por el sendero. Las condiciones eran ideales para ordenar los pensamientos que le había suscitado la llamada telefónica de la última madrugada, pero tenía la sensación de que cada paso que daba borraba todo lo que había

empezado a pensar. No lograba concentrarse. El mundo era un torbellino a su alrededor.

No era una sensación habitual en él e incluso lo atemorizaba. Siempre había sabido asimilar la información que recibía y tomar decisiones sobre la marcha. En su trabajo no siempre tenía oportunidad de sentarse a reflexionar, ni de sopesar las ventajas y los inconvenientes de las diferentes alternativas. Muchas veces sí, pero no siempre. Toda su formación lo había preparado para pensar con rapidez cuando la situación lo exigía. Sin embargo, esas circunstancias suponían siempre una elevada dosis de adrenalina, que le hacía funcionar al máximo de revoluciones tanto el cuerpo como el cerebro. La conversación con Alexander Söderling, por el contrario, le había producido una sensación de resignación y un profundo cansancio al ver que los sucesos que creía haber dejado atrás se negaban a permanecer en el pasado.

Tras el primer kilómetro, aproximadamente, se había sentado en uno de los bancos instalados en el tramo donde el sendero bordeaba un pequeño lago.

¿Qué sabían ellos? ¿Qué podían descubrir? ¿Qué cosas no llegarían a averiguar nunca?

El hecho de que alguien hubiera relacionado el coche incendiado con la fosa común en

la montaña era un suceso desafortunado, pero nada más. ¿Y lo de antes? Los dos hombres.

O, mejor dicho, los cuatro. Una sencilla misión de acompañamiento. Había que aprender de los mejores. Había que ser duro e implacable. Los tiempos lo exigían.

Se había puesto a prueba.

«Cuando creas que no lo resistirán más, sigue otros veinte segundos, y después otros

diez», le habían dicho ellos, implacables.

Una y otra vez.

Y, en medio, las preguntas.

¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quiénes son los otros?

Una vez y otra vez más.

¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quiénes son los otros?

Los errores de entonces y el error cometido después, cuando creía que recibiría ayuda,

cuando esperaba que la persona que siempre lo había apoyado le demostrara una vez más

su lealtad.

La traición.

La difícil decisión.

Patricia Wellton. Recordaba cómo la había esperado y la indignación de la mujer cuando al cabo de varias horas por fin había aparecido. Le había reprochado a gritos la mala información y le había preguntado cómo demonios quería que hiciera su trabajo si los datos que le daban eran incorrectos. Charles no tenía la menor idea de lo que le estaba diciendo y entonces ella se lo explicó. Hasta ahí, lo recordaba todo. A partir de ese momento, todo fue de mal en peor. La golpeó. De manera repentina y con fuerza. Ella no

lo esperaba y él estaba particularmente bien entrenado para ese tipo de ataque, por lo que la mujer se desplomó y quedó inconsciente. Después, el trayecto en coche hasta el barranco. Colocarla a ella en el asiento del conductor. Empujar el vehículo para que se despeñara. Y, a continuación, bajar la cuesta, vaciar el depósito y provocar el incendio.

Un desgraciado accidente. Hasta ese momento.

¿Era por eso que le costaba tanto concentrarse? ¿Porque la preocupación se mezclaba

con los recuerdos y con el dolor que había intentado sepultar? ¿Porque el accidente se había convertido en asesinato? Charles había asesinado a Patricia Wellton, y aquellos para los que la mujer trabajaba no tenían fama de olvidar, ni mucho menos de perdonar. Hasta

ese momento, no había nada definitivo. Hasta ese instante, sólo había especulaciones de un periódico sensacionalista. Pero ellos lo tenían en el punto de mira y él lo sabía. Bastaría una confirmación oficial de las especulaciones para que empezaran a perseguirlo. Estaba

seguro de que así sería. Quizá había llegado el momento de hacer planes ante esa eventualidad. Había gente que podía protegerlo. Disponía del mejor recurso posible para

conseguir ayuda y protección de los hombres y mujeres más poderosos.

Disponía de información.

Se levantó del banco. El perro se puso de pie en cuanto Charles hizo una mínima insinuación de moverse. Pero el paseo ya había terminado. Creía que Alexander Söderling

había entendido perfectamente su amenaza, pero tenía que asegurarse. Había llegado el momento de actuar y de poner sus asuntos en orden. Había sacrificado demasiadas cosas

durante aquellos meses, diez años atrás. Si los actos de entonces debían tener consecuencias en el presente, se aseguraría al menos de no ser el único en caer.

El vuelo SK071 aterrizó a las 20.35, con diez minutos de retraso. Un cuarto de hora después, Torkel, Ursula, Billy y Jennifer esperaban junto a la cinta sin fin, en el área de recuperación de equipajes. Guardaban silencio. Tampoco habían hablado mucho durante el

viaje desde Östersund. Aunque nadie decía nada, había una sensación general de decepción, por culpa de lo poco que habían conseguido durante los días que habían pasado en el albergue de montaña. Habían identificado a los dos holandeses y habían relacionado la muerte de Patricia Wellton, alias Liz McGordon, con los cadáveres hallados en la montaña, pero eso era todo. Seguían sin saber quiénes eran los cuatro miembros de una familia hallados en la fosa común y aún ignoraban la identidad real de Patricia Wellton o Liz McGordon.

La cámara de fotos que Ursula encontró en una de las mochilas de los holandeses les

había ofrecido cierta esperanza, pero todavía no habían sido capaces de extraerle ninguna información útil. Cuando Ursula se la había llevado, Billy había constatado rápidamente que no tenía ningún cable compatible y que por lo tanto no podía recargarle la batería. La siguiente decepción llegó cuando abrieron el compartimento de la tarjeta de memoria.

Aunque la cámara se encontraba en un doble envoltorio de plástico, el aire y la humedad

habían penetrado en su interior. El metal de la tarjeta de memoria se

había oxidado y se había adherido a la carcasa de la cámara. Sin las herramientas necesarias, Billy no se atrevía a despegarla, por lo que la cámara estaba en ese momento en su equipaje de mano, en el mismo estado en que Ursula la había encontrado.

—¡Hola, bienvenido!

Billy se volvió y tuvo el tiempo justo de reconocer fugazmente a My, antes de que ésta

se pusiera de puntillas para darle un beso en los labios. Le apoyó una mano en cada mejilla, apretó su cuerpo contra él y lo besó apasionadamente, como si deseara que se congelara el tiempo. En cuanto pudo, aunque le pareció que había pasado más de un minuto, Billy dio un paso atrás para interrumpir el beso de bienvenida, ligeramente abochornado por el emotivo recibimiento.

—Creo que no conoces a mis colegas —indicó, volviéndose hacia los demás, que lo estaban mirando con el tipo de sonrisa que ya se esperaba.

Se los presentó uno a uno y ella los fue saludando, flexionando levemente las rodillas

cada vez que estrechaba una mano, algo que Billy no había visto nunca en una persona adulta, aunque también era cierto que nunca la había visto saludar a nadie. Le resultaba bastante encantadora su actitud, aunque también era un poco extraño que una mujer hiciera una reverencia al saludar. Normalmente, sólo lo hacían las niñas. Por último, My se volvió hacia Jennifer, que le estrechó la mano y se presentó.

—¡Ah, pensaba que eras Vanja! —le dijo My con una sonrisa.

—No, Vanja ha tenido que regresar anticipadamente —le explicó Jennifer.

My asintió con un gesto, enganchó a Billy por un brazo y se puso a charlar con los demás con toda naturalidad, como si formara parte de él y de su vida. Era agradable la sensación. Se había alegrado de verla y de pronto se daba cuenta de que la había echado

de menos. Si la añoraba después de pocos días de ausencia, ¿significaba eso que él quería que se vieran más a menudo? ¿Todo el tiempo? ¿Quería decir que irse a vivir juntos no era tan mala idea, después de todo?

Llegaron las maletas; todos cogieron la suya y se dirigieron a la salida.

—¿Dónde vives? —le preguntó My a Jennifer cuando estaban llegando a la salida.

—En Sollentuna.

—Nos queda de paso. ¿Te acercamos?

—Sí, gracias.

Billy y Jennifer se volvieron para saludar por última vez a Torkel y a Ursula, y se marcharon con My.

—¿Quieres compartir un taxi? —ofreció Ursula mientras arrancaba de la maleta los adhesivos de los aeropuertos.

Podía ofrecerle un viaje en taxi juntos. Ella sería la primera en bajarse y sabía que Torkel no se sorprendería de que no lo invitara a subir. En el mundo de Torkel, ella era una mujer casada, con un marido que la estaba esperando en su apartamento. Se sorprendió pensando que le habría gustado mucho vivir en ese mundo.

—Tengo el coche en el aparcamiento de larga estancia —dijo Torkel, señalando una dirección indefinida a través del ventanal—. Lo siento, pero pensaba ir a casa de Yvonne a ver a las niñas. Si no fuera por eso, te llevaría.

—No te preocupes. Cogeré un taxi.

—Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Torkel echó a andar hacia la parada del autobús lanzadera que lo llevaría hasta el aparcamiento del aeropuerto, y Ursula se lo quedó mirando mientras se alejaba. «Ahí va

un hombre decepcionado», pensó. A pesar del tiempo que habían pasado juntos en Storulvån, no había sucedido nada entre ellos. No sólo no se habían acostado, sino que tampoco se habían sentado a charlar un rato, ni habían dado ningún paseo juntos. No habían coincidido ni una sola vez fuera del trabajo, con la única excepción del breve desayuno que habían compartido. Pensó que quizá no fuera necesario mantener tanta distancia y se prometió ser más amable con él cuando se encontraran en la oficina al día siguiente. Cogió la maleta

y se dirigió hacia la cola de los taxis.

Tres cuartos de hora más tarde, se apeó del taxi, recuperó su maleta y marcó el código

del portal. Abrió el buzón, donde una pequeña etiqueta indicaba aún que pertenecía a tres personas: «M. U. y B. Andersson». Supuso que tendría que ocuparse de cambiarla. Se le

ocurrió que tal vez el nombre en la nueva etiqueta debería ser «U. Lindgren», pero decidió no pensar de momento al respecto. En cualquier caso, el asunto de la etiqueta no era urgente. El apartamento estaba más vacío de lo que recordaba. Dejó la maleta en el suelo del vestíbulo y entró. Todo estaba exactamente tal como lo había dejado. No era la primera vez que lo notaba. Había tenido la misma sensación cada vez que regresaba a casa desde

que Micke la había dejado, pero después de pasar varios días fuera, resultaba mucho más

evidente que vivía sola, que estaba sola. No se oía ningún ruido y el aire parecía cargado después de que el piso llevara un tiempo cerrado. Fue hasta la ventana del cuarto de estar y la abrió. Después, volvió al vestíbulo y se quitó los zapatos y el abrigo. Dejó los zapatos donde estaban y tiró la chaqueta sobre la banqueta con tapizado de pana roja, debajo del espejo. Fue a la cocina y abrió el frigorífico. En el avión le habían dado café y un bocadillo pequeño, pero todavía tenía hambre y no encontró nada en la nevera que pudiera ayudarla a calmarle el apetito. Había queso y un tubo de pasta de sucedáneo de caviar, pero cuando echó un vistazo a la encimera vio que no quedaba nada de pan. Cogió un yogur de la puerta del frigorífico y vio que había caducado tres días antes. Lo mismo pasaba con la leche. Los olió y no le parecieron tan malos, pero para entonces había perdido el apetito. Era una auténtica pena. Su nevera era todo un cliché de la vida de una mujer recién separada, aunque tenía que reconocer que su aspecto habría sido siempre el

mismo de no haber sido porque Micke se ocupaba de llenarla. Era él quien hacía la compra y quien se aseguraba de que siempre hubiera algo en casa para Bella. Entre otras

cosas.

Cerró el frigorífico, cogió la correspondencia y se sentó en el sofá. No

había nada en

las cartas que le interesara ni pudiera mejorarle el humor. ¿Y la televisión? Consultó la hora. Podía poner el informativo de TV4, pero no le apetecía. ¿Y si llamaba a Bella por

teléfono? No habría sido ninguna rareza llamar a su hija para decirle que ya estaba en

casa. Hasta ese momento no lo había hecho nunca, pero decidió convertirse a partir de entonces en el tipo de madre que hace esas cosas. Habían hablado dos veces desde su encuentro en Uppsala. Las dos veces se habían movido sobre terreno seguro, tratando temas cotidianos, como los estudios y el trabajo, y habían evitado mencionar lo sucedido en la estación de trenes. Pero el episodio seguía presente, convertido en una piedra más en la elevada muralla que a lo largo de los años se había ido levantando entre las dos. Ursula era consciente de que solamente ella podía derribar ese muro.

Bella respondió al tercer tono de llamada.

—Hola, soy yo —dijo Ursula, notando que involuntariamente colocaba la espalda un

poco más recta en el sofá—. ¿Puedes hablar?

—Más o menos. Estoy con unos amigos.

Ursula reconoció el inconfundible ruido de fondo de un bar o algún local semejante:

música, risas, vida…

—Solamente quería decirte que ya estoy de vuelta en casa.

—¿Te habías ido?

Ursula se dijo que no debía sentirse decepcionada. ¿Cómo iba a saber Bella que había

estado fuera? Si hubiera querido que su hija supiera dónde estaba, la habría llamado para contárselo. Decidió hacerlo de ahora en adelante.

—Sí, estaba en Jämtland.

—¿Por el caso de la fosa común?

—Sí.

—¿Cómo ha ido?

—Todavía no hemos terminado. Pero se ha trasladado la investigación a Estocolmo.

Se hizo un silencio.

—¿Me llamabas por algo? —le preguntó Bella al cabo de unos segundos.

Ursula no respondió de inmediato. ¿Por qué la había llamado? Para decirle que había

encontrado la casa desierta y preguntarle si podía ir a verla a Uppsala. Para proponerle que se fuera con ella de vacaciones dentro de un mes, a algún lugar cálido y soleado. Y huir así del odioso mes de noviembre. Las dos solas. Por eso la había llamado.

—No, por nada. ¿Todo bien? —Fue sin embargo lo único que le dijo.

—Sí. Tengo mucho que estudiar, pero, aparte de eso, estoy muy bien.

¿Había sido una sutil insinuación de que no tenía tiempo para recibir visitas, ni para ir a Estocolmo a visitar a su madre recién divorciada? ¿O la había interpretado mal y en realidad era una simple descripción de cómo lo estaba pasando?

—Me alegro. Solamente quería saber cómo estabas.

—¿Qué te parece si nos llamamos durante el fin de semana?

—Sí, claro. Ahora vuelve con tus amigos.

—De acuerdo. Hasta pronto.

—Hasta pronto.

Bella ya había colgado. Ursula se quedó inmóvil, con el teléfono en la mano. No iba a

encontrar la manera de estar tranquila esa noche en su apartamento solitario. Se levantó, fue hacia el vestíbulo y volvió a ponerse los zapatos y el abrigo. No era ni remotamente la situación que había soñado, pero él estaba ahí y ella necesitaba a alguien.

Se arregló el pelo con la mano y se alisó la chaqueta con gesto nervioso antes de llamar al timbre.

—¿Quién es? —lo oyó preguntar desde detrás de la puerta cerrada, al cabo de unos segundos.

—Yo. Ursula.

Oyó el ruido de la cerradura al abrirse.

—Hola. No te esperaba.

—¿Quieres cenar conmigo?

—Son las diez y media —respondió él, consultando el reloj que llevaba en la muñeca.

—Será una cena tardía.

La miró. No entendía muy bien qué podía querer Ursula y ella lo notó. Era demasiado

tarde para cenar. ¿Querría solamente un poco de compañía? Antes le había dejado bastante claro que no estaba interesada. Ursula dedujo que estaba sorprendido por su visita, pero se alegraba de verla ahora que estaba ahí.

—Solamente me sorprende un poco que hayas venido —dijo él, confirmando sus

suposiciones.

—Te entiendo. Yo también estoy un poco sorprendida de estar aquí —respondió ella con franqueza.

—¿Quieres salir o prefieres que prepare algo?

—Prepara algo tú —respondió ella mientras entraba en el apartamento.

Echándole una última mirada casi divertida, Sebastian la dejó pasar y cerró la puerta.

Llegaron a primera hora de la mañana. El viejo Memel encabezaba la delegación de hombres silenciosos que habían irrumpido en su casa y en sus vidas, con la autoridad que les daba la edad. Mehran conocía a los cinco hombres que ahora los miraban a él y a su

madre. Shibeka parecía indignada, pero Memel, con una expresión grave e implacable, concentraba toda su atención en Mehran. Ya no tenía la mirada chispeante y juvenil que

tanto le gustaba ver a Mehran en su rostro de anciano, una mirada que hacía de él una persona amigable y llena de encanto. Ahora su expresión era severa y agria, como si tuviera bajo la nariz una sustancia maloliente.

—Tenemos que hablar con vosotros —dijo—. ¿Tenéis tiempo?

Estaba claro que no era una pregunta. No tenían margen para responder que no.

Mehran sabía muy bien lo que había sucedido. Melika los había delatado, probablemente

el día anterior, en cuanto había salido de su casa. El muchacho estaba indignado. Además de ocultarles alguna cosa, Melika había decidido involucrar a más gente.

—Por supuesto —respondió Mehran con una sonrisa mientras les indicaba

respetuosamente a los visitantes que pasaran al cuarto de estar, donde Eyer estaba viendo la televisión.

Enseguida cerró la puerta y le pidió a su hermano, que aún tenía puesto el pijama, que

se fuera a su habitación. Eyer se levantó de un salto, esfumada al instante la pereza matinal que aún arrastraba. Mirando con ojos de asombro a los hombres que acababan de

entrar, se marchó descalzo a su cuarto. Pese a la sorpresa, no olvidó saludar a cada uno de los visitantes con una breve inclinación de la cabeza, y eso le produjo a Mehran una gran satisfacción. Era agradable ver que su hermano sabía comportarse cuando era preciso. Se

volvió hacia Shibeka, que aún estaba en el pasillo, y le pidió que preparara algo para ofrecer a los huéspedes, pero Memel rechazó la invitación. No se habían desplazado hasta allí para comer ni para beber.

Los otros hombres se sentaron en el sofá y Memel ocupó un sillón frente a ellos, para

dirigir la conversación. Mehran también se sentó y se dispuso a esperar a Shibeka. Aunque

sentía un nudo en el estómago, se sentía satisfecho. Ahora Memel se dirigía a él. Lo consideraba el portavoz de la familia. Antes, cuando los mayores hablaban de cosas importantes, lo mandaban a su habitación, lo mismo que a su hermano. Se sentó con la espalda un poco más recta, intentando demostrar que estaba preparado para asumir la responsabilidad.

Shibeka entró en la sala y se sentó a su lado. Se había cubierto la cabeza con un pañuelo, cuya negrura realzaba la palidez de su rostro. Hacía tiempo que no se tomaba el trabajo de cubrirse totalmente la cabeza, según pudo observar Mehran. Era evidente que ella comprendía tanto como él la seriedad del momento.

Se hizo un silencio que duró unos instantes. Memel los miró a todos antes de comenzar.

—Nos hemos enterado de lo que está haciendo Shibeka. Queríamos hablar con

vosotros al respecto y ofreceros la oportunidad de dar una explicación.

Mehran notó que su madre bajaba la vista al suelo. Debía ser él quien respondiera. Al

principio, su voz lo decepcionó un poco. No sonaba como la voz de adulto que le habría

gustado tener.

—Solamente estamos intentando averiguar qué pasó con mi padre y con Said —

manifestó.

—Es comprensible —dijo Memel al cabo de un momento—. Pero nos

preocupa. Ha

venido gente a preguntarnos si tu madre realmente se da cuenta de lo que está haciendo.

—Siento mucho que otras personas se sientan afectadas. Pero no hay motivo para preocuparse. Sabemos lo que hacemos.

Memel suspiró. Era evidente que no le había gustado la respuesta. ¿Pensaría

seriamente el chiquillo que todo era tan sencillo? Se inclinó hacia él.

—Mehran, un hombre ha venido a esta casa. Un sueco. ¿Está casado o soltero? ¿Qué

tipo de mujeres frecuenta? ¿Qué se propone?

—Solamente quiere averiguar qué pasó. Es periodista. Yo estoy presente en todas las

conversaciones.

—¿Es verdad eso que dices? No es lo que nos han contado.

Memel los miró a los dos con absoluta frialdad. Shibeka enderezó la espalda. Sentía que le temblaban las comisuras de la boca, como solía pasarle cuando estaba a punto de

estallar de ira. Intentando con todas sus fuerzas mantener la calma, miró a Mehran. Su hijo le hizo un breve gesto tranquilizador y se volvió otra vez hacia Memel y los hombres sentados en el sofá. Ahora su voz era un poco más firme. Era como si a cada palabra y a

cada frase se afianzara un poco más en su nuevo papel.

—Mi madre nos respeta mucho a mi padre y a mí. Jamás haría nada sin mi

conocimiento. Si tenéis que enfadaros con alguien, es conmigo.

Todos callaron.

Aún se notaban dudas en la expresión de Memel.

—Sea como sea, Mehran, no me gusta lo que estáis haciendo. No es nuestra manera de

actuar y lo sabes.

—¿Y cuál es nuestra manera de actuar? —dijo de pronto Shibeka en tono acerbo. El

torrente de sentimientos que intentaba reprimir había llegado a la superficie—.

¿Quedarnos callados? ¿No hacer nada? ¿No hablar?

Memel se volvió hacia ella exasperado.

—Tú eres la última que debería hacer esa pregunta. ¡Sabes perfectamente bien la respuesta!

Mehran sentía que la situación se le estaba escapando de las manos. Si algo sabía con

seguridad era que no convenía desafiar a Memel. Era un hombre que nadie habría querido

tener como enemigo. El muchacho comprendió que había llegado el momento de dejar claro su rango en la familia y restablecer el orden. Se volvió hacia su madre y la apostrofó con frialdad:

—Cállate. Cierra la boca.

Durante un segundo, creyó que Shibeka iba a estallar delante de él. Los ojos le echaban chispas y estuvo a un paso de darle una bofetada, pero al final logró controlarse.

Exhaló lentamente el aire, bajó la vista y ya no se movió. A Mehran le gustó y a la vez le repugnó la sensación que experimentó al verla sometida a su voluntad. Se volvió hacia Memel e intentó disculparse.

—Mi madre no ha hecho nada con mala intención. Pero estos últimos años han sido muy duros para ella. Ha llorado mucho. Te pido que la perdones.

Al principio, Memel pareció dudar, pero acabó por aceptar las disculpas.

—Estos años han sido difíciles para muchos de nosotros. Pero tenemos que

mantenernos unidos y hacer siempre lo correcto. Es lo que hemos venido a deciros. ¿Lo

entiendes, Mehran?

El chico asintió con total sinceridad.

—Lo entiendo.

—Si de verdad lo entiendes, entonces acabad por favor con todo esto. Melika no quiere que la involucréis, ni tampoco ninguno de nosotros. No podéis pensar solamente en vosotros, sino que debéis pensar en todos los demás, en todos nosotros.

Se levantó del sillón. Los otros hombres también se pusieron de pie, como

respondiendo a una señal. También Mehran. Memel dio un paso hacia él y con expresión

grave lo miró a los ojos. Era una mirada de cariño y a la vez de advertencia.

—Mehran, estás hecho de la misma pasta que tu padre. Hoy lo he visto. Demuéstrame

que vales tanto como él. Haz lo correcto.

Le dio una palmada en el hombro, casi como habría hecho con un camarada.

—Te prometo que no te defraudaré, Memel.

El anciano le sonrió.

—Muy bien. Entonces no se hable más del asunto. Gracias por recibirnos.

Se marcharon tan rápidamente como habían llegado. Ninguno de los hombres le lanzó

siquiera una mirada a Shibeka, que seguía sentada en el cuarto de estar, con la vista fija en el suelo. Era como si ya no existiera.

Pero Mehran sí existía. Se acercó a ella y le apoyó una mano sobre el hombro.

—Todo saldrá bien, mamá. Al final, todo saldrá bien.

Ni él mismo sabía si de verdad se creía lo que le estaba diciendo.

Lennart tenía pensado trabajar todo el día desde su casa. Necesitaba estar tranquilo, poner en orden las ideas y lamerse las heridas. La historia en la que había puesto tantas expectativas se estaba viniendo abajo. Linda Andersson no había conseguido sonsacarle nada a la mujer de Said. Al contrario, la entrevista había sido un desastre y los dos habían tenido que salir precipitadamente del apartamento de Shibeka apenas unos segundos después de que Melika se marchara dando un portazo. Su informante incluso le había rehuido la mirada cuando se habían despedido.

Probablemente la culpa era del hijo, el chico de mirada hosca. Por alguna razón, no parecía compartir el entusiasmo de su madre ante la posibilidad de que «Investigación criminal» los ayudara a averiguar la verdad sobre la desaparición de su padre. Quizá fuera un rasgo cultural. Tal vez se sentía amenazado al ver que su madre actuaba con autonomía.

O podía ser que no quisiera reabrir antiguas heridas y prefiriera llorar a su padre a su manera. Fuera cual fuera la razón, su hostilidad era un grave problema para Lennart. Sin la colaboración de las esposas y los otros familiares de los desaparecidos, no tenía ni tan sólo el principio de un reportaje. Pero le dolía tener que darse por vencido. Intentó animarse.

Las cosas no estaban tan mal. No era la primera vez que perdía una historia. Las ideas iban y venían en la redacción, y solamente algunas acababan convertidas en un reportaje.

Habría podido ser mucho peor. Habría podido dedicar meses enteros a la historia y verse

obligado a abandonarla después de perder todo ese tiempo. Lo sabía perfectamente. Así solían funcionar las cosas. A veces uno se ponía a investigar y no encontraba nada, o no encontraba lo suficiente para realizar un buen programa de televisión.

Pero a Lennart le costaba mucho renunciar a su propósito. Era su manera de ser, un rasgo de su carácter que de hecho le resultaba muy útil para el trabajo. La obstinación era una ventaja en su profesión, pero a veces le dificultaba la vida. Tenía orgullo profesional y se

negaba a escoger el camino más fácil. Buscaba y seguía insistiendo hasta encontrar algo útil. Y el relato de Shibeka lo había conmovido. Tenía todos los ingredientes para el reportaje perfecto: un marido desaparecido, una mujer atractiva que no se daba por vencida aunque pasaran muchos años y, por si fuera poco, la pista de la policía secreta.

Hacía mucho que buscaba un reportaje como ése. Le resultaba tremendamente liberador ocuparse por una vez de una historia que no tuviera nada que ver con millonarios ni con

políticos corruptos. Le recordaba por qué había elegido tiempo atrás la carrera de periodismo, y no había sido precisamente para revelar cómo ganaban todavía más dinero

los magnates, ni cómo se las arreglaban los grandes empresarios para evadir impuestos.

No era su propia voz la que presentaba ese tipo de historias, sino la voz del momento,

el espíritu de la época.

La historia de Shibeka se adaptaba mucho mejor a su estilo, porque él quería hablar de

las personas. Quería sacudir a los espectadores y que abrieran los ojos. Conmoverlos.

¡Mirad, esto está pasando ahora mismo en Suecia! ¡No tratamos por igual a todas las personas! Sus amigos le hacían bromas a veces y le decían que era el último idealista, convencido de poder cambiar el mundo armado con una cámara.

Necesitaba ver otra vez a Shibeka. Solamente ellos dos. Era su única oportunidad. La

había llamado varias veces al número de móvil que la mujer le había dado, pero no lo cogía. Decidió salir a dar un paseo, para despejarse. Se dijo que quizá pudiera llamar a sus amigos y hacer planes para ver el partido del domingo. El Hammarby recibía en casa al Brage. Se puso lentamente la chaqueta y se dirigió hacia la puerta. Entonces sonó el teléfono. En la pantalla vio que era Shibeka. Casi se le cae el móvil por la ansiedad de contestar cuanto antes. Apenas la oía.

Cuando por fin entendió lo que le estaba diciendo, supo que se había

desencadenado la

catástrofe. Intentó convencerla. Trató de hacerle ver que podía ayudarla. Que averiguaría la verdad. Que nunca se daría por vencido.

Pero no le sirvió de nada.

Ella sí que se daba por vencida.

Había terminado.

Mehran estaba en la cocina, escuchando la conversación de su madre en el vestíbulo. No

era que no le tuviera confianza, pero quería asegurarse de que hiciera lo que le había prometido: poner fin cuanto antes a sus tratos con el periodista. Era una sensación extraña, la de escuchar a escondidas a su madre, pero si a ella le molestaba la situación, lo disimulaba perfectamente. Su voz fue firme y decidida durante toda la conversación y no

cedió ni un milímetro cuando el sueco, al otro lado de la línea, intentó convencerla y al final llegó incluso a implorarle. Pero el hombre estaba perdiendo el tiempo. La conversación fue breve. No había nada que discutir. Sólo cuando su madre colgó el teléfono y se hundió en la pequeña butaca, Mehran creyó comprenderla. Por fin pudo atisbar su mundo interior, presenciar cómo moría su sueño y cómo una parte de su vida se acababa. Se le acercó con toda la dulzura de que fue capaz. Lo había hecho sentirse orgulloso, aunque probablemente ella no lo entendería.

—Está decepcionado —dijo Shibeka sin levantar la vista cuando notó que Mehran estaba en el vestíbulo.

—Tú también, ¿verdad, mamá?

Ella asintió apenada.

—No voy a mentirte. Te he prometido que no te mentiría. ¡Hacía tanto tiempo que luchaba por esto!

Mehran se sentó al lado de su madre. Notaba su dolor y quería demostrarle que la acompañaba en su pena. Su madre era incapaz de hacerle daño a nadie de forma deliberada. Pero las circunstancias habían tomado un giro adverso y los habían conducido hasta ese punto.

—No podía hacer otra cosa. Lo entiendes, ¿verdad?

La cogió de la mano. Quería convencerla de que todo estaba bien.

—Sinceramente, no, Mehran. No entiendo en qué me equivoqué. La gente como tú y

como yo necesita a alguien como Lennart que luche por nosotros, porque de lo contrario

nadie nos escucha.

—Pero si no cedemos, nos quedaremos solos, y eso no puede ser. No queremos

quedarnos solos, ¿verdad?

—Ya estamos solos, Mehran. ¿Quién crees que va a ayudarnos? ¿Memel?

Prácticamente escupió el nombre del anciano mientras se levantaba con brusquedad de

la butaca, como queriendo huir de la quietud, del dolor y del desencanto. Se sintió más fuerte en cuanto estuvo de pie. Entonces se volvió hacia su hijo y le tendió el teléfono móvil.

—¿Qué quieres que haga con esto? —le preguntó el muchacho.

—No sé. Quédatelo o dáselo a Eyer. A mí ya no me hace falta.

Mehran cogió con cautela el teléfono. Lo sintió pesado en la mano. Mucho más pesado

de lo que era en realidad. Lleno de sueños pisoteados y de esperanzas frustradas.

—Prométeme una cosa, Mehran —dijo Shibeka con seriedad—. Prométeme que no

escucharás solamente a los demás. Escúchate también a ti mismo.

Quizá yo me haya excedido. Pero no olvides que has de escuchar también tu propia voz.

Entró en su habitación y cerró la puerta.

Había conseguido huir del dolor y del desencanto.

Pero se los había dejado a él.

En toda Suecia había veintitrés Ellinor Bergkvist, de las cuales tres vivían en Estocolmo.

Vanja imprimió los datos de todas ellas, aunque pensaba concentrarse en las tres de la capital. El mismo nombre, diferentes mujeres.

Veintidós de ellas llevaban una vida completamente al margen de la de Vanja. Quizá

algún día se cruzaran sus caminos por azar, pero era poco probable. Una sola de esas mujeres había colaborado activamente en la detención de su padre e incluso era probable

que tuviera alguna relación con la muerte de Trolle Hermansson.

Vanja volvió a recostarse en el sofá mientras oía el zumbido de la impresora en la habitación contigua. El problema era que no podía ponerse en contacto con ninguna de las Ellinors de la lista, pero no porque se lo hubiera prometido a Peter Gornack, sino porque cualquier acción de ese tipo habría sido un grave error por su parte. Habría podido interpretarse como un intento de influir sobre una informante en una investigación abierta contra su padre. Y eso, en caso de salir a la luz, habría sido motivo suficiente para excluirla definitivamente de cualquier programa de formación del FBI. Sin embargo, necesitaba averiguar más.

Por un momento, consideró la posibilidad de llamar a Billy, pero se dijo que aún seguiría en Jämtland y que su relación con él todavía no se había recuperado lo suficiente para pedirle que llevara a cabo una investigación privada en su nombre. Además, si llegaba a descubrirse, los dos tendrían graves problemas. Sería poner a Billy en una situación muy delicada, porque el hecho de que él investigara el caso habría

sido casi tan malo como si lo hacía ella. Sin embargo, Vanja necesitaba ayuda.

Sebastian.

Curiosamente, ese nombre era el primero que le había venido a la mente. Antes, cuando necesitaba ayuda, siempre pensaba en Valdemar antes que en ninguna otra persona. O a veces en Billy. Pero ahora había pensado en Sebastian.

Unos meses atrás, ni siquiera lo habría considerado. Todo el mundo sabía que

Sebastian Bergman nunca hacía nada si no podía obtener algún beneficio. Pero después de lo sucedido en los últimos días, Vanja tenía la sensación de que quizá pudiera hacer una excepción con ella y ayudarla solamente por amistad, sin esperar nada a cambio. Merecía

la pena intentarlo. Además, su relación con la Unidad de Homicidios era informal, tenía una moral bastante laxa y era capaz de inventarse una historia y mentir con gran soltura si las circunstancias lo exigían.

Pero ¿qué favor quería pedirle Vanja? ¿Que buscara a esas mujeres y les preguntara si

habían contribuido a que Valdemar Lithner estuviera en prisión preventiva por delitos económicos? Ninguna de ellas entendería siquiera la pregunta, excepto una, y ésa con toda seguridad le mentiría. ¿Le serviría de algo la pista de Ellinor Bergkvist, la única que tenía?

¿No sería un callejón sin salida?

¿Merecería la pena intentarlo? Valdemar era culpable. De eso estaba segura.

Por las cosas que le había dicho durante su breve visita.

Por la manera de decirlas.

Por su mirada.

Sí, la cárcel era su sitio. ¿Tenía alguna importancia averiguar cómo había llegado hasta allí, saber quién había llevado las nuevas pruebas a los colegas de la Unidad de Delitos Económicos y por qué lo había hecho? Pronto se marcharía muy lejos, a Estados Unidos.

¿Por qué no olvidarlo todo y seguir adelante?

Vanja se levantó del sofá. Entró al dormitorio, donde estaba la impresora, y recogió los folios, que se puso a hojear mientras regresaba al cuarto de estar.

Veintitrés nombres con sus direcciones.

Uno de ellos era el que buscaba.

Se dirigió hacia la mesa baja del sofá, donde había dejado el teléfono. Cuando sólo había dado unos pocos pasos, empezó a sonar.

—¿Diga? —contestó, sin mirar quién la llamaba.

—Hola, soy Harriet, de Recursos Humanos.

—¡Hola!

—¿Molesto?

—No, para nada.

Vanja no podía reprimir la sonrisa. Sentía un hormigueo de expectación en todo el cuerpo. Harriet era la responsable de formación permanente e intercambios internacionales en la Dirección General de la Policía, la persona que iba a abrirle la puerta para que pudiera huir. Iba a marcharse de Suecia y solamente pensaría en el futuro. Necesitaba espacio para respirar, tiempo para concentrarse nada más que en ella misma. Seguiría el

juicio con atención, por supuesto, pero desde lejos. Gracias a la distancia geográfica, podría permitirse el lujo de mantenerse al margen. Lo necesitaba. Durante demasiado tiempo había sido la niña buena que hacía todo lo que se esperaba de ella. En algún momento, más adelante, se vería obligada a reanudar la relación con su padre. Estaba segura de que algún día se reencontrarían, pero para eso necesitaba reunir fuerzas. Ahora no se sentía capaz. Estaba cansada. Tenía poco más de treinta años y ya estaba harta de casi todo. Estados Unidos y el FBI le devolverían las ganas de vivir. Lo único que quería era dejarlo todo atrás y salir por la puerta que Harriet estaba a punto de abrirle.

—Lo siento muchísimo —oyó que le decía Harriet, y al principio no la entendió.

¿Estaría al corriente del problema de Valdemar? Era posible. La policía era un lugar de

trabajo como cualquier otro y los rumores circulaban con rapidez por los pasillos.

—Gracias, pero así están las cosas. No es mucho lo que puedo hacer al respecto, de momento —replicó Vanja mientras dejaba los papeles sobre la mesa baja del cuarto de estar.

Se dirigió a la ventana y se puso a contemplar las extensiones de hierba de Gärdet, más

allá de unos árboles cada vez más desnudos.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea, un silencio de desconcierto, como el que se produce cuando alguien pierde completamente el hilo de la conversación.

—Perdona, pero no entiendo bien… —dijo finalmente Harriet.

—Mi padre —contestó Vanja, tratando de expresar con el tono de voz que no estaba

excesivamente afectada por el asunto y que no era necesario seguir hurgando en el tema.

—¿Qué le ha pasado?

—Está… —empezó a explicar Vanja, pero enseguida se interrumpió.

Harriet no sabía nada. Pero había iniciado la conversación diciendo que lo sentía muchísimo. Vanja notó que empezaba a hacérsele un nudo en el estómago.

—Olvídalo. No es nada —indicó por fin—. ¿De qué me estabas hablando?

Otra vez se hizo un silencio. Diferente en esta ocasión. No era de asombro, sino más

bien de incomodidad, como el que se produce antes de comunicar una mala noticia. El nudo en el estómago se convirtió en una bola.

—Tu solicitud para los cursos del FBI ha sido rechazada.

De repente, la sensación de opresión en el vientre le hizo expulsar el

aire de los pulmones y le cortó la respiración. No podía ser verdad. Era imposible. Por alguna extraña razón, estaba viviendo en una dimensión ajena a la realidad.

—¿Estás segura?

¡Qué pregunta más tonta! Harriet era la responsable de Recursos Humanos. No había

nadie por encima de ella. ¡Claro que estaba segura!

—No te imaginas cuánto lo siento.

—Pero ¿por qué? —consiguió articular Vanja. Tenía que ser un error. Si solamente conseguía que Harriet le dijera dónde estaba el problema, estaba segura de que podría corregirlo—. Porque… todo había ido muy bien, ¿no?

—Håkan Persson Riddarstolpe —dijo Harriet, e hizo una pausa para ofrecerle a Vanja

la oportunidad de recordar de quién le estaba hablando.

Tampoco era preciso con un nombre como ése. La imagen del hombre sentado en su

despacho desordenado, con su bigotito y su mirada maliciosa, le vino de inmediato a la mente. Pero no le ofreció ninguna pista. La entrevista con Håkan Persson Riddarstolpe se había desarrollado a las mil maravillas. Había sido perfecta. Él mismo se lo había dicho cuando al final se levantó para estrecharle la mano. «Has estado muy bien», le había comentado. ¿Qué podía haber pasado? ¿Le habría mentido? Y en ese caso, ¿por qué?

Tenía que saberlo.

—¿Sí? —replicó Vanja, para confirmarle a Harriet que sabía perfectamente de quién le

estaba hablando.

—Su informe es inequívoco —prosiguió Harriet—. Dice que no te considera apta y recomienda que no te enviemos a esa formación.

—¿Por qué?

No pudo decir nada más, porque esas dos palabras eran las únicas que

resonaban en su

cabeza. Todo lo demás había desaparecido.

—Menciona algunas razones, pero lo importante para nosotros es su recomendación.

—Pero es solamente lo que dice una persona.

—El FBI jamás te admitiría con un informe contrario del psicólogo responsable de tu

evaluación —comentó Harriet, con un tono de voz que parecía querer eludir una respuesta

más directa.

—¡Pero no es cierto que no sea apta! —precisó Vanja, casi gritando—. Pregúntaselo a

cualquiera. ¡Nadie es más puñeteramente apta que yo!

—Lo siento mucho, Vanja.

—¡Sentirlo no es suficiente! —exclamó ella, escupiendo las palabras. No podía ser verdad lo que estaba pasando. No pensaba permitirlo. Ella nunca se daba por vencida. Era su manera de ser. Por eso era la mejor—. Conseguiré otra evaluación. De otro psicólogo.

Ese hombre se equivoca. ¿No puedo presentar un recurso?

—Håkan es el responsable de las evaluaciones en nuestra sección y sus informes siempre son definitivos.

Vanja guardó silencio. ¿Qué podía decir? La puerta por la que pensaba huir se le había vuelto a cerrar en la cara con tanta brusquedad y de forma tan definitiva que la sensación era casi física, como si acabara de recibir una bofetada.

—Habrá otras oportunidades —intentó consolarla Harriet—. Este año ya no, ni

tampoco el siguiente, por lo que parece. Pero seguramente habrá otras oportunidades más

adelante.

—Sí, claro. Gracias.

Vanja colgó. Se quedó junto a la ventana. A lo lejos, más allá de los árboles, había gente que caminaba, corría o montaba en bicicleta. Todos iban de camino a algún sitio donde proseguirían con su vida un rato más, unas horas más. ¿Qué iba a hacer ella?

¿Cómo iba a continuar?

Se volvió hacia el interior de la habitación. Quería llorar, pero no podía. Estaba vacía.

Era como si la perspectiva de viajar a Estados Unidos hubiera sido la delicada base que sustentaba todo lo demás, lo único que conseguía que todo el edificio se mantuviera en pie. Ahora que había desaparecido, todo se venía abajo.

Se dejó caer en el sofá. No habría podido decir cuánto tiempo estuvo sentada, con la

mirada perdida en el techo. Después, volvió a ver los papeles que había dejado sobre la mesa. Se los quedó mirando un momento, como si no supiera qué eran, ni cómo habían llegado hasta ahí. Entonces se inclinó hacia delante y empezó a leer.

El mismo nombre, con diferentes grafías y con diferentes direcciones.

De repente, se le ocurrió una idea.

Era lo primero que pensaba desde la llamada telefónica.

Podía buscar a Ellinor.

Se daba cuenta de que el temor a perder el viaje a Estados Unidos había sido lo único

que la había hecho descartar la idea de buscarla. Pero ahora tampoco quería perder el trabajo. No iba a arriesgarlo por algo así. No pensaba amenazar ni asustar a la mujer en cuestión. Únicamente averiguaría los hechos. Y tal vez le haría una advertencia, pero nada más.

«No hay mal que por bien no venga», se sorprendió pensando cuando se levantó del

sofá con los papeles en la mano. Fue algo que simplemente le vino a la mente, quizá porque había bloqueado y paralizado todos los demás pensamientos y emociones.

Vaya tontería.

De un día tan malo como el que acababa de vivir no podía salir nada bueno. De eso

estaba segura.

Morgan Hansson tenía un regusto a sangre en la boca. Sabía muy bien que no era sangre,

claro, sino únicamente estrés, miedo y preocupación. Pero, aun así, sabía a hierro. Le pareció interesante que algunos sentimientos tuvieran un sabor propio, que fuera posible tener una percepción concreta de algo tan abstracto. Pensó que el amor debería saber a chocolate. Pero no era así.

Sabía justamente a eso que tenía en la boca.

Se detuvo y se apoyó en el rugoso muro de hormigón. Intentó calmarse. Solamente quería hacerlo y terminar de una vez. No había comido nada desde la noche anterior. Le

dolía demasiado el estómago para tener hambre. En lugar de comer, había bebido grandes

cantidades de agua con gas, fabricada con el aparato carbonatador que tenía en la cocina.

Era lo que solía hacer cuando necesitaba tranquilizarse. Beber agua con gas. Quizá por eso sentía un burbujeo en el estómago y notaba de vez en cuando un reflujo ácido. Trató de

convencerse de que solamente estaba nervioso. Nada más. Nadie sabía lo que estaba haciendo. Era un simple técnico informático que se dirigía a una de las dependencias de la sección de informática, debajo del garaje. Tenía los permisos de acceso necesarios, había recorrido muchas veces el mismo camino en ocasiones anteriores e incluso llevaba consigo dos discos duros de diez terabytes cada uno, para aparentar que tenía algo que hacer allá abajo. No era ni remotamente como si llevara un cartel que proclamara a los cuatro vientos que estaba a punto de quebrantar las normas.

Las intenciones no podían verse, aunque él sintiera lo contrario. Las intenciones eran

invisibles, hasta que se convertían en acciones. Y las acciones que él pensaba realizar no se podían descubrir. No pensaba llevarse nada de la sala, ni imprimir nada. Solamente comprobaría si una referencia que aparentemente se había borrado por error de un archivo todavía seguía ahí. Averiguaría un nombre. Eso no podía ser ilegal. Como máximo, sería

un caso dudoso. Eso, como máximo.

Se enfadó consigo mismo. ¡Claro que era ilegal! ¿A quién pretendía engañar? Se trataba de un archivo clasificado como secreto.

Habría dado cualquier cosa por volver a su despacho, con sus cables, sus discos duros, sus cartuchos de impresora y sus componentes estropeados, donde se sentía tan a gusto. Si lo hacía, sería una decepción para Anitha y probablemente se enfadaría con él, pero Morgan no tenía el temple necesario para hacer lo que estaba haciendo. O quizá fuera mejor mentirle y decirle que había buscado el archivo, pero ya no estaba, que la cinta también se había borrado por error. La idea le gustó. Le pareció sencilla y liberadora. Lo único que necesitaba era una pequeña mentira, cuya veracidad ella nunca podría comprobar. Pero no podía hacer algo así. Se lo había prometido, y ella necesitaba ayuda.

Hay que ayudar a los amigos, sobre todo cuando uno quiere que se conviertan en algo más

que amigos.

Siguió adelante. Llegó a la última puerta de seguridad y sacó la tarjeta magnética. La

acercó al lector y esperó al chasquido, que se oyó al cabo de unos segundos. Abrió la puerta y entró. Dentro, el pasillo era más estrecho y hacía mucho más calor. La sala del servidor detrás de la primera puerta estaba refrigerada y parte del calor generado por el sistema se difundía por el pasillo. Se dio cuenta de que pronto empezaría a sudar. Siguió adelante, hacia la habitación donde se encontraban las copias de seguridad. Era la puerta siguiente, después de la sala del servidor. Personalmente, opinaba que ese sistema de copias de seguridad era prehistórico. ¿Qué organización moderna seguía copiando los datos en cintas? El sistema se remontaba a los años sesenta, cuando aún no existían los discos duros y todo se grababa en cinta magnética.

Durante un tiempo, las cintas habían

tenido al menos la ventaja de ser más económicas, pero eso había terminado unos cuantos

años atrás, cuando el precio de todo tipo de soportes de memoria había empezado a caer

en picado. Pese a todo, la Dirección General de la Policía había decidido seguir utilizando cintas magnéticas para las copias de seguridad, quizá por costumbre, o tal vez por pereza o por simple estupidez. Además del mayor riesgo de que las cintas resultaran dañadas, manejarlas resultaba mucho más complicado. Era preciso que una persona bajara y las cambiara físicamente, a intervalos regulares. Había que retirarlas, almacenarlas correctamente y, al cabo de un tiempo, desmagnetizarlas para utilizarlas de nuevo. Pero quizá fuera ésa la auténtica razón de la decisión: mantener los puestos de trabajo. Morgan se daba cuenta de que no disponía de todos los datos para opinar, pero en todo caso se alegraba de no tener que manipular habitualmente las cintas. Le habían enseñado cómo funcionaba el mecanismo por si en algún momento Göransson estaba de baja. De ese modo, lo habían convertido en el dispositivo de seguridad por si fallaba el dispositivo de seguridad que se encargaba de las copias de seguridad. Probablemente el propio Morgan

era la única persona en el mundo que le veía la gracia al asunto.

Abrió la puerta y entró en el recinto. Ante él se erguía la máquina conectada a través

de cables de fibra óptica a la sala del servidor. Era una IBM TS2250 LTO de quinta generación, adquirida en 2011. Era una suerte para él, ya que con cualquiera de los modelos anteriores habría tenido que extraer la información secuencialmente, lo que le habría llevado muchísimo tiempo. El nuevo modelo permitía trabajar con la cinta como si

fuera un disco duro y acceder directamente, mediante un sistema de archivos, a la información que se buscaba. De ese modo, las búsquedas no eran tan largas y engorrosas

como antes.

Göransson lo tenía todo muy ordenado. Las cintas estaban pulcramente etiquetadas y

clasificadas por fechas. Morgan sabía que las conservaban por lo menos tres meses, después las desmagnetizaban y las reutilizaban. Según Anitha, el borrado de los datos se había producido apenas dos días atrás. Por lo tanto, podía empezar por una cinta de varios días antes y ver si encontraba el archivo intacto. Cogió con cuidado una de las cintas y la sostuvo en la mano. Le pareció más pesada de lo que esperaba, pero quizá sucedía lo mismo que con el regusto de la boca. Era otra cosa lo que pesaba.

Hizo una inspiración profunda.

Y entonces sus intenciones se convirtieron en acciones.

Mehran iba andando en dirección al centro comercial. Necesitaba salir y sentirse un adolescente otra vez, como antes de que todo empezara, cuando sus principales problemas

eran decidir si iría o no a la fiesta de Lövgatan y saber si Miriam también asistiría. Le había mandado un SMS a Levan para preguntarle si la fiesta seguía en pie, pero todavía no había recibido ninguna respuesta.

Habría tenido que alegrarse por la forma en que todo se había solucionado, pero se sentía insatisfecho. Por un momento, había creído que volvería a estar tranquilo cuando obedeciera a los hombres mayores. Pero llevaba horas nervioso y alterado. Era una sensación extraña, como si un regalo que hubiera deseado durante mucho tiempo no hubiera sido al final tan maravilloso como esperaba. Melika les había mentido. Su madre

tenía razón. Estaba en lo cierto desde el principio, pero eso no iba a servirle de nada. Al contrario. Ahora todos los demás la mirarían de otro modo. La marginarían, a pesar de que los había escuchado, se había doblegado y había cedido a su voluntad. Irían espaciando los contactos con ella. Así funcionaban las cosas. No bastaba con hacer lo correcto. Los mayores no perdonaban un error. Así de simple. Dejarían de hablar con ella, y poco a poco su madre sería cada vez menos una persona y cada vez más un recuerdo. Shibeka, la mujer

que siempre lo había cuidado. La que nunca se daba por vencida. El

nuevo país le había

ofrecido nuevas oportunidades para luchar. En Suecia no estaba obligada a obedecer y callar, como las viudas en su país. Se había vuelto más fuerte. Distinta de las demás. Eso era precisamente lo que atraía al periodista y a los suecos en general: una mujer dispuesta a luchar. Y eso mismo indignaba e infundía temor a Memel y a los demás, y Mehran lo sabía.

A él, en cambio, lo recompensarían. Le reservarían un lugar más importante en la comunidad, porque a diferencia de ella había demostrado ser digno de confianza. Había dado la cara por su familia, pero también había hecho lo correcto cuando había sido preciso. Era como si se hubiera infiltrado en la lucha de su madre y le hubiera robado su fuerza, como si la hubiera utilizado para su progreso personal y después la hubiera abandonado. Por eso, a partir de ese momento, los dos se movían en diferentes

direcciones: él avanzaba mientras ella retrocedía.

Y en medio de los dos movimientos, la mentira de Melika. ¿Quién la investigaría ahora? ¿Quién se ocuparía de descubrir la verdad?

Nadie.

No le parecía justo.

Ni remotamente justo.

Se detuvo al llegar al centro comercial. En la puerta de la tintorería, vio a varios de los chicos mayores de su instituto, que levantaron la mano para saludarlo. No tenía ganas de hablar con ellos. Los saludó con un movimiento de la cabeza y siguió adelante. No encontró a Levan por ninguna parte, pero se dio cuenta de que también había perdido las

ganas de verlo. Se dirigió a la casa de Melika y se quedó un momento en el parque de juegos infantiles que había delante de su edificio. Fue hacia los columpios y se acercó al que su padre nunca le había dejado utilizar. Por mucho que él se lo pidiera y por mucho

que llorara, Hamid era inflexible. Ese columpio era para los niños mayores, le decía siempre. Llegó a ser casi un ritual entre los dos. Mehran le pedía que lo dejara. Hamid le respondía que no, que ya se montaría cuando fuera mayor. Él insistía, pero su padre nunca se daba por vencido. Nunca. Mehran se sentó con cuidado en el columpio. Ya

no le parecía tan fantástico como antes. No era más que un neumático colgado de dos cadenas. Hamid

sólo le dejaba usar el columpio de la derecha, el que tenía una rueda más pequeña debajo de la mayor, para que los niños no pudieran escurrirse por el agujero central al columpiarse. Los eslabones metálicos de la cadena tenían el tacto frío que recordaba de su infancia. Empezó a columpiarse. Cuando aumentó la velocidad, toda la estructura se puso

a chirriar rítmicamente.

Adelante y atrás. Adelante y atrás.

Cada vez que empujaba hacia delante, surgía una nueva pregunta.

¿Por qué había mentido Melika el día que estuvo en su casa?

Atrás.

¿Qué sabía del hombre llamado Joseph?

Atrás.

¿Por qué se había puesto nerviosa y había corrido a ver a Memel para delatarlos?

Atrás.

Mehran tenía que hacer las cosas bien.

No podía subir simplemente a ver a Melika. Con eso no conseguiría nada. No podía arriesgarse a que ella volviera a contárselo todo a Memel y a los demás.

Quizá fuera mejor ir a la tienda de Said. Había estado varias veces con su padre,

cuando era niño. Hamid iba a ayudar en la tienda de vez en cuando, para tener algo que hacer. Said era el propietario del negocio, en sociedad con dos primos de Melika: Rafi y otro que se llamaba… Turyalai, si Mehran no recordaba mal. Se acordaba sobre todo de

Rafi, porque siempre le hacía bromas y le daba golosinas, aunque hacía mucho que no había vuelto a pensar en ninguno de los dos. Su madre le había mencionado en alguna ocasión que no vivían en Rinkeby, sino en Vällingby. Al menos por aquel entonces. Los

primeros años los había visto varias veces en casa de Melika, y sabía que también le habían dado algo de dinero a su madre, para ayudarla. Pero de eso hacía mucho tiempo.

Después se habían visto cada vez menos, a medida que Melika y Shibeka se fueron distanciando. Pero era posible que supieran alguna cosa. Antes de desaparecer, Said casi siempre estaba con ellos.

Dejó que el columpio se detuviera solo y se bajó. Levantó la vista una vez más hacia el

apartamento de Melika y se encaminó hacia el metro.

Ahora que había ayudado a los demás a silenciar a su madre, él era el único que podía

averiguar la verdad.

La primera de las veintitrés Ellinor Bergkvist vivía en el número 107 de Grönviksvägen,

en Nockeby. Vanja tecleó la dirección en el GPS, porque no recordaba cómo llegar hasta

esa parte de Estocolmo. En el denso tráfico de la tarde, se puso a pensar cómo abordaría a las diferentes mujeres. De una cosa estaba segura: no pensaba revelarles que era policía.

Pero ¿qué podía decirles? Lo menos posible. Eso fue lo único que había decidido cuando

entró con el vehículo en el aparcamiento semicircular que se extendía delante del bloque de viviendas en forma de V. Se dirigió al número 107 por el ancho sendero asfaltado mientras divisaba a lo lejos un cauce de agua fría y gris, que parecía un canal, pero que debía de ser un brazo del Mälaren. El portal era de vidrio y metal, y estaba cerrado con llave. Miró los timbres del portero electrónico, en la pared, y vio que la mujer que buscaba vivía en el segundo piso. Llamó a alguien que se llamaba Levin, en el tercero, y dijo que traía unas flores para la señora Bergkvist, del segundo, pero no había encontrado a nadie en casa. ¿Podía abrirle la puerta, para que entrara y le dejara las flores en

el rellano?

Dentro del portal hacía más frío que en la calle. Decidió subir por la escalera. Nada más llegar al segundo piso, a la izquierda, vio una puerta con el nombre de Bergkvist. Llamó al timbre y, al cabo de unos segundos, le abrió una mujer de unos treinta y cinco años. Al fondo se oía el griterío de un programa infantil de televisión, probablemente de dibujos animados. La mujer tenía el pelo castaño y recogido en una coleta, llevaba unos discretos pendientes de oro e iba bien maquillada, aunque se notaba que el maquillaje no era reciente. Vestía blusa de color claro, falda recta y medias. Vanja supuso que habría recogido a los niños al salir del trabajo y que acababa de llegar a casa.

—¿Ellinor Bergkvist? —le preguntó a la mujer que la miraba con expresión perpleja y

algo estresada.

—Sí.

—Yo soy Vanja Lithner —se presentó, y se quedó esperando la reacción de su

interlocutora.

Su apellido era poco frecuente. Si la mujer que tenía delante estaba implicada en la

detención de Valdemar, era poco probable que no reaccionara aunque fuera mínimamente.

Vanja la estudió con atención. Era una excelente observadora, capaz de notar pequeños signos y distinguir matices: un parpadeo, un cambio mínimo de postura… Pero no notó nada en la mujer que tenía delante, excepto un sincero desconcierto.

—¿Perdón?

—Soy la hija de Valdemar Lithner —insistió Vanja y otra vez guardó silencio, para quedarse a la espera, observando.

—¿Me puede decir qué se le ofrece?

Dentro del apartamento, estalló una discusión. Una voz estridente llamó a gritos a su

mamá y le anunció que Hugo no dejaba de pelear, a lo que

inmediatamente siguió un desmentido y la revelación de que Linnea no estaba diciendo la verdad.

—¡Ya voy! ¡Portaos bien! —gritó la mujer hacia el interior del apartamento antes de

volverse otra vez hacia Vanja.

—¿No tiene usted ninguna vinculación con Valdemar, ni con un hombre llamado

Trolle Hermansson?

—No, no los conozco. No sé de qué me está hablando.

El estrés era más que evidente en los ojos y en la voz de la mujer, pero probablemente

su nerviosismo se debía sobre todo a que Linnea estaba diciendo en ese mismo instante que Hugo era un tonto por haber cambiado de canal. Era evidente que la primera Ellinor

no era la mujer que Vanja buscaba.

—Perdón. Deben de haberme dado una dirección equivocada. Le ruego que me

disculpe —dijo, retrocediendo un paso.

La mujer se limitó a asentir levemente con la cabeza, y después cerró de un portazo.

Se oyó otro chillido, seguido de un llanto y de la voz de Ellinor Bergkvist, que también ponía en duda la inteligencia de su hijo por haber intentado resolver el conflicto pegándole a su hermana en la cabeza con el mando a distancia.

Vanja empezó a bajar la escalera. Le quedaban otras dos Ellinors en Estocolmo. Y

veinte más en el resto del país. Pero no tenía ninguna prisa.

Fuera como fuera, ya no iría a Estados Unidos.

Mehran cogió la línea azul en dirección a Fridhemsplan. No tuvo que hacer ningún transbordo. La pequeña tienda estaba dentro de la estación del metro. De eso estaba seguro, pero no sabía bien en qué salida se encontraba. Hacía diez años que no la visitaba y se daba cuenta de que no podía confiar en las imágenes mentales que conservaba de la

infancia. Una distancia de cien metros podía parecerle enorme a un niño pequeño.

Mientras iba subiendo desde el andén hasta los pasillos más amplios de la parte superior, que conducían a las diferentes salidas, recibió un mensaje de Levan, que le confirmaba que la fiesta se iba a celebrar. Lo borró sin contestar. Tenía otras cosas más importantes en qué pensar.

Sabía que la tienda no se encontraba en una de las salidas más importantes que daban a

Fridhemsplan, por donde había pasado muchas veces, sino en un pasillo secundario, en dirección a Stadshagen. Siguió las señales que indicaban la salida de Mariebergsgatan, porque por alguna razón el nombre le resultó familiar.

Encontró la tienda antes de lo que esperaba. Estaba arrinconada en un pequeño túnel

de paredes grises de hormigón, delante de una escalera que subía al exterior. Detrás de unas rejas, tres grandes escaparates sucios exhibían carteles escritos a mano que anunciaban ofertas especiales, junto a una puerta de seguridad abierta de par en par, para anunciar a los transeúntes que el comercio estaba abierto. La tienda no era exactamente tal como la recordaba. Al principio no supo ver dónde estaba la diferencia, pero al final comprendió que los colores del rótulo eran distintos. Recordaba unas letras rojas, sobre fondo amarillo azafrán. No sabía qué decía el cartel, ya que en aquella época aún no sabía leer, pero conservaba claramente en la memoria los colores fuertes del rótulo, quizá porque le recordaban su tierra natal. Ahora las letras eran negras sobre fondo blanco.

ABIERTO DE LUNES A DOMINGO, decía simplemente el cartel. Un texto breve y práctico, que

sin embargo no le traía ningún recuerdo a la mente. Entró despacio, con precaución. El ambiente olía igual que entonces: una mezcla de

polvo, algo dulce y el olor levemente acre de los pasillos del metro. Miró a su alrededor. La caja estaba más cerca de la salida

que antes. Detrás del mostrador había un hombre de unos cincuenta años, vestido con jersey negro, leyendo un periódico. Tenía el pelo gris muy corto y una calva incipiente.

Mehran no lo reconoció.

Se le acercó y le sonrió amablemente. Por costumbre, le habló en pastún.

—Hola, ¿está Rafi?

El hombre levantó la vista del periódico y lo miró sin entender.

—¿Qué dices? —le preguntó en sueco, aunque con marcado acento extranjero.

Mehran intentó situar el acento y supuso que podía ser árabe, pero le habló en sueco,

para mayor seguridad.

—Busco a Rafi. ¿Está aquí?

—No conozco a ningún Rafi.

—Es el dueño de la tienda.

El hombre lo miró con más extrañeza aún que antes.

—¿Qué dices? Los dueños somos mi hermano y yo.

Mehran hizo un gesto afirmativo. Ahora entendía por qué llevaba tanto tiempo sin oír

hablar de la tienda. La habían vendido.

—La compramos a unos afganos —prosiguió el hombre del mostrador —. ¿Te refieres

a ellos?

—Sí, creo que sí. ¿Se llamaban Rafi y Turyalai?

—No recuerdo los nombres, pero me parece que eran tres.

Mehran asintió. Era cierto lo que decía el hombre. Said era el tercero.

—¿El tercero se llamaba Said? —preguntó, para asegurarse.

El hombre se encogió de hombros.

—No sé. Mi hermano se encargó de todo. ¿Es pariente tuyo ese Said?

—El primo de mi padre.

El hombre bebió un sorbo de la taza de café que tenía delante.

—A mi hermano le costó muchísimo cerrar el trato con ellos. No le caían bien. Eran

un fastidio. Se peleaban entre ellos y discutían con nosotros.

Mehran se sorprendió. No era así como recordaba a Said y a sus socios.

—¿Por qué discutían? ¿Lo recuerdas?

—Creo que no se ponían de acuerdo y no acababan de decidir si debían vender o no.

Decían que sí y al poco tiempo se desdecían y daban marcha atrás. Llegamos a pensar que no querían vender, pero entonces nos llamaron y firmamos de un día para otro. No nos lo

podíamos creer. Ya habíamos empezado a buscar otra tienda.

Mehran sintió de pronto la boca seca. La historia que le estaba contando el hombre del

mostrador no encajaba con la imagen que él tenía de Said y sus socios. Los tres eran buenos amigos. Incluso eran parientes aunque un poco lejanos. Fuera como fuera, eran de

la misma familia. Se llevaban bien, o al menos eso creía Mehran. Quizá había entre ellos algún conflicto que él, siendo niño, no había notado. Era posible. Pero entonces su madre se lo habría comentado en algún momento. Hacía años que no pensaba en otra cosa. Por

algún motivo, la historia no acababa de cuadrar.

—¿Cuánto hace que compraron este negocio, si me permite que se lo pregunte?

El hombre sonrió y se recostó en la destartalada silla de oficina.

—Demasiado, la verdad. Unos nueve años, creo, pero mi hermano podrá decírtelo mejor que yo. Si quieres lo llamo y se lo pregunto.

—Sí, por favor, si no es molestia.

—¿Te parece que tengo muchas cosas más que hacer? —replicó el hombre con

sequedad, mirando la tienda desierta a su alrededor.

Cogió el teléfono inalámbrico que tenía junto al periódico, sobre el mostrador, y marcó

rápidamente un número. Se levantó y empezó a hablar en árabe. Mehran entendía palabras

sueltas, pero no conocía lo suficiente el idioma como para seguir la conversación. Se puso a observar la tienda. ¿Cuántas veces la había visitado de niño? ¿Diez? ¿Quince? Said solía estar siempre; Rafi a veces, y Turyalai nunca. Mehran había visto a Turyalai varias veces en casa de Melika, pero no lo suficiente para recordarlo con claridad. Solamente recordaba que Turyalai era el más corpulento de los tres. No es que fuera muy grande, pero tanto Said como Rafi eran altos y delgados, y en comparación con ellos parecía enorme. Tenía

la cara redonda, el pelo cortado al rape y siempre estaba un poco malhumorado. Hacía mucho tiempo que Mehran no pensaba en ellos. Y nunca como individuos separados.

Siempre los recordaba como un colectivo de tres amigos, tres parientes: Said y los otros dos. Ahora resultaba que quizá no habían sido tan buenos amigos como él siempre había

creído.

El hombre del mostrador terminó de hablar y dejó otra vez el teléfono sobre la mesa.

—Compramos la tienda en 2003. En septiembre. Pero antes estuvimos casi un año en

conversaciones para comprarla.

Mehran asintió, incapaz de articular una respuesta. Su mente funcionaba a toda velocidad. Los dos primos habían vendido la tienda

apenas un mes después de la desaparición de su padre y de Said. No podía saber si el dato tenía alguna relevancia, pero las fechas parecían demasiado cercanas. Habían tenido muchas discusiones antes de

vender. ¿Por qué Melika no había dicho nunca nada al respecto? Después de todo, eran sus primos. Tendría que haber mencionado que habían vendido la tienda. ¿Por qué no sabía nada el propio Mehran? ¿Por qué había seguido creyendo que el negocio aún les pertenecía? Había algo muy extraño.

—¿Recuerda tu hermano cuál de los tres socios se negaba a vender? —preguntó de pronto Mehran, casi sin proponérselo.

—Le parece que debía de ser ese que tú decías: Said. No lo sabe con seguridad, pero

recuerda que Said no estaba presente cuando firmaron la compraventa, y supuso que se habría enfadado.

«Said ya no estaba —pensó Mehran—. Había desaparecido. Igual que mi padre.»

Cuando salió de la tienda, se puso a caminar más rápido. Bajó corriendo la escalera mecánica. No sabía adónde ir. Pero estaba seguro de que había algo sospechoso.

Había solamente una persona con la que podía hablar.

Una persona que tenía que enterarse de todo.

Su madre.

La segunda de las veintitrés Ellinors vivía en Västmannagatan, en pleno centro de Estocolmo. Después de buscar aparcamiento durante casi veinte minutos, Vanja se dio por

vencida y dejó el coche casi encima de un paso de cebra. Se negaba a utilizar los grandes aparcamientos del centro. Los precios eran de risa o de infarto, según el humor que tuviera uno en cada momento. Decidió arriesgarse, con la esperanza de que no le pusieran una multa en la media hora corta que iba a necesitar.

No había portero electrónico en el portal, sino únicamente un panel con números para

marcar un código. Vanja se quedó en las proximidades de la puerta. El edificio era relativamente grande, muchos vecinos no habrían regresado aún del trabajo y habría otros que quizá ya estarían pensando en salir a cenar o al cine. Tuvo que esperar muy poco, porque, al cabo de diez minutos, dos chicos salieron en dirección a Odenplan. Vanja se apresuró a entrar antes de que se cerrara la puerta. Volvía a tener delante un panel con los nombres de los vecinos. Bergkvist vivía en el tercero. Empezó a subir la escalera.

Llamó al timbre.

Insistió, pero nadie le abrió.

—¿Busca a Ellinor?

Vanja se volvió. Una señora mayor enfundada en un abrigo de una talla excesivamente

grande para ella venía subiendo la escalera. Bajo el sombrero de ala ancha asomaba el pelo blanco como la tiza. Tenía la cara tan enjuta y arrugada que no parecía una pasa, sino más bien una momia, ya que las pasas aún conservan algo de humedad, mientras que la señora de la escalera parecía completamente reseca. Pero sus ojos estaban llenos de vida y curiosidad.

—Sí —respondió Vanja.

—Si no está en casa, debe de estar en el trabajo. ¿Puedo ayudarla en algo? Me llamo

Tyra Lindell y vivo en el piso de arriba.

La anciana apuntó al techo con un dedo flaco. Todo en ella parecía seco y consumido.

Vanja se preguntó por qué no usaría el ascensor, pero enseguida notó que a la mujer no le faltaba el aliento después de subir tres pisos.

—No. Necesito hablar con Ellinor. ¿Sabe dónde trabaja?

—Sí, en los grandes almacenes Åhléns. En la sección de enseres domésticos, o de menaje, o como se llame.

—De acuerdo. Gracias.

Vanja le sonrió y se dirigió hacia la escalera.

—A veces tienen abierto hasta las nueve.

—Sí, ya lo sé. Gracias —respondió Vanja, sonriendo una vez más, mientras se

disponía a bajar los primeros peldaños.

—Y si no está en el trabajo, puede que esté en casa de un caballero amigo suyo —

prosiguió Tyra Lindell, como si no hubiera notado que Vanja se había marchado y ya no

estaba en el rellano. Al oírla, Vanja se detuvo en la escalera y volvió a subir.

—¿Sabe dónde vive ese caballero?

—No, ni idea. Pero, si es verdad lo que cuenta Ellinor, no debe de ser difícil encontrarlo.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

Tyra se inclinó un poco hacia delante, con aire conspiratorio, y bajó la voz.

—Por lo visto, es un hombre muy famoso. —Arqueó un poco las cejas, como para dar

a entender que no acababa de creérselo—. Ellinor estuvo en casa y me lo contó. Estuvo a

punto de enfadarse conmigo cuando le dije que no sabía quién era. Al final tuve que fingir que lo conocía.

—¿Recuerda el nombre del famoso?

—Claro. Sebastian. Se llama Sebastian Bergman. Me ha dicho que es psicólogo.

Vanja se quedó mirando a la señora mayor. No era posible. Tenía que haber oído mal.

Era inverosímil que surgiera ese nombre en esas circunstancias. Tuvo la misma sensación

que había experimentado unas horas antes en su casa. Lo que estaba viviendo no podía ser la realidad. Tenía que ser una broma de mal gusto, uno de esos programas con cámara oculta. Pronto aparecerían varias personas, que estallarían en carcajadas y le dirían que había picado y que tendría que haberse visto la cara. ¡Qué risa! Vanja no sabía quiénes podían ser esas personas, pero estaba segura de que iban a aparecer en cualquier momento.

Tenían que estar escondidas en alguna parte.

—¿El caballero amigo de Ellinor se llama Sebastian Bergman? —acertó a preguntar Vanja, comprobando para su asombro que no le había fallado la voz.

Tyra asintió.

—Sí. Es psicólogo. Entre nosotras… —Tyra se inclinó otra vez hacia Vanja y le apoyó

una mano arrugada sobre el antebrazo—. A veces creo que a Ellinor le hace falta que la

vea uno.

—¿Está segura?

—No, pero es un poco extravagante.

—No. Me refiero a si está segura de que le mencionó a un psicólogo llamado Sebastian Bergman.

—Sí, completamente segura. Hasta hace poco vivía casi todo el tiempo en la casa de

este psicólogo. Ahora ha vuelto a la suya… Puede que el hombre haya recuperado la sensatez.

Tyra le sonrió, pero Vanja ni siquiera lo notó. Era como si dos universos paralelos se

hubieran encontrado en la escalera de Västmannagatan y hubieran creado una realidad alternativa. Pensó que si iban a aparecer esas personas para reírse de ella y de su cara de perplejidad, el mejor momento era ése. Pero no apareció nadie. Por desgracia.

Anitha intentaba no llamar la atención desde que había salido a comer con Morgan Hansson. Hacía su trabajo, no iniciaba ninguna sesión con nombre ajeno y hasta había dejado de participar en los foros de Flashback. Probablemente pecaba de exceso de prudencia, pero tenía la sensación de que lo más aconsejable era interrumpir todas sus actividades paralelas hasta que tuviera noticias de Morgan. El hombre le había prometido que bajaría a las salas del sótano esa misma mañana, pero todavía no sabía nada de él.

¿Cuánto tiempo podía necesitar para buscar un dato en un par de cintas magnéticas?

Llegó a preocuparla la posibilidad de que en lugar de hacerle el favor hubiera decidido

delatarla. Quizá por eso se mantenía tan callado. Pero se tranquilizó pensando en lo mucho que se le había acercado el día anterior, antes de despedirse, y en la forma en que la miraba. Anitha había aprovechado sus puntos débiles y estaba segura de que no iba a defraudarla.

De hecho, sospechaba que el problema vendría después, cuando quisiera quitárselo de

encima.

Por la tarde, ya no pudo seguir sentada y decidió bajar a verlo. Tenía que saber qué había pasado. ¿Qué debía hacer? ¿Llamarlo primero o presentarse simplemente y

sorprenderlo? Se dijo que lo mejor sería lo segundo. Quería mirarlo a los ojos cuando éste le contara lo sucedido, para saber si le estaba mintiendo o no. Se dirigió a paso rápido hacia la escalera principal, recorrió el pasillo prácticamente corriendo y sólo redujo la velocidad poco antes de entrar en el despacho de Morgan.

No lo encontró. Discretamente, dio una vuelta por el resto de la planta, intentando aparentar que tenía cosas importantes que hacer, aunque en realidad sólo lo estaba buscando a él.

Al cabo de un momento, lo vio junto a la escalera secundaria. Parecía dispuesto a subir, probablemente para ir a verla. Por la manera de moverse, concentrado y decidido, daba la impresión de que había

conseguido su propósito. Anitha apuró el paso. Habría preferido echar a correr, pero se contuvo. Habría resultado extraño y no quería por nada

del mundo que nadie se fijara en ella.

Lo alcanzó justo cuando estaba llegando a la pesada puerta de cristal.

—Morgan —dijo, tan despreocupadamente como pudo.

El hombre se volvió y la miró de una forma neutra que ella no logró descifrar. Su mirada no era nerviosa, ni eufórica. Simplemente, una mirada.

—Hola, ¿cómo te ha ido? —preguntó ella.

En lugar de responderle, Morgan le señaló con un movimiento de la cabeza que pasara

a la escalera, al otro lado de la puerta. Ella lo siguió y él empezó a bajar. Sus pasos resonaban en el hueco de la escalera. Parecía como si Morgan no quisiera hablar hasta que estuvieran en el piso de abajo, quizá para evitar la acústica de esa parte del edificio, donde sus palabras podían resultar amplificadas y captadas por oídos indiscretos. Era lógica su precaución, pero el silencio y la incertidumbre atormentaban a Anitha. Intentó parecer tranquila cuando bajó los últimos peldaños que la separaban de él, pero todo su ser habría querido sacudirlo y obligarlo a hablar.

—Lo he hecho —le susurró él finalmente.

—No sabes cuánto te lo agradezco —aseguró Anitha con caluroso entusiasmo—.

Estaba preocupada por ti…

—No debí hacerlo, pero quería ayudaros a Eva y a ti.

—¿Eva? —soltó Anitha automáticamente, una fracción de segundo antes de

comprender a quién se refería.

Morgan la miró con escepticismo.

—Eva, sí. Tu colega de Solna. La que me mencionaste.

—Sí, claro. Eva Gransäter, por supuesto —consiguió articular Anitha mientras

maldecía su estupidez. ¿Cómo podía olvidarse de sus propias mentiras?—. Perdona, pero

últimamente he estado muy nerviosa —añadió, a modo de explicación.

—Yo también he estado muy nervioso —dijo Morgan, con cara de niño pequeño—.

Pensé que me iba a dar un infarto allí abajo.

—¿Todo bien?

—Sí. La persona que busca tu amiga es Adam Cederkvist. ¿Lo conoces?

—No, para nada —respondió Anitha sinceramente. Fue una gran decepción para ella,

ya que esperaba un nombre conocido, el de algún jerarca cuya caída en desgracia le causara más satisfacción que la de un anónimo funcionario, si al final todo conducía a alguna parte—. ¿Eso es todo? —preguntó, sin conseguir disimular lo que sentía.

—Ésa era la referencia que borraste por error —contestó Morgan, con un gesto

afirmativo—. Y ahora tengo que pedirte yo un favor a ti —añadió, con una sonrisa oblicua.

—Por supuesto —replicó Anitha, pero enseguida comprendió que iba a arrepentirse de

haberle dado esa respuesta.

De pronto, Morgan le parecía demasiado seguro de sí mismo para su gusto.

—¿Qué significa todo esto?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué inicias una sesión con un nombre falso y te pones a buscar archivos secretos de la SÄPO?

Anitha intentó parecer serena.

—Ya te lo he dicho. Cometí la tontería de querer ayudar a una colega.

Por un instante se hizo un silencio. Morgan asintió gravemente, como si acabara de confirmar una sospecha, y se inclinó hacia Anitha.

—He comprobado sus datos, los de Eva Gransäter. Ya no es policía. Se retiró en 2007.

Anitha sintió que un calor intenso le subía por las mejillas. Se había quedado sin habla.

Era una sensación rara. Ella, que siempre se movía oculta entre las sombras, había sido sorprendida a plena luz del día.

—¿Vas a contarme qué está pasando —prosiguió Morgan en su tono tranquilo—, o prefieres que vayamos a hablar con los jefes?

—No —respondió ella en voz baja—. Te lo contaré.

—Muy bien. Quiero saberlo todo.

Morgan, con su confianza recién adquirida, volvió a mirarla. Anitha se dio cuenta de

que jamás podría deshacerse de él. Tendría que compartir muchos almuerzos con Morgan

en el futuro.

La pregunta era quién se había aprovechado de quién.

¡Mierda! ¡Tenía que pensar rápidamente!

Hacía menos de un minuto estaba en la cocina friendo hamburguesas, cuando sonó el

timbre de la puerta. Retiró la sartén del fuego y lo apagó antes de dirigirse al vestíbulo.

Preguntó quién llamaba y recordó una vez más la necesidad de

encargar que le instalaran

una mirilla. Al oír que era Vanja, el corazón le dio un pequeño brinco de alegría en el pecho, aunque el tono de voz de la chica le había parecido bastante sombrío. En cualquier caso, era bastante difícil extraer conclusiones de un simple «Soy Vanja». Hizo una inspiración profunda. Probablemente le habrían dado la mala noticia acerca de los cursos del FBI y estaría abatida. Necesitaría consuelo. Abrió la puerta.

No parecía abatida.

Estaba furiosa.

—Ellinor Bergkvist. —Fue lo único que dijo, con los brazos cruzados sobre el pecho,

en cuanto Sebastian abrió la puerta.

—¿Qué pasa con ella? —replicó él automáticamente.

—La conoces.

No era una pregunta. Sebastian agradeció a su suerte por no haber preguntado «¿quién

es?» al oír el nombre de la persona que había convivido con él durante un breve y reciente período.

—Sí.

Respuestas cortas. No tenía sentido dar explicaciones antes de saber un poco más.

—Fue ella quien entregó a la policía el material sobre mi padre.

Tenía que pensar algo.

¡Mierda! ¡Tenía que pensar rápidamente!

Se apartó de la puerta y le indicó a Vanja que pasara. Dio dos grandes zancadas y

entró; se detuvo nada más pisar el vestíbulo. No hizo ningún ademán de quitarse el abrigo ni los zapatos.

—Cuéntame qué ha pasado —dijo él, para ganar tiempo.

—Tu novia entregó la documentación a los tipos que metieron a mi padre en la cárcel,

así que será mejor que me digas tú lo que sabes.

Seguía con los brazos cruzados delante de pecho y la mirada desafiante. Sebastian decidió contarle la verdad, o por lo menos una variante de la verdad, una versión tan próxima a la realidad como fuera posible, excepto en unos pocos detalles. Dejó escapar un largo suspiro y la miró con expresión afligida. Ni siquiera tuvo que fingir la aflicción. Lo que estaba sucediendo podía arrasar en un instante todo lo que había logrado construir en los últimos días.

—Se me había ocurrido esa posibilidad, pero… —Se interrumpió y negó lentamente

con la cabeza—. Esperaba que no hubiera sucedido.

—¿A qué te refieres?

Sebastian hizo una inspiración profunda. Se veía obligado a improvisar. Si no se arriesgaba, lo perdería todo. Lo peor que podía hacer en esa situación era tratar de escabullirse.

—Hace unos meses vino a verme Trolle Hermansson y me dio una bolsa con unos papeles. Era una investigación sobre Valdemar.

—¿Por qué? —lo interrumpió Vanja—. ¿Por qué te la dio a ti?

—No lo sé. Sabía que tú y yo trabajábamos juntos a veces, y que yo ya no formaba parte de la Unidad de Homicidios.

—Pero ¿por qué estaba investigando a mi padre?

Sebastian se encogió de hombros. Tenía que mantener su versión modificada de la verdad.

—Por lo que sé, Trolle aceptaba cualquier trabajo que le encargaran.

—¿Lo conocías bien?

—Trabajamos juntos en la Unidad de Homicidios, pero a él lo echaron antes de que yo

me fuera, hace… unos quince años, tal vez.

—¿Y después? ¿Os seguisteis viendo?

—Un poco, de vez en cuando. Era un tipo bastante solitario. Se había divorciado y había perdido a su familia. Era un cabrón y muy poca gente lo aguantaba.

—Excepto otro cabrón.

—Sí, supongo que eso debía ser.

Vanja guardó silencio y trató de asimilar lo que acababa de oír. Para su tranquilidad, Sebastian notó que había bajado levemente los brazos y se había relajado un poco. Eso era bueno por un lado y malo por otro. Ahora que lo peor de la ira se había apaciguado, se estaba volviendo más reflexiva y analítica, y por lo tanto más peligrosa para él. Sus preguntas estarían guiadas por la razón y no por las emociones.

—Pero si alguien contrató a Trolle para que investigara a mi padre, ¿por qué no le entregó la investigación a esa persona? ¿Por qué te la dio a ti?

Era una pregunta difícil, con una respuesta muy sencilla. Porque había sido Sebastian

quien le había encargado a Trolle que desenterrara toda la mierda que pudiera sobre Valdemar Lithner. Pero eso era lo único que Sebastian no podía confesar. Había llegado el momento de renunciar por completo a la verdad.

—No lo sé. Quizá no se pusieron de acuerdo en el pago, o tal vez Trolle se enfadó por

alguna otra razón y cambió de idea.

—Y te dio toda la investigación a ti.

—Sí.

Siempre volvían al mismo punto. Incluso Sebastian se daba cuenta de que su versión

era muy endeble. Había infinidad de posibilidades mucho más creíbles.

Que Trolle hubiera acudido a la policía.

Que hubiera destruido los papeles.

Que los hubiera metido en un cajón en su casa y los hubiera olvidado.

¿Por qué se los había dado a Sebastian? Era preciso ofrecerle a Vanja un motivo suficientemente creíble para que dejara de pensar al respecto.

—No sé si tenía miedo de tener los papeles en casa, o si simplemente quería enseñarle

a alguien lo que había hecho. Ya te he dicho que era un hombre bastante solitario.

—¿Qué hiciste cuando te los dio? —preguntó Vanja, que al menos momentáneamente

parecía haber dejado de pensar en los motivos por los que los papeles estuvieran en poder de Sebastian.

—Nada. Los leí y decidí no hacer nada. Después, cuando Trolle murió…

—¿Qué relación tenía Trolle con Edward y Ralph? ¿Te lo dijo? —lo interrumpió Vanja.

Se estaban acercando rápidamente al siguiente punto donde sería preciso extremar las

precauciones. Había que encontrar una explicación razonable para que un viejo policía jubilado que llevaba más de veinte años sin hacerse notar apareciera de pronto en dos ocasiones, en el espacio de pocos meses. El factor común era Sebastian, desde luego, pero no podía decírselo. Tenía que buscar otra cosa.

Otra persona.

Vanja.

—Yo también lo he pensado —empezó Sebastian, acariciándose la mejilla como si estuviera reflexionando—. Lo único que se me ocurre es que alguien le encargó un informe sobre tu padre y que, de ese modo, llegó hasta ti y descubrió que estabas participando en una investigación importante y de gran alcance sobre unos asesinatos.

Supongo que entonces se propuso humillar a la Unidad de Homicidios, tratando de resolver el caso por su cuenta… y así fue como lo mataron.

Sebastian contuvo la respiración.

¿Se habría excedido? ¿Le parecería demasiado elaborada la explicación? ¿Demasiado

retorcida?

Vio que Vanja asentía, abstraída en sus razonamientos, y decidió seguir hablando, para

no darle tiempo a pensar.

—En cualquier caso, mi intención era deshacerme de esos papeles. Después pasó lo del disparo, estuve en el hospital, sufrí una recaída y en algún momento le pedí a Ellinor que los destruyera, pero es evidente que no lo hizo.

—¿Quién es esa Ellinor?

Otra vez se imponía la verdad.

—Es… una persona que no está bien de la cabeza. Estuvo un tiempo viviendo aquí conmigo. Cuando descubrí que estaban matando a las mujeres con las que yo me había acostado, fui a advertírselo, y ella… se vino a vivir conmigo. Vino aquí y se quedó. No sé muy bien cómo sucedió.

Ni siquiera a sí mismo habría podido explicárselo mejor.

—Ya no estamos juntos —aclaró—. La eché de casa. Está loca —añadió una vez más,

para dejar claro que no tenía nada que ver con lo sucedido.

Vanja se lo quedó mirando, en silencio. Sebastian casi pudo ver que estaba procesando

la información, para decidir si le creía o no. Dio un paso al frente, le apoyó una mano sobre el antebrazo y esperó a que notara su mirada cálida y sincera.

—Estoy tremendamente apenado por lo sucedido y de verdad espero que no pienses que yo he tenido algo que ver.

Vanja le sostuvo la mirada, buscando por dentro y por fuera, por si encontraba algún

signo de que le estaba mintiendo, de que algo no encajaba. Trolle, Ellinor, el material de la investigación… Todo estaba relacionado con

Sebastian. Podía ser una casualidad, un capricho del destino. ¿Qué otra cosa podía ser?, se preguntaba Vanja. Aún no estaba del

todo satisfecha con la explicación de que Trolle le hubiera dejado el material a Sebastian,

pero de algún modo se inclinaba a creer en esa versión. A veces las cosas pasan, sin más, y la gente actúa según su propia lógica. Probablemente era una de esas veces. Porque ¿qué

razón podía tener Sebastian Bergman para desear que su padre acabara en la cárcel?

Ninguna.

Sebastian era su amigo.

Finalmente asintió y notó el alivio y la alegría que su gesto producía en Sebastian.

Pero cuando la rabia y la incertidumbre la abandonaron, ya no pudo contener las lágrimas. De repente, los ojos se le desbordaron con un llanto silencioso y tuvo que bajar la vista al suelo. Sebastian la miró casi con desesperación, hizo ademán de acercarse y darle un abrazo, pero dudó. Entonces ella dio un pequeño paso al frente, para indicarle que lo aceptaba, y él la abrazó con dulzura.

—Me han rechazado. Ya no iré a Estados Unidos —dijo Vanja, con la cara apoyada contra el pecho de Sebastian, dejando que se manifestaran todas las frustraciones de las últimas horas.

El llanto le sacudía todo el cuerpo, y él la consolaba. Como un padre. Sebastian la necesitaba; por eso había ido a ver a Riddarstolpe. Pero ella también lo necesitaba a él. Era bueno que se quedara en Estocolmo; era lo mejor para los dos. Mientras le acariciaba el

pelo, intentó convencerse de que era así.

Valdemar estaba tumbado en la litera de su celda, mirando el techo e intentando pensar en algo que no fuera el dolor en la espalda, que poco a poco se le iba aliviando. La misma litera, la misma celda y el

mismo techo, pero desde hacía unas horas ya no estaba simplemente detenido, sino en prisión preventiva. Lo habían imputado y estaba a la espera de juicio.

A mediodía lo habían llevado a los tribunales. Nunca había estado en un juzgado y esperaba que la sala se pareciera a las que había visto tantas veces en las películas y en las series de abogados de Estados Unidos. Pero no se parecía. Al menos fue lo que pensó cuando a la una y cinco lo hicieron pasar a una sala, acompañado de Karin Svärd, la abogada que finalmente había contratado. Al frente había un estrado con espacio para cinco personas, en el que sobresalían los respaldos de cinco sillas verdes de oficina con aspecto de ser muy cómodas. Dos de las sillas estaban ocupadas por un letrado y un actuario, y el resto estaban vacías. Delante del estrado, había dos mesas curvas, dispuestas de tal manera que las personas sentadas en ambas pudieran verse mutuamente y además interactuar con los letrados situados en el estrado. En la mesa más alejada de la puerta, por la que había entrado Valdemar, había dos hombres sentados. Uno de ellos era el fiscal Stig Wennberg, según le informaron, y el otro, su ayudante, cuyo nombre Karin desconocía.

Cuando se sentaron, Valdemar echó un vistazo a los asientos del público. Anna estaba

presente, como esperaba, pero Vanja no. Justo lo que él quería. Recorrió con la vista las caras de los demás, antes de cruzar una mirada con Anna. No había ningún conocido.

Nadie de la oficina. Supuso que serían simplemente curiosos sin nada mejor que hacer.

Miró a Anna. Parecía cansada. Le sonrió un poco y ella le devolvió la sonrisa, pero sin brillo en los ojos. Enseguida desvió la mirada y se puso a contemplar a los dos hombres

del estrado.

Empezó la audiencia y Valdemar se inclinó hacia delante. Tras mencionar a los presentes y especificar el asunto que los ocupaba, el letrado que presidía la sesión le pidió al fiscal que leyera la acusación. Stig Wennberg se aclaró discretamente la garganta y empezó. La lista era larga y densa. Valdemar miró de soslayo a Anna y creyó notar que su

expresión se endurecía cada vez más con la lectura de cada nuevo cargo.

No habían hablado desde su detención. ¿Lo creería inocente? Habían tenido una vida

desahogada y se habían pagado muchos caprichos. ¿De verdad creía ella que su sueldo daba para tanto? ¿Sería que no se había parado a pensarlo o supondría tal vez que parte de sus ingresos procedían de algún negocio poco claro? No lo sabía. Nunca habían hablado al respecto. A juzgar por su expresión en la sala de los tribunales, la detención de Valdemar la había tomado completamente por sorpresa. Sin embargo, no parecía dudar de su culpabilidad. No negaba imperceptiblemente con la cabeza, como para oponerse a las acusaciones del fiscal, ni tampoco miraba a Valdemar para manifestarle el dolor de que un inocente estuviera entre rejas. Al contrario. Parecía decidida a no intercambiar con él ni siquiera una mirada. Era doloroso, pero Valdemar sabía que la culpa era de él. La situación era un duro golpe para su mujer y su hija, que a diferencia de él, eran inocentes. No le sorprendía que quisieran distanciarse. Tendría que recorrer un largo camino para volver a ganarse su amor y su confianza. Un camino que quizá le resultaría demasiado largo.

No entendía cómo había podido llegar hasta ese punto. No podía alegar

desconocimiento. Entendía perfectamente a qué se dedicaba Daktea y sabía que le habían

encargado hacer algo ilegal, pero no había sabido ver el alcance de la operación.

Solamente cuando estalló la burbuja se dio cuenta del abismo al que lo habían arrastrado.

Pero también sabía que eran muy listos y que con su ayuda habían construido una estructura sólida, basada en un laberinto de oscuros callejones sin salida y complicadas transacciones imposibles de rastrear. Cuanto más pasaba el tiempo, más seguro se sentía.

Había sido un pequeño engranaje en una maquinaria enorme. ¿Por qué iban a perseguirlo

precisamente a él?

Wennberg terminó su intervención y el letrado le preguntó a Valdemar si se declaraba

culpable o inocente de las acusaciones. Valdemar miró fugazmente a

Karin, que le hizo un leve gesto de asentimiento. Lo había instruido sobre lo que debía contestar, aunque fuera mentira.

—Inocente —dijo.

La sesión se prolongó media hora más. Karin hizo lo que pudo para socavar la argumentación del fiscal, pero Valdemar no tenía la menor esperanza de ganar. Cuando por fin el letrado tomó la palabra, el resultado fue el esperado. Valdemar quedó formalmente acusado de una serie de graves delitos económicos. El fiscal pidió que se le mantuvieran todas las restricciones y el juez le concedió su solicitud. A continuación, levantó la sesión. Anna se puso de pie y fue casi la primera en abandonar la sala. Valdemar creyó notar que se estaba esforzando para contener las lágrimas. Eso fue lo peor. No la humillación, ni la cárcel, ni el castigo que le impondrían, sino el daño que estaba causando a sus seres queridos. Era casi más de lo que podía soportar. Esperaba poder intercambiar unas palabras con Anna, pero, en lugar de eso, le pidió a Karin que hablara con su mujer y le dijera que bajo ninguna circunstancia le contara a Vanja que había sido formalmente

imputado. Karin se lo prometió. Después se despidieron y condujeron a Valdemar de vuelta a la cárcel. Una vez allí, se acostó en la litera. No había mucho que hacer.

Al cabo de una hora, más o menos, empezó a dolerle otra vez la espalda. No creía que

el dolor se debiera a una mala postura, pero aun así cambió de posición. No le sirvió de nada. Pidió un analgésico y se lo trajeron. Cuando le llevaron la cena, no tenía apetito, pero pidió otro analgésico y también se lo dieron. Ahora estaba tumbado en la litera, intentando pensar en algo que no fuera el dolor de espalda, que poco a poco se le iba aliviando. Pero todo el tiempo le volvían a la mente las imágenes de Anna y Vanja, y eso le resultaba todavía más doloroso. Se levantó con cierta dificultad y se dirigió al pequeño váter adosado a la pared de la celda. Tuvo que bajarse los pantalones para orinar, porque no tenían bragueta, y se quedó mirando el retrete. ¿Sería un efecto de la luz? Cuando terminó de orinar, se agachó para ver mejor y apartó un poco la cabeza hacia un lado, para que la luz de la lámpara del techo iluminara bien la taza del váter.

El agua estaba roja.

Roja como la sangre.

Empezó la reunión.

Torkel los había convocado a todos en la sala donde solían reunirse, para repasar por

última vez el estado de la investigación, antes del fin de semana. Había seis sillas dispuestas en torno a una mesa ovalada, sobre una moqueta de color gris verdoso. En una

de las paredes estaba la pizarra donde Billy había reproducido la línea cronológica, a partir del material hallado en Storulvån. Reinaba el silencio en la sala. Tenían que analizar los progresos de los últimos días, exponer lo que cada uno había hecho y enumerar los resultados obtenidos y los que esperaban obtener. Pero, por desgracia, había muy poco que decir.

Para empezar, Torkel contó que esa mañana había llamado a Hedvig Hedman, la

comisaria de Östersund, para anunciarle que habían identificado a los holandeses. La Unidad de Homicidios solía informar parcialmente sobre las investigaciones en curso a los cuerpos locales de la policía que solicitaban su ayuda, con especial énfasis en

«parcialmente». Era importante que las policías locales se sintieran partícipes de la investigación, pero más importante era que la Unidad de Homicidios conservara el control sobre la difusión de la información. Por eso Torkel no le había mencionado a la comisaria su teoría de que los holandeses simplemente se habían encontrado en un mal lugar en un

mal momento, ni tampoco le había dicho nada acerca de la cámara hallada, ni del resto de la investigación.

Fue una suerte.

No había sido una gran sorpresa para Torkel encontrar esa misma tarde, en la edición

digital del periódico *Expressen*, un extenso artículo bajo el titular: IBAN DE VACACIONES Y

HALLARON LA MUERTE. En la entradilla, podía leerse que la Unidad de Homicidios había determinado ya con absoluta certeza la identidad de dos de los seis cadáveres hallados en las montañas. Se trataba de Jan y Framke Bakker, de Róterdam. Además de incluir una fotografía de la pareja, el artículo consistía en un texto bastante emotivo, sobre lo mucho que los dos holandeses habían deseado esa semana de vacaciones en plena naturaleza, y se

complementaba con una breve entrevista a un amigo del matrimonio, que expresaba su agradecimiento por haber podido averiguar finalmente la verdad de lo sucedido. Al pie del texto, había un gráfico que resumía visualmente toda la información sobre «el caso de la fosa común», como lo llamaba el periódico.

Si hasta ese momento Torkel había dudado, el artículo le había despejado todas las dudas. Informar a Hedman y a la policía de Östersund era básicamente lo mismo que convocar una conferencia de prensa. Para terminar su intervención, Torkel insistió en la importancia de que todos los contactos con la prensa pasaran por él y por nadie más.

Los miembros del equipo se limitaron a asentir.

No les había dicho nada nuevo.

La siguiente en informar fue Jennifer. «Mucho trabajo y pocos resultados» habría sido

un resumen bastante acertado de sus incansables esfuerzos para localizar a más familias cuyos datos pudieran coincidir con los de las cuatro personas halladas en la montaña, buscando en todos los registros internacionales imaginables. Encontró las que ya conocían, y otras que con un poco de trabajo ella misma pudo descartar, ya que el Instituto de Medicina Forense de Umeå les había proporcionado estimaciones bastante

aproximadas de las edades y las estaturas de los cuatro cadáveres. Entonces le llegó el turno a Ursula, que le cedió la palabra a Billy.

Lo primero que había hecho Billy esa mañana había sido ponerse a trabajar con la cámara que hallaron en la mochila de los holandeses. Encontró el cable adecuado, pero no consiguió recargar la batería, quizá porque había pasado demasiado tiempo bajo tierra. No le sorprendió que algunos mecanismos no hubieran podido resistir los nueve años de enterramiento, aunque la cámara había estado envuelta en plástico y protegida dentro de una mochila. Se concentró entonces

en la tarjeta de memoria, pero enseguida se dio cuenta de que si intentaba extraerla de la ranura corría cierto riesgo de destruirla. Lo consultó con Ursula, que fue de la misma opinión. Ambos decidieron enviar la cámara al laboratorio del SKL en Linköping, con un mensaje en el que indicaban que la recuperación de las fotos

era un asunto de la mayor urgencia. Por la tarde, Ursula llamó a sus antiguos colegas del laboratorio, en parte para asegurarse de que la cámara había llegado y en parte para insistir en la necesidad urgente de contar con las fotos. Le dijeron que habían dado prioridad a la cámara en cuanto había llegado y que en principio parecía posible recuperar las fotografías. Probablemente las tendrían el lunes.

Torkel asintió, agradecido. Al menos era una razón para mantener viva la esperanza durante el fin de semana. Para terminar, Ursula añadió que había estado en lo cierto en lo referente a las mochilas halladas en casa de Harald Olofsson: era imposible recuperar huellas dactilares. Sin embargo, se estaba analizando la ropa y se habían hallado algunos pelos, que podrían corresponder a los cadáveres de Umeå.

Antes de dar por concluida la reunión, dejaron al margen la investigación y olvidaron

por un momento que eran policías. Todo empezó cuando Jennifer les preguntó a los demás qué pensaban hacer el fin de semana. Billy respondió que tenía previsto ir con My a recoger setas. Más concretamente, rebozuelos atrompetados. No lo había hecho nunca y, si bien intentaba no tener ideas preconcebidas al respecto, intuía que la recogida de setas tenía muy pocas probabilidades de convertirse en su nueva afición. Jennifer, por su parte, iba a ver a su madre, pero insistió en que estaría localizable a través del móvil, todos los días, las veinticuatro horas del día. No lo dijo en voz alta, pero estaba convencida de que empezaría a desear que llegara el lunes desde el instante en que saliera de la oficina.

Ursula dijo que iría a visitar a Bella a Uppsala. No era cierto. Todavía no sabía muy

bien qué haría, pero existía cierto riesgo de que volviera a visitar a Sebastian.

Torkel iba a pasar el fin de semana con sus hijas, feliz de poder mantener la promesa

que les había hecho tiempo atrás.

Era muy poco habitual el ambiente de la sala. Allí solamente se hablaba de muertes violentas y se exponían teorías sobre delitos y criminales. Eran conversaciones reconcentradas, con detalles que ninguno de los presentes habría querido mencionar fuera de esas cuatro paredes, porque habrían contaminado el ambiente exterior. Sin embargo, por un momento, todo había cambiado. De pronto eran colegas, compañeros de trabajo que no hablaban de la muerte, sino de la vida.

Se levantaron y se despidieron hasta el lunes.

Como gente normal.

Era una sensación muy poco habitual.

Su mano era tan cálida como siempre. Le había contado lo que sabía y ahora tenía su mano entre las suyas y se la estrechaba con tanta fuerza como podía. Había reaccionado

con asombro e inquietud. Se había puesto a dar vueltas por la habitación durante un rato, y después se derrumbó. Entonces él recordó que cuando era pequeño, la mano de ella era todo lo que necesitaba para encontrar consuelo. En aquella época, su diminuto puño casi

desaparecía dentro de la mano de su madre. Ya no era así. Ahora los papeles se habían invertido. El cariño seguía siendo el mismo, pero ya no era él quien necesitaba consuelo, sino ella. Permanecieron sentados en silencio. Se daba cuenta de que su madre estaba tratando de encontrarle sentido a lo que acababa de explicarle. De pronto, Shibeka le soltó la mano, se puso de pie y se dirigió lentamente hacia la fotografía de Hamid que, desde

que Mehran podía recordar, había ocupado el mismo sitio en el cuarto de estar. La levantó y, a través del cristal, rozó con el dedo índice la boca en blanco y negro de Hamid. Mehran observó que su padre, en la fotografía, tenía más o menos la misma edad que él en ese momento. Los dos eran altos y jóvenes, y empezaban a vivir.

—Hamid me dijo una vez que Said se arrepentía de haber comprado la

tienda. Aparte

de eso, nunca oí que tuvieran ningún problema con el negocio. ¿Estás seguro de que discutían? —dijo ella finalmente.

—No. Pero ¿por qué iba a mentirme ese hombre?

Shibeka negó con la cabeza. Ella tampoco sabía por qué iba a mentirle.

—Melika me dijo que sus primos habían vendido la tienda, pero supuse que lo habrían

hecho hace un par de años.

—Sin embargo, la vendieron tan sólo un mes después de que papá y Said

desaparecieran. Quizá por eso Melika actuó de esa forma. No quería que nos enterásemos.

Con mucho cuidado, Shibeka volvió a dejar la fotografía en su sitio y se quedó contemplando la imagen del hombre que había sido una parte tan importante de su vida, y

lo seguía siendo incluso después de desaparecer.

—Mis padres me dieron este retrato cuando yo tenía trece años, para que supiera cómo era el hombre con quien iba a casarme. Me sentaba a mirarlo y pasaba mucho tiempo pensando cómo sería en realidad y qué carácter tendría. ¿Sería un buen marido? ¿Sería amable, hosco, gentil…? No podía saberlo. Estaba muy preocupada. No me atrevía a decírselo a nadie, pero no dejaba de pensar en eso. Al final, me convencí de que tenía que ser un buen hombre. Miré atentamente su fotografía y me dije que tenía ojos despiertos y amables. Me convencí de que sería bueno y sensato. ¿Y sabes qué? —preguntó, mirando

dulcemente a Mehran.

—¿Qué, mamá?

—A pesar de todo, me sorprendió. Cuando lo conocí, era todavía mejor de lo que esperaba. Más amable y más sensato aún. Y más cariñoso de lo que jamás habría podido

soñar. Por eso me gusta tanto este retrato. Me da esperanza. —Volvió a sentarse junto a Mehran, con la mirada perdida en sus recuerdos—.

Me ayuda a confiar en que todo saldrá

mejor de lo que esperamos —prosiguió—. A creer que nuestras preocupaciones no siempre son fundadas. Todavía conservo esa esperanza.

—Ya sabes que Melika te mintió acerca de Joseph, ¿verdad? —añadió al cabo de unos

segundos.

Shibeka asintió.

—Entonces, es posible que también haya mentido sobre otras cosas —continuó

Mehran—. Sobre la tienda, por ejemplo.

—Puede ser. Pero ¿qué quieres que hagamos, Mehran?

—Yo hablaré con ella. Y esta vez no le dejaré escapatoria.

Mehran sabía lo que tenía que hacer. Haría uso de su nueva voz para averiguar la verdad. Para eso se la había dado Alá. No para demostrarle a Memel y a los otros que ya

había crecido, sino para algo mucho más difícil.

Y más importante.

Shibeka lo miró un momento y después asintió.

Así se haría.

Esta vez, Vanja tuvo que esperar más de media hora delante del portal de Västmannagatan, hasta que vio llegar por la acera una pareja de mediana edad que venía caminando cogida

del brazo. La pareja se detuvo, marcó el código de seguridad y desapareció en el vestíbulo.

Vanja se dio prisa y consiguió entrar después de ellos, antes de que se

cerrara la puerta. La miraron con desconfianza cuando pasó delante del ascensor, donde los dos estaban esperando, y por un momento Vanja pensó que tendría que identificarse, pero ni el hombre ni la mujer dijeron nada. Se limitaron a seguirla con la mirada, como si quisieran memorizar su apariencia, por si en un futuro los llamaban a testificar contra ella. Sin prestarles atención, Vanja subió por la escalera hasta el tercer piso. Probablemente estaba cometiendo una estupidez, pero tenía que saber la verdad.

No se había quedado mucho tiempo en casa de Sebastian. Había llorado y se había desahogado mientras él la abrazaba, de pie en el vestíbulo. La había consolado hasta que había pasado lo peor y entonces le había ofrecido que se quedara a cenar. Había preparado hamburguesas, pero ella le había dicho que no. Necesitaba estar sola y reflexionar sobre lo que Sebastian acababa de contarle y sobre todo lo que sabía. Deseaba creerle con todo su corazón, pero se daba cuenta de que no podía aceptar su palabra sin más. No era tan sencillo. Era cierto que había mejorado, que prácticamente era otro hombre, pero seguía siendo Sebastian. Inteligente, de moral bastante laxa y con pocos escrúpulos. Todas las cualidades que unas horas antes le habían parecido ventajas se volvían ahora contra él. Por eso se encontraba una vez más en la escalera del edificio de Västmannagatan. Para saber.

Para poder conservar a Sebastian como el amigo que tan desesperadamente necesitaba.

Llamó al timbre de Ellinor Bergkvist. Eran casi las doce de la noche, pero le daba igual. Volvió a llamar, dejando el dedo pulgar un buen rato apoyado en el timbre. Con persistencia. Notó que algo se movía detrás de la mirilla y enseguida se oyó el chasquido de la cerradura; la puerta se abrió tanto como lo permitía la cadena de seguridad.

—Hola, me llamo Magdalena —dijo Vanja—. Necesito hablar un momento con usted

acerca de Sebastian Bergman.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Ellinor, con una mezcla de escepticismo, alegría y preocupación.

—¿Puedo pasar un momento?

—No.

Para subrayar su respuesta, Ellinor empujó un poco la puerta, hasta

dejar solamente una pequeña ranura abierta. Después apoyó la mejilla contra el batiente y se puso a estudiar a Vanja solamente con un ojo.

—¿Qué pasa con Sebastian? —insistió.

Vanja le explicó que era policía. Cruzaba los dedos para que Ellinor no le pidiera la identificación. No se la pidió, y Vanja pasó a explicarle que Sebastian estaba implicado en una investigación en curso de la Unidad de Delitos Económicos y que a raíz de eso se encontraba en una posición delicada. Por lo poco que veía de su cara a través de la ranura de la puerta, Ellinor parecía preocupada. Tratándose de Daktea y de Trolle Hermansson, que además había muerto, y teniendo en cuenta que la información la había revelado una

persona relacionada con Sebastian —explicó Vanja—, la policía se veía obligada a investigar el papel de Sebastian en todo el asunto. Era un caso complicado, y cuando aparecían colegas implicados en una investigación, el procedimiento rutinario era estudiar más a fondo su participación. Ellinor asintió con gesto grave, dando a entender que lo había comprendido, mientras que Vanja se felicitaba por lo bien que sabía mentir.

Entonces Ellinor empezó a hablar. Vanja tuvo la impresión de que la mujer estaba tan

orgullosa de lo que había hecho como empeñada en que no recayera sobre Sebastian ni la

menor sombra de duda.

Sí, era cierto que le había pedido que se deshiciera de la bolsa, pero ella había leído los papeles que contenía y había decidido utilizar la información, para ayudarlo.

No, Sebastian nunca le había dicho que Valdemar fuera una amenaza para él, ni había

expresado ningún deseo de hacerle daño. La propia Ellinor había sacado esa conclusión.

Tal vez se había equivocado.

Sí, creía que Sebastian había recibido el material de un tal Trolle, pero no estaba segura.

Con cada confirmación que le proporcionaba Ellinor de la versión de

sentía un creciente alivio. Los últimos tiempos habían sido devastadores para ella desde el punto de vista emocional, y no habría podido soportar que Sebastian, por alguna razón inimaginable, hubiera tenido alguna responsabilidad en el encarcelamiento de su padre.

Pero todo parecía indicar que no había sido así.

Sebastian había querido protegerla.

Había querido salvarla una vez más, como la había salvado de Hinde.

Y lo habría conseguido de no haber sido por la mujer que tenía media cara apoyada contra la puerta. Vanja sintió bullir la furia en su interior. ¡Por fin un sentimiento claro y definido, después de la mezcla de dolor, pena, desconfianza y desesperación que había padecido los últimos días!

—¿Ha vuelto Sebastian? —Oyó Vanja que le preguntaba Ellinor, en tono levemente esperanzado.

—¿Por qué?

—Me gustaría verlo.

En circunstancias normales, Vanja habría sentido pena de una mujer en la situación de

Ellinor. Echarla de su casa y negarse después a hablar con ella era una cobardía por parte de Sebastian y una demostración de que carecía de sentimientos. Se había comportado como un cerdo. En otras condiciones, Vanja se habría puesto totalmente del lado de la mujer. Pero no eran circunstancias normales.

—Ha dicho que ya no están juntos —dijo Vanja fríamente.

—Lo dice solamente para protegerme —insistió Ellinor.

—¿De qué?

—De Valdemar Lithner.

La furia de Vanja se mezcló con una fuerte sensación de impaciencia. Ellinor se desmentía a sí misma. ¡Acababa de decir que Sebastian no consideraba a Valdemar una amenaza! Sintió un fuerte impulso de

cometer una maldad. Había tenido que tragar mucha

mierda y tenía ganas de devolverle un poco al resto del mundo. La mujer que tenía delante había destruido demasiadas cosas y, además, si la humillaba, le haría un favor a Sebastian.

—Ha dicho que la echó de casa porque está loca y que no quiere volver a verla nunca

más —soltó de pronto, con la mirada concentrada en el ojo que distinguía a través de la

ranura de la puerta.

Ellinor se sobresaltó, como si le hubieran dado una bofetada.

—Sebastian no ha dicho eso.

—Sí que lo ha dicho. —Vanja se alegraba de haber recuperado el control. Quizá al día

siguiente se arrepintiera de lo que estaba haciendo, pero ya lo pensaría cuando llegara el momento. Decidió seguir hurgando todavía más en la herida—. La describió como una persona enferma y aseguró que la había dejado vivir en su casa solamente por pena. Pero

dijo que ya no podía soportarla más, sobre todo después de lo que le hizo a Valdemar Lithner.

La luz del rellano se apagó. En la densa oscuridad, Vanja no pudo ver cómo se estrechaba el ojo de Ellinor detrás de la ranura de la puerta, ni cómo se volvía más oscuro

cuando la miró de una manera que sólo podía expresar odio.

—No vuelva a acercarse a Sebastian —añadió, desde la negrura del rellano.

Ellinor notó a continuación que la sombría figura se marchaba. Observó que no encendía la luz para bajar la escalera, probablemente para que la salida resultara más espectacular, o al menos eso supuso mientras cerraba la puerta de su apartamento.

Se dirigió a toda prisa al dormitorio y se asomó a la ventana. Si esa Magdalena cruzaba la calle y giraba hacia la izquierda, podría verla. Así lo hizo. Ellinor la siguió con la mirada, hasta que desapareció de su campo visual. Después se dejó caer sobre la cama

deshecha.

Le había dicho cosas terribles.

Pero ¿serían verdaderas?

Valdemar Lithner estaba en la cárcel. Ya no era una amenaza para nadie. Aun así, Sebastian no había dado señales de vida. No la había llamado para pedirle que regresara

ahora que el peligro había pasado.

¿Sería cierto lo que le había dicho esa mujer? ¿Sería verdad que Sebastian nunca le había tenido miedo a Valdemar y que todas sus suposiciones habían sido erróneas? En ese

caso…

Le costaba incluso pensarlo. En ese caso, Sebastian realmente había querido decir lo

que le había escrito en aquel mensaje que aún conservaba en el bolso.

En ese caso, no pensaba solamente en protegerla cuando le había dicho aquellas cosas

horribles y la había echado de su casa. Era cierto que estaba harto de ella. Era verdad que la veía como una señora de la limpieza con la que además follaba y que todo había terminado. Realmente se había acostado con aquella enfermera que le había mencionado.

Con ella y quién sabe con cuántas más.

Ellinor le había dado su amor.

Y Sebastian no había hecho más que jugar con ella.

Había pasado el sábado solo, con su música y sus pensamientos, que iban y venían, persistían o se esfumaban. Pero había uno que siempre regresaba. Por la noche, lo había

decidido: tenía que ir a hablar con Melika. No podía permitir que les

siguiera ocultando la verdad. Su madre habría querido acompañarlo si se hubiera enterado. Lo entendía, pero también sabía que era mejor ir solo. Si lo hacía solo, Memel y los demás no tendrían mucho que decir. Y si las cosas se torcían y surgían problemas, entonces era preferible que únicamente lo pudieran culpar a él, porque podría explicarse y poner las cartas sobre la mesa. Podría contarles que Melika había mentido y, fuera cual fuera la situación, los demás lo tendrían que escuchar. A Shibeka no necesitaban escucharla. Era la diferencia entre los hombres y las mujeres, y era preciso que él la entendiera y aprendiera a aprovecharla.

Por la mañana, Shibeka le sirvió el desayuno. Se lo tomó con apetito y le dijo a su madre que iba a salir, pero no adónde iría. Ahora se encontraba delante del edificio.

Quería sorprender a Melika por completo. No pensaba permitirle que se preparara. Quería

abordarla de manera repentina y sin previo aviso. Pero no sabía cómo. Llamar a su puerta habría sido una forma de sorprenderla, por supuesto, pero no podía entrar en su casa por la fuerza y quería evitar a toda costa una discusión en el rellano.

Al final, llegó su oportunidad. Una hora antes, la había visto salir del portal, acompañada de otra mujer, y ahora veía venir a su hijo Alí por el sendero, acompañado de unos amigos. Los chicos se separaron al llegar a la bifurcación, y Alí siguió caminando hacia su casa mientras sus amigos continuaban en la otra dirección y sus voces se perdían a lo lejos. Medio oculto detrás de un árbol, Mehran esperó al muchacho, que caminaba despreocupadamente hacia él. Lo conocía, desde luego. Pero tanto por su edad como por

su forma de ser, el chico estaba más cerca de Eyer, y hacía tiempo que no hablaban.

Mehran enderezó la espalda y fue directo hacia él. La expresión de Alí se iluminó cuando lo vio venir por el camino.

—Hola, Mehran —dijo alegremente.

Se notaba que estaba contento de verlo. «Perfecto», pensó Mehran. No parecía que su madre le hubiera revelado sus problemas con la familia Khan, y eso le facilitaría las cosas.

—Hola, Alí. ¿Todo bien? —replicó, de la manera más neutra que pudo.

—Todo bien. ¿Y tú?

—¿Puedo subir contigo? —preguntó Mehran, señalando la casa con un movimiento de

la cabeza—. Me he olvidado la llave, hace un poco de frío y mi madre todavía tardará un

par de horas en llegar.

Hizo como que tenía frío, para que su historia resultara verosímil. Alí le creyó.

—Claro que sí. Pero me parece que mi madre no está en casa, así que no habrá nada de

comer.

—Da igual. Podemos ver la tele.

Mehran sintió que se ponía nervioso cuando Alí abrió con su llave la puerta del apartamento y lo dejó pasar. No podía saber si su plan funcionaría, pero notaba que al menos disfrutaría de una pequeña ventaja cuando Melika regresara y lo encontrara sentado en su sofá. Eso si volvía sola. En caso de que volviera acompañada, tendría que pensar rápidamente otro plan.

Pasó alrededor de una hora en compañía de Alí, viendo la televisión. Hablaron un poco sobre Eyer, el colegio y los compañeros, pero enseguida la conversación languideció.

Mehran tenía otras cosas en qué pensar. En todo caso, si a Alí le resultó incómodo el silencio, no lo demostró. Parecía más bien contento de que un chico mayor estuviera sentado a su lado, viendo con él los dibujos animados. No era raro que se alegrara. Todos sus amigos tenían hermanos. Ninguno era hijo único como él.

Por fin se oyó el ruido de la llave en la puerta. Alí reaccionó con alegría.

—Ya viene —dijo con una sonrisa.

—Bien —replicó Mehran. Se puso de pie y, con expresión severa, miró al chico y le

ordenó—: Ve a tu habitación.

Alí lo miró desconcertado.

—¿Por qué?

—Vete a tu habitación. ¡Ahora mismo!

Alí se puso de pie, pero no se movió del cuarto de estar. Era su casa y no pensaba ir a

ningún sitio.

Era irritante para Mehran no tener todavía suficiente autoridad, pero tampoco quería tratar a Alí con excesiva dureza. Después de todo, no era más que un niño inocente, como había sido él mismo unos años atrás. Ahí estaba su problema. Era demasiado sensible.

—Necesito hablar con tu madre —le dijo en tono más razonable—. A solas.

Antes de que Alí tuviera tiempo de responder, Melika entró en el apartamento. Venía

cargada con una bolsa del supermercado y se sorprendió mucho al ver a Mehran.

—¿Qué haces aquí?

—Creo que lo sabes —contestó mientras pasaba al lado de Alí, que estaba quieto y no

sabía cómo reaccionar.

—¿Qué ha ocurrido, Alí? —le preguntó preocupada su madre.

Mehran respondió por él.

—Le he pedido que se fuera a su habitación. Sé que mientes y pensaba que no era necesario que lo oyera.

Melika palideció y dejó caer la bolsa al suelo.

—Vete ahora mismo de aquí, Mehran. Vete.

Mehran negó con la cabeza. No pensaba darse por vencido. Jamás.

—No es preciso que se lo cuentes a mi madre. Pero tienes que decírmelo a mí.

—¿Qué quieres que te cuente? ¿De qué estás hablando?

—Fui a la tienda de Said. La de tu marido, la del padre de Alí. ¿Sabes qué me contaron

allí?

Durante unos segundos, Melika no supo qué contestar. Mehran notó que sus palabras

la habían afectado y habían atravesado su muro de mentiras. Se había quedado muda, como si esperara que el silencio fuera suficiente para que el muchacho se diera por vencido y se marchara. Pero Mehran no pensaba rendirse. Se sentía más fuerte que nunca.

Con su fuerza de voluntad había derrotado el nerviosismo.

—Si lo prefieres, puedo contárselo a Memel. Le interesará saber que tus primos y Said

solían discutir, y que vendieron el negocio un mes después de su desaparición. ¿O ya lo

sabe Memel? ¿Lo saben todos excepto nosotros?

—No es verdad —dijo por fin Melika con voz débil mientras se dejaba caer en un banco, junto a la puerta.

—¿Qué es lo que no es verdad, Melika?

La mujer bajó la vista al suelo y se miró los pies. Después, levantó la cabeza y miró a

su hijo.

—Vete a tu habitación, como te ha dicho Mehran.

Alí la miró sorprendido.

—Pero, mamá…

—¡Te digo que te vayas a tu habitación! —gritó ella, sin apenas poder controlar la voz.

Mehran, en cambio, había recuperado la suya.

Alí se marchó a su cuarto. Ya nunca volvería a ver a Mehran de la

misma manera.

Cuando se quedaron a solas, Melika pudo mirar por fin a Mehran a los ojos. Ya no había hostilidad en su mirada, sino únicamente dolor.

—No sé qué pasó, Mehran. De verdad te digo que no lo sé.

—Pero sabes más de lo que has dicho, ¿verdad?

Ella asintió en silencio, de manera casi imperceptible.

—¿Quién es Joseph?

Melika palideció como un espectro.

—Una mala persona. Toda la culpa es suya.

En sus ojos ya no había pena, sino inquietud, una preocupación apremiante que quizá

incluso fuera miedo.

Mehran le tendió la mano. Quería tratarla con amabilidad. Le parecía preciso actuar con gentileza para averiguar la verdad.

—Cuéntamelo todo —dijo.

Morgan Hansson le había revelado a Anitha una serie de nuevas facetas suyas durante el

fin de semana. No era un ogro, después de todo.

Era algo mucho peor.

Era un hombre que sabía disfrutar de la vida.

Alguien que aprovechaba las oportunidades que le daba el destino. Cuando Anitha le

contó la verdad sobre Lennart Stridh e «Investigación criminal», y le reveló que el periodista se había puesto en contacto con ella para pedirle ayuda, Morgan la invitó a cenar, tal como ella se temía. ¿No le

parecía buena idea salir juntos a cenar, ahora que se conocían bien y ya no tenían secretos el uno para el otro? Ella no había podido negarse. Se daba cuenta de que tendría que complacerlo y aceptar todas sus invitaciones y proposiciones por el resto de su vida, o al menos mientras trabajara para la policía. Lo sabía.

El viernes por la noche, cenaron en el restaurante favorito de Morgan, el Texas Longhorn de Sankt Paulsgatan, y Anitha se enteró de lo siguiente:

1. A Morgan le encantaba hablar, sobre todo cuando había bebido.

2. Le gustaba consumir carne roja en cantidades ingentes, acompañada de patatas asadas con nata y queso cheddar. Era extraño que no fuera todavía más gordo, teniendo en cuenta lo que era capaz de comer.

3. Le encantaba beber cerveza negra en tabernas ruidosas, preferiblemente en la zona

de Söder. En su opinión, no había mejor manera de terminar una cena, y le gustaba ser de los últimos en abandonar el local.

4. Estaba obsesionado con el agua mineral. Le había mostrado a Anitha lo feliz que era

con una máquina carbonatadora propia, y ahora ella también tenía una en su cocina.

Morgan había intentado subir para instalársela, pero Anitha había conseguido poner ahí el límite.

Por lo menos esa vez.

Era sólo cuestión de tiempo. Pronto Morgan se sentiría a gusto en casa de ella y entraría tranquilamente en su cocina para fabricar agua con gas. Anitha lo sabía.

5. Le encantaba el centro comercial Kista Galleria, donde habían comprado la máquina

carbonatadora. Le gustaba sobre todo que hubiera tanta gente de diferentes culturas y de todas partes del mundo. Le encantaba que fuera un lugar tan poco sueco. Ella se había visto obligada a darle la razón, aunque por dentro habría querido ponerse a gritar.

Esa noche, Morgan había decidido ir al cine, como hacía siempre los sábados y como

ella también empezaría a hacer de ahora en adelante. Por lo visto, había elegido una película en 3D. Anitha no se atrevió a decirle que nunca había visto cine en 3D, porque

temía que él se empeñara en hacerle ver toda la producción existente en ese formato.

Intentó pensar en un solo aspecto positivo de su nuevo «amigo», pero no encontró ninguno.

Ni uno solo.

No podía seguir así y lo sabía. Necesitaba sentir que por lo menos estaba sacando algún provecho del viacrucis en que se había convertido su vida, aunque fuera un beneficio mínimo. Su orgullo lo requería. De lo contrario, ya podía meterse en la cama y dejarse morir. Y no quería hacerlo. Necesitaba conservar el control sobre algo.

Decidió llamar a Lennart Stridh.

Al menos él le daría un poco de dinero.

No mucho, ya lo sabía. Las propinas de la televisión eran ridículas, pero en ese momento cualquier cosa era mejor que nada. La sensación de poder controlar todavía alguna cosa era invalorable. Era lo que realmente necesitaba.

Decidió revelarle el nombre.

No era gran cosa.

Pero tendría que pagarle mucho más de lo que nunca le había pagado hasta ese momento.

Ursula estaba en el sofá viendo la televisión.

En el sofá de Sebastian, en el televisor de Sebastian.

En compañía de Sebastian.

Había llegado a su casa el viernes, después del trabajo, y se había quedado a pasar la

noche. No hubo sexo entre ellos. Para su sorpresa, ni siquiera se planteó esa posibilidad.

Sin la menor alusión ni insinuación, Sebastian le preparó la cama en el cuarto de invitados y, al día siguiente, la despertó con el desayuno. Al cabo de un rato, Ursula volvió a su casa.

Llegó a pensar en la posibilidad de hacer de verdad lo que les había dicho a sus colegas y presentarse en Uppsala para darle una sorpresa a Bella. Las madres solían hacer ese tipo de cosas. Pequeñas visitas inesperadas. La idea era pasar unas horas juntas, comer y volver a Estocolmo. El plan era bueno, pero no llegó a hacerlo realidad. No se atrevió.

En lugar de eso, pasó todo el sábado limpiando la casa, yendo a comprar al supermercado

y haciendo la colada, los quehaceres que una mujer divorciada se veía obligada a atender los fines de semana.

El domingo por la mañana, volvió a visitar a Sebastian, que realmente pareció alegrarse de verla. Tomó un segundo desayuno con él y los dos salieron a dar un largo paseo mientras un par de operarios trabajaban en el apartamento. Sebastian le explicó que cobraban más por ser domingo, pero al menos se habían presentado exactamente a la hora

acordada. Los había llamado para que le instalaran una mirilla en la puerta. Mil ochocientas cincuenta coronas.

Hablaron un poco de todo mientras paseaban. Para Ursula era agradable poder hablar

con franqueza con alguien que conocía su situación con Micke y no tener que pararse a pensar antes de cada frase. Surgió el tema de la investigación, pero era evidente que Sebastian no estaba interesado en el caso, ni pensaba interesarse. Al menos en esa fase.

Los esqueletos, las mochilas y las listas de pasajeros no revestían el menor interés para él.

Le resultaba interesante en cambio la mujer estadounidense —o de la nacionalidad que fuera— que de algún modo parecía estar implicada en los asesinatos, pero ella también estaba muerta.

Sebastian necesitaba personas. Seres humanos vivos. Personas enfermas, dañadas,

envilecidas. Gente cuya visión de la realidad y del mundo desafiara la suya. Mentes que

exigieran un esfuerzo de comprensión. Individuos que los demás consideraran «malos», para facilitarse las cosas. Cuando hubiera alguien así a la vista, Sebastian participaría con entusiasmo en la investigación. Pero hasta entonces…

Al final llegaron a unos billares en Söder y estuvieron un rato jugando a una variedad

propia de billar americano, con reglas inventadas. Ursula ganó tres de las cuatro partidas que jugaron. Se sorprendió cuando quiso invitar a Sebastian a una cerveza en el bar y él pidió una Coca-Cola. En la época en que estaban juntos, Sebastian solía beber. Nunca en

cantidades alarmantes, pero siempre aceptaba una invitación. Se preguntó una vez más qué le habría pasado.

—¿Qué soñaste? —le dijo de pronto—. Cuando estábamos en la montaña…

Sebastian levantó la vista, asombrado, desde el otro lado de la mesa. La miró a los ojos, pero no consiguió descubrir lo que estaba pensando. No pudo reprimir una sonrisa.

Se había sorprendido cuando el jueves por la noche Ursula se había presentado en su

casa, pero más se había extrañado al verla regresar al día siguiente, con la intención de quedarse a dormir. Y ahora esa referencia a la semana que habían pasado en Storulvån, en tono distendido y relajado… Puede que su mirada o su voz no revelaran lo que estaba pensando, pero la pregunta era inequívoca. Pensaba que su breve encuentro en el comedor

del albergue de montaña era algo que merecía la pena recuperar y repetir.

Sentía curiosidad.

Por su vida y sus cosas.

Y a eso había que sumarle las dos visitas a su apartamento. Dos noches. Nada de sexo,

por supuesto. Pero aun así, o precisamente por eso, Sebastian tenía la sensación de que poco a poco iban recuperando algo semejante a lo que habían tenido antes de que ella descubriera que él se estaba acostando con su hermana.

Era agradable, pero le habría gustado conocer las razones de Ursula.

¿Acaso ella no le había manifestado con absoluta claridad que jamás lo perdonaría?

¿Qué pretendía entonces? Probablemente el divorcio la habría alterado, pero aun así, no lo comprendía. ¿Sería algún tipo de juego? ¿Un refinado plan para vengarse de él? En cualquier caso, resultaba interesante. Era lo más emocionante que le había pasado durante toda la inútil investigación del último caso.

—¿Por qué quieres saberlo? —le preguntó.

—Dijiste que en otro momento me lo contarías.

—Ya sé que te lo dije. Pero ¿por qué quieres saberlo?

Ursula cogió el botellín de cerveza y bebió un trago mientras él la estudiaba. Sabía exactamente lo que estaba pasando por su mente. Estaba pensando en cómo expresarlo. Si

le respondía que era por simple curiosidad, no conseguiría nada de él, y lo sabía.

Necesitaba ser sincera, desafiarlo de alguna manera o presentarle una teoría que él se viera obligado a desmentir.

—Porque cuando entraste en el comedor, cuando todavía no sabías que yo te estaba viendo…

—¿Sí? —preguntó Sebastian casi con ansiedad, cuando ella se interrumpió.

Parecía haberse decidido por la sinceridad. Casi pudo ver cómo elegía las palabras con

extremo cuidado.

—Parecías un hombre que lo ha perdido todo —dijo ella finalmente.

Sebastian no respondió de inmediato. Había sido una buena jugada por parte de Ursula. No lo había desafiado, ni le había dicho nada que necesitara negar. Había sido sincera y, por desgracia para él, había acertado.

—Algún día te lo contaré —replicó Sebastian en voz baja—. Aquí no, desde luego, ni

probablemente tampoco esta noche. Pero algún día te lo contaré. Te lo prometo.

Ursula asintió lentamente. Por el tono de voz y la mirada de Sebastian, se daba cuenta

de que había dado en el clavo. Comprendía perfectamente que no quisiera contarle nada sentado en un bar, con una canción de Eurythmics de fondo. Ella tampoco habría querido

oírlo en esas circunstancias.

—Espero que sea pronto.

Ninguno de los dos volvió a mencionarlo. Cuando regresaron, los operarios se habían

ido y en medio de la puerta había una mirilla. Prepararon la cena y, después, se sentaron en el sofá. Sebastian no podía recordar cuánto tiempo hacía que no se tumbaba con alguien en un sofá, con los pies sobre una mesa baja, para ver la televisión. La última vez debía de haber sido con Lily.

—¿Puedo quedarme esta noche? —inquirió Ursula mientras se inclinaba hacia delante

para coger el mando a distancia y quitar los anuncios, que acababan de interrumpir el programa.

—Claro.

—Entonces me quedo.

Miró lo que había en los otros canales y dejó un programa de supervivencia, en el Discovery Channel. Sebastian la observaba con cautela con el rabillo del ojo. Volvió a

pensar lo mismo que antes.

¿Qué se proponía?

¿Era un juego? ¿Una venganza?

No lo sabía. Y lo peor era que le daba igual.

Lennart iba de camino al estadio de Söder, con Benke y Stig, en un vagón de metro atestado de aficionados del Hammarby como ellos, cuando recibió la llamada de Anitha.

Iba a ver el partido contra el Brage y apenas pudo oír nada de lo que le decía, por culpa del vocerío de los hinchas. Tuvo que aislarse en un extremo del vagón y apretarse el teléfono contra el oído para tener una lejana posibilidad de entender lo que Anitha le estaba diciendo. No era mucho, pero al menos era algo. Un nombre: Adam Cederkvist. Era la persona de la SÄPO que en el otoño de 2003 había tenido bajo su responsabilidad el caso

de los dos afganos desaparecidos. Anitha no sabía nada más, pero utilizó el resto de la conversación para anunciarle a Lennart que pensaba enviarle la factura de una comida en

el pabellón del Mälaren y que esperaba que ésa no fuera su única retribución. Lennart le contestó que ya vería qué podía hacer en el aspecto económico y le prometió que la llamaría en cuanto estuviera en un lugar más tranquilo; a lo que ella replicó que tendría que ser una buena cantidad de dinero, porque había tenido que sacrificar muchas cosas para ayudarlo. Lennart le preguntó si había tenido algún problema. Ella le respondió una vez más que lo importante era el dinero y le colgó. Sus amigos lo miraban con curiosidad.

Les dijo que era un asunto de trabajo y que lo sentía mucho. Parecieron decepcionados, sobre todo cuando segundos más tarde quiso bajarse en la estación de Skanstull para volver a su casa. Entonces sus amigos montaron una auténtica campaña para convencerlo

de que se quedara, especialmente Benke, que había pasado dos semanas en España y tenía

muchas ganas de pasar un buen rato con él y ver un partido juntos. Nada podía ser tan importante que no pudiera esperar. ¡Llevaban tanto tiempo hablando del partido! Al final, Lennart cedió. Era domingo y no era mucho lo que podía hacer, aparte de buscar en internet, y eso también podía hacerlo más tarde cuando volviera a casa. Además, se había perdido los dos últimos partidos de su equipo, y las únicas veces que veía a sus amigos era cuando iban juntos al estadio. Se conocían desde que eran adolescentes, pero tenían unas vidas muy complicadas con sus familias, hijos, novias y trabajos que

no les quedaba tiempo para nada más. Lennart decidió trabajar una hora o dos después del partido. En cualquier caso, no le importaba mucho la información, porque en principio la historia de Shibeka había quedado descartada. Ya le había dicho a Sture Liljedahl que la familia se

había negado a colaborar. Aun así, se preguntaba si la conversación con Anitha podía insuflar nueva vida al posible reportaje. En ese caso, tendría que encontrar algo más. Un nombre no sería ni remotamente suficiente.

Las localidades de los tres amigos estaban en uno de los laterales del campo. Por fin

Benke había conseguido abonos para toda la temporada. Lo prometía todos los años, pero

era la primera vez que lo conseguía. El partido era emocionante y el ambiente, fantástico, pero Lennart no podía dejar de pensar en lo que acababa de contarle Anitha. Ahora por lo menos tenía un nombre, una persona concreta que investigar. Quizá mereciera la pena intentarlo. En cuanto llegara a casa, haría una búsqueda rápida.

Sigurdsson marcó un golazo cuando faltaban cinco minutos para el final del encuentro

y todo el estadio vibró de júbilo. Ganó el Hammarby, y Lennart gritó de felicidad con todos los demás cuando el árbitro pitó el fin del partido. Después, Stig logró convencerlo para que fuera con ellos a tomar unas cervezas. De todos modos, ya era demasiado tarde

para ponerse a trabajar. Lennart aceptó, con la condición de que no fueran más de dos cervezas. Después se iría a su casa.

Al final cayeron ocho cervezas y varios chupitos, y entonces dejó de escuchar la voz

del deber y sólo pudo atender a la llamada del alcohol y los amigos. Se fue con ellos a una fiesta cerca de Zinken, donde estuvo a punto de recaer en el hábito de fumar, pero consiguió evitarlo en el último momento, aunque no por mérito suyo. De hecho, estaba en

el balcón de la casa de alguien que apenas conocía, en medio de un montón de gente, con

un cigarrillo aún sin encender en la mano, cuando Benke lo vio, se

abalanzó sobre él con todas sus fuerzas y lo derribó. Fue más que nada por hacerle una broma, pero estaban borrachos, acabaron peleando y Lennart se hizo una herida en una mano con el cristal de

un vaso roto. Stig fue a separarlos y le vendó la mano a Lennart con un pañuelo mojado.

Después, estuvieron llorando un buen rato y proclamando lo mucho que se querían, a pesar de que nunca se lo decían cuando estaban sobrios. A las tres, acudió una patrulla policial por la denuncia de un vecino que no podía dormir, y los echó a todos a la calle. A las cuatro y media, Lennart llegó a su casa y se metió en la cama. Lo último que le vino a la mente fue que había algo muy importante que tenía que hacer ese mismo día.

Pero no pudo recordar qué era.

El lunes, cuando el equipo se reunió, la inmediata constatación fue que no había pasado nada.

Habían recibido los resultados preliminares de las pruebas de ADN realizadas a los parientes de las diferentes familias desaparecidas: el abuelo materno de la familia Thorilsen, de Noruega, desaparecida en Trondheim; una tía materna de la familia Hagberg, de Gävle; y un hermano residente en Oskarshamn del padre de la familia Cederkvist, desaparecida mientras navegaba por el océano Índico. Ninguno de los perfiles genéticos coincidía con las muestras procedentes de la fosa común. No fue una gran decepción, ya

que todo lo que pudiera descartarse de forma definitiva les dejaba más tiempo para emprender otras líneas de investigación.

Billy estaba en su escritorio cuando sonó un tono de notificación en su ordenador. El

laboratorio de Linköping había recuperado las fotografías de la tarjeta de memoria y acababa de subirlas a una carpeta compartida. Eran noventa y tres. Billy escribió un mensaje de agradecimiento a los técnicos del laboratorio, abrió la carpeta y empezó a mirar las imágenes. Parecían abarcar desde principios de la primavera anterior

hasta la muerte de los holandeses. Había una fiesta de cumpleaños de una niña que no parecía ser

hija suya, sino de algún conocido, ya que no volvía a aparecer en ninguna fotografía más.

También se veían recorridos en bicicleta, otras fiestas, baños en la playa, paseos y partidos de fútbol. Gente feliz y sonriente. Había un par de fotos tomadas en una casa que debía de ser la de los Bakker. La vida cotidiana.

Las últimas treinta y siete eran las más interesantes. Había una, tomada en el aeropuerto de Trondheim, en la que Framke aparecía de pie, delante del edificio de la terminal, sonriendo a la cámara y con la mochila a la espalda. En la siguiente, ya estaban en la montaña. Ahora Jan posaba delante de la cámara, señalando las cumbres, como para

indicar hacia dónde se dirigían. En las otras fotos se veían paradas en el camino, lugares donde habían acampado y bonitos paisajes. Billy seleccionó todas las fotografías de la montaña para imprimirlas y, mientras dejaba trabajar la impresora, pasó directamente a las últimas.

Framke desmontando la tienda.

Un vado a través de un torrente.

Unos renos en la ladera de una montaña.

La entrada de un valle, con Jan en primer plano, bebiendo agua de un arroyuelo. Era la

última. Parecía feliz. Les sonreía a la cámara y a su mujer. Billy se fijó en la fecha: 30 de octubre. El día de su muerte. Detrás se extendía el valle, con una casita a la derecha y, más allá, una cornisa, el cielo azul y más montañas al fondo. Billy se detuvo un segundo.

Reconocía las cumbres que se erguían al fondo de la imagen. Había estado allí. La cornisa era el lugar donde se habían hallado los cadáveres. No era fácil calcular la distancia, pero Billy supuso que Jan y Framke Bakker habrían tenido que caminar todavía una hora más

para llegar hasta allí. Les quedaba una hora de vida, algo que naturalmente el hombre sonriente ignoraba cuando su mujer le hizo la foto, pero que añadía a la imagen un doloroso dramatismo. Billy estaba a punto de cerrar la imagen en la pantalla cuando reparó en un

detalle.

La casa.

La casita que se veía al pie de la ladera, en el valle. Muy cerca del lugar del hallazgo.

Cuando habían estado en esa zona, habían buscado sin éxito el lugar del crimen. Y estaba seguro de que no habían registrado esa casa, porque no había ninguna en el valle. Sin embargo, era evidente que el 30 de octubre de 2003 estaba ahí. Billy amplió esa parte de la imagen. Paredes de madera, chimenea, unos pocos peldaños para llegar a la puerta… No

muy grande. Una cabaña de cazadores.

Billy se levantó, fue a la sala de reuniones y estudió el plano que habían traído del albergue de montaña. El lugar del hallazgo estaba marcado con una cruz. Todos habían mirado varias veces el mapa, pero quería cerciorarse.

No había ninguna casa en el lugar donde debía estar la que se veía en la fotografía de

los Bakker.

Se acercó al teléfono que estaba sobre la mesa y volvió a echar un vistazo a la pared,

en busca de la tarjeta de visita de Mats y Klara. Marcó el número. Klara contestó al segundo tono.

Lennart se despertó por los rayos del sol, que le daban en la cara. Como le hacían daño en los ojos, rodó sobre sí mismo para ir a bajar la persiana, pero lo único que consiguió fue aplastarse la mano vendada. Se levantó de la cama con un alarido.

Completamente despierto a causa del dolor, corrió al cuarto de baño y sacó dos pastillas de quinientos miligramos de paracetamol del frasco que siempre tenía en el botiquín. Mientras se lavaba la cara con agua fría, pensó que habría tenido que tomárselas antes de acostarse. Eran

buenas para la resaca, pero unas horas antes había sido incapaz de pensar mínimamente en el mañana. De hecho, ni siquiera había sido capaz de pensar. Se

miró con curiosidad el vendaje de la mano izquierda. ¡Vaya noche! Mucho más alocada de

lo que había previsto. El hombre que veía en el espejo tenía que ponerse a trabajar enseguida, ese mismo día.

El trabajo…

Anitha lo había llamado el día anterior. Había averiguado el nombre del tipo de la SÄPO que había llevado el caso en 2003. Un tal Adam… Adam… Se quedó de piedra. No

podía ser que se le hubiera olvidado el puto apellido, cuando había pasado toda la noche pensando en buscarlo. Al menos hasta la quinta cerveza. Hizo una inspiración profunda.

Lo importante era no estresarse. Si se ponía nervioso, el nombre que tenía justo en la punta de la lengua se le podía borrar del todo de la memoria. No quería tener que llamar a Anitha, porque entonces no sólo quedaría como un tipo poco serio, sino como un completo imbécil.

Como de hecho se sentía en ese momento. Como un imbécil profundo.

Adam.

Adam.

—Adam C… algo —dijo en voz alta.

¿O empezaría por D? No, estaba seguro de que empezaba por C. Había estado todo el

tiempo pensando en ese nombre. Tenía que seguir ahí. Solamente se le había ido de la

cabeza transitoriamente. O al menos eso esperaba. Decidió darse una ducha fría y pensar un rato en otra cosa.

La estrategia funcionó.

Cedergren o Cederkvist. Adam.

Estaba seguro de que uno de los dos apellidos era el correcto. Con eso al menos podía

empezar a investigar. Sabía que trabajaba para la SÄPO.

Se sentó en su pequeño estudio y empezó a llamar por teléfono

Al cabo de una hora, había conseguido averiguar que ni en la SÄPO ni en la policía

trabajaba ningún Adam Cedergren, ni tampoco ningún Adam Cederkvist. Sin embargo, en

los archivos de noticias encontró a un tal Adam Cederkvist, desaparecido en 2004 frente a las costas de África, con su mujer y sus hijos, mientras realizaba una larga travesía en velero. Nunca más se había sabido nada de ninguno de ellos. Lennart llamó a su amigo del periódico *Dagens Nyheter*, un documentalista con el que colaboraba a menudo, y le pidió ayuda. Le dijo que estaba haciendo un reportaje sobre navegantes desaparecidos y le preguntó si no le importaba echar un vistazo en su archivo, mucho más grande y completo

que el que Lennart tenía a su disposición, para ver si encontraba algo acerca de la familia desaparecida. Apenas veinte minutos después, recibió la respuesta por correo electrónico.

No era mucho, pero la información lo acercaba un poco más a la meta. Adam

Cederkvist estaba disfrutando de una excedencia del cuerpo de policía cuando

desapareció. Por desgracia, era imposible determinar si trabajaba o no para la SÄPO. No

tenía muchos parientes. Solamente un hermano: Charles Cederkvist.

Lennart se puso a reflexionar. Quería evitar tener que llamar a la SÄPO y ponerse a hacer preguntas sobre Adam Cederkvist. Alguien de la propia policía de seguridad se había esforzado por ocultar su identidad. Si de repente «Investigación criminal» se ponía a llamar y a hacer preguntas, podían esfumarse todas sus posibilidades de averiguar algo.

Tenía muy pocos datos, por lo que debía actuar con cautela.

Pero lo que tenía le gustaba. Era un buen comienzo para una conspiración, si efectivamente Adam Cederkvist había trabajado para la SÄPO. ¿Por qué pretendía ocultar

la SÄPO el nombre de uno de los suyos, que había muerto en 2004? Antes de escuchar su

explicación, quería encontrar él mismo la respuesta.

Decidió ponerse en contacto con el hermano del desaparecido, para ver si sabía algo.

Había un Charles Cederkvist en Oskarshamn. Tenía que ser él.

El hombre contestó al teléfono al primer tono de llamada. Parecía despierto y lleno de

energía, todo lo contrario del estado en que se encontraba el propio Lennart en ese momento.

—¿Charles Cederkvist? —preguntó.

—Sí, soy yo.

—Hola. Me llamo Lennart Stridh y trabajo para «Investigación criminal», un

programa de SVT.

—Ah.

De repente, Charles pareció algo inseguro, pero era la reacción más corriente cuando

llamaba a alguien y le decía quién era. «Investigación criminal» solía poner nerviosa a la gente. Era la idea misma del programa.

—Me gustaría hacerle unas preguntas sobre su hermano, Adam Cederkvist —

prosiguió Lennart.

—Está muerto. Murió hace años.

El hombre parecía sorprendido. Muy sorprendido.

—Ya lo sé. Desapareció durante una travesía en velero, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

La duda estaba justificada. Lennart tenía que tranquilizar a su interlocutor.

—Verá, el nombre de su hermano ha surgido en una historia que estoy investigando y

me preguntaba si podríamos vernos para charlar un rato, sin ningún compromiso.

—¿Qué historia es ésa? ¿De qué trata?

—Si acepta reunirse conmigo, se lo explicaré —insistió Lennart.

No tenía ganas de contarle todo por teléfono. Sintió que le volvía el dolor de cabeza.

¿Cuánto habría bebido la noche anterior?

—No pienso reunirme con usted si no me explica qué se propone —replicó Charles, y

Lennart comprendió que lo decía de verdad. Tenía que ceder.

—Es por un asunto relacionado con la SÄPO y unas desapariciones que tuvieron lugar

en 2003.

—¿Qué desapariciones?

—Preferiría explicárselo personalmente —intentó de nuevo Lennart, pero la única respuesta fue el silencio—. No voy a ensuciar la memoria de su hermano, se lo prometo.

Solamente quiero averiguar la verdad.

—Mi hermano no hablaba nunca de su trabajo —respondió Charles, y Lennart creyó

distinguir en su voz que al menos una parte de la reticencia inicial se había desvanecido.

—Puede que le haya dicho alguna cosa que para usted no tenga ninguna importancia y

que sin embargo me pueda ayudar a mí.

Se hizo un breve silencio al otro lado de la línea.

—De acuerdo. Pero yo vivo en Oskarshamn.

—Puedo ir.

—Muy bien. ¿Cuándo?

—¿Le parece bien ahora?

—De acuerdo.

Lennart no pudo reprimir una sonrisa. Le había salido mejor de lo que esperaba. Su historia volvía a ponerse en marcha.

Más o menos una hora después de que Billy recibiera las fotografías del matrimonio Bakker, se reunieron todos en la sala. Torkel había llamado a Vanja y a Sebastian. A Vanja le había dejado un mensaje, porque no había contestado al teléfono, pero a Sebastian prácticamente le había ordenado que asistiera a la reunión. Estaban de vuelta en Estocolmo y, si pretendía formar parte de la Unidad de Homicidios, tenía que hacer acto

de presencia. Así pues, de las seis sillas que rodeaban la mesa ovalada de la sala de reuniones, cuatro estaban ocupadas por Torkel, Ursula, Jennifer y Sebastian. En la enorme pizarra que ocupaba toda una pared, Billy había pegado la foto de Jan Bakker bebiendo agua del torrente, junto a una ampliación de la cabaña que se distinguía al fondo. De pie delante de la pizarra, les estaba señalando las imágenes borrosas de la ampliación.

Sebastian tendió la mano para coger una botella de agua mineral de la mesa.

—Aquí veis una ampliación de la cabaña que se divisa al fondo —indicó Billy, señalando la foto de Jan a orillas del torrente—. Para que os hagáis una idea de dónde estamos…

Se volvió hacia el mapa y siguió con su explicación:

—La foto se tomó aquí —dijo, señalando un punto a unos diez centímetros de la cruz

que marcaba el lugar del hallazgo—. Aquí se hallaron los cuerpos —añadió, indicando la

cruz sobre el mapa—, y la casa debió de encontrarse más o menos aquí —añadió finalmente, apoyando el dedo un centímetro más lejos.

Se abrió la puerta y Billy se interrumpió al ver que entraba Vanja. Torkel se volvió hacia la puerta. Lo primero que pensó fue que parecía terriblemente cansada.

—¡Hola! ¿Has decidido venir? —dijo en cambio, en tono de alegre sorpresa.

Vanja asintió, separó de la mesa una de las sillas libres y se dejó caer pesadamente.

—Te dejé un mensaje —indicó Torkel mientras ella se quitaba la chaqueta.

¿Había adelgazado o eran sólo imaginaciones suyas?

—Ya lo sé, por eso he venido —respondió Vanja.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó Torkel con sincero interés.

Vanja no le respondió de inmediato. Miró a Sebastian, que le hizo un gesto de asentimiento para animarla.

—No me han admitido en el curso del FBI —precisó ella en tono neutro, sin la menor

emoción en la voz.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Torkel parecía totalmente desconcertado. Era evidente que nadie lo había informado.

—Lo que ha pasado se llama Håkan Persson Riddarstolpe —contestó Vanja,

encogiéndose de hombros—. Ha dicho que no soy apta.

Se hizo un silencio en torno a la mesa, el tipo de silencio que se

produce cuando todos

los presentes piensan que sería preciso decir unas palabras de consuelo, pero nadie se atreve a decir nada.

A Torkel le costaba encontrar sentido a lo que acababa de oír. Håkan Persson Riddarstolpe era un psicólogo competente. Puede que no figurara entre los mejores del país, pero Torkel no recordaba que hubiera cometido nunca un error semejante. De hecho,

no recordaba ningún desliz suyo, aparte de aquel incidente en Sala, muchos años atrás.

¿Qué habría pasado? Nadie podía ser más idóneo que Vanja para la formación del FBI.

Tenían que hacer algo antes de que fuera tarde.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó, quebrando el silencio.

Vanja negó con la cabeza.

—La decisión no se puede recurrir.

—Ese tipo es un imbécil —intervino Sebastian—. Siempre lo he dicho.

—Tiene que ser un error. Veré qué puedo hacer —dijo Torkel.

Vanja lo miró con una débil sonrisa de agradecimiento. Sebastian se preguntaba hasta

dónde llegaría la influencia de Torkel en la organización. ¿Y si al final resultaba que su costosa visita a Riddarstolpe había sido en vano? Jennifer levantó tímidamente la mano.

—Quizá no sea el momento adecuado, pero si a mí me habíais llamado para sustituir a

Vanja…

—Hablaremos de eso más adelante —la interrumpió Torkel.

—Lo mejor será que te quedes —terció Vanja—. Yo tendré que faltar bastante. Mi padre está en la cárcel y…

Notó que Ursula, Billy y Jennifer, los tres que aún no sabían nada, se sorprendían al

conocer la noticia.

—Quiero seguir de cerca la instrucción de su causa y estaré un poco… ocupada.

Sebastian bebió un sorbo de agua mineral. Lo que acababa de decir Vanja era una novedad para él y no auguraba nada bueno. Pensaba ayudar a Valdemar. Sebastian tenía que atraerla otra vez hacia él y presentarle nuevamente a su padre como un criminal, como el hombre que la había decepcionado. No había querido imponerle su presencia, después

de sus éxitos con el FBI y con Ellinor. Se había apartado, esperando que fuera ella quien buscara su compañía, pero ahora había llegado el momento de recuperar la iniciativa.

—¿Has vuelto a visitarlo? —le preguntó, en un tono de voz que esperaba que fuera neutro.

Vanja negó con la cabeza.

Al menos era algo.

—Nos ocuparemos de todo eso más tarde —aseguró Torkel con autoridad—. Tenemos

novedades sobre la familia de la montaña.

Miró a Billy, para cederle la palabra.

—Como estaba diciendo, en 2003 había una cabaña en este punto —dijo Billy

mientras volvía a señalar el plano—. Era una vieja cabaña de caza de los años treinta. Se incendió en enero de 2004.

Volvió a su silla, se sentó y echó un vistazo a la pantalla del ordenador portátil que tenía delante.

—Hasta 1969, perteneció a un particular, que ese año la donó a las Fuerzas Armadas.

A partir de 1970, quedó a disposición del personal militar y de sus familias, que la podían alquilar por temporadas.

Todos escuchaban con interés. Era un buen dato, que podía ofrecerles lo que realmente

necesitaban: un punto de partida para seguir trabajando. Un nombre.

—¿Sabemos quién estaba alquilando la cabaña aquella semana en concreto de 2003?

—preguntó Vanja, interesada a su pesar en los nuevos acontecimientos.

—No fue fácil. Tuvimos que encontrar a la persona adecuada dentro del Ministerio de

Defensa, y después fue preciso convencerla para que se pusiera a buscar en unos archivos de hace diez años… —empezó a explicar Jennifer.

—Ya sabemos que tuvisteis que trabajar mucho para conseguir el dato —la

interrumpió Torkel con impaciencia—. Ahora dinos el nombre.

—Adam Cederkvist alquiló la casa la semana 44 del año 2003 —explicó Jennifer—.

Pasó unos días allí con su familia.

—Lena, Ella y Simon Cederkvist —añadió Billy.

Todos los presentes dejaron escapar un suspiro de decepción. Una sensación de

anticlímax se apoderó de la sala.

—Pero no pueden ser suyos los cadáveres hallados en la fosa.

Vanja expresó lo que todos estaban pensando. En noviembre, los cuatro miembros de

la familia se habían embarcado en un velero para dar la vuelta al mundo y, en febrero, habían enviado una postal desde Zanzíbar.

Ursula se puso a buscar en sus papeles, aunque ya sabía con absoluta certeza lo que iba

a encontrar. Fue exactamente lo que encontró.

—El análisis de la muestra de ADN del hermano de Adam, Charles Cederkvist, no indica ningún parentesco con el hombre ni con los

niños encontrados en la montaña.

—Pero, por favor… ¡Tienen que ser ellos!

Una vez más, alguien había expresado en palabras lo que todos estaban pensando. Esta

vez había sido Sebastian. Se puso de pie y empezó a ir y venir por la sala.

—Adam alquiló una cabaña con su mujer y sus hijos la misma semana en que una familia fue asesinada a unos cientos de metros de distancia. Unos meses después, la cabaña se incendia y Adam desaparece con toda su familia cerca de las costas de África.

¿No os parece curioso?

Sebastian se detuvo. Todos los presentes también lo pensaban, desde luego. La vida está llena de casualidades y coincidencias, y todos lo sabían, pero en ese caso se acumulaban demasiadas.

—¿Adam era militar? —preguntó Vanja.

—No, pero su hermano Charles, sí —respondió Jennifer—. Todavía lo es. Pertenece al

MUST, el servicio de inteligencia y seguridad militar. Vive en Oskarshamn.

—¿Qué hacía Adam? —quiso saber Torkel.

—En cierto modo, era colega nuestro. Trabajaba en la SÄPO.

Los servicios de inteligencia del ejército y de la policía. Las probabilidades de que todo fuera fruto del azar eran cada vez más remotas.

—Supongamos que se trata de Adam. ¿Cómo lo demostramos? —inquirió Billy.

—Podemos buscar a la familia de su mujer —propuso Vanja.

—Tardará unos días —comentó Ursula.

—Hacedlo —dijo Torkel con un gesto afirmativo y enseguida se puso de pie—. Hay

demasiados interrogantes. Vosotros, Billy y Jennifer, tratad de localizar a alguien que haya visto a la familia después de aquella semana. Compañeros de trabajo, vecinos, cualquiera…

Billy y Jennifer asintieron y se levantaron al mismo tiempo. Torkel se volvió hacia

Vanja.

—Vanja, busca la escuela o la guardería de los niños y comprueba si volvieron después

de las vacaciones en la montaña.

Vanja también asintió. Estaba un poco cansada de toda la situación, de pasar horas enteras en diferentes salas de reuniones, mirando pizarras y elaborando teorías, pero cuando pasaba algo nuevo, cuando de pronto la investigación parecía avanzar y la búsqueda se convertía en persecución, entonces tenía que reconocer que la sensación era

insuperable.

—Ursula, llama a tus colegas del SKL y pídeles que vuelvan a comprobar los

resultados del ADN de Charles —dijo Torkel para terminar—. Yo me pondré en contacto

con la policía de Oskarshamn.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Sebastian.

—De momento, nada. Pero si las personas asesinadas resultan ser quienes creemos que

son, me gustaría muchísimo que tuvieras una conversación con el hermano de Adam.

Torkel fue a su despacho, se sentó detrás del escritorio y cogió el teléfono. Buscó el número de la policía de Oskarshamn en el ordenador y marcó el de la centralita.

Enseguida lo pusieron en contacto con un oficial que aseguró conocer a la persona que se había encargado de tomar las muestras de ADN de Charles Cederkvist. El policía en cuestión había salido, pero era

posible localizarlo a través del móvil. Torkel llamó al número que le había indicado el oficial y esperó. Le contestó un hombre que dijo llamarse Jörgen. Torkel se presentó y le explicó la razón de su llamada. De ese modo pudo averiguar que, efectivamente, Jörgen se había desplazado a casa de Charles Cederkvist al final de la semana anterior, había entrado y había aceptado tomar un café. En ese momento, Ursula entró en la habitación. Torkel le indicó con un gesto que se sentara y activó el altavoz del teléfono. Después de todo, estaban hablando de su especialidad.

—¿Fuiste tú el encargado de tomar la muestra? —preguntó Torkel, aunque daba casi

por descontada la respuesta. De hecho, era lo único que tenía que hacer Jörgen.

—Sí. O, mejor dicho, la tomó él.

Torkel se volvió hacia Ursula, que le echó una mirada llena de desconfianza.

—Pero… ¿viste cómo la tomaba?

—Bueno, no del todo. Salió un momento.

Torkel sintió que lo invadía un profundo cansancio. Empezaba a sospechar lo que había pasado, pero quería asegurarse.

—¿Dónde estabas tú mientras él se tomaba la muestra?

—Sentado en la cocina, bebiendo café.

Ursula suspiró audiblemente y se apoyó en el respaldo, convencida una vez más de que el grado de competencia de los cuerpos policiales disminuía rápidamente en relación

inversamente proporcional a la distancia con la sede central de Kungsholmen.

Oskarshamn se encontraba lo bastante lejos para que el nivel fuera de puro vodevil.

—¿Había alguien más en la casa?

—La mujer con la que convive, pero estaba durmiendo. Había trabajado por la noche.

—¿Existe la posibilidad de que se fuera al dormitorio cuando se ausentó para recoger

la muestra?

—Sí, es muy posible. No sé adónde fue.

—¿Existe la posibilidad de que cogiera la saliva de su mujer, en lugar de la suya propia?

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Torkel agradeció la información y colgó.

—¿No comprueban los técnicos del SKL si las muestras que reciben son de hombre o

de mujer? —le preguntó a Ursula mientras marcaba otro número.

—No, si solamente les pedimos que las comparen con otras muestras —contestó

Ursula, encogiéndose de hombros, como para disculparse en nombre del laboratorio.

—¡Pero la muestra llevaba el nombre de Charles! —insistió Torkel—. ¿Por qué no reaccionaron?

—No creo que se fijaran en los nombres. Solamente comprobaron si había algún parentesco.

Mientras hablaba, Torkel había llamado otra vez a la policía de Oskarshamn. Preguntó

por el mismo oficial de antes. Quería que fueran a buscar a Charles Cederkvist.

Mientras esperaban, Torkel notó la mirada de Ursula, pero guardó silencio.

No le gustaba nada el asunto.

Si realmente se trataba de Adam Cederkvist, entonces alguien realmente se había esforzado y había dedicado muchos recursos para escenificar una vuelta al mundo en velero. Además, tenían a un miembro de los servicios de inteligencia del ejército que había falseado una muestra de ADN, y a una mujer con dos identidades falsas, que con toda probabilidad había asesinado de manera

sumamente profesional a cuatro personas, una de las cuales trabajaba para la SÄPO.

Era demasiado.

Mucho más que un simple asesinato múltiple.

A Torkel no le gustaba ni pizca.

Después de darle al periodista de la televisión las instrucciones para llegar a su casa, Charles colgó el teléfono y se quedó un momento quieto en el cuarto de estar. Lo acosaban desde todos los ángulos. Lo tenían rodeado e intentaban acorralarlo. Necesitaba hacerse con el control de la situación, como antes. Solamente tenía que seguir adelante, de manera metódica y racional. Por un momento se había permitido el lujo de pensar en su hermano y en los niños, pero los sentimientos eran una molestia. Eran una pesada carga que lo obligaba a detenerse y lo volvía vulnerable. La acción era el único camino. Mientras pudiera, pensaba cerrar cada una de las puertas que los demás abrieran. No se trataba de un asunto privado, sino de la seguridad nacional. Preparó rápidamente una maleta con lo

imprescindible y se dirigió al coche. Se volvió para mirar la casa, pensando que la estaba contemplando por última vez. Había vivido muy bien allí. Pero tenía la dolorosa sensación de que no iba a volver nunca más. ¿Debía dejarle un mensaje a Marianne? Ella nunca lo

entendería. Sería mejor llamarla por teléfono, pero más tarde, cuando hubiera ideado una manera de explicárselo y de tranquilizarla. De todos modos, quedaría destrozada.

Ya volvía a dejarse llevar por los sentimientos. No podía permitírselo. Los

sentimientos podían ser su ruina. Nueve años antes, había dejado que ellos tomaran el control, y Patricia Wellton había muerto. Ahora necesitaba seguir actuando. No tenía otra opción. Se metió en el coche y arrancó. Al llegar al cruce, giró por la carretera nacional.

Después de unos segundos, se cruzó con un coche de la policía. Redujo la velocidad hasta los ochenta kilómetros permitidos y pasó de largo

sin problemas. Pero, al cabo de unos segundos, observó por el retrovisor que ellos también reducían la velocidad y encendían el intermitente derecho. No podía saberlo con certeza, pero intuyó que se dirigían a su casa.

Estaba en lo cierto. No iba a volver allí nunca más.

Vanja dio las gracias y colgó el teléfono. Había llamado a la Escuela Vallhamra, de Märsta. La directora llevaba solamente cinco años y medio en el cargo, pero se ofreció para ir a buscar a una maestra que trabajaba en el colegio desde hacía ya quince y recordaba muy bien a Ella y Simon Cederkvist. La escuela había vivido aquellas muertes

como una tragedia.

Vanja se levantó del escritorio y fue a ver a Torkel. Ursula estaba sentada en el sofá de los invitados, en su despacho de ambiente práctico e impersonal.

—Charles Cederkvist no estaba en casa —dijo Torkel, antes de que Vanja tuviera tiempo de hablar.

—¿Y en el trabajo?

—Según su jefe, no —respondió Torkel, negando con la cabeza.

—¿Pedimos una orden de busca y captura?

—No lo sé —contestó Torkel, en tono dubitativo—. Tenemos muy poco contra él.

—Lamentablemente, yo tampoco puedo aportar nada más.

Vanja se sentó en el apoyabrazos de uno de los dos sillones.

—Los niños no volvieron al colegio después de la semana de vacaciones, pero

tampoco estaba previsto que regresaran a la escuela.

—¿Por qué no? —inquirió Ursula, y Vanja se volvió hacia ella.

—Por el proyecto de la vuelta al mundo. El plan era que asistieran a la escuela hasta

las vacaciones y que después siguieran estudiando desde su casa. Su madre era maestra.

—Pero ¿nadie volvió a verlos después de las vacaciones? —preguntó Torkel, para asegurarse.

—No, pero, como ya os he dicho, eso tampoco significa nada.

—Gracias, esperemos que Billy y Jennifer hayan descubierto algo útil.

Vanja hizo un gesto afirmativo y se levantó del apoyabrazos.

—¿Sabéis adónde ha ido Sebastian?

—Creo que ha bajado al comedor —respondió Ursula.

Vanja asintió. Cuando ya estaba saliendo del despacho, Torkel la llamó.

—Vanja…

Se detuvo y se volvió.

—Tengo pensado hablar con Harriet sobre los cursos del FBI, y llegar más arriba si es

preciso.

—Gracias, pero creo que no servirá de nada.

Vanja salió de la habitación mientras Torkel la contemplaba con cara de preocupación.

Ursula se recostó en el sofá.

—Mira la parte positiva. Te la quedas tú.

—Pero no es lo que ella quiere.

—No siempre tenemos lo que queremos —replicó Ursula con sequedad.

Torkel asintió, dándole la razón. Precisamente en lo referente a Ursula, era

dolorosamente consciente de esa realidad.

Mehran se bajó del metro de la línea verde en Vällingby. Según Melika, Joseph vivía en

un apartamento en Härjedalsgatan. O al menos había vivido allí tiempo atrás. No sabía si aún conservaba ese domicilio, ni tampoco quería averiguarlo. Mehran echó un vistazo al

GPS del móvil y empezó a caminar en la dirección indicada. No tenía prisa. Ni siquiera sabía qué iba a hacer si Joseph seguía viviendo en el mismo sitio y lo encontraba en casa.

Las cosas que le había contado Melika le daban vueltas en la cabeza. Eran fragmentos de

historia, retazos de acontecimientos del pasado, que abrían más interrogantes de los que respondían. Lo más importante era que Melika tenía miedo. Tenía un pánico de muerte. O

al menos eso creía Mehran, que nunca antes había visto un miedo semejante. Era como si

hubiera tenido todo ese temor encerrado en su interior y lo hubiera dejado salir a borbotones en cuanto se sinceró con él. El miedo volvía creíble su versión, aunque Mehran no dispusiera aún de la historia completa.

Said y los primos de Melika habían pedido préstamos para montar la tienda. Habían pedido dinero a amigos y parientes, pero el negocio no acababa de funcionar y los primos querían venderlo, sobre todo cuando muchos de sus acreedores empezaron a pedirles que

saldaran la deuda. Incluso tenían interesados en comprar. Había dos hermanos que les habían hecho una oferta. Por su parte, Said estaba convencido de que la tienda empezaría a dar beneficios al cabo de un tiempo y quería conservarla, pero no tenía dinero para comprar la parte de los otros dos. Habían discutido mucho y a raíz de las peleas se habían ido distanciando. Melika estaba en medio. Les debía lealtad a sus primos, pero también quería mucho a su marido, aunque a veces pensara que era demasiado ingenuo.

Los problemas más graves empezaron cuando Rafi, el menor de los primos, que

siempre gastaba más dinero del que ganaba, le pidió otro préstamo al hombre llamado Joseph. En realidad, su nombre era Mohammed «Al-…algo». Melika no lo podía recordar

muy bien, pero todos lo llamaban Joseph. A nadie le gustó que Rafi tuviera tratos con él, porque corrían rumores sobre él y su forma de ganar dinero. Se comentaba que conocía a

alguna gente y que no todas eran buenas personas. Que era peligroso enemistarse con él.

Al principio, había sido amable y servicial, sobre todo con Rafi, pero pronto había

empezado a presentarse cada vez más a menudo en la tienda y a dar su opinión sobre el negocio. Empezó a comportarse como si fuera el dueño. A Said lo volvía loco. Rafi intentó mediar y, después de un tiempo, también Turyalai intervino, pero no sirvió de nada. Said siguió quejándose de la intromisión de Joseph.

Joseph insistía en que después del préstamo que le había hecho a Rafi era

copropietario del negocio.

Said opinaba que el préstamo concedido a Rafi no tenía nada que ver con la tienda.

Joseph, por su parte, decía que la tienda era el aval de su préstamo, que él consideraba una inversión.

Las discusiones continuaron.

Al final, los primos intervinieron y le pidieron a Joseph que se fuera, con la promesa

de devolverle todo el dinero. Joseph aceptó y les preparó un plan de pago con intereses, que a su vez generaban más intereses con cada día de retraso. Además, les describió con

todo lujo de detalles lo que les pasaría si no le pagaban. Para poder saldar la deuda, Rafi y Turyalai empezaron a robar de la caja de la tienda y, al cabo de un tiempo, Said los descubrió.

Había sido espantoso, según le contó Melika a Mehran. Said había culpado a toda la

familia. Entonces los dos primos le explicaron cómo era Joseph y lo mucho que le temían.

Said se puso furioso y dijo que ya le enseñaría él a Joseph. Cualquiera que robara de la tienda le estaba robando a él. Y nadie le robaba a Said. ¡Nadie!

Llamó a Hamid y se fueron juntos a Vällingby. Nadie supo cómo lo consiguieron, pero

volvieron con el dinero. Permitieron que Joseph se quedara con el importe del préstamo original, pero le hicieron devolver el resto. Regresaron jactándose de que le habían hecho pasar mucho miedo. Said se convirtió en un héroe. ¡No había quien lo parara! Hizo las paces con los primos de Melika, que le pidieron disculpas, y él las aceptó. Se hicieron promesas los unos a los otros de permanecer unidos en lo sucesivo y no discutir nunca más. Todo iría bien.

Pero no fue así.

En ese punto del relato, Melika se había echado a llorar.

Un mes después de aquel incidente, Said y Hamid desaparecieron sin dejar rastro.

Shibeka había sido la primera en preocuparse al ver que su marido no volvía a casa.

Enseguida se había puesto a llamar a todo el mundo. Hamid no era el tipo de persona que

simplemente desaparece. Habían buscado por todas partes y habían llamado a todos los amigos que recordaban. Pero los dos hombres se habían esfumado.

Nadie sabía nada.

Rafi supuso que Joseph estaba implicado en esas desapariciones. Se armó de valor y

fue a buscarlo. Pero le dijeron que Joseph estaba en Egipto, por lo que era imposible hablar con él.

Unas semanas después, Joseph volvió a la tienda. Se encaró con ellos y

les reclamó el

dinero que le debían, ahora que ya no podían esconderse detrás de Said.

Entonces Rafi convenció a su hermano y vendieron el negocio. Con el dinero de la venta, saldaron sus deudas con Joseph y con todos los demás, y le dieron a Melika la parte de Said. Aunque nunca pudieron demostrar nada, seguían sin descartar la idea de que Joseph había estado implicado en la desaparición de Said. No lo sabían con certeza. Sólo lo suponían. Rafi, más que nadie, se sentía tremendamente culpable. Había sido él quien

había pedido el préstamo y quien había robado el dinero para pagarlo. Quizá todo habría

sido muy distinto de no haber hecho él nada de eso. El sentimiento de culpa había estado a punto de matarlo. No había querido ver a Melika nunca más. Se había mudado a Malmö y,

poco después, su hermano se había marchado con él. Melika no había vuelto a verlos desde entonces.

Mehran no podía entender por qué no lo habían denunciado. Se lo preguntó a Melika.

¿Cómo habían podido simplemente marcharse, sin hacer nada, sin tratar de averiguar la verdad? Tenían que haberlo hecho por ella. Said era su marido. El padre de su hijo. Y

Hamid era el padre de Mehran.

No era fácil reconocerlo, pero la explicación era muy simple.

Sencillamente, no se habían atrevido. No sabían nada con seguridad. Callaron al principio, y después lo más fácil fue seguir callando.

Así había sido la vida de Melika desde la desaparición de Said. Primero temía que las

sospechas de sus primos fueran ciertas y le tenía miedo a Joseph. Después había vivido con el temor de que Shibeka y los demás lo averiguaran.

Miedo. No había sentido otra cosa en todos esos años.

Mehran creyó al principio que la odiaría, pero no pudo odiarla. Su

madre y él habían

vivido en la incertidumbre, pero al menos no habían tenido miedo. En realidad, sentía pena por Melika.

Pero la obligó a revelarle la dirección. Él no tenía miedo. Además, necesitaba saber la

verdad, por su madre. A Shibeka, sin embargo, no le dijo nada, porque ella jamás le habría permitido que se encontrara con Joseph. No habría hecho más que preocuparse. Por eso había fingido que iba al colegio, como siempre.

Ya estaba en Härjedalsgatan, una calle como cualquier otra. Los edificios de ladrillos

rojos eran más bajos que los de Rinkeby. De tres pisos, según pudo observar. Más viejos

que los de su barrio, pero mejor conservados. Una gran superficie de césped se extendía

como una alfombra delante de la construcción en forma de L. El número 44 se encontraba

en el brazo largo de la L. Mehran miró a su alrededor y bajó la vista para consultar una vez

más el papel que le había dado Melika. Sí, era el número 44. Una pareja mayor venía caminando por la otra acera, un poco más lejos. Aparte de eso, la calle estaba desierta. Se preparó para actuar.

Solamente necesitaba saber si Joseph estaba en casa. Eso era todo. No iba a hacer nada. Le diría que era hijo de Hamid y esperaría a ver su reacción. Eso si aún seguía viviendo allí… Porque la dirección era antigua.

Empezó a avanzar lentamente hacia el portal. No era tan fácil como había pensado.

Cuanto más se acercaba, más le pesaban las piernas. Al final, tuvo que obligarse a seguir andando. Tenía calor y sentía que el sudor le corría por la espalda, aunque hacía frío. Pero ahora que había llegado hasta ahí, tenía que subir. Se prometió que sería prudente. Que se comportaría como un adulto. Era hijo de Hamid. Mucho tiempo atrás, su padre había entrado por esa misma puerta y se había enfrentado a

Joseph. Ahora le había llegado el turno a él.

No era preciso marcar ningún código para abrir la puerta, de modo que la empujó y sin

hacer ruido entró en el oscuro vestíbulo. Sin preocuparse por encender la luz, fue a consultar los nombres de los vecinos que figuraban en una lista junto a la puerta. Entre ellos encontró a un tal «M. Al-Baasim». Era el único nombre que se parecía al que Melika recordaba a medias, de modo que con cautela subió la escalera, hasta el primer piso, y se detuvo delante de la puerta. Imaginó que tenía a Hamid delante. Intentó ver a su padre de pie en el rellano, con Said, e imaginar cómo llamaba al timbre y obligaba al hombre del

apartamento a devolverle el dinero que había robado Rafi. Se preguntó cómo se habría desarrollado la escena. ¿Habría sido su padre el más fuerte? ¿O simplemente habría acudido como acompañante, para apoyar a Said? Mehran se decantó por lo primero. Su padre tenía que haber sido el más valiente.

Lo mismo que él. Ahora Mehran estaba siguiendo sus huellas.

Un hombre de aspecto recio, sin afeitar, le abrió la puerta.

—¿Qué quieres? —le dijo.

Mehran no reconoció la voz. No estaba seguro de casi nada en lo referente a Joseph,

pero habría reconocido en cualquier parte su voz áspera y nasal. De eso estaba convencido. El hombre que tenía delante no podía ser Joseph.

—Busco a Joseph —manifestó, intentando expresarse con tanta contundencia como

pudo.

El hombre lo miró de una manera que Mehran no supo interpretar.

—¿Joseph? Ya no vive aquí. Hace mucho que se mudó. ¿Quién pregunta por él?

—Me llamo Mehran. Mehran Khan. Soy hijo de Hamid.

—No conozco a ningún Hamid.

—Pero Joseph sí. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

El hombre soltó una carcajada, dejando al descubierto una hilera de dientes amarillos y

desiguales.

—No, pero si lo ves, puedes saludarlo de mi parte y recordarle que me debe dinero.

Cuando vine a vivir a este apartamento había dejado facturas de varios meses de agua y de luz sin pagar.

Antes de que Mehran tuviera tiempo de contestar, el hombre ya le había cerrado la puerta en la cara. Se quedó sin saber qué hacer.

Dentro del apartamento, el hombre de los dientes amarillos permaneció inmóvil, espiando por la mirilla. Se quedó mirando la espalda del muchacho y lo vio bajar la escalera.

Desde el cuarto de estar, se oyó una voz en árabe. Una voz áspera y nasal.

—¿Quién era?

—Un problema, creo —respondió el hombre.

Vanja salió del ascensor en la planta baja, se dirigió hacia la izquierda por el pasillo, giró a la derecha y entró en el comedor del personal, pasando entre las grandes puertas de vidrio abiertas. A la derecha había una sección de autoservicio: cuatro grandes vitrinas con diferentes opciones de menú. Carne, pescado, platos vegetarianos y ensaladas. Delante de las cajas se habían formado dos largas colas, que pasaban delante de un mostrador, donde se podían escoger las bebidas, el pan y los condimentos. En la sala había alrededor de cuarenta mesas, con manteles blancos de hule y pequeños tiestos con ramitas de arándano.

En las mesas más grandes había espacio para dieciséis comensales y en las más pequeñas,

para cuatro. Había mucha gente, colas en las cajas, bullicio de conversaciones y ruido de platos y cubiertos.

Vanja se quedó de una pieza cuando vio quién acababa de pagar en una de las cajas y

avanzaba entre las mesas con su bandeja. Håkan Persson Riddarstolpe. Lo siguió con la mirada, sin decidirse a abordarlo para preguntarle qué había pasado y cuál había sido su error. En algún momento tendría que averiguarlo. Jamás sería capaz de superar su decepción, ni de dar por cerrado el asunto si no conocía la respuesta. Sin embargo, no sabía si el lugar y la ocasión eran los más adecuados. Finalmente se dijo «¿por qué no?» y se dispuso a ir tras él.

Pero entonces vio a Sebastian, sentado a una mesa junto a la ventana. Håkan Persson

Riddarstolpe iba caminando en su dirección. Sebastian levantó la cabeza y vio a su colega.

Vanja empezó a moverse más lentamente, porque quería ver si Sebastian hacía o decía algo. Le habría parecido perfecto que le gritara y lo llamara inútil e incompetente delante de toda la gente que atestaba el comedor. Håkan Persson Riddarstolpe estaba cada vez más cerca. Sebastian lo estaba mirando. Pronto pasaría delante de su mesa. Si Sebastian pensaba hacer algo, tenía que hacerlo en ese instante. Y lo hizo, pero no fue ni remotamente lo que Vanja esperaba.

Cerró los ojos un segundo e hizo un breve gesto de afirmación.

Vanja no se lo podía creer.

Había inclinado levemente la cabeza, pero no como un saludo, sino más bien como una confirmación, como la ratificación de un silencioso acuerdo.

Era una locura.

Se estaba volviendo loca.

Sebastian no le tenía ningún aprecio a Håkan Persson Riddarstolpe. Lo aborrecía.

¿Sería tal vez que no había querido montar una escena en público y por eso solamente le

había hecho una señal? ¿Había sido tal vez un saludo frío y reservado, combinado quizá

con una pizca de desprecio? ¿Lo habría interpretado mal? Sin embargo, Vanja sabía perfectamente lo que había visto. Había sido una afirmación satisfecha, con los ojos cerrados, un gesto de agradecimiento para alguien que había hecho lo que debía.

Pero era una locura.

¿Qué podía haber hecho Håkan Persson Riddarstolpe que Sebastian quisiera

agradecerle? Nada. Si la opinión que tenía de él podría haber sido peor, los últimos acontecimientos habrían tenido que empeorarla aún más. Lo normal habría sido que le hiciera el vacío. Que lo insultara. Que lo mirara con altiva arrogancia.

Cualquier cosa, menos agradecerle.

La idea apareció de repente, como surgida de la nada. A Vanja se le cortó el aliento.

Era imposible. No había absolutamente ninguna razón para pensarlo. Tenía que estar loca.

Pero lo sucedido en los últimos tiempos…

Nada bueno. Valdemar, Trolle, Ellinor, el FBI… Y en todos los casos, un denominador

común.

Sebastian Bergman.

Pero ¿por qué? ¿Qué razón podía haber? En ese momento… Ninguna. Era una locura,

pero la idea cobraba fuerza. La explicación de que Trolle le diera a Sebastian los documentos de la investigación no la había convencido al ciento por ciento, y ahora ese gesto conspiratorio… Vanja dio un paso atrás, salió del comedor y, después, torció a la izquierda y otra vez a la derecha. En el ascensor, marcó el sexto piso.

Abrió la puerta y miró a su alrededor. Toda la sexta planta parecía

desierta, puesto que era la hora de comer. Empezó a recorrer el pasillo. Los primeros despachos estaban vacíos.

Oyó que se abría la misma puerta por la que acababa de entrar y se volvió. Una mujer de

ojos castaños y pelo negro cortado a lo paje venía hacia ella, con una bolsa de plástico con el almuerzo en la mano.

—Hola. ¿Querías algo? —preguntó mientras entraba en la pequeña cocina, a un

costado de la puerta.

Vanja volvió sobre sus pasos y se detuvo delante de la cocina. La mujer de pelo oscuro

estaba delante de la encimera, sacando su almuerzo de la bolsa.

—Sí, tal vez… Me llamo Vanja y trabajo en la Unidad de Homicidios.

—Ah…

—Quizá te parezca un poco extraño, pero tengo un colega en el equipo que se llama

Sebastian…

—¿Bergman? —preguntó la mujer, y se volvió hacia ella con una sonrisa en los labios.

—Sí, ese mismo. ¿Lo conoces?

—Sí.

La breve respuesta, seguida de una sonrisa, le reveló a Vanja que la mujer debía de conocer a Sebastian en el sentido bíblico. Probablemente se había acostado con él. No pudo reprimir un suspiro.

—Estuvo aquí el jueves —añadió la mujer, al mismo tiempo que metía un plato en uno

de los dos hornos de microondas alineados sobre un estante.

Vanja sintió que se le paralizaba el corazón. Había acudido a esa oficina para confirmar que su idea sobre la implicación de Sebastian en todas sus desgracias era una completa locura. Estaba ahí para

descartar definitivamente esa sospecha.

—¿Vino aquí? —consiguió articular.

—Sí, para hablar con Håkan —contestó la mujer cuando marcaba un minuto y

cuarenta y cinco segundos en el temporizador del microondas y cerraba la puerta.

Caos. Ninguna otra palabra habría podido describir lo que sucedía en el interior de la

cabeza de Vanja. Sonó el teléfono. Miró la pantalla. Era Anna. No podía soportar nada más. Rechazó la llamada. La mujer de pelo oscuro se apoyó en la encimera y se la quedó

mirando, como si esperara que la conversación continuara de alguna manera, pero Vanja

seguía sumida en sus pensamientos. Ni siquiera sabía por dónde empezar a ordenarlos. Por alguna extraña razón, no dejaba de recordar la casa de Sebastian. La cena. La noche que

había dormido allí. La velada en que Sebastian se había ganado su confianza. Sin embargo, le había dicho que no quería acostarse con ella. ¿Qué se proponía entonces?

Volvió a sonar el teléfono. Anna otra vez.

—Estoy ocupada —le dijo Vanja secamente cuando contestó—. ¿Es importante?

Lo era.

Lennart había ido directamente al edificio de la televisión, para llevarse uno de los coches del Departamento de Producción. Le pareció buena idea presentarse al volante de un coche corporativo. Le serviría de tarjeta de presentación para el hombre con el que iba a hablar. No le había dicho a nadie de la redacción adónde iba. Prefería no hacerlo. Primero quería seguir esa pista y ver si conducía a alguna

parte. Después, si le parecía necesario, se lo contaría a Linda e incluso a Sture. En cambio, si no conseguía nada, no era preciso que se lo dijera a nadie. De ese modo, se evitaría la eventual humillación. Lo que más le preocupaba era que todavía tenía demasiado alcohol en el cuerpo. Hacían falta hasta doce horas para eliminarlo por completo del organismo y él había bebido su última cerveza a las tres y media o a las cuatro de la mañana. Todavía estaba en la zona de riesgo, por lo que tendría que conducir con cuidado. Ya lo había hecho otras veces.

Le llevó cierto tiempo salir de la ciudad. Por Vallhallavägen subían un montón de camiones procedentes del puerto; pero, al llegar a Essingeleden, el tráfico en dirección al sur volvió a ser fluido. Al cabo de un momento, le llamó Charles y le propuso cambiar el lugar del encuentro a un sitio en las afueras de Söderköping. Ya no estaba en su casa.

Había tenido que salir hacia el norte, por otro asunto. A Lennart le pareció perfecto, porque de ese modo tendría que conducir menos. Programó el GPS. Llegaría en apenas dos horas. La suerte estaba de su parte. Tenía una pista que seguir, no había atascos en la E-4 y en la radio estaban pasando un interesante reportaje sobre las secuelas de la catástrofe de Fukushima. Si había algo que siempre le había preocupado, era precisamente el problema de las centrales nucleares. En uno de sus mejores reportajes, que aún recordaba con orgullo y que había sido nominado para la Pala de Oro, había denunciado

las carencias del sistema de seguridad de la central de Forsmark. Era un reportaje magnífico. En otros tiempos había sabido encontrar historias de auténtico interés.

Una señal del GPS interrumpió el hilo de sus pensamientos. Tenía que tomar la siguiente salida. ¿Había llegado ya? Redujo la velocidad y se detuvo en el arcén. Miró el GPS detenidamente. La dirección que le había dado Charles estaba bastante más lejos de

la carretera principal de lo que había pensado en un principio. Prácticamente sobre la

costa, en Bråviken.

Arrancó otra vez y, a la siguiente salida, continuó por una carretera secundaria. Estaba de buen humor. El camino era estrecho y lleno de curvas, como a él le gustaba. El tipo de vía que exigía atención por parte del conductor. Era uno de los aspectos aburridos de vivir en Estocolmo. Allí no había ese tipo de carretera.

Estaba tan concentrado en la conducción que no reparó en el coche negro que salió por

un camino de grava y se situó detrás de él, a una distancia prudente.

Hospital Karolinska, servicio de urología.

Allí habían llevado a su marido. Por la mañana, la habían llamado desde la cárcel, para

comunicarle que Valdemar padecía unos dolores abdominales tan intensos que durante un

momento había perdido el conocimiento cuando había intentado levantarse de la litera. En urgencias lo habían derivado rápidamente al servicio de urología, y allí estaba Anna desde hacía una hora, después de entrar por la puerta principal del edificio A2. A Valdemar le estaban haciendo pruebas, por lo que ella se sentó a esperar y decidió llamar a su hija.

Vanja ya había llegado. Se abrazaron cuando se encontraron. Lo primero que pensó Anna al verla fue que parecía atormentada. Y cansada. Como si solamente una gran fuerza

de voluntad le permitiera tenerse en pie.

Vanja le preguntó si sabía algo.

Anna le contestó que no.

Se sentaron juntas en uno de los sofás azules de la sala de espera. Anna no sabía si debía preguntarle a su hija cuánto tiempo llevaba en Estocolmo, ni por qué no había dado señales de vida desde que se había enterado de que Valdemar estaba en la cárcel. Pero decidió callar, porque sabía que no conseguiría nada preguntando. No era ningún secreto

que Vanja y Valdemar tenían una relación especial, estaban mucho más unidos que Anna

con su hija. Era así y tenía que aceptarlo. Si le preguntaba ahora por

qué no había llamado, probablemente Vanja le diría que el teléfono funcionaba en las dos direcciones. Y tendría razón. Anna tampoco la había llamado.

—¿Lo sabías? —Oyó de pronto que le preguntaba Vanja.

—No —respondió Anna.

Fuera cual fuera el sentido de la pregunta de su hija, era cierto.

—¿Cómo es posible?

Anna se volvió hacia Vanja, que seguía mirando fijamente al frente.

—¿Te refieres a que estaba enfermo?

—No.

—Tienes más de treinta años. Tú también conocías la vida que llevábamos. ¿Lo sabías

tú?

—No.

Vanja se volvió hacia ella y la miró a los ojos. Había dolor en la mirada de Vanja, y

Anna se preguntó si la causa de ese dolor sería únicamente la difícil situación en que se encontraba su padre.

—Perdóname —dijo Vanja en voz baja, y apoyó una mano sobre la de Anna, que con

cierta sorpresa le dio un par de palmaditas de agradecimiento.

Un médico entró en la sala y se dirigió hacia ellas. Nada más verlo, las dos se pusieron de pie al mismo tiempo. El hombre las saludó, se presentó como Omid Shahab y las invitó

a pasar a su despacho. «No puede ser nada bueno», pensó Anna.

—¿Podrías ir tú? —preguntó—. Yo prefiero esperar aquí a Valdemar.

Vanja asintió y se fue con el médico. Anna los vio alejarse. Les parecería extraño que

hubiera decidido quedarse en la sala de espera, pero ya no tenía fuerzas para recibir ninguna mala noticia más acerca de su marido. Había tenido suficiente. No podía más.

Una vez en su despacho, Omid le indicó a Vanja que se sentara junto al escritorio. Él

se sentó en una silla de oficina y la hizo rodar para acercarse a ella. «Mala señal», pensó Vanja. Proximidad y actitud grave y sentida. Iba a decirle algo malo.

—Le hemos hecho una ecografía —indicó Omid, y enseguida hizo una pequeña pausa.

—¿Y qué han encontrado…? —tuvo tiempo de preguntar Vanja.

—Después le hicimos un TAC, para asegurarnos, pero todo parece indicar que

Valdemar padece cáncer de riñón.

«No, eso no. Otra vez no», pensó Vanja. Hacía muy poco tiempo que le habían dado el

alta. ¿No habían sufrido ya bastante?

—Hace poco salió de un cáncer de pulmón —le dijo al médico.

—Sí, ya lo hemos visto —precisó Omid, con un gesto de asentimiento —.

Probablemente se trata de una metástasis. Las células cancerosas viajan por la sangre y se enganchan a otros órganos.

—De acuerdo. ¿Qué va a pasar ahora?

—Tenemos que averiguar en qué fase se encuentra el cáncer —le explicó el médico, procurando que le entendiera bien todo lo que le decía—. Vamos a operarlo. Si tenemos

suerte, el cáncer no se habrá extendido más allá de los riñones.

Vanja no necesitó preguntar qué pasaría si no tenían suerte. La palabra clave era

«metástasis». Era posible que el cáncer se hubiera extendido a todo el organismo. En ese caso, no podría superar la enfermedad. Ni ella podría soportarlo. Pero había otra palabra que le preocupaba. «Riñones.» En plural.

—¿Están afectados los dos? —preguntó, aunque creía saber la respuesta.

El gesto afirmativo de Omid llegó antes que las palabras.

—Es lo que indican las pruebas. Por eso tenemos que encontrar un donante, antes de

operar.

—Yo seré la donante —dijo Vanja de inmediato.

—Entiendo que ése sea su primer impulso, pero se trata de una intervención muy seria,

tanto para el receptor como para el donante —aclaró Omid, negando con la cabeza—.

Tendrá que pensarlo detenidamente.

—No necesito pensar nada —lo interrumpió Vanja—. Voy a donarle un riñón.

Omid miró a la joven que tenía delante y comprendió que nada de lo que dijera la haría

cambiar de opinión. Ya lo había decidido.

—Pediré que le programen las pruebas necesarias —dijo el doctor al cabo de un momento.

LENNART STRIDH MUERE EN ACCIDENTE DE TRÁFICO.

El titular ocupaba toda la pantalla de su iPad. Era una noticia destacada. Uno de los periodistas de investigación más populares de Suecia se había salido de la carretera con su coche y se había

precipitado al mar. Desgraciadamente, se había ahogado tras quedar inconsciente al golpearse la cabeza contra el parabrisas. «El cinturón de seguridad habría podido salvarlo», rezaba el pie de la fotografía, en la que podía verse una grúa que extraía del agua un vehículo con el logo de la televisión sueca claramente visible a un costado. No era cierto. Desde el mismo instante en que Lennart había decidido llamar a Charles, ya nada ni nadie habría podido salvarlo.

Charles pasó a consultar la web del otro periódico vespertino. El mismo titular y la misma información, pero con un añadido: la policía no descartaba que el periodista se encontrara bajo los efectos del alcohol. Estupendo. Siguió leyendo las noticias de los medios digitales. En ninguno encontró la menor alusión a una sospecha de asesinato.

Una puerta cerrada. Si no del todo, al menos parcialmente. ¿Habría dicho Lennart en la

redacción adónde iba y a quién pensaba ver? Y, de no ser así, ¿se preguntarían sus compañeros qué estaba haciendo cerca de Bråviken? Charles recordó entonces el teléfono

móvil. Lennart Stridh lo había llamado. Si a alguien se le ocurría investigar sus últimos días, repasaría el registro de sus llamadas y entonces descubriría un nombre que ya figuraba en otra investigación.

Charles dejó la tableta en el asiento del acompañante, encendió el motor y puso rumbo

a Estocolmo. Había demasiados imponderables y puntos dudosos. Sentía como si tuviera

detrás una enorme presa en la que comenzaran a aparecer pequeñas grietas y fisuras. Las

tapaba lo mejor que podía, con el material que tenía a su alcance, pero todo parecía indicar que la presa acabaría cediendo y que lo que había detrás irrumpiría con una fuerza incontenible. Y era preciso que Charles estuviera muy lejos cuando eso sucediera.

Sonó el teléfono. Miró la pantalla. Un nombre que no veía desde hacía mucho tiempo.

Por un instante consideró la posibilidad de no contestar, pero necesitaba toda la

información que pudiera conseguir para mantenerse un paso por

delante de los demás.

—¿Qué quieres?

—Soy Joseph —le respondió una voz áspera y nasal, con pronunciado acento

extranjero.

—Ya lo sé —dijo Charles—. ¿Qué quieres?

—Un chico estuvo aquí. El hijo de Hamid.

Charles no respondió y Joseph interpretó su silencio como una señal de que no recordaba quién era Hamid.

—Uno de los tipos que entregamos a los norteamericanos —le explicó.

Charles volvió a recordarlos a los dos, atados y tirados en el suelo. En ese momento, ni siquiera sabía cómo se llamaban. Ya estaban allí cuando llegó. Su misión consistía únicamente en vigilar. Sólo tenía que ser la presencia sueca mientras los norteamericanos actuaban en Suecia, informar a sus superiores y tal vez aprender alguna cosa.

—¿Qué quería?

—Hablar conmigo.

Charles cerró los ojos. Una nueva grieta en la presa. Había que sellarla lo antes posible, antes de que siguiera resquebrajándose.

—Acuerda una entrevista con él, atrápalo y llámame cuando lo tengas.

Puso fin a la conversación antes de que el hombre de acento extranjero tuviera tiempo

de responderle. Aceleró y siguió camino hacia el norte.

Debía hacer dos cosas: conseguir otro coche y asegurarse de que no tendría que ocuparse de todo él solo.

Epic fail. Desastre total. Era como si todo estuviera a punto de

estallarle en la cara. Ya sabía que su pequeña infracción podía ser ilegal, pero nunca había sospechado que pudiera ser peligrosa.

Sin embargo, el peligro parecía mortal.

No había otra manera de interpretar el titular de la web del periódico *Aftonbladet*.

Había muerto un periodista: Lennart Stridh.

Decían que había sido un accidente, por supuesto, pero la palidez sepulcral de Anitha

le estaba diciendo lo contrario. Cuando le contó tartamudeando que ella misma, hacía menos de veinticuatro horas, le había revelado al periodista el nombre que él había encontrado en las copias de seguridad del sistema, lo había comprendido todo. No disponía de todos los elementos para hacerse una idea de conjunto. La situación era muy

complicada. Pero había demasiadas coincidencias y, por mucho que lo hubiera deseado, el

azar no era suficiente para explicarlas.

Todo encajaba.

Tuvo que apoyarse en la mesa de Anitha para no desplomarse. Tenía las manos manchadas de sangre. Un hombre había sido asesinado porque disponía de una

información que él mismo había ayudado a conseguir.

¡Pero solamente lo había hecho para que Anitha se fijara en él! Sus intenciones habían

sido buenas. Únicamente quería amor, alguien con quien compartir el día a día. Nada más.

Y había llegado a eso. Al delito informático y al asesinato.

Sabía que había cometido un acto reprobable. ¡Pero no era más que un nombre! ¡Sólo

eso!

Después se había aprovechado de lo que sabía. Ése había sido su peor

error. Había sido

un imbécil y una mala persona. El chantaje no sirve para conseguir amor. Las cosas no funcionan así. Pero había actuado con la esperanza de que Anitha llegara a apreciarlo si

tenía oportunidad de convivir un tiempo con él. De que se encariñara con él si llegaba a conocer sus mejores facetas. Si lograba gustarle solamente un poco, tendría suficiente.

Había pensado obligarla a estar con él durante dos semanas, o como máximo durante

un mes. Si para entonces no había logrado convencerla, renunciaría a su propósito.

Pero ahora estaba recibiendo su castigo, y aunque le parecía totalmente

desproporcionado, no podía interpretarlo de otra forma.

El que la hace la paga.

Con intereses.

Tenía que enmendar su error, aunque ella no volviera a dirigirle nunca más la palabra.

Anitha le había dicho que si alguien se enteraba de lo que habían hecho, sería una catástrofe para los dos. Probablemente tenía toda la razón. Pero Morgan no podía callar.

Los errores no se esfuman solamente porque uno les eche tierra encima y los olvide, sobre todo cuando ha habido una víctima mortal. En alguna parte hay que poner el límite. Si de verdad era una buena persona, tenía que demostrarlo cuanto antes.

Decir la verdad.

Pero ¿a quién?

No tenía ni la menor idea. Por un lado, era evidente que la información de que disponía era peligrosa, y por otro, existía el riesgo de que nadie le creyera. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

Tenía que hablar con alguien que lo conociera, alguien que supiera que no era el tipo

de persona que exagera o se inventa cosas. Además, debía ser alguien capaz de transmitir lo que él le contara, pero sin necesidad de mezclar su nombre en el asunto. Por lo tanto, tenía que ser un policía.

Aunque hacía muchos años que trabajaba en el edificio de Kungsholmen, no conocía a

muchos policías. Sus compañeros de trabajo eran en su mayoría civiles contratados por el cuerpo policial y ninguno de ellos habría podido ayudarlo. El único que quizá pudiera echarle una mano era un tipo de la Unidad de Homicidios, que compartía su afición por la informática.

A veces charlaba un poco con él, por lo general sobre discos duros o redes. Le caía bien. Parecía un tipo competente. Además, los policías de su equipo seguramente serían capaces de mantener en secreto el nombre de un confidente. Quizá fuera buena idea preguntarle a él cómo actuar. Billy Rosén tenía que saberlo.

O al menos eso esperaba Morgan.

A Anitha no le diría nada de sus planes. Habría sido una tontería. Se daba cuenta de

que su decisión ponía fin a su relación, o a lo que fuera que había entre ellos desde que había empezado a chantajearla, pero tenía que aceptarlo. Lo importante era salvarse a sí

mismo.

La Unidad de Homicidios estaba en la tercera planta.

Volvió a sentir el mismo regusto que antes en la boca. Pero ya no era el sabor del amor, sino del miedo.

Pidió para hablar con Billy en privado.

Sentada en el asiento trasero de un coche que acababa de girar a la izquierda tras salir del garaje subterráneo de la policía en Kungsholmen, Jennifer no salía de su asombro por la

rapidez con que a veces se precipitan las cosas.

Media hora antes, Billy había recibido la visita de un hombre gordo con barba, vestido

con una cazadora beige que le sentaba como un tiro. Lo había hecho pasar y se lo había

presentado a Jennifer como Morgan Hansson, un compañero de la sección de informática.

Pero el hombre prácticamente no la había saludado y había insistido en hablar con Billy a solas.

Cinco minutos después, Billy salía corriendo en dirección al despacho de Torkel y al

poco tiempo todos estaban congregados en la sala de reuniones. Todos, menos Vanja.

Nadie sabía dónde estaba, ni tampoco contestaba al móvil, pero solamente Sebastian pareció preocuparse por su ausencia. Los demás seguían con atención la explicación de Billy, que delante de la pizarra les estaba contando que Morgan había buscado en las copias de seguridad del sistema informático, por hacerle un favor a una colega, y había encontrado un nombre que previamente había sido eliminado de un archivo. Morgan le había pasado la información a su colega, que a su vez se la había transmitido a Lennart Stridh, de «Investigación criminal».

—Sabéis que ha muerto, ¿no? —intervino Jennifer, sin saber muy bien si el dato era

relevante, ni si sus compañeros estaban al tanto de las últimas noticias —. Murió en accidente de tráfico, hace apenas unas horas.

Los demás asintieron. Ya lo sabían. Billy continuó.

—El informe se refería a la desaparición de dos hombres tras una denegación de asilo.

Hamid Khan y Said Balkhi. La policía de Solna recibió la orden de dejar de investigar y la SÄPO pasó a ocuparse del caso. El responsable: Adam Cederkvist.

Se hizo un silencio en la sala. Lo que acababa de decir Billy era tan increíble que Ursula se vio obligada a preguntar:

—¿Te refieres a *nuestro* Adam Cederkvist?

Billy asintió.

—Pero ¿cómo encaja esto con la familia que murió en las montañas de Jämtland? —

preguntó Jennifer.

—No lo sé, pero Lennart Stridh averiguó el nombre ayer y hoy está muerto.

—¿Por qué estaba interesada la gente de «Investigación criminal»? —inquirió Torkel.

—Morgan no lo sabía.

—¿A qué colega estaba ayudando?

Alrededor de cinco minutos después, Anitha Lund estaba sentada ante ellos y les aseguraba en tono indignado que conocía sus derechos y que no pensaba decirles nada. Un

minuto más tarde, tras una tranquila conversación con Torkel, había cambiado de opinión.

Solamente sabía que la mujer de Hamid Khan, de nombre Shibeka, se había puesto en

contacto con Lennart. Anitha se había interesado en el caso al ver que el nombre de la persona de contacto en la SÄPO había sido eliminado del documento original.

—¿Cuándo fue eliminado ese nombre?

Anitha les dijo la fecha: apenas unos días después del hallazgo de los cadáveres en la

montaña.

Dos minutos más tarde, tenían el papel que Lennart le había dado a Anitha y la dirección de Shibeka Khan. Y ahora Billy estaba saliendo de la rotonda, al final de Rålambshovsleden.

Llegarían a Rinkeby al cabo de menos de quince minutos.

Mehran se había bajado en Fridhemsplan para cambiar a otra línea. Pero como no tenía ganas de volver a su casa, salió a la calle y entró en el centro comercial de Västermalm, justo al lado de la estación del metro. Una vez dentro, se puso a caminar sin rumbo, mirando los escaparates. Sabía que en realidad habría sido mejor volver directamente a su casa y contárselo todo a Shibeka, pero antes quería investigar un poco más. Su madre necesitaba saber la verdad, para dejar de moverse en círculos, constantemente obsesionada por la desaparición de su marido.

Necesitaba llegar a una conclusión. Un punto final.

Él también lo necesitaba. Salió del centro comercial por Fleminggatan y se quedó quieto, en medio del torrente de estresados transeúntes. Levantó la vista hacia el edificio amarillo que destacaba en lo alto de la cuesta, un poco más lejos. Bajo sus pies discurrían las galerías del metro, donde estaba la tienda que había sido de Said. Ojalá hubiera visitado antes el comercio, porque entonces habría podido averiguarlo todo mucho antes.

Pero sabía por qué no lo había hecho. Había varios lugares que solía frecuentar con su padre que durante todos esos años había eludido y había preferido no volver a visitar. Uno de ellos era esa tienda. Otro, el campo de fútbol a medio camino de Tensta donde Hamid

le había enseñado a montar en bicicleta. O el parque infantil delante del edificio de Melika.

Siempre había pensado que esos lugares le recordarían demasiado a su padre. No quería sentir el dolor de su ausencia. Lo mejor era enterrar la pena y olvidarla. O al menos eso había creído, porque en realidad no era así. Necesitaba los lugares y los recuerdos. No le hacían daño y en cambio podían revelarle algunas cosas.

Porque había comprobado que algunos de sus recuerdos no coincidían con la realidad.

Unas personas que consideraba amigas en realidad discutían todo el tiempo. La tienda donde le daban golosinas había sido el comienzo de todos los problemas. Melika no estaba siempre enfadada, sino que tenía miedo.

Pero había algo que seguía igual que antes.

Echaba de menos a su padre. Antes, cuando era un niño, y también ahora, que ya era mayor. Eso no iba a cambiar.

La vida era muy extraña. Toda la gente que conocía quería sacarle el máximo partido:

conseguir riqueza, éxitos y el respeto de los demás. Él también. No era diferente. Pero lo que realmente necesitaban todos era un poco de coherencia. Cosas que se pudieran entender. Recuerdos que no cambiaran. Amigos en los que poder confiar. Padres que no desaparecieran. Parecía sencillo, pero cada vez veía con más claridad que no era fácil conseguirlo.

El sonido del teléfono interrumpió sus pensamientos.

No conocía el número que apareció en la pantalla.

Pero enseguida reconoció la voz de la persona que lo llamaba.

—¿Mehran? —preguntó la voz áspera y nasal.

Tardó un segundo en contestar. Dos segundos. Quizá tres.

—Sí.

El hombre, en cambio, no esperó. Su voz chirrió enseguida en el oído de Mehran, ansiosa por obtener respuesta.

—Soy Joseph. Me han dicho que me estabas buscando.

Mehran no dijo nada. Se quedó en silencio, mirando los coches que pasaban. La voz

hablaba con tanta confianza que se vio obligado a mirar a su alrededor, por si Joseph estaba oculto en alguna parte, espiándolo. No lo vio, pero eso no significaba nada.

—Hace mucho que no sé nada de ti, Mehran. ¿Cómo te van las cosas?

—¿Cómo conseguiste mi teléfono?

—Fue fácil. Conozco a mucha gente que puede ayudarme a conseguir lo que quiero.

Era una amenaza, que ni siquiera se tomó el trabajo de disimular.

Quería advertirle a

Mehran que podía encontrarlo cuando quisiera. El muchacho se preparó para resistir. No

pensaba dejarse acorralar por el miedo.

—Quiero verte —dijo Mehran, con tanta calma como pudo.

—¿Por qué?

—Porque sí. Tengo que hablar contigo. Y creo que a ti también te conviene hablar conmigo.

La voz al otro lado de la línea guardó silencio un momento.

—Entonces ven a verme —indicó por fin.

—De acuerdo —respondió Mehran—. Dime dónde estás.

Sebastian iba detrás de Jennifer y Billy por la escalera del edificio de Stavbygränd. Era casi simbólico. La juventud ávida y entusiasta iba delante, y el raciocinio la seguía. En realidad, no tenía nada que hacer ahí. Pero era mejor acompañarlos que quedarse en el edificio de la policía, preocupándose por Vanja. Además, el caso había dado un giro interesante. Si Adam Cederkvist era el responsable de la investigación sobre los dos afganos desaparecidos, y eso había determinado de alguna manera que su familia y él acabaran enterrados en una fosa común en las montañas, entonces el caso tenía una misteriosa vertiente de conspiración y era además completamente único. Por otra parte, el hermano de Adam había intentado ocultar la identidad del cadáver a la policía, de lo que se deducía que estaba implicado. Incluso era probable que se tratara de un fratricidio, algo tremendamente interesante, de ser cierto. Sebastian esperaba poder interrogar a Charles para estudiar todas las inhibiciones, racionalizaciones y proyecciones que probablemente habría desarrollado.

Jennifer y Billy ya estaban delante de la puerta donde podía leerse el nombre de la familia Khan. Llamaron al timbre. Sebastian se situó detrás de ellos, para observarlos.

Parecía como si fueran demasiados los que se habían congregado en el estrecho pasillo. El niño que les abrió la puerta debió de pensar lo mismo, porque los miró asombrado. Era un chico delgado, de unos trece años, en camiseta y vaqueros.

—Hola, buscamos a Shibeka Khan —le dijo Billy con amabilidad.

—Somos policías —añadió Jennifer enseguida mientras le enseñaba la placa.

Parecía encantada de poder decirlo, pensó Sebastian, contemplándola. Era evidente que así se consideraba ella ante todo: como una oficial de policía. Supuso que por esa razón la habría elegido Torkel. La voluntad y el compromiso podían compensar la falta de experiencia.

—¿Ha pasado algo? —preguntó el chico de la puerta, inquieto.

—Tenemos que hablar con tu madre. ¿Está en casa? —dijo Sebastian, intentando no

hablar como en una película de policías. Después de todo, se estaban dirigiendo a un niño.

El chico hizo un gesto afirmativo y entró en el apartamento. Lo oyeron gritarle algo a

alguien en otro idioma. Jennifer se volvió hacia Billy.

—Si la familia es musulmana, es posible que la madre solamente acepte hablar conmigo.

Billy asintió, para mostrarle que estaba de acuerdo.

Al cabo de un momento, una mujer de unos treinta y cinco años salió a la puerta. Era

una hermosa mujer de facciones definidas y ojos negros de mirada inteligente, con el rostro elegantemente encuadrado por el pañuelo negro que le cubría el pelo. Sebastian se sorprendió esbozando una sonrisa al verla. Fue una sonrisa espontánea. Nunca se había acostado con una mujer que llevara la cabeza cubierta. Tenía que ser muy difícil; por otra parte, nunca lo había intentado.

—¿Shibeka Khan? —le preguntó Jennifer, que seguía concentrada en lo que realmente

importaba, según pudo observar Sebastian.

La mujer hizo un gesto afirmativo.

—Sí, soy yo.

—Somos policías. ¿Podemos pasar? —dijo Sebastian en tono amable, dando un paso

al frente y colocándose delante de Jennifer, que lo miró asombrada. Él, sin embargo, no le prestó atención.

—¿Le ha pasado algo a Mehran? —preguntó la mujer, mirándolos a los tres con una

expresión de preocupación.

—No. ¿Quién es Mehran? —cuestionó Sebastian.

—Mi hijo. El mayor.

—No, no le ha pasado nada. Hemos venido porque tenemos entendido que usted habló

hace poco con Lennart Stridh, de «Investigación criminal» —empezó Jennifer, pero Sebastian la interrumpió en un tono más comprensivo y personal.

—No sé si le parece correcto que la interrogue yo, dado que soy un hombre… —dijo,

acentuando considerablemente la palabra «hombre»—. Pero no nos llevará mucho tiempo.

—Está bien —aceptó Shibeka, apartándose de la puerta para dejarlos pasar.

Los tres pasaron al vestíbulo pulcramente ordenado. Desde la cocina les llegaba un agradable olor a azafrán y a algún otro condimento. Shibeka cogió a su hijo de la mano y los miró preocupada.

Para tranquilizarla, Sebastian le sonrió a ella y al niño.

—Un buen chico, por lo que veo.

Shibeka no dijo nada y, antes de que Sebastian tuviera tiempo de continuar, Jennifer volvió a actuar como la policía que era.

—Su marido, Hamid, desapareció hace nueve años. ¿Es correcto? —

indagó.

Shibeka asintió y respondió enseguida.

—Lennart es el único que me ha prestado atención. Ustedes nunca han hecho nada.

Sebastian notó que Jennifer se disponía a decir algo más, probablemente sobre Lennart, pero la interrumpió. No había ninguna razón para revelarle a Shibeka la muerte

del periodista antes de que ellos supieran si realmente había alguna conexión.

—¿Vino alguien a verla después de la desaparición de su marido?

Por la reacción de Shibeka, Sebastian notó que la mujer llevaba mucho tiempo esperando a que la policía le hiciera precisamente esa pregunta. Demasiado tiempo.

—Vino un hombre, cuando hacía más o menos una semana que Hamid había

desaparecido. Siempre he creído que era policía. Pero no volvió nunca más.

—¿Sabe cómo se llamaba?

—No, no me dijo ningún nombre.

Sebastian se volvió hacia Billy y le tendió una mano.

—¿Tienes la foto?

Billy buscó en su carpeta, sacó rápidamente una fotografía y se la dio a Sebastian, que

a su vez se la enseñó a Shibeka.

—¿Era éste el hombre? —le preguntó.

Shibeka se quedó mirando la imagen fijamente. Sebastian supo la respuesta antes de que ella la dijera en voz alta.

Había estado allí.

Adam Cederkvist la había visitado.

Todo estaba conectado.

Tras la breve conversación con Anitha Lund, Torkel llamó por teléfono a Britta Hanning,

de la SÄPO. No se conocían muy bien. Sus caminos se habían cruzado varias veces por

cuestiones de trabajo, pero los encuentros habían sido breves y muy distanciados en el tiempo. Tenían la misma edad y habían hecho carreras similares dentro de la policía, pero nada de eso tenía por qué facilitarle las cosas. Se trataba de la SÄPO y, tal como Torkel esperaba, no consiguió llegar a ninguna parte cuando le preguntó a Britta por un caso de desaparición tras una denegación de asilo que su departamento había investigado nueve años atrás. Sin embargo, todo cambió cuando le reveló que acababan de encontrar a uno

de sus subalternos, a quien todos creían desaparecido mientras navegaba alrededor del mundo, en una fosa común en las montañas de Jämtland.

—¿Qué seguridad tenéis de que se trate de Adam? —preguntó Britta.

—Estamos totalmente seguros —respondió Torkel con absoluta confianza, aunque

todavía no disponían de ninguna prueba técnica—. ¿No os extrañó que no regresara?

—Había pedido una excedencia para después de las vacaciones de otoño. Quería pasar

un año navegando con su familia alrededor del mundo.

—Alguien se ocupó de montar la apariencia de un falso viaje, pero en realidad murió

en la montaña, en octubre.

Britta guardó silencio un momento y después dijo que volvería a llamarlo enseguida.

Al cabo de diez minutos, lo llamó para decirle que fuera a verla.

Por eso se encontraba Torkel en aquella oficina, en uno de los pisos más altos del edificio, en el ala más cercana a Polhemsgatan. El despacho de Britta ocupaba toda una esquina y dominaba por un lado el parque de Kronoberg y, por el otro, los verdes tejados de Kungsholmsgatan. Torkel había rechazado el café que le habían ofrecido nada más llegar, pero, antes de empezar a hablar, estaban esperando a que la secretaria le trajera el suyo a Britta. Mientras tanto, era evidente que Britta no estaba interesada en la charla intrascendente, porque se disculpó, le dijo que necesitaba enviar unos mensajes y se volvió

hacia el ordenador. Torkel se puso a contemplar el parque por la ventana. El viento había empezado a soplar con fuerza esa mañana y había agitado tanto los árboles que las hojas

muertas formaban remolinos de siete pisos de altura. El sol aún calentaba, al menos si uno estaba protegido detrás de un cristal, pero pronto se convertiría una vez más en una exigua fuente de luz presente en el cielo unas pocas horas al día y volvería a reducirse a una brillante promesa de calor para un futuro lejano.

Llamaron a la puerta y entró la secretaria de Britta, con un capuchino servido en una taza verde de Höganäs, que dejó sobre el escritorio. Le sonrió a Torkel y cerró la puerta después de salir. En cuanto volvieron a estar solos, Britta dejó el ordenador y se volvió hacia Torkel.

—Dime.

Torkel empezó por la conversación con Hedvig Hedman, de Östersund, y acabó

exponiendo los acontecimientos de las últimas horas, que eran la causa de que buena parte de su equipo se encontrara en Rinkeby en ese momento. Lo único que no mencionó fue los

nombres de los policías que habían quebrantado el código de seguridad informático, pero

supuso que Britta los descubriría pronto, ya que sabía dónde buscar.

—¿Habéis hablado con Charles Cederkvist? —Fue su primera pregunta, cuando él

terminó de hablar.

—No hemos podido localizarlo.

Britta suspiró audiblemente, cogió su taza de capuchino, que para entonces estaba por

la mitad, y se volvió hacia la ventana. Torkel permaneció en silencio, para dejar que reflexionara. Para alguien ajeno a la organización quizá fuera evidente que los diferentes departamentos de la policía tenían que colaborar mutuamente. De hecho, lo hacían la mayor parte de las veces. Pero la SÄPO no era un departamento cualquiera. No era fácil

obtener acceso a su documentación y menos aún durante una visita improvisada y sin el

respaldo de las instancias más altas de la organización. Cuando Britta pareció haber meditado lo suficiente, se volvió hacia Torkel y apoyó la taza sobre la mesa.

—De acuerdo.

Empujó hacia él una carpeta que tenía sobre la mesa. Torkel se inclinó hacia delante y

se dispuso a cogerla, pero Britta se lo impidió, apoyando una mano encima. Torkel levantó la vista, con el ceño fruncido, y se encontró con la mirada firme de su colega.

—Esto se queda aquí —le advirtió, al mismo tiempo que levantaba la mano.

Torkel asintió y se recostó en la silla para leer los documentos de la carpeta.

Había previsto varios minutos de lectura intensiva mientras Britta se terminaba el café, pero en cuanto vio el contenido comprendió que sería mucho más rápido de lo que esperaba. Leyó por encima el breve texto, cerró la carpeta, la apoyó sobre las rodillas y

miró a Britta con una desconfianza difícil de disimular.

—¿Esto es todo?

—Sí.

—Pero aquí no hay nada.

No era ninguna exageración. Según el informe, Adam Cederkvist había

sido

informado de que Hamid y Said eran sospechosos de terrorismo, o al menos de mantener

contacto con terroristas, y de que por lo tanto era poco probable que hubieran desaparecido a causa de la amenaza de deportación, lo que en el caso de Said era particularmente cierto, ya que disponía de un permiso permanente de residencia. Se sospechaba que habían viajado al extranjero para recibir entrenamiento o para cometer algún tipo de atentando. Era, por lo tanto, un caso para la SÄPO. Pero por lo visto Adam Cederkvist no se había contentado con la teoría y había empezado a investigar. Había visitado a las esposas de los dos hombres y, tras hablar con ellas, se había convencido de que las desapariciones no habían sido voluntarias, sino más bien al contrario. Una última anotación al pie de la página era lo único que podía aportarle algo a Torkel.

Se inclinó hacia delante y apoyó el informe sobre el escritorio de Britta.

—Al final del texto menciona unos agentes norteamericanos…

—Sí, ya lo vi y lo comprobé antes de que vinieras. No hubo ninguna actividad extranjera en territorio nacional durante ese período.

—Ninguna actividad… oficial —completó Torkel.

—No hubo ninguna actividad extranjera en territorio sueco durante ese período —

repitió Britta, dando a entender por su tono de voz que la conversación no iba a durar mucho más si Torkel no respetaba las reglas.

Las de Britta, por supuesto. Torkel lo comprendió y cambió de enfoque.

—¿De dónde procedía la información de la supuesta relación de los afganos con redes

terroristas? —preguntó.

—No puedo responder a eso.

—No necesito un nombre concreto.

Britta le devolvió la mirada en silencio y Torkel suspiró para sus adentros. Sabía que

estaba en juego la seguridad nacional y todo eso, pero a veces el secretismo entre diferentes secciones de la policía resultaba un poco absurdo.

—Bueno, veamos cómo lo expreso —prosiguió Torkel—. ¿Puede suceder a veces que

la inteligencia militar y la policía de seguridad compartan la información que reciben?

—Puede suceder.

—¿Sucedió en este caso?

—No lo sé.

Torkel miró a la mujer sentada al otro lado de la mesa. Parecía sincera, pero eso no significaba nada. En cualquier caso, él no podía saberlo. Se recostó en la silla, sumido en sus pensamientos. Si partía del supuesto de que en efecto había sido así, entonces era posible que el MUST —la inteligencia militar— hubiera descubierto que se estaba preparando un ataque terrorista contra objetivos estadounidenses, quizá un ataque inminente. Hamid y Said aparecieron como implicados. Los capturaron y permitieron que

los norteamericanos… ¿les hicieran qué? Si hubieran sacado a los afganos del país, seguramente se habría sabido. Cuando en 2004 se había descubierto que en 2001 la CIA se

había llevado a unos egipcios de Suecia, el escándalo había sido mayúsculo. Si hubiera pasado lo mismo otra vez, dos años más tarde, con toda seguridad habría salido a la luz.

¿O tal vez habían aprendido la lección? Quizá habían sabido ocultarlo mejor. ¿Habrían venido a Suecia agentes norteamericanos para llevarse a Hamid y a Said del país?

Torkel miró a Britta. No habría sido sensato exponerle su teoría. Jamás contestaría a sus preguntas, aunque conociera las respuestas. Probó otra vía, como último intento.

—Si Adam pensaba que había agentes norteamericanos actuando en territorio sueco,

¿por qué no lo siguieron investigando?

—Yo también me lo pregunté cuando leí el informe.

A Torkel lo impresionó la repentina carga de sinceridad que distinguía en su voz.

—¿Tú tampoco lo sabes?

—No.

—¿Y qué piensas?

—Que alguien se ocupó de que esto no llegara más lejos.

Dijo esas últimas palabras señalando ostensiblemente con el dedo índice hacia el techo. Como se encontraban en la última planta, no podía referirse a ninguna persona en

concreto, ni tampoco a la intervención divina, ya que no parecía probable que Dios hubiera querido mezclarse en un asunto policial. Por lo tanto, su gesto sólo podía referirse a «las altas esferas».

Pero también significaba otra cosa.

Significaba que tenían un problema muy grande.

Torkel iba de regreso a las oficinas de la Unidad de Homicidios cuando se le ocurrió

salir a dar una vuelta para despejarse un poco. Las vistas desde el despacho de Britta le

habían parecido agradablemente otoñales, con todas las hojas formando remolinos.

Parecía uno de esos anuncios de la televisión, donde se veían personas felices vestidas con jerséis tricotados a mano, que corrían alegremente detrás de unos niños o unos perros, y después se reunían delante de la chimenea, para disfrutar juntos del producto que el anuncio pretendía vender. Durante un segundo, llegó a visualizar a esas personas felices con la cara de Ursula y la suya, pero no tardó en descartar la idea. Pensó que le sentaría bien un paseo para oxigenarse. Sin embargo, en cuanto salió por la puerta principal y sintió el embate del viento, comprendió que el tiempo que estaba haciendo era mucho más

agradable de contemplar por la ventana que de experimentar en carne propia. Aun así, agachó la cabeza, giró a la izquierda y se metió en la cafetería de la esquina, donde pidió un café para llevar. Después salió con el viento a la espalda, y se sentó en un banco del parque. Como estaba a la sombra y no había nada que lo protegiera del viento, empezó a

helarse, sin que el café caliente que tenía entre las manos le sirviera de nada. Pero había decidido sentarse un momento al aire libre y no iba a darse por vencido tan fácilmente.

Se concentró en el caso.

Había muchos interrogantes y los datos no acababan de encajar.

En el supuesto de que la inteligencia militar hubiera capturado a Hamid y a Said, ¿por

qué tenía que informar a la SÄPO? ¿Por qué no lo habían archivado como una desaparición tras una denegación de asilo y se habían contentado con eso?

Él mismo se contestó a la pregunta: porque una desaparición de ese tipo no cerraba el

caso. Los familiares siempre podrían convencer a alguien de que la desaparición no había sido voluntaria, y, si hacían suficiente ruido, la policía se vería obligada a reabrir la investigación. Se pondría a buscar, a interrogar… Alguien quería evitar a toda costa que eso pasara.

Pero tal como habían quedado las cosas, el caso estaba cerrado para la policía de Solna. Ningún periodista iba a sacarlo a relucir en *El crimen de la semana*, ni en *Se busca*, ni en ningún tabloide. La policía secreta le había impuesto un sello indestructible, que indirectamente apuntaba a la culpabilidad de los dos musulmanes. Para la mayoría de la gente, el hecho de que la SÄPO estuviera interesada en ellos indicaba que no eran trigo limpio.

Lennart Stridh, Anitha Lund y Morgan Hansson habían roto ese sello y ahora uno de

ellos estaba muerto.

Torkel se levantó, consideró una vez más la posibilidad de dar un paseo, pero al final

decidió que ya había tenido suficiente actividad al aire libre y emprendió el camino de regreso a la oficina mientras seguía dándole vueltas al caso.

Se puso a considerar una vez más la hipótesis de la alerta terrorista.

Charles Cederkvist recibe el aviso. Captura a Hamid y a Said. Contacta con la CIA y

los dos afganos desaparecen. Entonces le pide a su hermano que se ocupe de cerrar el caso.

Todo bien hasta ahí. Por primera vez, Torkel creyó ver la salida del laberinto por el que se movían sus pensamientos.

Muy bien, ¿y después?

Adam no hizo únicamente lo que le había pedido su hermano. Empezó a investigar.

Fue más allá. Relacionó las desapariciones con la presencia extraoficial de agentes norteamericanos en territorio sueco.

¿Fue por eso que murió?

Y de ser así, ¿quién podía estar detrás de su muerte?

¿Había matado Charles a su propio hermano porque estaba a punto de descubrir una verdad incómoda?

La salida del laberinto volvió a alejarse una vez más y, cuando Torkel con un suspiro

empujó la puerta del edificio, se dio cuenta de que por mucho que hubiera avanzado, aún

le faltaba un buen trecho.

Alexander Söderling abrió la puerta de la oficina y saludó a Hanna, que estaba sentada detrás del mostrador de la recepción.

—Tienes visita. —Fue la respuesta a su saludo.

Enseguida, Alexander hizo un rápido repaso mental de su agenda. Creía recordar que

la reunión de la que acababa de salir en Vasastan era la última del día.

—¿Quién es?

Hanna le señaló con la cabeza la elegante sala de espera, en cuya mesa baja Charles

Cederkvist acababa de apoyar el último número de la revista *Dagens Industri*. Éste se levantó con cierto esfuerzo del sofá de piel, de color rosa oscuro, con cojines irregulares blancos y amarillos, y con una sonrisa fue al encuentro de Alexander.

—Gracias —dijo Alexander mientras se dirigía hacia Charles.

Le estrechó la mano y se aseguró de exclamar delante de Hanna que había pasado mucho tiempo y que se alegraba de recibir su visita. Después, lo hizo pasar a su despacho.

—Tengo que marcharme por mucho tiempo, muy lejos de aquí —dijo Charles, en

cuanto Alexander cerró la puerta.

—No sé cómo puedo ayudarte en eso.

Charles le lanzó una mirada que expresaba claramente su convicción de que no era necesario explicárselo. Entonces Alexander extendió los brazos, como para indicarle que

el lugar físico donde se encontraban debía ser suficiente para que comprendiera la inutilidad de su demanda.

—Ahora me dedico a esto —dijo—. No tengo ninguna posibilidad de ayudarte.

Pero había comprensión en los ojos de Charles.

—Habría sido difícil aunque siguiera en los servicios de inteligencia. Ahora es imposible.

—Nada es imposible —respondió Charles, acercándose a la ventana para contemplar el exterior.

Los transeúntes se inclinaban para avanzar contra el viento que

azotaba

Drottninggatan.

—Tienes contactos y dinero —prosiguió—. O, en cualquier caso, contactos con

dinero. Úsalos.

Alexander fue a sentarse en su confortable silla de oficina. Era una visita indeseable que le recordaba acontecimientos pasados que habría preferido olvidar, pero no había ninguna razón para que fuera algo más que eso.

—No hay por qué precipitarse —dijo con calma—. Han hallado los cadáveres y están

investigando el coche incendiado, pero…

Charles lo interrumpió con una breve carcajada desprovista de toda alegría. Se volvió

hacia el hombre sentado detrás del escritorio. Diez años mayor y quince kilos más gordo.

Alexander realmente estaba desmejorado. Los buenos años al frente de una empresa de relaciones públicas le habían limado las aristas y habían convertido una pantera siempre al acecho en un perezoso gato doméstico. Antes, cuando aún no habían pasado tantos años,

Alexander Söderling consideraba imposible tener demasiada información. Ahora ni

siquiera estaba al corriente de lo más elemental. Era preciso ponerlo al día.

—Me ha llamado Joseph. El hijo de Hamid se ha puesto en contacto con él —

comunicó Charles, en voz baja pero llena de intensidad—. La policía me busca. Han identificado a Adam. Los periodistas de «Investigación criminal» han empezado a husmear. Y, como ya sabes, es sólo cuestión de tiempo que la CIA averigüe que Patricia

Wellton fue asesinada, si es que no lo saben ya.

Charles se apartó de la ventana y fue hacia su interlocutor, para

asegurarse de que había asimilado el mensaje. Alexander casi pudo sentir que estaba palideciendo. La situación era mala. Malísima. En todos los aspectos. Pero lo peor de todo era

«Investigación criminal». Lennart Stridh había sido hallado muerto en el interior de un vehículo que se había precipitado al mar en Bråviken. ¡Dios santo! ¿Adónde pretendía arrastrarlo Charles?

—Veré qué puedo hacer —dijo, notando para su satisfacción que aún no le temblaba la

voz.

—No, no vas a ver qué puedes hacer. Vas a hacerlo —replicó Charles, dando los últimos pasos que lo separaban de la mesa—. He sacrificado demasiado y no pienso acabar entre rejas solamente porque tú tengas pereza o miedo de ayudar a los amigos. —

Se inclinó hacia delante y cogió un bolígrafo del escritorio de Alexander—. He cambiado

de teléfono —añadió mientras escribía las nueve cifras en la primera hoja de un bloc, junto al brazo izquierdo de Alexander—. Tienes de plazo hasta esta noche.

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Alexander, aunque en el fondo estaba

convencido de que lo mejor era saber lo menos posible.

—Voy a ocuparme de Joseph y del chico.

—¿También te ocupaste de Lennart Stridh? —interpeló Alexander casi a su pesar, ya

que estaba seguro de no querer saber la respuesta.

—Cuida de tus asuntos y yo cuidaré de los míos.

Después de decir eso, se marchó. La puerta se cerró tras él con un chasquido amortiguado. Alexander se quedó inmóvil, exhalando lentamente el aire. Una legión de pensamientos se le arremolinaba en la cabeza. Lo más importante de todo era decidir cómo manejar la situación. Era evidente que Charles estaba desesperado y, por lo tanto, resultaba imprevisible y peligroso. Alexander lo conocía. Si había

decidido huir significaba que se sentía presionado por tantos flancos que todas las otras salidas le parecían imposibles. Y si Charles se había dado por vencido, ¿cómo iba a salvarse Alexander? No tenía ninguna posibilidad, a menos que pidiera ayuda.

Cogió el móvil y recorrió los nombres de la agenda hasta encontrar el número que buscaba. Llamó y le respondió una voz femenina.

—Me dijiste que llamara solamente cuando tuviéramos problemas —precisó

Alexander, omitiendo la presentación y los saludos. Supuso que ella lo reconocería. Hizo una breve pausa—. Tenemos problemas —añadió.

Veronica Ström colgó el teléfono e hizo una profunda inspiración para mantener la calma.

Sí, en efecto, tenían problemas.

En el peor momento posible.

Se volvió hacia la mujer sentada al otro extremo de la mesa de reuniones de madera

clara. El hombre a su lado acababa de bajar la cámara. Le había tomado varias fotografías mientras hablaba por teléfono. Por un momento, Veronica pensó que quizá habían oído parte de la conversación, pero se tranquilizó diciéndose que no había hecho más que contestar con monosílabos y que al final simplemente había prometido ocuparse del asunto.

La mujer se llamaba Maria Stensson y era periodista. El nombre del fotógrafo se le había olvidado. Se había presentado al llegar, pero Veronica había olvidado su nombre en el instante mismo en que se lo había dicho.

—Les ruego que me perdonen, pero tengo que hacer una llamada —les dijo sonriendo, con su mejor expresión de disculpas.

—Por nosotros no se preocupe —aseguró la periodista, sonriéndole a su vez.

Veronica notó que el fotógrafo estaba a punto de protestar. Quería hacerle más fotos en

el despacho y quizá también alguna fuera, en los muelles, detrás del Parlamento, antes de que oscureciera.

—Será solamente un momento —indicó Veronica, anticipándose a sus quejas.

Abrió la puerta, salió de la pequeña sala de reuniones y se internó en el pasillo a lo largo del cual se alineaba la mayor parte de las oficinas de los diputados del grupo parlamentario socialdemócrata.

Tal como le había prometido a Alexander Söderling, iba a ocuparse del asunto. Marcó

el prefijo de Estados Unidos y, a continuación, un número que se sabía de memoria. Al segundo tono de llamada, le respondió un hombre con un «Yes» en tono interrogativo.

Veronica se presentó y explicó brevemente el motivo de su llamada. Sentía mucho molestar, pero habían surgido problemas.

Con un fuerte acento de los estados del sur, su interlocutor le preguntó en qué podía

ayudarla.

Veronica le explicó los últimos acontecimientos.

Mehran nunca había llegado tan al sur. Una vez había estado en Flemingsberg con Levan y

otro amigo. Ahora acababa de dejar atrás esa estación en el tren de cercanías y se dirigía hacia Tullinge. Tenía que bajarse en la penúltima estación, que se llamaba Södertalje Hamn.

Allí lo estaría esperando Joseph.

Mehran tenía que llamarlo cuando entrara en Östertälje. Le costaba quedarse quieto y

a cada momento se levantaba para ir a mirar el diagrama azul y blanco de la línea, donde se veían todas las estaciones. De ese modo se

tranquilizaba. Faltaban siete estaciones.

Seis. Cinco. Entre cada parada y la siguiente, se levantaba y consultaba el mapa de la línea, como si el número de estaciones pudiera haber cambiado mientras él estaba sentado.

Sentía caliente el tacto del metal en el bolsillo, aunque lo normal habría sido que estuviera frío. Levan le había conseguido el arma. Era una pistola de las que se usan para dar la salida en los eventos deportivos. Parecía casi ridícula, con su cañón corto y su color de cobre rojizo. Pero el amigo de Levan le había dicho que estaba arreglada y le había prometido que funcionaría bien. Solamente tenía que apuntar y disparar. Seis veces. Le habría gustado tener algo mejor, pero Levan, que siempre estaba presumiendo de la gente

que conocía, no había podido conseguirle nada más. Con tan poco tiempo había sido imposible, le había dicho. En todo caso, Mehran no tenía idea de cómo procurarse un arma y se alegraba de que su amigo le hubiera conseguido una, aunque no fuera muy buena.

Había tenido que ir a buscarla al centro. Levan la había encargado en su nombre y se

había desplazado directamente hasta Sergels Torg en cuanto Mehran lo había llamado. El

tipo le dijo que costaba mil quinientas coronas, y Mehran había conseguido que aceptara a cambio el móvil nuevo de su madre, que llevaba en la mochila. Pero Levan había tenido

que prestarle doscientas coronas para los cartuchos. A Mehran le molestó tener que pagarlos por separado, pero Levan y el otro tipo le dijeron que así funcionaban las cosas.

Era como si la pistola fuera un coche y los cartuchos, la gasolina. Dos cosas distintas. O al menos eso le dijeron. Mehran se dio cuenta de que lo estaban timando, pero no tenía otra opción. No podía acudir desarmado a la cita con el hombre que probablemente estaba

detrás de la desaparición de su padre. Era inconcebible. Prefería que fuera Joseph el que se llevara una sorpresa, y no él.

Tocó la pistola con los dedos. La sentía caliente en el bolsillo, pero no le aportaba tanta confianza como esperaba. Miró a su alrededor en el vagón. Tenía la sensación de que los

otros pasajeros lo miraban. Puede que lo hicieran porque no dejaba de acercarse al diagrama de la línea entre estación y estación, pero no podía dejar de pensar que todos se daban cuenta de que iba armado. Que no tenía nada que hacer ahí. Que estaba a punto de

cometer un grave error.

De repente, le sonó el móvil. Se sobresaltó al oír la música y se puso a buscarlo con

movimientos nerviosos. No quería contestar, pero podía ser Joseph. Como no lo encontró

a la primera, se dijo que seguramente lo habría guardado en el mismo bolsillo que la pistola. Vaya idiotez. ¿Y si al intentar sacar el teléfono arrastraba también el arma? Podía caerse al suelo delante de él y entonces todos los que ya suponían que iba armado confirmarían sus sospechas. Se puso a mover febrilmente los dedos en el estrecho bolsillo, en busca del móvil. La pistola que hasta ese momento le había parecido tan pequeña de pronto se había vuelto enorme y no le dejaba mover la mano. Al cabo de un momento, se

dio cuenta de que el teléfono no estaba con el arma. El ruido del móvil ni siquiera procedía de los alrededores de la pistola. Al final, lo encontró en el bolsillo de la chaqueta, donde solía guardarlo. ¡Claro! ¿En qué otro sitio podía estar? Cuando por fin lo tuvo en la mano, dejó de sonar tan abruptamente como había comenzado.

Mehran hizo varias inspiraciones profundas, para calmarse, y esperó a recuperar la compostura antes de consultar la pantalla para ver quién lo había llamado.

No había sido Joseph, sino su madre.

En realidad, no quería hablar con ella. Ni siquiera quería pensar en su madre, porque

eso no habría hecho más que minar su determinación. Pero ella quería hablar con él.

Volvió a sonar el teléfono. No se daría por vencida hasta que contestara. La conocía y lo sabía.

Por su tono de voz, la notó alegre y entusiasta. No lo entendía. ¿Por qué iba a alegrarse?

—Mehran… ¿Dónde estás?

—Dando una vuelta.

—Escucha. La policía ha estado aquí. ¡Me creen!

Mehran no entendía nada. ¿Qué le estaba diciendo?

—¿Qué? ¿La policía?

—Estuvieron aquí. Tienes que volver a casa.

Había oído bien, pero no le parecía posible.

—Ahora no puedo volver, mamá.

—Tienes que venir, Mehran. ¿No lo entiendes? Vinieron tres. Esta vez lo van a investigar de verdad.

—Mamá, no puedo. He encontrado a Joseph. Ahora voy a verlo.

Notó que a su madre se le cortaba el aliento, como si hubiera recibido una bofetada en

plena cara.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Lo he encontrado. Voy a averiguar la verdad, mamá. Tengo que hacerlo.

—Vuelve a casa, Mehran —le suplicó ella—. Por favor, vuelve.

—Después. Cuando sepa la verdad, cuando haya averiguado lo que sucedió. Te lo prometo.

—¡Mehran…!

Oyó el grito de su madre y se apartó el teléfono del oído. Antes de colgar, notó que le

seguía suplicando.

Estaba cometiendo un error y lo sabía. Tenía que escuchar a su madre. Pero no tenía

otra opción, independientemente de lo que supiera la policía.

Shibeka llevaba nueve años esperando a que la escucharan.

Pero él llevaba nueve esperando a Joseph.

Y ese día los dos verían cumplidos sus deseos.

Eyer no entendía por qué gritaba su madre. La abrazó e intentó consolarla, pero ella casi no le prestó atención. Seguía apretando en la mano el auricular del teléfono mientras llamaba al mismo número, una y otra vez. Pero Mehran rechazaba su llamada a cada tentativa. Tras intentarlo un par de veces más, Shibeka se dejó caer al suelo. Eyer trató de abrazarla todavía con más fuerza. Lo único que sabía era que no debía soltarla. Nunca.

Al final, Shibeka pareció calmarse lo suficiente para mirar a su hijo. La mujer tenía los ojos anegados en lágrimas. Pero no estaba triste de la misma manera que otras veces. En

esta ocasión era diferente. Tenían una desesperación que Eyer no había visto nunca. Por eso comprendió que había ocurrido algo horrible y que sus abrazos no servían de nada.

—¿Qué ha pasado, mamá?

—Mehran…, Mehran…

Shibeka guardó silencio, estrechó con fuerza a su hijo contra el pecho y hundió la cara

en su pelo. No sabía si debía o si podía contarle algo más. ¿Cómo iba a explicarle lo que ni tan sólo ella misma comprendía del todo? ¿Cómo iba a hablarle del hombre que hasta poco tiempo atrás no había sido más que un fantasma? ¿Cómo iba a mencionarle al espectro de cuya existencia ella misma había dudado?

Joseph.

Mehran iba a encontrarse con él. Volvería a suceder lo mismo que la última vez que

había surgido el nombre de Joseph. Mehran desaparecería tal como había sucedido con su

padre. La persona que sólo existía como un nombre volvería a destrozar su familia.

Shibeka lo sabía. La culpa era suya. Por su empeño en no olvidarlo, lo había hecho regresar. Había mantenido al monstruo con vida. Lo había alimentado y ahora devoraría a

su primogénito. Abrazó a Eyer con fuerza y se preguntó si alguna vez se atrevería a soltarlo. Creía que no, pero necesitaba hacer algo. No podía darse por vencida.

De pronto, vio la tarjeta del mayor de los tres policías, que la había mirado de una manera muy molesta para ella. Se la había dejado sobre la mesilla del teléfono.

Aunque hasta ese momento la policía nunca la había ayudado, no tenía a nadie más a

quien recurrir. Tenía que conseguir que ese hombre la entendiera.

—Charles Mikael Cederkvist, nacido en 1966 en Hedemora. Vive en Oksarshamn con su

novia, Marianne Fransson, desde 2006. No tienen hijos. Su hermano Adam es dos años menor que él.

Billy estaba de pie en la sala, donde se habían reunido todos menos Vanja, que seguía

sin aparecer. Sebastian la había llamado varias veces, pero no había obtenido respuesta.

Empezaba a preocuparse de verdad. Se había marchado a la hora de comer y desde entonces no habían vuelto a saber nada de ella. Decidió que pasaría por su casa esa misma noche. Mientras tanto, intentaba concentrarse en el hombre cuyo rostro tapizaba una pared completa de la sala, gracias al proyector de Billy. Era el hombre que quizá había matado a su hermano.

—Cuando tenía trece años, su padre consiguió trabajo en Scania y toda la familia se

mudó a Södertälje —prosiguió Billy—. Charles hizo allí el servicio militar, ingresó en la academia de oficiales, siguió cursos de formación especializada y en 1998 fue reclutado por el MUST. No sabemos nada más.

Los demás se miraron los unos a los otros.

—Ya sabéis que los de la inteligencia militar nunca revelan nada. Ni siquiera han querido reconocer que Charles sea uno de los suyos. Si queremos más información, tendremos que pedirla por los canales oficiales, es decir, una solicitud formal, de una organización a otra.

Miró a Torkel, que asintió para demostrar que lo había comprendido.

Lamentablemente, seguir los canales oficiales significaba también recorrer el camino más largo y burocrático. Billy pasó a la siguiente imagen de su ordenador portátil y Jennifer tomó la palabra.

—El jefe del MUST en 2003 era el general de división Alexander Söderling —dijo Jennifer—. En 2008 se retiró de las Fuerzas Armadas y pasó a trabajar en el sector privado. Ahora es director ejecutivo de una agencia de relaciones públicas con sede en

Drottninggatan. Todavía no hemos hablado con él.

—No hace falta —suspiró Torkel—. Si el MUST ni siquiera ha reconocido que

Charles trabaja en sus filas, ese Söderling tampoco querrá decirnos nada.

En ese momento, sonó el móvil de Sebastian. Lo miró, con la esperanza de que fuera

Vanja. Pero era un número desconocido. Sin hacer caso de las miradas de irritación de los demás, se levantó y contestó. Diez segundos después, estaba fuera de la sala.

—Me puse en contacto con «Investigación criminal» —prosiguió Jennifer después de la interrupción—. El jefe de Lennart… —Miró un momento en sus anotaciones—, Sture

Liljedahl…, me dijo que, hasta donde él sabía, Lennart había renunciado a investigar la historia de Shibeka. No tenía la menor idea de lo que había ido a hacer a Bråviken, pero se ha ofrecido para mirar en su ordenador y llamarnos si encuentra algo.

Antes de que Jennifer pudiera continuar, Sebastian abrió la puerta y entró.

—Era Shibeka. Su hijo va a encontrarse con un tal Joseph.

—¿Quién es ese Joseph? —quiso saber Ursula, con justificada curiosidad.

—Shibeka no lo sabe —replicó Sebastian—, pero me ha dicho que solía frecuentar a

Hamid y a Said. Piensa que puede haber tenido algo que ver con la desaparición de su marido. En cualquier caso, su hijo lo cree firmemente.

—¿Dónde van a encontrarse? —preguntó Torkel, que empezaba a prestar más atención

y estaba dispuesto a salir de inmediato de la sala.

—No lo ha dicho.

—¿Podría ser Charles? —preguntó Jennifer.

Torkel asintió. Era posible e incluso verosímil.

—En ese caso, tenemos que encontrarlo cuanto antes. ¿Billy?

Billy ya se había puesto manos a la obra con su ordenador.

—Si ha llamado desde un móvil, puedo tratar de localizarlo. —Levantó la vista hacia

Sebastian—. ¿Cuál es su número?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa?

—¿Puedes averiguarlo?

Sebastian volvió a llamar a Shibeka, le explicó la situación y le pasó el número de teléfono a Billy.

—Hola. Me llamo Billy y necesito el teléfono de…

Miró a Sebastian, no recordaba el nombre del chico.

—Mehran —dijo Sebastian.

—… el teléfono de Mehran, para tratar de localizarlo.

Cuando Shibeka le dijo el número, cogió uno de los blocs de notas que encontró sobre

la mesa y lo apuntó. También le preguntó por la compañía operadora (Tre), el modelo de

teléfono («uno de esos con pantalla que se toca con el dedo») y el nombre del abonado (la propia Shibeka). Le pidió además que buscara un recibo, y ella le dijo que así lo haría.

Billy le agradeció la ayuda, le devolvió el móvil a Sebastian y sacó el suyo. Llamó a la compañía e indicó un número de tres cifras, así como la contraseña que demostraba que

estaba llamando desde la policía. Medio minuto después, ya disponía del número IMEI.

En el instante en que colgó, Shibeka estaba llamando a Sebastian para decirle que había

encontrado un recibo. Para asegurarse, Billy comprobó que el número

IMEI coincidía y tecleó las quince cifras en el ordenador.

—¿Qué son esos números? —preguntó Jennifer, que había rodeado la mesa y estaba mirando la pantalla del portátil por encima del hombro de Billy.

—El IMEI. Es un número de identificación único para cada teléfono. Si lo tiene encendido…

No terminó la frase, estaba concentrado en la pantalla del ordenador.

—Voy al garaje a sacar un coche —anunció Torkel, disponiéndose a salir de la sala.

—¡Aquí está! —exclamó Billy, echándose hacia atrás en la silla, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, aparentemente satisfecho con su esfuerzo.

Sebastian se inclinó un poco hacia delante y en la pantalla vio aparecer un punto azul

sobre fondo gris.

—¿Dónde? —preguntó con impaciencia.

—Espera —dijo Billy, haciendo un gesto con la mano.

Alrededor del punto azul, comenzaba a formarse rápidamente un mapa, sector a sector.

Lo último que apareció fueron los nombres de los lugares y otras referencias. Billy se inclinó otra vez hacia delante y estudió la pantalla. Después, señaló con el dedo la gruesa línea negra que el punto azul parecía estar siguiendo.

—Es el ferrocarril. Está viajando en tren y pronto llegará a Södertälje.

—La ciudad donde Charles Cederkvist hizo el servicio militar —añadió Jennifer.

Billy cerró el ordenador. Un segundo después, Jennifer y él salían precipitadamente de

la sala.

Shibeka lo había llamado tantas veces que al final había tenido que poner el móvil en silencio. Ahora vibraba todo el tiempo en lugar de sonar, pero Mehran no le hacía caso.

Mientras el tren entraba en la estación de Östertälje, llamó rápidamente a Joseph entre dos llamadas de su madre, tal como habían acordado.

La desagradable voz nasal le contestó enseguida.

Le dijo que se bajara en la siguiente estación y esperara en el aparcamiento.

No añadió nada más.

Mehran tampoco dijo nada.

No fue necesario.

Se situó frente a las puertas del vagón, con una mano en el bolsillo. El metal ya no le

parecía tan caliente como antes. Él tampoco tenía calor. La sensación febril de unos minutos antes había dejado paso a un sudor frío que casi lo hacía tiritar.

Era normal sentir miedo. Eso no era malo.

Lo malo habría sido no atreverse a intentarlo. Los guerreros tenían miedo. Ahora lo comprendía. Lo que llamaban coraje era el impulso de actuar a pesar del miedo.

El tren se detuvo al cabo de unos minutos. Södertälje Hamn. Bajó al andén. Vio el edificio rojo de la estación un poco más adelante y se dirigió hacia allí, donde seguramente debía de estar la salida. Le resultaba más fácil caminar que quedarse quieto.

La sudorosa inquietud persistía, pero con el movimiento se volvía más soportable. Entró

en el espacioso edificio de ladrillos y vio las grandes puertas que conducían al aparcamiento. No tenía pensado qué hacer si se encontraba con Joseph al salir, esperándolo. En cualquier caso, se alegraba de que lo hubiera citado en un lugar concurrido. Le parecía

más seguro que verlo en un domicilio privado. A sus espaldas venían caminando otros pasajeros que se habían bajado del tren y Mehran se apartó para

dejarlos pasar. No tenía prisa y se sentía más protegido si caminaba detrás de otras

personas. Mientras seguía a los demás, observó que había unos diez o doce vehículos en el pequeño aparcamiento. Dos de los pasajeros del tren se dirigieron hacia un Ford rojo, que los estaba esperando al lado de la puerta. Varios fueron a la parada del autobús, un poco más apartada, mientras los demás se dispersaban en diferentes direcciones. Muy pronto se quedó solo. Parado al lado de la salida, se puso a mirar a su alrededor.

Un hombre bajó de un reluciente BMW. Se situó junto al coche y se puso a observar a

Mehran, que sin embargo no lo reconoció. De unos cincuenta años, con aspecto de árabe.

Era fuerte y musculoso, tenía el pelo corto y encanecido, y barba de pocos días que aún

conservaba algunos pelos negros. Vestía cazadora de cuero negro, vaqueros y mocasines.

Por el vehículo que conducía y la cazadora que lucía, parecía rico y poderoso, o quizá sólo fuera la imaginación de Mehran. Al cabo de un momento, el hombre le hizo una señal y

Mehran le contestó con una inclinación de la cabeza. Entonces el hombre empezó a caminar lentamente hacia él. Le pareció bien que Joseph viniera a su encuentro y no a la inversa, pero no sabía dónde poner las manos. Ya no se atrevía a sentir el tacto metálico de la pistola, porque temía que el hombre se fijara en el movimiento y notara que iba armado.

Dejó que las manos le colgaran a los lados del cuerpo. No era cómodo, pero no encontraba otra postura que le resultara natural. No quería parecer nervioso. No le convenía conceder ningún tipo de ventaja al hombre que supuestamente era Joseph y que se dirigía hacia él

con aparente despreocupación, como si se dispusiera a saludar a un viejo amigo. No parecía ni remotamente inquieto y eso a Mehran lo irritaba. Quería que Joseph le tuviera miedo.

Que se pusiera nervioso al verlo.

Y no al revés, como estaba pasando.

—¿Querías hablar conmigo? —preguntó el hombre, cuando estuvo a cinco metros de

distancia.

Era él. Era extraño oír su voz, pero no por teléfono, ni en el recuerdo, sino en persona y tan cerca. Mehran sintió una vez más que no sabía qué hacer con las manos.

—Tengo algunas preguntas sobre mi padre —dijo, con tanta contundencia como pudo.

Al menos no le tembló la voz y eso ya era algo.

—Hamid, ¿verdad? ¿Era tu padre? —inquirió Joseph, deteniéndose.

Mehran asintió en silencio.

—Lo conocí muy poco. Era amigo de un amigo mío.

—Said no era amigo tuyo. Sé que le prestaste dinero a su primo Rafi.

Joseph se encogió de hombros.

—Ayudo a mucha gente, ¿sabes? A muchísima gente. —Joseph le sonrió—. Así soy yo.

—Mi padre desapareció. Estoy intentando averiguar qué sucedió.

—Si pensabas preguntármelo a mí, te has equivocado de persona.

Mehran miró a Joseph a los ojos. Su mirada era profunda como una tumba. En sus ojos

no había esperanza, ni futuro. En ese momento habría deseado tener la pistola en la mano, pero no podía sacarla allí en el aparcamiento. Había demasiada gente alrededor.

Retrocedió un paso, sin poder evitarlo.

—¿Así que me equivoco? —dijo, esforzándose por mantener firme la voz—. Sin

embargo, yo creo que tú sabes cómo desapareció.

—No sé por qué lo dices —replicó Joseph con suavidad—. Tiene que ser un

malentendido.

—Yo creo que no.

—En cambio, yo estoy seguro de que sí. ¿Quieres que vayamos a algún sitio a aclararlo?

—Podemos aclararlo aquí mismo.

Joseph soltó una carcajada.

—No, nada de eso. O vienes conmigo, o lo olvidamos. —Se volvió y echó a andar hacia su coche—. Y no tendrás ninguna otra oportunidad —añadió.

Mehran no sabía qué hacer. No había planeado nada, más allá del encuentro con Joseph. Ahora se daba cuenta de que necesitaba actuar. Sorprender de alguna manera al tipo corpulento que tenía delante. Hacer algo inesperado. Quizá sacar la pistola del bolsillo y encañonarle la sien.

Pero no podía hacerlo allí donde estaba. Había gente a su alrededor. Necesitaba estar a

solas con él, pero por nada del mundo quería subir a ese coche. Era demasiado peligroso.

Mientras tanto, Joseph había llegado al BMW y se había vuelto otra vez hacia él.

—¿Vienes? —le dijo, con cierta irritación en la voz.

Quizá había llegado el momento de abandonar —pensó Mehran—, de reconocer que

no iba a llegar más lejos. No había hecho el ridículo, ni se había comportado como un cobarde. Podría marcharse con la cabeza bien alta y aún le quedaría mucho por hacer.

Ahora ya sabía que Joseph existía. Tendría que planificar mejor el siguiente encuentro.

Pero no era eso lo que se había prometido.

Se había prometido descubrir la verdad.

Por Shibeka.

Metió la mano en el bolsillo. El metal volvía a estar caliente. El arma estaba lista y él también. Echó a andar hacia Joseph, sintiendo en la mano la culata de la pistola.

—¡Espera! —gritó.

Miró a su alrededor. No había nadie en el aparcamiento. Podía salir bien. Tenía que salirle bien. Si conseguía meter al hombre dentro del coche con el arma apoyada en la frente, podía conseguirlo. El tacto metálico en la mano lo hacía sentirse más fuerte.

Apretó el paso, intentando parecer al mismo tiempo tan distendido como pudo. Quería

aparentar que había cambiado de idea, pero aún no se había decidido del todo. La amenaza no podía resultar visible: tenía que quedarse en su bolsillo y no evidenciarse en sus movimientos.

Joseph fue a abrirle la puerta del lado del acompañante. Mehran apretó con más fuerza

la pistola y se preparó para sacarla. Casi compuso una sonrisa para sus adentros. El tipo que tenía delante iba a llevarse una buena sorpresa.

Cuando solamente le faltaban unos metros para llegar, oyó las voces. Eran dos chicas

de unos veinte años. Venían desde la parada del autobús y reían ruidosamente mientras se dirigían hacia la estación. Movido por un reflejo, Mehran soltó el arma y se detuvo un momento, para dejar que pasaran. Pero se dio cuenta de que se delataría si se quedaba mucho tiempo parado. Joseph se preguntaría por qué no quería acercarse al coche mientras las chicas no se alejaran. No tuvo más remedio que seguir caminando hacia Joseph, que se volvió a mirarlo con una sonrisa en los labios.

—Vienes aquí y me acusas —le dijo suavemente, al mismo tiempo que lo derribaba con un golpe rápido y contundente.

Mehran se desplomó detrás del coche y cayó en la grava del

aparcamiento. Sin apartar

la vista de las chicas, Joseph le propinó un puntapié en la cabeza. Y otro más. Los débiles gemidos del muchacho se acallaron después del segundo golpe. No pareció que las chicas

lo hubieran notado, porque siguieron caminando y conversando como si nada hubiera sucedido. Joseph esperó a que se alejaran y arrastró al muchacho detrás del coche vecino.

Entonces se montó en el suyo y retrocedió rápidamente hacia el chico, que seguía inconsciente. Mehran pesaba menos de lo que parecía, como pudo comprobar mientras lo

depositaba en el interior del maletero. Se alegró de que fuera así. Los cuerpos que pesaban demasiado eran un problema. Sacó el teléfono y llamó a Charles.

Le contestó enseguida.

Como siempre.

Llevaban puestas las luces azules y Jennifer iba al volante. Estaban llegando a Essingeleden y circulaban a una velocidad cercana a los ciento cuarenta kilómetros por hora. Siguiendo una vieja costumbre, Torkel se aferró al asidero del techo, ya que por alguna causa lo hacía sentirse más seguro. Habría preferido que condujera Billy, que era el mejor conductor del equipo cuando era preciso desplazarse a gran velocidad. Pero Billy estaba sentado detrás, inclinado sobre su ordenador portátil, siguiendo la ubicación del teléfono de Mehran Khan. Con la mano libre, Torkel sostenía su móvil. Acababa de hablar

con Britta Hanning, de la SÄPO, que en esta ocasión se había mostrado un poco más cooperativa que la vez anterior. Se volvió hacia Billy.

—Conocen a un tal Joseph. Britta no ha querido revelarme su verdadero nombre, pero

es lo que podríamos llamar un «amigo» de su organización.

—¿Un amigo? —preguntó Jennifer, sin comprender.

—Un informante. Alguien que pasa datos sobre extremistas y otros grupos

sospechosos —le explicó Torkel.

Billy lo miró. No daba crédito a sus oídos.

—Entonces ¿estamos persiguiendo a uno de nuestros «amigos»?

—Eso parece.

El coche se sacudió cuando adelantaron a un semirremolque polaco. Torkel se agarró

con más fuerza al asidero. Jennifer en cambio no se inmutó.

—Pero si ha colaborado con la SÄPO, quizá también ha ayudado a otros. Al MUST,

por ejemplo —dijo mientras cambiaba otra vez de carril.

Torkel asintió. No le parecía imposible. Ya nada le parecía imposible en lo referente al caso que estaban investigando. Los tiempos habían cambiado y la lucha contra el terrorismo y los extremismos marcaba la agenda de los que tenían la responsabilidad de proteger al país. De repente tenían que enfrentarse a un enemigo invisible que luchaba sin

uniforme y que había hecho cambiar las reglas del juego. Los secretos eran más grandes y los métodos, menos refinados. La democracia se resentía y los secretos la envenenaban por dentro. Se puso a pensar en el chico de quince años enredado en ese laberinto: apenas un niño que había perdido a su padre. Era una de las consecuencias de los secretos.

Tragedias familiares. Se volvió otra vez hacia Billy.

—¿Recibes alguna señal de su móvil?

Concentrado en la pantalla, Billy hizo un gesto negativo.

—No. He perdido la conexión. La última vez que lo vi estaba delante de la estación Södertälje Hamn del tren de cercanías. Voy a pedir a la policía local que envíe una patrulla.

Torkel oyó que Billy se ponía a teclear rápidamente en el ordenador. «Me estoy haciendo viejo», pensó. Recordaba la época en que era

preciso llamar a los colegas por teléfono y efectuar las búsquedas con perros. Ahora Billy se ocupaba de todo, cómodamente instalado en el asiento de atrás. Mientras tuviera cobertura.

—Creo que podemos llegar dentro de quince minutos —dijo Jennifer, que aceleraba más todavía. A Torkel, en cambio, se le revolvía un poco más el estómago.

—Ya no está en la estación —precisó Billy, concentrado en la pantalla —. Ahora se mueve en dirección a la E-20.

Torkel se volvió hacia Jennifer.

—Pisa a fondo —le ordenó.

Había regresado.

Cuerpo de Ingenieros n.º 1. Almnäs. Södertälje.

Donde había hecho el servicio militar. Al principio lo había considerado un mal necesario, pero con el tiempo había llegado a sentirse muy a gusto. ¿Por qué? No lo sabía muy bien. Había algo en la rutina, la disciplina y el rigor que le resultaba atractivo, siempre que uno se lo tomara en serio, y no como la mayoría de sus compañeros, que parecía que estuvieran jugando. El aspecto físico del adiestramiento fue lo primero que lo atrajo, pero con el paso del tiempo se fue sintiendo cada vez más interesado y fascinado por las estrategias y las tácticas para superar en ingenio al enemigo y derrotarlo. Descubrió dos cosas de sí mismo que no sospechaba: una gran aptitud para la vida militar y un instinto competitivo que no sabía que poseía. Tanto él como su hermano habían participado en diferentes deportes durante la infancia y la adolescencia, pero nunca se había obsesionado con la victoria. Hasta que llegó al Cuerpo de Ingenieros. Era como si la lucha tuviera que ser a muerte para que él se entregara a fondo. Empezó a entrenarse día y noche, a cuidar su cuerpo, a mimarlo como un deportista de alta competición que dependiera de su físico para rendir al máximo. Las armas eran los instrumentos de su oficio; aprendió a utilizarlas, con perseverancia y respeto. Cuando todavía no había hecho la mitad del servicio militar, solicitó el ingreso en la academia de oficiales y fue admitido, por

supuesto. Sí, tenía muy buenos recuerdos de ese lugar.

Pero no todos eran buenos.

Había estado allí por segunda vez en agosto de 2003. El regimiento se había trasladado

seis años antes. El Swedint, el centro internacional de las Fuerzas Armadas suecas, mantenía todavía alguna actividad, pero la mayor parte de los impersonales edificios poligonales de los años setenta estaban vacíos y parecían bastante deteriorados.

Alexander le había ordenado que fuera a Almnäs a encontrarse con dos

norteamericanos, que vendrían a interrogar a los dos afganos que les había entregado Joseph. Una acción en territorio sueco requería presencia sueca, y para eso estaba él.

Cuando llegó, encontró un Volvo anónimo aparcado delante de la nave desierta. Un hombre que estaba fumando al lado del coche arrojó al suelo el cigarrillo en cuanto lo vio.

Fue a su encuentro y se saludaron. Charles le dijo su nombre, pero el hombre del Volvo no se presentó. A Charles le sorprendió la juventud del norteamericano. Era corpulento y musculoso, como su imagen mental de un jugador universitario de fútbol americano.

Pelirrojo. Tal vez de ascendencia irlandesa.

Entraron en la nave. Dentro encontraron al otro estadounidense, que tampoco dijo su

nombre. Era un poco mayor, más delgado y correoso. Tenía la cara alargada, con la nariz

excesivamente grande. Iba peinado con raya al costado y lucía un flequillo que le tapaba uno de los cristales de las gafas oscuras de aviador, que no se quitó en ningún momento.

En el suelo yacían dos hombres tumbados boca arriba. Estaban atados de pies y manos, con cadenas atornilladas al suelo, que les mantenían los brazos estirados en toda su extensión por encima de la cabeza. Se sacudían, intentaban soltarse y suplicaban sin cesar que los dejaran en libertad, asegurando que tenía que tratarse de un error. Gritaban y exigían una respuesta.

Pero nadie les dio ninguna.

Solamente llevaban puestos los calzoncillos. Charles no les vio la cara, porque los dos

la tenía cubierta por una toalla. Sin decir ni una palabra, el hombre delgado de las gafas cogió un cubo y empezó a verter agua sobre el grueso paño que cubría la cara de uno de

los hombres atados. El cuerpo se sacudió para quitarse de encima la tela sofocante y de inmediato el hombre guardó silencio. El otro pareció adivinar que le había pasado algo a su compañero y gritó su nombre.

—¡Hamid!

El enjuto norteamericano siguió echando agua sobre la toalla mientras el hombre que

evidentemente se llamaba Hamid se agitaba para liberarse de las cadenas. Charles notó que la piel del retenido se le desgarraba en las proximidades del metal y empezaba a sangrar. Entonces dejó de caer el agua. El pelirrojo se agachó y le retiró la toalla. Hamid abrió la boca para respirar, ávido de oxígeno, casi hiperventilando. El miedo le brillaba en los ojos. Cuando vio a Charles, intentó pedirle ayuda, pero el pelirrojo le propinó un golpe en la boca que lo hizo callar abruptamente. Después, empezó a interrogarlo.

¿Qué estaban preparando?

¿Cuándo pensaban hacerlo?

¿Quién más estaba implicado?

El hombre encadenado no parecía entender las preguntas. Se limitaba a negar con la cabeza. Intentó decir algo que sonó como «un error» y después añadió un «por favor», antes de que la toalla volviera a taparle la cara. Soltó un alarido desesperado y su compañero se unió a sus gritos.

Esta vez, los dos norteamericanos cogieron un cubo cada uno, impasibles e inclementes, y se situaron al lado de los dos hombres.

Le pidieron a Charles que rellenara más cubos mientras ellos echaban el agua, y él obedeció. Cuando los cubos se vaciaron, les pasó los otros llenos. Y volvió a llenar los anteriores.

Los hombres se agacharon y retiraron las toallas.

¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quiénes son los otros?

Pero no obtuvieron respuesta.

En un momento dado, Hamid hizo un intento desesperado de liberarse, movido por el

pánico, y Charles oyó el chasquido de los huesos al romperse dentro de las cadenas, cuando el prisionero se tendió todo lo que pudo hacia la derecha para eludir el implacable chorro de agua.

¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quiénes son los otros?

Charles no habría sabido decir cuánto tiempo llevaban haciendo lo mismo, cuando él

mismo decidió ponerse a prueba. Se situó con las piernas abiertas sobre uno de los hombres e inclinó el cubo. El agua comenzó a caer sobre la toalla, en un torrente lento pero inexorable, impidiendo eficazmente el paso del aire.

—Cuando creas que no lo resistirán más —le dijo el hombre de las gafas—, sigue otros veinte segundos, y después otros diez.

Una y otra vez.

Los dos hombres sangraban profusamente en torno a las muñecas y los tobillos, y la

mano izquierda de Hamid colgaba de uno de los grilletes. Los dos habían dejado de gritar.

Ya no hablaban ni suplicaban. No tenían fuerzas ni para gemir. Miraban con unos ojos que ya parecían muertos cada vez que les retiraban las toallas y volvían a hacerles las mismas preguntas. La respiración se les fue haciendo cada vez más trabajosa y pronto no fue más que un jadeo.

¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quiénes son los otros?

Otra vez y otra vez más.

Hicieron una pausa. Salieron a fumar. Nadie habló mucho. Después volvieron a entrar

y siguieron igual que antes.

Said fue el primero en morir. Simplemente, dejó de respirar.

—Se ha ahogado —constató el pelirrojo.

Después intentó reanimarlo practicándole el boca a boca, sin éxito.

El hombre flaco se situó a su lado y comenzó a aplicarle un masaje cardíaco, mientras

que el pelirrojo seguía tratando de insuflarle oxígeno en los dañados pulmones. Sin ningún resultado. Charles sentía un creciente malestar. Era muy malo lo que estaba sucediendo.

Ninguno de los dos afganos era ciudadano sueco, pero uno de ellos, el que acababa de morir, tenía permiso de residencia permanente. Los métodos «reforzados» de

interrogatorio ya eran suficientemente malos, pero en todo caso podían justificarse. El mundo libre estaba siendo amenazado y era preciso defender la democracia. Los tiempos

lo exigían. Pero lo que acababa de pasar era excesivo. ¿Cómo demonios iban a explicarlo?

Los norteamericanos abandonaron el intento de reanimación y se volvieron hacia Hamid. Charles supuso que lo soltarían y pondrían fin al interrogatorio. Era evidente que no sabía nada. Pero lo sorprendieron. Le retiraron la toalla de la cara a Hamid y le volvieron la cabeza hacia la izquierda, para que viera a su amigo. Un débil gemido fue lo único que salió de sus labios, antes de que la toalla volviera a cubrirle la boca y la nariz, y de que todo comenzara de nuevo.

Hamid vivió media hora más.

El pelirrojo y el hombre de las gafas oscuras abandonaron el país. Charles informó a

Alexander de que Hamid y Said no volverían a aparecer. Bastaba con cerrar la investigación por desaparición que estaba realizando la policía de Solna, para que todo quedara definitivamente atrás.

Charles recomendó a la persona más adecuada para el trabajo, o al menos a quien consideraba la persona más idónea.

Pero Adam lo traicionó. No comprendió lo que estaba en juego. No lo quiso entender.

En lugar de aceptar el caso y limitarse a enterrarlo, empezó a investigar. Visitó a las familias y prestó oídos a los rumores que circulaban por el Ministerio de Exteriores.

Naturalmente, Alexander podía conseguir que se cancelara la investigación, pero Adam seguía siendo un problema.

Charles estaba desconcertado. Sabía que Adam tenía un profundo sentido de la justicia

y de la ética —por eso había ingresado en las filas de la policía—, pero confiaba en que relajara un poco sus convicciones, tratándose de la seguridad nacional. La libertad y la democracia estaban amenazadas. ¡La propia ministra de Exteriores había sido asesinada en unos grandes almacenes ese mismo otoño!

Tuvieron una larga conversación. Adam quiso saber más. Quiso saberlo todo. Charles

le reveló algunos detalles, pero Adam no se dio por satisfecho. Le dijo que pensaba llegar hasta el fondo, que si realmente había pasado lo que él creía, no podía cerrar los ojos, ni siquiera para proteger a su hermano. Charles le rogó que esperara, que lo dejara todo en suspenso por un tiempo.

Le pidió que reflexionara, que le concediera una semana.

Había reservado la cabaña en Jämtland. Le propuso a Adam que pasara unos días allí y

meditara su decisión. Si a su regreso seguía pensando lo mismo, comprendería que hiciera lo que creyera necesario hacer. Una semana. A veces era bueno tomar cierta distancia.

Además, siempre le había gustado la montaña.

Adam se fue a Jämtland.

Alguien llamó a Patricia Wellton. Charles no sabía quién era el responsable de ese tipo

de contactos —tal vez Alexander o alguien de Exteriores—, pero, en el caos que siguió al asesinato de la ministra Anna Lindh, supuso que no

podía ser el ministro en funciones.

Charles había acudido al lugar acordado, para encontrarse con Patricia después de que

ésta hubiera cumplido su encargo y que le diera su informe. Cuando por fin llegó la mujer, con varias horas de retraso, estaba totalmente fuera de sí. Nadie le había dicho que habría también dos niños y una mujer. ¿Cómo demonios esperaban que hiciera bien su trabajo si

le daban datos erróneos?

Adam… Estúpido, estúpido Adam, tan enamorado de su familia… Charles lo

comprendió enseguida. Se había llevado a toda su familia a la montaña: Lena, Ella y Simon.

Lena había sido compañera de clase de Charles, en el instituto de secundaria de Södertälje. Eran amigos. O, mejor dicho, ella era amiga suya. Charles estaba enamorado

de ella. Pero nunca se lo había dicho, por miedo a perderla del todo si se atrevía a expresarle sus sentimientos. Lena visitaba con frecuencia su casa. Era dos años mayor que Adam. A esa edad, las chicas suelen considerar infantiles a los chicos menores que ellas.

Inmaduros y carentes de interés. Pero Lena era diferente de las demás. Cuando Charles y

ella estaban cursando el último año del bachillerato, empezó a salir con Adam. Él tenía diecisiete años y ella, diecinueve. Charles tuvo que verlos tumbados juntos en el sofá, haciéndose arrumacos mientras veían la televisión. Se vio obligado a oírlos por la noche en su habitación, a través de la pared. Pero lo resistió todo y se mantuvo firme. Era un amorío de juventud. Nadie pensaba que fuera a durar. Pero duró.

Muchos años.

Se casaron en 1990, cuando Adam tenía veintidós. Cinco años después, nació Ella, y

dos años más tarde, Simon. Formaron una pequeña familia feliz. Al poco tiempo, se mudaron a Estocolmo, y Charles, a Oskarshamn. Se veían a menudo. Les gustaba estar juntos. Charles era el padrino de

Simon y quería mucho al pequeño y a su hermana Ella,

pero nunca había podido superar la sensación de que Adam le había arrebatado algo que

era suyo. Sabía que era un error y que el sentimiento era totalmente irracional. Si Adam hubiera sabido que él estaba enamorado de Lena, nunca se le habría acercado. De eso Charles estaba completamente seguro.

El bueno de Adam.

Patricia Wellton.

Había sido terrible comprender que había matado a Lena y a los niños. Ellos no tenían que haber muerto. Tenían que vivir. Él también tenía que vivir. ¿Qué podía haber pasado

en un futuro si hubieran vivido? Quizá nada. No era por eso que había enviado a Adam a

la cabaña de Jämtland. Ésa no era ni remotamente su intención. Lo había hecho porque no

le había quedado otra opción. Por la seguridad nacional. Había sido un sacrificio para proteger la democracia, que estaba amenazada.

Pero Lena y los niños no tenían que morir.

Sin embargo, habían muerto.

Patricia los había matado, y por eso Charles había matado a Patricia.

Se sobresaltó.

Oyó que se acercaba un vehículo. Los haces de los faros se deslizaron sobre las fachadas de los edificios abandonados cuando el coche tomó la última curva. ¿Cuánto tiempo llevaba Charles de pie, sumido en sus pensamientos?

Era por culpa del lugar.

Se dijo que tendría que haber elegido otro. Allí había demasiados recuerdos. Consultó

el reloj y se asomó con cautela a la ventana de la planta baja. Joseph había llegado. Era el momento de cerrar un capítulo más.

La vieja caseta de los guardias seguía abandonada. Los cristales de las ventanas estaban rotos y alguien, no sin acierto, había garabateado «Lucha armada» sobre las sucias paredes. Parecía como si hiciera años que nadie se acercaba al lugar. Joseph pasó con cuidado por debajo de la barrera levantada, que en otra época cerraba o permitía el paso de los vehículos, y prosiguió lentamente cuesta arriba. Hasta el asfalto parecía descuidado, con baches y grietas invadidos por las malas hierbas. Tras coronar la pendiente, vio los grandes barracones del cuartel alineados delante de él. Tomó la última curva y aparcó tan lejos como pudo de las construcciones. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Era evidente que los edificios habían conocido épocas mejores, pero su deterioro no era nada en comparación con el lugar donde se encontraba. El suelo estaba tapizado de basura y vidrios rotos; las pintadas cubrían todas las superficies, y en el aparcamiento había varios coches quemados. Por lo visto, era un lugar adecuado para enterrar viejos pecados. En otra época, hombres jóvenes se habían entrenado en esas instalaciones para la defensa de Suecia. Ahora todo aquello parecía un pueblo fantasma. Apagó el motor y el silencio fue

total.

No se oía ningún ruido en el maletero. Mejor así. Habría sido más trabajoso si el mocoso que tenía detrás se hubiera puesto a gritar y a patalear. Le había pasado una vez en Jordania, cuando era joven, y había sido muy irritante conducir con esa molestia en el maletero. Ya tenía suficientes dolores de cabeza, sin necesidad de añadir un problema más.

Lo peor de todo era que el chico lo había buscado después de tantos años. Habría sido más comprensible que alguien lo abordara en los primeros tiempos, cuando acababa de suceder

todo. Al principio incluso había temido que vinieran a hacerle preguntas, pero con el paso de los años se había ido sintiendo cada vez más seguro y al final prácticamente lo había olvidado. La vida continuó. Su inquietud fue disminuyendo día tras día, hasta que dejó de preocuparse.

Pero los hijos abandonados no olvidan nunca, como había podido

comprobar. Al

contrario, sus deseos de saber la verdad se vuelven cada vez más intensos a medida que

crecen, hasta que un día lo abordan a uno con sus preguntas. Pero eso sólo sucede si

conocen el nombre de la persona que buscan.

Y el chico de alguna manera lo había averiguado.

Por lo tanto, alguien se había ido de la lengua.

El año 2003 había sido una época muy agitada para él. Todos iban como locos en busca de información: los norteamericanos, los ingleses, los suecos, los egipcios…

Querían más y más. Parecía como si todos estuvieran convencidos de que la pequeña Suecia estaba atestada de potenciales terroristas, y ese convencimiento los llevaba a repartir dinero y recursos en todas las direcciones posibles. Él había aterrizado en medio de esa locura y enseguida había encontrado su papel. Algunas personas importantes lo escuchaban. Sus soplos empezaron a procurarle dinero y poder. Había sido como una larga

borrachera. Tenía en sus manos la vida de los demás. Bastaba con señalarlos.

Pero con el dinero habían llegado las exigencias. Querían nombres. Todo el tiempo y

cada vez más. Eran unos paranoicos insaciables. ¿Por qué había viajado esta persona?

¿Por qué se habían reunido estos otros? ¿Qué hacía aquel imán en Suecia? ¿Quién lo había invitado? ¿Podía tratar de acercarse un poco más a este grupo o aquél?

Había respondido a todos los requerimientos y gracias a eso se había llenado los bolsillos.

Después, las cosas habían cambiado. En los últimos tiempos, ya nadie confiaba en informantes aislados, no como antes. Los métodos eran diferentes. Los servicios secretos querían información procedente a la vez de varias fuentes. La contrastaban y comparaban

los datos. Sus reglas habían cambiado y ya no tenían tanto dinero. Utilizaban sus propios agentes para acercarse a los grupos e infiltrarse. Los dos bandos habían encontrado nuevas maneras de enfrentarse. Los norteamericanos bombardeaban con drones y misiles mientras

dormían tumbados en sus literas, y los fundamentalistas encontraban nuevos países donde

trabajar. Eran como un circo que se iba desplazando de un país pobre a otro.

Joseph sabía desde hacía tiempo que su mejor época había quedado atrás. La edad de

oro había terminado. Pronto tendría que encontrar otra cosa. Para colmo, varios de sus otros clientes habían ido desapareciendo en los últimos años. Gaddafi ya no estaba, ni tampoco Mubarak. Los libios habían sido los mejores, más generosos que todos los países

occidentales juntos. Su paranoia no tenía límites y estaban dispuestos a pagar por información que en realidad era fácil de encontrar.

Alí había acudido a una reunión con libios en el exilio.

Tarek había mostrado cierto interés por varias asociaciones.

Mahmed había criticado a los hijos de Gaddafi.

Con información así de trivial, Joseph había ganado un montón de dinero. Había sido

como tener todo un mar a su disposición, donde pescaba personas e información que

después vendía, como si estuviera en la lonja de pescado.

La mayoría de los que había vendido eran culpables.

Hamid y Said no.

Los había vendido porque necesitaba dinero y porque lo habían humillado. Estaba sometido a grandes presiones y no le resultaba fácil encontrar nombres nuevos. Cada vez

que mencionaba a alguien, Charles ya lo conocía. Se le empezó a acabar el dinero.

Necesitaba vender. Y mejor si era algo realmente importante.

Cuando se le ocurrió, le pareció la solución perfecta.

Entonces pasó la información de que Hamid y Said estaban participando en la

preparación de un nuevo atentado en territorio estadounidense. Charles nunca había oído

sus nombres, por supuesto. Gracias a su ocurrencia, Charles tuvo nombres nuevos con los

que trabajar y Joseph, su revancha.

Hamid y Said lo habían visitado en su casa y lo habían insultado. Y, por si fuera poco,

se habían llevado su dinero. Le habían robado. No parecían comprender quién era Joseph,

ni qué contactos tenía. Pero él se encargó de que lo supieran.

Después comprendió que había sido una estupidez. Sus clientes empezaron a dudar de

él. No habían conseguido sacarles nada a Hamid y a Said. Por supuesto que no. Pero él había aprendido de su error y nunca más lo repitió. Después pasó el tiempo y, cuando pensaba que todo estaba olvidado, apareció el muchacho.

Era un error más que era preciso corregir. Salió del coche y se dirigió hacia el maletero. Se dijo que lo mejor sería dejar al chico donde estaba, hasta que llegara Charles.

Entonces se lo entregaría y se marcharía. Así solía hacer las cosas. Nunca se manchaba de sangre las manos. Solamente entregaba la mercancía.

Encendió un cigarrillo y miró a su alrededor. A lo lejos se veía lo que en otro tiempo

debía de haber sido un campo de tiro. Se había convertido en un descampado lleno de maleza, pero todavía se distinguían los soportes oxidados donde antes estarían las dianas.

Pensó que para entonces el chico debería haber vuelto en sí. Se agachó

junto al maletero y aguzó el oído. Silencio. Empezó a preocuparse un poco. No quería entregar al

muchacho muerto, de modo que abrió la puerta del maletero para ver cómo estaba.

La bala lo alcanzó en el hombro derecho, justo debajo de la clavícula. Cayó de espaldas, sorprendido. No le hizo tanto daño como pensó que le haría, pero enseguida sintió que la camisa se le empapaba de sangre. El chico salió del maletero y se irguió sobre Joseph. Agitó un objeto, que parecía una pistola de juguete, y volvió a disparar. Joseph rodó hacia un lado y esta vez el disparo no lo alcanzó. Aprovechó el impulso para sentarse, aferrar la mano del muchacho con su izquierda, ya que la derecha no parecía responderle del todo, y arrebatarle el arma, que salió volando y cayó al suelo. El chico,

mientras tanto, consiguió propinarle una patada en la herida del hombro. El dolor fue tan intenso que cayó otra vez, entre alaridos. Con sus últimas fuerzas, Joseph se hizo con la pistola, que encontró tirada delante de su cara, y la ocultó bajo su pecho, para que el muchacho no pudiera cogerla de nuevo. Entonces oyó que Mehran echaba a correr y, cuando se volvió y se puso de rodillas, lo vio alejarse corriendo en dirección al campo de tiro.

—¡Te voy a atrapar, hijo de puta! —le gritó Joseph—. ¡Te voy a hacer lo mismo que le

hice a tu padre!

Logró ponerse de pie. El dolor en el hombro había aumentado considerablemente y ya

casi no podía mover la mano derecha. Con la izquierda, recogió la pequeña pistola del suelo. No parecía gran cosa, pero tendría que servir. Entonces oyó pasos sobre la grava que hicieron crujir los cristales rotos, a sus espaldas. Se volvió rápidamente con la pistola en la mano. Era Charles. Joseph bajó el arma y le señaló el campo de tiro.

—Ha huido por ahí.

—Ya lo he visto —respondió Charles.

No se movió y Joseph empezó a ponerse nervioso.

—Se va a escapar. —Se señaló el hombro ensangrentado—. Tienes que ayudarme.

Charles hizo un gesto afirmativo y del cinturón sacó una pistola automática negra de

grandes dimensiones. Parecía mucho más eficaz que la que Joseph tenía en la mano.

—Por supuesto que voy a ayudarte —dijo mientras le quitaba el seguro al arma y empezaba a dirigirse hacia el campo de tiro por donde había desaparecido el muchacho.

Joseph suspiró agradecido. Cuando pasó a su lado, Charles se volvió hacia él y le susurró:

—Pero que sepas que es la última vez.

Encañó con la pistola la cabeza de Mohammed al Baasim y apretó rápidamente el gatillo. Dos veces.

El cuerpo aún no se había desplomado en el suelo, cuando Charles ya le había dado la

espalda para ir en busca de Mehran.

El muchacho no podía haber llegado muy lejos.

Quedaron atrapados en un atasco poco antes del puente de Södertälje. A causa de unas obras habían reducido los carriles a uno solo, y Jennifer necesitó varios minutos y una serie de zigzagueos entre los coches para poder pasar. Pero eso no fue lo peor. Lo más grave fue que Billy había perdido la señal del móvil y Torkel empezaba a inquietarse.

—¿Dónde estaba la última vez que lo viste? —preguntó irritado.

—En la E-20, pero puede que hayan apagado el teléfono o que estén en una zona con

mala cobertura. No lo sé.

—Mierda —dijo Torkel.

Sabía que Billy no tenía la culpa, pero era catastrófico haber llegado tan cerca y perder la pista. Tras superar la retención, Jennifer volvió a acelerar. Pero miró brevemente a Torkel, sin saber qué hacer.

—¿Hacia dónde voy?

—Sigue por la E-20. Al menos sabemos que fue hacia allí. —Torkel se volvió para mirar a Billy—. Dame un plano e indícame el punto donde desapareció la señal.

Billy giró la pantalla y se lo señaló. Torkel miró rápidamente el plano.

—Si el móvil está apagado y ha seguido el trayecto por la E-20, no tenemos nada que

hacer. Partiremos del supuesto de que se ha detenido.

Billy comprendió el razonamiento.

—De acuerdo, pero tendremos que adivinar adónde ha ido, ¿no?

—Almnäs está por aquí cerca —intervino Jennifer, sin dejar de prestar atención a la carretera—. Fue donde Charles hizo el servicio militar —añadió.

Torkel asintió y miró otra vez el plano. Bosques, lagos y varias localidades, con sus nombres. Una de ella era Almnäs, a tan sólo unos pocos kilómetros del punto que Billy le acababa de señalar.

—A mí me parece una buena idea —dijo Billy, más animado—. Es lo mejor que tenemos.

—Pide que manden un helicóptero —indicó Torkel—. Es un área extensa y

necesitaremos apoyo desde el aire.

—Ahora mismo —respondió Billy, y sacó el móvil.

Seguía sin apartar la vista de la pantalla. Ningún punto azul indicaba la posición del teléfono del chico. Sólo les quedaba la esperanza de haber acertado en sus suposiciones y de llegar a tiempo.

Mehran oyó los dos disparos y saltó al interior de una zanja llena de barro, para refugiarse.

Primero pensó que le estaba disparando a él, pero, cuando asomó la cabeza con mucha cautela para mirar si lo seguía, vio a través de la maleza y de las altas hierbas otro hombre que se dirigía hacia él con paso decidido, iluminado por las últimas luces del crepúsculo.

Iba vestido de oscuro, tenía el pelo rubio muy corto y parecía estar bastante en forma.

Mehran supuso que sería sueco. No era nadie que él conociera. Se fijó que llevaba algo en la mano y se dijo que probablemente sería una pistola. Enseguida comprobó que no podía

ser otra cosa, cuando divisó el cuerpo exánime de Joseph tirado en el suelo, al lado del coche negro.

El muchacho volvió a esconderse dentro de la zanja, muerto de miedo. Sintió frío cuando la humedad del suelo le caló la ropa, pero no le importó. Tenía otras preocupaciones más importantes. Necesitaba salir de ahí cuanto antes. Un poco más adelante había un pequeño grupo de árboles y, a partir de ahí, faltaban unos cincuenta metros para llegar al límite del bosque. Se dijo que tenía que huir en esa dirección. Era preciso salir del descampado donde se encontraba y adentrarse en el bosque, donde habría muchos más escondites. Era su única oportunidad. Sin atreverse siquiera a asomar la cabeza para ver al hombre que se estaba aproximando, empezó a arrastrarse en dirección a los árboles. Esperaba poder acercarse lo suficiente antes de abandonar la zanja. El agua que corría por el fondo era fangosa y maloliente, y las partes del terreno que estaban secas presentaban una densa cubierta de arbustos espinosos que le dificultaba el avance. El suelo no ofrecía nada donde poder agarrarse, y su cuerpo no dejaba de resbalar en el barro. Cada centímetro que avanzaba le suponía un esfuerzo enorme. De repente comprendió que en ningún caso podría moverse con la rapidez necesaria, porque al hacerlo habría agitado las hierbas altas y de ese modo se habría delatado. Estaba atrapado. Con toda probabilidad, el hombre llegaría a la zanja antes que él lograra alcanzar el pequeño bosquecillo. Lo encontraría allí, tumbado en el fango maloliente. Si quería salvarse, tenía que arriesgarse un poco más. Necesitaba ponerse de pie y correr tan rápido como le permitieran los pies.

Esperaba que el hombre tardara un momento en distinguirlo en la

penumbra del

anochecer. Se incorporó un poco y se preparó para salir corriendo. Entonces oyó que el hombre le gritaba. Estaba mucho más cerca de lo que el chico había creído. Y lo peor de

todo era que sabía su nombre.

—¡Mehran, sal! —estaba gritando, con tanta fuerza que su voz resonaba en todo el campo—. ¡Soy policía!

Mehran volvió a agacharse dentro de la zanja y se hizo tan pequeño como pudo.

—¡Ven, Mehran! Quiero ayudarte —insistió el hombre.

El cerebro de Mehran era un torbellino de interrogantes. No entendía nada. ¿Cómo sabía ese hombre quién era él? ¿Era eso lo que había querido decirle Shibeka cuando había mencionado a la policía? ¿Pretendía decirle que vendrían a ayudarlo? Pero ¿cómo habían

podido encontrarlo, en medio de un campo que ni siquiera él sabía que existía?

No podía ser cierto.

Era imposible.

Además, ¿por qué razón un policía iba a dispararle dos tiros a Joseph?

Empezó a arrastrarse otra vez, intentando utilizar las piernas, para avanzar con más fuerza. Era tremendamente trabajoso. El barro cedía bajo su peso y no le servía de apoyo.

Le dolía todo el cuerpo y sentía fuertes palpitaciones dentro de la cabeza. El hombre seguía gritando su nombre y estaba cada vez más cerca. Mehran intentó no pensar en la voz, dejarla fuera de su conciencia y utilizarla únicamente como una manera para medir la distancia que lo separaba del hombre, como un instrumento para saber dónde estaba su perseguidor. Siguió avanzando, pero cada vez se sentía más pesado. Todavía no se había

recuperado de los golpes que le había propinado Joseph y se sentía débil, mareado y dolorido. Pero no podía darse por vencido. Tenía que encontrar la fuerza, la adrenalina, el instinto de lucha por la supervivencia.

De repente notó que la voz del hombre se alejaba, y eso le dio nuevas energías para seguir adelante. Se arrastró, reptó, usó los dedos y las uñas para avanzar un poco más, y empujó con las piernas mientras todo su cuerpo gritaba de dolor. Pero siguió adelante, metro a metro. Hacía rato que no oía al hombre. Esperaba que se siguiera alejando, pero

ya no tenía fuerzas para aguzar el oído y tratar de distinguir aquella voz.

Al final, vio los árboles. El lugar que antes le había parecido tan lejano estaba de pronto a su alcance. Solamente un poco más allá.

Se decidió. Iba a cubrir el último trecho corriendo. Primero llegaría hasta el grupo de

árboles y después seguiría huyendo en dirección al bosque, que para él representaba la seguridad definitiva. Pensaba correr, correr y correr, sin detenerse en ningún caso. Se alejaría lo más rápido posible de la zanja fétida donde se encontraba y de los arbustos espinosos que le habían desgarrado la piel. Se dijo que faltaba muy poco. Solamente un

poco más.

Vas a conseguirlo, Mehran. Vas a conseguirlo.

Se incorporó para salir de la zanja y comprobó que aún podía tenerse en pie. Casi se

sorprendió de que las piernas le sostuvieran su peso. Pero la cabeza le daba vueltas y al cabo de unos metros perdió el equilibrio. Se cayó, pero volvió a levantarse y siguió corriendo. Consiguió recuperar el control de su cuerpo. Por lo menos ya no tenía que emplear los brazos, que le dolían terriblemente. Cuando aumentó la velocidad, comprobó

con satisfacción que aún conservaba más fuerza en las piernas de lo que había creído. De pronto, oyó al hombre, que le gritaba que se detuviera. Debía haberlo visto en ese mismo instante. Mehran no se volvió. Siguió corriendo, tal como se había prometido que haría.

Dejó atrás el grupo de árboles y llegó al otro tramo del descampado. El bosque estaba cada vez más cerca, tal vez a unos treinta metros de distancia.

Aún no se oía ningún disparo.

Podía conseguirlo.

Podía lograrlo.

Cuando vio el pozo, ya era demasiado tarde. Debía de ser algún tipo de excavación militar: una trinchera o un foso. Intentó saltarlo, pero perdió el equilibrio al llegar al otro lado y cayó hacia atrás. Aterrizó sobre un solo pie y gritó de dolor cuando el tobillo se le torció y la pierna se le quebró con un chasquido espeluznante. Se desplomó en el interior de la trinchera, intentando no gritar. No quería hacer ningún ruido, pero no lo consiguió. A su pesar, estaba llorando. Aunque no quería gritar, estaba gritando.

Charles vio caer al muchacho en la trinchera. Había hecho maniobras muchas veces en

ese campo y sabía que no era fácil ver la excavación cuando uno llegaba corriendo. En la penumbra era casi imposible distinguirla. De hecho, ésa era precisamente la idea de las defensas: sorprender al enemigo. Tiempo atrás, cuando estaba al mando de un pelotón, uno de sus hombres había cometido el mismo error. Sentía como si todo aquello perteneciera a otra vida, cuando lo peor que podía pasarle era que alguien se lesionara durante unas maniobras.

Empezó a andar con más rapidez. Oía los gritos del muchacho. Parecía haberse hecho

daño. Probablemente seguiría allí cuando Charles llegara, aunque no podía estar seguro. El chico tenía madera de luchador. Lo mismo que su padre.

Era como estar en una tumba. Las ásperas paredes de hormigón de la trinchera,

cubiertas de musgo, trazaban un rectángulo que enmarcaba el cielo oscuro, donde unas pocas estrellas solitarias se atrevían a brillar ahora que el sol había desaparecido del cielo.

Mehran sintió casi físicamente la sombra de su perseguidor, cuando el hombre se acercó

sin hacer ruido al borde del pozo. No era más que una silueta, un trozo de oscuridad más negra que el resto, que se erguía en lo alto y lo

contemplaba. En la mano empuñaba la pistola. Mehran notó que la levantaba lentamente.

En cualquier caso, necesitaba saber la verdad. Quizá no fuera preciso conocer todos los detalles, pero sí los aspectos más importantes. La muerte de su padre estaba relacionada con otros hechos que él no comprendía, pero sabía que esas conexiones existían. Lo que hasta ese momento les había parecido inexplicable en realidad era lógico y racional, sólo que ellos no disponían de todas las piezas del puzle para entenderlo. Ahora por lo menos había averiguado lo más importante. Sabía que su padre había muerto. Por

alguna razón, había sido asesinado. No había abandonado a su familia por su propia voluntad. No se había marchado porque hubiera dejado de quererlos.

Mehran se sentía casi en paz. Pensó que la muerte era diferente. Había creído que tendría miedo cuando llegara y sin embargo le había traído el conocimiento de las cosas

como realmente eran.

Se daba cuenta de que sería mucho más difícil para su madre, porque ella se culparía

de todo. Para él era más sencillo. Ésa era otra verdad. El que lo pasaba peor era el que se quedaba. Mehran lo sabía muy bien.

Iba a seguir los pasos de su padre mucho antes de lo que había esperado. Se verían pronto, Hamid y él. Lo deseaba y a la vez lo quería evitar. Pero ya no estaba en su mano decidirlo.

Aun así, no pensaba morir llorando. No quería darle esa satisfacción a su perseguidor,

pero, por mucho que intentaba contener las lágrimas, no lo lograba. Estaba sollozando de miedo. Pero no se avergonzaba. Ser valiente significaba atreverse a actuar a pesar del miedo.

—¡¿Qué pasó con mi padre?! —gritó a la oscuridad.

El hombre no le contestó.

No podía, ni tampoco quería.

Charles veía al chico tendido en la trinchera, entre ramas y piedras.

Parecía haberse roto una pierna, pero aun así no se daba por vencido. Todavía no. Lloraba, pero lo miraba desafiante a través de las lágrimas. El chico era fuerte, y Charles siempre había respetado la fuerza. Era muy joven, prácticamente un niño, pero ya era un luchador.

Levantó la pistola y de pronto lo asaltaron las dudas.

¿Era necesario que matara también a un niño? ¿Verdaderamente se había convertido en

eso?

El chico del pozo tenía seis años cuando su padre había desaparecido, la misma edad

que Simon cuando había ocurrido todo.

¿Habría dudado Patricia Wellton antes de matarlo? Probablemente no. Los

profesionales como ella nunca dudan.

Él también era un profesional, pero aun así tenía dudas.

No era un simple asesino. Solamente intentaba cerrar las puertas que habían quedado

abiertas. Proteger los secretos. El muchacho volvió a preguntarle por su padre. Quizá merecía saber la verdad.

—Murió, pero supongo que tú ya lo sabías.

El chico asintió con un gesto y lo miró con expresión aún más desafiante.

Simon habría podido ser el chico del pozo. De haber vivido, tendría la misma edad.

Quince años, a punto de cumplir los dieciséis. Simon los habría cumplido el 18 de noviembre. Se preguntó cuándo los cumpliría el muchacho de la trinchera.

Entonces pensó que quizá no fuera casual que tuvieran la misma edad. Quizá el chico

estaba ahí por algo.

Para que comprendiera las consecuencias de sus actos.

Para que viera con claridad que ya no era posible cerrar más puertas.

Que el precio era demasiado alto.

De pronto oyó un helicóptero, que se aproximaba con rapidez. Lo reconoció por el ruido del motor. Era un Eurocopter EC135, de los que usaba la policía. Menos de dos minutos después, lo tendría encima.

Era el fin. Venían a capturarlo. En ese caso, ya no importaba que el chico viviera o no.

Pero para él sí importaba. No era lo mismo dejarlo vivir que matar a un niño cuando todo estaba perdido.

Porque entonces ya no sería un protector.

No sería un soldado.

Sino un monstruo.

Bajó la pistola, saltó la trinchera y echó a correr hacia el bosque. Pensaba dar un amplio rodeo por la zona boscosa, hasta regresar al coche. Con suerte, se mantendría fuera del área de acción de la policía. Tenía ciertas probabilidades de huir. Pero si lo atrapaban, si después hablaban de él, dirían que había sido una persona ruin y despreciable. Lo llamarían psicópata. Nada de eso le importaba. Siempre había actuado con el único propósito de defender aquello en lo que creía. Estaban en guerra y la guerra exigía

sacrificios. Todos querían una sociedad libre y democrática, pero nadie estaba dispuesto a pagar el precio.

¿Le tendrían en cuenta que había dejado al chico con vida? ¿Verían bondad en ese gesto? Probablemente no.

Pero tampoco le importaba.

Porque al menos él sabría con seguridad una cosa.

Sabría que no era un monstruo.

Torkel, Billy y Jennifer salieron del coche y desenfundaron las armas. Para Jennifer, era la primera vez. La cogía con las dos manos y

apuntaba al suelo. Entre los edificios, en una de las esquinas de la vasta explanada del cuartel, unos policías uniformados estudiaban el cuerpo de un hombre, que por su aspecto físico no podía ser Charles Cederkvist. No había rastro de él, ni tampoco del muchacho. Empezaron por registrar la zona más próxima a las construcciones, pero pronto se dieron cuenta de que necesitarían

refuerzos. El helicóptero volaba en círculos sobre sus cabezas, explorando constantemente el suelo con sus potentes focos.

—Separaos —les ordenó Torkel a Billy y a Jennifer.

Así lo hicieron. Volvieron a explorar los espacios entre los edificios y empezaron a alejarse por el descampado que se extendía entre las deterioradas fachadas y el bosque.

Jennifer aún veía a Billy a cierta distancia, pero al cabo de un momento su compañero giró por un recodo y desapareció. Ella continuó sola por un camino estrecho, donde la oscuridad se iba volviendo más densa a medida que avanzaba. Las construcciones que veía un poco más adelante eran antiguos depósitos de municiones, si no recordaba mal las indicaciones del plano. Con la linterna apuntaba el camino, mientras avanzaba como podía por el sendero pedregoso, aguzando el oído. A sus espaldas oía las voces de los policías uniformados, cada vez más débiles, a medida que se acercaba a los depósitos. Entonces oyó algo diferente. Procedía del bosque, a su derecha. Se detuvo al instante y se volvió rápidamente en dirección al ruido mientras buscaba con la linterna entre los árboles. Oyó una vez más el mismo ruido, pero esta vez un poco más lejos. Algo o alguien se estaba moviendo por el bosque. Con el haz de la linterna, se puso a recorrer la masa de árboles, hasta que unos metros más lejos distinguió una figura vestida de negro.

—¡Alto ahí! ¡No se mueva! —gritó Jennifer, pero con su exhortación consiguió

exactamente lo contrario.

El hombre echó a correr. Jennifer lo perdió de vista, pero salió enseguida tras él, sin

dejar de iluminar con el haz de la linterna los espacios entre los árboles. Al cabo de un

momento, volvió a verlo. Había conseguido poner más distancia entre ellos. Jennifer redobló la velocidad, intentando no perderlo de vista.

Unos diez metros por delante de ella, salió de un salto al sendero y se puso a correr,

todavía más rápido que antes. Jennifer lo perseguía tan velozmente como podía, mientras

pedía refuerzos a través de la radio que llevaba atada al hombro. Cuando logró iluminar a la figura que huía, comprendió hacia dónde se dirigía. Junto al depósito de municiones había un coche. La luz de la linterna se reflejaba sobre el cristal de los faros del vehículo.

—¡Deténgase! —gritó una vez más, sin mayores esperanzas de que en esta ocasión el

hombre la obedeciera.

Tenía razón, porque ni siquiera redujo la velocidad. Jennifer sentía que la adrenalina la ayudaba a mantener el ritmo de la persecución. Era lo que siempre había deseado: acción, decisiones rápidas, la emoción de la caza… Se había hecho policía precisamente para vivir esos momentos.

Cuando el hombre, que seguramente era Charles Cederkvist, estuvo a diez o doce pasos del coche, los faros parpadearon y el cierre de seguridad de las puertas se abrió, con un chasquido que Jennifer pudo escuchar, a pesar del estruendo de su agitada respiración en sus oídos. El hombre era rápido y ella no conseguía recortarle la distancia. El fugitivo llegó al coche y abrió la puerta del conductor. Entonces sucedió algo muy extraño. Se detuvo. Se quedó quieto, con la puerta abierta delante, como si estuviera posando para una foto. Jennifer se le acercó más despacio y alzó el arma.

—Levante las manos y apártese del coche —le ordenó mientras avanzaba con paso cauteloso.

Charles no se movió. Jennifer ni siquiera podía verle las manos, detrás de la puerta abierta del vehículo. Repitió la orden. ¿Dónde se habían metido los demás? Charles siguió sin moverse.

—Levante las manos y apártese del coche —repitió de nuevo.

¿Por qué no se entregaba? Estaba sucediendo lo mismo que en su sueño. La

persecución había terminado y ella empuñaba un arma. El hombre tenía que sentirse superado, abatido y derrotado. Charles tenía que

entregarse. Bajó la vista. De ser preciso, quizá pudiera dispararle a los pies, por debajo de la puerta, o tal vez al hombro izquierdo.

Quizá. Prefería no tener que disparar. Lo ideal era conseguir que se entregara.

Pero el hombre no pensaba hacerlo. Jennifer lo comprendió cuando lo vio levantar una

mano, apoyarla sobre la puerta y disparar dos balazos. Reaccionó instantáneamente y consiguió lanzarse hacia un costado para esquivarlos mientras Cederkvist entraba precipitadamente en el coche y se alejaba con un chirrido de los neumáticos. Jennifer tuvo que apartarse otra vez para que no la atropellara.

Tumbada en el suelo, vio alejarse las luces rojas de la cola del vehículo y enseguida

distinguió a Billy, que los faros delanteros iluminaron brevemente y que enseguida se echó a un lado, para correr después detrás del fugitivo.

Billy se dirigió a toda prisa hacia su coche y de un salto se puso al volante. Arrancó,

salió en marcha atrás del aparcamiento y emprendió la persecución, al mismo tiempo que

avisaba por radio a la patrulla y pisaba a fondo el acelerador. A lo lejos, por el pequeño camino serpenteante, veía de vez en cuando las luces rojas del coche de Charles. Tomaba

las curvas a la mayor velocidad posible. Quizá en otras cosas no era tan bueno, pero pocos podían decir que condujeran mejor que él. Corría con todos los sentidos puestos en la carretera, en medio de la noche. Los faros del vehículo iluminaban árboles, arbustos y carteles, que la oscuridad a sus espaldas no tardaba en devorar. Notaba que se le acercaba y el éxito multiplicaba su entusiasmo. De pronto, vio que los focos del helicóptero habían localizado el coche de Charles. Forzó todavía más el motor. Quería acabar la persecución en ese camino prácticamente desierto, antes de llegar a las vías más transitadas.

Cada vez se acercaba más.

Estaba a punto de alcanzarlo. Era imposible adelantarlo, porque el camino era demasiado estrecho. Estaba solamente unos metros detrás

del coche de Cederkvist y lo único que le preocupaba era que el fugitivo frenara bruscamente, porque en ese caso iba a empotrarse contra su coche. Pero no parecía que Charles fuera a reducir la velocidad.

De pronto, Billy vio que los faros del coche de delante iluminaban una señal de curva

peligrosa y supo que había llegado su oportunidad. Se acercó un poco más todavía y, cuando Charles frenó para tomar la curva, Billy dio un volantazo a la izquierda y aceleró.

Topó con el coche de Charles a la altura de una de las ruedas traseras. El vehículo empezó a girar sobre sí mismo mientras Charles intentaba en vano recuperar el control. Billy pisó el freno y se quedó mirando cómo el otro coche se salía de la carretera y bajaba dando vueltas por el terreno adyacente. Billy se quitó el cinturón de seguridad y se apeó rápidamente del vehículo.

Enseguida Charles notó dos cosas.

En primer lugar, no estaba inconsciente.

En segundo lugar, estaba dentro del vehículo, pero lo que tenía debajo era el techo.

Cuando empezó a moverse, tuvo una tercera revelación.

Le dolía todo el cuerpo y estaba sangrando.

Rápidamente, intentó orientarse. El helicóptero seguía dando vueltas y no dejaba de iluminar con sus focos el vehículo que yacía con las ruedas hacia arriba. La luz le facilitó las cosas, porque enseguida encontró la pistola, que había quedado a su lado, junto a la

ventana. Tendió la mano para cogerla.

Todo había terminado.

El asunto de los dos afganos se había convertido en una hidra: por cada cabeza que cortaba, aparecían otras dos. Ya no podía seguir. Había llegado el final. Agarró con más fuerza la pistola y empezó a reptar con gran esfuerzo para salir del coche por la ventanilla.

Billy venía bajando la cuesta cuando notó un movimiento dentro del

coche que había

caído a unos diez metros del camino. Desenfundó el arma, le quitó el seguro y la mantuvo apuntando al suelo.

Charles consiguió salir del vehículo. Estaba sangrando por todas partes y tenía la ropa

destrozada.

Billy se le acercó.

Cuando Charles se apoyó en el coche para ponerse de pie, Billy notó que empuñaba una pistola y entonces levantó la suya.

—¡Deje caer el arma! —gritó Billy a pleno pulmón, para que se oyera su voz por encima del estruendo del helicóptero, pero Charles siguió esforzándose por ponerse de pie, sin la menor señal de haberlo oído.

—¡Tire el arma! —soltó Billy a voz en cuello.

Charles ya estaba de pie. Con piernas temblorosas y movimientos vacilantes, se volvió

lentamente hacia Billy. De pronto, la escena se iluminó todavía más con la llegada del coche patrulla, que iluminó con sus faros el momento preciso en que Charles con gesto decidido levantaba la pistola y la apuntaba hacia Billy.

Billy le disparó dos veces.

Las dos balas le alcanzaron el corazón.

Charles se desplomó sin vida junto al vehículo.

Noche. Oscuridad.

La lámpara del escritorio flexionada hacia la pared era la única fuente de luz. En la penumbra, las figuras de Sebastian y de Torkel proyectaban sombras alargadas sobre los

muros. Fuera, el viento agitaba los vierteaguas de las ventanas.

Si Sebastian hubiera tenido la costumbre de beber, se habría sentado con un whisky en

la mano, para completar en cierto modo la escena. Torkel, por su parte, bebía cerveza directamente de la botella. Era la tercera.

—Hacía mucho tiempo que no nos sentábamos así, tú y yo —dijo Torkel, quebrando el

silencio.

—Nunca lo habíamos hecho —replicó Sebastian—. Y si de repente vas a sufrir un repugnante ataque de nostalgia, dímelo, para que me vaya a casa.

Torkel sonrió y bebió un trago de cerveza. Pensaba que últimamente Sebastian tenía otra actitud hacia el trabajo y el resto del equipo, pero a veces volvía a ser el de siempre.

—¿Por qué no te has ido ya? —le preguntó, con sincera curiosidad.

—¿Por qué no te has ido tú?

—Estoy solo —respondió Torkel con franqueza—. Ya no me gusta estar en casa.

Guardó silencio. Sebastian notó que esperaba alguna reacción por su parte. Como no

tenía ningún interés en oír confidencias sobre la vida sentimental de Torkel, decidió contestar a la pregunta original, para alejar así la atención de los asuntos personales.

—Estoy contrariado. Charles Cederkvist no era el culpable de la desaparición de los dos afganos, ni de la muerte de su hermano y toda su familia.

Torkel asintió, dándole la razón.

—Pero estaba implicado.

Sebastian se limitó a gruñir, disgustado.

—¿Qué crees que pasó? —preguntó al cabo de un momento.

Torkel se recostó en el sofá, bebió otro sorbo de cerveza y meditó la respuesta durante

unos segundos de silencio.

—Lo que yo creo —dijo por fin, hablando lentamente— es que la CIA estuvo aquí y

se llevó o mató a los dos afganos. Creo que la inteligencia militar lo sabía y que Charles le pidió a su hermano que cerrara el caso. Pero Adam descubrió demasiadas cosas y por eso

lo mataron en las montañas.

—¿Crees que lo mató Patricia Wellton?

—Sí —respondió Torkel—. Lo que no sé es por qué la mataron a ella después.

—Charles está muerto. ¿No conseguiremos relacionar a nadie más con todo lo

ocurrido?

Había cierto disgusto en la voz de Sebastian.

Torkel se echó hacia delante, apoyó los codos sobre las rodillas y se puso a estudiar al hombre que tenía delante y que a pesar de todo seguía considerando su amigo.

—Creía que no te importaba eso de juzgar y castigar a los criminales. «La meta no existe. El camino lo es todo.» ¿No era eso lo que decías?

—Sí, pero eso no significa que me dé igual que se escapen —respondió Sebastian con

amargura.

—Pero a veces se nos escapan —replicó Torkel sin el menor dramatismo mientras se

volvía a apoyar en el respaldo del sofá.

—Además, esta vez el camino fue un puto aburrimiento —prosiguió Sebastian, para explicar un poco mejor su irritación—. Y Billy mató a la única persona que podía ser medio interesante.

—Quizá habría sido más divertido si te hubieras quedado con nosotros todo el tiempo

—respondió Torkel, con una sonrisita desafiante.

—Tenía otras cosas que hacer.

Torkel volvió a inclinarse hacia delante, con verdadero interés.

—¿Qué sabes de Vanja? ¿Has tenido alguna noticia de ella?

Sebastian negó con la cabeza.

—Lleva todo el día sin coger el teléfono.

—Lo del FBI ha sido un golpe muy duro para ella —aseguró Torkel pensativo.

—Vanja es fuerte.

—Por lo menos consigue transmitir esa impresión, sí. Pero no sé si será capaz de

soportar este revés, sumado al problema de su padre.

Sebastian sintió que la irritación se mezclaba con una creciente sensación de malestar

y con algo que no recordaba haber experimentado desde hacía mucho tiempo.

Remordimiento. Necesitaba cambiar urgentemente de tema.

—Sabemos muchas cosas —dijo, volviendo a la conversación inicial, con la esperanza

de que Torkel lo siguiera—. Lennart Stridh debía de tener muchos colegas. Podría filtrarles algunos datos…

Torkel negó con la cabeza y volvió a inclinarse hacia delante, como para hacerle una

confidencia. A Sebastian no le gustaba nada esa postura suya.

—¿Sabes por qué estoy donde estoy y por qué me mantengo a través de los años?

—No, pero tampoco me lo he preguntado nunca —respondió Sebastian sinceramente.

—Porque sé cuándo hay que parar —indicó Torkel, antes de beber otro sorbo de la botella—. Tienes que elegir tu guerra, Sebastian. Planta batalla solamente cuando creas posible ganarla.

—Ése no es mi estilo.

—Pero así la vida es más fácil.

—También es más aburrida. Y hablando de aburrimiento…

Echó un elocuente vistazo a su reloj y se puso de pie. Torkel simplemente le sonrió y

se levantó a su vez.

—Yo también me voy. Tengo algo que hacer.

A pesar de todo lo sucedido, parecía imposible irritar ese día a Torkel. Quizá fuera su

manera de manejar la frustración: sonreír ante todo lo malo. Sebastian cogió su chaqueta y se dirigió a la puerta. Torkel apagó la lámpara del escritorio.

—¿Hasta dónde crees que habrá gente implicada? ¿Hasta muy arriba?

—Esa pregunta no me interesa, porque nunca sabremos la respuesta.

—¿Y puedes aceptar que sea así?

—Yo sí, y tú también.

Salieron del despacho de Torkel y subieron en silencio al ascensor. Torkel tenía razón,

por supuesto. Sebastian podía aceptarlo, del mismo modo que había aprendido a aceptar todo lo demás.

El policía acababa de marcharse. Shibeka no lo conocía. Se llamaba Torkel Höglund y por

lo visto era jefe de algo llamado Unidad de Homicidios. Los había

tratado con amabilidad y de una manera cercana y personal. Había preguntado varias veces cómo se encontraba

Mehran y qué habían dicho los médicos, y parecía realmente interesado. Sin embargo, cuando llegaron al tema de lo que había ocurrido y de lo que realmente sabían, a Shibeka todo le resultó mucho más familiar y conocido.

Tenían muy pocos datos. No se atrevían a especular.

Eran muy buenos con las palabras, pero no con la verdad.

O tal vez se daban cuenta de que el precio era demasiado alto. Puede que fuera tan sencillo como eso. Eran más sensatos que ella y sabían que, a pesar de todo lo que se hablaba sobre libertad y transparencia, había cosas que era mejor no tocar. Shibeka había estado a punto de perder a su hijo porque no lo había entendido. ¿Habría merecido la pena?

No, en ningún caso.

Pero ¿realmente podría permanecer callada? En ese momento, junto a su hijo enyesado

y postrado en una cama de hospital, la decisión le parecía sencilla. Pero ¿qué haría cuando pasaran tres meses? ¿O seis? ¿Qué haría cuando las preguntas volvieran a resonar en su cabeza?

No sabía si podría soportarlo.

Le cogió la mano a Mehran. Los potentes analgésicos que le habían administrado debían de haberle empezado a hacer efecto, porque ya volvía a tener algo de color en la

cara. Los ojos le brillaban, más hermosos que nunca. Eran los ojos de Hamid.

—¿Mamá? —dijo en voz baja.

—¿Sí?

—La policía sabe algo más. Estoy seguro.

—Ahora no pienses en eso. Por un momento creí que no iba a volver a verte.

Se inclinó hacia él. Habría querido abrazarlo con fuerza y no soltarlo

nunca, pero sabía que cualquier contacto podía hacerle daño. Tenía el cuerpo cubierto de heridas y hematomas. En lugar de abrazarlo, le apretó la mano con más fuerza. Mehran la miró con

tristeza.

—Perdóname por no habértelo dicho, mamá. Perdóname por haberte ocultado lo que

pensaba hacer.

—Tú no tienes que disculparte —susurró ella—. Si hay alguien que debe pedir perdón,

soy yo.

—¿Por qué?

—Por haberte arrastrado a esto.

—Tú tampoco tienes que disculparte, mamá. No tienes que pedirme perdón a mí, ni a

nadie. Nunca más.

Shibeka vio que los preciosos ojos de su hijo se llenaban de lágrimas.

—Está muerto, mamá. Lo mataron.

—Ya lo sé. En el fondo, siempre lo he sabido.

—Pero no sabemos cómo. Ni por qué.

—Hablaremos de eso más adelante. Ya veremos si es tan importante conocer el cómo

y el porqué.

Guardaron silencio durante un momento. Mehran la miró y un pensamiento le vino a la

mente. Era simple y evidente, pero no recordaba haberlo expresado nunca con palabras.

Siempre había supuesto que no era necesario, porque ella ya lo sabía.

—Te quiero, mamá —le dijo.

Shibeka ya no pudo contenerse más. Se levantó y le dio un abrazo, y a él le gustó que

le demostrara así su cariño, aunque le dolieran las heridas.

—¿Puedes hablarme un poco de él? —murmuró Mehran, cuando su madre volvió a

sentarse a su lado.

—¿De Hamid?

—Hay tantas cosas que no sé… Antes prefería no saber nada. Pensaba que me dolería

demasiado.

—Ya lo sé, Mehran.

El chico la miró un momento, antes de continuar.

—Pero no era cierto. Ahora sé que no era cierto. Él vive en nuestros recuerdos y nos

da fuerza para seguir adelante a los que nos hemos quedado.

Shibeka lo miró. Los recuerdos…

¡Había tantos!

Y por fin tenía alguien con quien compartirlos.

Alexander Söderling había tenido una buena mañana. Se había quedado durmiendo hasta

tarde y había desayunado con su familia. Cuando su mujer se había ido al trabajo y los niños a la escuela, él había encendido el iPad y se había puesto a mirar las webs de los periódicos. La prensa no parecía haber establecido ninguna conexión entre los sucesos de Almnäs y los cadáveres hallados en la montaña, ni con los afganos desaparecidos.

Tampoco habían relacionado a Charles con el accidente de tráfico que

le había costado la vida a Lennart Stridh. Se enteró de que el chico había sobrevivido, aunque tenía una pierna fracturada. Pero supuso que alguien habría tenido la precaución de advertirle que en determinadas circunstancias lo mejor y lo más sencillo era mantener la boca cerrada. Todo parecía indicar que habían superado la crisis. Una vez más. Veronica Ström había mantenido su promesa cuando le había dicho que se ocuparía de todo.

A las nueve y cuarto, Alexander salió de su casa y se dirigió al coche. Habitualmente

se adelantaba a los atascos, pero esta vez iba a tardar por lo menos una hora en llegar al trabajo. Podía permitírselo. Accionó la llave del Audi mientras bajaba por el sendero y echaba una mirada rápida al césped, que estaba lleno de hojas. ¡Malditos vecinos! ¿No podían talar de una vez los putos arces? Les robaban muchas horas de sol durante el verano y, por si fuera poco, el noventa por ciento de las hojas iban a parar a su jardín todos los otoños. Más de una vez se había recreado con la idea de colarse en la parcela de los vecinos por la noche y meter unos cuantos clavos de cobre en los troncos. Pero, si lo hacía, ¿cuánto tiempo tardarían en morirse los árboles del demonio? Probablemente años,

si es que el método funcionaba, porque también era posible que no fuera más que un mito.

Una motosierra sí que funcionaría, de eso podía estar seguro. La idea era atractiva. ¿Qué podía pasar? ¿Una indemnización por daños y perjuicios? ¿Una carta al periódico local?

Quizá mereciera la pena. En cualquier caso, los putos árboles no volverían a levantarse.

Abrió la puerta del lado del conductor, arrojó el maletín al interior del coche y se sentó. Entonces sintió un pinchazo en la espalda. Como una picadura de avispa o… Se llevó la mano al lugar de la punzada y se pinchó otra vez. Una aguja. ¿Cómo demonios había ido a parar una aguja al tapizado del asiento del coche? ¿De dónde había salido?

Cuando se disponía a abrir la puerta para salir del vehículo y tratar de desenganchar la aguja del respaldo, se dio cuenta de que algo iba mal.

Tenía el corazón desbocado.

No un poco más acelerado, ni con una ligera taquicardia, sino totalmente desbocado.

Volvió a apoyarse en el respaldo y trató de controlar la respiración. Tenía que relajarse.

Intentó hacer inspiraciones profundas, pero no le sirvió de nada. El cuerpo le funcionaba en piloto automático. Sentía en los oídos el latido estruendoso del pulso. Empezó a dolerle el pecho y comprendió que iba a sufrir un ataque cardíaco. No había ninguna posibilidad

de que el corazón aguantara mucho tiempo más la tensión a la que estaba siendo sometido.

Intentó hacer sonar el claxon, para llamar la atención de alguien que pudiera ayudarlo, pero no lo consiguió. Solamente logró apoyar las manos sobre el volante, sin producir ningún ruido. El dolor oprimente en el pecho se volvió más intenso, y la respiración, más trabajosa. Sentía palpitar las venas del cuello. Necesitaba ayuda urgentemente. Pero ¿a quién recurrir? Las calles de su suburbio residencial solían estar desiertas a esa hora del día.

Justo enfrente, a unos veinte metros, notó que había dos hombres sentados en el interior de un coche, un Volkswagen rojo oscuro que le pareció familiar. Intentó llamarlos.

Agitó las manos y golpeó débilmente la ventanilla. Fue todo lo que consiguió hacer. No habría podido salir del coche, aunque hubiera sido capaz de abrir la puerta.

¿Eran imaginaciones suyas o los dos hombres lo estaban mirando? Por lo menos uno

de ellos, el pelirrojo, estaba mirando en su dirección. No tenía ninguna duda. Del otro no podía saberlo con seguridad, porque llevaba puestas unas gafas de sol. ¿Por qué no hacían nada? Mientras el corazón amenazaba con salírsele del pecho, vislumbró la respuesta a su pregunta.

Curiosamente, su último pensamiento, justo antes de que el corazón le dejara de latir,

no fue para Annika ni para los niños, sino para Veronica. Ahora comprendía lo que había

querido decirle cuando le había asegurado que ella se ocuparía de todo.

Billy metió dos rebanadas de pan en la tostadora. Después abrió el frigorífico; sacó la mantequilla, el queso y la mermelada, y lo dispuso todo sobre una bandeja, en la isla de la cocina. Se volvió hacia la encimera y encendió la tetera eléctrica. Giró la mitad de la tortilla francesa sobre la otra mitad y dejó que se terminara de hacer con el fuego apagado.

Abrió uno de los armarios y sacó dos tazas. No hacía falta que se diera prisa, porque le habían abierto otro expediente y estaba provisionalmente apartado del trabajo. Era la segunda vez en pocos meses. Su caso no tenía buen aspecto. A los periodistas les habría

encantado si hubieran llegado a enterarse, pero hasta ese momento no había visto nada en la prensa. Se había escrito y hablado asombrosamente poco acerca de lo sucedido en Almnäs.

Pero Billy no podía quitárselo de la cabeza.

Veía a Charles fuera del coche, apuntándolo con el arma. ¿Habría podido hacerlo de otra manera? ¿Tratar de alcanzarlo en el hombro o en las piernas, por ejemplo, para dejarlo fuera de combate? Sus recuerdos no eran totalmente claros ni definidos, pero había un detalle que recordaba con dolorosa exactitud: la expectante ansiedad que había sentido mientras bajaba por la cuesta hacia el vehículo donde se hallaba Charles.

Durante la investigación, Torkel lo defendería, por supuesto. Charles Cederkvist era un

oficial del ejército altamente entrenado, que lo estaba apuntando con una pistola a escasos metros de distancia. Incluso herido, habría podido matarlo. Había muchos testigos. No, a Billy no le preocupaba particularmente la investigación. De hecho, no le preocupaba en absoluto. Pero en cambio lo atormentaba comprobar que si bien no recordaba con claridad

la cadena de sucesos que había conducido a los disparos, aún podía sentir con vívida intensidad lo que había experimentado inmediatamente después. Un torrente de calor le había recorrido el cuerpo cuando había visto caer el cuerpo exánime de Charles. No era la acción de la adrenalina, sino más bien de las endorfinas. Había sido una sensación de auténtico bienestar. Era una locura, pero solamente

podía compararla con lo que sentía después del sexo. Después de una sesión de sexo fabuloso.

Cuando se apagó la tetera, echó el agua caliente en las dos tazas e introdujo una bolsita de té en cada una. Dejó la tetera en su sitio y abrió el armario para sacar la miel. Cogió la sartén, sirvió la tortilla en un plato y lo puso en la bandeja. Después, contempló satisfecho su obra. No se había olvidado de nada. ¡Sí! De las tostadas. Las sacó de la tostadora y las depositó sobre una servilleta limpia. Se dijo que My lo había cambiado en muchos sentidos, pero probablemente donde más se notaba su influencia era en sus costumbres alimentarias y en lo que era capaz de hacer en la cocina. En el pasillo, de camino al dormitorio, sacó una llave del bolsillo y la colocó junto al cuchillo de untar la mantequilla.

My estaba durmiendo de costado, sobre el lado izquierdo. Un hilillo de saliva se le escapaba de la comisura de la boca y caía sobre la almohada. Hasta eso le parecía adorable a Billy. Era perfecta para él. Ahora sí que era perfecta. Al principio, las cosas no habían ido del todo bien, cuando creía que a ella no le gustaban los tipos que se sentían satisfechos con su trabajo y no intentaban progresar, y ella pensaba que él necesitaba su ayuda para cambiar la situación. Por eso había discutido con Vanja. Ahora había dejado las cosas claras con las dos. Más con My que con Vanja, tenía que reconocerlo.

La llamó suavemente, en voz baja. My se despertó enseguida, como siempre. Era como si tuviera un interruptor: despierta y despejada por la mañana, y profundamente dormida, al cabo de dos segundos, por la noche. Enseguida se sentó y se secó discretamente la comisura de la boca mientras Billy dejaba con cuidado la bandeja sobre

la cama y se sentaba a su lado.

—Eres un encanto —le dijo My a Billy, dándole un beso, antes de disponerse a desayunar.

Cuando fue a coger el cuchillo de la mantequilla, se detuvo un momento, y en lugar

del cubierto, cogió lo que encontró a su lado. La llave.

—¿Qué es esto?

—Una llave.

—Pensaba que tú no querías.

—Yo también creía que no.

Con mucho cuidado para no volcar la bandeja, My se inclinó hacia él y lo abrazó. Fue

un abrazo muy largo, que él le devolvió. Así era él en realidad. Así quería ser. No quería saber nada del otro Billy, del que disfrutaba matando. Solamente Jennifer lo conocía.

¿Podía dejar que My se mudara a su casa sin contárselo? ¿Qué pasaría si se lo confesaba?

Jennifer no había reaccionado especialmente mal, pero ella era policía y no tenía pensado irse a vivir con él.

—… mayo.

Billy se dio cuenta de que My le estaba diciendo algo al oído. Se apartó para verle la

cara.

—Perdona, ¿qué me estabas diciendo?

—Que podríamos casarnos en mayo.

Billy no consiguió articular ninguna respuesta. Se quedó paralizado, sin acertar siquiera a sonreír. Pero My estaba riendo.

—¡Era una broma! Te estaba tomando el pelo, cariño.

Le apoyó las manos sobre las mejillas y lo besó en los labios. En ese momento, sonó el

teléfono. Billy se deslizó con cuidado fuera de la cama y lo cogió. Era Vanja.

Se alegró mucho de verlo.

En cuanto entró en la habitación, notó que estaba preocupado por ella. Aunque la encontró sentada en la cama, vestida con ropa de calle, no dejaba de ser un hospital. Se tranquilizó cuando le dijo que

solamente estaba allí para hacerse unas pruebas y acordar los últimos detalles para un trasplante de riñón. Era donante, así que tampoco tenía que preocuparse por eso.

Billy acercó una silla a la cama y empezó a contarle todo lo que había sucedido desde

que ella se había ausentado. Le contó también que My y él habían decidido irse a vivir juntos, pero sobre todo le habló del caso.

—No tenías otra opción —le dijo Vanja cuando se enteró de que había matado a Charles Cederkvist.

—Ya lo sé —mintió Billy.

Entonces ella lo cogió de la mano y notó que el gesto lo sorprendía. Sebastian le había

dicho que no podía hacer nada para remediar lo sucedido entre ellos, que le correspondía a Billy tomar la iniciativa. Pero sentía que debía intentarlo. Además, en los últimos tiempos la credibilidad de Sebastian se había devaluado considerablemente.

—No debí decirte que soy mejor policía que tú.

—Pero es cierto —respondió Billy, encogiéndose de hombros.

—Verdaderamente necesito un amigo y tú eres el mejor que he tenido nunca —le comentó con franqueza, mirándolo a los ojos con tanta intensidad que Billy se sonrojó un poco.

—Tranquila. Somos amigos. Todo lo demás está olvidado.

Vanja le sonrió emocionada y aliviada, y Billy tuvo que hacer un esfuerzo para no desviar la mirada. En ese momento, empezó a vibrar el móvil de Vanja sobre la mesilla,

junto a la cama. Billy lo alzó, agradecido por la interrupción, y miró la pantalla.

—Es Sebastian —dijo, tendiéndoselo.

—Deja que suene —respondió Vanja.

Un poco sorprendido, Billy volvió a dejar el teléfono donde estaba. Al cabo de un momento, dejó de sonar.

Sebastian.

Vanja se dio cuenta de que necesitaba contárselo a alguien. Si no lo compartía con nadie, acabaría devorándola por dentro. Necesitaba contárselo a un amigo.

—Creo que Sebastian…

Se interrumpió, dudando. Sabía que parecería una locura cuando lo dijera en voz alta.

Billy pensaría que se había vuelto paranoica, que había pasado de colega engreída a colega demente. Era evidente que no se lo ponía fácil a sus amigos.

—Lo que le ha pasado a mi padre y la respuesta negativa del FBI… —empezó Vanja

lentamente, sopesando cada palabra.

—¿Sí?

—Creo que Sebastian ha tenido algo que ver con las dos cosas.

La expresión de Billy confirmó sus inquietudes. Lo que acababa de decirle le había parecido tan absurdo como ella se temía.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así? —preguntó, con justificada curiosidad.

—No lo sé. Yo también lo he estado pensando y lo único que se me ocurre es que está

enfermo. Por alguna inexplicable razón, se ha propuesto destrozarme la vida.

Billy asintió, pero solamente para disimular su confusión. Le resultaba muy difícil reconciliar lo que le estaba diciendo Vanja con sus sospechas acerca de Sebastian y ella.

¿Por qué iba a querer Sebastian hacerle daño si era su padre?

—Parece un poco… una locura.

—Por eso puede hacerlo impunemente —replicó ella, con tanta calma y sinceridad como pudo—. Es una locura tan grande que nadie podría creerlo. Creo que es un psicópata.

¿Qué podía decirle Billy? Se abrió la puerta de la habitación y entró un médico. Para

alivio de Billy, Vanja desvió hacia el doctor toda su atención.

—Ya puede irse a casa —dijo Omid Shahab.

—De acuerdo. ¿Cuándo tengo que volver?

—No es necesario que vuelva. No podemos aceptarla como donante para su padre. Su

riñón no es compatible.

Vanja no comprendía lo que estaba oyendo. Era como si de pronto el médico le estuviera hablando en otro idioma.

—¡Claro que es compatible! ¡Soy su hija!

—Lo siento. —Omid separó los brazos, como pidiendo disculpas—. A veces pasa. Lo

siento mucho.

—¿Cuál es el grupo sanguíneo de Vanja? —preguntó de pronto Billy.

—Hay muchas cosas que tienen que coincidir, y no sólo el grupo sanguíneo. —Fue la

respuesta evasiva del facultativo—. Hemos realizado los estudios correspondientes y por

desgracia hemos visto que el riesgo de rechazo es demasiado elevado.

—Mi grupo es el O —respondió Vanja a la pregunta anterior.

—¿Y el de tu padre? —preguntó Billy, volviéndose hacia ella.

—No lo sé.

Entonces Vanja miró a Omid, que estaba de pie al otro lado de la cama.

El médico desvió la mirada y se rascó la barbilla. La inspectora de policía que había en Vanja se despertó de pronto. El doctor Shahab le estaba ocultando algo.

—¿Cuál es el grupo sanguíneo de mi padre? —repitió Vanja.

—No puedo decírselo —trató de evadirse el médico—. Es confidencial.

—Es mi padre. Si quiero conocer ese dato, puedo averiguarlo enseguida. ¿Por qué no

me lo dice ahora?

Omid dudó un momento. No podía revelar ese tipo de información a nadie, fuera o no

familiar del paciente. Por otro lado, sabía que Vanja se enteraría si se lo proponía y no creía que fuera a tardar ni siquiera un cuarto de hora en hacerlo.

—Su tipo es AB —dijo finalmente, en voz baja.

Vanja comprendió de inmediato lo que eso significaba.

Aunque no recordaba muy bien los cuadros genéticos que había estudiado en el colegio, su colaboración con las investigaciones técnicas de Ursula le había refrescado los conocimientos.

Una persona del grupo sanguíneo AB no puede tener un hijo del grupo O.

A Vanja le costaba asimilar las consecuencias de lo que acababa de oír. Era increíble.

Billy se inclinó hacia ella y la abrazó. Vanja se aferró a él, por miedo a venirse abajo.

Billy no dijo ni una palabra, pero estaba pensando.

Se preguntaba qué grupo sanguíneo tendría Sebastian.

Estaba bastante seguro de que no sería el AB.

Ellinor se desenganchó la tarjeta con su nombre de la blusa y la dejó en uno de los armarios metálicos alineados contra la pared, en el área del personal de los grandes almacenes Åhléns. Sacó el abrigo y el

bolso, y cerró el armario. El bolso pesaba más que de costumbre o tal vez solamente se lo parecía a ella. Ochocientos setenta y cuatro gramos no son mucho peso, pero tenía la impresión de notarlos. Quizá fuera sólo psicológico.

Como cuando uno piensa que se ha tomado una medicina y se siente mejor, aunque sólo

hayan sido píldoras de azúcar. Se colgó el bolso del hombro —sí que estaba un poco más

pesado— y se dirigió a la salida del personal. Por el camino, saludó a tres de sus colegas.

Sabía que pensaban ir juntas a tomar una copa de vino. Le habían preguntado si quería ir con ellas, pero Ellinor les había dicho que no.

Tenía otros planes.

Salió a Mäster Samuelsgatan, se abrochó el abrigo y miró a su alrededor. En primer lugar, tenía que ir a comer algo. Jensens Bøfhus estaba cerca, unos cientos de metros más abajo, por la misma calle. Se levantó con una mano el cuello del abrigo, para que no le molestara el viento, y echó a andar hacia el restaurante. Se cruzó con mucha gente, pero nadie le prestó atención.

Nadie sabía que era una señora de la limpieza que además follaba.

Nadie sabía que el bolso le pesaba un poco más que de costumbre.

Nadie sabía nada. Todavía.

No tenía prisa. Pensaba sentarse y comer tranquilamente un buen plato de carne, con

un vaso de vino o tal vez dos. Después, pediría un café y una de aquellas trufas pequeñas, si todavía quedaban. Tenía tiempo de sobra. Además, el restaurante estaba cerca del metro, por si finalmente prefería no ir andando a la casa de Sebastian.

El apartamento estaba inmaculado.

Por lo general, Torkel intentaba tenerlo un poco más ordenado cuando no estaba trabajando activamente en ningún caso. Esta vez la situación no era tan mala como en otras ocasiones, pero aun así había decidido hacer una limpieza a fondo, más que nada para tener algo que hacer y matar el tiempo.

Recogió todo lo que encontró fuera de su sitio, pasó la aspiradora, fregó el suelo, sacó las alfombras y los felpudos al jardín común y los sacudió, cambió las sábanas y puso a

airear los edredones. Abrió los armarios y consideró por un momento la posibilidad de vaciarlos y ordenarlos de verdad, pero eso ya habría sido demasiado. Todo tenía un límite.

A las ocho había terminado. Se duchó, se tumbó en el sofá sin una mota de polvo y encendió el televisor. A los pocos minutos, lo apagó, aburrido. Fue a la cocina y abrió el frigorífico. No tenía hambre. Sacó una cerveza y se sentó a leer el periódico de la mañana.

Quince minutos después, sonó el teléfono.

—Hola. Axel Weber, de *Expressen* —oyó que le decían.

—Hola.

—Perdona que te llame por la noche, pero quería preguntarte si hay alguna novedad en

la investigación de la fosa común de Jämtland.

Al principio, la pregunta lo había sorprendido, pero de inmediato Torkel recordó que

nadie más que él y los integrantes de su equipo tenían conocimiento de lo ocurrido. Según la versión oficial, los cuerpos de la montaña seguían sin identificar.

Una vez más, tenía que elegir su guerra.

Le repitió a Weber la versión oficial y colgó.

En cuanto a los incidentes de Södertälje, ni siquiera había una versión oficial. La inteligencia militar los había soterrado por completo. Ni siquiera había confirmado que el fallecido Charles Cederkvist fuera uno de sus hombres. Si Torkel interpretaba

correctamente los artículos que tenía delante, el interés de la prensa se

diluiría al cabo de pocos días, hasta desvanecerse del todo. No habría ningún juicio que seguir, ni familiares acongojados que quisieran hacer declaraciones, ni ningún tipo de conexión con pandillas o mafias. Sin ninguno de esos ingredientes, un tiroteo con resultado de muerte en Södertälje no podía ser noticia por mucho tiempo.

Tras poner fin a la comunicación con Weber, se quedó un momento inmóvil, con el teléfono en la mano.

Axel Weber, periodista especializado en sucesos.

Podía ser un fastidio, pero era muy bueno en lo suyo.

Si se enteraba de la identidad de los muertos, relacionaría de inmediato los cadáveres

de la fosa común con Charles Cederkvist. Incluso era posible que encontrara la conexión

con el hombre abatido a tiros en las afueras de Almnäs, conocido como Joseph, y quizá también descubriera que todo estaba relacionado con la desaparición de Hamid y Said, los dos afganos.

Torkel había hablado unas horas antes con la viuda de Hamid y con su hijo. Les había

mentido. Había disfrazado la verdad. Les había dado a entender que tras la muerte de Charles y de Joseph era imposible llegar más allá en la investigación. Le había hecho creer que nadie podría alcanzar nunca ninguna conclusión.

Pero después lo había llamado Weber.

Tenía que elegir su guerra. O también podía buscar a alguien que plantara batalla por

él. Cogió el teléfono y marcó un número. Le contestaron al tercer tono.

—Hola. Soy Torkel Höglund, de la Unidad de Homicidios —dijo.

Cinco minutos después, colgó. Había respetado el protocolo, que exigía informar sobre

las investigaciones concluidas al cuerpo de la policía local que había solicitado la ayuda de su departamento. Nadie podía ponerle ninguna objeción. Les había comunicado a sus

colegas los nombres de las cuatro personas cuyos cadáveres quedaban por identificar, para que pudieran cerrar el caso. No podía desconfiar de la profesionalidad de Hedvig Hedman

y de sus subordinados, ni poner en duda su capacidad para mantener la confidencialidad

de esa importante información.

Satisfecho y con la sensación de haber hecho algo prohibido —una sensación que no

había vuelto a experimentar desde la adolescencia—, se levantó y se dio una vuelta por el apartamento. Todavía era pronto. Tenía ganas de salir.

Llamó a sus hijas.

Las invitó al cine y les dijo que las dejaba elegir la película. Querían, pero no podían.

Tendrían que dejarlo para otro día. Torkel consideró la posibilidad de llamar a Ursula, pero no encontró ninguna excusa verdaderamente buena, de modo que descartó la idea.

En lugar de eso, se levantó, fue a buscar una botella de whisky y, antes de arrellanarse otra vez en el sofá, encendió el televisor y se sirvió un vaso. No era bueno beber solo, pero, si no lo hacía solo, ¿cuándo demonios iba a beber? Se acabó enseguida el primer vaso y se sirvió otro.

Ursula estaba sentada en la cocina con una copa de vino mientras Sebastian servía en unos platos la comida que había salido a comprar. Si cualquiera que conociera su historia con Sebastian la hubiera visto en ese momento, se habría preguntado qué demonios estaba haciendo ahí. Era la cuarta vez en una semana. También Ursula se lo preguntaba. Pero había encontrado las palabras que resumían su relación con Sebastian en los últimos tiempos: sin exigencias.

Era justo lo que necesitaba en ese momento. Una evasión, una pérdida de tiempo, una

tontería… No sabía exactamente cómo llamarlo, pero disfrutaba con la compañía de Sebastian. A su lado podía relajarse. Sebastian nunca pretendería que sus encuentros se convirtieran en algo más, ni ella tampoco. Nunca le diría «te quiero», o por lo menos no se lo diría sinceramente. Era mejor que estar sola, pero en sus propios términos. Sabía bien lo que estaba haciendo. Sebastian no era monógamo, y ella tampoco. En otra época lo había

querido mucho y él la había defraudado. Pero eso había pasado porque no había tenido expectativas realistas.

Sobre la pareja, la fidelidad, la vida…

Además, era agradable estar con él. Tenía muchos temas de conversación y cambiaba

bastante cuando estaba a solas con una mujer. Se volvía más atento, más abierto y más interesado por todo lo que oía. Ursula no se hacía ilusiones. Sabía que se comportaba de la misma manera, fuera cual fuera la mujer que se sentara a su mesa. Lo hacía de manera automática. Llevaba tanto tiempo seduciendo a mujeres compulsivamente que su cerebro

desconectaba por sí solo la vertiente más desagradable de su personalidad cada vez que se encontraba a solas con alguien del sexo opuesto. Era capaz de cualquier cosa con tal de llevarse a una mujer a la cama, aunque con Ursula no lo había conseguido. «Todavía no»,

añadió ella en su fuero interno mientras Sebastian, con una sonrisa, ponía los platos sobre la mesa.

—Ya está la cena —dijo él, y separó la silla de la mesa y se sentó.

El programa de televisión seguía, pero la botella ya casi estaba vacía, según pudo observar Torkel mientras se servía un vaso más. No estaba llena cuando empezó, pero sin duda se

había bebido una buena cantidad. Lo suficiente para estar borracho. En el sofá. Solo.

Delante de la tele. Era patético. Se enderezó un poco en el asiento y

notó que la cabeza le daba vueltas y el estómago le ardía. Tenía que comer algo. Pero volvía otra vez a lo mismo: la soledad. No tenía gracia cocinar para uno. Y todavía peor era salir solo a cenar.

Sus hijas tenían otros planes para la noche, y eso no iba a cambiar en los próximos años.

Aun así, se dijo que tenía que conocer al novio de su hija mientras siguiera siendo su pareja. A esas edades, las relaciones no suelen durar mucho. ¿O serían solamente sus deseos? Yvonne tenía a Kristoffer. ¿Y él? ¿A quién tenía él? A nadie.

Pensó en Sebastian.

Sebastian siempre tenía a alguien. Cada vez que quería. Si Torkel hubiera tenido solamente una pequeña fracción del éxito de Sebastian con las mujeres, habría sido feliz.

Si lo hubiera tenido con una sola mujer.

Con Ursula.

Porque así estaban las cosas. Aunque le hubiera resultado cómodo y sencillo salir a la

calle a buscar a alguien, o registrarse en una web de contactos para concertar una cita, no quería conocer a nadie. Ya conocía a Ursula y no quería a nadie más.

¿Realmente era una guerra imposible de ganar? Es cierto que estaba casada, pero antes

no parecía que eso fuera un obstáculo para ella. Le había dicho que estaba mejor con su

marido, pero Torkel estaba seguro de que tenía que ser una fase pasajera. Micke no era el hombre que Ursula necesitaba y quería, y ella también lo sabía. Quizá solamente le hacía falta ver una señal más clara por parte de Torkel, para atreverse a lanzarse del tren en marcha. Tal vez necesitaba estar segura de que él estaría allí para recogerla.

Probablemente la metáfora era mala. Ursula no necesitaba a nadie que la recogiera. Torkel no conocía a ninguna persona más fuerte e íntegra que ella. Pero aunque no lo hubiera

expresado bien, el hecho era el mismo. Nunca le había dicho lo que sentía por ella y jamás podría ganar la batalla si no salía a pelear. Cogió el teléfono y marcó el número de Ursula.

Se puso de pie antes de que ella contestara y empezó a ir y venir por la habitación. Cuando se levantó, notó que todo le daba vueltas. Había bebido demasiado whisky.

—¿Diga? —La oyó contestar.

—Hola, soy yo —dijo él con voz risueña—. Torkel —añadió, para que no hubiera dudas.

—Sí, ya lo había visto. ¿Qué tal estás?

—Bien. Muy bien. —Hizo una inspiración profunda, que de inmediato empezó a

transformarse en un desagradable eructo. Con un esfuerzo, logró convertirlo en una especie de hipo—. ¿Y tú cómo estás?

—También muy bien, gracias.

—Me alegro.

—¿Querías algo? —le preguntó Ursula, después de unos segundos de silencio.

Torkel se rascó la cabeza, de pie junto a la ventana. Como no se le ocurría ninguna buena razón para explicarle su llamada, le dijo la verdad.

—No, solamente quería hablar contigo.

—Bueno, pero en este momento…

Ursula miró de soslayo a Sebastian, que se levantó, recogió los platos y los llevó al lavavajillas.

—Te quiero.

Ursula se alegró de tener a Sebastian detrás. No sabía qué cara había puesto, pero como el teléfono había estado a punto de caérsele de la mano, su expresión tenía que haber sido cómo mínimo de sorpresa. ¿Qué podía contestarle? Era lo último que esperaba oír en

boca de su jefe.

—Ya sé que estás con Micke y todo eso —prosiguió Torkel, ahorrándole así a Ursula

la necesidad de responder a su declaración de amor—. Pero… si en algún momento dejara

de funcionar… Quiero que sepas que te estoy esperando. Te quiero.

Ursula seguía en silencio, con el teléfono en el oído. Empezaba a sentir las miradas de

Sebastian, pero no quería volverse en su dirección.

—Muy bien —precisó finalmente, más que nada porque estaba obligada a decir alguna

cosa.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Habría querido poner fin a la conversación, pero no sabía cómo hacerlo.

Torkel se aclaró la garganta, como si acabara de comprender que la había puesto en una situación incómoda.

—Ha sido una tontería llamar, pero quería que lo supieras.

—Ya lo sabía.

Torkel tenía tanta prisa en colgar, que no pareció oír las últimas palabras de Ursula.

—Bueno, perdóname —le dijo simplemente—. Nos vemos mañana.

—Sí, hasta mañana.

Entonces colgó. Ursula dejó lentamente el teléfono sobre la mesa, e intentó

recomponer la expresión del rostro, ordenar los pensamientos y recuperar un tono de voz

neutro. Cuando creyó tenerlo todo bajo control, se volvió hacia Sebastian.

—Era Torkel…

—¿Qué quería?

—Nada. Cosas del trabajo. Me parece que ha estado bebiendo…

Era evidente que Sebastian no estaba interesado en saber nada más. Preparó la cafetera

y buscó dos tazas.

—¿Quieres tomar el café en el cuarto de estar?

Ursula hizo un gesto afirmativo y se levantó. Todavía iba a necesitar un tiempo para

olvidar la llamada que acababa de recibir.

Ellinor marcó el código de la puerta y, cuando oyó el zumbido, la empujó. Pulsó el botón de la luz y contempló el conocido vestíbulo. Sebastian debía creer que era medio tonta.

Seguramente habría pensado que iba a presentarse cuando él estuviera en guardia, que llamaría a su puerta y le montaría una escena, que lo acosaría con mensajes y llamadas.

Pero ella se había mantenido al margen. No lo había llamado, ni le había escrito, ni había ido a su casa. Se había tomado su tiempo. Si Ellinor conocía a Sebastian tanto como creía

—y por desgracia estaba convencida de conocerlo bastante—, para entonces la habría olvidado casi por completo. Se habría alegrado de haberse librado de ella con tanta facilidad y no habría vuelto a dedicarle ni un solo pensamiento, después de echarla de su casa y humillarla. Pero ya se ocuparía ella de que eso cambiara. Iba a enseñarle que nadie podía pisotearla. Otros hombres lo habían intentado antes.

Göran, por ejemplo.

El oficial de la reserva de Aspudden.

Así se había presentado: Göran Jönsson, oficial de la reserva para la defensa nacional.

Lo que para muchos oscilaba entre un mal necesario y un pasatiempo lejanamente agradable, para él era una auténtica vocación. Se tomaba muy en serio sus obligaciones.

Parecía como si él solo fuera a salvar a toda Suecia el día que vinieran los rusos. Porque los invasores siempre serían los rusos. A Ellinor no le cabía ninguna duda. Siempre los rusos.

Sin embargo, Göran había tenido que abandonar su adorada reserva para la defensa nacional. La culpa había sido suya. Si no la hubiera amenazado con darle una paliza, ella nunca habría necesitado un arma. Jamás se habría interesado en su Glock de ochocientos

setenta y cuatro gramos de peso.

Empezó a subir la escalera, que conocía tan bien. ¡Cuántas veces había subido corriendo esos mismos peldaños, ansiosa por reunirse con él, como si no empezara realmente a vivir hasta estar de vuelta en su casa! Los días le parecían tristes y grises cuando no estaba al lado de Sebastian. Y había supuesto que él sentía lo mismo por ella.

Pero no era así. Él nunca había sentido nada. Llegó al rellano y se dirigió a su puerta.

Observó que había puesto una mirilla. ¿La habría instalado por ella? Entonces sí que

había dejado una huella en su apartamento. Y pronto dejaría otra. Se le acababa de ocurrir cómo.

Sebastian sirvió el café en las dos tazas mientras Ursula ahuecaba los cojines del sofá, para sentarse cómodamente.

—Me quedo a dormir esta noche si no te parece mal.

—No hace falta que preguntes. Tienes tu habitación.

—¿Es necesario que duerma en el cuarto de invitados?

Sebastian colocó con cuidado la cafetera de émbolo sobre la mesa, como si un movimiento brusco pudiera haber hecho que Ursula cambiara de idea.

—No…

Ursula asintió satisfecha y recogió los pies debajo del cuerpo, sobre el asiento del sofá.

—Cuéntamelo —dijo entonces, con una sonrisa esperanzada.

—¿Qué quieres que te cuente?

—El sueño.

Sebastian lanzó un suspiro mientras se sentaba en el sillón de enfrente. Había esperado

no tener que volver nunca más sobre ese asunto, y menos aún en ese momento, cuando empezaba a visualizar lo que podía suceder en el dormitorio en un futuro no demasiado lejano.

—Nunca te das por vencida, ¿verdad?

—Y tú nunca dejas de escabullirte. Si no me lo cuentas, dormiré en el cuarto de invitados. O me iré a mi casa.

Sebastian la miró y notó su sonrisa, pero sabía que estaba hablando en serio.

—¿Tengo que confesarme a cambio de sexo?

—Así es.

—¿Crees que te saldrás con la tuya?

—Sí.

Sebastian volvió a suspirar. Ursula lo conocía bien. Pero no era necesario que corriera

toda la carrera para ganar el premio. No sería la primera vez que hacía un poco de trampa.

—Y si me mientes, lo notaré enseguida —añadió Ursula, como si le hubiera leído el pensamiento.

Era cierto que lo conocía bien. Demasiado bien.

—Bueno, pero antes tengo que ir al baño.

Ursula se inclinó hacia delante y miró su taza.

—¿Tienes leche?

—En el frigorífico. Ya sabes dónde está.

Ursula se levantó, protestando medio en broma por tener que ir a buscarla, y se dirigió

a la cocina.

Ellinor estaba quieta en el rellano, esperando. Entonces se apagó la luz. Le llevó unos

segundos habituarse a la oscuridad, pero cuando se le acostumbraron los ojos, pudo distinguir la claridad en el interior del apartamento, a través de la mirilla. Notaría el momento en que Sebastian se acercara a la puerta para mirar. ¡Qué sorpresa se iba a llevar!

Si es que tenía tiempo de llevársela.

Llamó al timbre y metió la mano en el bolso.

Sebastian estaba orinando en el cuarto de baño cuando llamaron a la puerta.

—Voy yo. —Oyó que decía Ursula, saliendo de la cocina.

Se dirigió a la puerta y, movida por la costumbre, acercó el ojo a la mirilla. Fue una

tontería por su parte. No era su casa y no conocía a los amigos de Sebastian. Si había de ser sincera, incluso le habría sorprendido que tuviera algún amigo.

Estaba oscuro en la escalera. ¿No había encendido la luz la persona que había llamado?

Ellinor vio desaparecer el punto de luz del vestíbulo de Sebastian cuando un ojo se acercó a la mirilla, al otro lado de la puerta. Entonces apoyó la Glock contra la lente convexa y apretó el gatillo.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, muchas gracias a toda la gente de Norstedt: Eva, Linda, Catherine, Sara Tulle, Zandra, Loveina y a todos los que se esfuerzan para que nuestros libros lleguen a los lectores. Verdaderamente apreciamos vuestro trabajo.

Una vez más, un agradecimiento especial para Susanna Romanus y Peter Karlson, por

su indoblegable optimismo. Vuestro apoyo constante significa mucho para nosotros.

También queremos darles las gracias a nuestros editores extranjeros, por creer en nosotros y por hacer posible que Sebastian salga al resto del mundo.

Y gracias también a Rolf Lassgård, por todo lo que nos ha aportado en la creación de

Sebastian Bergman. Da gusto intercambiar ideas contigo. Eres una auténtica inspiración para nosotros.

HANS:

Quiero agradecer a todo el fabuloso personal de la clínica oftalmológica Sant Erik, de

Estocolmo, y sobre todo al doctor Manoj Kakar, cuya experiencia y capacidad han hecho

posible que en lo sucesivo no tenga que leer en braille.

A Camilla Ahlgren, mi querida amiga desde hace veinte años, que me hace la vida más

fácil al asumir tantas responsabilidades en los proyectos que compartimos.

Y también, por supuesto, a mi familia: Lotta, Sixten, Alice y Ebba. Por todo el amor y

todas las risas.

MICHAEL:

Me gustaría darles las gracias a todos los colegas de Tre Vänner, especialmente a Jonas, Mikael, Tomas, Johan y Fredrik. Como siempre, mi más caluroso agradecimiento va para mi maravillosa familia. Sois el pilar que me sostiene en las buenas y en las malas.

Caesar, William, Vanessa y mi adorada Astrid, os quiero mucho. Sois realmente fantásticos y lo más importante que tengo en la vida. Millones de abrazos. Y más abrazos todavía.

NOTA

[1] «Error leve de escritura en la copia de seguridad.» *(N. de la t.)*

Muertos prescindibles

Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,

ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión

en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,

mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,

sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción

de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito

contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes

del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Fjällgraven*

Diseño e imagen de la cubierta: Cover Kitchen

© Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt, 2012

Publicado de acuerdo con Salomonsson Agency

© por la traducción, Claudia Conde, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2017

ISBN: 978-84-08-16704-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

Document Outline

- 2003...
- Sintió una ligera sacudida...
- Shibeka Khan estaba esperando...
- No había sido culpa suya...
- Ellinor Bergkvist...
- Shibeka iba y venía...
- Era el mismo apartamento...
- Alexander Söderling...
- La llamada llegó...
- —Tienes que mudarte...
- Shibeka se levantó temprano...
- —¿Quieres que te acompañe?...
- Lennart Stridh salió...
- El avión había despegado...
- Lennart iba y venía...
- Había anochecido...
- Ellinor echó un vistazo...
- Sol...
- Fue un paseo matutino...
- Veronica Ström no tenía tiempo...
- En el instante exacto...
- Valdemar Lithner se giró...
- Después de la reunión...
- Lennart llevaba todo el día...
- Vanja pasó con el coche...
- No le parecía correcto...
- Las instrucciones de seguridad...
- Por motivos personales...
- —Voy a hacer una pausa...
- Lennart entró en el bingo...
- Pocas cosas inquietaban a Harald Olofsson...
- —¿Empezamos por el accidente?...
- Fue muy extraño para Vanja...
- La rabia le aceleraba el corazón...
- Vanja vomitó en los lavabos...
- Torkel volvió a ser el último
- Sebastian estaba limpiando...
- Dejaron a Eyer viendo la televisión...
- Billy estaba sentado...
- Estaban en el cuarto de estar...

- Sebastian había pedido comida...
- No se sentía acosado...
- Sebastian no podía dormir...
- Anitha Lund llegó temprano al trabajo...
- —Un día estupendo...
- Lennart estaba irritado...
- Las dos mochilas eran idénticas...
- Shibeka Khan hizo...
- Håkan Persson Riddarstolpe...
- Anitha había pasado todo el día...
- Con un cuarto de hora de retraso...
- El corpulento rottweiler...
- El vuelo SK071...
- Llegaron a primera hora...
- Lennart tenía pensado trabajar...
- Mehran estaba en la cocina...
- En toda Suecia...
- Morgan Hansson tenía un regusto...
- Mehran iba andando...
- La primera de las veintitrés...
- Mehran cogió la línea azul...
- La segunda de las veintitrés...
- Anitha intentaba no llamar...
- ¡Mierda!...
- Valdemar estaba tumbado...
- Empezó la reunión....
- Su mano era tan cálida...
- Esta vez, Vanja tuvo que...
- Había pasado el sábado...
- Morgan Hansson le había revelado...
- Ursula estaba en el sofá...
- Lennart iba de camino...
- El lunes, cuando el equipo...
- Lennart se despertó...
- Más o menos una hora después...
- Después de darle al periodista...
- Vanja dio las gracias y colgó el teléfono...
- Mehran se bajó del metro...
- Vanja salió del ascensor...
- Lennart había ido directamente...
- Hospital Karolinska...
- Lennart Stridh muere...
- Epic fail...
- Sentada en el asiento trasero...

- Mehran se había bajado en Fridhemsplan...
- Sebastian iba detrás de Jennifer y Billy...
- Tras la breve conversación con Anitha Lund...
- Alexander Söderling abrió la puerta...
- Mehran nunca había llegado tan al sur...
- —Charles Mikael Cederkvist...
- Shibeka lo había llamado tantas veces...
- Llevaban puestas las luces azules...
- Había regresado...
- La vieja caseta de los guardias...
- Quedaron atrapados en un atasco...
- Mehran oyó los dos disparos...
- Noche. Oscuridad...
- El policía acababa de marcharse...
- Alexander Söderling había tenido...
- Billy metió dos rebanadas de pan...
- Se alegró mucho de verlo...
- Ellinor se desenganchó la tarjeta...
- El apartamento estaba inmaculado...
- Ursula estaba sentada...
- El programa de televisión seguía...
- Ellinor marcó el código de la puerta y...
- AGRADECIMIENTOS
- NOTA
- CRÉDITOS